



LA RENOVACIÓN DE LA IZQUIERDA CHILENA DURANTE LA DICTADURA

Mauricio Rojas Casimiro





LA RENOVACIÓN DE LA IZQUIERDA CHILENA DURANTE LA DICTADURA

Mauricio Rojas Casimiro



**LA RENOVACIÓN
DE LA IZQUIERDA
CHILENA DURANTE
LA DICTADURA**

MAURICIO ROJAS CASIMIRO



© Copyright 2017, by Mauricio Rojas Casimiro

Primera edición: octubre 2017

© Piso Diez Ediciones

Director: Máximo G. Sáez

editorial@magoeditores.cl

www.magoeditores.cl

Registro de Propiedad Intelectual N° 241.703

ISBN:978-956-317-404-5

Diseño de colección y diagramación: Catalina Silva Reyes.

Lectura y revisión: Sasha Di Ventura Camacaro

Fotografía de portada: Manifestación Parque O'higgins, perteneciente a la
Fundación de Documentación y archivo de la Vicaría de la Solidaridad.

Edición electrónica: Sergio Cruz

Derechos Reservados

Siglas y abreviaturas

AD: Alianza Democrática

AISA: Archivo Internet Salvador Allende

ASER-Chile: Asociación para el Estudio de la Realidad : : Chilena

BAN: Balances de Autocrítica Nacional

BCN: Biblioteca del Congreso Nacional

BS: Bloque Socialista

CC: Comité Central

CEDLA: Centro de Estudios y Documentación Latinoamericanos

CEME: Centro de Estudios Miguel Enríquez

CEP: Comité de Enlace Permanente

CEX: Comisión Exterior

Cfr: Confróntose

CIEL : Comité por Elecciones Libres

CISPO: Centro de Investigaciones Políticas

CNR: Coordinadora Nacional de Regionales

comp / comps: compilador / compiladores

coord / coords: coordinador / coordinadores

COSONO: Comando Socialista por el NO

CP: Comisión Política

CPUS: Comité Político de Unidad Socialista

CS: Convergencia Socialista

DC: Democracia Cristiana

DI: Dirección Interior

DP5: Destacamentos Populares 5 de abril

ed / eds: editor(a) / editores(as)

EDI: Equipo de Dirección Interior

FA: Frente Antifascista

FDERT: Fondo Documental Eugenio Ruiz-Tagle

FEXT: Frente Exterior

FF. AA.: Fuerzas Armadas

FLACSO: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

FPMR: Frente Patriótico Manuel Rodríguez

FRPL: Fuerzas Rebeldes y Populares Lautaro

FS: Frente Socialista

Ibid: Ibidem: allí, en ese mismo lugar

IC: Izquierda Cristiana

ICAL: Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz

ICHEH: Instituto Chileno de Estudios Humanísticos

INC: Instituto para el Nuevo Chile

IU: Izquierda Unida

JJ. CC.: Juventudes Comunistas

JS: Juventud Socialista

MAPU: Movimiento Acción Popular Unitaria

MAPU-CC: Movimiento Acción Popular Unitaria-Comité Central

MAPU-OC: Movimiento Acción Popular Unitaria-Obrero Campesino

MAPU-PT: Movimiento Acción Popular Unitaria-Partido de los Trabajadores

MAS: Movimiento de Acción Socialista

MCI: Movimiento Comunista Internacional

MDP: Movimiento Democrático Popular

MIR: Movimiento de Izquierda Revolucionaria

MJL: Movimiento Juvenil Lautaro

MR: Movimiento Recuperacionista

MR-2: Movimiento Revolucionario Manuel Rodríguez

Op. cit.: Obra citada

Pág / Págs: Página / Páginas

PCCh: Partido Comunista de Chile

PCUS: Partido Comunista de la Unión Soviética

PDI: Partido Democrático de Izquierda

PIM: Perspectiva Insurreccional de Masas

PM: Política Militar

PPD: Partido Por la Democracia

PR: Partido Radical

PRPM: Política de Rebelión Popular de Masas

PSCh: Partido Socialista de Chile

SE: Secretariado Exterior

SN: Sublevación Nacional

UJD: Unión de Jóvenes Democráticos

UJS: Unión de Jóvenes Socialistas

UP: Unidad Popular

USOPO: Unión Socialista Popular

Presentación

Cuando años atrás comencé a estudiar a los partidos políticos chilenos, especialmente a las organizaciones de izquierda, un colega me preguntó por qué habría de estudiar a la izquierda chilena durante la dictadura militar. A partir de esta breve pregunta me adentré en una serie de interrogantes mayores y, paralelamente, constaté que existían escasos estudios al respecto. Mi interés fue mayor cuando comencé a tener acceso a una serie de documentos clandestinos e inéditos.

Pasados unos años y reescribiendo esta presentación, volví a la pregunta original. Según mi percepción inicial, el impacto y la brutalidad del golpe de Estado en Chile, en septiembre de 1973, a manos de las FF. AA., generaron una crisis política y social de enormes proporciones en el país sudamericano. A nivel específico, el golpe de Estado y la consecuente derrota de la Unidad Popular (UP) provocaron una profunda crisis en el proyecto histórico de los partidos de la izquierda chilena. Para muchos había finalizado un largo ciclo político que había comenzado con el Frente Popular en los años treinta. A raíz de aquella derrota y frente a la inviabilidad de sustituir a la dictadura por un sistema político no autoritario, germinó hacia finales de los años setenta, en la totalidad de los partidos de la UP, un irrevocable proceso autocrítico. El histórico eje socialista-comunista, secundado por el Movimiento Acción Popular Unitaria (MAPU) y la Izquierda Cristiana (IC) –ambos partidos de fuerte influjo marxista y cristiano– representantes de un histórico tercio del universo electoral, constructor y heredero de la UP, comenzó ya no solo a discutir las causas de la derrota o del fracaso, sino la pertinencia del marxismo y el leninismo como fuente ideológica y método interpretativo de la realidad, los atributos de la democracia «formal», el concepto de sujeto social y de hegemonía, la relación de los partidos con los movimientos sociales, la conveniencia del centralismo democrático, la validez estratégica de la UP, el tipo de relación con el Movimiento Comunista Internacional (MCI), etcétera.

El resultado de dicha evolución crítica fue la progresiva disgregación y reordenamiento de este tradicional sector del sistema político chileno. Lo anterior derivó paralelamente en una nueva composición de alianzas y pactos políticos. Pero también significó un cambio en la identidad cultural de la

izquierda, ya que tuvo que redefinirse al calor de la derrota, frente a la crisis de los «socialismos reales», a causa de la experiencia del exilio y frente a la represión de la dictadura. Este proceso tuvo dos grandes antecedentes que explican la profundidad de sus cambios. En primer lugar, la izquierda administró el poder político, a comienzos de los años setenta, bajo el proyecto de la UP, denominado «la vía chilena al socialismo» (1970-73). En segundo lugar, acto seguido al golpe de Estado (1973), la izquierda pasó a formar parte de la oposición-resistencia contra la dictadura durante diecisiete años. Por ende, el proceso renovador de la izquierda chilena fue un camino determinado por diversas derrotas, por una severa autocrítica interna y por una constante represión, clandestinidad y exilio. Todos ellos, factores que nos describen el marco en el cual operó la otrora izquierda.

Aunque algunos dirigentes intentaron restringir el incipiente revisionismo político exclusivamente al interior del Partido Socialista de Chile (PSCh), la renovación no se identificó específicamente con alguna tendencia o partido en particular. Tampoco respondió a una línea o estrategia política de un sector, facción o partido específico. Fue un cambio en donde se dieron diversas posturas políticas, muchas veces contradictorias entre sí. De ahí que para el investigador social Manuel Antonio Garretón este proceso revisionista fue un cambio cultural que atravesó al grueso de la izquierda¹. Dicho proceso fue adoptado tanto temporal como cualitativamente de diversas formas, dependiendo de una serie de factores internos: estructura partidista, la influencia del exilio, los contactos y la dependencia con los partidos europeos, el impacto en la orgánica de los dispositivos de seguridad de la dictadura, etcétera. Por ello, es menester aclarar que este proceso es distinto a la reunificación del área socialista. Este último fenómeno tiene directa relación con la renovación, pero de todas formas son dos procesos que deben diferenciarse².

Aunque en el plano internacional estaban ocurriendo severos cambios en la cosmovisión marxista, la situación interna de la izquierda chilena era paralelamente determinada por una severa crisis de proyecto y de identidad; es decir, el revisionismo en Chile, no se puede explicar únicamente como consecuencia de la crisis del marxismo mundial. Sin duda, influyó decididamente; pero este evento tiene un cúmulo de causas internas y un particular contexto político (la dictadura) que explican su evolución y desenlace. Este libro se centrará, precisamente, en explicar lo local, lo que no significa, obviamente, desatender el influjo de la crisis mundial de la izquierda.

El estudio de los partidos en Chile debe ser uno de los temas menos desarrollados y discutidos dentro de la literatura política nacional, aun sabiendo la influencia, tradición y responsabilidad que han tenido como intermediarios entre el Estado y la sociedad. Específicamente, las investigaciones sobre los partidos de izquierda bajo el régimen militar son verdaderamente exiguas y, en su mayoría, corresponden a estudios y relatos de autores que narran desde su propia experiencia política.

El interés por analizar la evolución de los partidos de la izquierda chilena bajo la dictadura, tiene origen en diversas razones. En primer lugar, porque los partidos en Chile representan y han realizado una función central en el desarrollo del sistema político. Por lo mismo, jugaron un papel determinante durante la dictadura, en la transición y a lo largo del proceso de consolidación democrática. Con ello, se confirma la correlación histórica de los partidos chilenos en la evolución del sistema político. Como señala Manuel Alcántara:

Chile y Uruguay de nuevo conforman un escenario en el que el «vigor partidista» –concepto que se refiere a la pluralidad de los partidos existentes, su continuidad temporal, su elevado apoyo electoral y la gestión de subculturas políticas– explica la notable presencia efectiva de los partidos en el sistema político (...) aquí los partidos y sus facciones contribuyen a la consolidación democrática³.

En segundo lugar, es interesante evidenciar que la renovación fue un factor clave para comprender la construcción política de Chile en el siglo XXI, ya que la transición fue dirigida por actores, partidos y por un imaginario cultural definido a partir de la crisis teórica y política de la izquierda de raíz marxista.

En la reflexión respecto de nuestro «tiempo de mercado», adquiere notoria importancia el abordamiento del así llamado espacio de la renovación teórica y política de la izquierda chilena, más aún si consideramos que esta no solo asistió como mero espectador del giro epocal enunciado sino que, por el contrario, se alzó como actor relevante en la construcción del Chile actual⁴.

Por lo tanto, el revisionismo de la izquierda chilena, además de reconfigurar la ideología y la práctica de lo que significaba ser y hacer en política⁵, fue determinante también –para bien o para mal– en estructurar, desde su crisis e imaginario político, los campos de la transición y consolidación de la democracia en los años noventa⁶.

Por otra parte, las investigaciones sobre la izquierda chilena tienden erróneamente a desestimar el alcance del proceso renovador en el PCCh. Suelen enfocarse casi exclusivamente en el área socialista: PSCh, IC, MAPUs y en menor medida en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Sin embargo, esta aproximación excluyente es limitada⁷. Al parecer concluirían apresuradamente que la radicalización de la línea política del PCCh (contra la dictadura) fue directamente proporcional al dogmatismo ideológico. Pero la ecuación es inversa: a raíz de la discusión en torno a la radicalización de la línea, surgió paralelamente un proceso de discusión de inédita crítica interna, que cristalizó, posteriormente, en un cuestionamiento de sus fundamentos teóricos-políticos. Este proceso tuvo un auge considerable a partir de 1987 y verá su cenit entre 1989 y 1990.

No existió un solo proceso de «renovación» en la izquierda chilena durante los años de la dictadura. Al contrario de lo que se ha señalado respecto al dogmatismo teórico comunista, los años de dictadura vieron la génesis de un proyecto de renovación teórica y política cristalizado en la línea del PC en los ochenta⁸.

Por otro lado, se tiende a pensar, en el imaginario colectivo nacional, que los partidos de izquierda no evolucionaron durante la dictadura. Se piensa en un «obvio» statu quo partidista a razón del contexto dictatorial. Sin embargo, aquella época fue fuente de fértiles cambios políticos y trascendentales resoluciones que determinaron el futuro de las organizaciones de izquierda (disolución, fusión, cambio de nombre, desintegración, etcétera), la transición negociada y el retorno a la democracia. Por ende, es necesario saldar esta apresurada apreciación.

Un último interés nace de una cuestión paradójica: la izquierda, que aún se definía de raíz marxista, si bien fue el sector que luchó con mayor determinación contra la dictadura, fue paralelamente el sector que sufrió –una vez reinaugurada la democracia– el mayor grado de marginalidad tanto a nivel parlamentario como gubernamental. Por lo tanto, es necesario determinar la razón interna que provocó esta marginación casi total del sistema político nacional.

Con objeto de centralizar la línea de estudio, es necesario señalar que el principal objetivo de este libro es analizar y describir la evolución teórica y política de la izquierda chilena bajo la dictadura militar, es decir, desde 1973 hasta la recuperación de la democracia en 1990⁹. Las principales interrogantes que nos guiarán en las páginas siguientes son: ¿Qué ocurrió con los partidos de la izquierda posterior a la derrota de la UP en 1973 y cómo fue su evolución de allí en adelante? ¿Cuál fue la principal variable en la evolución de los partidos de la izquierda chilena durante la dictadura militar? ¿Cuál fue el alcance y aporte del proceso renovador en la reinauguración de la democracia?

Según mi apreciación, los partidos de la izquierda chilena (partícipes de la UP) a pesar de la proscripción y constante represión, continuaron desarrollando –contrariamente a lo que se piensa– una trascendental actividad partidista enfocada básicamente a analizar las causas de la derrota de la UP y en cómo sustituir al régimen autoritario. A raíz de lo anterior, el factor determinante, que definió y delimitó la evolución de la izquierda durante la dictadura, fue el acucioso e inapelable proceso de la renovación teórica-política de la izquierda chilena. Dicho proceso fue pertinente, ya que incidió directamente en el ámbito ideológico, político y estratégico del conjunto de la izquierda y le permitió, además de participar en el proceso de recuperación democrática, proponer un nuevo proyecto (no exento de críticas, traiciones y errores) más hegemónico y viable al país. La renovación no fue un ejercicio condescendiente. No se intentó purgar los errores del pasado para reinsistir en la validez de los presupuestos clásicos. Al contrario, la sistematización crítica de la izquierda, durante la dictadura tuvo, en algunos partidos, una metodología interna que trascendió inclusive a sus propias organizaciones partidistas. Aunque existieron otros factores importantes como la violación a los DD. HH., el influjo del exilio, la crisis de los socialismos reales o el rol (inclusivo/exclusivo) de la DC, la variable revisionista emerge como el principal factor (no el único) que define la evolución de los partidos de la izquierda durante el autoritarismo.

Por ello, en gran parte del libro se analizarán a cuatro organizaciones de

izquierda: Partido Socialista de Chile (PSCh), Partido Comunista de Chile (PCCh), el Movimiento Acción Popular Unitaria (MAPU) y la Izquierda Cristiana (IC). Dichos partidos están definidos por ciertos rasgos comunes interesantes: todos ellos adhirieron, con algunos matices peculiares, al marxismo (con fuerte penetración leninista) ya sea como modelo o como método corregido por el constante devenir histórico. Aunque alimentados por esta ideología, además insertaron sus particulares influencias como el cristianismo (Teología de la Liberación o comunitarismo) o la experiencia socialista latinoamericana (foquismo)¹⁰. Por otro lado, todos ellos formaron parte del proyecto de la UP¹¹, bajo el gobierno de Salvador Allende (1970-1973). Posterior al golpe de Estado todos estos partidos, independiente de sus críticas al proyecto de la UP, persiguieron acabar con la dictadura como objetivo único y final. Dos de los partidos analizados, específicamente el PSCh y el PCCh, son agrupaciones políticas tradicionales y altamente incrustadas en la sociedad chilena, definidos como partidos de representación de clase, originados en la primera mitad del siglo XX. Los otros dos partidos, el MAPU y la IC, nacieron de una ruptura con la corriente de pensamiento cristiana (democratacristianos) hacia finales de la década del sesenta y principios del setenta.

Es necesario señalar que el proceso de la renovación en la izquierda chilena se constituyó a partir de una reconfiguración tanto teórica como de acción política.

Los cambios en el plano de las ideas y en el plano de la actividad partidaria propiamente tal, articularon el universo simbólico que se visibiliza bajo el nombre de Renovación Socialista. Por lo tanto, el cambio cultural que expresa el proceso renovador debe ser analizado en el punto de encuentro de estos dos registros de expresión y constitución¹².

El presente libro se centrará en el desarrollo de uno de estos planos, me refiero a la acción política –es decir el cómo–, pero entrelazando necesariamente (para intentar un estudio más complejo) la dimensión teórica, es decir, las diversas ideas, conceptos y temáticas ideológicas que emanaron, por ejemplo, desde los grupos intelectuales o seminarios.

Para ello, fue necesario develar cuáles fueron los documentos más

trascendentales; cuál fue el rol de las Direcciones; verificar si se generaron facciones a favor o en contra del proceso revisionista y cuáles fueron sus propuestas; qué actividades (seminarios, reuniones, encuentros) germinaron y de qué manera influyeron; qué órganos se crearon para darle curso a la renovación (movimientos, partidos, centros de estudios o grupos de reflexión); verificar en qué instancias (Plenos del Comité Central, Conferencias de Programa o Congresos) se hizo hegemónica la renovación. De ahí que se decidió trabajar en detalle con los documentos internos de las organizaciones. Dado que el objeto de estudio está inserto en los márgenes de un régimen autoritario, fue necesario diseñar una metodología que permitiera rescatar y reconstruir la mayor cantidad de material documental escrito. La idea central fue ir en busca de datos e información válida. Además, el MAPU ya no existe como partido y la IC – aunque intenta permanecer vigente– carece de material interno. A partir de lo anterior, la presente investigación está determinada por el análisis documental editado por los partidos bajo la clandestinidad. Debido a ello, fue necesario afrontar el estudio con un diseño que nos permitiera penetrar en los años más desconocidos de la izquierda chilena. Aunque en un principio se transformó en una tarea algo desalentadora –debido a que algunos militantes y «coleccionistas» se negaron a compartir material inédito– con el tiempo se logró acceder a dicha documentación a través de centros de estudios y bibliotecas principalmente de Europa¹³.

Básicamente se analizó y sistematizó la producción documental emanada de los partidos y sus facciones. Es decir, son las fuentes primarias escritas el eje del libro y las fuentes secundarias y orales, aunque importantes, fueron incluidas para contrastar y/o complementar las primeras. Los documentos aludidos, aunque diseminados y poco organizados, son abundantes y ricos en información. Por lo tanto, hubo que realizar, en primer lugar, un trabajo de recopilación y autenticación para determinar la pertinencia y, sobre todo, la validez del material. No existió discriminación a la hora de recabar los documentos, sin embargo, hubo que comprobar, en varias ocasiones, los autores, fechas y localizaciones, ya que en muchos casos estaban mal catalogados, incompletos e incluso manipulados por sectores disidentes a las Direcciones. Este fue un trabajo largo y constante, que incluso tuvo que recurrir a las propias fuentes o autores (diseminados en varios países) para determinar las fechas y validez de los mismos.

Una vez conseguido el material primario escrito, se pasó a una segunda etapa de clasificación, la cual fue ordenada por partidos y, posteriormente, por el nivel de

relevancia. Posterior a ello, se dio inicio a la sistematización y estudio de los documentos. Los escritos consultados corresponden a material editado por las Direcciones partidistas (en clandestinidad y/o en el exilio). También recurrimos a los documentos de las principales facciones disidentes o grupos de reflexión alternativos a los partidos. Se examinaron: los Plenos, intercambios de cartas entre el interior y el exterior, manifiestos, Congresos, las resoluciones de los Comités Centrales, Conferencias de Programa, comunicados oficiales y material de análisis de las bases. También tuvieron relevancia los documentos que emanaron de los seminarios, sus actas, conclusiones y resoluciones. Todos estos escritos representan la base material del estudio.

Las revistas internas de los partidos fueron otra importante fuente primaria de información, ya que representó un canal de comunicación eficaz entre la Dirección y los militantes (también fue el nexo entre el interior y el exilio). De estas revistas y boletines hemos rescatado material valioso, no solo de los órganos oficiales, sino que también encontramos registros de las diversas facciones, líderes y grupos políticos de la época. También recurrimos, en menor medida, a las revistas periodísticas de contingencia de los años ochenta (Análisis, Cauce, Hoy y APSI)¹⁴, que de manera progresiva fueron dando tribuna a los líderes políticos opositores al régimen. El acceso a dichas revistas fue, en gran parte, gracias a la digitalización que progresivamente ha ido realizando el portal Sala de Historia¹⁵.

Otra fuente primaria lo conforman las memorias, entrevistas y escritos publicados por diversos dirigentes de la época. En ellos se encuentran importantes datos, discusiones y opiniones reveladoras en cuanto a la definición de la línea política, la línea estratégica, omisiones y decisiones de las directivas. Por su parte, las fuentes secundarias nos entregan un marco global y fueron relevantes para estructurar, confrontar y matizar nuestras interrogantes.

Los principales archivos y fuentes de información están contenidos en centros de estudios. Destaco en primer lugar al Fondo Documental Eugenio Ruiz-Tagle (FDERT) que fue sin duda la fuente de información más valiosa. Dicho Fondo contiene una gran cantidad de documentos inéditos. El apoyo otorgado por Carolina Torrejón, creadora del Fondo, fue determinante. En segundo lugar, destaco al Centro de Estudios Miguel Enríquez (CEME), con sede en Suecia, que contiene una colección digital de documentos de gran valor histórico y testimonial. En su web pueden encontrarse colecciones de documentos, entrevistas y noticias de los partidos chilenos, así como investigaciones de pre y

postgrado.

Otro pilar fundamental de información fue el archivo de Historia Documental del Socialismo Chileno que alberga una serie de documentos y colecciones de antiguos dirigentes, documentos partidistas, la biblioteca Clodomiro Almeyda, etcétera. En él destacan los documentos referidos al PSCh (incluidas las facciones): Plenos, declaraciones oficiales y material de estudio de los dirigentes de la época. Particular importancia tiene la colección digital de las revistas Chile-América y Convergencia. También agradecer al Centro de Estudios y Documentación Latinoamericanos (CEDLA) de Ámsterdam, quienes me donaron una importante colección de documentos. Por último, corresponder al Comité Memoria MAPU, especialmente al fallecido y recordado Pedro Gaete.

Paralelamente, y como una forma de complementar la información documental, se incorporaron una serie de entrevistas a diversos líderes y dirigentes de la época. Dichas entrevistas son complementarias al estudio, es decir, fueron insertadas en el libro para completar la información que no se pudo recabar directamente de los documentos o para confirmar/perfeccionar la información contenida en los escritos analizados. Antes de terminar, quisiera agradecer a la catedrática Esther del Campo (UCM) por acompañarme desde un comienzo, y de manera desinteresada, en esta tarea, así como a la profesora Leticia Ruiz-Rodríguez (UCM) por sus críticas constructivas. También agradezco a los investigadores y profesores chilenos Cristina Moyano, Rolando Álvarez, Edison Ortiz y al exdiputado Esteban Valenzuela, quienes me dispensaron diversos documentos y sus aún inéditas investigaciones. Por último, quisiera agradecer al Premio Nacional de Periodismo, Sergio Campos Ulloa, por facilitarme diversos contactos.

Breve estado de la cuestión

He decidido incorporar este pequeño apartado, ya que me parece necesario dar a conocer cuáles han sido los enfoques y los autores que han escrito (como punto de orientación) sobre los partidos de la izquierda chilena durante la dictadura militar y, más específicamente, en quienes han dado cuenta del proceso de la renovación política. Podemos distinguir a grosso modo –y como una manera de esquematizar y entregar un aporte a futuras investigaciones, ya que no encontré antecedente bibliográfico que diera cuenta de los estudios realizados hasta la fecha– tres niveles de investigaciones¹⁶.

En primer lugar, existe un grupo de estudios que, sin explicar y profundizar demasiado en los componentes teóricos que afectaron a los partidos, se enfocan más en la acción política de los mismos durante el período de la dictadura. Dichas investigaciones no pretenden explicar a fondo la aparición de un proceso particular, es decir, no dan cuenta ni ahondan sobre el proceso revisionista (aunque en algunos casos sí lo describen). En este grupo podemos distinguir la primitiva investigación del CEP a cargo de Andrés Benavente¹⁷ o los estudios de Carlos Bascuñán, quien en un primer momento (en los años ochenta) realizó pequeñas investigaciones individuales de los partidos¹⁸ y posteriormente en 1990 editó un libro¹⁹ más complejo, no exento de críticas (especialmente de los investigadores abocados al estudio del PCCh)²⁰. Estos dos autores se caracterizan por dos cuestiones: estudian al conjunto de la izquierda y ambos investigadores no guardan relación directa con los partidos estudiados. Caso opuesto es la amplia investigación de Arrate y Rojas²¹ que, estudiando la acción política del conjunto de la izquierda, tienen –en particular Arrate– vinculación directa con los partidos. Siguiendo dentro de este nivel, pero ateniéndose al estudio individual de los partidos, destaca la reciente investigación del exdiputado Esteban Valenzuela (sobre el MAPU)²² o Eduardo Gutiérrez²³ (sobre el PSCh). Incluso, algunas de estas investigaciones se remiten a explicar un período limitado o un episodio político relevante o particular, como es el caso de la investigación de Carolina Torrejón (sobre el MAPU-OC)²⁴.

Por otra parte, existe un segundo nivel de investigaciones que priorizan y abarcan el proceso de la renovación de la izquierda chilena desde el análisis

preeminentemente teórico. No se enfocan necesariamente en un partido específico, ya que su objetivo, más que dar cuenta de la acción práctica de la renovación, es examinar los contenidos teóricos de la izquierda marxista y su proceso (auto)crítico. Dentro de este campo de estudio podemos destacar las investigaciones, que desde FLACSO-Chile, realizaron Garretón²⁵, Moulián²⁶ o Lechner²⁷. También son interesantes las aportaciones, menos citadas, de Vodanovic²⁸ o los estudios más pequeños de Isern²⁹ o Durán³⁰. Desde un punto de vista más regional despunta el aporte del profesor Eduardo Deves³¹. Es necesario destacar también los diversos ensayos críticos que editó Tironi³² desde la fundación SUR en los años ochenta. Sin embargo, algunos autores de este nivel, han utilizado, en ocasiones, un partido para demostrar cómo los componentes de la discusión teórica-ideológica se articularon en una organización. Este es el caso de Roberts³³, Arrate³⁴ o Furci³⁵.

Y un tercer grupo de estudios se refiere a quienes han investigado desde una perspectiva más complementaria, intentando entrelazar y demostrar cómo se sistematizaron ambas esferas (la teoría y la acción práctica). Sin duda, un análisis más complejo e interesante. Dentro de esta categoría, algunos autores han utilizado un partido específico o, por el contrario, se han dedicado al conjunto de la izquierda. Respecto del primer caso, destacan los afanosos estudios de Moyano³⁶ centrados en el MAPU, las lúcidas y novedosas investigaciones de Álvarez³⁷ para el PCCh³⁸ y las sugerentes publicaciones de Edison Ortiz sobre el PSCh³⁹. Respecto al segundo caso, es decir, al estudio desde el conjunto de la izquierda marxista, destaca el análisis de Alex Fernández⁴⁰, quien de forma prolija y documentada, desarrolla en algunos capítulos de su libro, un estudio a partir de ciertas categorías (causas de la derrota de la UP o caracterización de la dictadura), que permiten descifrar los primeros cambios ideológicos de las organizaciones. También, es importante mencionar en esta categoría los interesantes análisis del profesor Corvalán Márquez⁴¹. Asimismo existen, en esta categoría de investigaciones complementarias, estudios de análisis comparado entre la izquierda chilena y partidos europeos. Este es el caso de la investigación del politólogo Walker⁴².

Independiente de los tres niveles que mencioné anteriormente, es necesario señalar que algunos autores tuvieron o siguen manteniendo vinculación política y por ello es necesario comprender que fueron construidos a partir de la experiencia personal, es decir, ellos mismos, en ocasiones, fueron parte y razón del estudio. Lo anterior no les resta trascendencia ni deslegitima sus investigaciones en caso alguno, pero le imprime una variable subjetiva a tener en

cuenta a la hora de estudiar el tema. Por ello, quizás, las investigaciones más «numerosas» se refieren al nivel de la experiencia política, donde los autores testifican, y en algunos casos denuncian, la evolución práctica de un(su) partido. De allí que mi intención, más que refutar o respaldar las tesis de las investigaciones anteriores, es identificar objetivamente, y sin ningún sesgo a priori, la evolución política de los partidos de la izquierda chilena bajo la dictadura militar, ya que además existe en líneas generales una enorme carencia de estudios.

¹ [Cfr. GARRETÓN, Manuel Antonio \(1987\), *Las ideas de la renovación socialista. Síntesis y balance*, Santiago de Chile: Material de Discusión FLACSO, N° 93. Pág. 2. El campo de la izquierda chilena no se diferenció totalmente en términos de fuerzas renovadas y no renovadas, sino más bien en términos de líneas o estrategias políticas distintas. Dentro de esta diversidad, destaca la radicalización de la línea del PCCh, lo que no invalidó, por cierto, el proceso crítico teórico-político en el que se vio envuelto desde comienzos de los años ochenta.](#)

² [La reunificación del área socialista, o como se le denominó técnicamente la *Convergencia Socialista \(CS\)*, fue un proyecto que tuvo por objeto reunir a los diferentes partidos y tendencias del amplio campo socialista chileno en un solo cuerpo constitutivo bajo el denominador común del proceso de la renovación teórico-política.](#)

³ [ALCÁNTARA, Manuel \(1995\), «Fragmentación y partidos políticos en América Latina», En: LÓPEZ NIETO, Lourdes \(1995\), *Política faccional y democratización*, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales. Pág. 132.](#)

⁴ [DURÁN, Carlos \(2004\), *Notas breves sobre la crisis y renovación de la izquierda chilena*, Santiago de Chile: Apuntes del programa de Teorías Críticas del Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad ARCIS. Pág. 1.](#)

⁵ [Cfr. MOYANO, Cristina \(2006\), *Microhistoria de la renovación socialista en el MAPU. Un partido, unos sujetos, nuestra transición a la democracia 1973-1989*. Tesis doctoral. Santiago de Chile. Universidad de Chile. Pág. 88.](#)

⁶ [Cfr. DURÁN, Carlos \(2004\). *Op. cit.*](#)

⁷ [Está claro que el tipo de renovación en el PCCh no fue de la dimensión radical](#)

que atravesó al campo socialista. Sin embargo, la metamorfosis interna del PCCh los obligó a reformular el concepto de socialismo y asumir plenamente la problemática de la democratización de todas las esferas sociales, Cfr. CORVALÁN MÁRQUEZ, Luis (1990), «Algunos aspectos históricos, teóricos y políticos de la renovación socialista», En: VV. AA. (1990), Crisis y renovación, Santiago de Chile: Ediciones Medusa-ICAL. Pág. 296.

⁸ ÁLVAREZ, Rolando (2007), La tarea de las tareas: luchar, unir, vencer. Tradición y renovación en el Partido Comunista de Chile (1965-1990). Tesis doctoral. Santiago de Chile. Universidad de Chile. Pág. 12.

⁹ El régimen militar encabezado por Pinochet entregó el mando presidencial a Patricio Aylwin en marzo de 1990. El estudio abarca hasta finales de ese año para realizar un análisis más completo.

¹⁰ El foquismo es una teoría estratégica de corte revolucionaria inspirada y desarrollada por Ernesto «Che» Guevara. También fue expuesta por Régis Debray. El foquismo contempla la participación de pequeños focos, los cuales deben realizar acciones típicas de guerra de guerrillas. El objetivo es que con relativa rapidez la revolución se expanda, obteniendo así el levantamiento de las masas y el derrocamiento del régimen. Guevara especificaba que «No siempre es necesario esperar a que estén dadas todas las condiciones para la revolución, el foco guerrillero puede crearlas».

¹¹ El gobierno de la Unidad Popular (1970-1973) que encabezó el presidente Salvador Allende estuvo conformado principalmente por el Partido Socialista, Partido Comunista, MAPU, Partido Radical y la Izquierda Cristiana. Desde una escala y perspectiva distinta el MIR simpatizó con el proyecto socialista de Allende, pero pretendía depurar y radicalizar dicho proceso con el objeto de materializar la revolución.

¹² MOYANO, Cristina (2006). Op. cit. Pág. 147.

¹³ Es sorprendente la cantidad de documentos y colecciones de revistas que albergan las bibliotecas públicas o de universidades europeas (por ejemplo, la AECI en Madrid, la biblioteca Feltrinelli en Roma o CEDLA de Ámsterdam).

¹⁴ La revista APSI fue la primera revista de oposición a la dictadura militar que se editó públicamente (1976) y una de las últimas en desaparecer (1995). Su historia se extiende por esos 19 años, con 511 números en circulación, con

análisis políticos, entrevistas y reportajes en profundidad. La revista Cauce fue otro de los medios escritos opositores al régimen. Su primer número vio la luz el 18 de noviembre de 1983 (con motivo de la primera concentración opositora en el Parque O'Higgins). Se caracterizó por sus reportajes de denuncia directa y por la constante apelación al humor como crítica política. Por su parte, la revista Análisis comenzó a editarse en 1977 con el apoyo y proyección del cardenal Silva Henríquez y bajo el alero de la Academia de Humanismo Cristiano. Se caracterizó por sus reportajes y análisis políticos y por sus entrevistas a los principales dirigentes opositores a la dictadura.

¹⁵ Sala de Historia es una institución chilena sin fines de lucro que vela por la difusión de material histórico, educativo y periodístico tanto del pasado reciente como del presente. Contiene una interesante biblioteca digital, un aparatado de cine y TV y una sección de cómic clásico.

¹⁶ Es necesario advertir que estos niveles son complementarios y necesariamente se entremezclan.

¹⁷ Cfr. BENAVENTE, Andrés (1985), Panorama de la izquierda chilena (1973-1984). En: Estudios Públicos N° 18, CEP, Santiago de Chile. Págs. 155-199.

¹⁸ Cfr. BASCUÑÁN, Carlos (198-a), Estrategias políticas de los grupos de izquierda, Santiago de Chile: ICHEH; BASCUÑÁN, Carlos (198-b), Los partidos de izquierda en Chile (1973-1980), Santiago de Chile: ICHEH.

¹⁹ Cfr. BASCUÑÁN, Carlos (1990), La izquierda sin Allende, Santiago de Chile: Editorial Planeta.

²⁰ Se le ha criticado la poca profundidad y el carácter estereotipado que incuban sus tesis sobre el PCCh, especialmente sobre la línea de la rebelión popular. Independiente de ello, representa uno de los primeros estudios sobre los partidos de la izquierda chilena en dictadura.

²¹ Cfr. ARRATE, Jorge y ROJAS, Eduardo (2003), Memoria de la izquierda chilena. Tomo II (1970-2000), Santiago de Chile: Ediciones B.

²² Cfr. VALENZUELA, Esteban (2008), El MAPU en la izquierda chilena: Cristianismo, revolución y renovación, 1969-1989. Trabajo de investigación. Valencia, España. Universidad de Valencia; VALENZUELA, Esteban (2011), Cristianismo, revolución y renovación en Chile: El Movimiento de Acción

Popular Unitaria (MAPU) 1969-1989. Tesis doctoral. Valencia, España. Universidad de Valencia. Valenzuela fue dirigente del MAPU y posteriormente del PPD.

²³ Cfr. GUTIÉRREZ, Eduardo (2003), Ciudades en las Sombras. (Una historia no oficial del Partido Socialista de Chile), Santiago de Chile: LOM Ediciones. En los ochenta fue dirigente y líder de una de las facciones del PSCh-Almeyda.

²⁴ Cfr. TORREJÓN, Carolina (2000), Brumas: el MAPU-OC bajo el autoritarismo y en clandestinidad. Del Golpe Militar a la extinción de la Unidad Popular (1973-1979). Tesis de licenciatura. Santiago de Chile. PUC; Cfr. TORREJÓN, Carolina (2003), «El MAPU-Obrero Campesino bajo el autoritarismo y en clandestinidad», En: Revista Palimpsesto N° 1, diciembre 2003. Disponible en: http://www.palimpsestousach.cl/numero1/int_art.htm [Fecha de consulta: 10 diciembre 2010]. Es interesante la primitiva investigación de Torrejón, ya que, además de ser el primer análisis de esta gran facción, está fundamentada en una rica y original base documental (clandestina). Además, realiza algunas comparaciones con el MAPU de Garretón.

²⁵ Cfr. GARRETÓN, Manuel Antonio (1987). Op. cit.; GARRETÓN, Manuel Antonio (1991), Socialismo renovado y democracia. En: NÚÑEZ, Ricardo (Comp.) (1991), Socialismo: 10 años de renovación. Tomo II: 1979-1989: El adiós al marxismo-leninismo, Santiago de Chile: Ediciones del Ornitorrinco; GARRETÓN, Manuel Antonio (2005), Reflexiones en torno de la(s) izquierda(s) chilena(s) y el proyecto de país, En: Revista Nueva Sociedad N° 197, mayo-junio 2005; GARRETÓN, Manuel Antonio (1985), Partido y sociedad en un proyecto socialista, Santiago de Chile: Documento de Trabajo FLACSO N° 266.

²⁶ Cfr. MOULIÁN, Tomás (1983), Democracia y Socialismo en Chile, Santiago de Chile: FLACSO; MOULIÁN, Tomás (1991), «Sobre la teoría de la renovación», En: NÚÑEZ, Ricardo (Comp.) (1991), Socialismo: 10 años de renovación. Tomo II: 1979-1989: El adiós al marxismo-leninismo, Santiago de Chile: Ediciones del Ornitorrinco; MOULIÁN, Tomás (1981), «Por un marxismo secularizado», En: Revista Chile-América, N° 72-73, julio-agosto-septiembre 1981; VV. AA. (1987), La renovación socialista: Balance y perspectiva de un proceso vigente, Santiago de Chile: Ediciones Valentín Letelier.

²⁷ LECHNER, Norbert (1988), Los patios interiores de la democracia: subjetividad y política, Santiago de Chile: FLACSO.

²⁸ Cfr. VODÁNOVIC, Hernán (1988), Un socialismo renovado para Chile, Santiago de Chile: Editorial Andante.

²⁹ Cfr. ISERN, Pedro (2004), Las dos renovaciones de la izquierda chilena, Santiago de Chile: CADAL. VALDERRAMA, Miguel (2001), Renovación socialista y renovación historiográfica, En: Debates y Reflexiones, aportes para la investigación social, Santiago de Chile: Documento N° 5, Universidad ARCIS.

³⁰ Cfr. DURÁN, Carlos (2004). Op. cit. Este autor pone énfasis, entre otras cosas, a los enfoques que explican las causas de la derrota de 1973 y su vinculación con el proceso renovador.

³¹ DEVES, Eduardo (2003), El Pensamiento Latinoamericano en el Siglo XX. Entre la modernización y la identidad. Tomo II, Desde la CEPAL al Neoliberalismo (1950-1990), Buenos Aires-Santiago: Biblos-DIBAM.

³² Cfr. TIRONI, Eugenio (1984), La torre de babel. Ensayos de crítica y renovación política, Santiago de Chile: Ediciones SUR.

³³ Cfr. ROBERTS, Kenneth (1994), Renovation in the revolution?: dictatorship, democracy, and political change in the Chilean left, Working Paper 203. Helen Kellogg Institute for International Studies.

³⁴ Cfr. ARRATE, Jorge y HIDALGO, Paulo (1989), Pasión y razón del socialismo chileno, Santiago de Chile: Ediciones del Ornitorrinco; ARRATE, Jorge, (1983), El socialismo chileno: rescate y renovación, Barcelona: Ediciones del Instituto para el Nuevo Chile.

³⁵ Cfr. FURCI, Carmelo (2008), El partido comunista de Chile y la vía al socialismo, Santiago de Chile: Ariadna.

³⁶ Cfr. MOYANO, Cristina (2006). Op. cit.

³⁷ Cfr. ÁLVAREZ, Rolando (2003), Desde las sombras: una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980), Santiago de Chile: LOM Ediciones; ÁLVAREZ, Rolando, (2006), «¿La noche del exilio? Los orígenes de la rebelión

popular en el Partido Comunista de Chile», En: VALDIVIA, Verónica, Su revolución contra nuestra revolución: izquierdas y derechas en el Chile de Pinochet (1973-1980). Santiago de Chile: LOM Ediciones; ÁLVAREZ, Rolando, (2008), «Aún tenemos patria, ciudadanos. El Partido Comunista de Chile y la salida no pactada de la dictadura (1980-1988)», En: VALDIVIA, Verónica, Su revolución contra nuestra revolución. Vol. II: La pugna marxista-gremialista en los ochenta. Santiago de Chile: LOM Ediciones.

³⁸ También destacar en esta categoría a BRAVO, Viviana (2007), «Moscú-La Habana-Berlín: Los caminos de la Rebelión Popular. El caso del Partido Comunista de Chile 1973-1986», En: CONCEIRO, Elvira (coord.), El Comunismo: Otras miradas desde América Latina, Ciudad de México: UNAM-CIICH; También el trabajo de RIQUELME, Alfredo (2009), Rojo Atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia, Santiago de Chile: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

³⁹ Cfr. ORTIZ, Edison (2007), El socialismo chileno: de Allende a Bachelet (1973-2005), Santiago de Chile: ICHEH. Exconcejal del PSCh por Rancagua.

⁴⁰ Cfr. FERNÁNDEZ, Alex (1985), Dictadura militar y oposición política en Chile: 1973-1981, Ámsterdam: CEDLA.

⁴¹ Cfr. CORVALÁN MÁRQUEZ Luis (1990). Op. cit.

⁴² Cfr. WALKER, Ignacio (1990), Socialismo y democracia: Chile y Europa en perspectiva comparada. Santiago de Chile: Ediciones Cieplan-Hachette.

Capítulo I

Antecedentes del sistema de partidos chilenos previo al golpe de estado de 1973

Como preámbulo al análisis propiamente tal, explicaremos brevemente el sistema de partidos y la composición ideológica de algunos partidos de la izquierda chilena con objeto de constatar en líneas generales el panorama de una parte trascendental del sistema político chileno. En otras palabras, contextualizaremos la evolución del sistema de partidos y las principales líneas políticas que asumieron (hasta antes de 1970) el grueso de los partidos que conformaban la UP.

Partamos por señalar que el sistema de partidos en Chile tiene su génesis posterior al período de independencia a comienzos del siglo XIX. Esta etapa de transformaciones y convulsiones socio-económicas permitió –además de una incipiente estructuración de desarrollo económico– el acceso de nuevos actores y sectores a la participación política. Entendiendo, como señala Sartori⁴³, que las funciones cardinales de los partidos son la representación, la expresión y canalización de los intereses particulares frente al Estado, en el caso chileno los partidos

surgieron así, como mediadores entre una sociedad crecientemente conflictiva y un Estado (...) Además de su función de mediación, los partidos tendrían que expresar y canalizar, con mayor o menor éxito, las demandas de estos sectores que luchaban por abrirse espacio en el sistema político⁴⁴.

De ahí en adelante se desarrolló un embrionario sistema de acomodación y de aprendizaje político, especialmente en los nuevos espacios de participación, a través de los cuales elaboraron no solo las bases del sistema partidista, sino que también los pilares del Estado chileno.

El período posterior al proceso de independencia –que acabó a grandes rasgos con la antigua estructura colonial– dio paso a un nuevo «proyecto» político-administrativo. Sin embargo, la oligarquía rural, como pivote de la armazón societal, perduró a estos cambios y emergencias, lo que ayudó a una –relativa– expedita transición.

La presencia imponente de una oligarquía rural relativamente homogénea ayuda a explicar la transición comparativamente expedita a un régimen políticamente estable bajo la Constitución de 1833, la que proporcionó el principal marco legal para el desarrollo político⁴⁵.

La evolución política del siglo XIX logró que se estableciera un grado no menor de institucionalidad, la cual se proyectó, en el conjunto del sistema político chileno, durante gran parte del siglo XX. Uno de los componentes que ayudó a este desarrollo fue la promoción de una política más competitiva: «En Chile el experimento inicial con la política competitiva sentó las bases para la formación de un sistema de partidos relativamente bien constituido»⁴⁶. La progresiva incorporación de diversos sectores socio-económicos en el engranaje partidista y en la toma de decisiones, sumado a un proceso de ascendente «democratización», permitió que aumentaran los grados de institucionalización. Como señala Esther del Campo:

Cuando surgía el conflicto, este ya se encontraba institucionalizado, y existían unos mecanismos de negociación a los que acogerse. Institucionalmente existía una distribución contrabalanceda de atribuciones que parcelaba minuciosamente la capacidad de acción entre las diversas instancias del Estado⁴⁷.

Por ello, el desarrollo estable y competitivo del sistema de partidos ha ayudado, entre otras cosas, a fortalecer el sistema político en su conjunto. Incluso, se destaca que el sistema de partidos chileno ha alcanzado similitud con algunos sistemas europeos de larga tradición⁴⁸. De ahí que la contribución de los partidos en Chile –incluso en los episodios de dura coexistencia– ha sido destacada en

otros estudios.

En Chile, los partidos tienen y han tenido una posición privilegiada con respecto a otras normas asociativas en la sociedad o en el Estado. Los partidos funcionaron como agentes centrales del sistema político, al punto de que todo el sistema funcionó como sistema de partidos⁴⁹.

Origen y evolución del sistema de partidos en Chile:

Una explicación a partir de los cleavages

Según el investigador norteamericano Timothy Scully la estructura del sistema de partidos en Chile tiene su raíz en las fisuras y coyunturas críticas que ha generado la evolución de la política a lo largo de estos dos siglos. Los cleavages representan, por tanto, un punto de inflexión en dicha estructuración, a través de la reelaboración del sistema mismo o por la incorporación de nuevos partidos. La composición del sistema de partidos ha estado formado por una singularidad basada en un modelo tripartito, el cual germinó, prácticamente, después del proceso de independencia⁵⁰. Dicho esquema, denominado los «tres tercios», es decir, una derecha, un centro y una izquierda, permaneció casi de manera infranqueable durante todo el siglo XX⁵¹.

Este constante devenir tripartito, según Scully, es producto de tres grandes fisuras: conflicto religioso, el de clase urbana y el de clase rural⁵². Lo importante, señala el autor, es que cada una de estas fisuras sociales fue interpretada por los políticos o por las élites desde el ámbito de la sociedad para, posteriormente, incorporarlas al campo político. He ahí la trascendencia, más que la fisura en sí.

Para el investigador Arturo Valenzuela, el sistema de partidos chileno, caracterizado por la constitución de diversas fuerzas políticas que se localizan bajo un amplio margen de distancia, también se define inequívocamente por las fisuras o cleavages. Al igual que Scully, concuerda en el número de fisuras, pero realiza algunos matices temáticos de las mismas. Para Valenzuela el sistema está determinado por tres fisuras o «escisiones generativas»⁵³: centro-periferia, religiosa (estado/iglesia) y de clase (trabajador/empleador).

Independiente de estos matices, Scully recalca que la génesis del sistema de partidos chileno se estructuró por las posturas adoptadas por las élites políticas, quienes en cada una de las fisuras, promocionaron nuevas opciones a través de la creación de partidos e incipientes alianzas. Es decir, en cada uno de los conflictos dualistas surgió y se consolidó un sistema tripartito, que evolucionó hasta advertir la presencia de una nueva fisura. Tres tendencias que calzaban en

tres ideologías con partidos diferentes.

De lo anterior se desprende, entre otras cosas, el esfuerzo por mantener un centro constante entre los dos polos. «Chile es único, no solo en cuanto al número de partidos políticos, sino al alcance de estos, su alto grado de impersonalismo y la manera en que calzan dentro de tres ideologías principales»⁵⁴. En este sentido, y como señala Scully, el centro no debe ser entendido como una cuestión equidistante de forma matemática, sino como el punto intermedio dentro de la coyuntura política que, además de ser el punto de encuentro o resolutivo, puede, inclusive, llegar a transformarse en alternativa ante la polarización del conflicto.

La presencia de un centro político es una cuestión significativa para entender el sistema pluripartidista chileno. Este sector fue una constante en cada una de las fisuras. Los tres conflictos críticos que modificaron el sistema de partidos, presentaron a la par tres procesos de reordenamiento del centro, con la consiguiente redefinición de los partidos y su papel dentro del sistema⁵⁵. La discusión, en este sentido, revela el verdadero rol de los partidos de centro y su función en cada una de las fisuras sociales⁵⁶. Para el caso chileno la participación de este centro político significó hasta antes del golpe de Estado de 1973 el equilibrio y la caracterización misma del sistema.

Podemos observar que nuestra visión sobre el origen y evolución de los partidos políticos en Chile sigue, a grandes rasgos y con las particularidades que presenta el caso, la línea planteada por Lipset y Rokkan. Me refiero a las denominadas «teorías de la situación histórica», que establecen que la aparición de los partidos se debe a unos cleavages históricos. Con la división prematura de las sociedades, antes que se desarrollaran correctamente, disímiles conflictos provocaron alineamientos sociales que cuajaron políticamente en forma de partidos. Por lo tanto, para esta visión, el surgimiento de estas organizaciones políticas tiene estrecha relación con el proceso de construcción del Estado-Nación, el cual ha debido lidiar, en el transcurso de su elaboración, con una serie de cleavages⁵⁷ políticos que, dependiendo de la forma en que se resuelvan, darán lugar a la formación de partidos. Lo anterior no pretende establecer una generalización, ya que como destacamos anteriormente, los sistemas de partidos no son producto exclusivamente de las particiones societales. Por el contrario, en otros Estados se han producido los mismos cleavages con consecuencias diametralmente diferentes. Por lo tanto, lo trascendental no es solo la presencia de escisiones, sino el contexto (el cómo y cuándo) donde ellas se revelan políticamente⁵⁸.

Una vez establecido nuestro marco general –desde donde entender la tipificación y evolución del sistema de partidos– es necesario que especifiquemos los cleavages que se presentan en el caso chileno. Si seguimos el análisis de Arturo Valenzuela, la principal caracterización del sistema de partidos estuvo basada en el desenlace de la primera escisión, denominada centro-periferia. Esta quiebra está condicionada por la reticencia de ciertas estructuras de influencia por desarrollar un estado laico y centralizado. Estas adversidades tuvieron su origen en rivalidades principalmente regionales, de carácter familiar y personal y en las élites terratenientes de clara tendencia conservadora⁵⁹.

Pero la decisión relevante la marcó la nueva clase política emergente que aupó – con las limitaciones propias de la época– un embrionario desarrollo económico, logrando afianzar su poder en el entorno político-social y progresar en la extensión de la autoridad estatal por el resto del país⁶⁰, relegando a las antiguas esferas de poder a un plano, si bien no secundario, de menor envergadura. En relación al ámbito social, podemos destacar que, en términos generales, existió una cierta homogenización que allanó la constitución de unos gobiernos relativamente estables y eficaces. Otro aspecto a destacar, fue el proceso de convergencia entre las clases de fuerte poder económico, las cuales finalmente consensuaron las diferencias a favor del desarrollo del Estado. «El principal hecho que estableció el Estado fue la unificación política de los sectores agrarios y comerciales de las clases dominantes alrededor del poder de los latifundistas del valle central»⁶¹. De esta manera, podemos hablar de una cierta estabilidad política con participación de unos incipientes partidos que permitieron poner en marcha programas de gobierno. La constitución chilena de 1833 introdujo y definió un sistema presidencial que permitió encausar un marco político general, que, sin grandes vacilaciones, prosiguió por varias décadas más. La formación del parlamento se transformó, desde su creación, en el ente central de la autoridad política, eligiendo, habitualmente, entre 1830 y 1970, a diversos presidentes y parlamentarios según las normas electorales que regían en cada época⁶².

La segunda escisión se refiere al aspecto religioso. Esta fisura comprende desde la segunda mitad del siglo XIX, sin embargo, su origen lo podemos encontrar algunos años antes, y no solo como un aspecto referido a Chile, sino que interpretaba a todo el continente⁶³. Ante el avance de las fuerzas laicas en la sociedad chilena y al impacto de sus decisiones en las políticas gubernamentales, las diversas posiciones religiosas, en su mayoría de tendencia conservadora, aumentaron su injerencia en los espacios públicos y privados. Frente a este

reimpulso religioso-conservador, surgió como contrapartida una élite anticlerical con fuerte presencia en la toma de decisiones. El objetivo de estas tendencias liberales, fue generar un proceso de laicización en diversos círculos, inclusive en los campos de fuerte predominio conservador (por ejemplo, en el ámbito educacional). Estas disparidades políticas, valóricas y sociales, generaron un inusitado progreso de las actividades parlamentarias y partidistas, ya que fue necesario generar acuerdos para asegurar los intereses de las partes.

Por ello, no fue anómalo observar acuerdos, en términos de políticas privadas y públicas, entre el Partido Radical (centro) y los conservadores. En este marco, las fuerzas políticas, después de sufrir la quiebra institucional en 1891, acordaron reformar el sistema político: liquidaron la fase presidencialista (entendida como causa directa de la quiebra) e inauguraron un nuevo período parlamentario. El nuevo sistema gubernamental recalcó, por ende, el papel de las políticas legislativas. Los individuos, los grupos de interés y las élites expresaron sus exigencias por intermedio de los partidos y facciones legislativas, lo que significó la consolidación de estos como engranaje en la construcción del Estado⁶⁴.

Finalmente, Arturo Valenzuela presenta, como tercera y última escisión, el cleavage de clase. Esta fisura emergió en un marco político claramente más competitivo y masificado (mayor número de partidos). Otro factor que ayudó a consolidar este cleavage fue el proceso de industrialización mundial, en el cual Chile, a pesar de su aislamiento geográfico, participó activamente tanto desde el sector patronal como desde los trabajadores. Este auge industrial generó paralelamente un proceso de urbanización que, con el tiempo, determinó un reordenamiento del mapa político. De acuerdo a este marco, los partidos – especialmente el Radical– intentaron captar adherentes y el voto del emergente sector proletario. Para ello, los partidos debieron adosar, en sus enunciados políticos, las demandas de los trabajadores⁶⁵. La élite patronal, por su parte, frente a este hecho, optó, en la mayoría de los casos, por reprimir el movimiento obrero. Lo anterior, lejos de aplacar las diferencias, provocó una grieta mayor.

El grueso del mundo obrero se inclinó por participar en el escenario institucional. El objetivo fue presentar candidatos a cargos públicos y en todas aquellas instancias de decisión. A raíz de lo anterior, el proletariado industrial formó el primer partido obrero (Partido Democrático, 1887) y dentro de unos años eligió a su primer candidato al parlamento⁶⁶. Por ende, la estructura social y política tendió a transformarse y, en algunos casos, a radicalizarse.

La estructura social chilena se diversificó bastante (...) Se desarrolló el comercio, los servicios financieros y las industrias, y aparecieron nuevas clases sociales, que presionaban por desempeñar su papel en el régimen político. En estos años surgió un poderoso movimiento obrero de izquierda. Los sindicatos chilenos aparecieron en el contexto de una situación de exclusión⁶⁷.

Lo interesante de esta última escisión es que fomentó la creación de partidos fuera del contorno de las élites políticas y del ámbito legislativo, restando hegemonía considerable al establishment nacional y a las estructuras de poder tradicional. Lo anterior motivó una nueva competencia que reimpulsó las antiguas asociaciones partidistas, ya que fue necesario reconquistar el electorado y, especialmente, recuperar los espacios renunciados en las décadas anteriores. Esta competencia, en el marco de «la escisión de clases acabó posicionando a los partidos chilenos, como sucedió en otros lugares, en el continuo que va de la derecha a la izquierda»⁶⁸. La divulgación de ideologías de izquierda, aun más radicales que el Partido Democrático, fomentó la distancia de este con el emergente movimiento obrero y promovió la fundación del partido comunista y de pequeñas formaciones socialistas⁶⁹.

Frente al anterior análisis –sobre el origen y caracterización del sistema de partidos– existe la perspectiva desarrollada por Timothy Scully. Su valioso estudio está en gran sintonía con las investigaciones de Valenzuela, ya que ambos asignan a las escisiones una responsabilidad directa en la formación de los partidos políticos. Es decir, ambos investigadores se circunscriben al interior de la teoría de los generative cleavages. Scully, al igual que Valenzuela, destaca la escisión clerical-anticlerical (del siglo XIX), así como en el cleavage denominado de clase de principios del siglo XX y la consecuencia de este para la formación de partidos de clase y su gravitación posterior. Finalmente, Scully se expone en una fisura que, según explica, emergió a partir de la movilización y concienciación política de la clase obrera hacia el campo, proceso ocurrido alrededor de los años cincuenta del siglo XX.

Según Scully su importancia radica en que «el control de la oligarquía sobre el voto campesino había sido piedra angular del sistema de partidos. Una vez removida en la década de 1950 esta piedra angular, se produjo una reorientación

importante del sistema de partidos»⁷⁰. Este cleavage tuvo su génesis en medio de los desplazamientos demográficos y la aparición de nuevos actores sociales y políticos en las zonas urbanas, quienes ampliaron y modificaron, por ende, el espectro político. Son diversas las variables que aparecen en esta coyuntura crítica: el papel y el conflicto al interior de la iglesia frente a los cambios sociales; la exclusión de las organizaciones de izquierda en el espectro partidista (a raíz de la crisis política nacional); el reordenamiento del centro; y el trasvase de la movilización política (emergida en las urbes) al amplio sector rural. Según Scully, lo trascendental de esta fisura es que marcó el rumbo de la formación política y reordenó las alianzas. Efectivamente, a mediados de siglo XX, emergió, apoyados por la movilización rural, el partido Demócrata Cristiano, el cual rápida e inesperadamente desplazó del centro político al alicaído Partido Radical.

La DC en cosa de pocos años se transformó en opción y bajo un proyecto de modernización capitalista logró el poder gubernamental (1964), sin necesidad de alianzas. Este hecho según Esther del Campo rompió el equilibrio y fomentó la polarización: «el nuevo centro al tratar de implementar su propio proyecto de modernización capitalista, perdió la capacidad para desempeñar el papel de mediador que había mantenido el equilibrio del sistema cada vez más polarizado»⁷¹. De aquí en adelante el sistema de partidos chileno se polarizó entre dos sectores distantes y un centro que, más que ser un ente moderador, fue opción propia. Con el triunfo de la UP (1970), el sistema de partidos entró en una etapa de ascendentes características centrífugas, determinado por un electorado que, por un lado, buscaba un cambio drástico del sistema de estructuración económico-social y, por otro, se oponía vehementemente a cualquier modificación. En 1973, el sistema político chileno entró en crisis.

Expuestas someramente las fisuras del sistema de partidos –antes del golpe de Estado– es necesario destacar una de ellas. En la fisura de clase reconocemos el surgimiento de partidos de representación obrera con fuerte inspiración marxista. Este sector evolucionó ideológica y orgánicamente de forma progresiva y aunque se estableció en un extremo de la política chilena, terminó consolidándose, hacia finales de los años sesenta, en opción viable de gobierno (UP). Es decir, que a partir del cleavage de clase –y apoyados por la movilización del mundo rural– se consolidaron los partidos obreros, de fuerte penetración sindical y urbana. Estos sectores fueron representados básicamente por el PSCh y el PCCh. A finales de los años sesenta, se sumó a este sector un contingente importante de cristianos de fuerte influjo marxista (MAPUs e IC),

que ampliaron y enriquecieron los límites de las alianzas políticas.

Breve marco ideológico de los partidos de la izquierda chilena

A continuación detallaremos brevemente la composición ideológica que definía a los partidos de la izquierda –PSCh, PCCh, IC y MAPU– previo al golpe de Estado. Como señalamos anteriormente, estos partidos formaban parte, hacia finales de la década de los sesenta y principios de los años setenta, de uno de los tercios del sistema de partidos, bajo la alianza de la UP.

Partido Socialista de Chile: El PSCh desde su fundación en abril de 1933 se declaró marxista. Su carta de navegación ideológica estuvo determinada, básicamente, por la Declaración de Principios del mismo año y por el Programa de 1947. El partido declaró que «acepta como método de interpretación de la realidad el marxismo enriquecido y rectificado por todos los aportes científicos y revolucionarios del constante devenir social». Abogó por el desarrollo de la lucha de clases, determinada por «la necesidad de la clase trabajadora de conquistar su bienestar económico y el afán de la clase poseedora de conservar sus privilegios». Señala que el régimen de producción capitalista «debe necesariamente ser reemplazado por un régimen económico socialista en que dicha propiedad privada se transforme en colectiva». Especifica que durante el proceso de transformación del sistema «es necesaria una dictadura de trabajadores organizados» y añade que «la transformación evolutiva por medio del sistema democrático no es posible». Y por último, respecto a su posición internacional señala que «la doctrina socialista es de carácter internacional y exige una acción solidaria y coordinada con los trabajadores del mundo»⁷².

El Programa de 1947 realizó una modificación conceptual: definió que la aspiración socialista era instaurar una República de Trabajadores, concepto que reemplazaría a la dictadura de los trabajadores. El Programa definió que su línea política sería el Frente de Trabajadores⁷³. Dicho frente estaría conformado íntegramente por la clase trabajadora, sin participación de las clases medias. Se definió como partido revolucionario, aunque no especificaba los métodos, ya que dependería del contexto y la situación específica. Paralelamente, el Programa destacó la no afiliación al MCI. Este es uno de los rasgos más característico de los socialistas chilenos, quienes se mostraron adversos a la influencia de los

bloques ideológicos (soviético o chino). Sin embargo, mostraron cercanía con las tesis titoístas⁷⁴ y posteriormente, un sector mayoritario del partido se acercó a la revolución cubana. En este sentido, la visión de un socialismo nacional y latinoamericanista aparece, durante esta etapa, como rasgo constante.

Después de un período de crisis interna, divisiones, deserciones faccionales y de fuertes divergencias con el PCCh, los socialistas sellaron la unidad del partido en el XVII Congreso de 1957, ocasión en la que confirmaron su compromiso teórico y político con los Principios fundacionales y con el Programa del 47. A pesar de las reticencias de forjar un frente popular, los socialistas en 1956, junto a los comunistas, fundaron el Frente de Acción Popular (FRAP). Sin embargo, los socialistas –con Raúl Ampuero al frente del partido– criticaron la estrategia comunista de la «vía pacífica al socialismo», pero al mismo tiempo mostraron su rechazo a los bloques ideológicos⁷⁵.

El PSCh, camino a la formación de la UP, desarrolló dos Congresos fundamentales: el Congreso de Linares en 1965 y el de Chillán en 1967. En ambos encuentros el partido profundizó su carácter marxista, se declaró abiertamente leninista, abogó por una mayor centralización de la organización y visualizó a la revolución cubana favorablemente. Posteriormente, en el Congreso de la Serena en 1971 el partido afianzó sus postulados ideológicos, ubicándose, inclusive, en el extremo más izquierdista de la UP, cercano a la visión estratégica del «poder popular» del MIR.

En el XXI Congreso de Linares de 1965, un año después del triunfo presidencial de la DC, el PSCh desarrolló una fuerte autocritica a la labor del partido y a sus supuestas ambigüedades estratégicas.

La no conducción de la lucha social hacia un enfrentamiento decisivo de clases y su orientación exclusiva por la vía electoral, presentando este camino como una etapa de la revolución chilena, dejó a esta sin otra posibilidad que el triunfo en las urnas. El fracaso la dejó sin salida momentáneamente (...) Sin embargo, el proceso de la revolución no se rompió con la derrota⁷⁶.

El Congreso señaló que, de igual modo, la campaña presidencial y el ejercicio electoral permitieron incorporar a amplios sectores a la lucha social.

Todo este capital político puesto nuevamente en marcha hacia la toma del poder como objetivo de fondo, depurado y orientado sin debilidades ni vacilaciones hacia su meta histórica, debe culminar ineludiblemente en el triunfo del socialismo⁷⁷.

En Linares hubo una fuerte influencia de orientación «cubanista» y la promoción de métodos revolucionarios para la toma del poder. Es decir, frente a la estrategia hegemónica del Frente Popular y la vía electoral, se impuso con fuerza, tanto en la base como en los cargos directivos medios, la tesis de la vía revolucionaria. Este sector restó importancia a la discusión predominante de la época: las vías para la toma del poder. Según el voto político aprobado en el Congreso tanto la vía electoral como la vía insurreccional eran válidos:

Nuestra estrategia descarta de hecho la vía electoral como método para alcanzar nuestro objetivo de toma del poder. ¿Significa esto abandonar las elecciones y propiciar el abstencionismo por principio? (...) Afirmamos que es un dilema falso plantear si debemos ir por la vía electoral o la vía insurreccional. El partido tiene un objetivo, y para alcanzarlo deberá usar los métodos y los medios que la lucha revolucionaria haga necesarios⁷⁸.

La visión respecto al gobierno de la DC fue categórica. Lo entendió como «un movimiento en sí reaccionario y antisocialista» y ante lo cual se debía trabajar para proyectar «una salida revolucionaria que culmine con la toma del poder»⁷⁹. Respecto a su relación con los comunistas, el Congreso reafirmó su compromiso histórico, ya que representaba la esencia de la línea del Frente de Trabajadores. De las resoluciones del Congreso de Linares resaltamos que:

se ratificó la línea del Frente de Trabajadores, política fundamentada en la lucha de clases;

se valoró la alianza del FRAP, pero se criticó la lucha exclusivamente institucional, ya que forjaba falsas ilusiones para la toma del poder;

su oposición total al gobierno de Eduardo Frei y la política reformista-populista de la DC;

reafirmó su compromiso con el FRAP y la necesidad de elaborar una nueva estrategia;

concluyó que era imperativo adecuar el partido a las nuevas formas de lucha;

y se descartó una alianza con el PR y criticó su «seudoizquierdismo».

El encuentro, además, decidió adoptar medidas más centralizadas para eliminar, según la organización, ciertas ambigüedades en la estructura partidista y en las competencias de sus dirigentes. Paralelamente, el Congreso criticó la «gerontocracia» del partido. A raíz de ello, jóvenes cuadros asumieron funciones directivas⁸⁰. Sin embargo, el cargo máximo (Aniceto Rodríguez) y el grueso del CC tuvieron una composición de carácter más moderada, lo que promovió diversas controversias ideológicas y políticas internas.

En 1966 el partido celebró una Conferencia que generó importantes debates y trajo inesperadas consecuencias, ya que reconstruyó los principios orgánicos fundacionales, se modificaron los estatutos y se reestructuró la organización interna con el objeto de transformar al partido en «actor principal de la vanguardia revolucionaria». Según Julio César Jobet, el PSCh intentó constituirse en un partido de cuadros para fomentar una política de masas. Además, señala el autor, poseía una homogeneidad social e ideológica que

profundizó su constitución de clase. Se autopercebían como un partido vanguardia, que rechazaba el «asambleísmo estéril» y abogaba en cambio por profundizar el centralismo democrático⁸¹.

A fines de 1967, el PSCh celebró el XXII Congreso de Chillán, ocasión en la cual se impusieron las tesis y los votos políticos que patrocinaban profundizar aún más el carácter marxista revolucionario. En relación al voto político sobre la posición nacional del partido –aprobado por unanimidad– el encuentro concordó que:

el partido es una organización marxista leninista que lucha por la instauración de un Estado Revolucionario para que inicie la construcción del socialismo;

la violencia revolucionaria es inevitable y legítima. Constituye la única vía que conduce a la toma del poder político y económico;

las formas pacíficas o legales no conducen por sí mismas al poder;

se postula la total independencia de clase del Frente de Trabajadores, la cual debe ser liderada por el proletariado. La inclusión de la burguesía en alianzas anteriores solo ha postergado el proceso revolucionario;

en paralelo al contexto continental, en Chile se está llegando al fin del equilibrio inestable de la «coexistencia pacífica» entre las clases. El PSCh llamó a prepararse para una mayor profundización de la lucha de clases;

por ello, era imperativo desarrollar un centralismo democrático y una disciplina

ejemplar para preparar la estructura a una posible ilegalidad⁸².

En el plano internacional el Congreso estableció un giro fundamental: definió que la línea del PSCh estaba enmarcada, entre otras cosas, en la posición internacional del socialismo («carácter internacional insoslayable»). «(La) política nacional del Partido Socialista debe partir de una realidad objetiva, hoy más vigente que nunca: la revolución chilena se entronca indisolublemente con el proceso continental y mundial de la lucha de clases»⁸³. En la ocasión fue reelecto Aniceto Rodríguez en el cargo de secretario general. Sin embargo, la composición del CC tuvo, a diferencia del evento anterior, un fuerte influjo leninista.

Por otro lado, la mayoría de las tesis revolucionarias, principalmente sobre las vías para la toma del poder, fueron aprobadas en un Pleno a mediados de 1969, ad portas de las elecciones presidenciales y al parlamento. Sin embargo, y a pesar del verbalismo revolucionario, la organización decidió adherir a la UP.

Una vez en el gobierno de Salvador Allende, el PSCh realizó, en 1971, el Congreso de la Serena. Dicha actividad se caracterizó por la polarización interna. La cuenta del secretario fue censurada mayoritariamente por el sector más radical. Destacó la intervención de Carlos Altamirano, quien planteó superar los viejos vicios internos; proveer al partido de un mayor dinamismo revolucionario, tomando como ejemplo el proceso cubano; replantear la UP y las posibilidades de un proceso revolucionario; la promoción de cuadros jóvenes a la Dirección; y perfiló la revolución chilena como continental e internacionalista⁸⁴.

Una vez reunido el CC, este eligió por unanimidad a Altamirano en el cargo máximo. Las tesis más radicales llegaron a la cima de la dirección. Las resoluciones aprobadas en el XXIII Congreso de la Serena señalaron que:

el triunfo de la UP ha generado favorables condiciones para una real conquista del poder que lleve a la construcción del socialismo;

este período, esencialmente transitorio, reforzará la potencialidad revolucionaria y agudizará la polarización de las clases. Es necesario reforzar las masas, aplastar la resistencia y convertir el proceso hacia el socialismo;

reconocen que las acciones de los trabajadores ha sobrepasado a las direcciones de los partidos y se plantean «la cuestión del poder»;

la UP tiene una composición pluriclasista, por lo que las contradicciones de clases deben ser superadas por la lucha ideológica;

reafirman la unidad socialista-comunista;

especifican que la UP no debe jugar un rol mediador en la lucha de clases;

abogan para que el partido se transforme en la vanguardia revolucionaria; y

se apuesta por la aplicación estricta del centralismo democrático⁸⁵.

Posterior al XXIII Congreso, el PSCh prosiguió una línea aun más radical, al intentar profundizar y agudizar los conflictos internos del país y fomentar la radicalización de las masas. De ahí que su línea política, más que consolidar el programa de la UP, se ajustó a la línea del «poder popular» impulsada por la extrema izquierda, encabezada por el MIR y respaldada por el MAPU que lideraba Oscar G. Garretón y parte importante de la IC.

Movimiento de Acción Popular Unitaria: El MAPU emergió de una gran escisión al interior de la DC en mayo de 1969. Un sector denominado los

«rebeldes» criticó con dureza el gobierno demócratacristiano de Eduardo Frei por el incumplimiento del programa. Postulaban, además, un entendimiento con el bloque de la izquierda. Dicho sector, con presencia significativa en la juventud del partido, recibió positivamente el influjo del marxismo y la experiencia de los movimientos revolucionarios de la época. Una vez escindidos de la DC, su objetivo fue construir un partido alternativo al PSCh y al PCCh.

Según el investigador Reinhard Friedmann⁸⁶, desde la primera asamblea constituyente (agosto 1969) se enfrentaron dos posiciones:

la del Frente de Liberación, que propuso un convenio con los partidos de la UP (encabezados por Jacques Chonchol);

y la del Frente Revolucionario que, restando trascendencia al programa de la UP, eran más proclives a un acuerdo con la izquierda más radical (liderados por Rodrigo Ambrosio).

La asamblea finalmente se inclinó por la alternativa de Chonchol y lo eligió secretario general del partido⁸⁷. Rápidamente, bajo la tesis de la instauración de un «gobierno popular y revolucionario», el partido levantó la precandidatura presidencial de su secretario. Desde un comienzo el partido asumió una perspectiva ideológica de corte marxista, entendiéndola en un principio como «una fuente de inspiración en la cual hay que zambullirse creadoramente, utilizando todas aquellas categorías que son instrumentales para la construcción revolucionaria»⁸⁸.

El MAPU desde esta primogénita declaración, optó por el socialismo como la vía para la superación de la crisis política y económica del país, descartando de paso, una tercera alternativa. Debido a su extracción de origen cristiano, el MAPU se originó como «un partido donde, bajo una definición socialista y revolucionaria, conviven cristianos y marxistas»⁸⁹.

El partido participó en la fundación de la UP en 1969. Una vez ganada las elecciones presidenciales en 1970 formó parte del gobierno a través de cargos ministeriales y subsecretarías y en diversas organizaciones gubernamentales intermedias. A fines de ese mismo año, celebró su primer Congreso Nacional, ocasión en la cual primó la corriente revolucionaria que encabezaba Ambrosio. El Congreso, aunque estimó como positivo el desarrollo de la UP, consideró que:

la cuestión del poder sigue pendiente (...) Por eso, la conquista del poder desde el gobierno pasa inevitablemente por un enfrentamiento agudo y prolongado, cuyo resultado será la destrucción de las formas burguesas del Estado y la construcción de un Estado Popular⁹⁰.

El encuentro abogó por la cimentación del socialismo en Chile, ya que «(este) constituye un proceso ininterrumpido en el que combinan tareas nacionales, democráticas y socialistas» las cuales se desarrollarán una vez construido efectivamente el poder político del proletariado. «Solo la hegemonía del proletariado (...) puede asegurar la continuidad y la perspectiva socialista en que se debe desenvolver la revolución chilena»⁹¹.

El MAPU bajo la conducción de Ambrosio se fortaleció política e ideológicamente y paralelamente estrechó acuerdos con la izquierda radical en detrimento de la UP. Lo anterior, sumado a la declaración del partido como una organización marxista, generó que un sector del partido –los llamados «tradicionales»– se retiraran de la organización⁹². El partido, a lo largo de 1971 enfatizó su perfil marxista-leninista, «con visión no ortodoxa» y fortaleció su vocación de partido de trabajadores. Rápidamente se transformó en la tercera fuerza en el mundo sindical⁹³.

Luego de la muerte de su líder carismático, Rodrigo Ambrosio, el partido decidió celebrar su II Congreso Nacional en diciembre de 1972. Nuevamente se enfrentaron dos tendencias estratégicas: los «moderados» –encabezados por Jaime Gazmuri– proclives al PCCh y a consolidar el programa de la UP; y, por otro lado, la tendencia, que lideraba Oscar G. Garretón, con una clara inclinación «izquierdista», cercana a la visión del fallecido líder, que apostaba por fortalecer el poder popular y acercar posiciones con los partidos revolucionarios. Frente a

ello, es necesario advertir, que en ambos sectores, nunca estuvo en duda su definición como partido marxista. La diferencia más profunda entre los mapucistas se refería a la «vía chilena al socialismo». Es decir, la vía para la toma del poder. En este marco, triunfó la tesis del sector de Garretón. Las resoluciones del II Congreso apuntaron hacia la formación de un polo revolucionario. Según el MAPU, uno de los objetivos era la construcción del «partido proletario de la revolución chilena», el cual debía tornarse, al fragor de la lucha de clases, en una tarea del pueblo y del partido. Por ello, el partido «hace suyo el marxismo-leninismo como base de interpretación de la realidad y como guía de la acción revolucionaria»; y especifica que a través de su organización «han encontrado un cauce de acción y formación proletaria los cristianos que en Chile luchan por la Revolución Socialista»⁹⁴.

Respecto de la lucha de clases el MAPU especificó que «la edificación y defensa de su propio poder de masas por parte del proletariado, se hace en medio de una lucha de clases que en sus fases críticas presenta el carácter de una verdadera guerra»⁹⁵. De ahí que era necesario, según el documento, fortalecer la estructura celular, centralizar las decisiones y la unidad en la acción, como línea permanente. Para el MAPU, uno de sus objetivos centrales fue transformarse, en el breve plazo «en el mejor destacamento de combate de la clase obrera y del pueblo, en la organización marxista más consecuente»⁹⁶.

Según el partido, la revolución chilena era socialista y no pasaba por otras alternativas de carácter frentista, reformistas o gradualista. Era necesario, especifica el documento, la destrucción del Estado: «el socialismo no podrá existir en Chile sino después de que se haya construido ese nuevo Estado, que será expresión del dominio de clase del proletariado, del poder de decisión de las masas» y para ello, remata el escrito, era necesario que la clase minoritaria que ejerce el poder actual «sea reemplazada por la dictadura de clase del proletariado, que será la dictadura o dominio de la mayoría»⁹⁷.

El MAPU –con objeto de radicalizar el proceso revolucionario– declaró que su organización se abocaba a «ligar la base con las políticas de gobierno y busca la creación de un Poder Popular organizado»⁹⁸ como alternativa a las limitaciones del gobierno y del Estado. Estas definiciones pusieron al partido en franca sintonía con las tesis del MIR y la Dirección del PSCh. Debido a ello, el sector «derrotado» en el Congreso mapucista decidió, en marzo de 1973, escindirse y crear el MAPU-Obrero Campesino, bajo la perspectiva ideológica marxista, pero afín al programa de la UP y al proyecto de Allende (la «vía chilena al

socialismo»).

Izquierda Cristiana: El origen de la IC –y en cierta forma del MAPU– debe entenderse en el marco del contexto mundial, y especialmente continental, que se delineaba, entre otras cosas, por la incorporación de los cristianos a los procesos de transformación social. Lo anterior se manifestó en el plano de la reflexión teológica y de la práctica religiosa, como en el plano del pensamiento político:

Al primer plano pertenece, por ejemplo, el surgimiento y desarrollo de la teología de la liberación, así como la proliferación de comunidades cristianas de base. En el segundo, encontramos la presencia cristiana en partidos populares⁹⁹.

Bajo esta premisa, surge en octubre de 1971, en pleno gobierno de la UP, el partido Izquierda Cristiana. Su génesis la encontramos en un sector de la DC – los llamados «Terceristas»– quienes propusieron un entendimiento con la UP y con el gobierno de Allende. Frente al rechazo categórico de la Dirección de la DC, un sector importante del partido (entre ellos varios diputados) decidió renunciar¹⁰⁰ y junto a otros exmiembros del MAPU –el sector tradicionalista– dieron origen a la IC.

El exdiputado, Luis Maira, especificó la justificación política del partido:

Ha surgido un tercer tiempo para la expresión concreta de los cristianos (...) Hoy surge vigorosamente una posición de izquierda. La justificación esencial de la IC es comprometer el aporte propio de los cristianos en la construcción de una sociedad socialista¹⁰¹.

La IC buscó desde un comienzo la convergencia entre cristianos y marxistas, sin que ambas categorías se interpusieran, sino que más bien se complementasen con el objeto último de materializar un cambio radical a favor de una sociedad socialista. El manifiesto ideológico del partido –aprobado en la asamblea

constituyente— señaló que la IC es un destacamento revolucionario de inspiración cristiana y humanista, que plantea, como primer objetivo: «contribuir a la construcción del socialismo mediante el aporte de fuerzas de inspiración cristianas o humanistas»¹⁰². Bosco Parra, considerado el ideólogo del partido, especificó que el cristianismo aboga por la fraternidad e igualdad entre los hombres «y el socialismo es la oportunidad concreta y material de realizar esa profecía»¹⁰³.

La IC aunque no se definió como un partido netamente marxista, ya que su concepción del hombre y del mundo derivaban del pensamiento cristiano, sí aceptó al marxismo como un valioso y útil instrumento para el análisis y la transformación de la realidad¹⁰⁴. El partido enfatizó que la revolución era el medio por el cual se produciría el tránsito de una sociedad capitalista hacia el socialismo: «concebimos la revolución como un rápido desplazamiento del poder y de los bienes sociales de producción, de manos de la burguesía y del capital imperialista a manos de los trabajadores y el Estado Popular»¹⁰⁵.

La línea política definida por la IC se denominó «República de Trabajadores», la cual, según sus fundamentos ideológicos, expresa y organiza institucionalmente el socialismo:

La creación de una República de Trabajadores para organizar institucionalmente el socialismo debe comprender un Estado democrático de trabajadores y un conjunto de comunidades básicas que se relacionan entre sí y con el Estado mediante la planificación y la nueva cultura¹⁰⁶.

La «nueva cultura» de la que habla el partido surge y se consolida a partir de una «nueva práctica social», basada fundamentalmente en la igualdad y la solidaridad, ya que estas, según el documento fundacional, cohesionarían al país para poner al centro de su actividad las necesidades reales de la mayoría.

Respecto de la unidad de las fuerzas políticas, la IC señaló que era esencial comprender que «la base política fundamental de la construcción del socialismo es la unidad del pueblo»¹⁰⁷. Por ello, los partidos no podían arrogarse, en el camino revolucionario, la calidad de organizaciones únicas o excluyentes.

En consecuencia, entendemos la organización política del proletariado y demás fuerzas populares bajo la forma de una alianza permanente en torno a programas de acción concreta que se van construyendo sucesivamente desde el seno mismo de las masas¹⁰⁸.

La IC asumió que su presencia cuantitativa en las masas no sería voluminosa, pero obtendría una acogida favorable en el pujante mundo cristiano de izquierda. Además, contaban con un segmento de teólogos e intelectuales de potente influencia en la izquierda chilena. Como señala Túpper en su investigación:

Conviene advertir que quienes fundaron la IC no se hicieron ilusiones respecto de lo que la nueva agrupación pudiera significar desde el punto de vista cuantitativo (...) Las posibilidades de llegar a ser mayoría se abrían más bien en sectores no adscritos a partidos y a través de lo que se llamó una «larga jornada». Se procuraba, por eso mismo, crear una organización homogénea, disciplinada y fraternal¹⁰⁹.

Igualmente, varios de sus dirigentes ocuparon cargos de relevancia en ministerios y subsecretarías¹¹⁰.

Rápidamente, la IC decidió incorporarse a la UP, aunque advirtió que desarrollaría una adhesión crítica al gobierno de Allende, en razón de corregir todas aquellas manifestaciones burocráticas y de cuoteo político. Aunque su posición primera fue apoyar el programa de la UP, al poco tiempo se inclinó por profundizar las medidas políticas-económicas gubernamentales, fortalecer el poder popular y las organizaciones de base que procuraban radicalizar el proceso en curso. De ahí que muchas de sus decisiones y acciones se ajustaron, en ocasiones, a la línea que enfatizaba radicalizar la lucha para dirimir el tema del poder y contrarrestar la creciente «ofensiva de la reacción» (derecha y empresarios). Lo anterior, se explica básicamente porque la base militante del partido estaba en su gran mayoría asociada y sumergida en el pujante mundo popular urbano, fuertemente influenciado por las posiciones de la izquierda a

favor del poder popular.

Partido Comunista de Chile: El otrora Partido Obrero Socialista (fundado el 4 junio de 1912) realizó su tercera convención en enero de 1922. En dicha ocasión aprobó el cambio de nombre, afiliarse a la III Internacional Comunista y proclamó la lucha por las reivindicaciones sociales y políticas del proletariado chileno. Nace así, oficialmente, el PCCh. El partido por aquella época declaraba que su aspiración era abolir el régimen capitalista:

Con el objetivo de conseguir la socialización de todo lo existente en el Estado, el partido desarrollará una actividad tendiente a la ampliación y perfeccionamiento de la organización revolucionaria de la clase trabajadora¹¹¹.

En 1927, bajo el VIII Congreso, el partido acordó estructurar su organización bajo el método del centralismo democrático (Células, Comités Locales y Regionales, CC, CP, secretario general). Además, estableció las primeras bases políticas y doctrinarias. En ellas especificaron que:

el partido irá acentuando el proceso de bolcheviquización. Los comunistas no acuden al parlamento para consagrar el régimen capitalista, sino para destruirlo. La emancipación del proletariado no se conseguirá por la vía democrática, sino por la vía revolucionaria. Su liberación no está en el parlamento, sino en el soviétismo¹¹².

La adhesión al modelo soviético significó asumir el relato de la lucha proletaria internacional para la constitución del socialismo. El PCCh, bajo las premisas de la Internacional, se entendió como un partido de clase, más que nacional, y obrero, más que popular. El PCCh en esta década estuvo definido básicamente por una línea ideológica antimperialista y por la lucha del proletariado mundial. Por lo tanto, su vinculación e identificación con el PCUS fue estrecha. Aunque hubo un intento por establecer una línea al estilo de los soviets, el partido decidió implantar, en los años treinta, una línea unitaria e inclusiva con todas las

fuerzas políticas democráticas. El objetivo fue hacer frente a las adversidades principalmente económicas del país. Es decir, el PCCh desarrolló una línea política de masas y de alianzas amplias. Esta línea política estuvo influenciada por la decisión del Comintern, el cual recomendó a los partidos comunistas del orbe, la formación de alianzas con todos los partidos democráticos y burgueses con objeto de formar un frente común contra el fascismo en auge.

A partir de esta decisión, el PCCh desarrolló una línea activa y de prósperos resultados, a favor de los Frentes Populares, junto a radicales y socialistas. Por lo tanto, la lucha por el progreso del proletariado no solo fue definida por la oposición al imperialismo, sino que también contra el fascismo.

Si bien existe continuidad en la denuncia del imperialismo, las razones de esa imputación tienden a desplazarse desde un enfoque preeminentemente clasista a un enfoque nacional (...) que aproxima al PC a las posiciones de otros actores políticos de centro e izquierda (...) El propio partido se concibió a sí mismo ya no solo como partido de clase sino también como partido nacional¹¹³.

Lo anterior generó que el frente antimperialista sobrevino en un frente antifascista (hasta el fin de la segunda guerra mundial). El gobierno popular de la época era, sin embargo, para el PCCh un medio para:

abrir el camino al desarrollo histórico de la sociedad hacia el establecimiento de la propiedad colectiva de los medios de producción; hacia la abolición de toda explotación del hombre por el hombre, y hacia la eliminación de las diferencias de clases existentes, de acuerdo con los principios científicos del socialismo¹¹⁴.

A partir de este enfoque nacional, el partido apostó por desarrollar la «revolución democrática», entendida como una fase previa y reformista, donde maduraría el proceso de transformación social.

Nuevamente, los comunistas, a diferencia de los socialistas, se inclinaron por la

formación de alianzas populares con participación de las clases medias. Es decir, una coalición de fuerzas populares, pluriclasista y plurideológica a favor de un gobierno de «Liberación Nacional»¹¹⁵. Solo a partir de esta etapa era posible, según el partido, pasar a la fase final de la revolución (abolición del sistema capitalista). La línea antimperialista señalada, aunque podía resultar amplia y difusa, apuntaba, en todo caso, a que los comunistas hegemonizaran al resto de las fuerzas. El programa antimperialista de liberación nacional fue auspiciado en la Conferencia Nacional de 1952 y posteriormente en 1956, en torno al X Congreso. En este último encuentro el partido decidió, arropado por las tesis impulsadas por Nikita Khrushchev, legitimar la opción de una línea pacífica hacia el socialismo. En el marco de la tesis de la «coexistencia pacífica de diferentes sistemas sociales» el PCCh apostó por desarrollar la «revolución por medios pacíficos» en detrimento de la «vía insurreccional»¹¹⁶; lo que no significaba a priori descartar la segunda, sino que privilegiar la vía pacífica y electoral.

El PCCh, una vez que robusteció su organización interna, con una mayor clarificación ideológica y con el reimpulso de alianzas amplias, forjó el Frente de Acción Popular (FRAP) en 1956. El secretario general de la organización, Galo González, señaló, a inicios de la década de los sesenta, que a pesar de ser un partido obrero y revolucionario «la línea más probable de la revolución chilena es la vía pacífica»¹¹⁷. La decisión anterior terminó por cimentar la opción de los frentes populares como estrategia central para la toma del poder. En un Congreso del año 1962 el PCCh decidió reimpulsar la estrategia de los gobiernos populares opositores al imperialismo. Este continuaba siendo el objetivo político, estratégico e ideológico, pero siempre como miras al socialismo en donde el partido jugaría el rol protagónico del proceso revolucionario. A comienzos de la década y con miras a las elecciones de 1964, el PCCh propuso la «revolución democrática de liberación nacional» entendida como una amalgama entre su primogénita política revolucionaria y un frente unido de liberación nacional. Sin embargo, la DC fue considerada un partido proimperialista. El PCCh en la década del sesenta profundizó su línea a favor de medidas antimperialistas, antioligárquicas y antimonopólicas (consagradas en los programas de los años cincuenta):

Un elemento nuevo, en el marco de esa continuidad, la constituía la ligazón estrecha que el PC planteaba en su discurso público entre las medidas

antimperialista, antioligárquicas y antimonopólicas, y el inicio de la construcción del socialismo en Chile. Era así como la consecución de la soberanía económica y política del país, constituía uno de los contenidos fundamentales con vista al socialismo¹¹⁸.

Por ello, los comunistas en torno a 1969 y ad portas del gobierno de la UP, señaló:

En Chile está planteada la necesidad de la revolución. País capitalista, dependiente del imperialismo norteamericano (...) La imposibilidad de solucionar los problemas del pueblo y de la nación dentro del actual sistema impone la obligación de terminar con el dominio del imperialismo y de los monopolios, eliminar el latifundio y abrir paso hacia el socialismo¹¹⁹.

Aunque el PCCh había decidido una estrategia pacífica para la toma del poder – la llamada «vía chilena al socialismo»– bajo un frente popular amplio, su política ideológica continuaba, sin duda, inserta en el marco de un proceso revolucionario global, signado por la sustitución del capitalismo por el socialismo, en donde la URSS era el gran referente y modelo.

La opción del PCCh –entendida como proceso revolucionario nacional– era una iniciativa deseable y con miras a una radicalización del mismo, pero siempre subordinada, repito, al desarrollo del comunismo internacional. Es decir, las leyes generales de transición del capitalismo al socialismo eran y seguían siendo para el PCCh la fundamentación desde donde evolucionar. A pesar de apoyar a la UP, dicha alianza no era más que el inicio de un proceso revolucionario mayor. El secretario general, Luis Corvalán, señaló en pleno gobierno de la UP que el PCCh se hallaba absolutamente convencido de que, por diversas que sean las características de la realidad chilena, no se podía prescindir en ningún caso de la debida consideración de las leyes universales que definen y convienen el paso al socialismo¹²⁰. Bajo estos principios ideológicos y estratégicos el PCCh se encaminó y proyectó durante la UP (1970-73), intentando materializar una opción revolucionaria singular, más bien gradual, y que inevitablemente generó no pocas contradicciones con las demás fuerzas revolucionarias (especialmente

con el MIR y la directiva del PSCh).

⁴³ Cfr. SARTORI, Giovanni (1980), Partidos y sistemas de partidos. Madrid: Alianza Editorial.

⁴⁴ DEL CAMPO, Esther (1991), «Unas notas sobre el sistema de partidos en Chile y Argentina en tiempos de crisis», En: Revista Estudios Políticos N° 74, CEC, Madrid. Pág. 178.

⁴⁵ MAINWARING, Scott y SCULLY, Timothy (1995), La construcción de instituciones democráticas. Sistemas de partidos en América Latina, Santiago de Chile: CIEPLAN, Pág. 84

⁴⁶ DEL CAMPO, Esther (1991). Op. cit. Pág. 181.

⁴⁷ Op. cit. Pág. 189.

⁴⁸ Cfr. ALCÁNTARA, Manuel y RUIZ-RODRÍGUEZ, Leticia (Eds.) (2006), Chile: política y modernización democrática, Barcelona: Ediciones Bellaterra. Pág. 73. La autora resalta algunos de los puntos concordantes entre ambos sistemas en perspectiva comparada: El elevado grado de institucionalización (Mainwaring y Scully 1995; Pauyne et al., 2002); la participación de partidos que abarcan la totalidad del espectro ideológico; el contenido de los anclajes que se estancaron en el sistema de partidos (Scully, 1992; Torcal y Mainwaring, 2003); y por último, se señala, que el sistema chileno poseía un mecanismo menos elitista en comparación al resto del continente.

⁴⁹ DEL CAMPO, Esther (1991). Op. cit. Pág. 209.

⁵⁰ La profesora Esther del Campo señala que aunque los partidos no representaban el concepto moderno del término formaron grupos relativamente estables que perduraron en un período de tiempo. Agrega que estos «partidos» eran más que simples agrupaciones que giraban alrededor de personalidades o por conexiones familiares. Cfr. DEL CAMPO, Esther (1991). Op. cit. Pág. 181.

⁵¹ La discusión persiste en determinar si los tres tercios del sistema de partidos logró mantenerse inalterable durante la dictadura o, por el contrario, sucumbió en un sistema bipartidista con dos polos claramente definidos. Respecto de esto último, hay quienes sostienen que la reconfiguración del sistema de partidos, una

vez finalizado el régimen militar, es la consecuencia de un nuevo cleavages o fisura generativa: autoritarismo/democracia. Cfr. VV. AA. (2000), Nuevo gobierno: Desafíos de la reconciliación Chile 1999-2000, Santiago de Chile: FLACSO. Pág. 165. En oposición a esta última idea, Scully y Samuel Valenzuela señalan que en los diversos contextos transicionales (como puede ser el caso de España o Chile) se revela una continuidad notable, aunque en ella se presenten modificaciones denominativas, innovación de líderes partidistas e inclusive alteración de los programas de los partidos. Cfr. VALENZUELA, Samuel y SCULLY, Timothy (1993), De la democracia a la democracia: Continuidad y variaciones en las preferencias del electorado y en el sistema de partidos en Chile, Santiago de Chile. Centro de Estudios Públicos. Pág. 196.

⁵² Cfr. SCULLY, Timothy (1992), Los partidos de centro y la evolución política chilena, Santiago de Chile: CIEPLAN-Notre Dame. Pág. 11.

⁵³ Este término, incluido por Valenzuela, fue traducido de generative cleavages. Este autor, también las denomina «divisiones societales de fondo». Cfr. VALENZUELA, Arturo (1985), Orígenes y características del sistema de partidos en Chile: Proposición para un gobierno parlamentario, Santiago de Chile: Centro de Estudios Públicos. Pág. 5.

⁵⁴ SILVERT, Kalman (1965), Chile: yesterday and today, Editorial New York, Holt, Rinehart and Winston. Pág. 99.

⁵⁵ El centro político, en el primer conflicto –a mediados del siglo XIX– fue ocupado por el Partido Liberal, debido a la presencia de un nuevo partido de izquierda. En los primeros años del siglo XX –una vez producido la coyuntura crítica de clase– el Partido Radical (de fuerte inspiración masónica) ocupó el centro. El surgimiento en las ciudades de los movimientos sociales proletarios y grupos anarquista, produjo que los radicales se desplazaran al centro, para dar paso a los partidos de clase de inspiración marxista. Finalmente, con la aparición de la tercera fisura social, derivada de la clase rural en los años cincuenta, surgen los demócratacristianos quienes desplazaron rápidamente a los radicales del centro. El PR de ahí en adelante adoptó una posición cercana a la izquierda.

⁵⁶ Según Scully se debe repensar el rol de los partidos del centro político, y su importancia en los sistemas multipartidista, ya que, según él, cumplen una función trascendental y decisoria dentro del sistema.

⁵⁷ Cfr. COTARELO, Ramón (1985), Los partidos políticos, Madrid: Editorial Sistema. Pág. 23. El autor especifica los cuatro cleavages de la siguiente manera: a) enfrentamiento tradicional entre el centro y la periferia. Dependiendo como se resuelva esta fractura se obtendrá en el sistema político partidos de carácter nacional o centralista, y, también, partidos minoritarios como regionalistas, independentistas o autonomistas; b) entre pretensiones de predominio de la estructura eclesiástica en la política y secularización de la forma de dominación; c) como tercer cleavage (producto del proceso de industrialización europeo) aparece el pujante aumento de las ciudades y la despoblación de la zona rural. Esto supuso la formación de partidos de origen campesino frente a los de origen urbano; d) finalmente, la última fractura se produce entre el trabajo asalariado y el capital. Este cleavage es el caso más común y ha dado origen a la mayor cantidad de partidos. Sin embargo, esta teoría para algunos autores, a pesar de ser la más aceptada, tiene ciertos aspectos que son abordables. En este sentido, el profesor Cotarelo señala que una de las debilidades es su evidente eurocentrismo y atemporalidad.

⁵⁸ Cfr. VALENZUELA, Arturo (1985). Op. cit. Pág. 6.

⁵⁹ Ibid. Podemos destacar que la lucha por el poder político en esta época, giró en torno a dos tendencias: los «pipiolos», que apostaban por una concepción más liberal de gobierno y los «pelucones», que se resistían a las reformas y favorecían el aspecto tradicional y de autoridad.

⁶⁰ Ibid. El autor destaca, además, que la nueva clase política logró aplacar los desafíos armados y hegemonizó a las fuerzas militares.

⁶¹ DEL CAMPO, Esther (1991). Op. cit. Pág. 181.

⁶² Cfr. VALENZUELA, Samuel y VALENZUELA, Arturo (1983), Los orígenes de la democracia. Reflexiones teóricas para el caso de Chile, Santiago de Chile: Centro de Estudios Públicos. Pág. 11.

⁶³ Cfr. SCULLLY, Timothy (1992). Op. cit. Pág. 49.

⁶⁴ Cfr. VALENZUELA, Arturo (1985). Op. cit. Pág. 8.

⁶⁵ Esther de Campo advierte de todas formas que para la época «Es difícil definir las diferencias entre los partidos en términos programáticos. Las identidades partidistas cristalizaron solamente en torno a cuestiones políticas y conflictos

pasados, más que en cuanto a temas políticos o socio-económicos». Además, destaca la presencia del «carácter clientelístico». Cfr. DEL CAMPO, Esther (1991). Op. cit. Pág. 185.

⁶⁶ Cfr. VALENZUELA, Arturo (1985). Op. cit. Pág. 9.

⁶⁷ DEL CAMPO, Esther (1991). Op. cit. Pág. 184.

⁶⁸ VALENZUELA, Samuel y SCULLY, Timothy (1993). Op. cit. Pág. 200.

⁶⁹ La consolidación de partidos de clase –inclusive con representación parlamentaria y gubernamental– generó que el Partido Radical, apoyado por una capa de profesionales y burócratas izquierdistas, ocupara el centro político (anteriormente habitado por el Partido Liberal).

⁷⁰ MAINWARING, Scott y SCULLY, Timothy (1995). Op. cit. Pág. 92.

⁷¹ DEL CAMPO, Esther (1991). Op. cit. Pág. 181.

⁷² Declaración de Principios del PSCh, En: Revista Consigna N° 1. AISA. Pág. 1.

⁷³ Esta política fue ratificada en el XVII Congreso de 1957.

⁷⁴ Cfr. POLLACK, Benny y RONSENKRANZ, Hernán (1978), «Una ideología latinoamericanista: Apuntes sobre el Partido Socialista Chileno», En: Revista Nueva Sociedad N° 37. Pág. 9.

⁷⁵ Cfr. Op. cit. Pág. 13.

⁷⁶ JOBET, Julio César (1987), Historia del PSCh, Santiago de Chile: Ediciones Documentas. Pág. 294.

⁷⁷ Op. cit. Pág. 295.

⁷⁸ Op. cit. Pág. 297.

⁷⁹ Op. cit. Pág. 296.

⁸⁰ Cfr. Op. cit. Págs. 299 y 230.

⁸¹ Op. cit. Pág. 302.

⁸² Cfr. Revista Punto Final N° 46, enero 1968. Sección Documentos. Págs. 6 y 7.

⁸³ JOBET, Julio César (1987). Op. cit. Pág. 317.

⁸⁴ Cfr. ALTAMIRANO, Carlos (1971), «El Partido Socialista y la revolución chilena», En: Revista Punto Final N° 121, enero 1971. Págs. 9-12

⁸⁵ Cfr. PSCh, Resolución política Congreso de La Serena, La Serena, enero 1971.

⁸⁶ Cfr. FRIEDMANN, Reinhard (1988), 1964-1988 La política chilena de la A a la Z, Santiago de Chile: Melquiades Editorial. Pág 79.

⁸⁷ Las bases de la organización crecieron rápidamente, absorbiendo militantes del campesinado, intelectuales y sectores marginales urbanos, pero principalmente de estudiantes jóvenes, provenientes de sectores universitarios y cristianos.

⁸⁸ Ibid.

⁸⁹ TÚPPER, Patricio (ed.) (1987), 89/90 Opciones políticas en Chile, Santiago de Chile: Ediciones Colchagua. Pág. 121.

⁹⁰ MAPU, Documento de resolución del primero Congreso Nacional del MAPU, Santiago de Chile, noviembre 1970. Págs. 1 y 2.

⁹¹ MAPU, Documento de resolución del primero Congreso Nacional del MAPU. Op. cit. Pág. 2.

⁹² Cfr. FRIEDMANN, Reinhard (1988). Op. cit. Pág. 80. Este sector, encabezados por Rafael Agustín Gumucio y Jacques Chonchol, se retirarán del MAPU para dar vida a otra organización de origen cristiano con perspectiva socialista: la Izquierda Cristiana.

⁹³ Cfr. TÚPPER, Patricio (ed.) (1987). Op. cit. Pág. 121.

⁹⁴ MAPU, Programa del MAPU. Segundo Congreso Nacional, Santiago de Chile, diciembre 1972. Pág. 22.

⁹⁵ Ibid.

⁹⁶ MAPU, Programa del MAPU. Segundo Congreso Nacional. Op. cit. Pág. 14.

⁹⁷ Op. cit. Pág. 2.

⁹⁸ VALENZUELA, Esteban (ed.) (1987), MAPU: Fuerza Socialista, Santiago de Chile. s.i. Pág. 15.

⁹⁹ TÚPPER, Patricio (ed.) (1987). Op. cit. Pág. 80. El investigador señala algunos ejemplos de estos partidos con fuerte penetración cristiana: Movimiento de Izquierda Revolucionaria (Bolivia), la Acción Popular (Brasil), el Frente Sandinista (Nicaragua), al Partido Popular Social Cristiano (El Salvador).

¹⁰⁰ El 31 de julio de 1971, el diputado y líder del sector Tercerista, Bosco Parra, renunció a la DC y señaló que: «He llegado al convencimiento de que las posiciones cristianas de Izquierda no tienen perspectivas reales dentro del partido». Junto a él renunciaron otros 6 diputados: Fernando Buzeta, Jaime Concha, Alberto Jaramillo, Luis Maira, Pedro Urrea y Pedro Videla. También renunciaron los dirigentes Osvaldo Giannini, Pedro F. Ramírez, Juan Enrique Miquel, Eugenio Díaz y el presidente de la Juventud DC, Luís Badilla. A los pocos días se sumaron los dirigentes del MAPU, Rafael Agustín Gumucio y los Senadores Julio Silva Solar, Alberto Jerez y Jacques Chonchol.

¹⁰¹ FRIEDMANN, Reinhard (1988). Op. cit. Pág. 67. Maira se refiere al «tercer tiempo» como el espacio de los cristianos al interior de la izquierda, ya que en un primer momento el mundo cristiano estuvo cercano a la expresión conservadora de la política y posteriormente ligado al socialcristianismo, es decir, el centro político.

¹⁰² Fundamentos ideológicos de la Izquierda Cristiana. Santiago de Chile, octubre 1971. AISA. Pág. 1.

¹⁰³ FRIEDMANN, Reinhard (1988). Op. cit. Pág. 68.

¹⁰⁴ Cfr. Fundamentos ideológicos de la Izquierda Cristiana. Op. cit. Pág. 3.

¹⁰⁵ Op. cit. Pág. 1.

¹⁰⁶ Op. cit. Pág. 6.

¹⁰⁷ Ibid.

¹⁰⁸ Op. cit. Págs. 7 y 8.

[109 TÚPPER, Patricio \(ed.\) \(1987\). Op. cit. Pág. 81.](#)

[110 Cfr. FRIEDMANN, Reinhard \(1988\). Op. cit. Pág. 69.](#)

[111 Citado en RAMÍREZ, Hernán \(2007\), Obras Escogidas. Vol II, Santiago de Chile: LOM Ediciones. Pág. 275.](#)

[112 Citado en: FRIEDMANN, Reinhard \(1988\). Op. cit. Pág. 30.](#)

[113 RIQUELME, Alfredo \(2009\). Op. cit. Pág. 60.](#)

[114 PCCh \(1940\), Estatutos del Partido Comunista de Chile, Santiago de Chile: Antares Editorial. Pág. 4](#)

[115 La proposición del frente unido, que estipulaba el PCCh, la denominó Frente de Liberación Nacional.](#)

[116 Cfr. FRIEDMANN, Reinhard \(1988\). Op. cit. Pág. 31.](#)

[117 TÚPPER, Patricio \(ed.\) \(1987\). Op. cit. Pág. 31.](#)

[118 RIQUELME, Alfredo \(2009\). Op. cit. Pág. 79.](#)

[119 Citado en RIQUELME, Alfredo \(2009\). Op. cit. Pág. 79.](#)

[120 Cfr. RAMOS, Sergio \(1972\), Chile. ¿Una economía de transición?, Santiago de Chile: CESO-PLA. Pág. 28.](#)

Capítulo II

Bajo el contexto de la represión, la autocrítica y las (re)definiciones (1973-1979)

Introducción

En primer orden, es necesario explicar qué entenderemos por renovación, ya que, como señalamos en la introducción, es la principal variable (no la única) que define el desarrollo de la izquierda chilena durante la dictadura y, por ende, será uno de los principales conceptos a desarrollar. Citando al cientista social, Manuel Antonio Garretón¹²¹, lo definiremos como un «proceso teórico y práctico de crítica al socialismo clásico u ortodoxo de la izquierda chilena (...) y de reformulación y actualización de su bagaje intelectual y político».

En lo medular, y siguiendo la descripción del sociólogo, fueron cuatro grandes dimensiones que la otrora izquierda chilena abordó críticamente durante gran parte de la dictadura. El primer punto se refiere a la distancia o ruptura de la renovación respecto del modelo político clásico de la izquierda, que incluye una separación con la tradición ideológica y una reevaluación crítica del pasado y de sus experiencias bajo la dictadura. El segundo punto se refiere a la revalorización de la democracia política (entendida como régimen político). En tercer lugar, sobre las articulaciones de la izquierda en la sociedad internacional y entre política y sociedad civil a nivel nacional. Finalmente, se destaca la problemática de la inserción de la(s) izquierda(s) en la política chilena y en el sistema de partidos (reconocimiento de dos o más izquierdas)¹²².

Dentro de este marco, creo preciso entender también que la renovación política determinó no solo un drástico vuelco de la línea política de los partidos, sino también una modificación o mutación de la identidad histórica de la izquierda. Paralelo al plano eminentemente político, el revisionismo en marcha generó una intensa transformación cultural que modificó la forma de hacer y entender la política de los sujetos que integraron esas organizaciones. ¿Desde dónde

emergió?

En algunos casos fueron los propios sujetos de los partidos quienes desde el interior forjaron los cambios, transformándose en ocasiones en actores centrales del revisionismo. Por lo tanto, no fue un proceso únicamente «desde arriba», es decir, desde las directivas, ya que fueron los propios sujetos (militantes, simpatizantes o mandos medios) quienes impulsaron una serie de actividades o reflexiones que fueron delineando la evolución de los partidos. Así, observar la renovación como un proceso exclusivamente cupular o puramente intelectual, tiende a desestimar en ocasiones la reflexión individual de los sujetos.

Ello no significa comprender que la renovación surgió exclusivamente desde la participación-reflexión de los sujetos integrantes de las culturas políticas (dando a entender que a partir de estos surgió un cambio político-cultural que modificó las bases mismas de la cultura de izquierda). En pocas palabras, el proceso revisionista tampoco fue eminentemente «basista», ya que, en la mayoría de los casos, surgió poderosamente desde el sector cupular-intelectual y desde ahí se proyectó al grueso de los militantes.

Existe, por tanto, una mixtura entre ambas miradas. Se fueron perfilando, mutando y ejercieron influencia simultánea (no exenta de desconfianzas y resquemores). Aquello no significó que se anularan entre sí, sino por el contrario hizo que se potenciaron. En el fondo es necesario observar cómo los sujetos (o bases militantes) y los circuitos cupulares-intelectuales fueron modificando – quizás no de una manera impositiva o altamente rupturista, pero continua y efectiva– las prácticas, la estructura, conceptos y la línea oficial de los partidos de la izquierda chilena. Lo anterior nos permite entender, desde una perspectiva más integradora, la transformación de la identidad política y cultural de estas organizaciones.

Una vez apuntado lo anterior, es preciso –como señalamos en la introducción– que indagemos y analicemos los documentos internos de los partidos: manifiestos, resoluciones de los plenos, Congresos, discursos, cartas. Por otra parte, analizaremos los hitos más trascendentales de la izquierda en su conjunto, es decir, seminarios, reuniones y acuerdos, que fueron consolidando el proceso durante la dictadura.

Dividiremos en tres etapas la evolución de la acción política: la primera va desde 1973 hasta 1979; la segunda desde 1979 hasta 1983; y por último, la tercera

desde 1983 hasta 1990.

En esta primera etapa utilizaré un método privativo, es decir analizaré individualmente a los partidos. La intención es verificar cuáles fueron sus principales reflexiones, proposiciones y decisiones. En esta etapa, los partidos trabajaron de manera introspectiva. Este período se define por un contexto dictatorial fuertemente represor. La discusión estuvo definida por el análisis de las causas de la derrota de la UP, las formas de enfrentar la dictadura, la caracterización del régimen y la inviabilidad de la izquierda por sustituir la dictadura por un sistema democrático¹²³.

A partir de lo anterior, los partidos se fueron cuestionando el proyecto histórico de la izquierda, la política de alianzas, la concepción de partido y la validez de su línea política. Dicho contexto adverso, generó una crisis generalizada en el bloque de la izquierda marxista chilena (aún identificada con la UP). Como dice Alex Fernández, se buscó «la sustitución del paradigma clásico en que se fundamentaba la estrategia alternativa representada por el socialismo. Finalmente, ello implica la discusión a la eficiencia del marxismo para garantizar la profundización de un proceso democrático alternativo»¹²⁴.

Es necesario hacer hincapié en un aspecto trascendental. Me refiero al impacto del golpe de Estado (represión). Tomando en cuenta este antecedente, podemos entender la dinámica interna de los partidos y el contexto al cual estuvieron expuestos. Posterior al golpe de Estado, los partidos de izquierda se refugiaron en la clandestinidad y su actividad estuvo limitada a la elaboración de documentos que sirvieron de guía a los militantes y simpatizantes. El profesor Alex Fernández señala respecto a los partidos de izquierda:

Su evolución política estratégica, la necesidad de reformulaciones teóricas, su recomposición organizativa adquiere en este contexto una gran lentitud e ineficiencia. La segmentación política de ella y sus divisiones son el resultado «lógico» de la dificultad de adaptación y de la forma centralizada en que debe ser enfrentada¹²⁵.

Sin embargo, la actividad partidista alcanzó notables niveles de participación y discusión. La publicación de material informativo y el análisis de documentos

fue una característica de gran valor teórico y práctico que generó interesantes debates. Es decir, aun aceptando la lentitud señalada por Fernández, los partidos nunca dejaron de funcionar y rápidamente comenzaron a discutir, promover y desarrollar su política interna. El profesor Yoclevsky señala que, a pesar de ser clausurado el Congreso y de ser suprimida la actividad partidista formal «no significa, sin embargo, que las bases organizadas de los partidos y, mucho menos sus cúpulas, hubieran sido desactivadas definitivamente»¹²⁶. En lo que sí coincidimos plenamente con el profesor Fernández, es que ante la dificultad de adaptación de los partidos, estos privilegiaron una forma centralizada de organización y acentuaron una mirada ideologizada de la coyuntura política.

En muchos casos ello da como resultado la exacerbación ilimitada de una manera leninista ortodoxa de conceptualizar la nueva realidad, marginando o eliminando en el interior de muchos partidos a aquellos sectores que intentan formalizar una renovación teórica y política más funcional a la nueva situación estructural e ideológica de la sociedad¹²⁷.

Además, el sesgo analítico de los partidos generó, en los primeros años del régimen, una incorrecta valoración de los intereses y alcances de la dictadura. Esto impidió a la izquierda sopesar el proyecto revolucionario que encubaba el régimen militar y de paso postergó el debate estratégico para enfrentar correctamente a la dictadura. Sin embargo, todas estas limitaciones analíticas se fueron superando. A finales de la década del setenta germinó un amplio movimiento crítico que motivados por la praxis y los fracasos promovieron un cambio ideológico y estratégico en la izquierda. Este nuevo fenómeno trajo resultados más allá de lo previsto. Pasemos a analizar la dinámica interna en cada uno de los partidos escogidos para este libro.

1. Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU)

128

1.1. Las primeras reflexiones (a)críticas

Posterior al golpe de Estado el MAPU fue uno de los primeros partidos en realizar una declaración pública a todos los militantes y simpatizantes de la izquierda chilena, con objeto de clarificar su posición frente a las causas del golpe de Estado, al carácter y posición frente a la dictadura y denunciar la violación de los DD. HH. El documento «La resistencia revolucionaria del pueblo se fortalece para vencer», fechado en marzo de 1974, señaló que lo ocurrido el 11 de septiembre de 1973 se debió a las limitaciones, desviaciones y concepciones erradas de la propia izquierda. Destaca que hubo predominio de «concepciones reformistas» (en clara referencia al PCCh) al interior de la UP.

La instauración en Chile de una dictadura militar, es la expresión de las debilidades y limitaciones de la izquierda chilena sin excepciones, y particularmente del predominio durante el Gobierno Popular de las concepciones y posiciones reformistas en el seno del gobierno y del movimiento de masas¹²⁹.

Para el MAPU el fin del proyecto de la UP significó una derrota y no un fracaso¹³⁰. Sobre si la derrota fue de orden táctico o estratégico la discusión irá discurriendo, no exenta de polémica y fuertes rencillas internas¹³¹. De acuerdo a la declaración pública de la Comisión Política, la posibilidad de desplegar una resistencia activa a la dictadura –inclusive de índole armada– era viable. De ahí el interés por reafirmar una línea política-militar. De acuerdo a este documento, lo que imperó al interior del partido, inmediatamente después del golpe de Estado, fue el predominio de precisiones maximalistas, irrealistas e

ideologizadas (incluso arrojadas desde la directiva).

La clase obrera y su vanguardia utilizará y combinarán conforme a las exigencias reales de cada momento todas las formas políticas y armadas de lucha que sean necesarias (...) Ni las concepciones reformistas y defensistas ni tampoco aquellas de carácter «izquierdistas» y neofocoquistas, representan caminos de victoria para nuestro pueblo. Solo una línea política-militar proletaria marxista-leninista permitirá a las masas obreras y populares chilenas derrotar a sus enemigos¹³².

Un segundo documento de la CP, más elaborado y detallado que el anterior, de junio de 1974, titulado «El pensamiento del MAPU», concretó el escenario y las perspectivas de futuro. En una segunda parte, ratificó la línea política proletaria leninista como eje del partido. Nuevamente señaló que fueron las desviaciones de derecha y de izquierda como las de orden estratégico y táctico, las causas principales que explican la derrota del gobierno de Allende¹³³. Consideran que la influencia de las concepciones pacifistas, gradualistas, burocráticas, aventuristas, puristas y sectarias, desplegadas en diversos planos del proyecto de la UP, ejercieron gratuitamente presión sobre el camino revolucionario¹³⁴.

Para la Dirección, interpretar la derrota como táctica y no estratégica implicaba la posibilidad «objetiva» (pasado el período de reflujó) de derrotar a la dictadura, inclusive en el plano de la lucha armada. De ahí que los sectores más radicalizados se esforzaron en plantear y justificar dicha posibilidad.

La caída del gobierno Popular significa una derrota importante, un retroceso para las fuerzas revolucionarias. Pero no se trata de un retroceso definitivo, ni tampoco de una derrota estratégica. La derrota del pueblo chileno ha sido táctica. Reconocer y destacar dicho carácter no implica postular que el camino será fácil y corto, sino sencillamente reconocer la posibilidad objetiva de derrotar a la dictadura¹³⁵.

Podemos apreciar que los primeros documentos del MAPU vinieron a ratificar la línea y la estratégica política definida en tiempos de la UP (leninista y formación de un polo revolucionario). Así mismo, podemos estimar un cierto hálito esperanzador, inclusive hasta triunfalista, respecto de la política de resistencia frente a la dictadura. Sin embargo, estas visiones irrealistas fueron sucumbiendo ante la inviabilidad de las propuestas rupturistas. Creo que la promoción de estas primeras proyecciones ideológicas y estratégicas por parte de la Dirección, tuvieron por objeto aunar criterios generales debido a la dispersión y confusión política del momento. Fue necesario centralizar el discurso interno para contrarrestar la derrota política y moral y la represión.

En un documento interno inédito, denominado «Documento de Trabajo Interno de los ND N° 4», de diciembre de 1974, se planteó que la inercia de la resistencia se debía a un error fundamental: se habían limitado a diseñar los cursos de acción sin establecer claramente las fuerzas reales. Se expresaba de este modo:

Había cuatro supuestos implícitos que nos condujeron a error: 1) consideramos el descontento como una fuerza antidictatorial en sí misma, que se transformaría en protesta por su dinámica espontánea 2) sobrevaloramos la disposición del PC de poner en tensión sus fuerzas en la perspectiva de iniciar la resistencia activa 3) se suponía que la oposición burguesa entraría a la acción contra la dictadura, pero no evaluamos el sentido específico en que lo haría 4) supusimos que la represión sería poco eficaz que si bien era un obstáculo serio, no sería decisivo¹³⁶.

Frente a dicho diagnóstico, el MAPU caviló y concluyó en estos primeros años que: se reconocía la derrota (táctica) de la UP; persistían los errores estratégicos de la izquierda; era evidente el fracaso de la resistencia popular; y las voces disidentes al interior del partido iban en aumento. Bajo este ambiente incierto, el partido se concentró en reconstruir la orgánica al interior del país y a estrechar lazos con los dirigentes en el exilio. El objetivo del MAPU, a pesar de la adversidad, fue fomentar la discusión crítica ideológica y a partir de ahí impulsar la reorganización política del partido. El contexto interno así lo demandaba.

1.2. La Dirección Interior y los Balances de Autocrítica Nacional (BAN)

El MAPU fue una de las organizaciones que más rápido inició el proceso de reconstrucción orgánica¹³⁷, pero paralelamente inició una férrea autocrítica. Para materializar la reconstrucción partidista nombró a los dirigentes Rodrigo González y Carlos Montes¹³⁸ para que asumieran la Dirección Interior (DI)¹³⁹. Uno de los primeros objetivos que se trazó la DI fue explicar convincentemente las causas de la derrota y revisar la acción del partido en la resistencia. Con esta tarea, los dirigentes del MAPU hacia finales de 1974 decidieron dar curso a los Balances de Autocrítica Nacional (BAN).

Estos balances consistían en elaborar un esquema de trabajo individual en donde cada militante debía examinar pormenorizadamente las causas de la derrota y/o fracaso¹⁴⁰, el rol del partido en la UP, la acción del partido en la resistencia, etcétera.

El Balance de Autocrítica Nacional era una metodología que explica en términos globales del proceso mundial y nacional que hayamos sido derrotados y que explica nuestra realidad inmediata y directa (...) lo inicial es el BAN, nuestra propia autocrítica, nuestra autoreflexión individual, de los grupos y del país¹⁴¹.

Paralelo a los BAN, la DI articuló hacia 1975 un Marco Político de Conducción.

En el BAN y en el Marco Político se sostiene que el movimiento popular había entrado en una crisis de proyecto y en la necesidad de una profunda renovación teórica, política y práctica. Se pone el centro de los esfuerzos políticos en la reconstrucción del tejido social a través de la organización en Comités de Resistencia¹⁴².

Estos incipientes análisis son considerados el primer eslabón de la renovación teórica-política en la izquierda chilena¹⁴³. Estos balances fueron evolucionando hacia diversas materias y, por ende, plantearon nuevas aristas y proyecciones. El exdirigente Gonzalo Ojeda señala que una de estas primogénitas proyecciones de los BAN fue «el replantearse la constitución de un partido más grande junto con los socialistas y otros sectores»¹⁴⁴.

Pasadas las primitivas (y apresuradas) reflexiones postgolpe y una vez analizados los BAN, la Dirección del MAPU concluyó finalmente que lo ocurrido el 11 de septiembre de 1973 fue una derrota estratégica¹⁴⁵. Aunque otorgaron responsabilidad a la intromisión de las fuerzas exógenas, reconocen que la falta de manejo en las prácticas políticas y la forma de entender y conducir el poder, fueron los principales factores que explican la derrota. Una de las primeras conclusiones a las que arribaron fue que la izquierda estaba sumergida en una crisis política que le impedía materializar un proyecto acorde a las necesidades y a la realidad del país. Se reconoció que la izquierda y su proyecto estaban en un discontinuo entre su paradigma (caduco-erróneo) y la realidad de la coyuntura nacional.

¿Qué es lo interesante de este análisis autocrítico? A un año de la derrota, el MAPU puso en discusión el proyecto histórico de la izquierda. Para los mapucistas, la izquierda chilena no podía entregar orientaciones de futuro debido a una crisis de «estilo» y «representación», ya que sus discursos, lenguaje y prácticas eran ajenos a la realidad de las masas. De ahí la necesidad de «renovar la política»¹⁴⁶, pero seguramente sin tener la certeza de los límites del proceso. Es decir, los balances autocríticos habían permitido dilucidar con mayor objetividad el núcleo de la derrota. Ahora el análisis contenía una respuesta netamente política y más autocrítica. Por lo tanto, se aprecia un cambio en la cosmovisión del partido frente a la derrota y al rol del partido en la UP.

La DI elaboró una primera estrategia para hacer frente a la dictadura. Se propuso impulsar una oposición basada en la «violencia no activa», reforzar los comités de resistencia (tejido social) y formar un Frente Único. Dicha estrategia partió de una conclusión, no exenta de fuerte discusión (interior-exilio): la naturaleza del régimen militar. En este sentido, es interesante resaltar que la directiva del MAPU desde un comienzo –y a diferencia del MAPU-OC o el PCCh– no definió a la dictadura como fascista, sino que la consideró «más precisamente

una dictadura tecnocrática-militar de derecha»¹⁴⁷. Respecto de esto último, la DI declaró que la implantación de la dictadura no constituía una etapa efímera – como el grueso de la izquierda planteaba– sino que detrás de Pinochet había un proyecto político-social de envergadura con unas bases ideológicas, especialmente en el ámbito económico, de amplias pretensiones.

Ya en junio de 1974, precisaron que de no contrarrestar los intereses del régimen –más allá de las nulas posibilidades que tenía la izquierda de influir en la contingencia–, «la dictadura logrará armarse y consolidarse y entonces se perpetuará por un tiempo indefinido, necesariamente muy largo»¹⁴⁸. Esta visión permitió dilucidar que la derrota de la dictadura no sería inmediata y de paso deslegitimó las versiones (del PCCh) que postulaban que el régimen caería por sus propias debilidades y contradicciones (especialmente económicas). A la vez constató que la estrategia de oposición al régimen, por el momento, debía descartar la vía armada. Así como rechazó la posibilidad de una salida militar, también criticó sin tapujos la idea de asociarse sin condiciones con el centro político (DC).

El MAPU propuso una alianza alternativa, fundada en la reconstrucción de un nuevo tejido social amplio, fuerte y hegemónico, que estuviese legitimado no solo por la superestructura de los partidos de oposición, sino por el movimiento social. La idea era superar el modelo aliancista (clásico) de la UP. En este sentido, cobró valor el concepto de hegemonía como herramienta de construcción y formación de mayorías para la ejecución de proyectos de transformación social. La profesora Moyano señala que, ya en 1975, al interior del MAPU:

se van fraguando así los primeros gérmenes de utilización del concepto de hegemonía como construcción legítima y sobre las mayorías conscientes de los proyectos políticos, haciendo énfasis en la idea de que estos no deben imponerse, sino que deben surgir del seno del propio movimiento popular. De allí la importancia que el MAPU le dará, en la resistencia a la dictadura, a las acciones de educación, agitación y propaganda. Sin una transformación cultural que el pueblo sintiera como construcción propia y no impuesta, cualquier proyecto futuro se estrellaría nuevamente con las otras fuerzas de oposición a dicha transformación¹⁴⁹.

Hacia 1976-77 el partido enfrentó y participó en dos procesos: la reorganización del mundo social («el MAPU volcará todas sus energías a la reconstrucción del tejido social») y la incipiente renovación del movimiento popular y de la izquierda («el MAPU habla de renovar la hechura estratégica del movimiento popular») ¹⁵⁰. Un aspecto interesante a sopesar –para entender los inicios de la renovación– se refiere a las diversas, y a veces antagónicas, visiones que coexistieron entre el interior y el exilio. Esta oscilación de posturas generó grupos de reflexión que fomentaron útiles críticas y delinearon la discusión. Es decir, las visiones críticas entre el interior y el exilio fueron sistemáticas y no se agotó en la palabra oficial de la Dirección.

En el boletín *Venceremos* de 1977 –titulado «Unidad, renovación y lucha»– se hace referencia a la corriente renovadora que va cobrando valor en la izquierda mundial y en los nuevos socialismos. En uno de sus artículos, que podríamos definir como la editorial, se hace referencia a esta nueva «semilla de renovación» y señala la necesidad de erigir:

partidos que se abren a escuchar, recoger y aprender para avanzar; y que junto a pensadores, grupos, organismos de intelectuales y de masas, van conformando esa corriente profunda de renovación que va tomando cuerpo en todo el mundo que va cobrando realidad en nuevos socialismos (...) Enraizada en los avances que hubo en el pasado, viviendo y repensado el duro presente, proyectando caminos y métodos renovados al futuro. ¡Esta semilla de renovación está en tierra chilena!¹⁵¹.

El MAPU reconoció que si bien la oposición a la dictadura había crecido en los últimos años y constituía una mayoría social, los partidos de la izquierda aún no eran capaces de hegemonizar los intereses y deseos de las masas. Por lo tanto, la tarea del MAPU era transformar esa mayoría social en alternativa viable, a través de un proceso de unidad en el seno de la izquierda. Sin embargo, el problema estaba en esto último: la izquierda. Consideraron inminente realizar un cambio de rumbo en la cosmovisión y en la práctica de la izquierda. El partido a mediados de los años setenta propuso básicamente reevaluar los procesos,

prácticas y concepciones de su ideología. La idea pretendía resistir el aparato represor del régimen militar y –ya que el MAPU reconoció que la dictadura no «caería por su propio peso» ni por «la presión internacional»– levantar una alternativa de gobierno.

Otra idea que germinó al interior del MAPU fue el énfasis que le otorgó al sujeto histórico. Este sujeto autónomo sería el eje del cambio y su propia autoemancipación la punta de lanza del movimiento. Para el MAPU, este proceso no debía ser liderado necesariamente por un partido y por ello abogaron por la superación del partido vanguardia. Para el MAPU los partidos no eran más que instrumentos de la emancipación de las masas, ya que por organizados que estuviesen, no habían sido capaces de liderar por si solos las transformaciones sociales. Por ello, este nuevo sujeto histórico tenía que jugar un rol autónomo frente a las direcciones y hegemonías de los partidos¹⁵². La crítica al funcionamiento y concepción de los partidos fue tajante en el MAPU. En voz de uno de sus líderes de la DI, Eugenio Tironi, se señaló que:

los partidos se nos fueron volviendo mecanismos de conservación (...) lugares donde preservar, muchas veces únicamente mediante gestos históricos, nuestra «cultura de la omnipotencia», lugares de encuentro que aplacan momentáneamente nuestro recurrente desarraigo; enclaves que, por su propia naturaleza nos alejan día a día de la cotidianidad de nuestra gente. Pero ya no dan abasto. Tanto recuerdo, tanta muerte, tanta repetición de ritos, discursos conmemorativos y dogmas, los están haciendo reventar¹⁵³.

A partir de esta advertencia ¿Cuál era el camino de los partidos de izquierda? Según el MAPU, había que perfeccionar su rol, es decir, profundizar la relación de la orgánica con el nuevo sujeto histórico emergente, a partir del cambio de escenario. Algunos conceptos clásicos como «clase social», «clase proletaria» o «masas populares» comenzaron a reemplazarse por esta nueva significación del sujeto histórico, caracterizado por una relación menos dependiente con la estructura partidista tradicional.

En sus debates y declaraciones el MAPU clarificó las dificultades que acarreaban el dogmatismo y el sectarismo, ya que en no pocas ocasiones el

instrumental de análisis obstaculizó el proceso de comprensión histórica. Para Moyano, esta nueva interpretación de la realidad social comenzó a tener los primeros atisbos hacia 1977. Reconocieron que el leninismo ya no era un instrumento apropiado para concebir e interpretar la realidad social del país, ni siquiera como vertiente de análisis teórica. Otra importante materia de discusión, en esta primera etapa, fue la crítica abierta a las prácticas políticas y al lenguaje de representación que había utilizado el partido (y toda la izquierda). El incipiente movimiento de la renovación realineó, en el contexto de la lucha contra la dictadura, una parte importante del bagaje conceptual clásico: el concepto de partido, de práctica política, de lenguajes y discursos, de acción y de relación entre partido y sociedad¹⁵⁴. Pero también revalorizó el concepto de democracia política, el cual va a tener un largo camino de acepciones hasta recalar en los años ochenta en una definición menos utilitaria, es decir, la democracia entendida como régimen político. La supresión del Congreso, la falta de garantías sociales mínimas y las violaciones a los DD. HH., hicieron que un sector de la izquierda tomara conciencia de las características y beneficios de la democracia como sistema moderador para la toma del poder y como régimen político. La idea fue vincular la reorientación del valor democrático con el socialismo.

Uno de los documentos más significativos fueron las resoluciones del II Pleno clandestino del MAPU a principios de 1980. Una vez finalizado el Pleno en marzo de ese año se decidió distribuir masivamente las resoluciones con objeto de cohesionar la línea política y comunicar el pensamiento del partido al conjunto de la izquierda. En el capítulo primero, llamado «Nuestra respuesta política», constataron que la evidente crisis de la izquierda los había «alejado del sentido común de las masas». Las conclusiones son categóricas y no dejan espacio para la duda:

Constatamos la existencia de una profunda crisis del movimiento popular: crisis de dirección, de identidad y de vocación. Las ideas fuertes del pasado ya no entusiasman ni llaman la atención de nuestro pueblo, las masas carecen de referentes claros, existe un evidente divorcio entre los partidos y las masas, y no solo por las condiciones de represión y clandestinidad¹⁵⁵.

En esta línea, el MAPU consideró urgente reconciliar a la izquierda con el movimiento popular. Para el partido la cuestión clave era cambiar o invertir «la forma de hacer política»:

Debemos invertir la lógica de la izquierda. La gran tarea de hoy es hacer cuajar a ese movimiento en una alternativa política, convertirlo a él en una alternativa, pero para que ello ocurra es necesario que el partido y la izquierda cambien su manera de mirar el movimiento, inventen nuevas formas de hacer política (...) En palabras cortas, hay que renovar y renovarse¹⁵⁶.

La conclusión general del II Pleno fue clara: se acabó la concepción leninista de partido vanguardia. Por el contrario, era necesario invertir la «lógica» y comenzar a trabajar desde la subjetividad de las masas, respetando su espacio (autonomía) de acción. A partir de lo anterior, el partido planificó una serie de «estrategias de resistencia colectiva». Estas partieron de dos argumentos básicos:

Solo con las masas y desde las masas podía emerger un proyecto de cambio hegemónico y viable.

El partido debía replantearse su rol clásico de vanguardia leninista frente a las masas y al movimiento social¹⁵⁷.

Frente al poder de la dictadura, la Dirección estableció que la lucha armada era inviable. Advertieron que si algún sector radicalizado, por mayoritario que fuese (cuestión que en la práctica no era efectivo) optaba por la lucha frontal, acabaría en un suicidio colectivo con consecuencias graves para la oposición. A partir de la planificación teórica y su visión estratégica de la resistencia, el MAPU ratificó su propia opción de lucha: la «guerrilla política de masas»¹⁵⁸ (también llamada violencia no activa).

Podemos concluir que este conjunto de discusiones y propuestas se encauzaron, en esta primera etapa, a través de la sistematización de los Balances de Autocrítica Nacional. Posteriormente, la crítica a la línea y acción del partido se sistematizó en comunicados editados a través del boletín Venceremos (especialmente en los números de los años 1975 y 1977). Sin embargo, el II Pleno clandestino determinó más claramente la germinación de un nuevo pensamiento crítico (volveremos sobre este punto). En general, podemos deducir que desde la DI surgieron varios puntos: un proceso reformador que dio inicio a una discusión sobre la crisis del proyecto de la izquierda; aumentó el descrédito hacia las categorías clasistas para explicar los fenómenos sociales y la coyuntura política-económica; una revalorización del sujeto popular; el interés por renovar la concepción de partido a partir de una refundación de la relación partido-masas; y nuevas visiones para entender y proyectar el socialismo, teniendo como punto de partida el reconocimiento de la democracia como régimen político.

1.3. La intervención en el Frente Exterior (FEXT)

Una parte del partido una vez acaecido el golpe de Estado pasó al exilio europeo y se organizó a través del Frente Exterior (FEXT)¹⁵⁹. Este fue liderado en un comienzo por Gonzalo Arroyo, posteriormente participó Rodrigo González, y tuvo la cercana colaboración de su secretario general, Oscar Guillermo Garretón¹⁶⁰. Las primeras posiciones dominantes al interior del FEXT concluyeron que el fin del proyecto de la UP fue a causa de una «derrota táctica», ya que hubo escasa o nula preparación militar de las fuerzas populares para ejercer resistencia a los embates de la reacción. Plantearon unificar fuerzas con las posiciones radicales de la izquierda como el MIR. Propusieron acentuar la actividad militar y la agitación en las masas obreras y populares con el objeto de desestabilizar al régimen. Es decir, en un comienzo, y solo en un comienzo, el FEXT –al igual que la DI– desarrolló una línea similar a la de la época de la UP (y de pasó concordó con las apreciaciones de las llamadas facciones ortodoxas).

El FEXT, en los documentos posteriores al golpe de Estado, no descartó una salida armada, sin embargo subrayó que la correlación de fuerzas hacía poco viable la insurrección. En un documento denominado «A los partidos hermanos de la izquierda chilena» se propuso que:

«(...) si bien no planteamos la lucha armada para lo inmediato, dada la actual correlación de fuerzas y los niveles actuales de conciencia y organización de las masas, estamos convencidos también que la lucha armada no se improvisa, ni mucho menos se debe producir al margen de la conciencia y de la acción de las masas. Por ello es que planteamos –como obligación de hoy para la dirección del movimiento popular– la necesidad de comenzar a preparar ideológicamente, política y orgánicamente desde ahora a las masas, para asumir las formas armadas de lucha¹⁶¹.

El FEXT fue uno de los sectores que con mayor interés buscó la unidad de los partidos, incluyendo a los sectores más radicalizados. La inclusión del MIR fue primordial para O.G. Garretón (en este punto había cercanía con el MAPU-PT). Por ello, el secretario general promovió acuerdos, intercambió documentos y actuó como bisagra entre el MIR y el resto de partidos de la UP. Este hecho queda corroborado en la carta que Garretón le envió al secretario coordinador de los partidos de la UP en el exterior, Jorge Arrate. Le señala los avances entre el FEXT y el MIR y las propuestas que estos últimos elaboraron expresamente para que fueran discutidas al interior de la UP.

Los resultados de esas conversaciones (entre el MAPU y el MIR) han sido positivas y por ello me alegro de poder adjuntarte la proposición oficial que la Dirección del MIR hace a nuestros partidos. El MAPU considera que están abiertas las condiciones para llegar a la unidad de la izquierda y confía que la voluntad unitaria, se concretará en el acuerdo unánime de responder favorablemente la proposición de la Dirección del MIR de reunirse a discutir las bases de la unidad de la izquierda chilena¹⁶².

Sin embargo, al interior del FEXT hubo una postura, hasta ese momento minoritaria, que propuso una alternativa opuesta, es decir, converger con el centro político, específicamente con la DC, desechar la UP y buscar una salida política a la dictadura.

Además, vislumbraban la posibilidad de fundirse en un partido socialista mayor. Por lo tanto, este sector se hizo eco de los BAN y aunque encontró, en un principio, dura resistencia poco a poco fue legitimando sus tesis¹⁶³.

Uno de los momentos claves en el viraje ideológico del FEXT se produjo cuando la DI, al mando de Carlos Montes, logró hegemonizar la discusión interna a mediados de la década de los setenta. En torno a 1976 la DI decidió intervenir el FEXT con objeto, según ellos, de «expulsar» o «persuadir» a los dirigentes y grupos ortodoxos. En esta tarea la participación de Eugenio Tironi (también líder del Interior) fue decisiva, ya que logró «persuadir» al FEXT sobre la necesidad de renovar el discurso ideológico, la concepción de partido y superar las viejas alianzas políticas (esto último, en clara alusión al fracaso de la UP al interior de Chile¹⁶⁴). En este ambiente, Tironi logró expulsar al sector disidente del FEXT.

La confusión por aquella época no era menor. Después que los disidentes adquirieron cierta autonomía como facciones, tanto el FEXT como la DI partieron coincidiendo en dos cuestiones: una mayor valorización del movimiento social y su capacidad de constituir una sociedad civil fuerte. Estimaron necesario la construcción de una vanguardia (entendida más como orientadora que conductora) en el seno del movimiento popular, pero con capacidad y autonomía de este último. En segundo lugar, coincidieron que las categorías clasistas-economicistas para el análisis de los actores sociales, utilizadas hasta ese momento, no eran las más adecuadas para interpretar la nueva realidad¹⁶⁵.

Otro punto de coincidencia, entre la DI y el FEXT, fue reconocer que las transformaciones principalmente económicas, impulsadas por la dictadura traían aparejadas un proyecto refundacional de la Nación. De ahí la conclusión de que las categorías economicistas marxistas eran defectuosas. El MAPU, entonces, privilegió una lectura menos ideologizada y más objetiva para definir el carácter del régimen. Además, el partido reflexionó en otro punto cardinal: la vigencia del concepto de clase obrera. El proyecto refundacional económico de la dictadura estaba mermando la base clasista de apoyo de la izquierda, y además, las reformas laborales de la dictadura estaban desarticulando la organización sindical. A ello había que sumarle la represión que pesaba sobre los organismos sindicales, poblacionales, obreros y campesinos. Reconocer la brutal estrategia de la dictadura hizo que el partido potenciara el estudio del nuevo sujeto popular, surgido de estos radicales cambios políticos-económicos. Pero para ello fue

absolutamente necesario renovar el lenguaje, la práctica y los conceptos. Es aquí, donde el MAPU se destacó por iniciar una discusión incipiente, realista, novedosa y crítica de su concepción ideológica.

En las conferencias y documentos del FEXT se discutieron cuestiones relacionados con la crisis de la izquierda y su viabilidad como alternativa de gobierno (posibles alianzas). El discurso fue variando de posiciones más ortodoxas, e incluso radicales, a visiones más convergentes (con ápices de renovación ideológica). El evento más destacado en este sentido fue la Conferencia de Argel (en la práctica se realizó en Holanda en 1977). De aquella reunión emergió un documento que especificó la necesidad de renunciar a las categorías reduccionistas por el impacto de las transformaciones económicas de la dictadura.

La investigadora Moyano señala que en torno a dicha Conferencia el FEXT propuso el:

abandono de las categorías clasistas y reduccionistas que antaño habían servido para analizar la realidad chilena, producto de que el cambio que la dictadura había generado era profundo y no epidérmico (...) En ese contexto y hacia el mismo año del documento anterior, el otro tema que en el exilio comenzó fuertemente a discutirse era el tema de las alianzas políticas¹⁶⁶.

En este sentido, el FEXT además de renovar su postura ideológica y contradecir lo expuesto en sus primeros documentos, comenzó a coincidir plenamente con las ideas de la DI que encabezaba Carlos Montes. El consenso entre ambas Direcciones significó el inicio de un acuerdo, definido por el abandono de las posturas dogmáticas. El FEXT de aquí en adelante trabajó con la idea de formar una Convergencia política en el exilio. Su objetivo fue dar coherencia a la conducción y al discurso del partido. La experiencia del socialismo europeo, las nuevas aportaciones (hegemónicas) de la DI y la expulsión de los sectores disidentes u ortodoxos fueron aspectos que ayudaron a delinear este cambio. El FEXT, aunque empeñado en la construcción de una alianza política amplia, rechazó ahora la participación de sectores reduccionistas y radicalizados (como el MIR). A diferencia de lo planteado en los primeros documentos, el FEXT

propuso construir un referente político multipartidista con participación de todos los sectores (no ortodoxos) que estuvieran contra la dictadura. Este llamado, incluía a la Democracia Cristiana. Este será sin duda uno de los aportes más efectivos del FEXT de cara al proceso renovador. Este llamado será el germen de la Convergencia Socialista. Así lo recuerda la profesora Moyano en su investigación: «Mientras el aporte de la renovación ideológica fue mayoritariamente del interior, el aporte de la Convergencia y la articulación de un referente político eficaz y multipartidario, pero de corte socialista, será principalmente un aporte del Frente Exterior»¹⁶⁷.

1.4. Las facciones ortodoxas: MAPU-CC y MAPU-PT

Sin embargo, estas incipientes inquietudes ideológicas debieron lidiar con sectores que reafirmaron la vigencia de los postulados marxistas esgrimidos y definidos en el Programa y en el Congreso del MAPU de 1972¹⁶⁸. En oposición a la línea oficial, hubo dos facciones que trabajaron paralelamente a la DI (tanto al interior como en el exilio): el MAPU-Comité Central (leninista) y el MAPU-Partido de los Trabajadores (leninistas, con cierta orientación maoísta)¹⁶⁹. Ambas facciones decían ser la continuación orgánica-ideológica del MAPU y defensores de la línea trazada por su líder carismático Rodrigo Ambrosio (fallecido en 1972). Los dos sectores criticaron enérgicamente a la DI por el constante abandono ideológico y el revisionismo político puesto en marcha (postgolpe), acusándola de reformista y de abandonar los postulados ideológicos aprobados en el II Congreso de 1972 (lo que significaba declinar las tesis de su líder Rodrigo Ambrosio).

Además, ambas facciones, consideraron que la DI en su trabajo clandestino había desconsiderado a antiguos dirigentes, promoviendo la cooptación de «nuevos» militantes en cargos directivos¹⁷⁰. Lo anterior motivó la reorganización de estos sectores críticos a la DI en grupos autónomos (facciones).

(Pedro Gaete) Luego del golpe militar, fue ‘descolgado’ por la dirección interior del MAPU (...) y cuando ya el MAPU Partido de los Trabajadores comenzaba a

perfilarse como entidad separada del resto, junto a Carlos Lagos, Miguel Mercado, Kalki Glauser, René Román y otros miembros del Comité Central optó por la organización autónoma y, en consecuencia, por dar nacimiento a la fracción que se conocería bajo el nombre de MAPU Comité Central, destinada a defender los principios y programa aprobados en el Segundo Congreso Nacional¹⁷¹.

El MAPU-CC consideró que la DI (denominada por los disidentes como la facción dirigente) se abocó a desarrollar una política «liquidacionista». En un documento interno se señala que «comienzan a surgir tendencias liquidadoras (DI) que llevan a la confusión y el desconcierto a los militantes más débiles ideológica y políticamente, y van generando un proceso de desorientación en el partido, que conduce a su descomposición y desmembramiento»¹⁷². Por su parte, el MAPU-PT en el Boletín De Frente¹⁷³ hizo pública su discrepancia frente a las nuevas y «minoritarias» posturas ideológicas (reformistas) de la DI:

La izquierda del MAPU se dirige al Partido, a la clase obrera y al pueblo de Chile (...) para informar nuestra decisión definitiva de reeditar el Órgano Periódico de nuestro partido: DE FRENTE. Este órgano defenderá y desarrollará los principios de LA MAYORÍA en lucha contra la confusión ideológica, política, orgánica y militar sembrada en el partido y las masas por la MINORÍA seguidista del reformismo, expresada por la facción dirigente.

Además de las críticas ideológicas contra la DI (por reformista y liquidadora) y a los «descuelgues» forzados de la DI contra dirigentes disidentes, hubo otras causas que originaron la formación de estas facciones al interior del MAPU. Me refiero a la perenne y decisiva discusión sobre la(s) causa(s) de la derrota de la UP y al carácter de la dictadura. Estas facciones entendieron que el golpe de Estado fue a causa de la supremacía de posiciones «reformistas obreras» y del «centrismo» en el seno del movimiento popular y en la UP, lo que impidió la hegemonía de una auténtica vanguardia revolucionaria (con poder político y militar)¹⁷⁴.

Para el MAPU-CC la derrota táctica de la clase obrera en 1973 «debe buscarse

en los errores de conducción de las fuerzas populares, originados en el predominio de una línea política centrista, gradualista y burocrática». La hegemonía de esta última línea demostró claramente, según esta facción leninista, «las debilidades de los destacamentos de la izquierda y los vacíos de conducción revolucionaria»¹⁷⁵. El MAPU-PT, en una dirección similar, señaló que:

La Derrota del 11 septiembre de 1973 no obedece a la casualidad, ni a la perfidia del enemigo. Es la consecuencia natural de una conducción reformista, revisionista y conciliadora que desarmó al pueblo, lo confundió y lo debilitó a diario... Fue, sobre todo, por la lentitud de los sectores crecientemente proletarios-revolucionarios de desarrollarse en las masas y desplazar de estas al revisionismo y al reformismo. En definitiva, no es sino la consecuencia de un hecho trascendental: la ausencia de una auténtica vanguardia marxista-leninista¹⁷⁶.

Ambas facciones concluyeron que lo ocurrido fue una derrota (conclusión similar a la Dirección). Sin embargo, para el MAPU-PT en los análisis de los BAN predominó también la idea de un fracaso, a causa de los problemas de unidad y división del movimiento popular. Para dicha facción, aceptar este análisis significaba renunciar al caudal teórico del partido, ya que antes del golpe de Estado, el MAPU había planteado un conjunto de tesis que hacían presuponer que la UP iba directo a la derrota (por falta de una vanguardia revolucionaria). Según Gonzalo Ojeda:

Todo el análisis global de lo que fue la sociedad chilena en los sesenta hasta el momento del golpe y después, en la mayoría de los análisis tipos BAN, se pierden por el efecto de una especie de culpabilidad, o sea, se trata de rehacer la historia y de realizar una autocrítica que se centra más en lo subjetivo y que pierde de vista el conjunto¹⁷⁷.

Según esta facción, los BAN apelaron sesgadamente a un revisionismo ajeno a la

realidad del partido y no hacían más que desorientar a las bases.

Paralelamente, concluyeron –especialmente el MAPU-CC¹⁷⁸– que dicha derrota fue de carácter eminentemente táctica, ya que los logros de la UP:

si bien constituían un importante avance del proletariado en su lucha por la revolución y el socialismo, no significaban, en modo alguno, conquistas político militares de carácter estratégico (...) en efecto, la conquista del gobierno si bien significaba el acceso a una posición táctica importante para desarrollar su propio poder; si bien era un instrumento importante en sus luchas tras el logro de sus objetivos estratégicos; no era, en absoluto, la expresión de la conquista del poder¹⁷⁹.

Como señalamos anteriormente, reconocer la derrota como táctica, significaba para estos sectores persistir en una estrategia revolucionaria y la posibilidad de emprender una lucha de carácter político-militar contra la dictadura, que es el terreno donde finalmente se resuelve, según ellos, el tema del poder. Por lo tanto, las conclusiones de dichas facciones tienen cierta equivalencia con los primeros documentos oficiales del partido. Sin embargo, como hemos señalado, la DI (con los BAN) fue variando sus análisis a lo largo de los años setenta en concordancia con el FEXT. Por su parte, las facciones ortodoxas se mantendrán, hasta finales de los setenta, en su línea y definición ideológica original.

Respecto al carácter de la dictadura, hubo diferencias entre ambas facciones. El MAPU-CC caracterizó al régimen militar como una:

dictadura militar de derecha de tipo bonapartista conservadora (...) El bonapartismo puede ser conceptualizado en un modelo abstracto, como régimen de fuerza, aparentemente por encima de las clases sociales, dominado por un jefe militar o civil, y una burocracia que disfruta de una independencia relativa que le permite contar con la clase dominante. Su principal objetivo es la conservación del orden existente, anteriormente amenazado¹⁸⁰.

En cambio el MAPU-PT consideró al régimen de Pinochet como una «dictadura militar-fascista». A pesar de esta caracterización, no apoyaron el FA. Para el MAPU-PT forjar la reedición de la UP (bajo el eje PSCh-PCCh) no tenía valor alguno (por su reformismo obrerista). Por ello, criticaron a quienes comenzaron «a ver las bondades» de la UP y a conferirle una representatividad que no tiene, sumándose de hecho al intento de «resurrección de esta»¹⁸¹. Por el contrario, el MAPU-PT propuso la formación de un «bloque político revolucionario» (entre ellos el MIR) para desatar –en un tiempo no muy lejano– la «guerra popular prolongada», derrotar a la dictadura e instaurar un régimen «democrático-popular». Señalan que, tomando en cuenta los errores tácticos y estratégicos del revisionismo-reformismo de antaño, era necesario la formación de un partido proletario y revolucionario (en gestación) e impulsar la lucha de «carácter prolongado».

El MAPU-PT planteó que la derrota de la dictadura era posible «a través de una lucha prolongada que asuma desde hoy la característica de una Guerra Revolucionaria de todo el Pueblo en que se utilizan todo tipo de formas de lucha y organización en lo ideológico, político y militar»¹⁸². Esta sería la línea política del proletariado para la fase de resistencia en la etapa de la dictadura (años setenta). Por su parte, el MAPU-CC propuso una defensa táctica activa (de defensa y resistencia) forjada a partir de un Frente Único Obrero (FUO) que liderara una lucha política abierta legal, semilegal y clandestina contra la dictadura. Esta lucha política debilitaría al régimen y crearía las condiciones para pasar a una «ofensiva táctica política militar», la cual «combina todas las anteriores formas de lucha utilizadas por el movimiento de resistencia, con la implementación de la huelga política parcial y la guerra de guerrillas urbana y rural»¹⁸³. En líneas generales, para esta facción la ruta estratégica para la toma del poder es la vía armada y no otra, con una retaguardia política de sustentación. Sin embargo, consideran que de acuerdo al contexto dictatorial y al repliegue de las fuerzas revolucionarias era necesario crear un frente antidictatorial pluriclasista (incluida la burguesía), pero donde el FUO sería la vanguardia política-militar. En líneas generales, aunque estas facciones legitimaron la insurrección armada como estrategia para derrocar la dictadura (o por lo menos como instrumento paralelo a la presión política-social), consideraron análogamente que la lucha política (no armada) debía ser uno de los ejes. Posteriormente, a comienzo de los años ochenta y en pleno auge de la renovación, ambas facciones –casi en vías de extinción– desestimarán la vía armada como estrategia para enfrentar la dictadura militar y para la toma del poder.

Como hemos señalado, ambas facciones no reconocieron y criticaron a la DI y al FEXT. Aunque la DI a través del viaje al exilio de Eugenio Tironi intentó «consensuar» las diferencias o «expulsar» al MAPU-PT¹⁸⁴ la relación entre las facciones disidentes resultó igualmente infructuosa¹⁸⁵. A pesar de la presencia de estos grupos faccionales-disidentes, gran parte del partido (DI y FEXT) optó por potenciar las discusiones con objeto de revalorizar los conceptos y prácticas políticas. Por ello, estas facciones ortodoxas debieron lidiar al poco tiempo (principalmente a comienzo de los ochenta) con la coyuntura revisionista del momento, con los procesos de la convergencia, delineados por la revalorización de la democracia y el nuevo concepto de socialismo. Según Valenzuela ambas facciones se diluyeron hacia 1982 y se reintegraron al MAPU que encabezaba Garretón¹⁸⁶.

1.5. La hegemonía del discurso renovador

La conclusión más persistente al interior del MAPU fue que la transformación económica del régimen era de tal magnitud que inevitablemente había impactado en el orden político nacional y, por ende, la estructura del movimiento social se vio afectada en su integridad. Frente a este panorama, el MAPU se alineó con los sectores que propusieron la creación de una gran convergencia social (y no necesariamente política). Para el partido la tarea de la Convergencia no debía ser la mera restauración de los tradicionales partidos o el espacio de segregación de los mismos, sino un movimiento caracterizado por la congruencia de vertientes políticas y sociales.

Se trata de una confluencia cualitativa, alrededor del perfil histórico del socialismo chileno, de fuerzas políticas y culturales que traen consigo distintos acervos, diferentes orígenes y prácticas (...) Del éxito de este proceso dependerá el levantamiento de una alternativa democrático-socialista popular y moderna que en los años a venir permita romper con el bloqueamiento histórico del país¹⁸⁷.

¿Desde dónde nace el interés del MAPU por impulsar estos movimientos políticos-sociales convergentes más allá de las fronteras ideológicas? A partir del reconocimiento de hechos adversos para la izquierda como:

la presencia de un proyecto cívico-militar de envergadura que intentaba transformar y refundar a la sociedad chilena e incorporarla a las nuevas tendencias de la economía neoliberal;

por ende, reconoce que la dictadura no caerá por las contradicciones políticas-económicas internas, ni por la contradicción de intereses económicos emanadas de su base de apoyo, ni por las presiones internacionales; y

por último, reconoce que el proyecto refundacional había comenzado a dismantelar la base de apoyo social y política de la izquierda.

De ahí la necesidad de recomponer el tejido social del país, de potenciar al sujeto popular, de modificar la relación partido-masas, de respetar la autonomía del movimiento social y de renovar la concepción de partido. A partir de la convergencia política y teórica entre la DI y el FEXT, el partido entró rápidamente a una nueva etapa, caracterizada por una serie de redefiniciones conceptuales y nuevas prácticas. La certificación de este giro ideológico se confirma a través de dos eventos prácticos: la decisión de la DI de intervenir el partido en el exterior en 1976 para zanjar disputas ideológicas y de poder con facciones divergentes (principalmente con el MAPU-PT) y la activa participación de sus dirigentes en los seminarios de Ariccia.

Como señala Moyano:

Ambos hitos fueron centrales al momento de analizar el camino del MAPU en la

renovación socialista, porque será en este corto período mediado entre la intervención en el frente externo y la realización del seminario de Ariccia, cuando los discursos producidos tanto en el interior de Chile como en el exilio logren una sintonía unísona, que permita avanzar rápidamente la colectividad hacia un discurso renovador, coherente y ambicioso. El primer fruto de esta sintonía fue el II Pleno en clandestinidad, en el que es posible reconocer la emergencia discursiva de un nuevo sujeto social, de nuevas reflexiones políticas y teóricas¹⁸⁸.

Si realizamos una rápida recapitulación concluiremos que el MAPU, tanto en su frente interno como externo (en diferentes tiempos y ritmos) y después de debatir críticamente las causas de la dictadura, de reconocer la crisis del paradigma de la izquierda y de redefinir y verificar los alcances del proyecto dictatorial fue abandonando el reduccionismo clasista, la concepción de partido vanguardia, la idea del obrerismo, la antigua política de alianzas, se revaloriza la democracia política, abogan por la amalgama entre socialismo y democracia, rescatan la autonomía del movimiento popular y al sujeto histórico como ente autónomo y eje del movimiento político. Por ello, el MAPU se decantará activamente por participar en los proyectos emanados de la Convergencia, la cual intentó hegemonizar las políticas del área socialista chilena a partir de 1980.

2. Movimiento de Acción Popular Unitaria Obrero-Campesino (MAPU-OC)

2.1. La tentativa del Secretariado por cohesionar al partido y el aporte renovador de los intelectuales

El MAPU Obrero-Campesino (MAPU-OC o MOC) posterior al golpe de Estado se caracterizó por mantener una sólida unidad tras el Secretariado¹⁸⁹ y por reafirmar su línea política leninista. Además, decidió mantener el centralismo democrático como modelo de organización interna. Definió el carácter de la dictadura como fascista. A partir de ahí, entabló los pilares de una alternativa denominada la Revolución Democrática que posteriormente fue propuesta por la directiva en el V Pleno a finales de 1979.

Conservó hasta finales de los años setenta relaciones estrechas con el PCCh debido, entre otras cosas¹⁹⁰, a que los comunistas aún mantenían en pie la línea política de masas. Si bien existieron desacuerdos entre el interior y el exilio, las desavenencias fueron ciertamente menores¹⁹¹ y solo se hicieron visibles en torno al V Pleno clandestino (1979-80). En líneas generales, el partido se abocó en esta primera etapa (1973-79) a la reconstrucción clandestina; inició un proceso de reflexión autocrítico (impulsado por su grupo de intelectuales y por la juventud del partido, la UJD); y a restablecer vínculos partidistas y con la sociedad civil reprimida¹⁹².

En estos primeros años de concordia ideológica el MAPU-OC publicó dos documentos trascendentales, los cuales se transformaron en la columna vertebral de su política en los años setenta: «Las Tareas del Pueblo en la Hora Presente» y «Aprender las Lecciones del Pasado para Construir el Futuro». Podemos destacar un tercer documento (más a título personal) del dirigente José Miguel Insulza llamado «Crisis y perspectivas de la Unidad Popular». Es preciso destacar que para la colectividad los documentos oficiales se transformaron en la pieza angular de la discusión partidista. La investigadora Carolina Torrejón –

especializada en el MAPU-OC– señala que los «papeles» se entendieron como portadores del mensaje y «su redacción se erigió casi como una actividad política en sí misma». La represión fue, señala Torrejón, la principal causa de esta forma de interacción. «Esta es una de las razones por la que los documentos se vuelven tan relevantes»¹⁹³.

Según los documentos la derrota fue producto de los errores e insuficiencias en la planificación y ejecución del proyecto socialista. Específicamente, por la ausencia de unidad y hegemonía al interior del gobierno y la UP. Así lo señala el secretario general, Jaime Gazmuri:

Nuestra derrota no fue producto del azar, ni se explica fundamentalmente por la acción de las poderosas fuerzas –nacionales e internacionales– que enfrentaron al gobierno popular. Tampoco fue una derrota inevitable. Se produjo principalmente por errores en la dirección del movimiento popular, de la Unidad Popular y del Gobierno¹⁹⁴. En definitiva, carecieron de una «dirección proletaria unificada»¹⁹⁵.

En otro documento señalan que la derrota se explica también por errores respecto a la política de alianzas: «(se) menospreció permanentemente la alianza con la pequeña burguesía y fue por tanto un factor de permanente distorsión en la política hacia esos sectores»¹⁹⁶. Es decir, para el MAPU-OC la derrota tuvo un componente eminentemente político. Por otra parte, señalaron que el papel (negativo) desempeñado por las fuerzas «revolucionarias pequeño burguesas» fue fundamental. La Dirección emitió fuertes críticas a este sector (entiéndase MIR, sectores del PSCh y MAPU)¹⁹⁷, por haber impulsado una práctica ultraizquierdista que socavó la estrategia de la UP e influyó negativamente en los partidos obreros, polarizando innecesariamente la lucha política. Para el MAPU-OC estas posturas extremas no fueron más que «tendencias desviacionistas»¹⁹⁸. Junto con desvincularse de dichas tendencias «liquidacionistas», los Mapus de Gazmuri realizaron una positiva evaluación de su desempeño: «Durante todo este período, nuestro Partido desarrolló una línea que –a la luz de la experiencia– se ha demostrado correcta en lo fundamental. La principal autocritica que hacemos a esa línea tiene relación con algunos aspectos con nuestra política en las FF. AA.»¹⁹⁹.

Según señala el investigador Carlos Bascuñán, el MAPU-OC consideró necesario –a partir de la experiencia de la UP– abordar dos insuficiencias tácticas: la inocua política de alianzas y el menosprecio al problema de la fuerza²⁰⁰. En este sentido, el MAPU-OC señaló que la UP, aunque intentó definirse como una alianza al estilo de un Frente Popular, se consideró a sí misma como una coalición de izquierda (con hegemonía marxista), concibiendo que los sectores medios debían participar, pero como soporte del proceso y no como eje de la estrategia política, ya que dicho protagonismo debía encabezarlo la clase obrera. El dirigente mapucista J. M. Insulza reflexionó al respecto:

La alianza que se propugnaba con los sectores medios no incluía, sin embargo, el forjar una alianza política con la Democracia Cristiana (...) No había en efecto, voluntad para forjar alianzas con partidos de centro para un proyecto político común. La experiencia de la UP era vista en lo social como una amplia unidad del pueblo. Pero en lo político, ella significaba solo una amplia unidad de la izquierda²⁰¹.

Insulza reconoce que la UP no vislumbró, en caso alguno, entregar el rol de dirección a los sectores de centro, aunque se reconociera su trascendencia. «En la Unidad Popular se buscaba forjar la fuerza conductora, en la cual la hegemonía obrera fuera incuestionada, para desarrollar una política de Gobierno que tomara en cuenta los intereses de los sectores medios, pero que no les entregara un rol de dirección en el proceso»²⁰². Esta visión generó, según el partido, una insuficiencia que mermó la formación de una amplia correlación de fuerzas (entendida desde la perspectiva política²⁰³). El partido insistía en que la derrota fue política y no militar. Es decir, la derrota para este sector, como dijimos anteriormente, se debió a la ausencia de una dirección unificada y a una insuficiencia en la política de alianzas. Esta debió constituirse en una amplia correlación de fuerzas (social y política) capaz de legitimar el proyecto de la UP²⁰⁴.

Reconocer la necesidad de una alianza con la pequeña burguesía –en clara referencia a la DC– es uno de los elementos más interesantes de la época (quizás como primer elemento a tomar en consideración)²⁰⁵.

A partir de esta conclusión, se comenzó a discutir en toda la izquierda, la necesidad de impulsar un frente político más allá de las meras limitaciones ideológicas, no solo con la idea de derribar a la dictadura, sino para elevar un proyecto común: (...)

se fundamenta la necesidad de crear un frente político y de clases lo suficientemente poderoso como para llevar adelante con perspectiva de éxito estos objetivos revolucionarios (lucha contra la dictadura y su reemplazo). Desde el punto de vista de clases, este Frente incluye a la clase obrera, al subproletariado, a la pequeña burguesía y a las capas burguesas no monopólicas. Desde el punto de vista político, el objetivo máximo es la unidad antifascista²⁰⁶.

Bajo esta percepción, el MAPU-OC apoyó precozmente la idea de un Frente Antifascista con participación de la DC²⁰⁷. Este cambio en la política de alianzas es destacada por el profesor Fernández: «la política que desarrolle la clase obrera respecto de la DC constituye uno de los aspectos más significativos»²⁰⁸. Lo interesante de la propuesta es que incluía una mayor amplitud de corrientes de pensamiento.

Desde el punto de vista político, el objetivo máximo de esta etapa es desarrollar un Frente político antifascista que incluya a la UP, al PDC y al MIR. Desde el punto de vista ideológico, el Frente Antifascista deberá tener un carácter pluralista. Sus principales corrientes ideológicas serán el marxismo leninismo, el pensamiento social cristiano y el humanismo de origen cristiano y racionalista²⁰⁹.

Otra cuestión interesante –en el marco de una alianza con la DC– es la referencia a la democracia política como sistema de gobierno. Gazmuri reconoce que, de forma larvada, se comenzó a discutir «si la democracia política es o no un factor central del socialismo, que tenía que ver con el rescate de lo original de la experiencia de Allende, que no es solamente el tema de la vía pacífica, sino como segundo modelo de socialismo»²¹⁰. Según Cristina Moyano, la posibilidad de una alianza con la DC tuvo un significado y una matriz diferente, porque

existió «una invocación desde la izquierda, al respeto y valoración de la democracia como sistema de gobierno». Anteriormente, señala la autora, la identidad de la izquierda chilena (lenguaje y símbolos) no contemplaba «una reflexión de defensa de la democracia, que se entendía como un régimen de gobierno burgués, defectuoso y que debía ser superado posteriormente por la sociedad socialista. Por lo tanto, fue el impacto del golpe el que posibilitó la reflexión y valoración de la democracia»²¹¹.

Sin embargo, la posibilidad concreta de una alianza entre la izquierda y la DC se tornó inviable. Ante la falta de resultados prácticos, el partido intentó un proceso de convergencia con otros partidos de «carácter obrero»: PSCh y PCCh. Bascuñán da cuenta de esta efímera propuesta.

Esta proposición unitaria fue planteada a partir del análisis autocrítico que comenzó a hacerse 1974 y se vio reforzada y con posibilidades de éxito en los primeros años del período postgolpe a raíz de los acuerdos alcanzados a nivel de cúpula por los tres partidos obreros. Sin embargo, a partir de 1975 esta proposición se fue debilitando²¹².

Básicamente se declinó la propuesta por razones prácticas, ya que los partidos aún sufrían la represión militar. Por otra parte, al interior de estos partidos empezaron a fraguarse las primeras disidencias ideológicas. Por lo tanto, la conclusión lógica del MAPU-OC fue que antes de apostar por la unificación primero había que aunar criterios al interior de estos.

Otro aspecto relevante, en este ambiente de incertidumbre, fue la incorporación de un nuevo enfoque para explicar la derrota de 1973: la hegemonía. Es decir, la ausencia de un proyecto político-social hegemónico que traspasara los marcos de los partidos para transformarlo en un proyecto nacional. La falta de hegemonía también se explicitó (como ya mencionamos) en las debilidades de la política de alianzas²¹³. Paralelamente, emergió una interesante arista interna: el partido estaba realizando una destacada faena en el frente cultural y universitario que generó un debate y contradicción clave: su definición eminentemente obrera²¹⁴ estaba siendo desplazada por el frente cultural. El que fuera encargado interno de dicho frente, J. J. Brunner, corrobora que el desarrollo del partido en el ámbito

cultural (en detrimento del frente obrero) fue efectivo y determinante, ya que este contenía a la vez un debate intelectual-político que se encausó en cómo reconstruir una nueva izquierda en el país²¹⁵.

Lo interesante es que el trabajo desplegado en el frente cultural (influenciado por académicos e intelectuales del partido como el mismo Brunner desde FLACSO) ayudó a potenciar aspectos relativos a la definición y práctica del partido: cómo conseguir la unidad de las masas; cuál sería la forma más efectiva de movilización; qué frentes de masas había que priorizar; cómo conseguir la ansiada unidad de la izquierda (¿era el FA la mejor opción?); qué tipo de socialismo se pretendía construir; cómo se perfilaría la democracia dentro del socialismo; el grado de vinculación ideológica con el exterior. Carolina Torrejón especifica que la discusión –que alcanzó al CC– se centró inicialmente en:

Cómo conciliar una democracia que ya en los documentos aparece sin apellido, con la transformación socialista necesaria, es un tema que se discutió en el Comité Central. Y aunque no tuvo el protagonismo que posteriormente adquirió bajo el proceso de renovación socialista, se empieza a problematizar en estos años, debido a la nueva sensibilidad frente a las libertades democráticas.

Otra discusión se refería a «los frentes a los que el partido debiera dar prioridad, es decir si los mejores cuadros y recursos deben ir al sector sindical, al juvenil, al cultural u otro. Este aspecto de la estrategia encierra un punto mayor cual es, si el proyecto de futuro del MOC debe ser nacional o principalmente obrero»²¹⁶.

Estos primeros atisbos autocríticos fueron, como señala J. J. Brunner, poco generalizados y coherentes, pero era un síntoma claro de incertidumbre ideológica²¹⁷. El mismo dirigente señala que posterior a 1975 emanó otra discusión pertinente en el partido (y más coherente), que dice relación con la naturaleza de la dictadura: fascista o autoritaria. Señala que hubo quienes apoyaron una interpretación marxista (realizada por Hugo Zemelman desde el exilio chileno en México) que caracterizaba a la dictadura de fascista (la tesis del PCCh). Por otro lado, estaban (entre ellos Brunner, Norbert Lechner, Tomás Moulián ligados al partido) quienes analizaban más bien el carácter de un régimen autoritario

que intentaba hacer una revolución capitalista, donde había elementos, a través del mercado y el consumo, de una nueva forma hegemónica que llamábamos «hegemonía pasiva», que este no era solamente un régimen sangriento de represión (...) (sino) que a la vez era un régimen de refundación (como señalaba M. A. Garretón), que pretendía impulsar una revolución capitalista²¹⁸.

Brunner señala que la definición del régimen era fundamental, además, para definir una estrategia. Si se definía al régimen como puramente represivo y fascista, la estrategia predominante sería la lucha armada. En cambio, si se reconocía la inviabilidad de la lucha armada, pero se reconocía que era disputable la voluntad de las masas –las que estaban siendo incorporadas al régimen– era posible, con un trabajo ideológico, que estas pudieran pronunciarse más adelante a través de un ejercicio electoral²¹⁹.

Bajo este ambiente de incertidumbre y discusión, el Secretariado intentó intervenir con el objeto de mantener la verticalidad que los caracterizaba. Torrejón destaca que hacia 1976 el partido, paradójicamente, se revitalizó bajo un proceso de leninización (en su estructura y línea política). La preocupación de la época fue transformar al partido en vanguardia de la clase obrera²²⁰. En este sentido, la directiva se esforzó por mantener su definición marxista-leninista. «La tarea de construcción, como un partido obrero, marxista leninista, no ha sido fácil ni sencilla. En estos ocho años en la dirección obrera hemos cometido muchos errores, pero la profundización de nuestras concepciones leninistas ha contribuido a hacernos avanzar por el camino de la superación»²²¹. Lo anterior grafica que –a pesar de las primeras voces disidentes– el Secretariado intentó ratificar su definición leninista y reenfocar el trabajo en los frentes obreros. La idea del Secretariado fue, por tanto, mantener cohesionado ideológicamente a la colectividad y conservar su verticalidad.

Uno de los acontecimientos más trascendentales ocurrió en 1976 cuando la Dirección decidió postergar la difusión de un documento²²², ya que en la confección del mismo se produjeron una serie de divergencias en el CC. La investigadora Carolina Torrejón señala que hubo divergencias «respecto de la correlación de fuerzas en la fase actual y a la ausencia de un análisis mínimo sobre la relación entre la revolución democrática y la transformación

socialista»²²³. Es decir, la dicotomía conceptual y estratégica había penetrado en el órgano clave del partido. Por lo tanto, la revitalización interna que destaca Torrejón estuvo motivada, además de razones ideológicas, por motivos de supervivencia orgánica ante las reflexiones autocríticas del reconocido grupo de intelectuales y las voces disidentes del exilio (de la Comisión Exterior). Era evidente que la influencia de los sectores intelectuales del partido estaba abriendo un espacio crítico de reflexión sin retorno²²⁴.

Ese grupo de intelectuales, en su mayoría asociados a centros de estudios, generó diversas repercusiones a través de sus ensayos políticos. Promovieron una pluralidad discursiva y forjaron los espacios adecuados para incorporar nuevos conceptos y teorías. Como lo recuerda Arrate y Rojas:

A comienzos de 1977 ya es visible el aporte político de un conjunto de intelectuales, autónomos de los partidos pero casi siempre militantes o vinculados a alguno, en particular al PS, al Mapu y al Mapu OC. (...) discuten la experiencia de la UP, el marxismo y la resurgente cuestión de la democracia. El grupo desarrolla e incorpora al debate político y teórico de la izquierda una perspectiva que algunos años después será una contribución esencial al fenómeno de la renovación socialista. En sus comienzos marginalmente conectada al pensamiento partidario y vinculada a análogos emprendimientos intelectuales del exilio, la iniciativa realizada en Chile adquirirá fuerza al final de la década como elemento clave de la evolución de las izquierdas en la dictadura²²⁵.

Para Jaime Gazmuri la idea de que la directiva se resistió al proceso renovador e intentó refutar las tesis de los intelectuales no es del todo correcta. Señala que parte de la Dirección, específicamente él —«en eso estuve solo al comienzo en Chile»— apoyó siempre al grupo intelectual (FLACSO) y, por ello, nunca hubo un rechazo oficial a este sector crítico²²⁶. Por lo tanto, la Dirección, si bien no compartía la totalidad de las opiniones de los intelectuales, tampoco las refutó ni menos las censuró, sino más bien las incorporó al debate interno (el cual verá su cenit en el V Pleno clandestino hacia finales de la década de los setenta).

2.2. La Unión de Jóvenes Democráticos (UJD) y el frente cultural

Otro momento clave a favor del proceso renovador fue la creación de las juventudes del partido en torno a 1976. La Unión de Jóvenes Democráticos (UJD) se enfocó básicamente al trabajo cultural y universitario, desarrollando una amplia gama de actividades en poblaciones de Santiago y en el ámbito educacional universitario. Por ende, dicho trabajo significó fortalecer al partido en el frente cultural (en detrimento del frente obrero). Lo interesante es que la consolidación de la UJD en actividades socio-culturales promocionó demandas que estaban en la periferia del lenguaje leninista. La UJD²²⁷ importó una práctica política: incluyó a diversos actores sociales que no tenían vinculación con los partidos. Este procedimiento generó estrechos lazos con el movimiento social más allá de los acuerdos de las cúpulas partidistas.

Las valoraciones y críticas de la UJD fueron determinantes tanto para sopesar la continuidad de la alicaída UP como para criticar la verticalidad del partido. «Será desde este espacio juvenil, creador, resistente e innovador, donde aparezcan las críticas más incisivas a la mantención de la UP, y sobre todo al carácter centralizado y poco democrático que el partido había tomado y mantenido durante los primeros años de la dictadura»²²⁸.

En general, podemos decir que la evolución de la UJD incorporó al partido un cúmulo de inquietudes que, sumadas a las interrogantes políticas de los disidentes e intelectuales, incorporó una nueva práctica interna y un lenguaje acorde a las nuevas orientaciones políticas de finales de la década. El lenguaje leninista y el trabajo en el frente obrero –que la Dirección intentaba rescatar en sus documentos– tuvo poco arraigo en la UJD.

La incorporación de jóvenes al MAPU-OC significó la anexión de una nueva mirada política de la realidad chilena, ya que logró permear la verticalidad política del pasado.

La nueva organización pronto adquiere peso político. La presencia de la UJD es notoria en los primeros círculos de actividad democrática estudiantil de donde surgen, por ejemplo, la Agrupación Cultural Universitaria o, más tarde, la Unión

de Escritores Jóvenes (UEJ), de recordada actividad entre la generación literaria chilena que surge en las obscuridades de la dictadura. Las primeras proclamas difundidas en el país por la UJD muestra la amplitud con que las organizaciones de jóvenes miran la política antifascista²²⁹.

Gazmuri señala que en la UJD, desde el inicio y en concordancia con los planteamientos críticos de los intelectuales de FLACSO, no hubo siquiera discusión sobre la emergencia y legitimidad del proceso renovador, ya que lo consideraron inevitable y necesario. Además, como señala el propio secretario general de la época: «Había muy pocos ortodoxos en la UJD, y también nos preocupamos de que no los hubiera»²³⁰. Gazmuri, nuevamente, deja en evidencia que desde una parte de la Dirección, hubo un intento evidente por incorporar vertientes críticas que ayudarán a germinar el proceso de la renovación política. De ahí que insista en que, tanto la irrupción crítica de los intelectuales como la aportación de la UJD, no fueron variables espontáneas, sino que fueron «provocadas por la Dirección».

2.3. Críticas y cambios en torno al X aniversario (1979)

Al interior del partido surgió un debate teórico-político que traspasó los cuerpos intelectuales. Las críticas de las bases pusieron en duda la verticalidad del centralismo democrático y los resultados en el frente obrero. Aparece, además, la sensación de fracaso frente a los objetivos contra la dictadura. Es decir, surgió una reflexión generalizada en el partido que comenzó a profundizar sobre su propia concepción, su rol histórico y las alternativas frente al gobierno. Esto dejó de manifiesto la existencia de líneas y posiciones divergentes al interior del MOC. La revisión crítica era considerada una necesidad ineludible²³¹. Es decir, a estas alturas se cuestionó la estrategia del partido frente a la dictadura (¿era fascista o no?), su definición ideológica, la línea política y su funcionamiento interno.

La consolidación del régimen militar y la inercia de la izquierda generaron un proceso paulatino de dispersión forjado básicamente por la bifurcación

ideológica interna. Bascuñán señala que, por un lado, estaban quienes propusieron mantener los pilares ideológicos de interpretación leninista y por otro quienes creían necesario realizar un proceso crítico que renovara las propuestas políticas-económicas y el discurso leninista.

«Si bien durante los primeros años se logró mantener cierta uniformidad ideológica y existió una coordinación entre sus militantes y dirigentes, el tiempo y las circunstancias terminaron por generar espacios. Se desarrollaron corrientes «renovadoras» fundamentalmente en el exterior y en menor proporción en el interior (...) (estos) han buscado redefinir al partido, percibiendo un distanciamiento respecto del dogma marxista-leninista de los años iniciales del partido. En definitiva, buscan una redefinición del socialismo».

Y por otra parte están los

«orgánicos que sin inquietudes ideológicas realizan el trabajo de bases a través de células a nivel estudiantil, poblacional, sindical, etcétera, tratando de mantener el «aparato» del partido. Este sector radicado en Chile mantiene fidelidad a los postulados leninistas y ve con reticencia toda renovación. También se mantiene fiel a la idea de un partido único integrado por PC-PS (Almeyda) y MOC»²³².

En el marco de la organización del X Aniversario (junio 1979), el Comité Central emplazó al Secretariado para que realizara una revisión implacable al trabajo partidista. Según ellos, la lucha contra la dictadura debía ser evaluada²³³. En el fondo, la idea fue zanjar las divergencias, reafirmar su definición ideológica y dar mayor dinamismo en los frentes de masas.

Se hace necesario que el desarrollo teórico del partido se ponga en el centro de nuestras tareas. La dirección del partido debe encabezar la educación política y

teórica de la organización. Esto implica elevar su capacidad de dirección en el terreno teórico. En consecuencia deben revisarse los métodos de trabajo de la dirección y la organización de su trabajo²³⁴.

El Secretariado, haciéndose eco de las críticas, comunicó la realización de un Programa (que venía siendo discutido hace algunos meses). La redacción del mismo, según el Secretariado, era:

un valioso instrumento para la educación política de los militantes, para perfilar con mayor nitidez al partido y su política entre las masas, para elevar el debate y la confrontación ideológica en el seno del movimiento obrero y popular, y en el conjunto de las fuerzas democráticas²³⁵.

Aunque para el Secretariado la discusión de un Programa era el escenario ideal para «corregir las desviaciones» o «combatir el reflujo ideológico», este no hizo más que profundizar el debate, ya que fomentó la aparición de sectores que pedían revisar la pertinencia de la estrategia política y la definición ideológica:

(...) creemos que la redacción del programa gatilló las diferenciaciones ideológicas y tácticas que se habían estado anidando al interior de la organización, o tal vez fue al revés, estas diferencias se estaban haciendo tan elocuentes que fue necesario plantear una instancia de unificación como pudo haber sido la redacción del programa.²³⁶ El V Pleno fue el escenario inicial para esta discusión. Esta se basó principalmente en temas de estrategia, que terminaron abarcando a la ideología, y parte de su resultado fue un claro quiebre en el discurso oficial del partido, de ahí en adelante²³⁷.

Aunque el Secretariado intentó mantenerse cohesionado, los renovados penetraron en el núcleo de la Dirección. En un saludo al X Aniversario del partido, el Secretariado realizó, quizás por primera vez, un giro en su discurso al

plantear que:

El sentido del socialismo es la búsqueda de una vida mejor, no es la ideología estrecha y corporativa de una sola clase (...) La defensa de las libertades políticas concretas y el perfeccionamiento de las instituciones representativas son elementos centrales de nuestra concepción del socialismo. No son recursos tácticos ni estratagemas oportunistas²³⁸.

Cada vez fueron más las rupturas con el discurso vertical de antaño. Se abren espacios para la incorporación de nuevas temáticas referidas a la democracia, la defensa de los DD. HH., las preocupaciones medioambientales, la libertad cultural, la participación de la mujer. La UJD, a través de su revista y actividades culturales, tuvo injerencia en la mayoría de estas temáticas.

La necesidad imperiosa de acabar con la dictadura urge al partido. Pero ¿cuál es la forma más práctica? Materializar una nueva alianza, bajo un programa básico común, que restaurase la democracia. Esta inferencia perentoria fue más poderosa que la discusión sobre el tipo de sociedad socialista a construir. El MAPU-OC entendió que era necesario abandonar la idea de que el socialismo es un tipo específico de sociedad antagónico a la democracia. Y en segundo lugar, establecieron que era condición necesaria desatender la retórica marxista en el análisis político²³⁹.

Bajo este análisis, el partido verificó una insuficiencia clave: se reconoció que el valor de la democracia (junto con la hegemonía) era una herramienta central para consumir transformaciones nacionales:

Nuestra concepción de la revolución democrática y nacional, significa una ruptura de consideración con nuestro pensamiento anterior, acerca del carácter de la revolución chilena. Ella surge no solo de la circunstancia de que el fascismo pone la lucha por la democracia (...) sino también de una reflexión sobre la experiencia histórica del movimiento popular (...) Toda la vieja discusión habida en la izquierda chilena y latinoamericana acerca del contenido esencialmente burgués de las transformaciones democráticas, tesis que en mayor

o menor grado sosteníamos todos los partidos obreros y socialistas del país, ya no resisten un análisis riguroso de nuestra experiencia histórica²⁴⁰.

Interesante reflexión la anterior, ya que el reconocimiento al valor de la democracia política como eje de las transformaciones sociales, no solo se hace a partir de la traumática experiencia de la dictadura, sino que también de la (errática) experiencia histórica del movimiento popular (de décadas pasadas).

2.4. El influjo de la Comisión Exterior (CEX) camino al V Pleno

La problemática del «partido escindido» –como lo calificó Ricardo Núñez para graficar la crisis del PSCh²⁴¹– también estuvo presente, en menor medida, en el MAPU-OC. La escisión entre los militantes del interior y los del exilio fue un hecho empírico que afectó en mayor o menor grado la definición de la línea política, la organización del partido, la toma de decisiones, el fomento de facciones o la «simple» discrepancia de la coyuntura. Las críticas más decididas, que cuestionaron la conducción centralizada y el carácter dogmático del partido, provinieron de los militantes organizados en la Comisión Exterior (CEX)²⁴².

En el IV Pleno clandestino, a mediados de 1979, las conclusiones de la CEX no llegaron a tiempo para su discusión, pero igualmente fueron difundidas en Chile²⁴³. En ellas la CEX criticó la falta de espacios de discusión interna, la aplicación del centralismo democrático y la escasa participación de las bases en la toma de decisiones²⁴⁴, es decir, ponía en debate la necesidad de la pluralidad política. La Comisión Exterior abogó por una apertura democrática en todos los niveles del partido, con objeto de potenciar la participación y opinión.

La dirección debe extremar su cuidado de no imponer en caso alguno una opinión, sino por el contrario dar oportunidad a la expresión de todos. La pretensión de «educar al partido» desde la dirección, de decidir cómo y cuándo se debe intervenir, de abrir o cerrar con un golpe de autoridad o, incluso, de

erigirnos en jueces de la corrección o el carácter obrero o no de determinadas posiciones, cierra e inhibe de hecho el debate²⁴⁵.

La CEX se erigió en defensa de la promoción de las discrepancias internas al plantear categóricamente que:

Concluido el debate y fijada democráticamente la línea (...) nadie puede ser castigado ni discriminado por las opiniones que entregó durante la discusión. Más aún los militantes deber ser evaluados objetivamente –según aplican o no los acuerdos del partido– y no subjetivamente según si «mantiene o no sus discrepancias²⁴⁶.

La CEX, por tanto, rechazó el verticalismo y el centralismo democrático como forma de organización. La CEX «coincidió» con el Secretariado en la necesidad de trabajar en la redacción del Programa de cara al V Pleno. Se consideró que era una actividad oportuna para ampliar el debate y elaborar una línea política coherente con los tiempos. Así la CEX se transformó en un actor crítico clave.

Es interesante resaltar que estas críticas vinieron, principalmente, de líderes afincados en la ex URSS. Este hecho cerró una etapa de congruencia ideológica entre la Dirección y los soviéticos y, por ende, un distanciamiento sin retorno con los comunistas chilenos²⁴⁷. Gazmuri señala que las discrepancias con el PCCh si bien fueron ideológicas también comenzaron a germinar diferencias políticas-estratégicas y coyunturales y no obedecieron a meros prejuicios o vetos unilaterales²⁴⁸. Por ello, continuaron apoyando un frente amplio opositor con inclusión del PCCh, a pesar de que, como señala Gazmuri:

la visión que los comunistas tenían de la situación chilena era completamente distinta a la nuestra (...) (era errónea) esa idea que transmitía la dirección del PC de que en Chile la situación de insatisfacción social era generalizada y que estaban dadas las «condiciones objetivas» para avanzar con más rapidez hacia una situación de rebelión popular²⁴⁹.

A las puertas del V Pleno emergieron dos trascendentales críticas a los documentos-guías (postgolpe): «Las tareas del pueblo en la hora presente» y «Aprender las lecciones del pasado para construir el futuro». La primera crítica se centró en la sesgada caracterización obrerista asignada a los frentes de masas antifascistas, ya que, de alguna manera, había restringido el trabajo en las masas y en la orientación del partido (aquí se puede observar el rol de la UJD en la prioridad de los frentes). Para superar dichas limitaciones concluyeron que era necesario flexibilizar la línea política de masas y los márgenes ideológicos, con el objeto de transformarse en el partido hegemónico de la oposición. En definitiva, consideraron que ambos documentos habían realizado una lectura estrecha y limitada de la realidad político-social chilena.

La segunda crítica, con consecuencias aún más significativas, consideró que la definición ideológica dogmática (marxismo-leninismo) es la causa directa de los errores y limitaciones del partido (aquí podemos verificar las aportaciones críticas de los intelectuales). Por ello, fue indispensable abandonar estas categorías ortodoxas²⁵⁰. Lo anterior generó un distanciamiento cada vez más evidente y veloz con el leninismo:

En una relación dialéctica, la falta de resultados de las estrategias que llevaron a cabo y un cierto malestar con las formas de funcionamiento dentro del partido sumados al incipiente cuestionamiento de los supuestos ideológicos sobre los que se idearon la estrategia y la actividad partidaria, trajeron como resultado un lento –y para la época inimaginable– abandono de las categorías leninistas. Desde el rol del partido como vanguardia proletaria, hasta la necesidad y contenido de una revolución socialista²⁵¹.

Básicamente, las insuficiencias políticas del partido se centraron en cuatro puntos²⁵²:

en primer lugar, se consideró inexacta la idea de que la dictadura solo se apoyaba

en la fuerza y que políticamente era frágil y efímera. Se desterró, por lo tanto, la ilusión de que, a raíz de las contradicciones internas –y con el apoyo de un sector de las FF. AA. y la movilización popular– sería posible superar al régimen;

se verificó que la dictadura tenía por objeto realizar una transformación radical de la sociedad chilena. Esto contradujo las primeras aseveraciones del partido. Reconocieron la presencia de un proyecto histórico, que estaba generando profundas transformaciones en la estructura económica y en las clases sociales, así como en el campo ideológico y cultural. Es decir, reconocieron el carácter fundacional de la dictadura (las dos primeras insuficiencias fueron abordadas por el grupo de intelectuales que señalara J. J. Brunner en nuestra entrevista);

la movilización de masas (al interior de organizaciones legales) se tornó ineficaz a la hora de forjar una conciencia revolucionaria. Se reconoció que solo se había logrado potenciar demandas individuales (por organización). Falencia en los frentes del partido; y

por último, optaron por confinar gradualmente las prácticas del centralismo democrático.

El V Pleno del Comité Central²⁵³ coincidió con la redacción final del Programa. Ambos eventos surgieron como instancias para cotejar las diversas ideas contrapuestas. Sin, embargo, estas actividades generaron una crisis que animó la aparición de grupos disidentes, deserciones individuales y grupales. Esta crisis interna fue el germen de la futura desintegración orgánica. En una segunda parte abordaremos las trascendentales discusiones del V Pleno, ya que en dicha reunión las posiciones renovadas se hicieron hegemónicas.

Si realizáramos una primera aproximación sobre los factores que propiciaron el cambio ideológico en el MAPU-OC podríamos mencionar tres cuestiones fundamentales:

El viraje estratégico-ideológico que realizó en 1979 la Comisión Exterior (CEX) (aunque ya se venía gestando hace algunos años). Muchos de los exiliados vivieron de cerca la decepcionante experiencia de los socialismos reales y/o el llamativo y refrescante proceso del eurocomunismo²⁵⁴. A partir de dichas experiencias la CEX optó por acelerar la discusión sobre la concepción de partido y la redefinición ideológica. Además la CEX generó empatía con el grupo de intelectuales. Gazmuri reconoce que la CEX (con su debate público en el exilio) fue el sector que más apoyo brindó a la renovación²⁵⁵.

En segundo lugar, el trascendental aporte del núcleo de intelectuales del partido, muchos de ellos afincados en FLACSO. Este grupo logró que la Dirección avalara la necesidad de discutir la viabilidad y pertinencia de las categorías marxistas-leninistas.

Y finalmente, el trascendental aporte que realizó la Unión de Jóvenes Democráticos (UJD) al interior del partido. Su primera contribución fue potenciar actividades en el campo cultural-juvenil en plena clandestinidad²⁵⁶. La UJD demandó mayor pluralidad ideológica y descentralizar la orgánica. Además, aportó una cuestión clave, una mayor amplitud temática en los frentes de masas. Básicamente, incorporó, al trabajo partidista, el frente estudiantil, social y sobre todo el cultural, desplazando al clásico frente obrero.

Para Gazmuri estos tres factores si bien fueron reales y asertivos advierte que fueron «provocados por la Dirección». Reconoce que algunas de las conclusiones a las que estaban llegando estos sectores renovados no fueron compartidas en un principio, por toda la Dirección, pero no le fueron totalmente extrañas²⁵⁷.

Podemos concluir a priori, en relación a las diferencias entre los dos MAPUs, que el MAPU-OC se organizó en torno a una cúpula centralizada, asesorada en ocasiones por un influyente cuerpo de intelectuales que poco a poco penetró y

hegemonizó la discusión crítica en el resto del partido. Mientras que el MAPU (Garretón) desde un comienzo desarrolló un punzante trabajo autocrítico y reflexivo desde las bases. De allí su reconocida vocación «basista». Dicho proceso generó tempranamente en el MAPU un juicio que examinó las bases ideológicas del proyecto histórico de la izquierda chilena. En este sentido, el MAPU-OC tardó más tiempo en asimilar las desventajas de la ortodoxia leninista. Sin embargo, descubrió tempranamente la necesidad de modificar la política de alianza de la izquierda, como consecuencia directa de la derrota de la UP.

Los Mapus fue el sector de la izquierda que más temprano asimiló las críticas y forjó la necesidad de superar el dogmatismo ideológico. Según J. J. Brunner esta particularidad de

abrir nuevas ideas y en hacer una reflexión crítica respecto a nuestro propio desarrollo histórico en Chile, como partido de izquierda y respecto del marxismo (...) El MAPU (habla de los dos sectores) desde ese punto de vista tenía mayor libertad por ser mucho más nuevo y tener menos peso tradicional que el PS y el PC para enfrentar un proceso revisionista de los postulados²⁵⁸.

3. Partido Izquierda Cristiana (IC)

259

3.1. La Dirección: entre la ratificación y la depuración ideológica

En los primeros años de la dictadura la IC elaboró diversos documentos con objeto de evaluar el proyecto de la UP, verificar las causas de la derrota, caracterizar al régimen y proponer estrategias para enfrentar la dictadura. Se observa una invariabilidad de su discurso ideológico, definido por el pensamiento cristiano revolucionario, entendido esto último como marco referencial para la construcción de un tipo de socialismo (tipo comunitario), que oponiéndose al socialismo estatista tipo soviético (autoritario), se construyera a partir del protagonismo del mundo social, es decir, que en la evolución de la construcción socialista prevaleciera la dinámica social. De ahí una cierta inclinación, en tiempos de la UP, hacia el polo revolucionario y la alternativa del «poder popular» y la propiedad social ilimitada por encima del proyecto programático de Allende y de la UP²⁶⁰. Por ello, a la IC en no pocas ocasiones se le identificó como un partido más bien radicalizado.

La revista *Combatiente*, órgano oficial del partido, en su primer número de octubre de 1975 entregó algunas orientaciones. En sus primeros análisis, el partido concluyó que el golpe de Estado no fue más que una derrota parcial del proceso revolucionario global que encabezaba la UP (casi entendida como derrota táctica). El primer secretario, Eugenio Díaz²⁶¹, señaló que el golpe militar no había mermado la base de apoyo del partido, ni había hecho abandonar la lucha por el socialismo:

menos aún destruir su compromiso histórico con el pueblo de Chile de incorporar a los cristianos y a los sectores de inspiración humanista a la gran tarea de construir el socialismo en nuestra patria. Los combatientes de la larga

jornada no abandonan la lucha por el socialismo porque sufren un revés; siguen, persisten y surgen de nuevo²⁶².

La IC, por estos años, aún aspiraba a transformarse en el partido vanguardia del movimiento popular y de la clase obrera.

Sin embargo, y paralelamente, fue el tiempo de la autocrítica y de los balances. Aunque, como señalamos al comienzo, hubo una reafirmación de su línea política, también floreció una importante línea crítica que emplazó a realizar una clarificación ideológica. «La consumación del golpe fascista le inscribe a toda la izquierda la necesidad de abrir un amplio proceso crítico y autocrítico, a realizar una actividad intensa de clarificación ideológica en la perspectiva de recoger las lecciones históricas y de renovarse a sí misma»²⁶³. Si bien estas primeras reacciones distaron mucho de un verdadero proceso de renovación ideológica – pues se inscriben más bien dentro de una crítica que intenta corregir las «desorientaciones» de la época– representaron así mismas las primeras críticas al proyecto histórico de la izquierda.

En un primer análisis (a dos meses del golpe de Estado) la IC señaló que la derrota de la UP se debió básicamente a dos razones: la incertidumbre en la toma de decisiones. Prevalcieron interminables debates que paralizaron la dirección del proceso; y los errores en la política de alianzas que reflejaron un menosprecio hacia la burguesía y la pequeña burguesía²⁶⁴. Posteriormente, en el contexto del I Congreso (1977-78) el partido arribó a conclusiones críticas más precisas. En primer lugar señaló que no se elaboró una estrategia única. Esta debió explicitar claramente los pasos a seguir para conquistar la totalidad del poder: «el problema del poder no puede constituir un enigma ni ser difuso planteamiento relegado a futuras etapas»²⁶⁵; la ausencia de una sólida organización que estuviese a la cabeza del movimiento popular; y por último, estableció que la UP debió realizar una política de acumulación de fuerzas (en el terreno ideológico, político, orgánico y militar) análoga a la estrategia revolucionaria. Las reflexiones de la IC pusieron en el tapete un aspecto que en tiempos de la UP fue fruto de arduas disputas. Me refiero al tema del poder. Este, según la directiva, se relegó constantemente para etapas posteriores, ya que, entre otras cosas, no hubo cohesión de las fuerzas y por ende «no se contó con una estrategia única capaz de cohesionar todas las fuerzas y lograr la indispensable unidad de la vanguardia. Tampoco, y en gran parte por la misma

razón, existió una política de acumulación de fuerzas que permitiera ganar las grandes mayorías»²⁶⁶. Aunque concluyeron que la derrota fue de carácter político, se hizo un alcance de tipo militar. Advirtieron que hubo insuficiencias en la preparación militar, como mecanismo de fuerza para la defensa del gobierno. Esta apreciación, sin embargo, fue poco a poco descartándose como causa.

Señalaron que —más que una fuerza de apoyo militar— se debió fortalecer como primera y única estrategia una fuerza política (hegemonía) ampliamente plural en la sociedad chilena capaz de validar las transformaciones sociales del gobierno. Es decir, aunque se hubiese previsto la defensa militar, esta no habría impedido la derrota, ya que el problema yacía en una limitación política del proyecto de la UP (la hegemonía).

La IC definió al régimen militar como una «dictadura fascista-terrorista», dedicada a controlar el poder en representación de los intereses de la burguesía-monopólica nacional²⁶⁷. El partido sostuvo tempranamente (como el MAPU-OC) que el régimen no presentaba signos de agotamiento, ni contradicciones fundamentales en su seno. Su diagnóstico, por el contrario, concluyó que la dictadura se consolidaba en el poder.

El partido rebatió con firmeza la hipótesis de que la presión internacional, sumada a las contradicciones económicas internas, provocaría el desgaste del régimen.

El año que termina no ha tenido ningún hecho espectacular que haga predecir la inminente caída de la dictadura (...) Ciertamente la dictadura terrorista-fascista no entregará el poder espontáneamente, ni caerá por sí sola. Tampoco será la presión internacional lo que los hará caer. Se engañan quienes ponen sus esperanzas en que determinados gobernantes y países puedan derrocar a la dictadura²⁶⁸.

En general, el partido se encargó de refutar las tesis triunfantes, o más bien ideologizadas, provenientes, especialmente, de comunistas y socialistas. Lo anterior permitió a la IC realizar análisis y diagnósticos políticos menos dogmáticos e ilusorios de la realidad nacional. Este realismo político fue un

verdadero aporte del partido al análisis del conjunto de la izquierda. Reconocer que la sociedad chilena estaba experimentando cambios en su composición de clases –donde la economía de libre mercado era el eje de la estructura social– y por otro lado, identificar el fracaso de la izquierda permitió al partido reevaluar la pertinencia ideológica que la definía y abogar por una nueva convergencia política-ideológica que superase a la dictadura.

Hizo un llamado a generar las condiciones de desobediencia civil y todas aquellas actividades que lograran diversificar los espacios de oposición. En algunos documentos llegaron a legitimar la violencia, así como las actividades semilegales y clandestinas, como método de lucha para derrocar a la dictadura. Sin embargo, esta proposición generó las primeras bifurcaciones entre los dirigentes²⁶⁹. Aunque valoraron la UP, propusieron que era necesario renovar su dirección, insistir en su ampliación y fomentar la autonomía del movimiento popular: «rechazamos todo intento de crear polos alternativos a ella, sin perjuicio de insistir en su ampliación a todas las fuerzas de izquierda y de enfatizar en su interior la lucha por la autonomía del movimiento popular y por la renovación de su dirección política»²⁷⁰. Es decir, manteniendo como eje a los partidos de la UP, la idea fue superar dicha alianza, ampliándola a otros sectores. De ahí que en un comienzo apoyó la idea del FA.

En este sentido, es interesante resaltar dos cosas: el rechazo de la IC a los polos alternativos a la UP. Su objetivo fue reagrupar a todas las orgánicas opositoras al régimen; y la revalorización que hicieron de la UP, aunque su intención fue superarla en el corto plazo. Lo anterior significaba una autocrítica al apoyo (sutil) que dicho partido otorgó en tiempos de la UP al polo revolucionario, el cual intentó, paralelamente al gobierno de Allende, desarrollar (fallidamente) el poder popular (favorecer la dinámica social ilimitada). Sin embargo, la consumación del FA se tornó inviable. La Dirección criticó férreamente las divergencias entre el centro y la izquierda que impedían materializar un frente común. Dicho planteamiento lo pormenorizó el primer secretario, Eugenio Díaz²⁷¹ en un documento, publicado en la revista Chile-América.

La respuesta que arroja la realidad no admite dudas: no existe el Frente Antifascista (...) La cuestión que provoca recelos en el seno de la izquierda es la de que esta política podría poner en cuestión la conducción de la lucha por parte del proletariado y de sus organizaciones de vanguardia. Se teme que esta política

pudiera fortalecer una estrategia y una conducción DC freísta^{272 273}.

También criticó la postura centrista de la DC y desechó la viabilidad de un FA, ya que «dicho partido se niega a constituir dicho Frente»²⁷⁴.

La IC propuso un camino alternativo la Política de Acciones Comunes (PAC). La idea fue descartar un frente político, en favor de acciones comunes:

proponemos que en vez de persistir en llamados superestructurales a constituirlo, desencadenemos un fuerte movimiento de masas, llevando a la práctica «acciones comunes» entre la izquierda y todos aquellos sectores sociales que hacen suyas políticas antifascista y que reconocen diferentes canales de expresión política y social²⁷⁵.

Esto último le parecía al partido más viable, entre otros motivos, porque recogía formulaciones hechas desde la propia DC²⁷⁶. Sin embargo, la PAC se descartó rápidamente, ya que no encontró respuesta efectiva desde el centro político.

En la práctica, ninguna de las alternativas se materializó. El citado documento de Eugenio Díaz es interesante destacarlo porque fue uno de los primeros en criticar públicamente la esterilidad del FA y el fracaso de la PAC. Lo anterior obligó a replantear la conducción estratégica del conjunto de la izquierda²⁷⁷. Según el exsecretario general de la IC (1983-90), Luis Maira, «la DC nunca iba a aceptar una alianza con el PC porque ella misma representaba, desde la falange, una alternativa a la derecha y a la izquierda. Lo que quería buscar (la DC) era una alianza con los socialistas»²⁷⁸.

3.2. Las reflexiones en torno al I Congreso y las trascendentales críticas de J. S. Solar al interior del partido

Alrededor de 1977, en los preámbulos del Congreso, hubo una reafirmación del pensamiento revolucionario cristiano desde la Dirección. Considero que dicho proceso fue similar al que señaló Carolina Torrejón para el caso del MAPU-OC en 1976. Sostengo que la revitalización de dichos preceptos tuvo por objeto reordenar a los partidos ante las constantes incertidumbres teóricas y políticas que enfrentaban los partidos. Las Direcciones o grupos de interés, decidieron potenciar la verticalidad y optaron por reafirmar lo «conocido» ante lo «desconocido». Sin embargo, el proceso en curso de la renovación superó los límites de la certidumbre ideológica. Aunque en el I Congreso (1978) se reafirmó la opción socialista y el fortalecimiento del partido como vanguardia de las masas populares²⁷⁹, igualmente se dejó abierto los espacios para allanar un proceso crítico-renovador. En dicho encuentro el partido advirtió que era necesario enfatizar las prácticas democráticas en el trabajo con las organizaciones populares.

En segundo lugar, consideró necesario lograr la plena autonomía del movimiento popular y la renovación de su dirección política. Sobre esto último, el partido estimó conveniente que la nueva dirección debía ajustarse a las nuevas condiciones y que en el análisis de la transformación de la sociedad debían contribuir los más diversos movimientos de la época contemporánea. En tercer lugar, emplazó a la unidad de todas las fuerzas y sectores del área socialista. En suma, se reconoce el positivo papel de la UP, pero se considera absolutamente necesario renovar la dirección política de la misma²⁸⁰.

Es interesante destacar que para la IC, la crisis de la izquierda chilena no solo debía ser entendida a partir de la derrota de la UP, sino que además era necesario indagar las bases y la trayectoria del proyecto (de décadas). La IC no tuvo reparos en cuestionar las concepciones ideológicas de la izquierda y, por tal motivo, es uno de los partidos que pavimentó el camino hacia la renovación teórica-política. Así se expresa sobre la crisis de la izquierda: «tiene su origen en divergencias históricas no resueltas; en una falta de adecuación a las nuevas circunstancias; en la persistencia de concepciones ideológicas, políticas y orgánicas desfasadas»²⁸¹.

La editorial de la revista Liberación, señaló que la renovación no es solo una idea eventual, sino una tarea prioritaria, acotando que las bases debían transformarse en el núcleo de este proceso y no esperar a que las decisiones fueran emitidas unilateralmente desde las cúpulas.

Es por eso que nuestro partido piensa que la tarea central del momento, es generar un profundo y drástico proceso de renovación de la izquierda chilena. Pero este proceso de renovación, para que sea efectivamente real y profundo, debe desde sus inicios, emerger no solo de las direcciones de los partidos, sino además, de los militantes de base y de las organizaciones de masas²⁸².

Se le asigna, por tanto, un rol decisivo, como motor de reflexión crítica, a la democracia partidista. Para la IC, el uso del centralismo democrático como forma de organización partidista, era inviable para la evolución de la crítica.

Se reconocía también que el movimiento popular debía tener una alta cuota de autonomía frente a los partidos. Esta reflexión nacía a partir de la amorfa relación, desarrollada en el pasado, entre el partido y las masas:

Condición fundamental para el fortalecimiento del movimiento popular de masas es la revisión a fondo de proyectos políticos pasados, de viejas prácticas de relación política sectarias y dogmáticas, de superadas visiones de manejo vertical e instrumental de las organizaciones populares²⁸³.

Posterior al Congreso de 1978, la IC se adentró en una espiral reflexiva-crítica que puso en el centro del debate las divergencias entre quienes apoyaban la renovación teórica-política y aunar acuerdos con los otros socialistas emergentes (entiéndase MAPUs) y quienes apostaban por ratificar la línea cristiana-revolucionaria hacia el socialismo. En este período una de las actividades más destacadas fue la Reunión de Nueva York en septiembre de 1976²⁸⁴. El objetivo fue fomentar una propuesta democrática. Estimaban que para ello, era necesario inculcar la «renovación democrática» en el seno de la izquierda, la cual «No puede basarse en un retorno al pasado ni volver a repetir errores que todos cometimos (...) proyecto de renovación democrática basado en la plena vigencia de los derechos humanos, en el consenso, la libertad, el sufragio, la participación y la existencia de un gobierno eficaz»²⁸⁵.

En el marco de este encuentro el exdiputado de la IC, Julio Silva Solar, realizó un interesante análisis a través de un documento llamado «Notas sobre un proyecto político para Chile» difundido por la revista Chile-América²⁸⁶. Silva Solar señaló que el embrionario frente único opositor debía incorporar nuevos ejes conceptuales, entre los que debían prevalecer la democracia y la renovación. Esto porque la experiencia de la dictadura situó por defecto a la democracia como el principal objetivo colectivo de la oposición. Subrayó que el sistema político que asumiera la izquierda no podía estar determinado por el dogmatismo o la imposición conveniente de la elite política de la izquierda.

A la vez Silva convenía en trabajar en una definición programática e ideológica que velara por el consenso de las mayorías (reales) sin forzar alianzas con sectores reticentes al proyecto democrático.

De ahí que, a nuestro juicio, el amplio consenso solo puede alcanzarse, en principio, para un proyecto de democratización creciente. El proyecto no contempla hegemonías o vanguardias, previamente definidas, de tal o cual fuerza social o política. La única función dirigente válida es la que emana del apoyo mayoritario que el mismo pueblo le otorga²⁸⁷.

El exdiputado –tomando distancias de las categorías ortodoxas– enarboló el ejercicio de la democracia como método y eje del cambio social.

Entendemos por democratización la renovación o transformación progresiva de la sociedad a través de métodos democráticos, dentro de un Estado de derecho (...) El método democrático del cambio social no se propone una dictadura de clase sino un avance del poder democrático del pueblo a partir de las libertades ya alcanzadas, el principio del sufragio, el pluralismo político, el derecho al disenso y a la oposición, la alternativa en el ejercicio del poder, las libertades de expresión, reunión, circulación; pluralismo en la enseñanza, la cultura, medios de comunicación de masas; la autonomía de los sindicatos y organizaciones de base, etcétera²⁸⁸.

La anterior observación incorpora un nuevo bagaje conceptual en el discurso y muestra las nuevas aspiraciones ideológicas de un sector del partido.

Según el profesor Ricardo Yocelovsky –en el marco del declive del FA– el texto de Silva Solar se transformó en una referencia entre quienes asumieron el giro ideológico en la colectividad y en la izquierda. En este período, complementa el autor, el núcleo de la discusión discurrió sobre la coexistencia entre democracia y socialismo²⁸⁹. Por lo tanto, el documento de Silva Solar impregnó de sentido los cuestionamientos de quienes pedían una revisión de los postulados leninistas.

Siguiendo con el análisis documental, hubo un material de discusión –de carácter oficial– compuesto por tres capítulos: 1) Crítica y autocrítica del período de gobierno de la UP; 2) El carácter y la política de la dictadura terrorista-fascista; y 3) Solo el pueblo unido y movilizado puede derrocar a la dictadura. Este documento se caracterizó, según sus críticos, por reafirmar una línea dogmática y por extraer conclusiones ilusorias. Nos interesa rescatar la crítica disidente que surgió del polémico documento. Estas fueron explicitadas nuevamente por el exparlamentario Silva Solar. El dirigente refutó las apócrifas apreciaciones sobre la derrota de la UP y la artificiosa propuesta de la insurrección armada como estrategia para derrocar a la dictadura²⁹⁰. Es decir, el punto 1 y 3 del texto en cuestión.

Realizó, como introducción a las observaciones, un primer alcance. Advirtió la influencia perjudicial del leninismo en el proyecto de la UP²⁹¹.

La concepción de que hay ciertas leyes generales del tránsito al socialismo (enfrentamiento y dictadura de clase) que son «inexorables» y por las cuales hay que pasar de todos modos, fue un elemento que confundió y desorientó profundamente (...) En nuestros partidos había una carga ideológica leninista muy fuerte que ahogaba cualquier creación política que no se ajustara a tal ideología (...) (el leninismo) ha perdido vigencia como modelo universal²⁹².

A partir de lo anterior, Silva Solar refutó la tesis militarista en tiempos de la UP. Por el contrario, especificó que el fracaso se produjo porque no se preservó la

institucionalidad. Advirtió que, dicha vía institucional-legalista, era la única fórmula para materializar el programa de la UP.

La segunda observación de Silva Solar señala que la propuesta de una salida político-militar a la dictadura era inviable. Argumentó que era absolutamente ajena a la capacidad operativa de la oposición y no se ajustaba a las condiciones objetivas del país. A la vez, especificó que dicha estrategia rupturista imposibilitaba forjar una alianza con los sectores del centro político y de las clases medias. Advirtió que en la propia izquierda no existía unanimidad a favor de una salida de tipo militar. Para el exdiputado dicha propuesta era una ilusión aupada por los resabios del dogmatismo. Para los disidentes, el documento en cuestión, representaba una incongruencia absoluta, y preocupante, entre un sector de la Dirección y la realidad interna del país.

Silva señalaba además que los modelos socialistas, hasta el momento, habían demostrado resultados pocos satisfactorios.

Por mi parte, no estoy de acuerdo con esta concepción (que define a la alianza). No solo porque la creo poco factible, sino además porque creo que viene de regreso (históricamente) y porque sus resultados dejan mucho que desear (o sea, el régimen socialista tal como lo conocemos)²⁹³.

Propuso rechazar tales planteamientos y emplazar una nueva dirección de alianza, que tuviera como ejes, una perspectiva más objetiva de la realidad nacional y una pluralidad política lo más amplia posible, donde la democracia fuera el centro del ejercicio político.

Así la democracia fue cristalizando, en el conjunto de la izquierda chilena, como un proyecto viable y ad-hoc al nuevo socialismo, donde la herramienta del consenso político se erigía como eje para efectuar los cambios²⁹⁴. La propuesta transformadora, de una futura convergencia democrática, según Silva Solar, debía estar amparada en la política del consenso, con objeto de plasmar cambios sociales, respaldados siempre por la vía institucional.

Se trata de trabajar en la línea de amplias convergencias, que programen los avances, en el contexto de una democracia pluralista y participativa. (una) Amplia convergencia de fuerzas solo puede articularse y progresar sobre la base del reconocimiento de un régimen de derecho y una vía institucional del cambio de la sociedad²⁹⁵.

3.3. La hegemonía de una reflexión crítica

Según la IC, las masas por derecho y por el trabajo desplegado en esta etapa se habían ganado su total independencia y el reconocimiento de los partidos. Es decir, ante la falta de conducción y al inmovilismo de las colectividades tradicionales las masas habían desarrollado autónomamente un proceso de reorganización y de oposición a la dictadura. Así lo explicaba el secretario a finales de 1977:

La experiencia de las organizaciones populares de base que, superando la falta de una conducción adecuada, han ido desarrollando acciones de resistencia y, por tanto, acumulando experiencias, la que debe constituir el dato fundamental para este proceso de revisión. Claramente, esto significa una reformulación de la relación partido-masas, a partir del reconocimiento que las masas se han ganado, por la acción desplegada en este período histórico, el legítimo derecho a una autonomía mayor que en el pasado²⁹⁶.

Esta situación para el partido fue evidente en el marco del «plebiscito» de 1978²⁹⁷.

La movilización alcanzada puso de relieve el alto grado de convergencia de todos los opositores a la dictadura (...) superando las conocidas limitaciones de las directivas oficiales. Esta experiencia debe ser muy valorada y recogida en el

diseño de las políticas futuras²⁹⁸.

Las autocríticas, al final de los años setenta, generaron que el discurso oficial se tornara, en ocasiones, contradictorio o al menos confuso. Por un lado, aunque intentaron ratificar el pensamiento cristiano revolucionario fueron conscientes de los fracasos incurridos durante la UP y en el período de la dictadura.

Por otro lado, reconocieron que era necesario fomentar el diálogo con el centro político (la IC fue uno de los partidos que más se esforzó en este objetivo), pero a la vez consideraron necesario incorporar al MIR. Aunque valoraron a la UP, criticaron su falta de conducción y legitimidad. De ahí que se apreciara, en ocasiones, un discurso difuso. Por ejemplo, se llamó a

derrocar a la dictadura para la instauración de un gobierno democrático popular y revolucionario, inscrito en un camino ininterrumpido hacia el socialismo (...) Defender y levantar los perfiles históricos del movimiento popular... el socialismo, el marxismo y el legítimo derecho de ejercicio de la violencia revolucionaria,

pero a la vez proponían un acuerdo con la DC para reunir a todas las «fuerzas democráticas y progresistas del país en el objetivo común de lucha por la conquista y ejercicio de las libertades por las mayorías»²⁹⁹. Aunque dicha propuesta la impulsó en conjunto con el MAPU, a través del Pacto Básico de Acción³⁰⁰, esta idea no pasó de ser un intento más. Estos documentos demuestran las discontinuidades y contradicciones del discurso, lo cual refleja lo efímero que resultaron ser estas iniciativas.

En la revista Liberación (1979) aparecen algunos artículos de opinión que –si bien mantienen la aspiración por un gobierno de tipo socialista– cuestionan la pertinencia de los planteamientos y conceptos de la izquierda marxista. El artículo denominado «Renovación y unidad de la izquierda» señaló la necesidad de conducir un proceso más responsable, claro y honesto³⁰¹. La IC asumió la crisis y el quid de ella.

El desafío difícil es compatibilizar socialismo y democracia (...) Teóricamente no hay incompatibilidad (...) Pero en la práctica en diversas experiencias históricas, no ha sido fácil la compatibilización. Será necesario precisar, todavía, de qué socialismo y de qué democracia se trata. Ciertamente, no solo de una pura democracia política, sino de una democracia plena o integral, de una democracia política, económica, social y cultural³⁰².

Se insistió en que la renovación debía ser un proceso de base, y también de las organizaciones sociales, y no un asunto superestructural.

La renovación de la izquierda (...) debe ser un proceso en que comprometan las bases de los partidos, la periferia de ellos y las organizaciones de masas (...) Si el proceso se redujera a acuerdos entre cuadros directivos, mantendría vicios tradicionales que se intentan superar: elitismo y paternalismo en la conducción política; manipulación de las bases, y de las organizaciones de masas; búsquedas de pactos (transitorios, coyunturales) más que de acuerdos reales, profundos, históricos³⁰³.

En definitiva, el partido se sumó a la vorágine del proceso de la renovación y a la creación de un nuevo bloque convergente de izquierda. Este sería, según la colectividad, la mejor forma de superar la crisis de la izquierda chilena. «Nuestro partido recoge con fervor estas ideas (...) comprometidos en este proceso de renovación, convergencia y unidad del movimiento popular»³⁰⁴.

En las conclusiones de su II Pleno clandestino (marzo 1980) el partido experimentó los cambios más interesantes en su línea y discurso político. Constató que la izquierda por sí sola no era una fuerza determinante capaz de derrotar a la dictadura y, lo que era aún más severo, determinó que tampoco tenía la capacidad para instaurar un gobierno transitorio. Lo anterior puso en duda la aparente potencialidad de la izquierda (que tanto se repetía en discursos y documentos) y puso de relieve la necesidad de llegar a un acuerdo con el centro.

A pesar de la «fuerza potencial» de la izquierda, esta no logra constituir una fuerza capaz de derrocar a la dictadura y establecer un gobierno provisional. Todo esto es resultado tanto de las dificultades de dirección como de la imposibilidad de formular un acuerdo con la democracia cristiana³⁰⁵.

La IC reconoció que era necesaria una alianza donde las definiciones ideológicas o los parámetros clasistas no fueran un impedimento para conformar un bloque político. Esta decisión (similar a la disposición de los MAPUs) engendró el fin del proyecto histórico de la izquierda.

A comienzos de los años ochenta, el partido realizó un giro fundamental. Decidió, junto a otros sectores de izquierda, apoyar la Convergencia Socialista.

Fue surgiendo y desarrollándose así la idea de trabajar por una Convergencia Socialista, primero, y por la creación de una nueva fuerza socialista, posteriormente. La idea original consistía en fortalecer una determinada posición al interior de la izquierda, buscando una aproximación creciente entre aquellos que postularan su renovación³⁰⁶.

Lo anterior, si bien no significó abandonar su identidad de izquierda, representó asumir la renovación como único medio para intervenir y trascender en la política chilena.

Bascuñán señala que en el nuevo discurso de la IC «se advertía menos dogmatismo, mayor flexibilidad y mayor apertura. Se discutió el problema de la hegemonía, que ya no fue asignado «a priori» al proletariado»³⁰⁷. Pero también se puso énfasis en la innovación de la «acción política»:

La superación de la crisis (...) no se conseguirá mediante puras maniobras cupulares, por bien intencionadas e inteligentes que sean. La crisis de los

partidos políticos y de las instancias unitarias solo pueden superarse poniendo como centro el fortalecimiento de las organizaciones populares de masas, con una perspectiva profundamente renovada de la acción política³⁰⁸.

La metamorfosis interna de los partidos hacia finales de los años setenta era visible e irreversible. La evolución política e ideológica de la IC se profundizará a partir de tres eventos: el II Pleno clandestino; la participación de sus líderes en los seminarios de Ariccia; y la activa contribución en la Convergencia Socialista³⁰⁹. Considero que desde la Dirección de la IC, durante este período, hubo escasa variabilidad de su pensamiento ideológico cristiano revolucionario. Es más, constantemente, vinculó la lucha contra la dictadura con el establecimiento de un proyecto socialista³¹⁰ (no dogmático, más comunitarista, donde prevaleciera la dinámica social).

Las autocríticas más fervientes contra el rol del partido y la izquierda, provinieron, más bien, de ciertos dirigentes afincados en el exilio. Sin embargo, su aporte renovador (de conjunto) se puede apreciar en cierto pragmatismo y realismo político (ciertamente menos ideologizado que el resto de los partidos) y su interés constante por afianzar alianzas amplias para renovar y superar viejos esquemas. Además, fue claro en rechazar tempranamente el modelo soviético. «El punto original de consenso entre los dirigentes de la IC es que no estaban ni por el modelo ni por el proyecto soviético de cambio y revolución, ya que era autoritario e ineficiente para países como Chile»³¹¹.

4. Partido Socialista de Chile (PSCh)

La evolución del PSCh estuvo caracterizada por una profunda crisis política e ideológica. Aunque el «faccionalismo crónico» ha estado presente desde varias décadas en el partido, posterior al golpe de Estado es posible percibir una disputa aún más dura entre personalidades y facciones por el control de la Dirección. Como señala Esther del Campo: «Especialmente entre 1973 y 1989, la historia del partido ha estado marcada por un proceso continuo de fragmentación y faccionalismo»³¹². Este desarrollo crítico tuvo consecuencias dramáticas para la izquierda en su conjunto. La crisis interna desembocó en la división del partido (1979) en dos grandes vertientes de pensamiento (renovados-ortodoxos). La causa que originó la división se debe precisamente al factor que nos interesa desarrollar: el germen de la renovación teórica-política.

Siguiendo el método utilizado anteriormente, examinaré los documentos más relevantes emanados especialmente desde la Dirección Interior (DI) para revelar la línea política postgolpe de Estado. Posteriormente, estudiaré la evolución del partido a través de las resoluciones de las facciones y los Plenos (clandestinos y del exilio), ya que a partir de estos eventos internos se puede identificar las posiciones en conflicto. Es menester detallar que para los socialistas la realidad del «partido escindido» repercutió de manera radicalmente negativa. «La separación geográfica generó un alto grado de fragmentación partidaria y fomentó la existencia de personalismos y fracciones»³¹³. Más que el interés de un sector por influir sobre otro, lo que imperó fue la imposición de líneas y estrategias políticas, lo que en definitiva potenció las tendencias, al extremo de negarse mutuamente.

4.1. La Dirección Interior y el Documento de Marzo

Uno de los primeros documentos relevantes, llamado «A los dirigentes del Partido Socialista», fue elaborado por el CC (radicado en Chile) en noviembre

de 1973. En el documento se analizaron básicamente las causas de la derrota. Las críticas apuntaron a una deficiencia en la dirección política. Esta careció de una homogeneidad conceptual y estratégica para enfrentar las reacciones cada vez más persistente de la derecha y de los sectores empresariales. Se señala que uno de los principales errores fue la desconfianza de la UP y del gobierno en la capacidad de las masas emergentes. Lo anterior produjo que la conducción del gobierno y de la UP fuera asumida por, lo que ellos denominaron, la «pequeña burguesía oportunista» que incurrió en desviaciones reformistas³¹⁴ y ultraizquierdistas. Por lo tanto, la hegemonía proletaria, que debió jugar un rol de vanguardia, fue desplazada del frente³¹⁵.

En definitiva, consideraron que las fragmentaciones ideológicas, estratégicas y tácticas, ocasionaron un irreversible aislamiento del movimiento de masas y de todas aquellas fuerzas que apoyaron el programa de la UP. El documento señala, específicamente, que el pluripartidismo terminó cercenando la organización y la aplicación de políticas.

El pluripartidismo en lugar de imprimirle la vitalidad de la suma de fuerzas, se convirtió en un factor de descoordinación y desorganización en los múltiples aspectos del ejercicio del gobierno (...) A esta indefinición ideológica se agregaba la enorme cantidad de mandos medios y superiores que no recibían ninguna directriz lo que condujo a alentar la ineficiencia, el ausentismo, la corrupción y la anarquía respecto de la elaboración y aplicación de políticas³¹⁶.

El profesor Alex Fernández se refiere y destaca este punto:

El pluripartidismo, la desorganización gubernamental, la utilización del aparato fiscal para reforzar los aparatos organizativos de los partidos integrantes de la UP y el caos ideológico condujeron a un aislamiento progresivo del movimiento obrero y de la correlación de fuerzas políticas y sociales en que se apoyaban³¹⁷.

La DI, en los documentos «A los dirigentes del partido socialista» (noviembre

1973) y «Algunas ideas sobre la revolución chilena» (febrero 1974), definió a la dictadura como «fascista, cuyo requisito de supervivencia está determinado por la aniquilación de la izquierda»³¹⁸. En estos dos documentos el partido concluyó que la dictadura no superaría las diferencias políticas-económicas, ya que los intereses en juego, de las clases que sustentaba el proyecto fascista, eran variados. Este hecho, según ellos, generaría la caída de la dictadura. A partir de lo anterior, estimaron que el papel de la izquierda debía encaminarse en potenciar las diferencias y fomentar el faccionalismo, ya que la política de la dictadura no podría satisfacer los intereses heterogéneos y, ante la falta de unidad, se vería forzada a la crisis³¹⁹.

Posteriormente, salió a la luz un nuevo documento denominado «Al calor de la lucha contra el fascismo, construir la fuerza dirigente del pueblo para asegurar la victoria» fechado en marzo de 1974. Este documento se constituyó en un material político-ideológico de amplia discusión que, inclusive, traspasó las fronteras del partido. El escrito, conocido popularmente como el Documento de Marzo, fue elaborado por la DI³²⁰ que, a estas alturas, estaba integrada mayoritariamente por un sector denominado los Elenos, de fuerte inspiración leninistas³²¹. El documento concluyó que las causas de la derrota³²² apelaron a la incapacidad y debilidad de la propia izquierda. Básicamente se señalan dos cuestiones: una escasa capacidad de conducción política y los constantes errores de la alianza que sustentaba el proyecto.

El controvertido documento retomó la discusión en torno al aislamiento al que fue sometido el movimiento obrero, el cual a pesar de su auspicioso desarrollo no pudo imponer sus intereses al interior del gobierno. El documento señaló esta y otras críticas:

No habiendo hegemonía de la clase obrera en el frente, no fue posible desarrollar una política correcta para concretar la alianza que presuponía el programa, no se consiguió evitar el aislamiento buscado por el enemigo, no hubo capacidad de autocritica y corrección oportuna de los errores, no hubo capacidad para retomar la ofensiva, no hubo línea política clara, confundiéndose diversas orientaciones y matices que no hacían sino reflejar la presión de las tendencias pequeño burguesas, disparadas hacia el evolucionismo, la conciliación sin principios, el aislamiento o el extremismo anárquico³²³.

El documento criticó las posiciones dispares de los partidos. Fundamentalmente, identificó dos perspectivas erróneas: los ultraizquierdistas y los reformistas. A partir de lo anterior, hubo discrepancias en el «ritmo» del proceso (agudización versus consolidación) y en la política de alianzas. Es decir, para la DI ambas posiciones antagónicas no lograron entender las dimensiones reales del proceso. Bajo este contexto, la DI socialista le hizo saber al PCCh que su error principal fue sobrevalorar la vía pacífica como medio para la conquistar del poder.

La posibilidad de una vía pacífica, o no armada, fue magnificada, lo que redundó en ilusionismo y en errores fatales de apreciación del carácter de clase de las instituciones democrático burguesas. En gran parte de su masa militante, tal concepción era absolutamente predominante³²⁴.

El documento destacó que si bien la institucionalidad era parte del desarrollo de la UP, no hubo claridad suficiente para comprender el rol que ocupaba «en el proceso y las condiciones y oportunidades de su reemplazo».

A partir de lo anterior, el Documento de Marzo concluyó con una autocrítica profunda.

Una de las cuestiones fundamentales sobre las que debió existir claridad y educarse a las masas, es el problema del enfrentamiento de clases y la violencia revolucionaria. Se sembraron ilusiones en el desarrollo pacífico y evolutivo del proceso y cundió también el verbalismo insurreccionalista, que reducía el problema de la revolución a meras situaciones de enfrentamiento. Faltó energía para imponer un consenso en torno a una apreciación correcta del problema³²⁵.

El documento fue particularmente crítico con la Dirección que encabezó Carlos Altamirano, ya que le imputó no haber dirigido el partido bajo una orientación leninista. Dicho error, según la DI, habría transformado al PSCh en el gran

responsable de la derrota. Edison Ortiz señala al respecto:

se acusó a la entidad política de serias debilidades e insuficiencias, como fue el no haberse constituido de acuerdo a las concepciones leninistas y de carecer, por lo tanto, del verticalismo requerido por los partidos revolucionarios, y de la estructura jerárquica que impusiese una línea hegemónica³²⁶.

Por otro lado, se advirtió –a diferencia de los primeros documentos citados– que la irrupción de la dictadura

no es una simple recuperación de posiciones perdidas. Se propone una transformación profundamente reaccionaria de la sociedad chilena, una involución histórica en todos los planos que garantice a la gran burguesía y al imperialismo la represión exitosa de cualquier nueva amenaza revolucionaria a la estabilidad del sistema³²⁷.

Es decir, el documento sopesó la profundidad del proyecto militar y las consecuencias del mismo. Lo interesante de todo ello, es que esta nueva percepción generó replantear el rol del partido y la estrategia para enfrentar la dictadura. En términos de alianzas, el documento planteó la necesidad de incorporar a la DC y al MIR.

Se subrayaba que la relación con la DC se realizaría desde la base, ya que con la cúpula, encabezada por Frei, no se había logrado acuerdo alguno.

La alianza pluriclasista encabezada por la clase obrera encontrará su expresión en el Frente Anti Fascista, donde deben confluír la UP, el MIR y la Democracia Cristiana, sobre la base de la hegemonía de su sector democrático y progresista. El desarrollo del proceso unitario y su fortalecimiento conduce a la derrota de la derecha D.C.. Frei no es, precisamente, el llamado a encabezar a la D.C. en la

alianza antifascista³²⁸.

En definitiva, apoyaron la idea del FA con participación de la DC. Se entiende que este cambio estuvo fuertemente inferido por la coyuntura. Sin embargo, esta alianza debía constituirse, según la DI, sin olvidar la construcción estratégica del socialismo³²⁹. Claramente, esta dualidad de objetivos es una de las razones por la cual nunca se logró cabalmente, en esta primera etapa, la unidad contra la dictadura.

En lo medular desde el punto vista ideológico, la DI ratificó su definición marxista-leninista. Defendieron, a pesar de la derrota, sus aspectos de orientación política como sus tácticas y estrategias de corte revolucionario. La intención de la DI fue reconstruir el partido sobre una base ideológica «verdaderamente» marxista. Para ello, la DI consideró que era necesario reconocer ciertas falencias: el partido surgió con una estrategia revolucionaria muy general, de carácter pequeño-burguesa; las definiciones ideológicas no eran fiel reflejo de una táctica leninista; existía entre los socialistas diversas inclinaciones ideológicas; el partido verificó contradicciones ideológicas e influencias revolucionarias de corte pequeño-burgués; la organización sufrió una lucha de poder que acarreó divisiones y pugnas; y, por ende, el partido se había transformado en una herramienta ineficiente para el cambio revolucionario³³⁰.

En definitiva, en esta primera etapa, podemos destacar que la discusión en torno al Documento de Marzo fue esencial para delimitar la evolución del partido. Fue uno de los factores determinantes para explicar las disidencias ideológicas en el seno de los socialistas. Carmelo Furci se muestra muy claro al respecto: «este Documento es un feroz ataque a la historia del PSCh, y una crítica abierta a la organización del Partido, su estilo de trabajo y su programa (...) era una crítica hacia el Partido y una tentativa por refundarlo sobre la base de un estilo de organización tipo comunista tradicional»³³¹. El Documento de Marzo lejos de aunar posiciones o enmendar un consenso interno, provocó las más aireadas reacciones. Para los detractores significó «un documento liquidacionista del socialismo chileno. Se estimó, en general, que la fracción responsable de él despreciaba el patrimonio ideológico del Partido, daba por agotada su línea estratégica central y desnaturalizaba la identidad fundamental del pensamiento socialista chileno»³³².

En torno a la discusión del Documento de Marzo se adoptaron diversas posiciones. A partir de aquí las diferencias ideológicas, estratégicas y políticas se polarizaron entre aquellos que reconocieron a la DI y quienes legitimaron a los dirigentes que encabezaban el SE como la única Dirección válida. A ello hay que sumarle el «espíritu mesiánico» que germinó en algunos dirigentes y sectores que se autoerigieron como la Dirección legítima. Ante dicho panorama, es necesario pasar a revisar las diversas facciones surgidas en esta diáspora socialista.

4.2. El fomento de las facciones. La CNR responde a la DI

Hasta el momento hemos analizado la evolución del partido, a través de los controvertidos documentos emanados desde la DI (causas de la derrota, su política de alianzas y la línea política). Aunque la DI fue reconocida oficialmente por el grueso de los militantes y por los partidos de la UP, esta no logró hegemonizar la organización. Por lo tanto, es necesario identificar y delinear a los otros sectores, que organizados en facciones, expresaron sus acuerdos y discrepancias con la DI y el SE.

El faccionalismo en el PSCh no fue, como en otros casos, un proceso que ayudó a sumar posiciones y experiencias al conjunto de la colectividad³³³. Por el contrario, esta dicotomía fue en la práctica un impedimento formal a la conducción del partido³³⁴.

Explicitar el desarrollo orgánico del PSCh con mayor detalle, es necesario por varias razones: para tener un marco más completo de la evolución del partido; porque efectivamente este proceso fue mucho más intenso y con consecuencias más drásticas; además, la quiebra de los socialistas influyó en toda la izquierda; y finalmente porque la renovación fue el principal factor de la división en 1979.

La primera quiebra no se debió necesariamente a una cuestión ideológica, sino a las circunstancias prácticas generadas por el golpe de Estado³³⁵, es decir, una primera disensión interior/exterior: «la relación entre “el interior” y “el exilio” figura prominentemente como argumento en las discusiones entre los actores»³³⁶. Es decir, el problema de los socialistas se hizo sentir en primer orden por la

disputa por el registro del partido, entre una parte de la Dirección que se quedó resistiendo al interior del país y aquella que se organizó en el exilio al mando de su secretario general, Carlos Altamirano.

Además de lo anterior, las facciones surgieron a mi entender por tres grandes razones: debido a las diversas reflexiones sobre la experiencia histórica del partido, especialmente durante la UP (el rol de partido) y su reorganización para enfrentar la dictadura (definición y estrategia); por las experiencias del exilio. Tanto en los países del este (principalmente en la RDA y la URSS) como en las naciones europeas bajo el influjo de la socialdemocracia (Francia e Italia); a ello debemos sumarle el exceso de protagonismo personal (caudillismo).

Inmediatamente después del golpe se pueden percibir cuatro facciones organizadas³³⁷:

Dirección Interior (DI): integrada por dirigentes del Comité Central nombrados en el último Congreso de la Serena (1971). En ella predominaron los Elenos de fuerte inspiración leninista, quienes estaban estrechamente vinculados al PCCh y el MAPU-OC. Esta facción fue liderada por el reconocido dirigente Exequiel Ponce.

MR-2: liderados por el dirigente Rafael Ruiz Moscatelli. Este sector, que tuvo un pasado ligado al MIR, se identificó desde un principio con el castrismo. Posterior a la división de 1979, se integró al sector altamiramista, pero se desvinculó rápidamente a raíz de la celebración del XXIV Congreso. En dicha ocasión pretendieron asumir la Dirección, sin embargo sus intenciones se vieron frustradas. Posterior al Congreso se constituyeron bajo el nombre «La Chispa», a razón de su publicación periódica³³⁸.

Coordinadora Nacional de Regionales³³⁹(CNR): estuvo integrada por algunos miembros del Comité Central. Su eje de conducción lo lideró el Regional Cordillera (Santiago de Chile). Fueron encabezados, en un principio, por el reconocido dirigente Benjamín Cares. Tuvo presencia considerable tanto al

interior como en el exilio. Fue uno de los sectores mejores organizados al interior del país. Rechazó las directrices políticas de la DI.

Dirección para el Consenso: este sector (llamado también los «militantes rojos») fue encabezado por el exsecretario general de la Juventud Socialista, Juan Gutiérrez. Su objetivo fue crear las condiciones de un consenso para estructurar una dirección única y legítima. Esta facción –que irá divagando (y cambiando de nombre) a lo largo de la dictadura– tuvo influencia específicamente al interior del país. En un principio tuvo cierta cercanía con el sector de Altamirano, pero optará en la década siguiente por autonomizarse junto a otros sectores socialistas «históricos».

Hubo también otros grupos que (re)nacieron con posterioridad al 11 de septiembre de 1973. Podemos destacar entre ellos al:

Movimiento de Acción Socialista (MAS)³⁴⁰: encabezado por Víctor Sergio Mena. Este sector (re)germinó (en torno a 1978) como una reacción de rechazo a los militantes exiliados, a los que consideraba como «generales de la derrota». Respaldaron la decisión de que la máxima Dirección del partido estuviese en el país. Fueron muy críticos del SE, especialmente frente a la figura de Carlos Altamirano y Clodomiro Almeyda³⁴¹. El investigador Sebastián Jans especifica que dicha facción tuvo influencia entre los exdirigentes sindicales. Trabajaron de cerca con la facción Unión Socialista Popular (USOPO) que encabezara Raúl Ampuero y, posteriormente, Ramón Silva Ulloa.

Tendencia Humanista: este sector trabajó, en un principio, al alero del exsecretario general Aniceto Rodríguez, exiliado en Venezuela. Fueron muy críticos con las posturas «liquidacionistas» de la DI. Tampoco comulgaron con las directrices del Secretariado Exterior. Este sector tuvo arraigo al interior del país y abogó por un socialismo democrático, latinoamericanista y autónomo del MCI. Principalmente desde el exilio desarrollaron una importante labor para la reconstrucción del partido a través de diversos seminarios y reuniones.

Los Suizos: Su nombre se debe a la neutralidad de estos frente a las disputas internas. Se destacaron por realizar diversas actividades intelectuales y académicas, tanto en Chile como en el exilio, sobre el pensamiento ideológico

del socialismo. Apostaron decididamente por proyectar el proceso de la renovación al amplio campo de la izquierda chilena. Fueron cercanos a la figura de Altamirano y trabajaron con los socialistas emergentes (MAPUS e IC) a favor de la Convergencia. En esta facción participaron dirigentes como Ricardo Lagos, Enzo Faletto, Heraldo Muñoz, Eduardo Ortiz, etcétera.

Posteriormente, a comienzos de la década de los ochenta, específicamente después del XXIV Congreso de París –celebrado por los altamiranistas– se creó el Movimiento Recuperacionista (MR) el que fue liderado por Eduardo Long. Este sector trabajó por la reunificación del partido en conjunto con el MAS y la USOPO.

La DI siguió la línea política definida en el último Congreso de la Serena (1971). Su crítica fundamental se refirió al rol del partido. Cuestionó, especialmente la labor de su secretario general, Carlos Altamirano, por su desempeño en la UP. Recordemos que su aporte más decisivo fue el discutido Documento de Marzo, en donde analizaron las principales causas de la derrota y los errores del partido.

Su importancia con los años ha confirmado y adquirido cierto simbolismo de una época: generó una gran respuesta en la militancia que se encontraba en Chile como en el exterior. Ello hace explicable el papel que este texto cumpliría luego del gran quiebre del 79. Ya que fue el documento que una y otra vez citaron los almeydistas para explicar su razón de ser frente a los socialdemócratas. Sin embargo, para estos últimos, como también para otros, ese documento solo se consideró como liquidacionista del socialismo³⁴².

En definitiva, el Documento de Marzo es uno de los principales factores de discusión, crítica y distanciamiento ideológico al interior de los socialistas.

Las críticas más furtivas provinieron de la CNR, quienes de paso se autoproclamaron como los legítimos discípulos del socialismo chileno. Ambos sectores, DI y CNR, se acusaron mutuamente por la debacle de 1973 y a la vez se denominaron como Dirección legítima. Según Yoclevsky las discrepancias, entre estos dos sectores, se debieron básicamente a dos cuestiones: las causas de la derrota de la UP y las perspectivas del partido y de la izquierda chilena³⁴³. Un documento llamado «Informe de visita a Chile» (CNR) señala las diferencias

surgidas entre los Comités Regionales y la DI: «se produjeron diferencias en el enfoque de lo que había pasado al partido, caracterización de la Junta, línea política, estrategia y tácticas para actuar en el corto y mediano plazo, como en la perspectiva de la derrota de la Junta y la instauración del socialismo»³⁴⁴.

La crítica más férrea de la CNR hacia la DI, se refiere a la actitud reformista y pasiva de estos últimos (lecturas erradas de la realidad y una equívoca aplicación de la línea política). Lo anterior, para la CNR, justificó su legítima gestión, como estructura reorganizativa paralela o de reemplazo a la DI.

Teniendo presente además las posiciones reformistas que ellos mantenían (frente amplio, para derrocar a la Junta, inclusive con el marquez Bulnes; posición de que la junta por sus contradicciones internas y la errada política económica caería sola; por lo anterior desarrollar una acción quietista y pasiva; ninguna preparación paramilitar como estrategia del proceso revolucionario; contactos tradicionales y superestructurales con los partidos de la UP y la DC, más que trabajo directo en las bases; etcétera.) y porque no daban ninguna línea política, la coordinadora de Regionales se dio a la tarea de institucionalizar esta estructura, como una forma de hacer racional y efectivo el proceso de reorganización, establecer algunas líneas políticas, discusión acerca del carácter de la Junta, etcétera³⁴⁵.

La CNR, meses después emitió un documento conocido como el «Documento de Abril» (1975), en el cual profundizaron la crítica al papel desempeñado por «los camaradas del Comité Central» (DI).

En el plano de definición política los camaradas se han dado a la tarea de «revisar» las tesis fundamentales del Partido, aprobadas en sus Congresos, tratando de imponer, sin discusión con la base, posiciones que son abiertamente ajenas al Partido Socialista. Tratan de dar validez más allá de lo táctico a la «vía chilena al socialismo», sin entender qué significa la dictadura en Chile. En cuanto a la forma de reconstrucción orgánica del Partido han hecho gala de un verticalismo y autoritarismo absolutamente fuera de lugar que desconoce la realidad de la organización³⁴⁶.

La CNR consideró que lo ocurrido en septiembre de 1973 fue la derrota del reformismo de la izquierda chilena:

la principal razón de su fracaso es no haber entendido que la legalidad burguesa solamente puede ser considerada como un elemento táctico por el proletariado, en la medida que sirva para acumular fuerza en función de su objetivo estratégico, que es la destrucción del estado burgués, lo que fatalmente pasa por la derrota militar de la burguesía y sus aliados y la implantación de la dictadura del proletariado³⁴⁷.

La CNR deliberó que la reorganización del partido debía superar estas posiciones y potenciar una vanguardia eminentemente obrera «a partir del reagrupamiento de las bases socialistas que representaba, desconociendo al Comité Central reconstituido y desconociendo a las alianzas previas al golpe en las que participaba el PS»³⁴⁸.

La CNR postuló reorganizar el partido a través de una estructura que coordinara a los diversos regionales del país, junto a quienes demandaban la autonomía del PSCh (especialmente frente al PCCh), así como la reposición de la línea histórica, enunciada en el Frente de Trabajadores³⁴⁹. Con respecto a la unidad de clase, la coordinadora propuso la creación de comisiones obreras, lo que «implicaba desconocer a las direcciones de los otros partidos, especialmente del PC, y por tanto dar por liquidado todo el sistema político anterior a 1973»³⁵⁰. En este sentido, tanto la CNR como la DI tuvieron como propósito, no solo la reconstrucción del partido, sino también la refundación ideológica del mismo.

Para comprender la evolución de estos sectores y su posición frente a la coyuntura interna del partido, pasaremos a analizar los diversos Plenos que se desarrollaron tanto al interior del país como en el exilio.

4.3. El Pleno de la Habana y los intentos por centralizar al partido

A continuación analizaremos el Pleno de la Habana (1975) y los dos Plenos clandestinos (1976 y 1977) celebrados, estos últimos, por la DI en Chile. Además, examinaremos otros documentos, principalmente del SE y de la DI, que intentaron vanamente alinear al partido.

Con el fin de salvaguardar la unidad, superar las divergencias, ratificar cargos y reafirmar la línea política se llevó a cabo el Pleno de la Habana en 1975. El evento, que contó con una alta participación, reafirmó la línea marxista-leninista de la organización.

El partido busca afanosamente convertirse en una real vanguardia obrera marxista leninista (...) Solo profundizando en la historia de la lucha de clases en Chile es posible comprender a cabalidad la naturaleza de nuestro Partido, su definición ideológica, su desarrollo hacia el marxismo leninismo y los perfiles revolucionarios que lo caracterizan³⁵¹.

El Pleno de 1975 decidió apoyar la construcción del FA.

La política de alianza de la clase obrera debe materializarse en la constitución de un frente antifascista. Su objetivo básico es derrocar la dictadura (...) a la vez que constituya el marco adecuado para retomar el curso socialista de la revolución chilena³⁵².

Estimó como necesidad la unidad socialista-comunista como eje de la lucha popular: «la unidad socialista-comunista debe profundizarse y elevarse a niveles cualitativamente superiores, imponiéndonos ambos exigencias aún más rigurosas»³⁵³.

Respecto de las formas de lucha contra la dictadura el Pleno de la Habana fue tajante: «Cualquier fórmula destinada a crear esperanzas en torno a una supuesta

salida pacífica y democrática para la situación presente, no tiene más sentido que debilitar la decisión combativa del pueblo y la voluntad de prepararse de sus vanguardias políticas»³⁵⁴.

Lo más relevante desde el punto de vista orgánico fue:

la legitimidad que le otorgó a la DI. Sin embargo, se invitó a la CNR a participar en ella, lo que fue interpretado como una maniobra de Altamirano para influir en las decisiones del interior; y

en segundo lugar, se formalizó la creación del Secretariado Exterior (SE)³⁵⁵. Este fue concebido como una Dirección en el exilio, paralela a la DI con igual grado de legitimidad³⁵⁶.

El Pleno de la Habana criticó férreamente las prácticas faccionalistas. Se hizo un llamado enérgico al sometimiento de las «minorías» con el objeto de potenciar el centralismo democrático.

La dirección plantea ahora la decidida voluntad que el PS se convierta en una organización disciplinada de cuadros revolucionarios que lleven a cabo su actividad sobre la base del respeto riguroso del centralismo democrático, lo que debe significar sometimiento de los organismos inferiores a los superiores y de las minorías a las mayorías, suprimiendo para siempre el fraccionalismo paralizante³⁵⁷.

La sensación general después del Pleno de la Habana –a pesar de los augurios unitarios– fue la ambigüedad del SE frente a las posiciones de la DI y la CNR. La constante indefinición de Altamirano terminará pasándole factura al partido. La pregunta a estas alturas era ¿el incipiente conflicto apelaba a un problema de

representatividad (personalismo) o contenía un recóndito problema ideológico?

Bascuñán señala que detrás de este aparente conflicto de representatividad existía una crisis ideológica soterrada.

En el Pleno de La Habana el problema pareció quedar resuelto al reconocerse una Dirección Interna. Sin embargo, el hecho que se hubiera invitado a participar en dicho Pleno a representantes de la CNR, significó legitimar a dicha fracción, lo que hizo que reaparecieran los roces entre el secretario general y «los elenos». Estos conflictos, que en apariencia respondían a un problema de representatividad y de organización, eran fruto de una crisis ideológica mucho más profunda que provocaría la división posterior del Socialismo Chileno³⁵⁸.

Para el investigador Sebastián Jans la disputa por el poder del partido, en esta etapa, fue evidente y pese al intento por alinear a los socialistas en la Habana, el partido siguió potenciando su diáspora. «La lucha contra la dictadura y la convocatoria a la resistencia, se convirtió pronto en un discurso más que en una tarea política. En realidad, el esfuerzo principal estuvo marcado por el esfuerzo de posicionamiento político, en la lucha por el poder partidario»³⁵⁹. La lucha por el poder que señala Jans fue propicia para que los sectores en pugna compitieran por obtener la legitimidad de las bases. Es decir, los eventos partidistas «oficiales» se transformaron en fuente de querellas, debido a la imposibilidad de cotejar objetivamente los grados de reconocimiento y alcance de las resoluciones adoptadas por una de las partes.

Bajo este ambiente la DI decidió convocar al I Pleno clandestino en septiembre de 1976 en Santiago de Chile³⁶⁰. El Pleno no tuvo grandes variaciones políticas respecto de su símil de la Habana el año anterior. En general, ratificaron la línea marxista leninista; el objetivo central fue la derrota de la dictadura y la construcción del socialismo; reconocieron la necesidad potenciar acuerdos con el PCCh³⁶¹; apostaron por el impulso definitivo del FA.

El I Pleno clandestino fue enfático en señalar que la unidad y la línea del partido se erigía bajo las premisas que emanaban de la DI.

Tal unidad se debe dar en torno a las posiciones correctas, como premisas la

línea del partido en el interior de Chile y la consecuencia con los postulados marxistas-leninistas (...) y debe ser tarea constante del partido la desnaturalización de las posiciones de los grupos extra partido a través de la lucha ideológica constante (...) Solo una debe ser la línea del partido de acuerdo al análisis de la situación y no de acuerdo a las líneas que nada tengan que ver con la realidad y que unan ficticiamente al partido³⁶².

La DI, consciente de la falta de unidad entre los socialistas al interior de Chile y al papel ambiguo del SE, interpeló a este último para que restara legitimidad a las facciones disidentes. «De allí que manifestamos al SE que cualquier apoyo inscrito en el contexto anterior está significando un retraso significativo y cualitativo a la acción partidaria y consecencialmente al proceso revolucionario»³⁶³.

Frente a esta interpelación de la DI, el Secretariado Exterior se centró en la difícil tarea de homogenizar al partido. Para ello desarrolló una serie de documentos que hizo llegar a Chile. Uno de estos documentos se denominó «Minuta sobre problemas de dirección interior y cuestiones del partido» fechado en julio de 1976. El manuscrito intentó zanjar las disputas internas y especificó la forma de organización y los órganos oficialmente competentes y legítimos de conducción. La idea fue, en cierta forma, empoderar desde el Secretariado a la DI. El documento aclaró además que el partido no está en redefinición ni en refundación, sino en un constante progreso de sus estrategias para mejorar el trabajo en el frente de masas³⁶⁴.

El documento criticó fuertemente a los sectores del exilio que, de manera independiente al SE, apoyaban a las facciones disidentes en Chile.

No puede aceptarse que se separen de los aparatos orgánicos regulares, que desobedezcan la disciplina partidaria, se constituyan en fracciones o grupos de defensa de tal o cual grupo o tendencia del interior (...) La Dirección y los acuerdos de la Habana se fundamentan en los acuerdos de los Congresos del partido, en la línea del Frente de Trabajadores y en una perspectiva revolucionaria³⁶⁵.

Con el objeto de centralizar las decisiones, Altamirano elaboró un nuevo

documento llamado «Planteamientos del secretario general sobre cuestiones primordiales de definición política y orgánica». El documento se envió a las facciones del interior y fue acompañado de un informe resumen del mismo, centrado exclusivamente en «un conjunto de medidas orgánicas consideradas indispensables para salvar la grave crisis que vive el partido»³⁶⁶. Las diferencias más profundas se manifestaron con la CNR³⁶⁷. La coordinadora declaró que las divergencias se debían a cuestiones ideológicas y no obedecían a la mera coyuntura dictatorial.

El problema es más de fondo, es esencialmente ideológico, es un problema político, o se impone y triunfa en toda la vida del partido y en todos sus niveles la ideología del proletariado y se derrota total y definitivamente todo vestigio de la ideología burguesa (...) No basta declararse marxista-leninista tenemos que vivir, luchar y morir como políticos al servicio de la causa proletaria³⁶⁸.

La CNR señaló que la disgregación ideológica de los últimos años generó la inclusión de ideas políticas ajenas al partido. Por ello, es que

prevalecían en su seno la dispersión ideológica, política y orgánica, se permitía la existencia de ideologías extrañas a la ideología del proletariado (...) Lo que ocurre hoy en el partido no puede buscarse de manera alguna y como consecuencia exclusiva del golpe militar, lo que este hizo fue poner al desnudo en toda su trágica realidad las debilidades, fallas, errores y contradicciones internas³⁶⁹.

A raíz de lo anterior, la CNR insistió en potenciar la discusión ideológica como método de depuración. «Creemos que es un error histórico parar el proceso partidario interno, evitando la discusión ideológica y dando por superadas todas las debilidades y errores del socialismo chileno»³⁷⁰. Además, señaló que si bien Altamirano se autodefinía e identificaba con la interpretación marxista, en el fondo no ejercía una conducción bajo tal premisa. Paralelamente, criticaron las continuas aproximaciones del secretario general con la dirigencia de la DC. La

coordinadora –proclive a un acuerdo con los partidos de clase proletaria– señaló que insistir en un acuerdo con el centro «dañaba el curso ascendente del proceso». La coordinadora percibió negativamente el incipiente giro de las posiciones ideológicas de Altamirano³⁷¹. A pesar de los esfuerzos del SE por alinear al partido y combatir a las facciones, los disidentes persistían en criticar la postura ambigua de Altamirano frente a las facciones. El objetivo del secretario general, según sus detractores, era mantener el liderazgo desde el exilio.

La DI decidió realizar su II Pleno clandestino (Agosto 1977). Este evento, aunque ratificó los planteamientos esgrimidos en el Pleno del año anterior, aparecieron dos elementos que quiero resaltar brevemente. Se realizaron aportes sobre el concepto de democracia y se incorporó una visión más inclusiva en la política de alianzas. En las resoluciones se señaló que era imperativo superar la democracia formal y hacer un «esfuerzo por ampliar la democracia más allá de las formalidades llevándola a los distintos sectores de la vida»³⁷². El Pleno señaló que la traumática experiencia de las dictaduras latinoamericanas generó, por parte de los movimientos populares, la promoción de la lucha por la democracia. «Este fenómeno es particularmente claro en estos momentos cuando en distintos países aplastados por la bota militar, los sectores populares impulsan una lucha democrática»³⁷³. En definitiva, hay un primer atisbo de rechazo a la «democracia formal» definida anteriormente. Por ello, proponen que «el socialismo solo puede nacer en Latinoamérica del desarrollo consecuente de la democracia»³⁷⁴.

Por otro lado, se consolidó, al interior del partido, la necesidad de instituir una alianza que vaya más allá de las afinidades ideológicas. Es decir, anteponer las necesidades más inmediatas (fin de la dictadura) a las concepciones estratégicas políticas de mayor alcance (instauración del proyecto socialista). En este sentido, vieron posible, e incluso necesario, la alternativa de incorporar a la DC en una alianza opositora.

La Democracia Cristiana ha demostrado tener profundas contradicciones con el régimen militar fascista y en la medida que representa a vastos sectores que han tenido una práctica política consecuentemente antidictatorial en este período, deben formar parte de esta alianza³⁷⁵.

La DI, a través de los Plenos clandestinos, allanó el camino para intentar homogenizar a los socialistas al interior del país, lo que significó aislar a las facciones disidentes como la CNR o MR-2, y por otro lado estrechó vínculos con Clodomiro Almeyda (o mejor dicho Almeyda cooptó dirigentes al interior), para influir en la toma de decisiones del SE. Por su parte el SE, aunque se esforzó por centralizar al partido, no logró que la DI y las diversas facciones se alinearan bajo sus designios. Las desconfianzas entre la DI y el SE, especialmente, con el secretario general, se potenciaron. La lucha ideológica y por el control del partido estaba camino a consumarse.

4.4. El Pleno de Argel (1978): crónica de una ruptura anunciada

Las diferencias ideológicas de fondo se perciben claramente hacia 1978. Pero también se hicieron presentes viejos resquemores personales. El ambiente del Pleno de Argel³⁷⁶ fue distinto al de la Habana, ya que en este último primó cierta homogeneidad y nostalgia revolucionaria. En Argel, en cambio, hubo un contexto ideológico más heterogéneo y las disputas fueron más evidentes: en primer lugar, el debate ideológico se había posicionado en el seno del partido, especialmente entre los militantes del exilio; en segundo lugar, se habían formado facciones más definidas (altamiranistas-almeydistas), las cuales estaban representadas en el SE; y, por último, el escenario político en Chile potenció la toma de decisiones del Interior por sobre el SE³⁷⁷.

Existe consenso para establecer que en el Pleno de Argel se produjo un cruce ideológico. El problema surgió con el informe que hizo Altamirano al Pleno, en donde revalorizó la democracia, admitió la necesidad de oficializar una alianza con la DC y criticó de forma velada al leninismo. Dávila señala que aquel informe «constituyó uno de los puntos principales de la evolución ideológica del Partido Socialista de Chile en estos años»³⁷⁸.

La perplejidad entre los militantes fue notoria, ya que el líder socialista publicó en torno a dicho Pleno (marzo 1978) un documento denominado «Dialéctica de una derrota»³⁷⁹, en el cual ratificó su postura marxista-leninista. Además, enunció conclusiones respecto de las causas de la derrota, sobre el enfrentamiento insoslayable, la pertinencia de una estrategia armada para la toma

del poder, la necesidad de una política militar, sobre la unidad de la clase obrera, etcétera³⁸⁰. Sin embargo, existe una cuestión no menor, y es que este libro fue escrito en 1975, bajo el ambiente unitario del Pleno de la Habana. Es decir, su redacción fue tres años antes de su edición y a dos años del golpe de Estado, donde aún prevalecían las tesis ortodoxas. Aun así, Altamirano, publicó dicho texto, como una forma apaciguar las críticas de un sector (ortodoxo) de la organización.

Altamirano fue consciente que el viraje ideológico era cuestión de tiempo. Por ello, consideró necesario conseguir el apoyo de la DI para no perder el liderazgo en Chile. La estrategia al parecer fue persuadir a diferentes líderes y sectores puntuales. El investigador Edison Ortiz se inclina por esta tesis: «Altamirano quiso seguir manejando su convivencia con el interior, como lo había hecho hasta entonces, es decir, multiplicar y facilitar sus contactos con grupúsculos, buscando una fuente de relaciones distinta a la oficial»³⁸¹. Sin embargo, considero que además de la disputa ideológica, en el Pleno hubo también disputas por intereses. Y más precisamente un ajuste de cuenta con Altamirano y con lo que se denominó la «Dirección derrotada». Es decir, en el Pleno hubo una amalgama entre ajustes pendientes, choque de intereses y, principalmente, una disputa ideológica.

Lo anterior se sustenta haciendo una comparación entre Argel y las resoluciones del II Pleno clandestino de la DI (1976). En este último hubo un primer alcance respecto de la importancia de la democracia (y su consiguiente crítica a la «democracia formal») y la necesidad de plasmar una alianza con la DC. Por lo tanto, dos de los aspectos que recurrentemente se señalan en las investigaciones para justificar la posterior expulsión de Altamirano –y varios de sus seguidores del SE– ya habían sido señalados someramente en el anterior Pleno de la DI. Altamirano lo que efectivamente realizó en Argel fue una mayor depuración y un claro distanciamiento respecto de sus postulados ortodoxos de antaño.

Lo trascendental es que Altamirano en Argel cuestionó oficialmente la pertinencia del leninismo y reconoció los atributos de la socialdemocracia europea. Lo anterior, puso en evidencia el inminente giro ideológico del secretario general. En primer lugar, criticó la conceptualización que se hizo de la democracia durante la UP, al momento que revalorizó el aporte de «la democracia sin apellidos»: «los elementos de formalismo que caracterizan la limitada democracia burguesa, no invalidan el concepto mismo de democracia (...) el avance al socialismo ha de estar ligado a la profundización de nuevas

formas de convivencia democrática»³⁸².

Altamirano si bien no exteriorizó un rechazo explícito al leninismo, si es factible apreciar un distanciamiento de sus reflexiones más dogmáticas (UP) y de su última publicación «Dialéctica de una Derrota», al señalar que «Estimamos sí, que esta fundamentación debe ser producto de una asimilación activa y creadora de las premisas filosóficas y científicas del marxismo y del leninismo, y no de un mero intento de erudición o repetición»³⁸³. La misma postura asumió para referirse a la concepción de partido.

La más grande distorsión que hemos podido observar en torno a este tema reside en la tendencia a aceptar acrípticamente y en forma dogmática una concepción presuntamente leninista de partido, que se supone constituye la generalización científica de la experiencia universal de conducción de la clase obrera y el campesinado³⁸⁴.

Por otro lado, señaló que la posición del partido frente a las sociedades del campo socialista no

puede ser la de la asimilación mecánica e irreflexiva, que confunde la renuncia a la independencia de criterio, con la fidelidad al leninismo, promoviéndola al rango de expresión internacionalista (...) Si el leninismo respondió a las exigencias fundamentales de la transición al socialismo en Rusia (...) no cabe la menor duda de que planteó nuevas interrogantes, sin ofrecer respuestas inmediatas o plenamente satisfactorias³⁸⁵.

Finalmente, criticó a quienes se arrogaban la calidad de leninistas: «En estas cuestiones no es más leninista quien mejor copia soluciones ajenas, por muy afortunadas que hayan sido»³⁸⁶.

Respecto de la política de alianzas el secretario general dejó en claro que: «la alianza estratégica a que aspira la clase obrera, no está cuestionada por el hecho

de que en una determinada instancia histórica, surjan coincidencias con otros sectores (...) Reiteradamente hemos planteado un criterio que coloca el énfasis en la necesidad de estimular una convergencia con la Democracia Cristiana»³⁸⁷. Lo anterior significó un giro evidente, ya que en tiempos de la UP se mostró abiertamente contrario al diálogo con la DC, a la cual consideraba un partido burgués con interés mezquino y ajeno a las reivindicaciones del proletariado.

Otra de las propuestas hecha por Altamirano en el Informe al Pleno, tiene relación con la política del partido en el plano internacional y, específicamente, con la socialdemocracia europea. Altamirano recordaba que al momento del golpe de Estado el PSCh solo mantenía relaciones con el PC cubano: «En ello influyó –indudablemente– un enfoque provinciano y esquemático de la realidad internacional, lo que nos llevó –entre otras cosas– a subestimar cualquier tipo de relación con los partidos socialistas y socialdemócratas europeos»³⁸⁸. Por ello, el máximo dirigente justificó la amplitud que desarrolló el exilio socialista, principalmente en el campo europeo.

Las posiciones que hemos logrado, sin por ello renunciar en lo más mínimo a nuestros principios autónomos, han sido por cierto, fruto del espíritu internacionalista, abierto, no sectario y fraternal que hemos encontrado (...) Mantenemos relaciones amplias y profundas con todos los partidos socialistas y socialdemócratas de Europa³⁸⁹.

Respecto de los problemas de unidad interna, Altamirano propuso en el informe una Dirección Única para zanjar las continuas divisiones entre el interior y el exterior³⁹⁰. Sin embargo, como el mismo dirigente Jorge Arrate reconoce en la investigación de Vargas y Díaz, la propuesta era una estrategia para consolidar el poder del SE en el interior³⁹¹. La propuesta fue rechazada en el evento. Altamirano fue consciente que su apoyo en el SE estaba en duda, ya que muchos de sus correligionarios fueron depurados por cuadros cercanos a la DI y a la figura de Almeyda. «En este pleno Altamirano intentó no quedar cercado (...) sin embargo, quedó atrapado por una dirección que ya no respondía íntegramente a sus designios»³⁹².

Según los almeydistas, en el Pleno de Argel, fueron derrotadas las posturas de

derecha y las de ultraizquierda. Para Almeyda, los primeros tenían una «errada concepción de las alianzas, que nos colocarían a remolque de la burguesía». Además, se caracterizaban por «su anticomunismo y su conformismo frente a la realidad social chilena (...) Y está claro también que en Argel fueron derrotas las posiciones aislacionistas de la ultraizquierda, adversas a la promoción de la unidad antifascista y desvalorizadoras de la UP»³⁹³. En dicho Pleno se configuró un nuevo SE que se enfrentó al recambio ideológico que veladamente propuso Altamirano. Es decir, a estas alturas tanto la DI como el nuevo SE fueron contrarios a los planteamientos ideológicos y al método de conducción esgrimido por Altamirano. La dicotomía fue evidente entre el secretario general y la nueva Dirección.

A pesar de que Altamirano hizo oficial su renuncia al Pleno, esta no fue aceptada. Este hecho, que puede parecer contradictorio, lo explica Ortiz:

El objetivo de lo que más tarde se conocería como Almeydismo, que se presentaban como triunfadores de aquel pleno, fue bastante claro: ganar tiempo hasta poder producir los cambios que permitieran avanzar en la concepción de organización que debía desarrollarse. La prueba de ello es que, una vez consolidado su poder, y con posterioridad a ese evento político, realizan en Chile el tercer pleno nacional clandestino³⁹⁴.

Si para la DI y el nuevo SE el Pleno de Argel significó un avance en el fortalecimiento y homogeneización de la línea política, para los altamiranistas el partido había sido asumido por una Dirección dogmática y sectaria, definida por prácticas estalinistas, bajo una conducta eminentemente pro-comunista, con una clara tendencia a desdibujar la identidad y el perfil histórico de los socialistas chilenos (esto último fue un tema recurrente)³⁹⁵.

Los altamiranistas señalaron que la nueva Dirección (pro-almeydista) profundizó los desacuerdos y cometió tres errores sustanciales:

consideraban al SE como una estructura que simplemente daba apoyo a la DI;

la Dirección comenzó a utilizar métodos paternalistas y antidemocráticos para elegir a los dirigentes en el exilio; y

la relación entre el SE y la DI estuvo manejada solo por los almeydistas excluyéndose al secretario general (Altamirano)³⁹⁶.

Para el dirigente Eduardo Gutiérrez los primeros atisbos renovadores de Altamirano se produjeron con posterioridad a Argel.

La temática renovada se había abierto paso en el exilio y una de sus primeras manifestaciones la había constituido el discurso de Carlos Altamirano en el aniversario del Partido en ciudad de México (1978). Ahí había postulado la necesidad de una alianza entre el Partido Socialista y la Democracia Cristiana, dado que ambos eran representativos de las capas medias de la sociedad chilena. No profundizó más. Su opinión se debatió en el Secretariado Exterior, pero en Chile no se conoció la polémica³⁹⁷.

En dicho discurso, Altamirano llamó a validar una alianza PSCh-DC, ya que, según él, en ambas organizaciones recaía una responsabilidad especial. Enfatizó que era necesario que el partido superase el internacionalismo restrictivo y llamó a no supeditar «la solidaridad a estrictas coincidencias ideológicas y programáticas». Por el contrario, solicitó potenciar «un internacionalismo amplio y generoso, abierto a fuerzas con diversas inspiraciones filosóficas y doctrinarias». Sobre cuestiones teóricas-políticas, rechazó «el particularismo subjetivista y la generalización mecanicista con rasgos de integrismo doctrinario». Especificó que las ideas del leninismo no pueden ser comprendidas como «cuerpos doctrinales fosilizados, sino como guías para la reflexión crítica y la acción transformadora y como tales, abiertos a su verificación, no solo por la práctica social, sino también por el aporte de otras importantes contribuciones teóricas»³⁹⁸.

Altamirano parecía descifrar el futuro. No por nada, su experiencia en la RDA estaba marcando definitivamente el pulso de sus certidumbres ideológicas. Es decir, experimentó irónicamente, un profundo cambio de ideas a luz de su escarmiento en el «socialismo real» de Honecker³⁹⁹. Describió a la RDA como una sociedad coercitiva: «Me chocó enormemente la ausencia de libertad. Era una sociedad coercitiva (...) fue un proceso lento (...) paulatinamente me fui dando cuenta de que ese sistema terminaría en grave estancamiento tanto en su economía, como en sus relaciones humanas». Aunque reconoce que fue un proceso duro, terminó finalmente identificándose con la disidencia y renegando de los integrismos: «las sociedades con un modo de producción estatista no eran integralmente perfectas, y las sociedades con un modo de producción capitalistas no eran integralmente perversas. Dejé de creer en todo esto; en otras palabras, renuncié a los integrismos religiosos»⁴⁰⁰.

La DI consciente de las contradicciones surgidas en el exterior emitió un documento donde señalaba las diferencias ideológicas y orgánicas con el exilio socialista.

Existen objetivamente una compleja gama de factores, que van desde las definiciones políticas más generales, como el carácter de Proyecto Revolucionario, hasta las formas de lucha y los esquemas orgánicos con que ha de conducirse el proceso⁴⁰¹.

El acto final que marcó oficialmente la división del partido ocurrió cuando la DI organizó en febrero de 1979 el III Pleno clandestino. En el documento al Pleno se dejó constancia de las disidencias y conflictos generados en el último tiempo en el SE, «habiéndose producido un quiebre entre una “mayoría” y una “minoría”, estando a la cabeza de esta última el compañero secretario general»⁴⁰². Según relata el propio documento, los partidarios de Altamirano rechazaban la nueva composición del SE elegido en Argel, ya que, «la “mayoría” estaría impulsando prácticas “estalinistas” de conducción política, que muestra “desviaciones procomunistas”, que se actúa sectariamente, etcétera»⁴⁰³.

El Pleno, frente a estos emplazamientos, desconoció las críticas por estar

basadas en suposiciones y en atribución de intenciones. La repuesta del Pleno al sector altamiranistas no se hizo esperar:

No se discuten los problemas sino que la «minoría» y, en particular, el compañero secretario general, no desea que se discutan porque con eso se zanjarían los problemas y ya no tendrá las «armas» que en este momento está utilizando contra una «correlación de fuerzas» que le es desfavorable dentro del SE, etcétera⁴⁰⁴.

Una vez celebrado el III Pleno se ratificó la decisión inmediata de remover del cargo al secretario general y nombrar a Clodomiro Almeyda en su reemplazo. En las resoluciones plenarias de abril de 1979 se señaló que:

la separación de su cargo de secretario general del compañero Carlos Altamirano. Esta medida es necesaria para el desarrollo del partido, para su solidificación y avance en la lucha contra la dictadura y por el socialismo⁴⁰⁵.

Altamirano al conocer la resolución formalizó un llamado a los socialistas chilenos para que desconocieran las resoluciones adoptadas por «una facción del partido en el interior» del país. Altamirano, junto a sus seguidores, se erigió paralelamente como la formación original e histórica del PSCh⁴⁰⁶.

Una de las principales razones para destituir a Altamirano estribó en la supuesta insistencia de este en arropar actitudes divisionistas. La percepción de la DI sobre Altamirano (desviaciones oportunistas de derecha) quedó explícita en el documento al Pleno⁴⁰⁷ y en las resoluciones del mismo. En este último documento se señaló que la progresiva contradicción entre el secretario general y el partido, estuvo definida básicamente por: el cuestionamiento a la primera Dirección clandestina (encabezada por Exequiel Ponce); por el apoyo político y material que brindó a la CNR; no asimiló los principios de conducción colectiva ni el cambio cualitativo (cayendo en prácticas individualistas) posterior al Pleno de Argel; el intento por cambiar la composición del SE e inmiscuirse y presionar

a la DI; desconocer la legitimidad del Pleno clandestino y la pretensión de que la soberanía del partido recaer en su persona⁴⁰⁸.

Altamirano y un sector del SE consideró que la Dirección fue asumida por los creadores del polémico Documento de Marzo. Para los altamiranistas se puso en riesgo la identidad histórica del partido y su proyecto, ya que consideraban a estos sectores como voces que «en virtud de un errado concepto autocrítico, producto a su vez de una evolución esquemática y falsa del proceso revolucionario, levantaron en los hechos «El Acta de Defunción y de Inviabilidad Histórica del Partido Socialista de Chile»⁴⁰⁹. Para el exsecretario general, son estas las posiciones internas que han desnaturalizado el espíritu unitario que surgió en el Pleno de Argel en 1978, ya que con posterioridad se abocaron a realizar «prácticas sectarias y antidemocráticas» y «un marcado carácter represivo» frente a la reacción de las bases socialistas, con el objeto último de dismantelar el «acervo y cuestionar la validez histórica del partido»⁴¹⁰.

En definitiva, para los seguidores de Altamirano la crisis del partido «no se inscribe en los estrechos y mezquinos marcos de una pugna por el poder, como se afirma, sino en los horizontes más auspiciosos y trascendentes, de un combate por salvaguardar el patrimonio político, ideológico y moral del Partido Socialista de Chile»⁴¹¹. Para este sector la ruptura de la organización «se proyecta en el plano ideológico-político y al plano de las valoraciones y opciones éticas», y tras ellas «se esconde una cuestión de fondo, cual es la existencia de dos opciones políticas»⁴¹².

El dirigente Ricardo Núñez (altamiranista) señala que «como nunca en la historia del PS una división había tenido tanto fundamento ideológico. Ninguna (división anterior)»⁴¹³.

En el documento de Altamirano aparecen las primeras formulaciones de un sector que posteriormente pasará a denominarse como los renovados. Esta tendencia auspició la incorporación y discusión de un nuevo bagaje conceptual, un valor por lo democrático y, por lo tanto, un rechazo, según su conceptualización, a los modelos no dialécticos e impositivos. Para superar la crisis, según los altamiranistas, había que generar un «proceso dialéctico, contradictorio, de construcción de un consenso, en torno a una línea política coherente, elaborada y aplicada colectivamente» en rechazo a la aplicación de «un proceso de adaptación de la vida del partido a un esquema o patrón incorporado desde el exterior, como tal, no decantado por la propia

experiencia»⁴¹⁴.

Cuestionaron, además, las diversas interpretaciones y prácticas del centralismo democrático, ya que «se oculta una visión diversa del «factor democrático». En definitiva «sería ingenuo no apreciar diferencias aún más profundas vinculadas a la existencia de dos proyectos políticos diversos»⁴¹⁵. La carta de Altamirano puso de relieve las diferencias entre las dos concepciones que albergaba el partido:

el papel y rol del partido;

la relevancia y vigencia de ciertas características del PSCh. Es decir, sobre su identidad histórica;

la valoración del momento democrático y su dialéctica orgánica;

la política de alianzas;

el carácter estratégico y las vías para la conquista del poder;

las formas de interpretar las enseñanzas de Marx, Engels y Lenin;

la posición internacional; y

los métodos y estilos de trabajo.

Las posiciones eran visibles y las diferencias ideológicas habían madurado en un grado importante⁴¹⁶. Para la «nueva» Dirección la diferencia central entre ellos y la disidencia, encabezada por Altamirano, radicaba en la concepción de partido:

Lo que sí es efectivamente una diferencia relevante entre la visión y fundamentalmente en la práctica política del compañero Altamirano y el conjunto de la Dirección del partido, es la distinta apreciación sobre el carácter, textura interna y desarrollo de un partido revolucionario, como lo pretende ser el Partido Socialista. Subyacen en el trasfondo del conflicto de poder producido entre el secretario general y la Dirección Interior, dos concepciones de Partido⁴¹⁷.

En definitiva, para Altamirano y sus seguidores la crisis engendraba un problema insalvable desde el punto de vista ideológico, orgánico y moral que justificaba la bifurcación entre moderados o renovados y dogmáticos u ortodoxos. En cambio, para la Dirección el conflicto ideológico señalado por Altamirano no existía, ya que los acuerdos unánimemente establecidos en el Pleno de Argel (1978) fueron avalados por todas las instancias del partido sin que se observaran oposiciones insalvables. Para estos últimos, la crisis del socialismo chileno es claramente un problema de poder, de individualidad, encarnada en el antiguo secretario general⁴¹⁸. Así queda establecida formalmente la división del PSCh entre los renovados encabezados por Altamirano, con fuerte presencia en el exterior, y los ortodoxos de Almeyda con mayor apoyo en el interior.

4.5. La bifurcación ideológica de los socialistas históricos

A estas alturas pensar que la división es mera rivalidad entre personalidades, es desconocer la evolución ideológica de los dirigentes y militantes durante este enriquecedor y duro período. Altamirano especifica que:

tomé conciencia de que no había divergencias menores (...) había un problema político e ideológico de fondo; que se intentaba cambiar la esencia del socialismo chileno (...) Fue entonces cuando decidimos dar la batalla y mantener tanto la dirección del Partido Socialista como las pequeñas estructuras que habíamos logrado reconstruir después del golpe⁴¹⁹.

Este sector del partido vio la necesidad urgente de renovar (rescatando su acervo fundacional) su ideología y estrategia (en términos de composición de alianzas) y reformular los métodos y la concepción de partido. Los altamiranistas han

profundizado la autocrítica teórica y política más allá de la consideración de los «errores de la UP» y ha concluido que se requiere un nuevo esquema de alianzas, pluralista y democrático, para generar una alternativa a la dictadura. Pero además lo separan del PS Almeyda concepciones del partido y de los métodos de su construcción que no son accesorios sino que apuntan a un problema esencial: la democracia interna⁴²⁰.

El exsecretario general fue consciente que la división del partido era la única forma de posicionar sus emergentes y renovadas ideas: «para nosotros estuvo claro que para desarrollar una nueva visión del socialismo y para producir una radical renovación en sus ideas y hábitos políticos, no había otra posibilidad que la división»⁴²¹. Legitimó la decisión de dividir al PSCh, ya que si no hubiesen prevalecido unilateralmente políticas dogmáticas y estériles estrategias de lucha extrema.

No cabe ninguna duda que sin esa división, hoy no se estaría dando todo un fecundo proceso de renovación. Sin esa lamentable ruptura no hubiera habido un socialismo que se abriera al conjunto de la sociedad chilena con ideas y propuestas nuevas (...) Sin en ese momento todo el socialismo hubiera reconocido la dirección de Clodomiro Almeyda, radicada en Berlín, habría predominado la visión comunista de la situación chilena y se habría acentuado la política de todas las formas de lucha en la totalidad de la izquierda⁴²².

La quiebra ideológica⁴²³, según los altamiranistas, tuvo por objeto rescatar el pensamiento, ideas y definiciones de los fundadores del partido, quienes habían desarrollado una visión menos ideológica, menos ortodoxa y, por otro lado, más latinoamericanista y valedera de la democracia representativa. El encargado de la facción altamiranista en Chile, Ricardo Núñez señala que su ingreso al país tuvo por objeto

rescatar una parte del PS que había quedado sin mayor conducción producto de la división (...) y porque estaba convencido que una alternativa de esa naturaleza, iba a atraer efectivamente –como sucedió posteriormente– a sectores importantes de la izquierda chilena que habían quedado huérfanos de lo que había significado el PS (...) y la experiencia demostró efectivamente que teníamos razón⁴²⁴.

El sector que encabeza Almeyda, por su parte, intentó mantener las bases

ideológicas y estratégicas que habían definido, según ellos, al partido históricamente y, en particular, en esta última etapa (dos décadas).

Después de la quiebra, el PSCh queda oficialmente dividido en dos grandes tendencias: los llamados ortodoxos, liderados por Almeyda y los renovados encabezados por Altamirano. Walker dice que frente a esta división se reveló la existencia de dos concepciones antagónicas: la lectura leninista del quiebre democrático y por otro una lectura que llamó de «reafirmación democrática»⁴²⁵. Si hacemos un resumen de las divergencias ideológicas y políticas de entonces, observamos que para los renovados:

la opción fue reconstruir el partido desde una óptica nacional, pero estrechamente relacionada al desarrollo del socialismo latinoamericano⁴²⁶;

la democracia representativa cobró valor y la asumieron como un fin en sí misma;

se replantearon críticamente la relación con el PCCh. La idea fue finiquitar la histórica alianza con los comunistas; y

apostaron por un frente amplio que incluyera a los sectores del centro político, especialmente a los demócratacristianos.

En cambio, para los ortodoxos o almeydistas:

se mantuvieron fieles a la línea marxista-leninista;

revalidaron la vigencia de la histórica alianza con el PCCh;

siguieron considerando a la UP un proyecto legítimo y propio de la izquierda y del movimiento popular;

mantuvieron una estrecha relación con los países socialistas, especialmente con la URSS; y

consideraron apropiado y oportuno la utilización de «todas las formas de lucha» para enfrentar la dictadura.

Formalmente establecida la división en dos grandes sectores⁴²⁷, el partido entró en una diáspora interna. Inclusive, se habló de caudillismo. Al parecer afloró en muchos líderes socialistas una especie de espíritu mesiánico en detrimento de un espíritu autocrítico colectivo. Ante la recurrente pregunta, ¿dónde estuvo el inicio de la renovación ideológica en el PSCh? La respuesta parece unánime: en el exilio. El influjo renovador en Chile solo logró penetrar decididamente una vez acaecido la quiebra oficial en 1979⁴²⁸.

Aunque el giro de un sector de los socialistas se gestó en la figura de Altamirano –a partir del Pleno de Argel en 1978– no podemos desconocer algunos factores claves que ayudaron a forjar la ruptura. Me refiero, específicamente, al influjo de la izquierda europea entre los exiliados chilenos. Uno de los eventos destacados fue la temprana discusión que generó el texto del líder comunista italiano Enrico Berlinguer titulado «Reflexiones a propósito de los acontecimientos de Chile». Aunque al comienzo las ideas del líder italiano no fueron bien recibidas, finalmente estas terminaron por calar hondo entre los socialistas chilenos. Jorge Arrate reflexiona en este sentido:

sobre la base de la experiencia chilena, Berlinguer concluye, que la única manera

de avanzar en Italia a una sociedad más justa es con un acuerdo entre comunistas, socialistas y demócratas cristianos, y además de un compromiso histórico, el acuerdo entre el mundo popular de izquierda y el mundo popular cristiano. Comienza a penetrar el debate chileno yo lo leo y digo este es un loco de mierda, los demócratas cristianos nos metieron el golpe (...) y eso empieza a ser parte del debate⁴²⁹.

Sin duda que la reflexión de Berlinguer fue tomada en cuenta por Altamirano a la hora de postular una alianza PSCh-DC. Además, la «nueva» línea estratégica esbozada, tenía sentido para muchos socialistas históricos, ya que se enmarcaba dentro de los postulados erigidos en el Programa de 1947 y en las tesis del ideólogo Eugenio González.

Por otra parte, países europeos como Francia e Italia, y en menor medida España, jugaron un rol fundamental en la estructura y organización del exilio chileno. Los procesos coercitivos aplicados por la URSS a las repúblicas satélites del este, generaron profundas incertidumbres y reflexiones críticas entre los militantes socialistas exiliados. Además, el apoyo económico de los partidos socialdemócratas europeos fue una variable que muchas veces condicionó la acción de los partidos en el interior, determinando no solo las prioridades, sino la reflexión ideológica.

El exilio chileno se ve envuelto a través de la solidaridad que su caso despierta en todo el mundo, en una red de contactos que favorecen una salida democrática para Chile mediante una reconstrucción con modificaciones del sistema de partidos anterior a 1973. Entre los elementos importantes de este proceso se cuenta, desde muy temprano, el apoyo de la Internacional Socialista a los contactos entre sectores socialistas y demócratacristianos⁴³⁰.

Todo lo anterior refleja que el influjo teórico-político y la experiencia del exilio, cercana a los socialismos reales, al eurocomunismo y a la socialdemocracia, había provocado las primeras consecuencias en el PSCh:

Desde el exilio, este se ve como un quiebre ideológico marcado por tendencias políticas que desarrolló el partido desde 1973 hasta 1979. Estas corresponden en primer lugar, a una tendencia dentro del partido a radicalizar las posturas marxistas leninistas reflejadas en el Documento de Marzo de 1974 y en la defensa y promoción de la alianza histórica PS-PC. Un segundo sector será considerado por sus detractores la derecha del Partido, desilusionados por los «Socialismos Reales» desarrollaran una mirada renovada del Socialismo, identificándolo con las políticas de la Socialdemocracia y más cercano a las propuestas de la Democracia Cristiana que a las alianzas tradicionales del PS, rescatarán el pensamiento político de Eugenio González y postularán la reconstrucción del partido desde su realidad latinoamericana, de la mano de la democracia representativa⁴³¹.

5. Partido Comunista de Chile (PCCh)

Se ha señalado que el PCCh, posterior al golpe de Estado, se mantuvo fiel a los designios de la Internacional Comunista. También se ha concluido que la posterior radicalización de su línea política en los años ochenta obedeció a una vuelta a la ortodoxia teórica, impuesta por la Dirección exiliada en Moscú, profundizando su monolitismo. Sin embargo, estas ideas –que durante un tiempo han predominado en las investigaciones– no son del todo correctas. Como señala Viviana Bravo en su investigación sobre el PCCh: «es posible encontrar en los años que siguen al golpe militar un terreno fértil para poner ese supuesto en cuestión»⁴³². Aquellos años representan la génesis de un cambio en la cosmovisión de los comunistas chilenos. El tema como veremos es más complejo.

En esta primera etapa, analizaré a través de la sistematización de los documentos clandestinos, la evolución del PCCh para delinear cuál fue la estrategia y la línea desarrollada posterior a la dictadura y así de paso confirmar o refutar algunas ideas-tesis que aún hoy son objeto de discusión.

5.1. «Desde Chile hablan los comunistas»⁴³³: la derrota desde una perspectiva política y la ratificación de la línea de masas (1973-76)

La Dirección clandestina⁴³⁴ posterior al golpe de Estado editó un documento llamado «Los acontecimientos en Chile: la visión de los comunistas» que recoge las primeras líneas y estratégicas del partido. La Dirección clandestina ratificó:

la línea frente populista que había impulsado desde los años treinta. Según el PCCh, esta línea había interpretado correctamente el carácter de la revolución

chilena;

caracterizó a la dictadura como un régimen fascista. Por ello, propuso la formación de un Frente Antifascista (entendida esta última como la política del PCCh para el período 1973-79);

se ratificó la «vía de la revolución chilena», a pesar del fracaso de la UP. Es decir, no se revocó la estrategia gradualista como vía para acceder al poder;

se rechazó utilizar la violencia como mecanismo de lucha contra la dictadura. Se apostó por fortalecer el trabajo de masas y una política de alianzas amplias; y

por último, el partido concluyó que la derrota de la UP fue de carácter eminentemente político (y no militar)⁴³⁵.

Pasemos a profundizar este último y trascendental punto. Según el incipiente análisis de la Dirección la derrota estuvo condicionada por dos elementos:

A) la falta de acumulación de fuerzas en el seno del movimiento popular y la ausencia de una conducción única en la UP. Lo anterior fue obstaculizado por «desviaciones» tanto de «derecha» como de «izquierda»; y

B) la injerencia del imperialismo, el cual se manifestó a través de las transnacionales y en el empresariado nacional dependiente del capital extranjero⁴³⁶.

Nos centraremos en la primera causa, ya que a través de ella se describe correctamente la línea (antifascista) y, por otra parte, engendra el núcleo de las discusiones del Pleno de agosto de 1977. En el documento «El ultraizquierdismo, caballo de Troya del imperialismo» (1975) el partido emitió

conclusiones más precisas sobre la derrota. «La más determinante de las causas de nuestra transitoria derrota fue el progresivo aislamiento de la clase obrera, la pérdida de aliados que había logrado conseguir y el enardecimiento en contra nuestra»⁴³⁷. Esta limitación se debió a la ausencia de una dirección única en el seno de la UP. A partir de esta acefalia, emergieron, según el partido, desviaciones de derecha e izquierda. Es decir, el partido reafirmó, en este texto, su tesis inicial.

Para el PCCh, las desviaciones de derecha se produjeron por las debilidades de la UP frente al constante acoso de las fuerzas reaccionarias, las cuales contaron con las legítimas garantías institucionales. En definitiva, existió una tolerancia a los actos contrarrevolucionarios (incluida la violencia callejera, la propaganda, los actos terroristas, los asesinatos, los intentos de golpe). En cuanto a las desviaciones de izquierda, los comunistas dirigieron todas las miradas al MIR y a la Dirección del PSCh y sectores del MAPU, quienes intentaron radicalizar el proyecto de la UP.

El error fundamental de la UP, según el PCCh, fue que no interpretó correctamente el rol de la clase obrera como eje del movimiento popular y vanguardia del proyecto (sumada a «la significación de las capas medias»).

Una de las claves de nuestra derrota fue la falta de una dirección única (...) que sorteara los riegos de las desviaciones oportunistas de derecha o izquierda. Y detrás de esa debilidad fundamental figura decisivamente la labor de zapa del «revolucionarismo» pequeño burgués, determinando a impedir la necesaria hegemonía de la clase obrera y sus partidos⁴³⁸.

El PCCh fue especialmente crítico con el MIR:

Nuestra experiencia nos muestra cuán caro paga el movimiento popular su debilitamiento interno cuando una parte de la pequeña burguesía deriva al revolucionarismo, al espontaneísmo de izquierda y en vez de acercarse a las posiciones del proletariado intenta una política de división y enfrentamiento respecto de los partidos obreros (...) Las concepciones dogmáticas que

propugnaba el MIR definían como adversario del proceso revolucionario a todos los que no eran proletarios o semiproletarios (...) Al perder de vista los enemigos principales se embarcaron en una política primitiva de enfrentamientos aislados⁴³⁹.

El PCCh planteó que antes de verificar una posible fuerza militar, primero era necesario desarrollar una dilatada lucha de masas con el objeto de promover una correlación de fuerzas favorable. Esta era la única manera de definir una política correcta:

no hay ni puede haber una correlación de fuerzas favorables en el nivel militar (...) si no se construye una correlación de fuerzas políticas favorable, vale decir, si no se consigue aunar en torno a las fuerzas revolucionarias fuerzas sociales mayoritarias (...) Y fue la consolidación de esa condición previa, necesaria, lo que no conseguimos⁴⁴⁰.

Por lo tanto, el PCCh, posterior al golpe de Estado, continuó apostando por su histórica línea de masas y por la consumación de un frente popular. En este sentido, abogaron por una alianza que incluyera a sectores como la DC. Por otra parte, ratificó que la derrota tuvo un carácter político⁴⁴¹. Por ello, es un error afirmar que el PCCh asumió una línea más ortodoxa aupada por sus camaradas de la URSS. Tampoco sería correcto afirmar que asumió una estrategia radical, de carácter armado, para enfrentar la dictadura. Más bien auguró la necesidad de retomar algunos aspectos de su política militar en caso de que fuera necesario. Es decir, en los años posteriores al golpe, prevaleció en el partido elementos de continuidad ideológica y estratégica. Predominó una lectura continuista sobre el conflicto social y sobre los componentes de la formación social chilena.

Esta actitud proclive a alcanzar salidas políticas a través de la constitución de alianzas amplias fue sostenida por el partido hasta muy avanzada la década de los setenta. Ello se expresó en los múltiples intentos de, por una parte, mantener y consolidar la alianza popular que había llevado a la presidencia de la

República a Salvador Allende y por otra, en los intentos reiterados a tender puentes de unidad hacia la Democracia Cristiana⁴⁴².

Lo mismo ocurrió con el análisis de la derrota: una evaluación eminentemente política (prolongando la lógica de su línea).

Nuevamente la Dirección comunista insistió en el carácter eminentemente político de la derrota de 1973 y seguía dándole primordial importancia a la acción de masas. Por esta razón, aún estamos en presencia de un análisis que estaba a medio camino del que plantearía a partir de 1977 el «vacío histórico» de los comunistas chilenos, ya que el énfasis en la explicación de la derrota de la UP es todavía el factor político, asignándole al aspecto militar un lugar importante, pero en todo caso secundario⁴⁴³.

5.2. El Frente Antifascista (FA): la frustrada alianza con la DC

Posterior al golpe de Estado, el partido impulsó decididamente el FA. El objetivo de este fue lograr la unidad entre la Democracia Cristiana y la izquierda (UP). El FA reveló la intención de los comunistas chilenos por mantener en pie su histórica estrategia aliancista, que tenía por objeto agrupar a distintas opciones políticas de izquierda y de centro, proclives al desarrollo y fortalecimiento del movimiento popular. Como señala Alfredo Riquelme, el PCCh posterior al golpe de Estado emergió conservando su identidad «en continuidad con su línea política histórica, expresada ahora en la «unidad antifascista» que apuntaba a construir una alianza entre la izquierda y la Democracia Cristiana»⁴⁴⁴.

Las señales del PCCh al centro político fueron innumerables, pero en la práctica no tuvo éxito, ya que la DC en su intento de posicionarse como el partido alternativo-líder y a las reticencias ideológicas, estimó que una alianza con los comunistas, en la práctica, los perjudicaba. Los primeros llamados a materializar una oposición unida, sin limitaciones ideológicas, las hizo el PCCh meses

después del golpe: «La divisoria esencial no es la que dividía a gobierno y oposición antes del golpe, sino aquella que separa a los fascistas y golpistas usurpadores del gobierno de los que sufren las consecuencias de su política reaccionaria»⁴⁴⁵.

Por otro lado, el PCCh reafirmó su compromiso de materializar cambios sociales a través de los márgenes de un Estado de derecho democrático. Estas afirmaciones las realizó a través de otro Manifiesto fechado en diciembre de 1974⁴⁴⁶, donde emplazó oficialmente a la DC para que considerase la opción del FA. Señaló expresamente que el elemento esencial para el éxito del FA estaba representado, por sobre todas las cosas, por el «trabajo de masas»⁴⁴⁷. Otro Manifiesto de agosto de 1975 es interesante porque, además de insistir en los términos anteriores, añade un discurso diferente en el PCCh. Señala expresamente que posterior a la derrota de la dictadura sería necesario «la constitución de un gobierno democrático, antifascista, popular, nacional, pluralista» y que para el restablecimiento de una democracia renovada es preciso un «nuevo Estado plenamente democrático»⁴⁴⁸.

Rolando Álvarez señala que el PCCh, en el ejercicio por caracterizar y definir este nuevo Estado, incluyó temáticas novedosas⁴⁴⁹. Por ejemplo, el documento en cuestión añade que el nuevo gobierno post Pinochet, debía contener «una institucionalidad renovada, auténticamente democrática, que restablezca y asegure el respeto a los derechos humanos básicos, las libertades políticas y sociales»⁴⁵⁰. Álvarez, desde su particular punto de vista, señala que el PCCh en este período

definía la lucha revolucionaria como la lucha por la democracia, el pluralismo, los derechos humanos, y no por el socialismo (...) la tensión entre la lucha democrática y la lucha por el socialismo (léase en su versión «realmente existente», tipo soviético) aparece aquí claramente resuelta a favor de la primera⁴⁵¹.

De ahí que el investigador considere un error afirmar que la política del PCCh se haya dogmatizado posterior al golpe de Estado. Sin embargo, es menester decir también, que hacia finales de la década el partido, al amparo de una línea más

radical, matizará algunas de estas ideas y conceptualizaciones.

Una visión crítica del FA es representada por el profesor Carlos Bascuñán. Según él, el PCCh quiso propiciar la reconstitución de una alianza PC-PS. La incorporación de la DC solo se definía a partir de lo que llamaron «unidad en la base». Estos dos elementos (unidad en la base y el eje PC-PS) tuvieron, según Bascuñán, una doble finalidad:

a través de la acción de las bases el PCCh quiso transformarse en el partido hegemónico; e

intentó alejar a los movimientos revolucionarios terceristas (entiéndanse maoístas, trotskistas, anarquistas, etcétera).

El Frente Antifascista es el resultado y la mantención de la táctica y de los postulados de VII Congreso, como también de las tesis leninistas. Para la consecución de su «democracia» los comunistas no descartan ninguna vía (...) lo fundamental para sus propiciadores no es si su posición es o no revolucionaria, sino si los resultados concretos de las acciones que se implementen favorecen o no los postulados ideológicos y prácticos del partido comunista⁴⁵².

Una visión alternativa la representa Alex Fernández para quien las ideas, a veces dispersas del PCCh respecto de su línea y alianzas políticas, obedecían también a una cuestión táctica-estratégica, básicamente para no quedar al margen de la política antidictatorial. Por ello, señala Fernández, el PCCh siempre estuvo dispuesto al diálogo con la DC. «Es evidente que esto último constituye además de la aspiración democrática, un esfuerzo político por buscar una alternativa que permita superar el aislamiento político a que intenta ser sometido el partido comunista por parte de la política demócrata cristiana»⁴⁵³.

El PCCh en paralelo se batió en una discusión introspectiva tras el polémico

Pleno de agosto de 1977. En dicho encuentro se reconoció que, aunque en la derrota de 1973 hubo insuficiencias políticas, también existió una escasa concepción de la política militar. Además, el Pleno planteó cuestiones de índole ideológicas que despertaron, en las fuerzas del centro político, reticencias para legitimar el FA.

El año 1979 fue, sin duda, el último intento del PCCh por reflotar el FA. Los llamados a su constitución fueron cada vez más frecuentes incluso previendo la posibilidad de un gobierno provisional.

La UP propicia un gobierno provisional ampliamente representativo y democrático, integrado básicamente por la UP y la democracia cristiana (...) El partido comunista considera que la superación de las divisiones entre las fuerzas democráticas que caracterizaron los últimos tiempos de la vida política (...) imponen la necesidad de tal tipo de gobierno⁴⁵⁴.

Idea similar fue planteada por Luis Corvalán a través del documento «Nuestro Proyecto Democrático» (julio 1979). El secretario general del PCCh, señaló que en lo inmediato no era necesario definir cuestiones de índole ideológica, sino la necesidad de establecer

un régimen democrático, popular y nacional (...) Sin mengua del periodo de la grandeza de la UP, no se trata de volver a ese tiempo, como tampoco al que le antecedió. El futuro régimen político deberá necesariamente retomar las mejores tradiciones democráticas de Chile, pero también incorporar nuevos valores y edificarse con valores más sólidos⁴⁵⁵.

Incluso, la propuesta más flexible frente a la DC vino del mismo Equipo de Dirección Interior (EDI), que dicho de paso, reconocía a estas alturas la necesidad de radicalizar la oposición a la dictadura. La propuesta del PCCh, conocida como el «Paso Táctico», consideraba incluso la posibilidad de marginarse de un futuro gobierno de transición con tal de conseguir la unidad y

derrotar a la dictadura. Luis Corvalán, en sus memorias –citando el documento del interior– señaló que el EDI

propuso dar los pasos tácticos necesarios para contribuir al objetivo central, a la derrota de la dictadura (...) Ponernos antes diversas alternativas, incluso la no participación en el gobierno de transición, no significa, en modo alguno, abandonar nuestro objetivo estratégico. Al revés, ello puede significar despejar el camino para avanzar hacia él⁴⁵⁶.

Si hacemos un rápido compendio, podemos observar que las propuestas del PCCh, tras el objetivo del FA, fueron planteadas de forma gradual hasta 1979. Estas proposiciones están contenidos en documentos como «Patriotas: solo unidos derrotaremos el fascismo» de septiembre de 1976 hasta el documento «Nuestro Proyecto Democrático» de julio de 1979. Lo anterior pone de manifiesto el interés del PCCh por insistir en su histórica línea frentista. Sin embargo, los planteamientos del PCCh se tornaron inviables en relación a la DC. La negativa demócratacristiana fue persistente e invariable. Además de las históricas diferencias ideológicas y estratégicas, ahora se sumaba otra variable que obstaculizó aún más la convergencia: el PCCh planteó la necesidad de superar las deficiencias de su política militar en el Pleno de 1977. A comienzos de 1980 llamó a utilizar «todas las formas de lucha» como estrategia contra la dictadura. Es decir, el PCCh optó por radicalizar su línea a través de la implementación de la política de rebelión popular de masas (PRPM).

5.3. El Pleno de agosto de 1977: el «vacío histórico»

El Pleno de agosto de 1977 fue uno de los factores que radicalizó la línea política, ya que se verificó, entre otras cosas, la necesidad de subsanar un «vacío histórico»: el insuficiente desarrollo de una política militar. El Informe al Pleno fue un punto de inflexión, ya que supuso, en primer lugar, un cambio en el análisis para explicar la derrota de 1973. Es decir, además de los mencionados

errores políticos, la Dirección reconoció que la privación de una política militar había influido en la consumación del golpe de Estado⁴⁵⁷.

El secretario general, Luis Corvalán en el informe al Pleno, especificó que la política militar

debió desarrollarse desde hace muchos años, en definitiva, haber sido una constante en la línea del Partido (...) es evidente que no nos habíamos preparado adecuadamente para la defensa del Gobierno Popular en cualquier terreno. No solo teníamos el vacío histórico de la falta de una política militar, sino que el tratamiento del problema no lo enfocábamos desde el punto de vista de tarea de todo el Partido y por tanto de dominio de sus organismos y cuadros⁴⁵⁸.

Por lo tanto, el Pleno de 1977 reconoció una nueva variable, de tipo militar, para explicar las causas de la derrota. La cuestión está en dilucidar si lo anterior desechaba los informes anteriores (1973-75) que explicaban la derrota desde una perspectiva política.

Al analizar el documento en cuestión, se observa una amalgama. El Pleno especificó que en la disputa por el triunfo de la UP «estaban ligadas cuestiones tan importantes como la conquista de la mayoría del pueblo, el problema militar, la conducción política única y acertada»⁴⁵⁹. Se desprende, entonces, que para el Pleno los factores políticos como los militares eran elementos esenciales para la consolidación del proyecto. Es decir, no se abandonó la perspectiva de una explicación política, sino que se reconoció, además, la escasa concepción de una política militar. He aquí lo novedoso del documento.

Se puede deducir que dicha carencia se debió en gran parte a que en 1956 el partido respaldó la tesis de la «vía pacífica» al socialismo. Posteriormente, dicha estrategia fue complementada en el XIII Congreso bajo la denominación de la «vía no armada». Por lo tanto, aunque se rechazó la violencia como forma de lucha predominante, no se objetó su utilización si el contexto así lo requería. Por ello Corvalán justificó, como una necesidad del contexto dictatorial, la incorporación de una política militar a la línea del partido:

Al sostener desde 1956 la posibilidad de la vía pacífica en nuestro país tuvimos en cuenta, primero, que se trataba solo de una posibilidad y, segundo, que de abrirse paso la revolución por dicha vía, en algún momento podría surgir la alternativa de la lucha armada. Esta justa consideración debió ir acompañada de una política militar que, en primer término, debía contemplar el estudio, el conocimiento de Instituciones armadas de nuestro país y un trabajo dirigido a promover en su seno las ideas democráticas, el interés por la lucha del pueblo. Dicho trabajo, para producir frutos significativos, efectos de importancia, debió desarrollarse desde hacia muchos años, en definitiva, haber sido una constante en la línea del Partido⁴⁶⁰.

En definitiva, el tema de la política militar si bien no fue considerada el eje de la derrota, si se constituyó en parte de ella. Por lo tanto, el golpe militar se explicó, al cobijo del Pleno de 1977, desde esta doble causal: la política y la militar. A partir de lo anterior, se puede observar un cambio en el análisis de la Dirección clandestina hasta 1975. Para Rolando Álvarez es necesario entender este desplazamiento como un complemento de las primeras conclusiones (políticas) y no una ruptura o la existencia de dos posturas contradictorias:

el Pleno significó un desplazamiento respecto al análisis que se hizo en 1974 y 1975 en los documentos provenientes de la clandestinidad. De considerar la derrota como «eminentemente política y en segundo lugar militar», en 1977, sin descartar ese aspecto, se resaltan las carencias militares de manera notable en comparación a los análisis anteriores (...) Es decir, la causa de la derrota de la UP tendría dos niveles, uno político (aislamiento de la clase obrera) y otro militar (el vacío histórico)⁴⁶¹.

Sin embargo, como reconocen Álvarez y Bravo, en este nuevo análisis, la cuestión de la insuficiencia de una política militar, se posicionó al centro del debate y como guía para perfeccionar la línea. Álvarez señala que

con los años se realzó en el discurso comunista cotidiano la temática referida al

«vacío histórico», enfatizando las llamadas «insuficiencias» del pasado (previo al golpe) y la necesidad de desarrollar lo «nuevo» (lo militar), lo que finalmente terminó por radicalizar la globalidad del discurso comunista, restándole protagonismo dentro del imaginario de su cultura política a las carencias políticas que condujeron a la derrota⁴⁶².

Otra cuestión que es menester destacar es que, contrariamente a lo que se pensaba, el Pleno generó una bifurcación interna a raíz del análisis de la derrota. Aunque se ha presentado al Pleno de 1977 como una reunión uniforme y de alto consenso, en la práctica no hubo acuerdo en la discusión. En dicho encuentro se enfrentaron, por primera vez después de 1973, dos posiciones. Hubo quienes criticaron la línea asumida durante la UP, ya que fue insuficiente para resolver el problema del poder. En cambio, para otros dirigentes, el error más evidente fue el déficit en la política de alianzas, la cual no permitió concretar acuerdos más pluralistas. Por lo tanto, el reconocimiento del «vacío histórico» generó los primeros roces al interior del supuesto monolítico partido⁴⁶³.

Hubo otro aspecto polémico en el informe que hizo referencia al tema de la correlación de fuerzas y, por ende, cómo se entendían las mayorías y minorías. Básicamente, el informe señaló que:

El concepto de «una correlación de fuerzas favorable» no es sinónimo de «mayoría» (...) no basta por sí sola y en determinados instantes históricos hasta puede faltar transitoriamente. Además, lo que pesa verdaderamente, hablando de mayoría, es la mayoría activa. El concepto de una correlación de fuerzas favorable es, entonces, más rico y más complejo⁴⁶⁴.

Sin embargo, el PCCh al tiempo que relativizaba la importancia de las mayorías señalaba, en el mismo documento, su apoyo a la democracia como régimen político con preceptos como el respeto absoluto a los DD. HH. (políticos, económicos y sociales) y la defensa de los derechos ciudadanos; el reconocimiento de la plena soberanía del pueblo a través del sufragio universal garantizado; la creación de nuevas instituciones democráticas; la homogeneidad institucional para evitar conflictos entre los Poderes del Estado con instrumentos como la elección simultánea del Parlamento y del presidente y con la elección de este último por mayoría absoluta si se elige directamente; el respeto a la oposición democrática⁴⁶⁵.

Más adelante, en el mismo Informe, el partido, al tiempo que respaldaba la vigencia de la dictadura del proletariado, reafirmaba su compromiso con la democracia pluralista y el desarrollo de un Estado de Derecho: «nosotros propiciamos un Estado de derecho, democrático y representativo de la mayoría. No hay razón, entonces, para que nadie suponga que en algún momento pensamos hacer uso de la arbitrariedad»⁴⁶⁶. Lo anterior demuestra, como señala Álvarez, que el Pleno del «PCCh seguía sin resolver la relación entre democracia y socialismo»⁴⁶⁷.

A partir de estas y otras ideas del Informe plenario, se ha planteado, por una parte del debate, que dicho encuentro representó una involución ortodoxa⁴⁶⁸, un cambio en la línea política de los comunistas chilenos. Corvalán Márquez señala que la práctica heterodoxa del PCCh, en función de una línea gradualista e institucional, había logrado coexistir con su adhesión a una teoría ortodoxa. Sin embargo, «el gran cambio comenzó a producirse en 1977, en el pleno del Comité Central (...) A partir de ese momento, la ortodoxia teórica empezó a tomarse la revancha»⁴⁶⁹. Este conflicto no resuelto, según Corvalán Márquez, produjo que «la colectividad, en medio de una autocrítica general, terminará embarcándose en un decidido intento por determinar en forma rigurosa su práctica a partir de la ortodoxia teórica que profesaba»⁴⁷⁰. Esta percepción es compartida por el investigador Alfredo Riquelme. Según él, en el Pleno de 1977 se inició «un proceso gradual pero sostenido de involución ideológica, que se manifestaría con posterioridad en el terreno político con el giro estratégico de 1980 y sus consecuencias»⁴⁷¹.

Desde el otro lado de la discusión, se ha planteado que no existió tal cambio de línea, y lo que realmente concibió el Pleno, además de una continuidad de los

conceptos clásicos desarrollados desde décadas anteriores, fue la incorporación, o mejor dicho la reincorporación de componentes que ayudaron a corregir el «vacío histórico». Estos componentes se refieren precisamente a una clarificación y definición de la política militar del partido⁴⁷². Para Moulián una de los aspectos significativos del Pleno es su continuidad ideológica, la que a partir de su experiencia reciente, retomó aspectos estratégicos ignorados:

eso no significa que el Partido considerara la vía no armada como exclusivamente electoral. Según el documento es fundamental entender el papel de la «lucha de masas» y comprender que la vía no armada no niega todas las formas de violencia (...) Estas afirmaciones resultan sorprendentes solamente para quienes habían olvidado los textos anteriores sobre el problema de la violencia (...) En ese terreno el Pleno de 1977 no hace otra cosa que parafrasear algunos textos de Corvalán de 1961⁴⁷³.

Bajo esta óptica podemos decir entonces que el elemento de lo militar se revitalizó en el Pleno. Dicha dimensión, si bien no se transformó en la piedra angular de la línea, se había ignorado a favor de la lucha de masas. Sin embargo, asumir lo militar como parte de la línea significaba de una u otra manera admitir un cambio. Sobre este interesante y polémico debate volveremos en capítulos posteriores. Allí analizaremos –a través de los diversos puntos de vista de los investigadores– si la estrategia para enfrentar la dictadura, es decir, la política de rebelión popular de masas (PRPM) a comienzos de los años ochenta, fomentó un cambio de línea o no.

5.4. El Pleno de 1979. Un nuevo análisis de la realidad nacional

Dicho encuentro interno es necesario analizarlo bajo la óptica del investigador Rolando Álvarez quien establece cinco factores⁴⁷⁴ que contextualizan y definen el encuentro (como paso previo a la implementación de la PRPM):

El Pleno de 1979 estuvo cruzado por un optimismo fundado en las expectativas de las movilizaciones sociales, encabezadas por el movimiento sindical. El objetivo fue superar el período de resistencia y formalizar una ofensiva mayor («lucha activa»)⁴⁷⁵. Sin embargo, las luchas sindicales, que antaño eran la punta de lanza en la estrategia comunista, fueron intervenidas por el Plan Laboral. La coacción del régimen al mundo sindical, determinó, de alguna manera, la decisión de ampliar a otros sectores sociales la idea de todas las formas de luchas.

El debilitamiento y el fracaso relativo del «despliegue de grandes luchas de masas» a la que llamaba el pleno del '79, ayudan a comprender en parte por qué los comunistas llegarían a la conclusión de que eran necesarias «todas las formas de lucha» para terminar con la dictadura⁴⁷⁶.

El PCCh, por tanto, optó por ampliar y superar las «tradicionales» estrategias de lucha (sindical). Por otra parte, el Pleno reconoció que al interior del partido la política de la rebelión popular aún no era hegemónica

Se evidenció la consolidación del régimen militar. El PCCh reconoció la profundidad de los cambios y su proyección.

Pinochet va caminando para los seis años encaramado sobre el país (...)
Pinochet no caerá si no se le echa abajo. Incluso, podría durar mucho tiempo. Su agonía es dable que se prolongue, que sea más larga de la cuenta. Es posible que se mantenga por ley de inercia. Esto es lo que debemos impedir⁴⁷⁷.

La dura realidad abrió paso a análisis axiomáticos. Los seis años de la dictadura,

ya no eran simplemente contrarrevolución o períodos momentáneos de reflujo⁴⁷⁸.

El tercer punto, que Rolando Álvarez profundiza, dice relación con la DC. El EDI insistía en formalizar relaciones con la DC. Los comunistas incluso propusieron marginarse de un eventual gobierno de transición.

El «Paso Táctico» marca el momento de mayor flexibilidad de la tesis del Frente Antifascista, cuando el PCCh pospone su voluntad de poder en función de derribar la dictadura. Según Moulián, esta es la tesis «frentista» llevada hasta los límites, ya que luego de esta formulación, simplemente quedaba agotada, porque el PCCh ya no tendría nada más que ofrecer para lograr obtener la unidad⁴⁷⁹.

Sin embargo, esta propuesta fue rechazada por la DC y con ello se fortaleció la opción de una línea más radical⁴⁸⁰.

El cuarto punto de análisis es la cuestión militar. El Pleno trabajó en dos aspectos: la fuerza propia y el trabajo hacia las FF. AA. La reunión insistió en la necesidad de profundizar la concepción de una política militar.

No puede desalojarse que en determinado momento la lucha armada sea un factor determinante de las decisiones que se alcancen y que se produzcan choques de una u otra intensidad (...) Por eso tiene que preocuparnos que, aunque hayamos dado desde el Pleno anterior una serie de pasos importantes, estos no sean suficientes en el terreno de la concepción y de la aplicación de nuestra política militar⁴⁸¹.

Aunque reconocen avances en la fuerza propia, especifican que «aún tenemos que calificar necesariamente de muy débil el trabajo orgánico metódico que

realizamos hacia las FF. AA.»⁴⁸².

Por último, el Pleno de 1979 consagró la labor y los logros conseguidos por el EDI durante los dos años de reorganización interna. Se valoró el grado de restauración y comunicación entre el EDI y las bases.

Estos cinco factores consagraron una mayor dinámica interna en el partido. El EDI logró rearticular al partido y, por otra parte, se legitimó a sí mismo frente a los resquemores del segmento exterior. El tema de la política militar se trató en profundidad, pero de forma interna. Aunque se discutió entre los dirigentes del exilio, el debate fue más intenso en el EDI y en los «equipos de reflexión» afincados en la RDA.

De acuerdo al reconocimiento del «vacío histórico» y a la nueva realidad definida por el PCCh en 1979, se decidió radicalizar la línea del partido y, por ende, asumir una nueva estrategia contra la dictadura. Las dificultades surgieron a la hora incorporar las resoluciones de los Plenos, ya que hubo

diferencias al interior de la CP (Comisión Política) producto justamente sobre cómo entender este nuevo análisis, como un complemento para seguir desarrollando la misma línea política o como un aspecto radicalmente nuevo dentro del partido, que significaba incorporar aparatos armados y una dinámica partidaria distinta a la que operó en los primeros años de la clandestinidad. Por lo visto, a pesar de ciertas reticencias iniciales, la segunda de las posiciones se impuso claramente, porque contó con algo que era fundamental: la subjetividad combativa de la militancia del Partido en Chile⁴⁸³.

Para ese entonces se comprendió que la caída del régimen no pasaría por la voluntad de los militares, ni mucho menos, por las tentativas de algunos dirigentes de la DC (salida institucional). Por el contrario, se concluyó que el fin de la dictadura sería obra de la acción coordinada de toda la oposición utilizando las más «variadas formas de lucha». Como señala Viviana Bravo, en el partido

se abrió paso aquella visión de que

había llegado el momento de despedirse de aquella ilusión que aspiraba a una evolución gradual de los acontecimientos que sostenidos en amplias alianzas y presiones internacionales condujera a su caída. Era necesario un partido técnicamente preparado y apertrechado que supiera estar a la vanguardia de la lucha de masas activas y ofensivas, que hiciera suya la autodefensa y la rebelión⁴⁸⁴.

Por otro lado, el proyecto del FA estaba en su punto más volátil y fue evidente su fracaso. El PCCh ya no tuvo más que ofrecer al centro político. Dicho contexto, a lo menos, favoreció que la línea política de los comunistas se radicalizara y se aislara del resto de la oposición. El dirigente Guillermo Teillier (dirigente del EDI y actual presidente del partido) recuerda que al interior del país

el partido no podía mantener la política que hasta ese momento tenía que era formar parte de una convergencia democrática muy amplia que permitiera echar abajo la dictadura por métodos políticos. Eso fracasó a fines de los setenta (...) no fue posible constituir un Frente Antifascista. Y por negativas sobre todo de la DC (...) A lo que arribamos es que nosotros debíamos dar respuesta (...) cómo se podía desestabilizar a la dictadura⁴⁸⁵.

De aquí en adelante, el partido se abocó a fundamentar una nueva línea política más radical, una forma de acción y de lucha contra la dictadura. Sin embargo, su fundamentación ya tenía un camino recorrido de por lo menos tres años. Es necesario profundizar en ciertos aspectos que demuestran cómo y quiénes se dedicaron a elaborar dicha línea. Para ello, ahondaremos en un aspecto crucial. Me refiero al papel desempeñado por el Equipo de Leipzig y, especialmente, el Equipo de Berlín. A continuación pasaremos a detallar la génesis de la política de rebelión popular de masas (PRPM).

5.5. Berlín y Leipzig en la génesis teórica de la PRPM ¿El inicio de la renovación en el PCCh?

La anterior pregunta podría parecer descabellada en una primera aproximación. ¿Cómo la PRPM –que significó radicalizar la línea– es el germen de la renovación en el PCCh? Considero que esta interrogante está íntimamente relacionada con otra idea incierta. Me refiero al grado de influencia, total o parcial, de la Dirección en el origen de la PRPM.

Frente a ello es necesario poner al frente algunas preguntas ¿El origen de la PRPM fue una línea impuesta por la Dirección o fue un proceso que emanó de una inédita discusión? ¿La PRPM se relaciona con la ortodoxia y al MCI o engendró un componente heterodoxo? ¿La PRPM tuvo por objeto la toma del poder y construir un modelo socialista «real» o fue concebida para derribar a la dictadura?

Antes de iniciar este apartado debo hacer una primera puntualización. Las investigaciones de Viviana Bravo y Rolando Álvarez son fundamentales para analizar el origen y desarrollo de la PRPM. Ambos autores han abierto un nuevo enfoque para examinar más objetivamente la línea del PCCh. Uno de los aportes más significativos, de ambos autores, se refiere al origen de la PRPM, y más específicamente a la correcta valoración que hicieron de los grupos de reflexión afincados en la ex RDA⁴⁸⁶. Este hecho es fundamental para confrontar y superar algunas ideas que han apelado a ciertos estereotipos de la época.

5.5.1. Equipo de Leipzig

La Dirección, a mediados de los años setenta, decidió crear un pequeño grupo de análisis teórico que posteriormente fue conocido como Equipo de Leipzig⁴⁸⁷. Sobre sus atribuciones, influencias y elaboraciones existen aún hoy ciertas dudas y dispares comentarios. Por ello, verificaremos su real alcance en la PRPM. Quisiera resaltar que las experiencias cotidianas de los exiliados inmersos en los socialismos reales y/o las críticas de sus pares alemanes y soviéticos, por no

haber defendido el proyecto de la UP, de alguna manera incidieron en el enfoque de los análisis y en las conclusiones de los mismos.

El Equipo de Leipzig tuvo por objeto verificar las causas de la derrota de la UP y más específicamente identificar el rol y la lógica de las FF. AA. en dicho episodio. Lo anterior, nace a partir de «la derrota de la tesis comunista con respecto a las fuerzas castrenses chilenas y el supuesto constitucionalismo que le daba viabilidad al camino no armado»⁴⁸⁸. En el seminario hubo una serie de investigaciones que criticaron el exceso de confianza y la política insuficiente del partido hacia las FF. AA. En definitiva, no habían podido determinar ni comprender la estructura de poder de la institución militar. Viviana Bravo, parafraseando los planteamientos de uno de los académicos alemanes, Manfred Kossok, señala que «la inmunidad con la que contó el ejército develaba una política insuficiente de las fuerzas revolucionarias que no lograron diferenciarlo y mucho menos disolverlo. Con ello centra la mirada que engloba al ejército en una estructura mayor de poder, en un sistema mayor de dominación que no fue tocado»⁴⁸⁹.

Según Bravo otra de las críticas provino del profesor Hackethal. Para el académico de la Karl Marx Universität, existió un doble déficit: en la toma del poder y en la absolutización de la vía pacífica. Frente a estas deficiencias, Hackethal señaló que la UP debió neutralizar a las FF. AA. y, por otra parte, debió desarrollar una fuerza militar propia capaz de contrarrestar a la reacción. Dicho error derivó, como señalamos antes, en la absolutización de la vía pacífica, la cual subestimó el uso de la fuerza. «En definitiva las fuerzas de la UP no se prepararon materialmente para una posible contrarrevolución y cedieron terreno a la irrupción de las Fuerzas Armadas»⁴⁹⁰.

A partir de lo anterior, algunos integrantes del grupo apostaron por implementar un trabajo político-militar que apuntara a superar dichas falencias. Patricio Palma, por ejemplo, propuso una política alternativa, una nueva doctrina, hacia las FF. AA. (en contraposición a la Doctrina de Seguridad Nacional), denominada Doctrina Militar Democrática, pensada para un futuro democrático no muy lejano. Palma señaló que esta doctrina «representa el núcleo ideológico-político en torno al cual anudar el trabajo práctico de propaganda, agitación y organización, que facilita la diferenciación militar, en la perspectiva de contar mañana con un sector de las Fuerzas Armadas dispuesto a jugarse por la transformación democrática»⁴⁹¹.

Según Palma era imposible derrotar militarmente a la dictadura. Por ello, planteó desarrollar un «trabajo de diferenciación» al interior de la FF. AA. con el objeto de aislar al sector más reaccionario. Uno de los objetivos era involucrar a estos sectores diferenciados en las futuras transformaciones democráticas y sociales.

Los cambios en el ejército serán imprescindibles, si es que queremos asegurar una perspectiva de transformaciones democráticas verdaderamente irreversibles (defensa militar de la nueva democracia). De ahí que toda formulación alternativa deba considerar el problema de la función y el papel que jugarán las Fuerzas Armadas como instituciones y los militares como ciudadanos⁴⁹².

En este mismo marco, Bravo rescata también las aseveraciones de otro integrante del equipo, Carlos Zúñiga, para quien el éxito de un programa revolucionario dependía no solo del apoyo de las masas, sino también del ejército⁴⁹³. Por lo tanto, para solucionar el problema del poder, era necesario comprender lo militar como un problema político. Viviana Bravo destaca los planteamientos hechos por Zúñiga:

consideraba fundamental extender la lucha antimperialista a los cuarteles con el objetivo de romper con los lazos de dependencia y levantar una doctrina militar democrática e iniciar una abierta batalla política por ganar a sectores de las Fuerzas Armadas para la causa popular⁴⁹⁴.

Según el equipo, era necesario expresarse en términos políticos, pero si la coyuntura lo ameritaba también sería necesario enunciarse en términos militares. Por lo tanto, el trabajo de diferenciación debía ser secundado por el factor militar del pueblo, es decir, la fuerza propia: la creación de un aparato militar.

Como se observa, el trabajo de este Equipo en relación a las FF. AA. fue evidente y posteriormente se trasladó como complemento hacia la política del partido. Al respecto Álvarez sentencia:

Esta tesis fue el origen de una de las partes integrantes de la política militar del Partido Comunista en la década de los ochenta: el trabajo hacia las FF. AA. (...) Si se le quiere imputar alguna vinculación al «Grupo Leipzig» como tal con los orígenes de la política de la Rebelión Popular, debe ser en este punto específico⁴⁹⁵.

La vinculación directa entre el Equipo de Leipzig y la Dirección del partido demuestra dos cuestiones. El grupo fue preocupación de la Dirección. Lo anterior, desmiente las versiones que señalan el desinterés de los dirigentes comunistas por este centro teórico oficial. En segundo lugar, el grado de influencia del Equipo de Leipzig en la cúpula de la Dirección fue exiguo. Además, el grupo no estaba acreditado para contradecir a la Dirección⁴⁹⁶.

Por lo tanto, los análisis de este Equipo nunca llegaron a determinar eficazmente la línea del partido. Tampoco sus tesis se discutieron más allá del seminario y la Dirección. La discusión del tema militar se trabajó, en un principio, en estricto rigor entre ambas partes, evitando que la discusión se trasladase «innecesariamente» al resto del partido. Sin embargo, esto pronto cambiaría. Es menester, entonces, aclarar que la Dirección del partido no constituyó dicho grupo para desarrollar una política militar acabada ideológicamente, sino más bien concibió a este grupo como una instancia de reflexión independiente, que ayudara a apuntalar las tareas de los órganos de Dirección.

Por lo tanto, la influencia real del Equipo de Leipzig en la política del partido es relativa y en cuanto al origen de la PRPM es menor. Repetimos que su vinculación directa con la Dirección del PCCh los obligó a mantener un alto nivel de discreción.

El Grupo de Leipzig en tanto concebido como grupo «centro teórico» aparte de la estructura partidaria, obligado a no difundir sus posturas, sometidos a censores estalinistas, tuvo el grave defecto que se encontraba imposibilitado de influir en la política real, ya que estaba concebido fuera del debate y al movimiento real de los acontecimientos políticos en Chile⁴⁹⁷.

El aporte concreto de este Equipo se circunscribe al análisis hacia las FF. AA. Sin embargo, dos de sus integrantes (Palma y Zúñiga) posteriormente convergerán con las tesis elaboradas por el Equipo de Berlín, lo que generó una congruencia teórica y práctica que dio un impulso decisivo a la PRPM.

5.5.2. Equipo de Berlín

Con el beneplácito de la Dirección se formó un pequeño, pero a la postre influyente, equipo de trabajo, denominado Equipo de Berlín⁴⁹⁸. Este grupo es considerado el germen de la PRPM. Sus planteamientos a pesar de ir en contra del MCI y de la propia Dirección del PCCh, terminaron por cristalizar.

La evaluación que hizo el grupo sobre la derrota de 1973 abrió un debate interno en cuanto a la línea del partido y al rol de los dirigentes. Lo anterior se inserta en un marco de crisis de la dirigencia comunista chilena que había sido cuestionada por sus pares rusos y alemanes por «no haber sabido defender la UP». En este marco interno emerge el Equipo de Berlín que no fue otra cosa que un grupo similar a un aparato de inteligencia. Se les encomendó una serie de tareas relacionadas con la captación de información, reclutamiento y trabajo conspirativo (contra la dictadura)⁴⁹⁹. Su trabajo se caracterizó por la recopilación de información proveniente de Chile con el propósito de elaborar una visión objetiva del panorama nacional. El nivel de información que este grupo manejó permitía, en teoría, concebir la subjetividad de los militantes, el estado de ánimo y las perspectivas de futuro.

De ahí que Rolando Álvarez afirme con certeza (respondiendo a uno de nuestros cuestionamientos iniciales) que esta variable es fundamental para entender el origen de la PRPM. Esta germinó fuera de la Dirección, en medio de un grupo de intelectuales que reflexionaron y supieron interpretar la realidad (subjetividad) de los militantes comunistas chilenos⁵⁰⁰. Como señala Viviana Bravo, una de las cuestiones interesantes de este grupo es que sus análisis evolucionaron desde una categoría técnica, e inclusive irregular y coloquial, a una de carácter eminentemente política⁵⁰¹.

Básicamente, sus análisis contradicen a la Dirección respecto a:

las causas de la derrota y el papel desempeñado por el partido;

las lecturas de la dictadura;

la política militar en la línea del partido y las formas de enfrentar al régimen; y

la relación con el movimiento comunista internacional.

En definitiva, empezaron a cuestionar la línea del partido ante la ineficacia de la misma frente al contexto dictatorial. ¿Por qué el Equipo de Berlín realizó lecturas más realistas que la Dirección? Debemos señalar que las polémicas reflexiones del sociólogo Manuel Fernando Contreras, fueron fundamentales. Una de sus tesis se refería a las causas de la derrota. Contreras (de nombre político «Camilo González») elaboró un artículo llamado «Las desviaciones de derecha en el movimiento obrero chileno»⁵⁰². En dicho documento señaló que los problemas que asolaron a la UP fueron «de derecha», lo que vino a contradecir al documento de la Dirección «El ultraizquierdismo: caballo de Troya del imperialismo».

Según él, las reacciones de la ultraizquierda no fueron más que «la carencia de una concepción integral de la estrategia revolucionaria; a eso le llamaba desviaciones de derecha»⁵⁰³. El profesor Augusto Samaniego, en un interesante análisis, profundiza en este controvertido tema, citando pasajes del artículo de Contreras:

Muchas veces «el izquierdismo» no es otra cosa que la «expiación de los pecados reformista» del movimiento obrero (...) las desviaciones de izquierda y derecha existieron dialécticamente enlazadas (...) las desviaciones de derecha se manifestaron en concepciones (...) que constreñían (...) el desarrollo de la revolución a un movimiento meramente evolutivo⁵⁰⁴.

Pero el tema central para Contreras estaba, en primer lugar, en la incapacidad del propio partido. «Lo más relevante en la experiencia chilena había sido la incapacidad teórica y política para prever y abordar estratégicamente la definición del «problema del poder»⁵⁰⁵. Contreras recordó a la Dirección la indefinición del partido frente a la toma del poder.

Esta carencia condicionó al partido a jugar un rol intermedio, a veces ambiguo, entre las diversas posiciones de la izquierda, como el MIR o el PSCh, quienes a pesar de sus «equivocos o extremos planteamientos», mantuvieron una posición más decidida frente al tema del poder. Contreras planteó otra tesis que causó polémica en el partido. Criticó a la Dirección por la caracterización y la errónea lectura sobre la dictadura (carácter y objetivos).

Él planteaba que lo ocurrido en 1973 no era un simple putsch fascista, sino una contrarrevolución que había movilizó a millones contra el gobierno, factor decisivo de la derrota (...) Junto con reconocer la importancia del carácter de masas de la oposición al gobierno de Allende (verdadero sacrilegio de la época), ya Contreras vislumbraba que la duración de la llamada «Junta Militar Fascista» iba a ser más prolongada de lo que se estaba estimando en ese entonces⁵⁰⁶.

Los planteamientos de Contreras, y otros pocos, consideraban el carácter de masas y fundacional de la dictadura. Samaniego apunta que el enfoque que sustentaba la Dirección era insuficiente y erróneo y por lo tanto, lidiaron contra la «sabiduría de la CP». Para este grupo de militantes críticos el enfoque era distinto:

Pensábamos –respecto del carácter de la dictadura y las transformaciones en las estructuras– que el «modelo» le otorgaba un carácter fundacional al proyecto de los Chicago Boys (...) El carácter de «contrarrevolución» (destruir lo obrado por la UP) no significaba el retroceso del desarrollo capitalista, sino un proyecto de aceleración del mismo (...) pero también inversiones y modernizaciones (...) una característica esencial del régimen de Pinochet era la actitud «corporativa» de la burguesía; la cual había optado por ceder a los militares la conducción económica, política e ideológica del proceso que, más que restaurador, sería necesariamente fundacional⁵⁰⁷.

Pero el tema más interesante, que tiene directa relación con la PRPM, se refiere a lo militar en la política del partido. A finales de la década del setenta «Camilo» publicó otro artículo, «Algunas tesis falsas sobre la lucha armada». En este escrito afirmó que el tema militar es un componente fundamental de la política y no algo exógeno. Consideró que el PCCh debía corregir estos vacíos (reconocidos en el Pleno de 1977), ya que habían afectado al proceso revolucionario⁵⁰⁸.

Lo anterior, se asumió no solo como un error político, sino como una lección histórica. Así lo planteó, dos décadas después, otro investigador cercano al PCCh, Francisco Herreros:

sin ambages, la historia nos demostró dolorosamente que no se puede emprender un proyecto de cambios revolucionario, sin una concepción integral de lo que significa la lucha por el poder, que incluye proyecto, pero también la fuerza política, social y militar no solo para hacerlo avanzar, sino también para defenderlo cuando la propia dialéctica de las revoluciones lo impone como necesidad⁵⁰⁹

Por lo tanto, el PCCh asumió que la movilización de masas debía necesariamente integrar el aspecto militar como un elemento para la consecución de los objetivos. A partir de este reconocimiento, el partido tenía que anexar «primero, el trabajo militar de masas, luego, el trabajo ideológico-práctico por influir dentro de las FF. AA.; y, después, la definición –dentro de la estrategia y

sus definiciones tácticas muy concretas– la probable acción de la fuerza (militar) propia»⁵¹⁰.

Contreras insistía en que el tema militar debe estar subordinado a la dirección política y que las acciones armadas deben ir en sintonía con el movimiento de masas, nunca ajeno a sus propósitos, y que la temática militar debe ser un elemento operado por el grueso de la militancia.

La principal conclusión de todo lo expuesto es que lo militar es parte componente esencial de la política, y no un mero añadido o componente «técnico» de las cuestiones políticas. Es decir, lo militar está al centro de la política misma, en general, y de la política revolucionaria en particular⁵¹¹.

Es decir, para Contreras lo militar tenía por sobre todo un carácter político y de masas. Bravo haciendo un compendio de las reflexiones del sociólogo señala que

las insuficiencias en la política militar implican por fuerza carencias en el campo de la política en general, y de la línea política del partido en particular y que lo que ha sido llamado «vacío histórico» encierra un carácter primeramente de orden teórico político y secundariamente técnico-orgánico⁵¹².

Lo anterior abrió paso para comprender que la rebelión, con todas sus expresiones de fuerza, era una nueva forma de entender la lucha de masas.

Contreras en su empeño por legitimar su perspectiva insurreccional, sin romper con la política de masas, propuso una táctica desarrollada en la visión de Vo Nguyen Giap: La lucha armada siempre debe combinarse con las formas específicamente políticas de la lucha popular. Vo Nguyen Giap, en su libro Vietnam. Guerra de liberación, señala: unas veces las fuerzas políticas desempeñan el papel principal con las fuerzas armadas como puntos de apoyo, combinando la lucha política con la armada para avanzar hacia la insurrección de todo el país⁵¹³. El Equipo de Berlín, desde su perspectiva crítica e innovadora,

planteó tempranamente que los movimientos revolucionarios⁵¹⁴ en boga, si bien no debían ser imitados, ya que no respondían a la realidad chilena, contenían en sí un principio que era necesario rescatar. Todos ellos fueron generados por la movilización de un amplio espectro social, es decir, movimientos de masas que llegado el momento forjaron una ruptura en las FF. AA. lo cual terminó por profundizar la crisis política. Dicha reflexión se relaciona con lo planteado por Palma y Zúñiga –integrantes del Equipo de Leipzig– en relación al trabajo de «diferenciación» al interior de las FF. AA.

La apuesta era, como decían Palma y Zúñiga, «neutralizar» o «diferenciar» a una parte de ellas para que pudiera derrocarse a la dictadura (...) la «perspectiva insurreccional» debía ir no solo de la mano de las masas, sino de los movimientos y partidos «anti-fascista». Aquí nuevamente se aprecia el entronque con la tradición comunista de frentes amplios, pero modificada, según los ideólogos de la «Rebelión Popular», por una perspectiva completa de la lucha por el poder⁵¹⁵.

Otro cuestionamiento que realizó el Equipo de Berlín, señalaba que el proceso revolucionario no estaba dictado por leyes generales, ni se inserta dentro de la liturgia del MCI. Para ellos, la movilización antidictatorial debía posarse sobre la base de acciones multifacéticas, que tuviesen como meta la instauración de la democracia como instancia primera. De ahí que uno de los intereses del Equipo fue rescatar el aspecto heterodoxo del movimiento.

Todos los movimientos revolucionarios triunfantes en América Latina han nacido de la heterodoxia respecto del MCI. La praxis por incorporar «lo militar» a la línea del PCCh imponía, de hecho, una posibilidad de pensar heterodoxamente sobre el socialismo, el sistema político para una democracia avanzada en el país, y la vida interna del mismo PCCh⁵¹⁶.

Por lo tanto, como señala Álvarez –citando un documento de Contreras de los años noventa– la idea fue incorporar conceptos como la «vanguardia

compartida» o el «pluralismo político» como parte de un nuevo sujeto.

El Equipo de Berlín junto a Palma y Zúñiga, y a otros asiduos participantes de estas reuniones, tenía una visión crítica de la realidad político-social de los llamados socialismos reales. Sus experiencias en la propia RDA habían generado profundos cuestionamientos.

Es posible afirmar que el segundo lustro de los setenta permitió a los comunistas chilenos en el exterior, influidos decisivamente por su radical crítica al «socialismo real», vivir uno de los momentos de mayor debate interno en la historia del PC y que ese espacio fue determinante para la irrupción triunfante de la tesis de «todas las formas de lucha» contra la dictadura⁵¹⁷.

Sus diferencias respecto a la URSS fueron evidentes. Por ejemplo observaron sin resquemores los episodios liderados por Lech Walesa y no coincidieron con la invasión a Afganistán.

Yo decía sin reservas (...) que con la invasión a Afganistán no me harían comulgar; que la buena convivencia con el PCUS la aceptaba como la necesidad en función del apoyo material (...) Para algunos del grupo, de esas reflexiones surgía la convicción que «nuestro socialismo» requería distancia crítica ante el «realmente existente»⁵¹⁸.

Como observamos las diferencias entre el Equipo y la Dirección no fueron menores. Estas ideas críticas se organizaron y adquirieron una metodología que poco a poco se fue legitimando. Augusto Samaniego –un asiduo invitado al equipo– confirma que en la etapa 1977-79 hubo un intento por estructurar opiniones críticas contra la Dirección. Incluso señala que el alcance de las reflexiones estratégicas abarcaron otras dimensiones:

con las diferentes lecturas acerca de la «teorización» y la práctica de una potencial nueva visión estratégica, la cual suponía tratar de inter-relacionar, al menos, las siguientes temáticas: una visión teórica-política (estratégica) sobre la acción para obtener la derrota de la dictadura; la redefinición de nuestra concepción del tipo de partido revolucionario; las ideas fundamentales para un nuevo programa del PC, unido a su estrategia, a las alianzas necesarias; y –como si esto fuera poco– una concepción acerca del socialismo por el cual luchamos⁵¹⁹.

La PRPM tuvo un objetivo claro y preciso: derribar la dictadura. Pero no concibió un plan postdictatorial donde se estableciera la instauración inmediata de un tipo de sociedad socialista. En ningún caso. Bravo especifica al respecto: «habrá que aclarar que la PRPM no era una estrategia de lucha armada para la toma del poder, ni para la construcción del socialismo, sino que era un proyecto estratégico que tenía como objetivo la caída de la dictadura»⁵²⁰. El dirigente e investigador Augusto Samaniego señala que es absurdo afirmar que el objetivo de la PRPM era la toma del poder. Según él, nunca lo fue y nunca nadie lo dijo, ya que «era una insensatez del punto de vista de la reflexión histórica y política»⁵²¹. Ahora también es necesario reconocer que la aplicación de la PRPM fue una variable que influyó considerablemente en el aislamiento político y social del PCCh (esto ya lo veremos en otro capítulo).

Mis citas al investigador Rolando Álvarez no son antojadizas, sino que encuentro en ellas un alegato lúcido al planteamiento anterior.

No debe extrañar, por lo tanto, que los mismos que idearon en lo substancial la política insurreccional del PC en el segundo lustro de los setenta, fueran los más entusiastas seguidores de la «Perestroika» de Gorbachov y promotores de la necesidad de la «renovación» del PC chileno a fines de los ochenta (...) El desafío teórico fundamental que implicaba la PRPM era conjugar democracia y socialismo⁵²².

Tampoco es totalmente correcto ver en ella la reproducción de los movimientos revolucionarios de la época o la injerencia del MCI. Lo anterior sería desconocer

el proceso interno del partido bajo la dictadura.

La tesis de la «ortodoxia teórica» que implicaba la PRPM, no es posible sostenerla. Por el contrario, afirmamos que esta política debe ser considerada la renovación comunista (...) (que) implicaba una transformación estructural de las bases partidarias y de un conjunto de supuestos que la sostenían, aunque no la ruptura con todas las tradiciones del PC, especialmente el énfasis en el carácter de masas del accionar político⁵²³.

De ahí que mi planteamiento (cercano al de Rolando Álvarez y Viviana Bravo) advierta que la PRPM fue el germen de la renovación política-ideológica del PCCh.

Permítanme incluir una última cita en la que el investigador Rolando Álvarez entrelaza ideas con «Rubén», para comprender, en palabras de uno de sus promotores, la profundidad que incubó la PRPM.

Las tesis planteadas implicaban «una triada estructural: a) cambio de política; b) alteración vía esa nueva práctica, de la mentalidad y hechura partidaria; c) nuevo socialismo posible». En este marco general, la idea de la democratización interna del partido era fundamental para generar y producir las nuevas sendas partidarias: «la PRPM contenía un germen democratizador en la cultura comunista (...) la PRPM originó tal vez el debate político, ideológico y teórico más importante de la larga historia del PC chileno⁵²⁴.

Antes de terminar este capítulo es menester responder algunas de las interrogantes que anunciamos al comienzo. La PRPM no fue una política ortodoxa, bajo el influjo del PCUS o el MCI, por el contrario respondió al contexto nacional y a la subjetividad de los militantes. No emanó de la Dirección del partido. Su origen se remonta más bien a un proceso reflexivo de equipos de análisis y de las decididas interpelaciones del EDI ante la eventualidad de la dictadura. Así mismo, la PRPM no tuvo por objeto obtener el poder y construir

un modelo basado en los socialismos reales. Al contrario, fue la expresión práctica para luchar contra la dictadura y retomar la democracia.

¹²¹ [GARRETÓN, Manuel Antonio \(1987\). Op. cit. Resumen y Pág. 1](#)

¹²² [Cfr. GARRETÓN, Manuel Antonio \(1987\). Op. cit.](#)

¹²³ [Según el investigador Alex Fernández, la errónea conceptualización que la izquierda hizo sobre la dictadura –desde una óptica extremadamente ideologizada– repercutió en la ineficacia de las estrategias aplicadas para enfrentar al régimen militar. Tres serían los mitos \(ideológicos\) que la renovación, en medio de los eventos reformistas, criticó e intentó superar. El primer mito, señalaba que el modelo de restructuración \(económico-político\) aplicado por la dictadura era históricamente inviable \(Inviabilidad del capitalismo dependiente\). Su fundamentación estaba basada en que la esencia de las políticas aplicadas eran «pauperizantes y socialmente excluyentes». Un segundo error, señalaba que la dictadura militar era la representante de un régimen contrarrevolucionario transitorio. Así, la izquierda entendió a la dictadura como un proceso de superación de la contrarrevolución. La izquierda no caviló ni observó las intenciones de la dictadura por establecer un nuevo proyecto histórico de profundas transformaciones \(inclusive de tipo cultural\). Por último, el tercer mito \(de aspecto económico\) señalaba que la política económica empleada por el Estado autoritario tenía por objeto la profundización del desarrollo del capitalismo. Sin embargo, el modelo de desarrollo que se impuso en Chile «se fundamenta en una estrategia primaria exportadora altamente diversificada. En este sentido, el sector industrial desempeña una función estrictamente marginal de la estrategia aplicada», En: FERNÁNDEZ, Alex \(1985\). Op. cit. Págs. 386 y 387.](#)

¹²⁴ [FERNÁNDEZ, Alex \(1985\). Op. cit. Pág. 385.](#)

¹²⁵ [FERNÁNDEZ, Alex \(1985\). Op. cit. Pág. 275.](#)

¹²⁶ [YOCELEVSKY, Ricardo \(2002\), Chile: Partidos políticos, democracia y dictadura 1970-1990, Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica. Pág. 226. Yocelevsky destaca dos cuestiones: el carácter superestructural que alcanzó la política y el interés de la izquierda por no renunciar y, por el contrario, potenciar la discusión ideológica en plena dictadura. «Esto hace que para todo el período](#)

de la dictadura la política asumiera un carácter eminentemente superestructural (...) y, por otra parte, que las cuestiones ideológicas hayan ocupado permanentemente el primer plano», En: YOCELEVSKY, Ricardo (2002). Op. cit. Pág. 226.

¹²⁷ FERNÁNDEZ, Alex (1985). Op. cit. Pág. 276.

¹²⁸ Para una mejor comprensión del análisis debemos dejar en antecedente la división que sufrió el partido MAPU en marzo de 1973, es decir, meses antes del golpe de Estado. Esta división, por diferencias más bien prácticas que ideológicas, derivó en la creación de una organización paralela con análogas características: el MAPU Obrero-Campesino (MAPU-OC). Los escasos estudios dedicados al MAPU dan cuenta de esta división, pero consideran al MAPU-OC como una «gran facción». Es decir, lo entienden como un proceso de faccionalismo potenciado en una de las etapas más álgidas de la historia política. Aún así, en esta primera parte analizaremos al MAPU-OC individualmente, ya que su aporte será posteriormente decisivo. Aunque ambas organizaciones decidieron formar Direcciones autónomas, su relación bajo la dictadura, en líneas generales, tendió a favorecer una política convergente.

¹²⁹ A medio año del golpe de Estado en Chile: La resistencia revolucionaria del pueblo se fortalece para vencer. Declaración pública del partido MAPU. Santiago de Chile, marzo 1974. Pág. 2.

¹³⁰ Sin embargo, para un sector crítico a la Dirección –me refiero a la facción MAPU-PT– en los balances autocríticos internos tendió a predominar un sentimiento de fracaso. Entrevista con Gonzalo Ojeda, 10-05-2010.

¹³¹ Aunque la Dirección en un principio planteó que la derrota fue táctica, posteriormente rectificó y la consideró estratégica. Sin embargo, una facción denominada MAPU-Comité Central siguió postulando a contracorriente que la derrota fue de carácter táctico.

¹³² A medio año del golpe de Estado en Chile: La resistencia revolucionaria del pueblo se fortalece para vencer. Op. cit. Pág. 4.

¹³³ El citado documento sintetiza un balance sobre las causas de la derrota de la UP: a) la unidad de las clases dominantes (que logró gran influencia en la capas medias) se opuso a la alternativa de poder del movimiento popular; b) la incapacidad para consolidar el proceso revolucionario; c) se debió fortalecer el

«poder popular» para que este asumiera la defensa del gobierno; d) se debió fortalecer el carácter continental de la lucha por el socialismo para enfrentar las intromisiones imperialistas e) fue preciso anteponer, ante las diferencias tácticas y estratégicas, el principio de la «unidad y lucha» f) y la incapacidad de construir una «vanguardia revolucionaria». Esto último, sería, a juicio del partido, el factor principal que posibilitó la derrota de 1973. Cfr. «El pensamiento del MAPU». Documento publicado por la Comisión Política del MAPU. Santiago de Chile, junio 1974. Págs. 2 y 3.

¹³⁴ Cfr. «El pensamiento del MAPU». Documento publicado por la Comisión Política del MAPU. Santiago de Chile, junio 1974. Págs. 8 y 9.

¹³⁵ Op. cit. Pág. 10. Sin embargo, reconocen que la posibilidad de enfrentar la dictadura en el plano armado, por el momento, era inviable. Era necesario, según ellos, superar el período de «reflujo revolucionario». Reconocen que «las acciones armadas durante este período no hacen sino fortalecer la cohesión del enemigo (...) Además, ellas no harán sino agudizar y prestar justificación a la ofensiva de aniquilamiento del aparato represivo en contra de la izquierda». Pág. 24.

¹³⁶ Documento de Trabajo Interno de los ND N° 4, MAPU, diciembre 1974. FDERT. Págs. 4, 5 y 6. Este documento enfatiza en su portada el carácter estrictamente interno. Especifica que no debía distribuirse ni reproducirse más allá de las fronteras partidistas.

¹³⁷ Según relata el exdiputado Esteban Valenzuela –en su investigación de maestría– en las primeras actividades de reorganización participaron militantes de diversas tendencias, como los mapucistas provenientes de un sector llamado Bandera Roja, de inspiración maoísta (liderados por Daniel Moore), que habían ingresado al partido poco antes del golpe de Estado. Cfr. VALENZUELA, Esteban (2008). Op. cit. Pág. 110.

¹³⁸ Según Gonzalo Ojeda, esta primera Dirección también estuvo integrada por René Román. Entrevista con Gonzalo Ojeda, 10-05-2010.

¹³⁹ El grueso del MAPU, posterior al golpe de Estado, se organizó en Chile bajo la conducción de la Dirección Interior. Sin embargo, debieron coexistir, durante gran parte de los años setenta, junto a otras dos facciones: MAPU-PT (leninistas, con influencias maoístas) y MAPU-CC (leninistas).

¹⁴⁰ Justamente una de las cuestiones claves que los militantes debían dilucidar era concluir si el fin de la UP había sido una derrota (y si ese fuese el caso de qué tipo: táctica o estratégica) o por el contrario un fracaso. La idea inicial es que los balances fueran circulando entre los militantes para que elaboraran sus propias conclusiones. Posteriormente los análisis de los militantes llegaban hasta la Dirección del partido.

¹⁴¹ Entrevista a Carlos Montes, En: MOYANO, Cristina (2004), «Proceso germinal de la renovación socialista en el MAPU: Desde el golpe de Estado al Seminario de Ariccia (1973-1979)». Trabajo de investigación. Santiago de Chile. Universidad de Chile. Pág. 31.

¹⁴² TUPPER, Patricio (ed.) (1987). Op. cit. Pág. 123.

¹⁴³ Esteban Valenzuela añade que los textos de Eugenio Tironi y Kalky Glauser (desde el exilio) pueden considerarse también la génesis de la renovación en la izquierda chilena. En el caso de Tironi señala que en 1976 –cuando fue designado para viajar a Europa para expulsar a una facción «izquierdista» (MAPU-PT)– elaboró sendos documentos a favor de la renovación. Cfr. VALENZUELA, Esteban (2011). Op. cit. Págs. 245 y 246.

¹⁴⁴ Entrevista con Gonzalo Ojeda, 10-05-2010.

¹⁴⁵ En este marco, se ratificó a la DI, la cual se denominó protocolarmente Dirección Superior Interna, encabezada por Carlos Montes, secundada por Carlos Ortúzar (asesinado tiempo después), Víctor Barrueto, Guillermo del Valle, Eugenio Tironi, Julio López, Fernando Ossandón y Carlos Quiñones. Cfr. TÚPPER, Patricio (ed.) (1987). Op. cit. Pág. 122.

¹⁴⁶ Cfr. MOYANO, Cristina (2004). Op. cit. Pág. 31

¹⁴⁷ «El pensamiento del MAPU». Op. cit. Pág. 12.

¹⁴⁸ Op. cit. Pág. 22.

¹⁴⁹ MOYANO, Cristina (2004). Op. cit. Pág. 39.

¹⁵⁰ Cfr. TÚPPER, Patricio (ed.) (1987). Op. cit. Pág. 123.

¹⁵¹ Boletín Venceremos, 1977. FDERT. Págs. 1 y 2. (No se ha podido determinar

con exactitud el mes). Este boletín fue uno de los medios de difusión del MAPU.

¹⁵² La mayoría de estas ideas están expuesta en las páginas del Boletín Venceremos de 1977, principalmente en la sección del Comentario Político, denominada «Es hora de enmendar rumbos» (desde la página 4 en adelante).

¹⁵³ TIRONI, Eugenio (1984). Op. cit. Pág. 22.

¹⁵⁴ Cfr. MOYANO, Cristina (2004). Op. cit. Pág. 42.

¹⁵⁵ Informe al partido sobre las resoluciones del Pleno, marzo 1980. FDERT. Pág. 2.

¹⁵⁶ Ibid.

¹⁵⁷ Cfr. MOYANO, Cristina (2004). Op. cit. Pág. 43.

¹⁵⁸ La guerrilla política de masas consistió básicamente en: 1) otorgar un fuerte rol a las acciones de agitación, propaganda y educación; 2) apropiarse de los requerimientos más básicos de la población para organizar una resistencia masiva a la dictadura; 3) la resistencia debía articularse en millones de pequeñas acciones; 4) la resistencia debía agruparse en torno a la constitución de Comités de Resistencia y de Comités de Fábricas; 5) se insistía en acciones de violencia no activa; 6) estos elementos posibilitaban una lucha autónoma del movimiento social y que la construcción de la nueva democracia fuera efectivamente más radical y por ende más socialista. Cfr. MOYANO, Cristina (2004). Op. cit. Págs. 43, 44 y 45.

¹⁵⁹ El FEXT también se denominó Dirección Política Exterior (DIPEX).

¹⁶⁰ Oscar G. Garretón, una vez fallecido el secretario general Rodrigo Ambrosio en 1972, impulsó en tiempos de la UP la línea más radical del partido. Fue considerado un «duro» y sus palabras encontraron eco en el MIR y en la Dirección del PSCh (estos sectores fomentaron, al interior de la UP, el polo revolucionario basado en el concepto del «poder popular»). Sin embargo, después del golpe de Estado, en plena década de los ochenta, Garretón se transformó en uno de los líderes activos de la renovación de la izquierda. Sus «inconsecuencias» ideológicas hasta el día de hoy son discutidas por sus pares. Con el reinicio de la democracia a comienzos de los años noventa, formó parte de diversos directorios de empresas privadas y transnacionales. Para un análisis

crítico (y sarcástico) frente a las nuevas posiciones adoptadas por los antiguos «duros» en la democracia de los noventa, recomendando el documental audiovisual de Marcos Enríquez-Ominami Chile: Los héroes están fatigados.
<http://video.google.com/videoplay?docid=-4376288028683978630#>

¹⁶¹ Dirección Exterior-MAPU, A los partidos hermanos de la izquierda chilena. París, octubre 1975 o 1978. FDERT. Pág. 9.

¹⁶² Carta del secretario general del MAPU, Oscar Guillermo Garretón, al secretario coordinador de los Partidos de la UP en el exterior, Jorge Arrate, Berlín, 28 de febrero 1976. FDERT. Pág. 1.

¹⁶³ La idea de una convergencia con la DC se hizo hegemónica en torno al II Pleno clandestino y con el inicio de la Convergencia Socialista.

¹⁶⁴ La UP en Chile carecía de representatividad y legitimidad. El grueso de sus líderes estaban en el exilio y las actividades fueron esporádicas. Los partidos de acuerdo al contexto dictatorial privilegiaron reuniones bilaterales.

¹⁶⁵ Cfr. MOYANO, Cristina (2004). Op. cit. Pág. 54. Sobre este punto, surgieron diferencias especialmente con el PCCh, ya que estos últimos (especialmente la Dirección exiliada en Moscú) persistían en un análisis economicista de los procesos sociales en curso.

¹⁶⁶ MOYANO, Cristina (2004). Op. cit. Pág. 58. Moyano realiza dicha apreciación en base a un documento del FETEX (Bélgica, 1977) y a una entrevista concedida por Ernesto Galaz en mayo del 2004.

¹⁶⁷ MOYANO, Cristina (2004). Op. cit. Pág. 61.

¹⁶⁸ Cfr. MAPU-Comité Central (MAPU-CC), «La resistencia proletaria y revolucionaria», Santiago de Chile, junio 1975. Pág. 36. Este documento clandestino e inédito lo obtuve gracias a la donación de Pedro Gaete –dirigente del MAPU y líder de la facción MAPU– Comité Central quien lamentablemente falleció hace algunos meses. Gracias, Pedro, por tu constante aporte a esta investigación.

¹⁶⁹ El MAPU-CC fue liderado, entre otros, por Pedro Gaete (miembro del CC). Gaete, quien se mantuvo al interior del país durante la resistencia, ejerció oposición a la dictadura desde la Casona de San Isidro, considerado uno de los

espacios de divulgación cultural más importante de aquella época. El MAPU-PT, liderado por Eduardo Aquevedo y Gonzalo Ojeda, desarrolló una línea de fuerte oposición a la DI. Tuvo presencia «significativa» en Concepción, Santiago de Chile y en el exilio europeo. Respecto de la influencia «maoísta», Gonzalo Ojeda reconoce dicho influjo, pero este fue abandonado después de que los chinos desistieran en ayudarles materialmente (económica-militar) en los años setenta. Además, señala que a la muerte de Mao, el PC chino cambió de línea política. Entrevista con Gonzalo Ojeda, 10-05-2010.

¹⁷⁰ Una de las primeras polémicas ocurrió cuando la DI nombró a Gonzalo Arroyo como encargado del partido en el exilio, ya que este no contaba, según Gonzalo Ojeda, con la legitimidad y trayectoria necesaria. Entrevista con Gonzalo Ojeda, 10-05-2010.

¹⁷¹ Piensachile.com (2012), «La muerte de nuestro amigo y compañero Pedro Gaete Soto ha cerrado el ciclo de su vida» [en línea] Disponible en: <http://www.piensachile.com/secciones/historia-memoria/9832-la-muerte-de-nuestro-amigo-y-companero-pedro-gaete-soto-ha-cerrado-el-ciclo-de-su-vida> [Fecha de consulta: 7 abril 2012]

¹⁷² MAPU-Comité Central (MAPU-CC). Op. cit. Pág. 36.

¹⁷³ El boletín De Frente fue el órgano oficial del partido hasta 1973. La facción MAPU-PT decidió reeditar el boletín en 1978 como respuesta comunicacional a la «fracción dirigente minoritaria».

¹⁷⁴ Cfr. MAPU-Comité Central (MAPU-CC). Op. cit. Págs. 1, 2 y 37.

¹⁷⁵ Op. cit. Págs. 1 y 37.

¹⁷⁶ Boletín De Frente N° 23. Op. cit. Pág. 6.

¹⁷⁷ Entrevista con Gonzalo Ojeda, 10-05-2010.

¹⁷⁸ Al MAPU-CC también se le conoció como «Bonapartista», ya que según ellos, Pinochet (como Napoleón) no sería más que la expresión o la figura representativa de la clase burguesa que se expresó en la crisis de 1973. Esta distinción peyorativa también tiene relación con el análisis que hizo esta facción sobre el carácter de la dictadura: Bonapartista conservadora.

¹⁷⁹ MAPU-Comité Central (MAPU-CC). Op. cit. Págs. 1. En este documento el MAPU-CC señala que la UP abrió un período táctico prerevolucionario que fracasó con el golpe de Estado. Con dicho acto beligerante de la clase dominante se abrió paso a un período contrarrevolucionario en lo táctico.

¹⁸⁰ Op. cit. Pág. 3. Las razones del por qué no la consideraron una dictadura de carácter fascista se pueden consultar en este mismo documento en las págs. 5, 6 y 7.

¹⁸¹ Boletín De Frente N° 23. Op. cit. Pág. 6. Las críticas del MAPU-PT a la «nueva» UP se pueden consultar en un documento titulado «La nueva» UP: definió su línea en Belgrado». Cfr. Boletín De Frente N° 24, agosto 1978. FDERT. Págs. 17-21. Según Gonzalo Ojeda, haber reeditado una alianza frentista hubiese generado la hegemonía de los comunistas chilenos, principalmente por el apoyo de los estados socialistas. Entrevista con Gonzalo Ojeda, 10-05-2010.

¹⁸² Boletín De Frente N° 23. Op. cit. Pág. 14. Algunas de estas tesis de resistencia y lucha contra la dictadura (guerra popular prolongada) serán absorbidas por la facción MAPU-Lautaro y la cultura Lautarista, liderada por Guillermo Ossandón Cañas (de nombre político «Diego Carvajal») en los años ochenta.

¹⁸³ MAPU-Comité Central (MAPU-CC). Op. cit. Pág. 16

¹⁸⁴ Según Gonzalo Ojeda, dirigente del MAPU-PT, «Tironi llega a imponer la dictadura (de la DI) y a nombrar y sacar gente en los comités locales y finalmente a expulsar a la gente que tenía una posición distinta. Él es el que cierra toda posibilidad de unidad, expulsando a Aquevedo, a Carlos Pulgar, a Jorge Rojas, a mí». Entrevista con Gonzalo Ojeda, 10-05-2010.

¹⁸⁵ La relación entre el MAPU-CC y el MAPU-PT tampoco surtió efecto a pesar de que ambas rivalizaron con la DI. No he encontrado documento que avale un trabajo mancomunado, pero sí testimonios que recuerdan lo contrario: «(Gaete) viajó al exterior a pactar con el MAPU Partido de los Trabajadores una forma de colaboración; volvió ilusionado luego de firmar con aquellos una serie de acuerdos sin saber que, al poco tiempo, la dirigencia de esa colectividad desconocería los compromisos contraídos con él», En: Piansachile.com (2012). Op. cit. [Fecha de consulta: 08 abril 2012].

¹⁸⁶ Según el testimonio de un militante del MAPU-PT (Jorge Venegas), el grueso

de estas facciones posteriormente adhirieron a la renovación en los años ochenta, recalando en el MAPU liderado por Garretón en pleno proceso de la convergencia socialista. Cfr. VALENZUELA, Esteban (2008). Op. cit. Pág. 116; Cfr. VALENZUELA, Esteban (2011). Op. cit. Pág. 417.

¹⁸⁷ TIRONI, Eugenio (1984). Op. cit. Pág. 138.

¹⁸⁸ MOYANO, Cristina (2006). Op. cit. Pág. 366.

¹⁸⁹ El partido se organizó bajo la conducción del Secretariado, órgano compuesto por un pequeño grupo de miembros del Comité Central. En el Secretariado destacaron nombres como: Jaime Gazmuri, María Antonieta Saa, Fernando Ávila, Enrique Correa o Alejandro Bell.

¹⁹⁰ El MAPU-OC en uno de los primeros documentos, denominado Sobre el carácter democrático de nuestra revolución, de finales de 1973, adhirió a la propuesta del PCCh de crear un Frente Antifascista.

¹⁹¹ Desde un comienzo el partido estableció que la máxima dirección, el Secretariado, estaría en Chile y no se asilarían. Lo anterior quiso evitar futuras rencillas con el exilio. Así lo recuerda su secretario general, Jaime Gazmuri: «Nosotros resolvimos este problema estableciendo que la máxima dirección del partido se hallaba dentro del país. No había una dirección compartida, la dirección exterior era una dirección subordinada», En: GAZMURI, Jaime (2000), El sol y la bruma, Santiago de Chile: Ediciones B. Pág. 247.

¹⁹² Entrevista con Jaime Gazmuri, 06-05-2010.

¹⁹³ TORREJÓN, Carolina, (2003). Op. cit. [Fecha de consulta: 9 diciembre 2009]

¹⁹⁴ GAZMURI, Jaime (1974), Aprender las lecciones del pasado para construir el futuro, Santiago de Chile: Editorial Nueva Democracia. FDERT. Pág. 8. Para el MAPU-OC, el papel de las fuerzas opositoras incidió claramente, pero no fue gravitante. Sin embargo, analizaron la derrota también desde esa perspectiva. Los errores frente a la estrategia de la reacción (nacional-internacional), se explicaron a partir de dos insuficiencias: a) la incapacidad para impulsar la lucha ideológica como un proceso de masas; b) no haber buscado la fórmula para incorporar al proceso revolucionario a las corrientes políticas no marxistas (centro político).

¹⁹⁵ Cfr. BASCUÑÁN, Carlos (198-a). Op. cit. Págs. 25 y 26.

¹⁹⁶ Las Tareas del Pueblo en la Hora Presente, Comité Central del MAPU-OC, Santiago de Chile, febrero 1974. Págs. 10 y 11.

¹⁹⁷ El MIR, por ejemplo, mantuvo un programa alternativo al gobierno de Allende: el Poder Popular entendido, según las palabras del propio Miguel Enríquez, como un «gobierno local autónomo de los poderes del Estado». Propuso madurar el proceso revolucionario, para desencadenar una guerra revolucionaria –prolongada e irregular– para levantar un gobierno con base popular obrera y campesina. El PSCh encabezado por Altamirano y el MAPU de Garretón, mantuvieron, con ciertos matices, un grado de concordancia con el MIR, bajo la consigna del «avanzar sin trazar».

¹⁹⁸ El análisis del partido sobre las causas de la derrota y la crítica furtiva a las influencias de los grupos «revolucionarios pequeño burgueses» tiene relación con las conclusiones iniciales que hizo el PCCh (especialmente crítico con el MIR). Entrevista con José Viera-Gallo, 07-03-2010.

¹⁹⁹ Las Tareas del Pueblo en la Hora Presente. Op. cit. Pág. 14. Para el MAPU-OC la política hacia las FF. AA. no tuvo la consistencia suficiente para «ganar los sectores constitucionales».

²⁰⁰ Cfr. BASCUÑÁN, Carlos (198-a). Op. cit. Pág. 30.

²⁰¹ INSULZA, J.M. (1979), «Crisis y perspectivas de la Unidad Popular», En: Revista Chile-América N° 52-53, marzo-abril-mayo 1979. Pág. 85.

²⁰² Ibid.

²⁰³ Desde la perspectiva militar, el partido consideró que el uso de la fuerza armada, durante la UP, no debía transformarse en el centro de una estrategia. Sin embargo, consideró que su utilización se justificaba para establecer una defensa ante la reacción. El uso de la fuerza armada para derrocar la dictadura tampoco fue considerada por la Dirección. «Nuestro dispositivo era más bien de apoyo a fuerzas armadas leales y de hostigamiento a fuerzas rebeldes, pero era evidente que ese cuadro no se estaba dando (...) Nosotros, desde el comienzo, entendimos que militarmente no había nada que hacer (...) Nosotros nunca tuvimos tentaciones guerrilleras», En: GAZMURI, Jaime (2000). Op. cit. Págs. 152, 154 y 185.

²⁰⁴ Entrevista con Jaime Gazmuri, 06-05-2010.

²⁰⁵ Según Gazmuri el temprano reconocimiento (1974) de una alianza con la DC «era de una audacia intelectual y política». Entrevista con Jaime Gazmuri, 06-05-2010.

²⁰⁶ Sobre el carácter democrático de nuestra revolución, MAPU-OC, noviembre 1973. FDERT. Pág. 1. Los paréntesis son de mi autoría.

²⁰⁷ El FA fue una propuesta impulsada por el PCCh. Tuvo por objeto reunir a todas los partidos y sectores que se oponían a la dictadura. El MAPU-OC fue uno de los sectores más proactivos, ejerciendo en ocasiones como bisagra entre posiciones antagónicas. Esta propuesta estuvo llena de vaivenes y desconfianzas, ya que un sector de la izquierda fue reacia a estrechar lazos con la DC, por su anómalo papel en la caída de Allende. Además, la DC tampoco estaba dispuesta a compartir una alianza con los partidos de izquierda. Específicamente sentía reticencias a unirse con el PCCh.

²⁰⁸ FERNÁNDEZ, Alex (1985). Op. cit. Pág. 353.

²⁰⁹ Las Tareas del Pueblo en la Hora Presente. Op. cit. Pág. 30. La investigadora Moyano señala que aunque el MAPU-OC intentó reflotar la UP (especifica que la supervivencia de esta alianza fue uno de sus objetivos en el período 73-79), el partido criticó duramente tanto la forma como el fondo de la UP.

²¹⁰ Entrevista con Jaime Gazmuri 05-06-2010.

²¹¹ Ambas citas En: MOYANO, Cristina (2006). Op. cit. Pág. 345.

²¹² BASCUÑÁN, Carlos (198-a). Op. cit. Pág. 52. El propio secretario general del partido, Jaime Gazmuri, en una entrevista concedida a la revista Resistencia Chilena, órgano oficial del CEX, declaró lo ambiguo que resultaba la propuesta unitaria de los partidos obreros y leninista: «no es a nuestro juicio una cuestión que hoy día este planteada, por tanto no constituye para nosotros un objetivo de esta fase. Pensamos que hay muchos procesos que tienen que desarrollarse para que esa cuestión se ponga como un objetivo, si es que va a ser necesario algún día», En: Revista Resistencia Chilena N° 15, marzo-abril 1978. FDERT. Pág. 13. En entrevista con Gazmuri ratificó la inocuidad de la fusión del «trío» (PSCCh-PCCh-MOC). Admite, en todo caso, que fue efectiva la intención de forjar un «núcleo de dirección» al interior del país. Entrevista con Jaime Gazmuri, 05-06-

2010.

²¹³ Cfr. MOYANO, Cristina (2006). Op. cit. Pág. 346. Estas primeras diferencias internas solo se resolverán en el V Pleno de 1979.

²¹⁴ Al parecer el trabajo desplegado por el PCCh y PSCh (inclusive el MIR) en los frentes obrero y sindical fue más efectivo. Además por aquella época comenzó a fraguarse el Plan Laboral de la dictadura que desbarató la organización de los sindicatos y la relación de estos con los partidos.

²¹⁵ Entrevista con J. J. Brunner, 03-06-2010.

²¹⁶ Ambas citas en TORREJÓN, Carolina (2000). Op. cit. Pág. 71.

²¹⁷ Entrevista con J. J. Brunner, 03-06-2010.

²¹⁸ Entrevista con J. J. Brunner, 03-06-2010. Brunner especifica que quienes trabajan desde el frente cultural señalaban que la dictadura quería generar una especie de nuevo tipo de conformismo, cuyo vehículo principal era el consumo: «Decíamos esto es un mecanismo cultural nuevo de hegemonización de masas en condiciones de dictadura. Pero no es, digamos, que las masas vayan a hacer conducidas a integrarse al sistema represivamente, sino conducidas al mercado como consumidores, a hacerse parte de esta revolución capitalista en curso».

²¹⁹ Entrevista con J. J. Brunner, 03-06-2010.

²²⁰ Cfr. TORREJÓN, Carolina (2003). Op. cit. [Fecha de consulta: 9 diciembre 2009]

²²¹ Saludo al P.C.U.S. en el 60 aniversario de la revolución, Secretariado del Comité Central MAPU-OC, octubre 1977. FDERT. Pág. 2. Además, en dicho documento se ensalzan los valores de la Revolución de Octubre, los cuales, señalan, han servido de ejemplo y guía para al partido.

²²² Me refiero al documento interno: MAPU-OC: Documento Político, enero 1976.

²²³ MAPU-OC, Bandera Verde (documento informativo) mayo 1976. Pág. 6. Citado En: TORREJÓN, Carolina (2000). Op. cit. Pág. 71.

²²⁴ Es menester destacar que el MAPU-OC tuvo entre sus filas a destacados e influyentes intelectuales. Se especifica que este ha sido uno de los aportes más significativo del partido al conjunto de la izquierda, ya que desarrollaron las bases del proceso revisionista. Destacan, entre otros, Tomás Moulián, J. J. Brunner, Manuel Antonio Garretón, Augusto Varas, Julieta Kirkwood (asociados a FLACSO o SUR). Hoy existen diversos artículos y ensayos que explican la influencia de los mapucistas en los triunfos de la Concertación. A pesar de que el partido desapareció, sus líderes fueron las cabezas visibles de la transición a la democracia en la década de los noventa. Un grueso de ellos, ocupó importantes ministerios, secretarías y directorios de empresas estatales. De ahí que se diga, incluso como hipótesis, que el MAPU en su conjunto dirigió la transición (pactada) y fue el eje de la Concertación. Sobre este tema Cfr: Ex Mapus en el PS: La izquierda de corbata italiana (I parte), En: Revista El Periodista N° 17, 5 agosto 2002; MAPU, asalto al poder, En: Revista Qué Pasa, 27 mayo 2001; Rebeldes con vocación de poder (MAPU), En: Revista Punto Final N° 573, agosto 2004.

²²⁵ ARRATE, Jorge y ROJAS, Eduardo (2003). Op. cit. Págs. 247 y 248.

²²⁶ Entrevista con Jaime Gazmuri, 05-06-2010. Gazmuri señala, incluso, que él se involucró personalmente en la financiación de FLACSO en Chile.

²²⁷ La UJD publicó clandestinamente la revista Primera Línea, que si bien era de escasa elaboración gráfica, logró receptividad entre los jóvenes de izquierda. En sus páginas predominaron las temáticas culturales y sociales, sin descuidar por cierto el instrumental político. La UJD también dirigió la revista La Bicicleta, que según Gazmuri «tuvo mucho que ver con el trabajo de la UJD (...) La revista tuvo un gran impacto cultural», En: GAZMURI, Jaime (2000). Op. cit. Pág. 260.

²²⁸ MOYANO, Cristina (2006). Op. cit. Pág. 355.

²²⁹ ARRATE, Jorge y ROJAS, Eduardo (2003). Op. cit. Pág. 239.

²³⁰ Entrevista con Jaime Gazmuri, 05-06-2010.

²³¹ BASCUÑÁN, Carlos (198-a). Op. cit. Pág. 53.

²³² Op. cit. Pág. 8 y 9.

²³³ Cfr. Comunicado al Comité Central, Secretariado del C.C. MAPU-OC, enero 1979. FDERT. Pág. 1.

²³⁴ Op. cit. Pág. 17.

²³⁵ Comunicado al Comité Central. Secretariado del C.C MAPU-OC, junio 1979. FDERT. Pág. 11.

²³⁶ «La autora se inclina por la última hipótesis, aún cuando no logró reunir suficiente evidencia para sostenerla». La anterior frase es un pie de página de la investigación de Carolina Torrejón.

²³⁷ TORREJÓN, Carolina (2000). Op. cit. Pág. 72.

²³⁸ MAPU-OC: «Amigos y Compañeros» (discurso de conmemoración del X Aniversario), junio 1979. Pág. 1. Citado En: TORREJÓN, Carolina (2000). Op. cit. Pág. 73. A pesar de esta situación el Secretariado mantuvo una fe ciega en la elaboración del Programa. En la cuenta que rindió en el V Pleno sobre el desarrollo del partido en el sexenio de la dictadura, señaló: «Pensamos que la discusión de nuestra proposición programática debe constituir la principal operación político-ideológica del próximo año. Concebir así el proceso de discusión del programa nos permitirá influir positivamente en la superación de la crisis de la izquierda, ampliar la influencia del partido en el movimiento popular y atraer al partido a todos los sectores de masas y políticos», En: Secretariado MAPU-OC, Comité Central del MAPU-OC. V Pleno, Santiago de Chile, junio 1980. FDERT. Pág. 34.

²³⁹ Cfr. MOYANO, Cristina (2006). Op. cit. Pág. 350.

²⁴⁰ MAPU-OC, Comité Central del MAPU-OC. V Pleno, Santiago de Chile, junio 1980. FDERT. Pág. 9

²⁴¹ Cfr. NÚÑEZ, Ricardo (1984), La realidad escindida. El partido del Interior y del Exilio, En: Revista Nueva Sociedad N° 74, sep-oct 1984. Pags. 20-26.

²⁴² En la CEX participaron destacados dirigentes como: Jaime Estévez, Enrique Correa, Carlos Bau (todos ellos exiliados en la URSS), José Antonio Viera-Gallo (Italia), José Miguel Insulza (México y Europa) o Juan Enrique Vega (Argentina).

²⁴³ El Boletín Informativo N° 2 del Comité Central del MAPU-OC, en su primer párrafo, da cuenta de esta situación, pero aclara que la mayoría de las opiniones y proposiciones de la CEX estarán en la tabla del próximo Pleno (V Pleno) a celebrarse a finales de 1979 y principios de 1980.

²⁴⁴ Cfr. Boletín Informativo N° 2, Comité Central del MAPU-OC, octubre 1979. FDERT. Págs. 12-16.

²⁴⁵ Op. cit. Pág. 13.

²⁴⁶ Ibid.

²⁴⁷ Gazmuri señala que las intervenciones soviéticas en Afganistán y posteriormente en Polonia fueron decisivas en la ruptura con el PCUS. Reconoce que posterior a la declaración el financiamiento desde Moscú se cortó.

²⁴⁸ Entrevista con Jaime Gazmuri, 06-05-2010.

²⁴⁹ GAZMURI, Jaime (2000). Op. cit. Pág. 275.

²⁵⁰ Inclusive señalan que las limitaciones son fruto de una adopción estalinista. Cfr. BASCUÑÁN, Carlos (198-a). Op. cit. Pág. 57.

²⁵¹ TORREJÓN, Carolina (2000). Op. cit. Págs. 113 y 114.

²⁵² Cfr. TORREJÓN, Carolina (2003). Op. cit. [Fecha de consulta: 9 diciembre 2009]

²⁵³ El Pleno comenzó los primeros días de enero de 1980 y se extendió en los siguientes meses, caracterizándose por una alta participación y disensión en los temas tratados. La tabla del V Pleno incluyó una cuenta del Secretariado sobre el desarrollo del partido en la etapa de la dictadura; discusión de las normas orgánicas y de funcionamiento; tratar un informe de la comisión de control y cuadros; y una «proposición sobre el método de discusión y aprobación del programa del partido». Citación y tabla para el V Pleno del Comité Central, Secretariado del CC, diciembre 1979. Pág. 1. Citado En: TORREJÓN, Carolina (2000). Op. cit. Pág. 66.

²⁵⁴ Entrevista con José Viera-Gallo, 07-05-2010. En este sentido señala que los saludos de la Dirección al PCUS fue un problema constante entre el interior y el

CEX.

²⁵⁵ Entrevista con Jaime Gazmuri, 05-06-2010. A modo de ejemplo, Gazmuri reitera que desde la Dirección se avaló la continuidad y financiamiento de FLACSO: «como Dirección nos preocupamos de que eso existiera, sabiendo lo que estaba pensando».

²⁵⁶ Cfr. VALENZUELA, Esteban (2008). Op. cit. Pág. 120.

²⁵⁷ Entrevista con Jaime Gazmuri, 05-06-2010.

²⁵⁸ Entrevista con J. J. Brunner, 03-06-2010.

²⁵⁹ La IC fue sin duda el partido más pequeño de la UP. Los documentos internos son escasos y por ello fue difícil la recopilación de los mismos. Sin embargo, el rescate de revistas internas nos entrega una interesante fuente de documentación.

²⁶⁰ Entrevista con Luis Maira, 19-05-2010.

²⁶¹ Eugenio Díaz fue primer secretario del partido desde 1973 hasta 1981 (en reemplazo de Bosco Parra).

²⁶² Revista Combatiente N° 1, octubre 1975. CEME. Pág. 5.

²⁶³ Op. cit. Pág. 8.

²⁶⁴ Cfr. BASCUÑÁN, Carlos (1990). Op. cit. Pág. 124. El autor cita un documento interno llamado: Breve información sobre la IC de Chile, Santiago de Chile, noviembre de 1973. Págs. 4 y 5. Este debe ser uno de los primeros documentos posteriores al golpe de Estado.

²⁶⁵ I Congreso Nacional, Documento Final, Comité Central IC, septiembre 1978. Pág. 3.

²⁶⁶ Op. cit. Págs. 3 y 4. Respecto del rol de la burguesía, se señaló que ella no fue la responsable directa de la derrota: «La derrota de la UP es fruto de sus propias deficiencias y no es atribuible a la sola fortaleza del enemigo». En este sentido, el partido se avino con las conclusiones autocríticas que hicieron los dos Mapus.

²⁶⁷ Cfr. BASCUÑÁN, Carlos (1990). Op. cit. Pág. 125.

²⁶⁸ Revista Combatiente N° 8, diciembre 1976-enero 1977. FDERT. Págs. 1 y 2.

²⁶⁹ La discusión sobre los métodos de lucha fue recurrente. Esteban Valenzuela en su investigación señala que hacia 1983 se produce una de las mayores divergencias en la IC frente a la legitimidad del uso de la fuerza militar. Especifica que el texto Fuerza civil, fuerza militar del dirigente Bosco Parra fomentó la discusión y reflató la viabilidad de la fuerza militar propia como opción para enfrentar la dictadura. Según Valenzuela el texto de Parra estuvo fuertemente influenciado por la contingencia revolucionaria de Nicaragua, El Salvador y el asesinato del arzobispo Romero. Cfr. VALENZUELA, Esteban (2008). Op. cit. Pág. 135.

²⁷⁰ I Congreso Nacional, Documento final. Op. cit. Pág. 12.

²⁷¹ Eugenio Díaz (primer secretario de la IC de la época) firmaba bajo el seudónimo de «Ignacio Cienfuegos».

²⁷² Se refiere al sector demócratacristiano que se identificó con el líder y expresidente de la República Eduardo Frei Montalva. Este sector conservador mantuvo una oposición moderada frente a la dictadura y fue contrario a todo acercamiento con los partidos de la UP.

²⁷³ DÍAZ, Eugenio (1977). «Qué ha pasado con la política de acciones comunes», En: Revista Chile-América N° 28-29-30, feb-mar-abril 1977. Págs. 164 y 165. En el mismo documento el dirigente propuso la aplicación de una política de acciones comunes (PAC). Al respecto ver la editorial de Revista Combatiente N° 12, sept 1977. En las últimas páginas de la revista, en palabras de otro líder, Bosco Parra, se explica la aplicación de la PAC.

²⁷⁴ Ibid.

²⁷⁵ I Congreso Nacional, Documento Final. Op. cit. Pág. 6.

²⁷⁶ Cfr. TÚPPER, Patricio (ed.) (1987). Op. cit. Pág 82.

²⁷⁷ Cfr. ARRATE, Jorge y ROJAS, Eduardo (2003). Op. cit. Pág. 249.

²⁷⁸ Entrevista con Luis Maira, 19-05-2010.

²⁷⁹ Cfr. I Congreso Nacional, Documento Final. Op. cit. Págs. 9 y 10.

²⁸⁰ Cfr. Op. cit. Pág. 12.

²⁸¹ Revista Liberación N° 14, 1979. FDERT. Pág. 4. Esta revista es otra publicación oficial de la IC de circulación clandestina.

²⁸² Op. cit. Pág. 5.

²⁸³ Revista Liberación Especial Aniversario, octubre 1980. FDERT. Pág. 7.

²⁸⁴ Al encuentro asistieron Luis Maira y Sergio Bitar por la IC. Ambos fueron líderes relevantes en la izquierda y sus proposiciones no dejaron de tener influencia entre las bases. Por el MAPU-OC participó José Miguel Insulza, José A. Viera-Gallo y Fernando Flores. También participaron altos dirigentes de la DC.

²⁸⁵ Citado En: ARRATE, Jorge y ROJAS, Eduardo (2003). Op. cit. Pág. 277.

²⁸⁶ Permítanme documentarles que la revista Chile-América (editada en Roma) fue uno de los medios de difusión más importantes del exilio chileno. Fue liderada por dirigentes del MAPU-OC, de la DC (del ala progresista) y la IC (en la persona de Julio Silva Solar). Se editó durante diez años, siendo su primer número en septiembre de 1974 y el último en octubre de 1983. Ofreció tribuna especialmente a aquellos líderes políticos que se identificaron con la renovación ideológica de la izquierda. Más allá de este hecho puntual, el alcance y difusión de la revista le permitió transformarse en pocos años en un interesante medio de debate que analizó las diversas ideas que se incubaban en el seno de la izquierda. «Su continuidad, la apertura y pluralidad de sus análisis políticos, la viveza del debate, la variedad de información y la calidad de sus secciones periodísticas, la convirtieron en un signo de referencia importante en la treintena de países donde pudo circular», En: Chile.exilio.free.fr (1973), «Exilio chileno y cultura, cultura y solidaridad internacional: Revista a las revistas del exilio» [online] Disponible en: <http://chile.exilio.free.fr/chap03e.htm> [Fecha de consulta: 30 enero 2010].

²⁸⁷ SILVA SOLAR, Julio (1976), Notas sobre un proyecto político para Chile, En: Revista Chile-América N° 25-26-27, nov-dic 1976-enero 1977. Pág. 67.

²⁸⁸ SILVA SOLAR, Julio (1976). Op. cit. Págs. 67 y 68.

²⁸⁹ Al respecto, Yocelovsky señala: «El problema apareció abiertamente en enero de 1977 con las críticas de Julio Silva Solar al discurso que pronunció Luis

Corvalán en Moscú el 4 de enero y en el que reafirmaba la validez estratégica de la dictadura del proletariado», En: YOCELEVSKY, Ricardo (2002). Op. cit. Pág. 230.

²⁹⁰ Cfr. SILVA SOLAR, Julio (1977), La vía institucional y la caída del gobierno de la Unidad Popular, En: Revista Chile-América N° 35-36, octubre 1977. Págs. 177-182.

²⁹¹ Señala Silva Solar que las posiciones leninistas –que fomentaron la radicalización del proceso– debilitaron la esencia del proyecto y favorecieron la acción del golpismo (que estuvo a la espera de ejercer la violencia). Las fuerzas reaccionarias de oposición deseaban llevar el conflicto fuera del campo institucional, ya que la correlación de fuerzas (en ese plano) les era ampliamente superior. El propio golpe demostró que las fuerzas del movimiento popular no estaban preparadas para hacer frente a tamaño despliegue de la oposición, encabezadas por las FF. AA.

²⁹² SILVA SOLAR, Julio (1977). Op. cit. Pág. 178.

²⁹³ Op. cit. Pág. 181. El primer paréntesis es mío.

²⁹⁴ Cfr. BITAR, Sergio (1978), Homenaje a la memoria de Allende, En: Revista Chile-América N° 46-47, sept-oct 1978. Págs. 11-13. VIERA-GALLO, José (1976), Reflexiones para la formulación de un proyecto democrático para Chile, En: VIERA-GALLO, José (1989), Chile: Un nuevo Camino, Santiago de Chile: CESOC. Este documento es una síntesis de la ponencia presentada en el seminario realizado en 1976 en la Reunión de Nueva York.

²⁹⁵ SILVA SOLAR, Julio (1977). Op. cit. Pág. 182.

²⁹⁶ Revista Combatiente N° 13, octubre 1977. FDERT. Pág. 5.

²⁹⁷ El Plebiscito Nacional del 4 enero de 1978 fue un referéndum que consultó el apoyo o rechazo a la legitimidad del régimen militar. La consulta nacional resultó ser un fraude, ya que careció de las mínimas normas y condiciones constitucionales. Además, recibió la condena de los organismos internacionales.

²⁹⁸ Revista Combatiente N° 14, enero 1978. FDERT. Pág. 4.

²⁹⁹ Revista Chile-América N° 39-40, diciembre 1977. Págs. 89 y 90.

³⁰⁰ Cfr. Revista Chile-América N° 39-40, diciembre 1977. En este número podemos encontrar en detalle el Pacto Básico de Acción, firmado por las Comisiones Políticas de la IC y del MAPU.

³⁰¹ Cfr. Revista Liberación N° 14, 1979. FDERT. Págs. 27 y 28.

³⁰² Op. cit. Págs. 29 y 30.

³⁰³ Op. cit. Pág. 27.

³⁰⁴ Op. cit. Pág. 30.

³⁰⁵ FERNÁNDEZ, Alex (1985). Op. cit. Pág. 354.

³⁰⁶ TÚPPER, Patricio (Ed.) (1987). Op. cit. Pág. 83.

³⁰⁷ BASCUÑÁN, Carlos (1990). Op. cit. Pág. 130.

³⁰⁸ Revista Liberación, Especial Aniversario, octubre 1980. FDERT Pág. 7.

³⁰⁹ Los tres eventos serán objeto de análisis en los siguientes subcapítulos.

³¹⁰ Cfr. BASCUÑÁN, Carlos (1990). Op. cit. Pág. 128

³¹¹ Entrevista con Luis Maira, 19-05-2010.

³¹² DEL CAMPO, Esther (1995), El Partido Socialista chileno: Una larga historia de faccionalismo, En: LÓPEZ NIETO, Lourdes (1995), Política faccional y democratización, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales. Pág. 153.

³¹³ DÁVILA, Mireya (1994), «Historia de las ideas de la renovación socialista». Tesis (Tesis Licenciatura). Santiago de Chile. Universidad Católica de Chile. Pág. 32.

³¹⁴ La alusión a las prácticas reformista fueron en parte dirigidas a los comunistas.

³¹⁵ Cfr. Comité Central del PSCh, A los dirigentes del Partido Socialista, Santiago de Chile, noviembre 1973. Pág. 2

³¹⁶ Op. cit. Pág. 4. Si existe algún error de redacción o tipográfico es mi

responsabilidad, ya que el estado del documento es deficiente y algunos párrafos son ilegibles. Sin embargo, este ejemplar es muy valioso, ya que solo fue posible conseguirlo gracias a la donación de una colección de documentos (en formato de microfichas) que hizo la biblioteca del Centro de Estudios y Documentación Latinoamericanos (CEDLA) de Ámsterdam. Agradezco a Gerson Kuiper, miembro de CEDLA, por tan valioso aporte.

³¹⁷ FERNÁNDEZ, Alex (1985). Op. cit. Pág. 309.

³¹⁸ Comité Central del PSCh, A los dirigentes del Partido Socialista. Op. cit. Pág. 11.

³¹⁹ Cfr. Op. cit. Pág. 9 en adelante. También Cfr. Partido Socialista de Chile, Algunas ideas sobre la revolución chilena, febrero 1974. Pág. 3.

³²⁰ Un porcentaje importante de la DI fue miembro del Comité Central elegido en el XXIII Congreso de la Serena de 1971. De allí su grado de legitimidad. Estos decidieron sumar a una parte de la Dirección de la JS (Carlos Lorca). La DI estuvo dirigida en su mayoría por una facción denominada los Elenos dentro de los cuales se encontraban conocidos dirigentes como Exequiel Ponce, Carlos Lorca, Gustavo Ruz, Ricardo Lagos Salinas, Arnoldo Camú y Víctor Zerega. Esta facción resultaría ser uno de los sectores mejor organizados, ya que, en un principio, contó con el apoyo del exterior.

³²¹ Los Elenos habiendo perdido protagonismo durante la UP recobraron posterior al golpe su papel dirigente al interior del partido. En tiempos de la UP fueron partidarios de afianzar la conducción de Allende, de aunar posiciones con el MAPU-OC y el PCCh y postularon una alianza hegemónica entre socialistas-comunistas. Tuvieron discrepancias con la línea asumida por el secretario general, Carlos Altamirano, por su constante apego a posiciones radicalizadas, que según ellos, no hicieron más que desperfilar el proyecto de la UP.

³²² El documento menciona diversas razones. Entre ellas destacan: falta de una vanguardia revolucionaria; intervención imperialista de EE.UU.; la ofensiva de la derecha nacional; la ausencia de apoyo al gobierno dentro de las FF.AA; la incorrecta suposición de que era posible realizar el proceso revolucionario dentro de las instituciones burguesas.

³²³ Comité Central del PSCh, Al calor de la lucha contra el fascismo, construir la fuerza dirigente del pueblo para asegurar la victoria, Santiago de Chile, marzo

1974. AISA. Pág. 8.

³²⁴ Op. cit. Pág. 20.

³²⁵ Ibid.

³²⁶ ORTIZ, Edison (2007). Op. cit. 235. Incluso el Documento de Marzo afirma que la derrota política de la UP estuvo sellada antes del 11 de septiembre de 1973, debido a la incapacidad del gobierno y del movimiento de masas por aunar fuerzas. Esta dislocación generó no solo la promoción, sino la profundización de posiciones antagónicas que terminaron por disgregar a las fuerzas del movimiento popular. Cfr. Comité Central del PSCh, Al calor de la lucha contra el fascismo, construir la fuerza dirigente del pueblo para asegurar la victoria, Op. cit. Pág. 9. Esta apreciación coincide con lo expuesto por Gonzalo Ojeda (MAPU-PT), quien señaló, en entrevista, que el causal teórico del MAPU sostenía que el proyecto de la UP iba directo a una derrota.

³²⁷ Comité Central del PSCh, Al calor de la lucha contra el fascismo, construir la fuerza dirigente del pueblo para asegurar la victoria. Op. cit. Pág. 12.

³²⁸ Op. cit. Pág. 19.

³²⁹ Desde otra óptica Alex Fernández señala que, a pesar de los propósitos ideológicos de construir un futuro modelo socialista, la necesidad imperiosa de forjar alianzas antidictatoriales con diversos sectores democráticos hizo incorporar al PSCh y a la izquierda nuevas dimensiones conceptuales, como la necesidad de fortalecer y profundizar políticas democráticas: «El problema político esencial que la experiencia de la dictadura plantea a las fuerzas políticas de izquierda es el de las relaciones entre democracia, liberación nacional y socialismo. De ahí que la tarea de construir una alianza estratégica, que concrete la aspiración de la «Unidad de todo el pueblo», sea paralela al objetivo por establecer formas superiores de democracia en el período postdictatorial», En: FERNÁNDEZ, Alex (1985). Op. cit. Pág. 351.

³³⁰ Cfr. FURCI, Carmelo (2008). Op. cit. Pág. 219.

³³¹ FURCI, Carmelo (2008). Op. cit. Pág. 217.

³³² BASCUÑÁN, Carlos (1990). Op. cit. Pág. 72.

³³³ El faccionalismo en el PSCh tampoco fue un pilar de apoyo para el futuro período transicional, aunque en algunos casos al faccionalismo se le reconozca dicha importancia, Cfr. BELLONI, Frank y BELLER, David (Eds.) (1978), Faction politics: Political parties and factionalism in comparative perspective, Santa Bárbara: ABC-Clio.

³³⁴ Según Esther del Campo para el presente caso las facciones se recrean «como responsables en cierto grado de la debilidad partidista, la desintegración de la unidad de los partidos, la corrupción y el oportunismo entre los líderes de estos», En: DEL CAMPO, Esther (1995). Op. cit. Pág. 137. Es necesario destacar que en el caso del PSCh los niveles de corrupción fueron menores.

³³⁵ Ricardo Núñez, líder socialista, introdujo el concepto de partido escindido para referirse a la división orgánica que operó en el PSCh entre el interior y el exilo.

³³⁶ YOCELEVSKY, Ricardo (2002). Op. cit. Pág. 235.

³³⁷ Las investigaciones de ORTIZ, Edison (2007) y VARGAS y DÍAZ (2007) señalan que son estas las cuatro principales facciones que se organizaron posterior al 11 de septiembre de 1973.

³³⁸ Cfr. YOCELEVSKY, Ricardo (1986), El partido socialista de Chile bajo la dictadura militar, En: Revista Foro Internacional N° 105, julio-sept. 1986. Pág. 127.

³³⁹ Para el autor de El desarrollo de las ideas socialistas, Sebastián Jans, la principal influencia ideológica de los dirigentes de la CNR era el trotskismo.

³⁴⁰ Llama la atención que la sigla MAS sea desglosada, en ocasiones, de manera diferente. Por ejemplo, Movimiento al Socialismo o Movimiento de Acción Sindical. Sin embargo, al revisar un par de revistas relacionadas a la facción MAS, podemos corroborar que el nombre correcto es el que señalamos más arriba. Al respecto Cfr. Revista Socialistas a luchar (MAS-USP, editada por la Comisión Exterior de Europa) y revista El Socialista.

³⁴¹ Cfr. ORTIZ, Edison (2007). Op. cit. Pág. 239. Según el MAS el partido posterior a la caída de la UP, fue dirigido por una amalgama de «altamiranistas, calderonistas, moscovistas y otros istas» quienes, no supieron convertir su verbalismo en la práctica, el mismo 11 de septiembre de 1973 y «prefirieron las

trincheras de las embajadas, para continuar desde allí hacia el exilio, e iniciar o reiniciar, su bombardeo dialéctico contra la Junta Militar, soslayando hábilmente la temática de la huída. Se apoderaron del exilio y administraron el dolor de los perseguidos», En: Boletín El Socialista N° 2. Publicación de los socialistas exiliados en Europa. sn.

³⁴² ORTIZ, Edison (2007). Op. cit. Pág. 238.

³⁴³ Cfr. YOCELEVSKY, Ricardo (2002). Op. cit. Pág. 237.

³⁴⁴ Informe de visita a Chile, enero 1975. FDERT. Pág. 1. También Cfr. DEL CAMPO, Esther (1995). Op. cit. Pág. 148.

³⁴⁵ Op. cit. Pág. 2.

³⁴⁶ CNR, Documento de Abril. 1975. AISA. Pág. 2.

³⁴⁷ Op. cit. Pág. 14.

³⁴⁸ YOCELEVSKY, Ricardo (2002). Op. cit. Pág. 240

³⁴⁹ Cfr. BASCUÑÁN, Carlos (1990). Op. cit. Pág. 72.

³⁵⁰ YOCELEVSKY, Ricardo (2002). Op. cit. Pág. 240. Debido a estas propuestas el PCCh no llegó a establecer las mejores relaciones con la CNR. Los comunistas fueron proclives a legitimar a la DI y a estrechar lazos con Almeyda en el exilio.

³⁵¹ PSCh, Pleno de la Habana, 1975, mayo 1975. AISA. Págs. 21 y 22. Con objeto de zanjar la polémica en torno al Documento de Marzo el Pleno estableció que dicho material era útil para la discusión interna. Sin embargo, se acordó que el documento resolutivo que emanara del Pleno de la Habana, gozaría de total legitimidad y se transformaría en la voz oficial del partido. Estableció además la incuestionabilidad del CC elegido en la Serena 1971. Dicho comité sería el único organismo que regularía la política del partido. Ratificó la creación de un Secretariado Exterior y una Dirección Interior. Un pequeño resumen de las decisiones adoptadas en el Pleno de la Habana, Cfr. Minuta sobre problemas de dirección interior y cuestiones del partido, Documento interno del partido, julio 1976. AISA. Pág. 2.

³⁵² PSCh, Pleno de la Habana, 1975. Op. cit. Pág. 17. Además, se definió el objetivo y el carácter socialista de la revolución chilena: «El objetivo de la revolución chilena, en consecuencia, sigue siendo el socialismo, vale decir, la toma del poder por los partidos de la clase obrera y sus aliados, para destruir el capitalismo y su superestructura jurídico-política e ideológica y construir una sociedad socialista, con sus correspondientes formas de poder y de conciencia social», En: PSCh, Pleno de la Habana, 1975. Op. cit. Pág. 16.

³⁵³ Op. cit. Pág. 17.

³⁵⁴ Op. cit. Pág. 21.

³⁵⁵ Este anuncio fue más bien una cuestión de carácter formal, ya que el SE venía funcionando en la restructuración y organización del partido desde hace un tiempo, bajo la dirección de Altamirano, en la ex RDA. Estuvo integrado en su mayoría por miembros del último Comité Central que se encontraban en el exilio.

³⁵⁶ Cfr. ORTIZ, Edison (2007). Op. cit. Págs. 236 y 241.

³⁵⁷ PSCh, Pleno de la Habana, 1975. Op. cit. Pág. 23. La investigadora Esther Del Campo señala que el compromiso de unidad y el rechazo a las facciones en dicho Pleno permitió expandir la actividad partidista al interior de Chile (1976), pero no logró solucionar definitivamente el faccionalismo. Cfr. DEL CAMPO, Esther (1995). Op. cit. Pág. 148.

³⁵⁸ BASCUÑÁN, Carlos (1990). Op. cit. Pág. 72.

³⁵⁹ JANS, Sebastián (1984), El desarrollo de las ideas socialistas en Chile, En: CEME [en línea]. Disponible en: http://www.archivochile.com/Historia_de_Chile/trab_gen/HCHtrabgen0016.pdf. La persistencia de la actividad faccional la comprobamos en un documento oficial del SE fechado en octubre de 1976: «Ya entonces se dejó constancia de la existencia de fenómenos que hasta ahora han sido imposibles de superar, entre las cuales han cobrado cada vez más importancia el de la falta de disciplina y la tendencia al fraccionalismo», En: PSCh, Oficio-Circular N° 151, Berlín 26 octubre 1976. AISA. Pág. 1.

³⁶⁰ Por aquel entonces reemergió la figura del emblemático líder socialista Clodomiro Almeyda, quien mantuvo una estrecha relación con los dirigentes

comunistas en el exilio y en paralelo profundizó la relación con los socialistas Elenos de la DI. La consecuencia política del «viejo Almeyda» lo transformó rápidamente en una alternativa válida y fue un punto de comparación frente a las vacilaciones de Altamirano: «En esta instancia es cuando la Dirección interior clandestina, comienza a sentir que Altamirano no tenía una postura clara frente a la representatividad del PS en el Interior, por ende se van generando grietas entre el sector eleno que se identificará con una postura más radical que planteaba la continuidad del Partido como marxista-leninista, por lo que desarrollan su apoyo en la línea de Clodomiro Almeyda, y no de la postura que planteaba el secretario general, Carlos Altamirano», En: VARGAS, María y DÍAZ, Lucila (2007), Del golpe a la división: Historia del partido socialista 1973-1978. Seminario de investigación. Santiago de Chile. Universidad ARCIS. Págs. 58 y 59.

³⁶¹ En esta fecha surgió una breve discusión entre el PSCh y el PCCh en torno a las causas de la derrota. Una de los temas conflictivos fue determinar cuáles habían sido las fuerzas divergentes al interior de la UP. En un documento de junio de 1976 llamado «Una clarificación necesaria» el PSCh reprochó la interpretación que hicieron los comunistas. El PSCh, respondiendo a los emplazamientos del PCCh, declaró que la derrota fue producto de una insuficiencia en el tema del poder y la estrategia: «El partido socialista no se negaba por principio al diálogo y a la pausa para consolidar lo realizado; no había estrechez pequeño-burguesa en la concepción de la alianza. Sosteníamos solamente que no es lo mismo hacer concesiones o retroceso cuando se tiene el poder que cuando se está en la lucha por él», PSCh (1976), Una clarificación necesaria, En: Boletín Orientación N° 13, junio 1976. Pág. 74.

³⁶² PSCh, Resoluciones del I Pleno clandestino, Santiago de Chile, sept. 1976. AISA. Págs. 19 y 20. Un compendio de las principales resoluciones del I Pleno Clandestino, Cfr. Revista Chile-América N° 28, 29 y 30, feb-mar-abril 1977.

³⁶³ Op. cit. Pág. 23.

³⁶⁴ Cfr. Minuta sobre problemas de dirección interior y cuestiones del partido. Documento interno del PSCh, julio 1976. AISA. Pág. 3.

³⁶⁵ Op. cit. Pág. 5.

³⁶⁶ Circular del secretario general del PSCh Carlos Altamirano, Berlín, sept. 1976. Pág. 1. El documento contenía, entre otras cosas, indicaciones precisas

sobre formas y conductas de los militantes y los castigos a que se exponían si continuaban desarrollando conducta faccional. Además, señalaba expresamente los legítimos órganos del partido al cual los militantes, tanto del interior como del exilio, debían obediencia. Este episodio es quizás uno de los ejemplos más claros de la lucha entre las facciones, ya que los sectores aludidos (CNR, MR-2 y Dirección para el Consenso) enviaron, según fue el caso, sus acuerdos o reproches al mismo secretario general.

³⁶⁷ Según se desprende de una Circular del SE, las respuestas de las facciones MR-2 y Dirección para el Consenso, en términos generales fueron positivas, unitarias y coincidentes con los planteamientos del SE. No así la respuesta de la CNR, Cfr. Circular del Secretariado Exterior PSCh, Berlín, 16 abril 1977. AISA.

³⁶⁸ Respuesta de la Comisión Política de la Coordinadora Nacional de Regionales (CNR). Documento Interno del PSCh, Santiago de Chile, diciembre 1976. AISA. Pág. 3.

³⁶⁹ Op. cit. Págs. 3 y 4.

³⁷⁰ Op. cit. Pág. 4.

³⁷¹ La posición del SE ante la respuesta tajante y crítica de la CNR fue aplicar los acuerdos orgánicos para tales efectos: «En este sentido, el Secretariado manifestó expresamente su desacuerdo con los criterios políticos y orgánicos que contiene el documento de la CNR y en relación a ello, se ratificó la decisión adoptada en septiembre de 1976 en orden a la aplicación de medidas disciplinarias a los elementos que actúan por este grupo en el exterior», En: Circular del Secretariado Exterior PSCh. Op. cit. Pág. 1.

³⁷² Los Socialistas en la lucha por la democracia: Resoluciones del II Pleno clandestino del PSCh, Santiago de Chile, agosto 1977. AISA. Pág. 10.

³⁷³ Ibid.

³⁷⁴ Ibid.

³⁷⁵ Op. cit. Pág. 14.

³⁷⁶ El Pleno de Argel, por razones de seguridad y con objeto de distraer a los aparatos de seguridad del régimen, se celebró finalmente en la ciudad de

Leipzig, en la RDA.

³⁷⁷ Cfr. VARGAS, María y DÍAZ, Lucila (2007). Op. cit. Págs. 124 y 125.

³⁷⁸ DÁVILA, Mireya (1994). Op. cit. Pág. 36.

³⁷⁹ Para VARGAS y DÍAZ (2007) este documento puede considerarse la respuesta de Altamirano al Documento de Marzo.

³⁸⁰ Respecto de la estrategia de la UP frente al tema del poder y al desenlace de 1973, Altamirano señaló: «La ruptura final, factor insoslayable en la subversión del dominio de clase, solo podía lograrse –en Chile– en términos de fuerza militar. La ausencia de aquella previsión y la incapacidad para sustituir oportunamente la estrategia equivocada, determina –en definitiva– el fracaso de la experiencia chilena». Es decir, para Altamirano la vía pacífica solo pudo haber triunfado si la fuerza revolucionaria acumulada era ampliamente reconocida y poderosa. Solo así las fuerzas reaccionarias y burguesas desistirían del enfrentamiento armado. Sin embargo, dice el autor, este no fue el caso de Chile, ya que la fuerza político-social que acompañó a la UP, no tuvo la suficiente energía para viabilizar y ratificar la vía pacífica. Altamirano frente a este debate fue categórico: «La clase obrera no estuvo aislada. En cambio, si es efectivo, que aún sin estar aislada, no logró concitar en torno suyo una fuerza militar suficiente para vencer. Aquí está el meollo del problema. No basta el 51% cuando el resto –la minoría derrotada en términos sociales y electorales– tiene a su lado la inmensa mayoría del poder económico, «del sentido común», las Fuerzas Armadas, del aparato represivo, de los medios de comunicación de masas y articula el omnipresente poder del imperialismo. La minoría «con fuerza» manda, arbitra y decide», En: ALTAMIRANO, Carlos (1977), *Dialéctica de una derrota*, México D.F: Siglo XXI Editores. Pág. 209. Las primeras reflexiones críticas sobre las causas de la derrota pueden consultarse, En: ALTAMIRANO, Carlos (1974), *Reflexiones críticas sobre el proceso revolucionario chileno*, En: Boletín Informativo N° 4, sept-oct 1974. AISA. Págs. 19 y 20.

³⁸¹ ORTIZ, Edison (2007). Op. cit. Pág. 244.

³⁸² Informe al Pleno Extraordinario del Comité Central del Partido Socialista de Chile, marzo 1978. AISA. Pág. 7.

³⁸³ Op. cit. Pág. 17.

³⁸⁴ Op. cit. Pág. 38.

³⁸⁵ Op. cit. Págs. 39 y 40.

³⁸⁶ Op. cit. Pág. 40.

³⁸⁷ Op. cit. Págs. 28 y 31.

³⁸⁸ Op. cit. Pág. 55.

³⁸⁹ Op. cit. Pág. 56. Especifica que se han consolidado relaciones estrechas con los partidos socialistas de España, Francia, Holanda, Italia y Bélgica.

³⁹⁰ Cfr. Op. cit. Pág. 46.

³⁹¹ Cfr. VARGAS, María y DÍAZ, Lucila (2007). Op. cit. Pág. 126.

³⁹² ORTIZ, Edison (2007). Op. cit. Pág. 244.

³⁹³ Carta de Almeyda a la Dirección Interior, abril 1979. AISA. Pág. 6.

³⁹⁴ ORTIZ, Edison (2007). Op. cit. Pág. 244. Carmelo Furci, en su investigación, plantea similar idea.

³⁹⁵ Cfr. PSCh, El Comité Ejecutivo del Secretariado Exterior a la militancia del partido, abril 1979. AISA. Pág. 3.

³⁹⁶ Cfr. FURCI, Carmelo (2008). Op. cit. Pág. 224.

³⁹⁷ GUTIÉRREZ, Eduardo (2003). Op. cit. Pág. 126.

³⁹⁸ Discurso de Carlos Altamirano, secretario general del Partido Socialista de Chile, México, 14 mayo 1978. AISA. Págs. 8, 9 y 16. Para el investigador Edison Ortiz, en cambio, la primera reflexión de Altamirano con impronta renovadora la realizó en 1974 al referirse a las debilidades de la UP: «Una suerte de lugar común en muchos esfuerzos de análisis sobre las causas del desenlace, parece ser nuestra incapacidad para elaborar una política adecuada hacia las capas medias (...) en su exacta dimensión, reconocemos el hecho de que ausente una política definida de poder, no estuvimos en condiciones de ganar sectores que debieron ensanchar nuestra base de apoyo social», En: ALTAMIRANO,

Carlos (1974). Op. cit. Págs. 12-15.

³⁹⁹ Diversas son las apreciaciones respecto de la experiencia de los exiliados chilenos en la RDA. Desde allí no solo se fraguó una parte de la disidencia socialista frente a la ortodoxia, también se incubó la reflexión del PCCh para promover la radicalización de su línea política, la cual con el tiempo suscitó un proceso de renovación al interior del partido. Las mismas inquietudes manifestó en su tiempo José Rodríguez Elizondo. «La RDA, de esta manera, no solo fue el primer escenario importante de la disidencia y la renovación. También tuvo que ver con la fundamentación de los grupos armados que surgirían para dar «conducción militar» a la oposición chilena. Es decir, se convertía en la clave principal de desarrollos políticos que aún están procesándose en Chile, bajo el segundo gobierno de democrático de la Concertación». En: RODRÍGUEZ, José (1995). Op. cit. Pág. 397. La experiencia de los exiliados chilenos en la RDA incluso ha promovido la edición de novelas.

⁴⁰⁰ POLITZER, Patricia (1990), Altamirano, Santiago de Chile: Ediciones B. Págs. 150, 151 y 153.

⁴⁰¹ PSCh, Carta del Comité Central del P.S. de Chile, a los militantes socialistas en el exilio, Santiago de Chile, noviembre 1978. Pág. 2. En el documento la DI interpeló con decisión a los sectores del exilio socialista que no acataban los deberes del partido, que incumplían con el papel de retaguardia desde el exilio, que se hacían eco de caudillismos, que defendían a facciones ajenas a la DI o quienes simplemente habían abandonado la tarea militante. Las críticas más duras y directas apuntaron a los cuadros militantes socialistas en el exilio. Incluso los insta a que regresaran al frente de lucha contra la dictadura: «Una vez más la Dirección llama y exige que cada Socialista ocupe su lugar en la trinchera de combate. todo militante o simpatizador del partido debe plantearse y hacer realidad la decisión del retorno a la patria. Nadie está fuera de esta obligación revolucionaria, cualquiera sea la forma o la razón por lo que haya debido salir al exilio. Por cierto, existen funciones necesarias de cumplir en el exterior, que como dijimos es un frente de lucha también; pero no es cada militante el que debe decidir que él es más importante afuera que dentro de Chile; es el Partido el que debe decidir quiénes deberán retrasar por un tiempo más su retorno. En tanto, para los demás su lugar está aquí, junto a nosotros, codo a codo luchando sin cuartel contra la tiranía opresora de nuestro pueblo», En: PSCh, Carta del Comité Central del P.S. de Chile, a los militantes socialistas en el exilio. Op. cit. Pág. 3.

[402 Tercer Pleno del Partido Socialista de Chile en la clandestinidad, febrero 1979. s.n. Colección de Documentos para la historia de la Oposición Política al Estado Autoritario en Chile \(1973-1981\). Tomo II. Microfichas Inter Documentation Company. Switzerland. 1984.](#)

[403 Ibid.](#)

[404 Ibid.](#)

[405 PSCh \(Secretariado Exterior-Comité Central\), Resoluciones del Pleno del Comité Central, abril 1979. Págs. 86 y 88.](#)

[406 Para formalizar la creación de su facción realizó una escueta conferencia de prensa en la que comunicó a los socialistas y a la izquierda chilena la formación de una «Dirección paralela». En el fondo Altamirano consideraba que la Dirección de Almeyda era una facción creada a partir de un Pleno clandestino \(no le reconocía legitimidad\). Para conocer los hechos más en detalle reproduzco \(con cita de Altamirano incluida\) la descripción que hace Jorge Arrate \(además él será uno de los afectados\): «El sector “almeydista”, mayoritario en el secretariado exterior, expulsa a Altamirano y a los tres miembros que lo apoyan, Jorge Arrate, Jaime Suárez y Luis Meneses; también el miembro suplente Erich Schnake es expulsado. Almeyda asume como secretario general y nombra a Galo Gómez, residente en México, como subsecretario. Altamirano declara en reorganización la dirección partidaria, nombra una “comisión de unidad” y convoca a Congreso. Su comunicado del 26 de abril a la militancia califica de “fracción” al sector que dirige Almeyda: “En mi carácter de secretario general del Partido Socialista de Chile, cumplo con la obligación de informar a los militantes que una fracción sectaria, burocrática y dogmática ha pretendido apoderarse de la dirección del partido”», En: ARRATE, Jorge y ROJAS, Eduardo \(2003\). Op. cit. Págs. 287 y 288.](#)

[407 Cfr. Tercer Pleno del Partido Socialista de Chile en la clandestinidad. Op. cit. s.n.](#)

[408 Cfr. PSCh \(Secretariado Exterior-Comité Central\), Resoluciones del Pleno del Comité Central, abril 1979. Págs. 86 y 87. Una visión diametralmente opuesta a lo planteado por la DI aparece en el documento Declaración de 87 dirigentes del PS de Chile en el interior, Santiago de Chile, 11 de mayo 1979.](#)

[409 ALTAMIRANO, Carlos, Compañeros del Partido Socialistas de Chile, 28 de](#)

marzo de 1979. AISA. Pág. 8.

⁴¹⁰ Cfr. Comisión Unidad, Declaración de la Comisión de Unidad del Partido Socialista y del Socialismo Chileno, sept. 1979. En uno de sus párrafos se señala que: «La voluntad de destruir este acervo y cuestionar la validez histórica del Partido ha estado en el centro de la praxis del grupo burocrático-estalinista encabezado por Clodomiro Almeyda».

⁴¹¹ ALTAMIRANO, Carlos, Compañeros del Partido Socialistas de Chile. Op. cit. Pág. 9.

⁴¹² Op. cit. Pág. 10.

⁴¹³ Entrevista con Ricardo Núñez, 19-05-2010. Además, refuta la tesis de que la división se produjo básicamente por las distintas lecturas y las formas de acabar con la dictadura, «Ese si que no fue un factor determinante de la división, porque dentro de lo que se denominó el altamiranismo habían muchos compañeros que pensaban que la mejor salida para terminar con la dictadura era la lucha armada. Y al revés también, la gente que estaba con Almeyda, muchos pensaban que el entendimiento con el centro político era esencial. De modo tal, que el tema de cómo derrotar a la dictadura no fue el tema de fondo. Al final el tema de fondo fue una muy profunda disputa ideológica-política».

⁴¹⁴ ALTAMIRANO, Carlos, Compañeros del Partido Socialistas de Chile. Op. cit. Pág. 10

⁴¹⁵ Ibid.

⁴¹⁶ La DI estaba fortalecida y contaba con el apoyo decidido de Almeyda como figura prominente de su sector. El excanciller era un líder de mucho prestigio y respeto no solo entre los socialistas históricos, sino en toda la izquierda. Altamirano por su parte, reforzó su influencia en los sectores exiliados y reunió alrededor de él a importantes dirigentes (Jorge Arrate, Ricardo Núñez, Eric Schnake, Alejandro Jiliberto, Adonis Sepúlveda). Para ese entonces Altamirano dejaba la «traumática realidad» de la RDA para radicarse en París.

⁴¹⁷ PSCh, El Comité Ejecutivo del Secretariado Exterior a la militancia del partido, abril 1979. AISA. Pág. 11 y 12.

⁴¹⁸ Cfr. Op. cit. Págs. 6 y 7

[419 POLITZER, Patricia \(1990\). Op. cit. Pág. 155](#)

[420 ARRATE, Jorge y ROJAS, Eduardo \(2003\). Op. cit. Pág. 289.](#)

[421 POLITZER, Patricia \(1990\). Op. cit. Pág. 155.](#)

[422 Ibid.](#)

[423 Además de las diferencias ideológicas debemos señalar otras variables que ayudan a agudizar esta quiebra: el tema de los dineros \(de quién recibir y a quién apoyar\), es decir muchas veces las lealtades estaban condicionadas por las fuentes de financiamiento recibidas desde el exterior; «satanizar al adversario», generando duras luchas intestinas por el poder; cobrar responsabilidades políticas a los dirigentes de la época. El propio Ortiz lo dice aún más claro: «Más allá de las razones y sin razones entregadas por ambas facciones, estuvieron estas otras dos, más históricas y humanas, no tan gloriosas, martirologías, ni epopéyicas que dividió a socialistas chilenos en ortodoxos o almeydistas y socialdemócratas o renovados, la muy humana disputa por el poder y el ajuste de cuentas entre sus facciones», En: ORTIZ, Edison \(2007\). Op. cit. Pág. 255.](#)

[424 Entrevista con Ricardo Núñez, 19-05-2010.](#)

[425 WALKER, Ignacio \(1990\). Op. cit. Pág. 206](#)

[426 Si bien el influjo de la socialdemocracia y el eurocomunismo europeo fue fundamental para este sector, fueron conscientes que estos proyectos fueron creados e implementados en sociedades avanzadas e incrustadas en un medio muy distinto al ámbito latinoamericano.](#)

[427 Sin embargo, existen, como hemos señalado, otros sectores que ajenos a esta disputa decidieron mantener en firme, lo que llamaron, los valores y la línea del socialismo chileno. Aún persisten facciones como la CNR o La Chispa. A raíz de la presente disputa emergieron también otras facciones que cobrarán valor en el período venidero como la Tendencia Humanista, Frente Socialista o el MAS.](#)

[428 En el exilio hubo tiempo y medios para reflexionar sobre cuestiones trascendentales en el desarrollo ideológico del partido. En cambio, la tarea primordial en el interior \(a pedido del exterior\) era reconstruir el partido como eje de la resistencia a la dictadura.](#)

⁴²⁹ Citado En: VARGAS, María y DÍAZ, Lucila (2007). Op. cit. Pág. 122.

⁴³⁰ YOCELEVSKY, Ricardo (2002). Op. cit. Pág. 230.

⁴³¹ VARGAS, María y DÍAZ, Lucila (2007). Op. cit. Pág. 129.

⁴³² BRAVO, Viviana (2008), El tiempo de los audaces: La Política de Rebelión Popular de Masas y el debate que sacudió al Partido Comunista, En: ÁLVAREZ, SAMANIEGO y VENEGAS (eds.) (2008), Fragmentos de una historia, El Partido Comunista de Chile en el siglo XX. Democratización, clandestinidad y rebelión (1912-1994), Santiago de Chile: Ediciones ICAL. Pág. 152.

⁴³³ El título hace referencia a un libro editado por el partido, el cual contiene una serie de documentos de la Dirección del interior entre los años 1973 y 1975.

⁴³⁴ La Dirección Única del PCCh estuvo conformada por dos segmentos. En Chile se organizaron bajo las direcciones clandestinas, las cuales fueron aniquiladas en dos ocasiones durante 1976. Posterior al Pleno de 1977 se decidió reforzar y proyectar una dirección que pasó a denominarse Equipo de Dirección Interior (EDI). En el exilio se organizaron bajo el Segmento Exterior, el cual estuvo conformado por miembros de la CP (incluido su secretario general) y del CC. Moscú y la RDA fueron sus puntos neurálgicos de actividad.

⁴³⁵ Cfr. PCCh (1976), Desde Chile hablan los comunistas, Santiago de Chile: Ediciones Colo-Colo. Para una revisión en detalle de los puntos anteriormente señalados Cfr. ÁLVAREZ, Rolando (2003). Op. cit. Págs. 112-118.

⁴³⁶ Según la visión del investigador Carlos Bascuñán, el PCCh, al validar esta tesis como causa directa de la derrota, desconoció la existencia de una oposición democrática que expresó legalmente su rechazo al proyecto revolucionario de la UP. Cfr. BASCUÑÁN, Carlos (1990). Op. cit. Pág. 30

⁴³⁷ Declaración del PCCh, El ultraizquierdismo, caballo de Troya del imperialismo, Santiago de Chile, noviembre 1975. Pág. 1. Esta tesis fue refutada por Carlos Altamirano en el documento «Reflexiones críticas sobre el proceso revolucionario chileno».

⁴³⁸ Op. cit. Pág. 5.

⁴³⁹ Op. cit. Págs. 2 y 3.

⁴⁴⁰ Op. cit. Pág. 12.

⁴⁴¹ Según Corvalán Márquez, el PCCh hasta 1976 había mantenido «una lógica que correspondía a plenitud al “pragmatismo iluminado” pre 11 de septiembre», En: CORVALÁN MÁRQUEZ, Luis (2001). Op. cit. Pág. 361.

⁴⁴² GARCÍA, Patricio y VENEGAS, Hernán (2003), Continuidades y rupturas en la estrategia del Partido Comunista de Chile. 1973-1986, En: Revista Palimpsesto N° 1, [en línea] diciembre 2003. Disponible en: <http://www.palimpsestousach.cl/numero1/artic05.htm> [Fecha de consulta: 26 julio 2009].

⁴⁴³ ÁLVAREZ, Rolando (2003). Op. cit. Pág. 130.

⁴⁴⁴ RIQUELME, Alfredo (2009). Op. cit. Pág. 115.

⁴⁴⁵ PCCh, Llamamiento al pueblo a la lucha por la libertad y la democracia, 31 diciembre 1973. Pág. 8.

⁴⁴⁶ Cfr. PCCh, Al partido y al pueblo de Chile, diciembre 1974.

⁴⁴⁷ Cfr. FERNÁNDEZ, Alex (1985). Op. cit. Págs. 342 y 343.

⁴⁴⁸ PCCh, Manifiesto al pueblo de Chile, Santiago de Chile, agosto 1975. FDERT. Pág. 3.

⁴⁴⁹ Cfr. ÁLVAREZ, Rolando (2003), Op. cit. Pág. 127.

⁴⁵⁰ PCCh, Manifiesto al pueblo de Chile. Op. cit. Pág. 3.

⁴⁵¹ ÁLVAREZ, Rolando (2003), Op. cit. Pág. 128.

⁴⁵² BASCUÑÁN, Carlos (198-b). Op. cit. Pág. 32.

⁴⁵³ FERNÁNDEZ, Alex (1985). Op. cit. Pág. 346.

⁴⁵⁴ Manifiesto del Partido Comunista de Chile, Santiago de Chile, mayo 1979. FDERT. Pág. 7. En el documento, el PCCh emplaza a aquellos dirigentes demócratacristianos que en un primer momento fueron neutros o incluso apoyaron el golpe de Estado. «incluso con aquellas que tiene dirigentes que,

habiéndose comprometido de algún modo con Pinochet, dan hoy muestras, por a, b o c, de disposición a volver sobre sus pasos (...) Reiteramos nuestra posición favorable al acuerdo entre la Unidad Popular, la DC y todos los que están contra la dictadura». Pág. 6.

⁴⁵⁵ PCCh, Nuestro proyecto democrático, 5 julio 1979. FDERT. Pág. 3. La anterior propuesta fue expuesta originalmente al conjunto de la oposición en 1976. Para más detalles Cfr. PCCh, Patriotas: solo unidos derrotaremos el fascismo, Sept. 1976. FDERT. Págs. 6 y 7.

⁴⁵⁶ CORVALÁN, Luis (1997), De lo vivido y lo peleado. Memorias, Santiago de Chile: LOM Ediciones. Págs. 256 y 257.

⁴⁵⁷ La política militar no solo se refiere a la «fuerza propia», es decir a la presencia de un componente de índole militar con capacidad operativa, capaz de enfrentar a posibles adversarios, sino que también hace referencia al trabajo y a la política del partido hacia las FF. AA., a la educación teórica militar de los cuadros del partido, al trabajo de diferenciación al interior de las fuerzas del orden y seguridad.

⁴⁵⁸ La revolución chilena, la dictadura fascista y la lucha por derribarla y crear una nueva democracia, Informe al Pleno del Comité Central del PCCh, agosto 1977. Págs. 32 y 33.

⁴⁵⁹ Op. cit. Pág. 20.

⁴⁶⁰ Op. cit. Págs. 31 y 32.

⁴⁶¹ ÁLVAREZ, Rolando (2003). Op. cit. Págs. 162 y 163

⁴⁶² Ibid.

⁴⁶³ Para sopesar algunas intervenciones de los dirigentes en el Pleno, Cfr. BRAVO, Viviana, (2008). Op. cit. Págs. 154 y 155.

⁴⁶⁴ La revolución chilena, la dictadura fascista y la lucha por derribarla y crear una nueva democracia. Op. cit. Págs. 39 y 40. Álvarez hace un alcance que es necesario apuntar. Precisa que el secretario general Luis Corvalán en sus memorias reconoció que no fue afortunado la redacción de dicho párrafo sobre las Mayorías. La posterior reflexión de Corvalán aparece casi como un ajuste

ideológico. El fallecido líder explicita: «creo que no fue feliz la afirmación que hicimos en el Pleno de 1977 (...) Me parece indispensable que en estas condiciones se considere y se busque siempre el apoyo o la simpatía de la mayoría de los habitantes del país y no nos guíemos solo por el concepto de la mayoría activa que, por otra parte, se corre el riesgo de determinar subjetivamente», En: CORVALÁN, Luis (1997). Op. cit. Pág. 172.

⁴⁶⁵ Cfr. Op. cit. Págs. 72 y 73.

⁴⁶⁶ Op. cit. Pág. 81.

⁴⁶⁷ ÁLVAREZ, Rolando (2003). Op. cit. Pág. 165.

⁴⁶⁸ Esta tesis la plantea el investigador Luis Corvalán Márquez y Alfredo Riquelme. En gran medida la comparte Carlos Bascuñán.

⁴⁶⁹ CORVALÁN MÁRQUEZ, Luis (2001), Del anticapitalismo al neoliberalismo en Chile, Santiago de Chile: Editorial Sudamericana. Pág. 362.

⁴⁷⁰ Op. cit. Pág. 361.

⁴⁷¹ RIQUELME, Alfredo (2009). Op. cit. Pág. 116.

⁴⁷² Los que se inclinan por esta última idea son los autores Tomás Moulián e Isabel Torres. Rolando Álvarez también apoya esta tesis.

⁴⁷³ MOULIÁN, Tomás y TORRES, Isabel (1988), ¿Continuidad y cambio en la línea política del Partido Comunista de Chile?, En: VARAS, Augusto (Comp.) (1988), Estudio Multidisciplinario: El Partido Comunista en Chile, Santiago de Chile: CESOC-FLACSO. Pág. 463.

⁴⁷⁴ Un análisis más completo de los cinco puntos del Pleno pueden ser consultados en el libro del propio autor, Cfr. ÁLVAREZ, Rolando (2003). Op. cit. Págs. 194-202.

⁴⁷⁵ Al respecto se concluía: «Decimos que en 1979 se inicia el despliegue de grandes luchas de masas. Existen para ello condiciones objetivas; pero este es todo un proceso, para el cual necesitamos crear más plenamente las condiciones subjetivas. Hay que ganar, en primer lugar, al propio Partido. Y, como no bastan solo las fuerzas del partido, hay que ganar también a los otros sectores

antifascista, para traducir la línea de ofensiva en organización, unidad y combate desplegado», En: PCCh, Informe al Pleno del Comité Central del PCCh-1979. FDERT. Pág. 53.

⁴⁷⁶ ÁLVAREZ, Rolando (2003). Op. cit. Pág. 196.

⁴⁷⁷ PCCh, Informe al Pleno del Comité Central del PCCh-1979. FDERT. Pág. 55.

⁴⁷⁸ Igualmente, es necesario apuntar que aún persistía, en las palabras del Pleno, un análisis o mejor dicho un lenguaje triunfalista, lo que lógicamente dificultó la aplicación de una estrategia correcta.

⁴⁷⁹ ÁLVAREZ, Rolando (2003). Op. cit. Pág. 198.

⁴⁸⁰ Entrevista con Augusto Samaniego, 20-05-2010. Para este exdirigente comunista una de las causas de la radicalización de la línea fue la frustración y la imposibilidad de obtener resultados (aunque sea parciales) con la línea del FA. Con ello se explica en forma sustancial, según Samaniego, el «gran viraje».

⁴⁸¹ PCCh, Informe al Pleno del Comité Central del PCCh-1979. FDERT. Pág. 70.

⁴⁸² Ibid.

⁴⁸³ ÁLVAREZ, Rolando (2003). Op. cit. Pág. 165.

⁴⁸⁴ BRAVO, Viviana (2008). Op. cit. Pág. 157.

⁴⁸⁵ Entrevista con Guillermo Teillier, 11-05-2010.

⁴⁸⁶ Otras investigaciones donde aparecen mencionados parcial o totalmente los equipos de Berlín y Leipzig, Cfr. HERREROS, Francisco (2003), Del gobierno del pueblo a la Rebelión Popular. Historia del Partido Comunista 1970-1990, Santiago de Chile: Editorial Siglo XXI; MARTÍNEZ, Luis (2005), Lo militar y el FPMR en la política de Rebelión Popular de Masas: orígenes y desarrollo, En: Revista Alternativa N° 23, 2005. Debemos también destacar los testimonios de Manuel F. Contreras (bajo el seudónimo de Ernesto Contreras), Cfr. ORTEGA, Javier (2001), La historia inédita de los años verde olivo, En: La Tercera, marzo 2001. Esta investigación fue publicada por capítulos semanales entre marzo y junio del 2001.

⁴⁸⁷ Lo que hoy se conoce como Equipo de Leipzig originalmente fue el Lateinamerikaseminar (Seminario Latinoamericano) de la Sektion Geschichte (Sección de Historia) que dependía de la Karl Marx Universität (KMU). Dicho seminario estuvo dirigido por Eberhard Hackethal (Doctor en Ciencias Políticas) y Manfred Kossok (Doctor en Ciencias Históricas). Estuvo integrado originalmente por los militantes comunista: Leonardo Fonseca, Carlos Maldonado, Carlos Cerda, José Rodríguez Elizondo, Patricio Palma, Carlos Zúñiga y Marta Alvarado. En el transcurso de su existencia hubo colaboración y participación de otros militantes. Esta información aparece confirmada en varias investigaciones.

⁴⁸⁸ BRAVO, Viviana (2007). Op. cit. Pág. 367.

⁴⁸⁹ Op. cit. Pág. 369.

⁴⁹⁰ Op. cit. Pág. 370.

⁴⁹¹ PALMA, Patricio (1979), Una doctrina militar democrática, En: Revista Principios N° 13, noviembre 1979. FDERT. Pág. 21.

⁴⁹² Ibid.

⁴⁹³ Cfr. BRAVO, Viviana (2007). Op. cit. Pág. 371.

⁴⁹⁴ BRAVO, Viviana (2007). Op. cit. Pág. 372.

⁴⁹⁵ ÁLVAREZ, Rolando (2006). Op. cit. Págs. 120 y 121.

⁴⁹⁶ Cfr. ÁLVAREZ, Rolando (2006). Op. cit. Pág. 112.

⁴⁹⁷ Op. cit. Pág. 121.

⁴⁹⁸ El investigador Luis Martínez en el documento «Lo Militar y el FPMR en la política de Rebelión Popular de Masas: Orígenes y Desarrollo» considera que es un error hablar de Grupo de Berlín, ya que, según él, da la impresión que se configuró un grupo homogéneo con la intención específica de formular una política insurreccional. Martínez en su documento habla de «grupo de análisis». Efectivamente no se trató de un grupo ciento por ciento homogéneo, pero sus ideas eran compartidas y debatidas dentro de un marco amplio de común acuerdo (no podemos decir lo mismo del grupo de Leipzig). Martínez tiene

razón al plantear que el grupo no fue concebido específicamente para elaborar tesis insurreccionales, pero a partir de sus reflexiones se originó la idea de lo militar en la política del partido y la necesidad de radicalizar la línea política del PCCh. A la postre se transformó en un equipo de reflexión teórica-política donde sus ideas alcanzaron dimensiones globales al interior del partido. Por ello, creo que catalogar al Equipo de Berlín bajo esta rúbrica no me parece del todo incorrecta.

⁴⁹⁹ El Equipo de Berlín fue un aparato secreto que compartió una serie de responsabilidades y objetivos que solo debían ser conocidas por la Dirección. Sus integrantes habían desarrollado actividades de inteligencia en el «Aparato de Informaciones» del PCCh (anterior al golpe) y otros en el Centro de Información Pública, CENOP, de iguales características. Este último funcionaba en el ámbito gubernamental, muy cercano al presidente Allende.

⁵⁰⁰ Dicha subjetividad, por ejemplo, estuvo caracterizada, entre los militantes del interior, por la represión, la clandestinidad y la imposibilidad de enfrentar la dictadura. Por su parte, en el exilio, emergió la impotencia por no poder luchar contra Pinochet y la decepcionante experiencia de los socialismos reales.

⁵⁰¹ Cfr. BRAVO, Viviana (2007). Op. cit. Pág. 375.

⁵⁰² Debemos recalcar que los documentos de Contreras no tuvieron carácter oficial y solo fueron conocidos dentro de un reducido grupo de militantes. Además, Contreras no pertenecía a ningún órgano de la Dirección. Fue inédito que un militante fuera de la CP y del CC elaborara escritos políticos que, por lo demás, contravenían los documentos oficiales.

⁵⁰³ SAMANIEGO, Augusto (2003), Lo militar en la política: lecturas sobre el cambio estratégico en el PC. Chile 1973-1983, En: Revista Palimpsesto N° 1 [en línea] diciembre 2003. Disponible en: <http://www.palimpsestousach.cl/numero1/d3.htm> [Fecha de consulta: 06 septiembre 2009]

⁵⁰⁴ Ibid.

⁵⁰⁵ Ibid.

⁵⁰⁶ ÁLVAREZ, Rolando (2006). Op. cit. Págs. 134 y 135.

[507 SAMANIEGO, Augusto \(2003\). Op. cit. \[Fecha de consulta: 06 septiembre 2009\].](#)

[508 La Dirección del PCCh, por aquel entonces, dio su aprobación para que un número determinado de cuadros jóvenes recibiera instrucción en las escuelas de oficiales de Cuba. Es decir, paralelo al proceso reflexivo de Berlín y Leipzig se puso en marcha un aspecto práctico de la tarea militar. La cuestión era saber qué hacer con estos cuadros profesionales en el futuro.](#)

[509 HERREROS, Francisco \(2005\), Algunas consideraciones acerca de la política de Rebelión Popular, En: Revista Alternativa N° 23, 2005. Pág. 63.](#)

[510 SAMANIEGO, Augusto \(2003\). Op. cit. \[Fecha de consulta: 06 septiembre 2009\].](#)

[511 GONZÁLEZ, Camilo \(1982\), Lo militar en la política del partido, En: Revista Principios N° 22, enero-feb 1982. Pág. 54. Camilo González es el seudónimo utilizado por Manuel F. Contreras.](#)

[512 BRAVO, Viviana \(2007\). Op. cit. Pág. 378.](#)

[513 GONZÁLEZ, Camilo \(1982\). Op. cit. Pág. 51.](#)

[514 Aunque la revolución Sandinista fue destacada, especial interés supuso, por el método utilizado, la revolución de los Claveles en Portugal y la caída del Sha en Irán.](#)

[515 ÁLVAREZ, Rolando \(2006\). Op cit. Pág. 139.](#)

[516 SAMANIEGO, Augusto \(2003\). Op. cit. \[Fecha de consulta: 06 septiembre 2009\].](#)

[517 ÁLVAREZ, Rolando \(2006\). Op. cit. Pág. 133.](#)

[518 SAMANIEGO, Augusto \(2003\). Op. cit. \[Fecha de consulta: 06 septiembre 2009\].](#)

[519 Ibid.](#)

[520 BRAVO, Viviana, \(2008\). Op. cit. Pág. 164.](#)

[521 Entrevista con Augusto Samaniego, 20-05-2010.](#)

[522 ÁLVAREZ, Rolando \(2006\). Op. cit. Pág. 142.](#)

[523 Op. cit. Pág. 143.](#)

[524 Op. cit. Pág. 150. «Rubén» integró los equipos de reflexión afincados en la RDA.](#)

Capítulo III

Entre nuevas convergencias y divergencias. trazando el camino de la renovación (1979-1983)

Introducción

En esta segunda etapa analizaré la evolución de los partidos a través de diversas instancias convergentes como seminarios, proyectos orgánicos, declaraciones conjuntas, etcétera. Sin embargo, no descuidaremos los eventos internos de los partidos como, por ejemplo, los Plenos de los Comités Centrales. Esta etapa se extiende desde 1979 a 1983. Se inicia con los seminarios de Ariccia (Italia) y culmina con el primer intento de «reunificación» del PSCh en 1983 y con la puesta en práctica de la PRPM del PCCh.

Posterior a la autocrítica, la renovación deviene en una nueva política, fuertemente influenciada por los nuevos arquetipos políticos y económicos (como el neoliberalismo). «Después de nombrar el impacto, emerge una segunda etapa o segunda renovación que debe proponer, en el marco de la crisis de los paradigmas, un nuevo proyecto de sociedad, en una conversación articuladora con el neoliberalismo»⁵²⁵. En este sentido, la visión crítica y la experiencia del exilio chileno en Europa fueron determinantes.

Son cinco años de arduos intentos por sentar las bases de la reunificación y renovación del área socialista. A raíz de lo anterior, surge la Convergencia Socialista (CS). Ignacio Walker destaca este período como el

de mayor debate intelectual en el que se van definiendo los principales lineamientos teóricos de la renovación socialista (...) Dicha convergencia abarca a distintas fuerzas políticas y sociales. Por un lado, está la convergencia básicamente entre sectores socialistas «históricos» y sectores de «origen

cristiano» (MAPU e IC); y por otro, la convergencia que comienza a darse en sectores del exilio y del interior⁵²⁶.

Por otro lado, los comunistas inauguraron la polémica Política de Rebelión Popular de Masas (PRPM), que trajo, paradójicamente, inéditas discusiones políticas e ideológicas al interior del partido.

Paralelamente, la dictadura comenzó un proceso de institucionalización. Frente a ello, la izquierda realizó definitivamente un giro en su percepción (errónea) del régimen. «Se tiene la certeza de que el gobierno no cae, como se creyó en los años iniciales, y se ve, que este lleva a cabo con relativa tranquilidad los procesos de institucionalización política y de institucionalización social»⁵²⁷. La izquierda concluye que, para enfrentar la dictadura, primero era necesario superar la crisis de su propio perfil político e ideológico: «lo que urge a la izquierda es redefinir su perfil ideológico y, consecuentemente, su acción política, ante las nuevas condiciones del país»⁵²⁸.

1. Los seminarios de Ariccia: El germen de la renovación

Un amplio sector de la izquierda chilena realizó en marzo de 1979 y enero de 1980 dos trascendentales eventos. Me refiero a los seminarios de Ariccia (Roma). Ambos encuentros se consideran la base del proceso de renovación ideológica de la izquierda chilena⁵²⁹.

A continuación verificaremos quiénes participaron en los encuentros, los objetivos trazados, los límites ideológicos de los seminarios, sus principales puntos de discusión y las propuestas emanadas de sus actas de clausura. Posteriormente, identificaremos cómo la discusión de los seminarios logró penetrar eficazmente en los Plenos (clandestinos) de los partidos de la izquierda socialista emergente (MAPU, MAPU-OC e IC).

1.1. Ariccia I y II. Delineando el camino del área socialista

La primera versión, que llevó por título «Socialismo chileno. Historia y perspectiva», tuvo por objeto reunir a los sectores del área socialista chilena para reconstruir sus bases teóricas. Estas, según los organizadores, habían sido afectadas en el último tiempo por una serie de desviaciones ideológicas. Por ello, consideraron necesario examinar «lo que había sido el socialismo chileno no solo como corriente histórica de pensamiento, sino también los errores y las diferencias teóricas y prácticas»⁵³⁰.

Raúl Ampuero, señaló que solo la revisión crítica del socialismo chileno determinaría la validez del mismo. «Una de nuestras tareas será, en consecuencia, individualizar tales concepciones y comprobar hasta qué punto continúan siendo elementos válidos para definir la presencia socialista en nuestro país»⁵³¹. La idea fue discutir las nuevas perspectivas del socialismo chileno a la luz de eventos como: la derrota de la UP; el proyecto de la dictadura militar; la experiencia de los exiliados en los socialismos reales; etcétera. Se planteó

además fomentar propuestas orgánicas con el objeto de sistematizar las ideas. Esto último será determinante, ya que al poco tiempo se constituirá la Convergencia Socialista.

En ambos encuentros asistieron importantes dirigentes de la IC, MAPU, MAPU-OC, del PSCh e independientes de izquierda. No hubo participación oficial del PCCh. Según los detractores al seminario, la exclusión del PCCh significó el inicio de la ruptura del eje socialista-comunista. Sobre los alcances y límites de la denominada área socialista, Raúl Ampuero explicó, en el «Informe Introductivo (I)», los elementos que se tomaron como referentes para «fijar los contornos del concepto»:

se parte de la constatación de una evidente bifurcación ideológica del movimiento popular chileno. Al interior de él se han desarrollado, por más de medio siglo, una corriente socialista, más nacional y autónoma, y otra de carácter comunista, ligada al proceso revolucionario de la URSS;

el segundo elemento se refirió a la naturaleza del área socialista y su carácter clasista⁵³².

Según los organizadores para potenciar el área socialista se acordó definir ciertos contornos como una forma de organizar, dar coherencia y así evitar las ambigüedades⁵³³. Ampuero recalcó constantemente que no se pretendía perentoriamente provocar el aislamiento de los comunistas o finiquitar la UP. En el Informe Introductivo del segundo encuentro, el propio Ampuero remarcó este aspecto:

No resulta ocioso reiterar que la tentativa de dar consistencia ideológica y organizativa a un «área socialista» se coloca firmemente en la perspectiva de la unidad de todas las fuerzas populares (...) busca una articulación más coherente de sus diversos componentes, un alineamiento más lógico de sus seguidores y en

consecuencia, un debate más transparente y explícito entre sus diversas tendencias⁵³⁴.

Los seminarios se transformaron –especialmente para los socialistas que deseaban rescatar el ideario fundacional– en un evento clave para poner

de relieve el hecho de que la adhesión del Partido Socialista al marxismo desde su fundación, no ha tenido nunca el carácter de la vinculación a un «conjunto codificado de preceptos inmutables». Lo que de él se valora es su «método de análisis», su concepción histórica y la sociedad. Ello supone el rechazo del modelo bolchevique de partido y estrategia⁵³⁵.

De allí que la frase «rescate del ideario socialista chileno» cobró relevancia en la sistematización del proceso renovador. Fernández señala que:

El objeto de dicha discusión consistió en un intento de rescate autocrítico del ideario originario del socialismo chileno sobre la base de la consideración de la situación política chilena. Se intenta con ello la elaboración de un nuevo proyecto de «movimiento popular chileno» frente a la dictadura y lograr la democratización global del país⁵³⁶.

Esto último, fue uno de los puntos más polémicos, ya que se reconoció que «la estrategia aplicada en el pasado por el movimiento popular chileno, y particularmente por la corriente socialista, no siempre coincidió en la teoría y en la práctica con el propio ideario socialista»⁵³⁷. Es decir, el seminario dejó entrever «el fracaso de toda una estrategia aplicada por el movimiento de masas en varias décadas»⁵³⁸. Partiendo de la premisa de que el fortalecimiento del movimiento popular era la base para recuperar la democracia, la discusión discursó, entonces, por «replantear una estrategia que no solo conduzca a un profundo proceso de renovación de los partidos populares y a la convergencia en

el seno de la vertiente socialista, sino también a renovar el movimiento popular chileno»⁵³⁹. A través del rescate de elementos originales y de la realidad crítica del presente –es decir, rescate y renovación– se generaría, según los organizadores, un nuevo proyecto político convergente,

autónomo en el plano internacional y se origine en torno a la conformación de un nuevo bloque popular. Proyecto que debería no solo representar los intereses de la clase obrera, sino de los trabajadores en general, entendiendo como tales a las grandes mayorías nacionales oprimidas, incluidos los sectores medios⁵⁴⁰.

Por otro lado, los seminarios relanzaron conceptos claves. Dos nociones se tornaron relevantes en las discusiones de Ariccia: socialismo y democracia. La idea de los renovados fue entender al socialismo «como la más alta forma de la democracia»⁵⁴¹. Se discutieron ambos conceptos de forma independiente, pero con la idea de enlazar estas supuestas nociones antagónicas. Se privilegió sintonizar ideas bases, que permitieran generar algún grado de consenso y solo a partir de ahí fomentar una orgánica que le diera conducción al proceso.

La cuestión era superar las diferencias que históricamente habían retrasado los objetivos del movimiento popular. Ampuero fue claro al respecto:

La convocatoria señala como objetivo fundamental la búsqueda de la convergencia, rompiendo así –ojala podamos lograrlo– la vieja e inveterada tendencia de la izquierda chilena e internacional a exacerbar las diferencias teóricas, los contrastes doctrinarios, las distinciones sutiles, los bizantinismos, en suma, para colocar en el primer plano la necesidad histórica y objetiva de recomponer la unidad del movimiento popular⁵⁴².

A partir de esta idea, el MAPU se empeñó por superar las identidades políticas tradicionales. Su opción convergente fue poner al nuevo sujeto popular y autónomo al centro de la evolución de la izquierda chilena.

Otra de las cuestiones que se profundizó, esta vez en el segundo encuentro (enero de 1980), fue la participación de los cristianos y su incidencia en el movimiento popular. Este tema no generó demasiadas controversias, debido a que, a luz de la experiencia, la influencia del mundo cristiano no solo en la izquierda, sino en la conformación del sistema de partidos, había sido relevante. Por ello, la participación del campo cristiano en los procesos de emancipación social concitó una amplia legitimidad. Sin embargo, se consideró que aún no se establecía una sólida base ideológica que permitiera la proyección de una convergencia más allá de una cuestión instrumental⁵⁴³. Superar esto último, se consideró tarea central para consolidar una convergencia.

Otro elemento que se discutió en los seminarios fue la necesidad de superar el «estilo político y el lenguaje» de la izquierda. La idea fue trasladar, al interior de las estructuras, el tema de la reconstrucción y superar su concepción clásica.

Se constató la necesidad de avanzar en un proceso gradual de convergencia política y orgánica de los destacamentos populares de la corriente, creando las condiciones para el surgimiento de una organización política de nuevo tipo que supere las concepciones tradicionales sobre el partido y su relación con las masas, que constituyen una deformación burocrática y rígida de lo que ha sido el pensamiento marxista⁵⁴⁴.

En el fondo lo que estuvo en discusión fue la concepción de partido. Reiteradamente se preguntaron cómo debía estructurarse e insertarse la democracia en la organización. A priori, se criticó la experiencia de los partidos enlazados a la III Internacional debido a la degeneración de la democracia.

También se planteó una fórmula más inclusiva, que aceptase las diversas corrientes como una forma de asegurar el pluralismo. Inclusive, se esbozó la idea de un partido federado. Sin embargo, el propio Ampuero, hizo una reflexión en este sentido, casi como una advertencia a las posiciones extremadamente inclusivas:

Las corrientes cristalizadas (o cómo quiera llamársela) conducen además a una

profunda deformación de la propia democracia interna que se propondrían reforzar, al establecer al interior del partido una multiplicidad de micro-disciplinas, de obediencias fraccionales, que distorsionan la verdadera y espontánea expresión de la base militante⁵⁴⁵.

Más allá de las diferencias, críticas y alcances de las ideas expuestas, podemos destacar que en los seminarios se lograron importantes coincidencias. Según se desprende del Acta de Clausura hubo un conjunto de acuerdos:

Aunque se valoró el rol de la oposición, se verificó «las dificultades y carencias que todavía la afectan especialmente al nivel de la dirección política y sus instancias unitarias»⁵⁴⁶.

Se valoró «la concepción profundamente democrática en todos los ámbitos del socialismo que se aspira a construir, su carácter nacional y capacidad para representar una respuesta de fondo a los problemas de Chile»⁵⁴⁷. Es decir, entender el socialismo como la más alta forma de la democracia.

Se valoró el rol determinante y, principalmente, autónomo del movimiento de masas y sus diversas organizaciones.

Se reconoció el anhelo de «forjar el más amplio bloque social y político de fuerzas en torno a un compromiso de lucha por la democracia»⁵⁴⁸.

Junto con lo anterior, se coincidió «en la permanente defensa de la autonomía política y de la no alineación internacional»⁵⁴⁹, lo que no impedía apoyar las mejores causas internacionales.

También hubo consenso para reconocer las insuficiencias teóricas y prácticas, las cuales habían limitado la capacidad de respuesta y convocatoria. «De allí, la necesidad de una renovación profunda del movimiento popular y de la izquierda»⁵⁵⁰.

Por último, coincidieron que, ante la dispersión de la vertiente socialista, surge «la necesidad de impulsar decididamente un proceso de convergencia socialista que articule esta emergente vanguardia social y política que se gesta en los partidos y fuera de ellos»⁵⁵¹.

1.2. Ariccia y el influjo en los Plenos clandestinos del MAPU, MAPU-OC e IC

Las discusiones y los acuerdos estipulados en el Acta de clausura se trasladaron rápidamente al interior de los partidos y ejercieron inusitada influencia. En esta parte de la investigación analizaremos cómo se fueron asimilando las reflexiones de Ariccia en los Plenos del MAPU, MAPU-OC e IC.

Partamos por el MAPU. En el capítulo anterior, dejamos enunciado que el partido, a través de la DI y el FEXT, había alcanzado, hacia finales de la década, una sintonía política e ideológica más coherente. En 1979 el secretario general, Oscar Guillermo Garretón, evidenció la necesidad de renovar el esqueleto político-ideológico debido a dos cuestiones fundamentales: la derrota del proyecto de la UP y la constatación de un nuevo marco político nacional (con nuevas demandas en lo social) e internacional. Sobre esto último, Garretón, a escasas semanas del primer seminario, fue tajante:

Chile ha cambiado en estos años. Ello nos urge a sacarnos de encima las camisetas sectarias y las anteojeras dogmáticas para repensar esta realidad y

aprender a luchar unitariamente en las nuevas condiciones. Mantener fijaciones pre-golpe en nuestros análisis y métodos de acción, no contribuye a superar la situación actual⁵⁵².

La misma percepción fue expuesta por el dirigente mapucista Rodrigo González, pero esta vez en el seminario:

Nuestro país es diferente. Profundas transformaciones han modificado su economía, su estructura social, su fisonomía cultural. El peso de la clase obrera ha seguramente disminuido, las capas medias se han incrementado, los niveles de conciencia han sufrido mutaciones de magnitud⁵⁵³.

Desde un plano más global, este último dirigente señaló que los cambios eran tan profundos que los referentes del movimiento popular (como el modelo socialista) estaban obsoletos. «Ha dejado de ser un pensamiento, una doctrina, un ideal. Ante los ojos del mundo es una realidad. Una realidad que refleja deformaciones y aberraciones muy importantes»⁵⁵⁴.

También se verificó una nueva conceptualización sobre el socialismo. En Ariccia el partido señaló que:

Entendemos el socialismo como la sociedad más democrática y participativa. Cualquier forma estatal que requiera coartar la libertad, reprimir los derechos fundamentales de las mayorías en nombre de principios superiores o de libertades futuras, es contradictoria con los principios y formas en que entendemos debe edificarse el socialismo (...) Lo entendemos pues nacional, popular, autónomo de cualquier «centro», democrático y de masas⁵⁵⁵.

Por ende, el MAPU, asumió el socialismo como un proyecto de profundización democrática, bajo una hegemonía política y social que rechaza las imposiciones

de las «vanguardias iluminadas» y los influjos ideológicos externos.

En el seminario Garretón señaló que:

entendemos al socialismo, como aquella sociedad en la cual todas las palancas del poder, en todos los ámbitos de la vida social, están en manos de las mayorías populares y no existe minoría alguna con el poder suficiente para imponer sus designios (...) socialismo supone para nosotros democracia económica. Sin embargo, supone también y principalmente democracia política⁵⁵⁶.

Por su parte Rodrigo González llamó a preservar la «democracia representativa, que permita mantener una institucionalidad objetiva, válida para gobernantes y para gobernados, sin que ningún poder, ni siquiera el partido, se apodere del conjunto de la fuerza y del aparato estatal»⁵⁵⁷.

El partido propuso abandonar las categorías clasistas. Aunque reconocieron el valor del segmento obrero, no lo redujo al clásico proletariado industrial. Al respecto González señaló que: «consentimos por ello en usar el término de trabajadores»⁵⁵⁸. El criterio clasista perdió centralidad frente a la diversidad, complejidad y subjetividad de la nueva estructura social. Estas nuevas demandas y diferencias de posición entre los distintos sectores sociales, ya no fueron entendidas como desorientaciones o falsa conciencia, sino como fenómenos subjetivos, donde las nuevas prácticas políticas (constructoras de hegemonías) debían necesariamente dar una oportuna respuesta⁵⁵⁹. En el seminario, Rodrigo González sostuvo la urgencia de implantar un nuevo lenguaje y conceptualización, una innovación teórica, superar la ideologización unilateral para dismantelar los dispositivos de reproducción ideológica. Ello exigía, según él, no solo una renovación política, sino cultural⁵⁶⁰.

En Ariccia los líderes mapucistas también abordaron la necesidad de reformular la concepción de partido: debía ser crítico y antidogmático; oponerse a los modelos de proceso revolucionario; debía analizar la realidad de cada formación social y formular un camino específico de transformación; rechazar el monolitismo partidista, aceptar la dialéctica interna y, por tanto, verificar la pertinencia del centralismo democrático; apostar por un partido autónomo en el plano internacional; un partido que no haga el problema de las vías la cuestión

central. Esto, señala Rodrigo González, era necesario para precisar «si la definición del partido es principalmente ideológica o basta con su definición político estratégica»⁵⁶¹.

Todo lo anterior significaba redefinir el rol del partido y su relación con las masas (tema crucial para el MAPU). La autocrítica fue evidente: «El movimiento de masas es sus diferentes segmentos ha perdido en cada caso su individualidad y su calidad de sujeto político autónomo. La dialéctica entre movimiento de masas y partido poco a poco se ha esfumado en aras de la omnipotencia del partido»⁵⁶². Garretón señaló (en el seminario) que el partido era un instrumento más, parte del pueblo, y no el actor central. El pueblo, transformado en bloque social y político, era el verdadero protagonista. Por tanto, daba por superado el partido leninista (entendido como vanguardia). Su opción fue evolucionar como partido de tipo gramsciano que, en vez de imponer ideales superiores, se entendiera así mismo como constructor de hegemonía⁵⁶³.

Para el MAPU era perentoria la idea de construir un nuevo referente. Por ello, entregó un decisivo apoyo a la Convergencia, entendida bajo una «vocación de masas, creador y crítico, con una rica dialéctica interna, profundamente democrático, capaz de construir y de guiar un bloque social y político transformador»; en definitiva, entender la Convergencia como «una nueva forma de hacer política, de construir partido, de relacionarse con las masas, de elaborar y crear, en todos los niveles de la práctica social»⁵⁶⁴. Irreversiblemente, el partido rompe con la UP:

una UP anclada en el pasado de nada nos sirve (...) Un nuevo frente que exprese las nuevas realidades presentes en el movimiento popular, la convergencia socialista, la nueva avanzada social y política, las tendencias de renovación. El partido debe impulsar pasos de superación y de ruptura respecto de la actual UP. La Convergencia es el principal de ellos⁵⁶⁵.

En las resoluciones del II Pleno el MAPU verificó coincidentemente con el seminario que:

La dictadura había afectado la estructura social generando una nueva realidad en el país. El MAPU reconoce que «la dictadura responde a un proyecto coherente de dominación»⁵⁶⁶.

Una profunda crisis de identidad y de dirección en la izquierda. «Nuestros lenguajes, preocupaciones, aspiraciones y valores se distancian crecientemente (...) la izquierda está profundamente alejado del sentido común de las masas y de la cultura popular. Nuestras formas de hacer la política están desgastadas»⁵⁶⁷. Según el Pleno, el movimiento popular está a la deriva y «carece de un norte político, de una clara orientación hacia el derrocamiento de la dictadura. No tiene dirección política»⁵⁶⁸.

Una crisis de rol del partido, que ha deformado la relación con los movimientos sociales. Reconocen que los partidos «tienden a administrar y a controlar el movimiento (más) que a dirigirlo y a luchar con él»⁵⁶⁹. Emplazaron a invertir la lógica: «Es necesario superar radicalmente el carácter superestructural y contestatario (...) es más necesario que nunca darle un rol propio a los sectores avanzados del movimiento que permita recoger la subjetividad de las masas»⁵⁷⁰.

Para el MAPU la Convergencia Socialista era el instrumento para superar la crisis.

Convocamos a un verdadero movimiento de las fuerzas socialistas capaz de canalizar todo lo surgido renovadamente en estos años de resistencia y de dar un impulso decisivo al movimiento democrático (...) Llamamos a los distintos núcleos socialistas a poner en el centro la perspectiva de Convergencia y atenuar sus discrepancias y rivalidades⁵⁷¹.

5) El socialismo no se identifica con modelos prefijados. No está determinado

por vanguardias, sino por los anhelos de la mayoría nacional. El objetivo es que esta nueva construcción «articule de manera eficaz y coherente la democracia y el socialismo»⁵⁷². El proyecto debe recoger los anhelos de la mayoría, concitar diversas voluntades, romper su propio aislamiento e incorporar a nuevos sectores.

Por lo tanto, las resoluciones del II Pleno clandestino son coincidentes con las conclusiones del Acta de Clausura de Ariccia y con los planteamientos de sus dirigentes en dicho encuentro. Así, la evolución del MAPU, en esta etapa, se caracterizó por una mayor sintonía a favor del proceso renovador. El MAPU se consideró, a sí mismo, pieza clave de la renovación y de la convergencia política.

Nuestras tesis políticas fundamentales (renovación, crisis de la izquierda, convergencia socialista) se empiezan a poner en el centro del debate de la izquierda y no por casualidad (...) Nuestro partido por su práctica y sus ideas, por lo que representa como formación original, debe convertirse, y lo ha venido haciendo en parte, en el núcleo decisivo de la renovación⁵⁷³.

La Izquierda Cristiana (IC) fue otro de los partidos que participó en los seminarios y paralelamente desarrolló su II Pleno clandestino. Este último encuentro interno no hizo otra cosa que ratificar algunas importantes líneas trazadas en torno a Ariccia. El II Pleno abordó de modo genérico tres aspectos centrales:

La activación de la lucha contra la dictadura;

La adecuación del partido a los requerimientos del presente;

La ineludible renovación de la izquierda chilena.

La IC señaló que para activar una oposición efectiva era necesario en primer orden reconocer la crisis de la izquierda y reevaluar el alcance de la dictadura. Respecto de lo primero dos eran los aspectos que, según el partido, explicaban este letargo:

el desfase entre la izquierda y el movimiento popular. Los partidos no habían capitalizado el movimiento antidictatorial;

las divisiones entre las Direcciones habían dejado virtualmente paralizada la proyección de la izquierda⁵⁷⁴.

Respecto a lo segundo, el dirigente Rafael Martínez, en una editorial de la revista IC, emplazó a analizar objetivamente la dictadura y los alcances de la misma⁵⁷⁵. Se reconoce que el contexto es abiertamente diferente, ya que la dictadura abrió un nuevo escenario que ha modificado la estructura y la composición de la sociedad. Concuerdan en que es necesario reconocer el fracaso de la estrategia del movimiento popular.

Después de casi siete años de dictadura es posible advertir un conjunto de transformaciones muy importantes en la estructura productiva, en la composición social y en los elementos que integran la ideología dominante de la sociedad chilena. En consecuencia, las estrategias y los programas impulsados por la UP antes de 1973 no constituyen ya instrumentos plenamente adecuados para dar solución a los problemas planteados por la dictadura⁵⁷⁶.

Respecto de la organización interna, según la IC, era imperativo que el partido se programe por una democracia interna, desentendiéndose de cualquier atisbo centralista.

De lo que se trata es de construir una organización en la que la generación, desarrollo y ejecución de su línea política resulten de mecanismos y procedimientos cabalmente democráticos. Dentro de esta concepción, la necesaria homogeneidad no se intenta por la imposición arbitraria desde la dirección, sino que surge de un laborioso quehacer colectivo (...) Solo un partido democrático en su vida interna es capaz de prefigurar, garantizar y sustentar la construcción de una sociedad realmente libre y participativa⁵⁷⁷.

Desde el punto de vista teórico, el II Pleno, haciéndose eco de las conclusiones de Ariccia, discutió la relación entre socialismo y democracia. Para la IC la supuesta incompatibilidad no es más que una consigna, ya que desde su visión estratégica ambos elementos son vertientes que confluyen. El documento del Pleno, otorgó a «las instituciones democráticas –base de respeto y prestigio internacional»⁵⁷⁸ –un rol cardinal. Señaló, además, que la hegemonía era la base del proyecto a construir. «No es un proyecto solo de la clase obrera. Tal proyecto aislaría al proletariado y, por ende, constituiría un error. Las clases pobres en general deben luchar por un proyecto que represente, auténticamente, los intereses fundamentales de la gran mayoría del país»⁵⁷⁹.

El partido fue consciente que la nueva estructura social imperante había hecho emerger demandas sociales y económicas en otras clases no necesariamente circunscritas al proletariado (según sus cálculos esta última no llegaba al 25% de la población). Sectores como el campesinado, por cuenta propia, empleados públicos y privados y los cesantes tenían sus propias reivindicaciones. «Por tanto, un nuevo proyecto político debe expresar no solo los intereses reivindicativos inmediatos de la clase obrera, sino los intereses permanentes de todo el conjunto»⁵⁸⁰.

Otro de los temas discutido en los seminarios –y que se trasladó al Pleno– fue la proyección de la CS como coordinadora de la izquierda socialista. En la primera declaración conjunta se planteó:

La renovación ideológica y política que exprese este nuevo programa, debe ir acompañada de una renovación orgánica. Consideramos necesario abrir –a partir de ahora– una nueva fase con tareas muy precisas hacia una Unidad Popular superior⁵⁸¹.

Para la IC, la composición de este nuevo referente (CS) no debía entenderse como la simple suma de partes de un mismo campo ideológico o la fusión de partidos de la UP, ya que restringiría su proyección.

Para nosotros, la convergencia socialista es, principalmente, un proceso de coordinación de fuerzas que apuntan a los objetivos comunes de activar la movilización orientada al derrocamiento de la dictadura y de estructurar el proyecto histórico que afiance los objetivos de la democracia y el socialismo⁵⁸².

La IC, no buscó ni se comprometió a favor de la mera fusión orgánica. Sin embargo, uno de sus intereses inmediatos fue la concreción acciones concurrentes con ambos MAPUs:

hemos llamado a dichos partidos a constituir, al más breve plazo, un comité de enlace para el desarrollo de las luchas populares contra la dictadura. Esto no excluye la simultánea exploración de otras formas y niveles de convergencia. Al contrario, busca incidir positivamente en la creación de condiciones para una amplia, profunda, eficaz y perdurable unidad del pueblo y sus diferentes expresiones políticas⁵⁸³.

La perspectiva de la convergencia entre partidos, de lo que se denominó, socialismos emergentes, comienza a visualizarse bajo el impulso de pequeños acuerdos (en detrimento de la UP) que posteriormente darán vida a la

Convergencia Socialista.

Por su parte, el MAPU-OC, en el marco de los seminarios de Ariccia, realizó su IV y V Pleno. En el primer encuentro clandestino (junio 1979) inició un debate sobre:

la democracia interna;

la elaboración de un Programa;

cómo afianzar al partido en las masas (estrategia en los frentes);

cuestionamientos sobre definición ideológica;

la nueva realidad objetiva del país.

Según se desprende de los documentos del Pleno, el CC se abocó principalmente al debate sobre las «insuficiencias políticas en el trabajo de dirección». Dicha deficiencia había dejado de manifiesto «la contradicción creciente que se produce entre la gran centralización de las funciones de dirección (...) y el desarrollo de nuestra política»⁵⁸⁴. El Pleno hizo un llamado a «corregir enérgicamente el diseño y los métodos de nuestro trabajo de dirección»⁵⁸⁵ para promover y desarrollar una mayor «descentralización de la aplicación de la línea (...) así como de muchos aspectos organizativos»⁵⁸⁶. Es decir, se criticó, al igual que en Ariccia, la excesiva centralización y cómo esta afectaba la línea del partido. En otras palabras, se apeló a una mayor democracia interna en detrimento del centralismo democrático.

El Pleno constató que la dictadura había ganado en coherencia y unidad⁵⁸⁷. Especificó que el país vivía

una transformación regresiva que se expresa (...) en la estructura económica y social, en la educación y la cultura, en la vida política, en sus relaciones internacionales. Tal transformación habría sido imposible si el régimen no contara con sólidos apoyos y con un proyecto histórico definido y coherente⁵⁸⁸.

Por ello, llamó a reconstruir el tejido social con todas aquellas organizaciones opositoras a la dictadura. Sin embargo, era necesario revisar el rol del partido y el tipo de relación con los movimientos sociales⁵⁸⁹.

Sobre las alianzas partidistas se inclinó abiertamente por un acuerdo con el centro. Es más, el MAPU-OC lo consideró una «necesidad histórica»⁵⁹⁰. «Si algo nos enseña la experiencia pasada, es que no es posible la democracia y el progreso sin el acuerdo –al menos sobre el marco institucional– de las grandes fuerzas sociales y políticas del país»⁵⁹¹. Según Torrejón, la apuesta del partido por un «Pacto por la Democracia» en detrimento del FA «nos muestra un cambio que resulta radical: el eje político se cambia desde un rechazo al fascismo a un apoyo a la democracia»⁵⁹².

Sin embargo, estas ideas motrices se afianzaron en el V Pleno⁵⁹³. El debate se concentró nuevamente en cómo superar las deficiencias en la dirección del partido⁵⁹⁴. Se discutieron dos cosas: recuperar características originales de la concepción del partido y el tipo de organización que se quiere ser, de acuerdo a la línea y a las condiciones objetivas del país⁵⁹⁵. El Pleno detalló los elementos que habían influido negativamente en la organización⁵⁹⁶:

la relación del partido con la teoría dogmática (conjunto de leyes aplicadas al desarrollo de la sociedad) que no precisaba de mayores alteraciones ni interpretaciones;

la relación del partido con las masas. El punto cardinal estuvo puesto en la función dirigente del partido. Lo anterior redujo la función del partido a una mera conducción-mandato, soslayando el aprendizaje y la experiencia de las masas;

la aplicación del centralismo democrático generó que lo «democrático» fuera una mera formalidad. Se invalidó las reflexiones de las bases y, por ende, se hicieron indolentes.

Si por una parte la función del partido consiste principalmente en «aplicar» una teoría ya dada a la situación concreta en la que se desarrolla, y por otra su relación con las masas tiende a hacer burocrática, el desarrollo de la capacidad autónoma de reflexión del conjunto de los organismos y militantes del partido se hace innecesaria⁵⁹⁷; y

4) la influencia en la definición genérica de cuadros. Esta visión no permitió obtener una relación partido-masas acorde a la realidad del contexto.

La conclusión del V Pleno fue tajante: la principal causa de las deficiencias partidistas se debía al influjo de una «concepción dogmática del marxismo». Esto generó un partido burocrático-mecanicista.

Por ello es lícito afirmar que el dogmatismo ha afectado principalmente nuestras concepciones sobre el partido (...) Se introduce así, en el partido, un tipo de pensamiento que tiene su origen en la tradición teórica del estalinismo y un gran peso –hasta nuestros días– en el movimiento obrero mundial, que postula un «modelo» de partido proletario válido para cualquier política y circunstancia⁵⁹⁸.

El modelo de partido recibió la más ácida crítica. El Pleno, en la línea crítica de los seminarios, concluyó que

la ausencia de una crítica sistemática, ha sido uno de los factores que explican de manera principal la persistencia de deformaciones importantes en el proceso de construcción del partido, en el terreno del desarrollo teórico, de los métodos burocráticos y autoritarios de dirección, del desarrollo del aspecto democrático de la organización y de su capacidad de dirección de masas⁵⁹⁹.

Lo anterior, echó por tierra el viejo anhelo de unificar a los partidos obreros (PCCh, PSCh y MAPU-OC). El Pleno lo consideró inadmisibile: «Se puede afirmar que ello resultaba casi imposible. (...) carecía de toda base, estaba sustentada solo en el deseo subjetivo de resolver el problema histórico de la unidad de dirección»⁶⁰⁰. En oposición a ello, surgió la iniciativa de la convergencia del área socialista, la cual generó, según Gazmuri, una ardua controversia interna⁶⁰¹.

También se emplazó, al igual que el Pleno anterior, a abandonar el sesgo exclusivamente obrerista de su política.

Se buscaba transformar al MOC en un partido popular, que interpretase al conjunto social, y que abandonara el carácter eminentemente obrero (...) los renovadores proponían su ampliación hacia otras capas, especialmente hacia aquellas proclives a una inquietud teórico-intelectual (frente académico, profesional, artístico, comunicacional, etcétera)⁶⁰².

Por otra parte, el MAPU-OC fue abandonando la influencia soviética y su relación con el PCCh⁶⁰³. Valenzuela se refiere al giro definitivo del partido.

Hay un texto en torno al año 1980, firmado por Joaquín Rodríguez (Jaime Gazmuri) y Federico Martínez (Enrique Correa), que marca definitivamente la renovación del MOC: Llama a construir una nación (rompe discurso obrerista), habla de partido democrático y nacional, reivindica el marxismo (no el

leninismo) y se plantea una nueva concepción de la política. Aquí el MAPU-OC se acerca al basismo del MAPU: «(superar) una política que privilegiaba el trabajo súper-estructural... el centro de nuestra política está constituido por la construcción de un movimiento social autónomo, plural, unitario y nacional⁶⁰⁴.

El V Pleno señaló que las concepciones, los criterios y los pensamientos en los cuales se basaba el partido, y la izquierda como proyecto, estaban obsoletos. Uno de sus máximos dirigentes, Enrique Correa, dio por superado los anhelos de transformación de la izquierda.

Ha entrado en crisis definitiva un determinado proyecto de transformación que se expresó históricamente en el programa del gobierno popular y una forma de concretar y desarrollar la política propia de la vida anterior al golpe y junto con ello se ha demostrado la inadecuación de la propia estructura del movimiento popular, hasta el momento construido en los hechos en torno al entendimiento de comunistas y socialistas⁶⁰⁵.

Según Carlos Bascuñán, en el V Pleno, los llamados renovados se desprenden de varias premisas ideológicas de antaño.

Concretamente, veían que la dictadura del proletariado, la defensa de la violencia como forma de lucha y en general la visión leninista del marxismo no facilitaba la subsistencia ni la ampliación de la democracia. Otro hecho que los llevó a esta reflexión fue el mayor conocimiento de experiencias socialistas concretas (...) Respecto a la concepción del Partido, buscaron la existencia de una democracia interna.

En definitiva, «el marxismo debía ser considerado no como ideología o cuerpo de afirmaciones dogmatizadas⁶⁰⁶.

Como vemos los seminarios de Ariccia fueron determinantes para definir la línea política de todos estos partidos. A partir de aquí germinó «una nueva alineación en la izquierda»⁶⁰⁷. Ariccia se transformó así, en un pilar del nuevo constructo orgánico-teórico de la izquierda chilena. A raíz de la sistematización crítica surgió la Convergencia Socialista:

el Seminario de Ariccia instaló por primera vez un nuevo referente político que estaba presente como anhelo, en la construcción teórico-discursiva de uno de los intelectuales mapucistas, Eugenio Tironi. 1979 es el año del nacimiento formal de la Convergencia Socialista, fuerza política que se autodenominaba renovadora y aglutinante de los sectores políticos que habían logrado vincular teóricamente el socialismo y la democracia⁶⁰⁸.

Por lo tanto, los seminarios interpartidistas como los Plenos fomentaron una reducción del dogmatismo y abandonaron la mirada ideologizada que exacerbaba la realidad político-social del país. Lo anterior permitió a los partidos obtener una visión menos abstracta y más certera.

Las visiones a veces mitificadas de la realidad dieron paso a una complejidad mayor, pero no menos categórica e innegable. Esta nueva interpretación de la realidad, hizo que se derribaran ciertos mitos de la izquierda chilena.

2. La Convergencia Socialista

Según Carlos Bascuñán, el MAPU a mediados de 1978 fue el primer partido que propuso informalmente una convergencia entre el área socialista cristiana. Al año siguiente apareció una declaración del MAPU, MAPU-OC e IC, en donde se proponía una «conducción unitaria superior». Aunque se rescata el papel de la UP, señalan que es necesario superar su programa:

Han aumentado las críticas a la UP por su falta de iniciativas, sus carencias programáticas, la ausencia de una discusión profunda en su seno y su precario funcionamiento colectivo en Chile (...) requerimos innovar radicalmente en nuestra línea y práctica de conducción, en nuestros métodos de trabajo y relaciones internas; en definitiva, en nuestra capacidad para asumir la realidad nueva que se ha forjado en Chile en estos años (...) es necesario una dirección renovada⁶⁰⁹.

Posterior a la Declaración de México, dichos partidos reafirmaron sus postulados en una segunda declaración llamada «Nuestro acuerdo para la lucha». El documento señala que la renovación es una tarea de acción común, ya que en su interior se observan errores y colapsos de conjunto. Entre los errores principales se destaca⁶¹⁰:

la UP está agotado. Se exige la construcción de un nuevo referente;

vacíos estratégicos en lucha contra a la dictadura;

problemas para cimentar una nueva relación entre los partidos y las organizaciones;

dificultades para aplicar una renovación teórica y cultural. Aún prevalece el enfoque dogmático marxista y se observan restricciones para integrar los aportes del cristianismo revolucionario.

Estas declaraciones del área socialista cristiana se conoció como la «convergencia a tres» (MAPU, MAPU-OC e IC) y fue paralela al proceso de convergencia espoleado por el área socialista histórica, es decir, entre las facciones del PSCh. Paralelamente, se produjo en Chile un trascendental seminario que discutió, criticó y resolvió, a nivel general, temáticas similares a las de Ariccia⁶¹¹. A partir de este inédito evento se decidió crear la Convergencia Socialista (CS). El objetivo inicial fue organizar a los sectores socialistas e independientes proclives a profundizar la renovación ideológica y las prácticas de la izquierda⁶¹². Gazmuri señala que la CS se planteó además, un desafío aún mayor y más amplio, transformarse en un espacio abierto de encuentro con la sociedad civil⁶¹³.

El llamado de la Convergencia fue amplio y exitoso, ya que logró congregarse, a inicios de 1980, a los principales dirigentes, intelectuales y militantes del MAPU, de la IC, del PSCh (altamiranistas y en menor medida almeydistas), del MAPU-OC, del Partido Radical, del MIR, incluso del PCCh e independientes de izquierda. Rápidamente al interior de la CS germinó un grupo de intelectuales que apuntalaron (y lideraron) esta aspiración, lo que hizo fortalecer la idea inicial de desmarcarse lo más posible de los partidos (no renegar).

La CS señaló tres desafíos básicos⁶¹⁴:

rescatar las constantes históricas de la identidad del socialismo chileno. Para ello, dos conceptos serían claves: democracia y pluralismo;

discutir la nueva realidad de la estructura económica y social; y

diseñar una estrategia democrática-socialista para el país.

Los participantes del seminario elaboraron un primer documento llamado «Convergencia Socialista: Fundamentos de una propuesta», en donde se fijaron los primeros criterios de organización. El documento señaló que la CS nacía como una necesidad histórica, como un proceso para superar la crisis de la izquierda chilena y como factor ineludible de democratización⁶¹⁵. El desafío para los intelectuales y dirigentes fue integrar y, sobre todo, desarrollar, al interior de la izquierda, nuevos tópicos, relaciones y estrategias. Por ello, hicieron referencia a cuestiones como:

la integración a un proyecto socialista de valores cristianos revolucionarios; el del contenido democrático en todo sentido del socialismo; el de contradicciones y conflictos en una sociedad compleja que no admite ser reducidos a esquemas puramente clasistas; el de la relación entre el partido político y el movimiento social; el de la relación entre desarrollo económico y expansión de la democracia; etcétera⁶¹⁶.

La CS adoptó un marxismo crítico, antidogmático e independiente. Es decir, rechazó las premisas modélicas del leninismo y valoró el aporte de otras corrientes afines a los procesos de cambio social, reglamentados por el ejercicio de la democracia⁶¹⁷. Según J. J. Brunner el objetivo fue

revisar la crítica marxista a la democracia, como democracia puramente formal y burguesa, y establecer que la democracia liberal, occidental, capitalista, con su principio de los derechos humanos y de gobierno representativo tenía un valor enorme, que había que recuperar para cualquier progresismo o para cualquier nuevo planteamiento socialista. Y por otro lado, una revisión de las economías

centralizadas al estilo soviético, que frente a ello había una alternativa, que es una alternativa reformista, que en definitiva es una alternativa que había estado presente por más de 40 o 50 años en el mundo europeo y que nunca había sido recogida en la tradición chilena⁶¹⁸.

La CS apuntó también a las transformaciones estructurales acaecidas en la sociedad chilena y sus implicaciones políticas. Es decir, reconoció cambios en las relaciones entre las clases sociales y la desafiliación de estas con las reivindicaciones de la izquierda.

El proletariado industrial y agrario tiende a disminuir su importancia cuantitativa en forma notable. Al tiempo que aumenta su peso específico el sector de los trabajadores por cuenta propia, la pequeña burguesía marginal y los desempleados. Estos últimos sectores –que agrupan a la mayoría de los miembros del bloque popular– se caracterizan por su atomización y falta de ligazón con la plataforma política tradicional de la izquierda⁶¹⁹.

La CS emitió posteriormente un segundo documento, denominado «Un Horizonte democrático para Chile». Señalaron que la experiencia de la UP y de la dictadura, habían hecho reconsiderar la infalibilidad de la democracia. Postularon a

la renovación como imperativo. Nos obliga a ello una consideración sobre la experiencia de la Unidad Popular (...) La experiencia autoritaria, por su parte, ha fortalecido nuestra convicción democrática, lo que nos lleva a plantearnos críticamente frente a cualquier dictadura y frente a muchas prácticas y concepciones tradicionales de la propia izquierda⁶²⁰.

Misma percepción destacó el dirigente Jorge Arrate: «El autoritarismo del régimen implantado en Chile influye en consolidar el antiautoritarismo en el

seno de la izquierda (...) también el repensamiento del tipo de socialismo que se propugna y su vinculación con la libertad»⁶²¹. La Convergencia asume «la democracia como un ideal y como una experiencia (...) nos sentimos parte de una corriente cultural que busca extender los valores y principios de la democracia al conjunto de la organización de la sociedad»⁶²².

Sin embargo, un sector de la izquierda tradicional, vio en la CS la intención de los renovados por establecer, de manera soslayada, la creación de una nueva organización, que además de superar orgánica e ideológicamente a los partidos tradicionales –bajo el carácter de movimiento– terminara por desperfilar los contornos ideológicos de la izquierda (especialmente el perfil socialista histórico). La CS, ajeno a tal propósito, respondió a estas críticas, y de paso reafirmó sus intenciones.

Nos definimos como un espacio político de encuentro, debate y creación que tiene por objeto estimular la renovación socialista en diversos ámbitos de la sociedad. No somos, ni pretendemos ser hoy, un partido político, una combinación de partidos ni un grupo de poder. Somos esencialmente un grupo generador de ideas y de opinión sobre el socialismo y las alternativas sociales⁶²³.

Claramente, la CS apostó por desarrollarse como movimiento, estimulados por formas asociativas variadas. La intención de superar a los partidos era una posibilidad que podía llegar a cristalizar (con el tiempo), pero no fue un imperativo, ni un objetivo en sí. La CS, entendida desde la perspectiva de un movimiento o, como lo denominó Carlos Ominami, bajo una concepción «basista», «postula la prescindencia de las organizaciones políticas en un proyecto que se presenta más bien como Convergencia social»⁶²⁴. Lo anterior no quiso engendrar una actitud anti-partido, sino como, recuerda Gazmuri, un modelo o «partido» alternativo⁶²⁵. El dirigente Raúl Ampuero puso esta disyuntiva en el centro de la discusión, al percibir el riesgo de persistir en una doble estrategia: «o concebimos la próxima fase como un avance hacia un frente de partidos (o una federación de partidos) o nos encaminamos a darle forma y la dinámica de un movimiento»⁶²⁶.

La CS en un documento posterior, denominado, «Llamamiento de Milán por la

Convergencia Socialista», reafirmó su carácter de movimiento.

Son muchos los que como nosotros se sienten interpretados por este movimiento y participan desde diversos ámbitos (...) Se trata de proyectar la acción de los movimientos sociales que se oponen a la dictadura a fin de que el cuadro político exprese fluidamente la nueva situación⁶²⁷.

Desde esta perspectiva se entendió originalmente a la CS como un movimiento en constante proceso, con participación individual e independiente, pero que, sin perjuicio de ello, era un espacio que reconocía a las diversas subculturas y perfiles de la izquierda. Ampuero especificó esta distinción:

La iniciativa sustituía el aludido esquema: de la vanguardia a las alianzas, de las alianzas al movimiento, por un itinerario que comenzaba otorgando a esa área un mínimo de cohesión orgánica e ideológica –en términos de movimiento– para impulsar ulteriormente y desde adentro una remodelación más lógica del mapa político de la izquierda⁶²⁸.

Sin embargo, esta idea para Ominami advertía una carencia vital: «la ausencia de organizaciones con capacidad real de orientación política (...) Tal es un peligro intrínseco a toda concepción que escinde lo social de lo político»⁶²⁹.

A raíz de estos cuestionamientos –y a la participación informal de los partidos en la CS– se decidió crear una coordinadora partidista que ejerciera, sin limitaciones, la representación de los partidos. La idea fue no adherir al grupo de la CS, sino forjar una instancia independiente y paralela, denominada Secretariado de la Convergencia Socialista. Esta nueva organización, creada en 1982, estuvo formada por las Direcciones del MAPU, MAPU-OC, IC y PSCh-24º Congreso. Con la creación del Secretariado y, por ende, la participación formal de los partidos, el grupo «original» quedó básicamente identificado con los intelectuales (Grupo por la Convergencia Socialista).

Sin embargo, la relación entre el Grupo y el Secretariado no estuvo exenta de problemas, ya que los primeros insistieron en que la Convergencia era un medio para la discusión y estudio de las reformulaciones teóricas-ideológicas, las cuales debían acabar, en lo ideal, en un proyecto político. En cambio, para el Secretariado la idea convergente debía estar encaminada, en el corto plazo, a la formación de una instancia orgánica fortalecida entre los partidos afines. Es decir, el Secretariado «entiende a la Convergencia como un proceso básicamente cupular en tanto sus principales protagonistas son los aparatos partidarios y en particular sus respectivas direcciones»⁶³⁰. La «convergencia a tres», sumado a los intentos de concomitancia de los socialistas históricos, fue un claro ejemplo de esta concepción. El problema, según explicaba Ominami, era que «el grado de credibilidad y el nivel de influencia de esas organizaciones se encuentra en efecto seriamente disminuido»⁶³¹.

Incluso la visión de los propios partidos sobre el Secretariado no estuvo libre de polémica. Uno de los inconvenientes ocurrió cuando se incorporó el PSCh-24º Congreso al Secretariado. El MAPU-OC asumió una actitud reticente, argumentando que los socialistas habían tenido una evolución distinta a los socialistas de origen cristiano o emergente, lo que de alguna manera podía complejizar el proceso. Sin embargo, esta posición se entiende más bien por anhelos hegemónicos de una pequeña parte de la Dirección. Tal situación solo pareció solucionarse cuando se afianzó el Secretariado⁶³². Además, al interior del MAPU-OC aún existía una fuerte discusión respecto del rol del partido frente a la Convergencia⁶³³. El boletín Venceremos da cuenta de este hecho: «el MOC se ve enfrentado a la necesidad de redefinir su rol político, discusión en la que la asunción o no de la perspectiva convergente es uno de sus puntos fundamentales»⁶³⁴.

La IC se mostró favorable a materializar la renovación de la izquierda a través de la CS. La consideró un instrumento válido y pertinente. Según Fernández esto «lo fundamenta en una visión crítica del PC y en la idea de que la crisis del modelo económico puesto en práctica por la dictadura replantea el problema del papel de los partidos políticos»⁶³⁵. La IC, a través del Secretariado, se planteó reformular o superar el eje PSCh-PCCh. Sin embargo, es menester aclarar que algunos sectores de la IC se resistieron a la idea de la mimetización sin distinción ideológica.

El PSCh-24º Congreso (altamiranistas) reconoció la necesidad de converger con sectores de origen cristiano. Carlos Altamirano en el documento «8 tesis sobre

una estrategia socialista para Chile» (informe presentado para el XXIV Congreso de su facción en París) fue explícito al respecto y reconoció la presencia, el aporte y la necesidad del mundo cristiano en la lucha contra la dictadura y la redemocratización del país y como elemento central para lograr los cambios sociales⁶³⁶. Sin duda que el MAPU fue el partido que con mayor decisión apoyó la Convergencia, desde la perspectiva «basista», es decir, impulsarla como movimiento. Entendió este proceso como la única salida a la crisis, como la opción para cristalizar al conjunto de la izquierda, con poder hegemónico, para convocar y unificar a los sectores socialistas⁶³⁷.

El MAPU revivió el viejo anhelo estratégico de superar las identidades políticas clásicas.

La Convergencia Socialista, mirada desde esta perspectiva, estaba en el código genético del MAPU, ya que revive el viejo anhelo original de unidad de las fuerzas populares por cambios radicales y socialistas en la sociedad chilena. Sin embargo, esto implicaba comenzar a distanciarse del proyecto «ambrosiano» de hacer del MAPU el tercer partido de la izquierda chilena y por ende, dar por fracasado el proyecto generacional que se impone con fuerza desde agosto de 1971⁶³⁸.

El Secretariado planteó, además, una cuestión fundamental para la época. Consideró que, para lograr la estabilidad en un futuro gobierno democrático, sería condición necesaria dar por agotado el sistema de partidos (tres tercios). En un documento interno el Secretariado propuso que: «Si a la caída de la dictadura no le sucede una ruptura de los viejos esquemas políticos tradicionales y se reproduce la división clásica del país entre derecha, centro e izquierda, la democracia chilena tendrá poco respiro»; por ende propusieron «la emergencia de un nuevo bloque histórico fundado en la existencia de poderosos movimientos sociales (...) Tal bloque será mucho más que un nuevo frente político, incluso su cristalización supone superar una concepción «frentista» de las alianzas políticas»⁶³⁹. Esta apreciación, sin embargo, es rebatida por el dirigente e intelectual J. J. Brunner, para quien la CS no quiso romper formalmente con el sistema de partidos⁶⁴⁰.

Frente a las opciones basistas (movimiento) y organicistas, asomó, según Ominami, una tercera alternativa basada en el principio del «motor de dos tiempos», es decir «la recomposición del movimiento social primero, la centralización política después»⁶⁴¹. Sin embargo, superponer una concepción sobre la otra generaba, según el autor, una pugna, ya que

se sobrestima la capacidad autónoma de los movimientos sociales para desarrollar sus luchas, unificar sus demandas y presentarse como alternativa (...) por otro lado, un proceso de centralización política posterior, enfrenta el riesgo de aparecer desde el origen, marcado con un carácter puramente superestructural y burocrático⁶⁴².

Para Ominami todas estas concepciones se presentaban en el fondo como antagónicas (lo que llamó la cultura dicotómica). Según él, la CS debía pensarse bajo la forma de articulaciones complementarias.

Cualquier tentativo de definir de manera a priori, por decreto, una determinada hegemonía sobre el proceso, no hace más que condenarse a sí misma (...) Desarrollar una cultura de la articulación, vectorial más que aritmética, constituye una exigencia ineludible para la renovación⁶⁴³.

A estas alturas se habían conformado el Grupo por la Convergencia, el Secretariado por la Convergencia, La Convergencia Universitaria y la Convergencia Socialista de Europa. A ello sumarle el Comité de Enlace Permanente de Unidad Socialista que intentaba, desde su particularidad, reunir a los socialistas históricos. Un intento por consolidar el proceso, surgió a partir de un encuentro en Madrid en febrero de 1983. El encuentro en la capital española trajo como resultado la creación del Movimiento de Convergencia que fijó los criterios de reunificación. La idea fue cohesionar a dichas «organizaciones» para posicionarse como alternativa a la dictadura⁶⁴⁴.

La reunión de Madrid fijó algunos criterios centrales⁶⁴⁵:

propiciar una alternativa nacional que no debía estar sujeta a modelos de aparente valor universal (en clara alusión al marxismo-leninismo);

reafirmar el carácter autónomo del proceso convergente;

se define como movimiento revolucionario. Sin embargo, dicho concepto se aleja de la radicalidad de los métodos, asumiendo esencialmente un contenido «liberador y emancipador»;

reafirman su carácter democrático; y

se definen como movimiento humanista.

Sin embargo, el proyecto de la Convergencia, en todas sus expresiones, no logró posicionarse debido a las indefiniciones y desconfianzas que aún persistían. Jaime Gazmuri asegura que hacia 1983 aún no se definía si la CS era y se desarrollaría como un movimiento o partido⁶⁴⁶. Lo anterior generó que los partidos y facciones se potenciaron y entorpecieran los acuerdos. Una de las razones que hizo naufragar al proceso de la Convergencia –entendida como movimiento– se debió a la desconfianza que despertó en el grupo dirigente.

El elemento que causaba más conflictos, era la intención de constituir a la Convergencia en un espacio por sobre las estructuras partidarias, un espacio que los superara en tanto orgánicas e identidades políticas, por lo que generaba resquemores en la clase política que sentía una mayor competencia inherente y

donde no estaban asegurados sus propios intereses⁶⁴⁷.

Por otro lado, en 1983 el movimiento social despegó de forma independiente a la política partidista formal. La Convergencia quedó relegada ante la irrupción de nuevos fenómenos sociales e incipientes proyectos aliancistas aún más amplios. Benavente así lo especifica: «Los hechos políticos del año 1983 irán poniendo dificultades al proceso convergente: desde luego el Movimiento de la Convergencia no alcanza a cristalizarse y el Secretariado de la Convergencia se disolverá. Quedará el Grupo, pero como una expresión más dentro de la izquierda»⁶⁴⁸.

Tampoco se viabilizó a la Convergencia como partido (proyección del Secretariado). Lo anterior, estuvo cercenado por dos cuestiones fundamentales:

la participación de algunos dirigentes del PSCh en la declaración del «Manifiesto Democrático». El polémico documento (marzo 1983) contó con la rúbrica de importantes líderes de la DC, de la derecha democrática, de la socialdemocracia, de un sector del PR y de representantes del PSCh-24º Congreso y almeydistas. El Manifiesto constituyó en la práctica una alternativa paralela a la Convergencia, ya que los declarantes formaron, meses más tarde, la Alianza Democrática (AD).

el posterior ingreso de la facción PSCh-24º Congreso a la Alianza Democrática. Según Ignacio Walker:

Tanto la suscripción del manifiesto como el posterior ingreso a la AD con fuerte presencia demócratacristiana, socialdemócrata y radical, junto a un pequeño sector de derecha, fue visto por parte de ciertos sectores de la Convergencia Socialista como una alternativa de centro que resultaba inaceptable, pues, entre otras cosas, excluía a un importante sector de izquierda⁶⁴⁹.

Junto a lo anterior, quisiera agregar dos problemas más. Por una parte, el carácter excesivamente cupular del Secretariado y la inclinación socialdemócrata que fue adquiriendo. Ambos hechos significaron que las bases se mantuvieran en la periferia del proyecto convergente⁶⁵⁰. En segundo lugar, surgió, a mediados de 1983, la intención de reunificar al PSCh. Tales intentos generaron automáticamente que el Secretariado se diluyera en favor del tradicional partido. Los socialistas históricos, ante el enajenado esparcimiento orgánico y las dudas respecto del carácter de la Convergencia (organicista o movimientista) optaron, como paso previo, por reunificar al partido. Es decir, ante la «amenaza» de rescindir sus intereses e ideas, a favor de la Convergencia, y perder la hegemonía del área socialista se optó por relanzar al PSCh. Claramente, no quisieron «sacrificar» su especificidad histórica.

Lo curioso es que estos intentos, en la práctica, profundizaron las diferencias entre los sectores renovados y ortodoxos. El panorama fue de cierta confusión. El objetivo de hacer de la CS «la casa común de la izquierda chilena»⁶⁵¹, por el momento, no fue efectiva. Este desconcierto, sin embargo, es parte de la evolución de la crisis de la izquierda, que buscó afanosamente, desde una óptica revisionista, un espacio para evolucionar. Los renovados comprendieron que estas convergencias eran parte de un proceso mayor, que intentaba superar las viejas alianzas políticas y recomponer un nuevo proyecto de izquierda. Benavente así lo especifica:

Pero esta recomposición, que acentúa la crisis en la izquierda, tal vez sea necesaria para quienes efectivamente desean una renovación ideológica en la izquierda, puedan luchar por ella presentándose como alternativa definida, alejados ya de toda instrumentalización como ocurrió en los momentos en que la idea convergente experimentó su auge⁶⁵².

La investigadora Moyano, también destaca este hecho. La Convergencia a pesar de su fracaso

quedaba planteada como propuesta de un sector de la izquierda nacional, que rompía en primer lugar con la alianza frentista de la Unidad Popular y por otro lado, establecía una aspiración de superación de las formas aliancistas tradicionales, mediante la incorporación de sujetos no militantes en sus filas⁶⁵³.

3. El CEP y el CPUS. Los Comités para la «Pax Socialista»

A raíz de la diáspora de los socialistas históricos nace el Comité de Enlace Permanente (CEP) y el Comité Político de Unidad Socialista (CPUS). Ambos tuvieron una meta inmediata y expresa: trabajar por la reunificación del PSCh. Los socialistas históricos habían quedado desperdigados en el amplio abanico de la oposición a la dictadura, acoplándose en diversas instancias partidistas o movimientos que, aunque identificados con el proceso de la renovación y la convergencia, no terminaban de plasmarse.

El primer intento de reunificación surgió inmediatamente después de la quiebra de abril de 1979, bajo el alero de la Convergencia Unitaria 19 de abril, instancia que congregó a las facciones MAS, Dirección para el Consenso, Tendencia Humanista, Frente Recuperacionista y USOPO⁶⁵⁴. El objetivo de esta iniciativa fue reagrupar a las distintas fuerzas «en una sola organización y proceder a la reconstitución del Partido Socialista de Chile»⁶⁵⁵. En el Acta de Unidad definieron su absoluta autonomía frente a las disputas en el SE (Altamirano v/s Almeyda) y resolvieron que la Dirección estaría únicamente en Chile; apelaron a los principios fundacionales y al programa del 47'; expresaron su autonomía frente a los bloques internacionales; y reafirmaron su vocación latinoamericanista; aseguraron la representatividad de las tendencias convocadas en la Dirección provisoria (Comisión Nacional Ejecutiva), pero así mismo validaron la democracia interna y el libre juego de mayorías⁶⁵⁶. Sin embargo, dicha iniciativa no logró relevancia significativa, ya que al poco andar el MAS se retiró debido a que las restantes facciones entregaron su apoyo al secretario general, Carlos Altamirano⁶⁵⁷.

Posteriormente, a mediados de ese mismo año, se reunieron en Roma un grupo de dirigentes y facciones (altamiranistas, Dirección para el Consenso, CNR, el Comité Europa, MR-2, etcétera.) quienes decidieron convocar el XXIV Congreso General del PSCh⁶⁵⁸. Sin embargo, en los meses previos al evento, la mayoría de los convocantes se restó, a excepción de su líder Carlos Altamirano y sus seguidores en el exilio, de algunos representantes en Chile y la facción MR-2 (conocida ahora como La Chispa)⁶⁵⁹.

El XXIV Congreso de los altamiranistas fue especialmente pertinaz en concluir que las condiciones en Chile habían sido modificadas y transformadas de manera drástica, a la vez que la dictadura se empeñaba en sustituir los patrones culturales e ideológicos.

Los efectos de la política económica, la ofensiva ideológica-cultural y el impacto de la derrota en el movimiento popular han transformado cuantitativa y cualitativamente la estructura del sistema social chileno. Estas modificaciones obligan a introducir alteraciones profundas en la visión que la izquierda mantuvo durante décadas sobre nuestra sociedad⁶⁶⁰.

En aquella ocasión fue elegido secretario general del PSCh-24º Congreso, el dirigente Ricardo Núñez, quien inmediatamente ingresó al país con objeto de implementar las resoluciones del Congreso de París: «Fue Ricardo Núñez quien asumió la pesada tarea de reconstruir una orgánica socialista de envergadura e impulsar el proceso de convergencia socialista y luego el bloque en el que convergieron las distintas orgánicas que se reconocían en este proceso»⁶⁶¹.

Por su parte, el sector adscrito a la facción de Aniceto Rodríguez, Tendencia Humanista, realizó una reunión en Caracas (Venezuela) a favor de la reunificación. Dicha actividad que, contó con una alta participación del exilio y del interior, concluyó que para lograr la unidad era necesario profundizar la renovación iniciada en Ariccia: «La izquierda tenía que liberarse de dogmas y esquemas rígidos, poner al día su discurso político y acoger valiosas experiencias recientes y aportes teóricos que renueven el pensamiento socialista tradicional»⁶⁶².

Posterior al XXIV Congreso y a la reunión de Caracas, una serie de facciones socialistas –la mayoría bajo el influjo de la renovación y la convergencia– decidieron realizar un conjunto de reuniones informales con el objeto de darle curso orgánico a la reunificación⁶⁶³. A raíz de ello, se constituyó, a mediados de 1981, el Comité de Enlace Permanente (CEP) compuesto por las facciones: USOPO, MAS, CNR, Tendencia Humanista, PSCh-24º Congreso, Dirección para el Consenso y Los Suizos. Los socialistas de Almeyda, si bien no participaron en todos los encuentros, estuvieron representados por dos

importantes líderes de su sector, Akin Soto y Julio Stuardo.

El CEP desarrolló instancias de convergencia con socialistas emergentes o directamente con el centro político, lo que generó el rechazo y los resquemores de facciones como los almeydistas o la CNR. Por lo tanto, el CEP estuvo constantemente condicionado por los dispares acuerdos de las facciones. Uno de los documentos inéditos, y poco citado en las investigaciones, que ejemplifica esta disparidad y lo efímero de los compromisos, es el «Comunica acuerdo en el interior de Chile»⁶⁶⁴. El comunicado fue firmado por el PSCh-Almeyda y las facciones reunidas MAS-USP-MR (según el documento los grupos firmantes representan en conjunto a más del 90% de la militancia en Chile).

Debido a que este acuerdo unitario se realizó fuera del CEP, las facciones reunidas MAS-USP-MR, exigieron a los almeydistas que se incorporarán al Comité.

En cumplimiento de los propósitos anteriores el PSCh (MAS-USP-MR) ha hecho presente al PSCh (Almeyda) la necesidad de incorporarse al intento de reagrupamiento partidario manifestado en el Comité de Enlace Permanente (CEP) en que conservando sus respectivas singularidades, participan movimientos y sectores socialistas partidarios, en cuanto pretender coordinar la acción y las posiciones de estos y crear a través del diálogo, y una práctica consecuente las condiciones que permita la pronta unidad del socialismo chileno⁶⁶⁵.

Sin embargo, los almeydistas se marginaron de este y de otras declaraciones públicas del CEP. La participación de la facción de Almeyda en el CEP estuvo condicionada constantemente por dos cuestiones:

su estrecha relación con los comunistas;

y su oposición a que el CEP estableciera vínculos estratégicos y políticos con la DC y especialmente con sectores de la derecha democrática.

Debido a la automarginación de los almeydistas, el CEP fue evolucionando bajo el influjo hegemónico de los socialistas renovados y que apostaban por la CS. El liderazgo del PSCh-24º Congreso fue determinante y por ello los guiños del CEP estuvieron encaminados hacia la DC y a la centrista Alianza Democrática. En abril de 1983 –al cumplirse 50 años de la fundación del PSCh– el CEP emitió un importante documento a favor de la unidad, denominado «Acuerdos y conclusiones para la unidad del Partido Socialista de Chile». Lo más trascendental, desde el punto de vista orgánico, fue la transformación del CEP en el Comité Político de Unidad Socialista (CPUS) como órgano superior de integración.

El documento señaló que existe acuerdo pleno «en agilizar los procedimientos que aseguren una mejor acción y expresión del socialismo en nuestro país y al mismo tiempo en adoptar decisiones que permitan el paso a un grado superior en el proceso de integración y de reunificación de la fuerza socialista»⁶⁶⁶. Este acuerdo contó con la firma de las facciones: PSCh-24º Congreso, Dirección para el Consenso, PSCh-Almeyda (Stuardo-Soto), MAS-USOPO, Tendencia Humanista y Los Suizos⁶⁶⁷. Aunque la facción de Almeyda participó en el documento de unidad, dicha rúbrica correspondió a un sector, (afincados en Chile) encabezados por Soto y Stuardo, que era proclive a la renovación y a la convergencia y no descartaban un acuerdo con el centro. Por lo tanto, al interior del almeydismo coexistieron, durante este proceso, dos corrientes: la encabezada por el líder Clodomiro Almeyda y la que lideró Julio Stuardo en el interior. Esta apreciación la corrobora el profesor Bascuñán:

Respecto del sector Almeyda, no se integró oficialmente ni al CEP ni a la CPUS. Mantuvieron una organización paralela, tanto en el interior como en el exterior. «Sin embargo, como instancia partidista» fueron representados –a pesar de las diferencias– por el grupo Stuardo (...) En un intento por solucionar este conflicto, Almeyda viajó a Buenos Aires, donde se realizó un Pleno que solo sirvió para confirmar la existencia de las dos corrientes⁶⁶⁸.

El documento del CPUS definió las bases ideológicas y políticas, la concepción de partido, la política de alianzas, las perspectivas de lucha y las bases para la unidad del partido. Estas definiciones, aunque reflejaban el influjo de la corriente renovadora, no significaron el abandono del marxismo. Sin embargo, (re)incorporaron una acepción más interpretativa:

Nuestro partido tiene sus fundamentos ideológicos y políticos en el marxismo, como método de interpretación de la realidad social y guía en la acción política, enriquecido y rectificado por la práctica constante de los trabajadores manuales e intelectuales y por el devenir histórico (...) Reafirmamos el carácter democrático del partido⁶⁶⁹.

EL CPUS tomó distancia de los centros de poder ideológicos en el ámbito internacional al definirse como «un partido autónomo en lo conceptual, en lo ideológico, político y orgánico (...) Su autonomía se expresa también en el plano internacional, en su no adscripción a las internacionales»⁶⁷⁰. En un documento posterior, reafirmó esta concepción autónoma frente a los bloques, ya que «posibilita un quehacer activo, creativo y original»⁶⁷¹.

El CPUS, por otra parte, fijó un punto trascendental en cuanto a la representación de grupos o tendencias internas: «Se aceptará la presencia de tendencias en cuanto expresen corrientes de opinión fundadas, eliminándose todo desarrollo fraccional o caudillista»⁶⁷². La idea fue detener la diáspora socialista a través del reconocimiento de las tendencias, no así de caudillismos estériles. Respecto de los socialistas cristianos, el CPUS señaló que aunque se tenía por objeto la reconstrucción del socialismo histórico, el proceso respondía también a un «profundo encuentro y acuerdo con todas las vertientes y sectores que tengan una definición socialista»⁶⁷³. En este mismo sentido, reconocen «la existencia de fuerzas socialistas más allá del partido histórico, con visiones políticas coincidentes, y con una práctica en la lucha a favor de la recuperación de la democracia y por el socialismo»⁶⁷⁴.

Frente a la política de alianzas, el Comité apostó por la «unidad programática de la izquierda» con objeto de conseguir criterios unitarios con las fuerzas de

centro. Por ello, valoró positivamente la firma del «Manifiesto Democrático». El CPUS hizo un llamado a los socialistas para que asumieran con flexibilidad las propuestas concertacionistas de la oposición⁶⁷⁵. El CPUS tuvo entre sus objetivos rescatar los principios y definiciones de los años fundacionales del socialismo chileno (de los años 30' y 40'). El investigador Edison Ortiz rescata este hecho:

Pasaron a constituirse en Comité Político de Unidad (CPUS) como modo de avanzar y facilitar la reconstitución de la institución sobre la base de los principios que inspiró Eugenio González en '47: un partido político de trabajadores manuales e intelectuales en el que predomina la vocación democrática, el respeto a los derechos de la minoría y el acatamiento de la mayoría⁶⁷⁶.

En lo netamente práctico, el CPUS conformó una serie de criterios para darle estabilidad a la reunificación⁶⁷⁷:

el CPUS será el órgano de Dirección y representación del PSCh en el período de reunificación y tendrá las atribuciones resolutorias en lo político y en lo orgánico;

estará formado por dos representantes de cada sector o tendencia;

será una instancia destinada a superar las diferencias políticas que subsistan y reglamentará la convocatoria de un Congreso de Unidad; y

la Dirección estará en Chile y hasta que no se celebre dicho Congreso, el CPUS asume el proceso unitario tanto en el interior como en el exterior.

Sin embargo, el 4 de septiembre de 1983, se decidió disolver el CPUS y oficializar la reunificación del PSCh. Es decir, el recién formado CPUS se diluyó, a los pocos meses, a favor de la «unidad del partido». La decisión se oficializó con una declaración a la que concurrieron las facciones: MAS-USP-MR, PSCh-24º Congreso, PSCh-Almeyda (sector Soto-Stuardo), Convergencia 19 de Abril o Consenso, Tendencia Humanista y Los Suizos⁶⁷⁸. El objetivo fue que todos los sectores estuviesen representados en la futura Dirección⁶⁷⁹.

Se constituyó un comité central de 36 miembros y una comisión política de seis (uno por tendencia). Un Pleno, realizado posteriormente en el extranjero, permitió validar aquella instancia, aunque dejó pendiente para un próximo congreso de unidad, que no llegó a realizarse, la designación de un secretario

general⁶⁸⁰.

En el documento de unidad, denominado «A todos los militantes del PSCh», se expuso que⁶⁸¹:

quedaba consagrada la unificación del PSCh a partir de esta fecha;

las tendencias u orgánicas concurrentes al CPUS comprometen su disolución inmediata y se integran al PSCh;

se acuerda crear un CC, una CP y una Comisión Ejecutiva-Administrativa. Además se creará una instancia que organice el futuro Congreso de Unidad;

la Dirección Nacional será el máximo órgano de dirección y funcionara en Chile;

la política central del partido continúa siendo el Frente de Trabajadores.

Este primogénito intento unitario –más allá de su precariedad– contiene un denominador común que resulta necesario resaltar: todas estas facciones estaban por renovar política e ideológicamente el partido. La pregunta pertinente es ¿hasta qué punto? Las diferencias entre los socialistas históricos se manifestarán de aquí en adelante ya no en cuanto a la legitimidad y pertinencia de la renovación y la convergencia, sino al grado de profundización del proceso mismo. Otra cuestión a destacar, es que el PSCh, a pesar de su inestabilidad orgánica y sus disputas ideológicas, reemergía, tanto el sector renovado como los

almeydistas –que ya asumían la pertinencia del proceso y de un acuerdo con la DC– como actor relevante de la oposición a la dictadura⁶⁸².

4. Los seminarios de Chantilly: ratificación de un proceso vigente

La izquierda chilena decidió celebrar un nuevo evento con carácter de seminario. Según los convocantes se precisaba ratificar los planteamientos enunciados en Ariccia y, por otra parte, se requería de una mayor definición y conceptualización de los mismos. Bajo este ímpetu se decidió celebrar, en las afueras de París, los llamados Encuentros de Chantilly. Fueron organizados por la Asociación para el Estudio de la Realidad Chilena (ASER-Chile), con sede en Francia, y por el Instituto para el Nuevo Chile (INC) de Rotterdam. Hubo dos encuentros: el primero se celebró en septiembre de 1982 bajo el título, «Chile en los 80: movimientos, escenarios, proyectos» y el segundo evento se desarrolló exactamente un año más tarde bajo el título «Los desafíos de la redemocratización».

A los ojos de los participantes, los seminarios de Chantilly ratificaron y legitimaron la renovación de la izquierda chilena o como coloquialmente lo señaló alguna vez el exmirista, Carlos Ominami fue «la salida del clóset» de los renovados, aquellos que hicieron la autocritica de la UP y asumieron la realidad del mercado»⁶⁸³. A continuación detallaremos los principales puntos de discusión fraguados en los seminarios.

4.1. Chantilly I. Chile en los 80: Movimientos, escenarios y proyectos

El primer encuentro partió de una constatación fundamental: abordar las formas y contenidos de la transformación de la realidad nacional en los años ochenta. La discusión germinó a partir de dos necesidades: definir la vinculación con la realidad chilena, es decir, buscar las innovaciones que habían vivido el país y los exiliados; y en segundo lugar, reunir a los grupos de estudios que trabajaban en Chile y en el exterior⁶⁸⁴. La idea general fue «proceder a una reflexión sobre la nueva realidad y sobre la necesidad de renovar el pensamiento y la acción de la izquierda». El seminario se dividió en cuatro grandes temas.

1. Problemas del marxismo, el socialismo y la democracia. Este grupo se centró particularmente en tres propuestas:

exploración de una definición y perfil de la renovación teórica;

articulación entre democracia y socialismo; y

el rol que desempeña el marxismo en el proceso de la renovación⁶⁸⁵.

En torno a estas tres propuestas los panelistas arribaron a ciertas conclusiones y consensos. Según las propias actas finales, los puntos de mayor aprobación fueron⁶⁸⁶:

de forma rotunda se abandona y supera el diseño marxista-leninista. No lo entienden ni como herramienta para la lectura de la realidad, ni como método-práctico.

la valorización de la democracia. Destacaron su sentido pluralista y de democracia política y, por otra parte, como método para la democratización de la sociedad.

se concibió al socialismo chileno desde un prisma pluralista. Se reconoció la presencia de las corrientes marxistas, cristianas y racionalistas. A partir de ello, se debía progresar en la formación de una nueva hegemonía perfilada sobre un

amplio consenso.

el reconocimiento del perfil secular, y por consiguiente autónomo, de la política en relación a las transformaciones culturales. El tema de la autonomía rápidamente adquirió sentido práctico frente a la coyuntura dictatorial.

las contradicciones en el seno de la sociedad no se generaban exclusivamente a causa del conflicto de clases (estructuradas económicamente).

aunque los factores internacionales debían considerarse a la hora de planificar una política de transformación era necesario superar el sesgo de los bloques.

por último, se explicitó una dura crítica a los llamados socialismos reales: «(estos) no han creado los mecanismos de gestión democrática del poder capaces de resolver los conflictos que surgen en una sociedad moderna. Por consiguiente ellas no constituyen un modelo de inspiración para el socialismo chileno»⁶⁸⁷.

2. Presencia y composición de las fuerzas sociales en conflicto. Este segmento del seminario centró su trabajo en los actores, el rol y el significado que les atañe como motores de cambio. Se trabajó en tres niveles:

un diagnóstico descriptivo de la sociedad chilena;

la identificación de actores sociales y su capacidad de movilización; y

los escenarios posibles como opción para salir de la crisis⁶⁸⁸.

Existió consenso para reconocer los evidentes cambios acaecidos en el ámbito económico y social; las transformaciones en el campo ideológico; y el influjo del proceso de modernización del régimen. Sin embargo, a la hora de establecer las consecuencias, hubo dificultad para sopesar el impacto de las mismas. A grandes rasgos se reconoció que⁶⁸⁹:

no se evidenciaba una tendencia capaz de generar una transformación de la estructura social.

existía una transformación de la clase trabajadora (relativa disminución cuantitativa). Paralelamente, advirtieron que no se había generado un nuevo tipo de clase obrera.

ausencia de actores. Las organizaciones sociales fueron desmanteladas por la dictadura de manera coercitiva e institucionalmente. Según los panelistas, no hubo una regeneración del movimiento social.

una crisis del movimiento popular, fundamentada por una traba ideológica y por la pérdida de las bases materiales en las cuales se sustentaba.

el análisis de la izquierda era limitado. Insistieron en que los conflictos coyunturales no podían plantearse en términos de clase.

se propuso abordar el «rol histórico de las capas medias».

se nominaron nuevos elementos emparentados con la ideología: el individualismo, la dispersión, nuevas relaciones de poder.

sobre los posibles escenarios hubo dos hipótesis: en caso de una apertura política del régimen «los comportamientos tradicionales en el ámbito político partidario serán nuevamente predominantes o bien que se desarrollarán prácticas sociales en que el aporte de los nuevos valores solidarios y alternativos al modelo imperante será fundamental»⁶⁹⁰. Independiente de lo anterior, estuvo claro que, en caso de una apertura política, esta no dependería de la izquierda ni del movimiento popular.

por último, se insistió en la necesidad de elaborar un proyecto democrático, acorde a las necesidades colectivas.

3. Evolución político-cultural del régimen militar y escenarios posibles de una transición a la democracia. La discusión estuvo centrada en cuatro ejes:

la relación entre movimientos sociales y partidos;

intelectuales y política;

cotidianidad y política; y

la cultura, la creación de nuevos valores, así como la construcción de una nueva fuerza cultural⁶⁹¹.

La discusión estuvo centrada en responder a la pregunta ¿Cómo injerir en la incipiente crisis (política-económica) del régimen militar? Para algunos la esfera de la sociedad era el lugar principal de intervención. Para otros, la esfera política debía ser el centro del proceso. A partir de lo anterior, concordaron que⁶⁹²:

a nivel de la esfera de la sociedad, se percibió un rechazo de esta a los enfoques totalizadores. Por ello, había que impulsar movimientos sociales que enfatizaran su autonomía frente al Estado. La cuestión era reconstituir la red social y reforzar las formas asociativas históricas, como la sindical o la poblacional. Señalaron que las nuevas generaciones tenían una amplia base de experiencias heterogéneas.

desde la esfera de la política, se consideró que los partidos debían politizar los movimientos sociales, pero respetando su grado de autonomía. La política debía ser capaz de convocar al movimiento social, pero evitando impregnarle un sentido totalitario. Se debía construir una coalición legítima para hacer frente al régimen.

se discutió los escenarios posibles y los escenarios deseables. Se estimó que difícilmente el movimiento social podía establecer en el breve plazo un escenario favorable. Incluso dudaban de su real contribución. Era necesario establecer actores políticos estructurados en base a tres líneas de acción: frente democrático amplio, conquista de espacios públicos y reconstrucción celular de la sociedad.

el último punto de consenso, consideró que el socialismo no era un modelo. El

nuevo proyecto debía estar afincado en dos ejes: la democratización permanente de la sociedad civil y el establecimiento de la democracia como régimen político.

4. Sobre los contenidos de una propuesta alternativa. Partieron realizando una autocrítica al proyecto de la UP y a las propuestas socioeconómicas que la izquierda impulsó en los años 60' y 70'. Los puntos de mayor consenso fueron⁶⁹³:

más que plantear un programa de gobierno acabado, la idea fue trazar opciones estratégicas a largo plazo.

desarrollar una economía y sociedad pluralista, democrática y con una virtualidad socialista.

se rechazó definir una concepción normativa, centralista y autoritaria del proyecto económico.

se propuso un control (social) mayor del excedente económico;

la necesidad de una reestructuración absoluta de los procesos socioeconómicos.

y un mayor grado de realismo a la hora de enfrentar las demandas de los sectores populares.

4.2. Chantilly II. Los desafíos de la redemocratización

La segunda versión se realizó los días 2, 3, y 4 de septiembre de 1983 bajo el título «Los desafíos de la redemocratización». En este encuentro se intentó profundizar y ampliar los temas analizados el año anterior. Los debates abarcaron cuatro grandes tópicos: la dimensión cultural de la redemocratización; las FF. AA. y las relaciones internacionales; movilización popular y fuerzas sociales; y marxismo, socialismo y democratización⁶⁹⁴.

Marxismo, socialismo y democratización. Se abogó por desarrollar un marxismo no ortodoxo e impulsar una política más pragmática e influyente en la futura democracia. La idea fue desacralizar al marxismo e introducir una revisión teórica para desentrañar las «debilidades metodológicas, errores de predicción y diversas insuficiencias del enfoque marxista en la aprehensión y comprensión de los fenómenos propiamente políticos y de los otros problemas que desbordan las fronteras de clase»⁶⁹⁵.

Se discutió la tendencia histórica de relacionar marxismo con socialismo. Se reconoció, que en la práctica, dicha relación no conlleva necesariamente a la reciprocidad. Es decir, no es necesario ser marxista para ser socialista. Lo anterior, involucró una dilucidación pluralista del socialismo, muy en la línea del proceso renovador⁶⁹⁶.

Identidad y proyecto cultural, arte y política. Se partió de la constatación de que la izquierda había asumido una mirada reduccionista y, a la vez, errónea de los espacios culturales.

Se abordaron temáticas de identidad y cultura. Ambas estaban estrechamente ligadas y no podían ser explicadas individualmente. Conceptos como heterogeneidad y pluralidad fueron considerados esenciales. Se estableció que la identidad –concepto que muchos pusieron en duda a propósito de la renovación– debía ser entendida como un proceso en constante interrogación: «Rescate

crítico y búsqueda transformadora en un universo por definición contradictorio, aparecen así como imperativos categóricos de la dimensión cultural»⁶⁹⁷. En este sentido, el concepto rescate (del ideario) será reutilizado y valorado por los socialistas chilenos.

Concluyeron que el proceso de construcción de identidad no debía entenderse desde la sumatoria de individualidades, sino como ideal colectivo, de un tejido de relaciones, en la que se generaban contradicciones que atañen a individuos y a grupos. En este sentido, rechazaron la acepción negativa del hibridismo cultural y, por el contrario, fomentaron el mestizaje, entendido como una cuestión positiva y que retroalimentaba⁶⁹⁸. Se resaltó el valor de la democracia como el ambiente natural para el desarrollo de la cultura. El individuo debía ser rescatado como sujeto de creación cultural, como eje del desarrollo de identidad. Los espacios culturales debían ser entendidos desde una óptica autónoma. Debía existir la capacidad de responder a las múltiples demandas, independiente del sector o temática de origen. De ahí su carácter autónomo⁶⁹⁹.

Mobilización popular y fuerzas sociales. Hubo consenso en reconocer que los movimientos sociales en Chile estaban en una dinámica de desarrollo antagónica. Es decir, existía un disenso en el tejido social. Sus debilidades partían del escaso nivel de identidad, lo que producía un retraso en la configuración de un proyecto concreto. Sus definiciones surgían a partir del principio de oposición, es decir, que el grupo se define frente a su adversario y no a partir de su especificidad⁷⁰⁰.

Se verificó la ausencia de una coordinadora capaz de para responder e interpretar debidamente los contenidos del movimiento. Al advertir la aceleración de las protestas sociales, hubo dos interpretaciones: quienes vieron en las manifestaciones populares un fenómeno sugerente de descifrar y desarrollar, ya que representaban nuevas formas de expresión; y otro grupo concluyó que estas no representaban un fenómeno nuevo ni clarificador⁷⁰¹. Donde sí hubo coincidencia fue en los aspectos que la caracterizan: a) asalto al orden por un período corto b) recuperación de espacios usurpados c) expresión vehemente de un deseo de vuelta al origen con formas nuevas de expresión, después de años de silencio⁷⁰².

Fuerzas Armadas y relaciones internacionales. Se discutió sobre la crisis económica mundial, las posibilidades de recuperación y las estrategias para superar el problema. En el plano interior, se planteó implementar una política económica orientada a superar las paupérrimas políticas del régimen militar.

Respecto a la política internacional, se estableció que el país hasta 1973 sostuvo una política respetuosa a los principios internacionales. La dictadura militar condicionó este desarrollo y la insertó en una actitud ajena a la tradición nacional. Lo anterior provocó un aislamiento internacional. Frente al ámbito de la guerra fría, coincidieron en que era necesario recuperar el grado de independencia. Frente a las FF. AA. se verificó que

este era un tema que, si bien no había sido ajeno a las preocupaciones de la izquierda chilena, no había recibido un tratamiento adecuado (...) Pero hay consenso en que ya no basta el estudio y el análisis, sino que es necesario abocarse a elaborar una política hacia las FF. AA. una política de defensa nacional⁷⁰³.

La subordinación de las FF. AA. al poder civil debe ser una necesidad primaria, acorde a la tradición política. La política hacia las FF. AA. debe estar inserta en el ámbito público. Paralelamente, se discutió la necesidad de prescindir de los cuerpos armados. Se concluyó que dicha idea, de acuerdo al contexto internacional, parecía poco realista. Sin embargo, no se rechazó incorporar en un futuro próximo, como ideal político, la desmilitarización del país⁷⁰⁴.

5. La opción del PCCh: La Política de Rebelión Popular de Masas (PRPM)

«Para un partido cuya línea no cambiaba nunca y que sus máximos dirigentes morían en el cargo pues la línea nunca estaba errada, esta nueva lógica de pensar y llevar a cabo la política era echar por la borda la «sabiduría histórica del partido»⁷⁰⁵.

Recordemos que entre 1973 y 1979 el partido siguió apostando por la línea de masas y una política de alianzas basada en los criterios definidos en la Conferencia Nacional de 1933. García y Venegas señalan que

esta actitud proclive a alcanzar salidas políticas a través de la constitución de alianzas amplias fue sostenida por el partido hasta muy avanzada la década de los setenta. Ello se expresó en los múltiples intentos de, por una parte, mantener y consolidar la alianza popular que había llevado a la presidencia de la República a Salvador Allende, y por otra parte, en los intentos reiterados por tender puentes de unidad hacia la Democracia Cristiana⁷⁰⁶.

Sin embargo, hacia 1980 se produce una inflexión. El PCCh anunció la Política de la Rebelión Popular de Masas (PRPM) entendida como una amalgama entre la tradicional línea del frente popular y la incorporación de elementos de una política militar⁷⁰⁷. De ahí que, para Viviana Bravo, la PRPM fue una respuesta articulada en torno a dos preguntas: ¿Por qué la UP fue derrotada? y ¿Cuál es la mejor forma de enfrentar la dictadura?⁷⁰⁸ Para algunos investigadores la PRPM fue un cambio de línea, en cambio para otros fue solamente un enriquecimiento de la misma. Esta cuestión será parte del análisis siguiente.

5.1. Los factores de radicalización del PCCh

Especificaremos seis factores que, a mi modo de ver, fueron determinantes. En primer lugar, el Pleno de 1977 reveló que la histórica línea del partido –unidad y lucha de masas– tenía una seria delimitación. Se reconoció un «vacío histórico»: la política militar (hacia las FF. AA. y formación militar propia)⁷⁰⁹. Dicha política, ahora más que nunca, estaba llamada a jugar un rol central en la lucha contra la dictadura. El EDI fue el organismo que mayor empeño puso en radicalizar la línea. Sin embargo, desde la Dirección exiliada en Moscú seguían ponderando la vía no violenta como opción exclusiva para definir la línea del partido.

El segundo factor, se refiere al proceso de institucionalización de la dictadura, definido por la aprobación de una nueva Constitución⁷¹⁰. Paralelamente, el partido verificó que los análisis postgolpe, en cuanto al carácter y objetivos del régimen, fueron erróneos. La Dirección asumió que la dictadura era más que un simple proceso «contrarrevolucionario de la burguesía nacional dependiente de los intereses imperialistas» y se evidenció que las intenciones de la dictadura incluían un diseño político-económico y también cultural que pretendían la refundación de la sociedad chilena.

Un tercer factor, de carácter externo, se refiere a los distintos procesos insurreccionales, revolucionarios y de movilización popular de finales de la década de los setenta: Portugal, Nicaragua, El Salvador e Irán. La experiencia de estos movimientos populares influyó al interior del partido, especialmente entre quienes estaban en el exilio⁷¹¹.

Otro factor, que barajó el partido, fue el cambio en el «componente subjetivo» de los militantes comunistas y de las masas en general. Ambos segmentos estaban siendo desolados por la represión de la dictadura. Según la visión del PCCh, este contexto adverso fue correctamente interpretado por la PRPM⁷¹².

Un quinto factor, se refiere a la discusión al interior de la Dirección. Este hecho fue promovido por «grupos de reflexión o análisis», radicados específicamente en la RDA, quienes posteriormente derivaron en equipos de carácter político de gran influjo en la definición de la línea política. Este proceso de discusión en el seno de la Dirección, posteriormente se amplió a los funcionarios y a la base.

Finalmente, he querido incorporar un sexto factor referido al influjo del PCUS.

Sin embargo, este punto despierta diferencias⁷¹³. Quienes se inclinan por ella, consideran crucial que Leonid Brezhnev (como Ponomarev en años anteriores) en el marco del XXV Congreso del PCUS, recordara a los comunistas chilenos que: «La tragedia de Chile en modo alguno ha descartado la deducción de los comunistas de que son posibles vías distintas de la revolución, incluida la pacífica, si para ello existen condiciones imprescindibles. Pero ha recordado imperiosamente que la revolución ha de saber defenderse»⁷¹⁴.

5.2. El anuncio de la PRPM al conjunto de la oposición

En el marco del décimo aniversario del triunfo de la UP, el secretario general del PCCh, Luis Corvalán, en un discurso en Moscú, señaló que «se hacen humo las ilusiones respecto de una presunta liberalización del régimen. Se cierran los caminos para la evolución gradual con que algunos han soñado»⁷¹⁵. Frente a la propuesta de la DC y de sectores de izquierda que postulaban una salida negociada, Corvalán planteó por primera vez, que «el derecho del pueblo a la rebelión pasa a ser cada vez más indiscutible» y que «los días que vienen son de luchas arduas, difíciles e inevitables»⁷¹⁶.

Especificó que el pueblo sabrá descubrir las formas concretas de lucha: «Es el fascismo el que crea una situación frente a la cual el pueblo no tendrá otro camino que recurrir a todos los medios a su alcance, a todas las formas de combate que lo ayuden, incluso de violencia aguda»⁷¹⁷. Estas palabras marcaron el itinerario de la PRPM. El discurso de Moscú no pasó inadvertido para la izquierda y producto de ello surgieron diversos cuestionamientos y se deliberó los alcances del nuevo discurso del PCCh. Frente a ello, Corvalán afirmó: «En nuestra política no hay rupturas ni bandazos, no hay cambio de línea, sino permanente desarrollo y enriquecimiento de la misma»⁷¹⁸.

Aunque el líder comunista se reafirmó en conceptos tradicionales del partido – línea política «firme y flexible», de carácter proletaria y popular, ligada a la luchas de masas, bajo un eje de acción entre socialistas y comunistas– aclaró, esta vez, que: «El desarrollo de esta línea se expresa en modificaciones tácticas o en formulaciones que la complementan de acuerdo a los cambios que se producen en la situación (...) La situación de hoy es otra»⁷¹⁹. Por lo tanto, para el

PCCh, la línea política se ve influenciada y por tanto modificada por la coyuntura dictatorial y por la nueva actitud de las masas, ya que el papel desempeñado por los sectores populares, en el último tiempo, especialmente en la época del plebiscito (1980), había establecido, según ellos, un cambio en la correlación de fuerzas que era necesario potenciar.

El discurso de Corvalán intentó elevar los grados de unidad y lucha. Señaló que era necesario una voluntad y un esfuerzo superior. La forma de materializar este nuevo arresto no tenía, según el secretario general, límites a priori. «Para ello caben las más diversas formas de lucha. El derecho a rebelión es, por así decirlo, un derecho sagrado. No es un invento de los comunistas». En un lenguaje similar al discurso de Moscú, sentenció que: «Propiciamos la unidad y el combate de las masas y el empleo de las más diversas formas de lucha, incluso de violencia revolucionaria ejercida de manera consciente y responsable»⁷²⁰.

Las dudas surgieron respecto de la forma práctica que iba adquirir el «empleo de las más diversas formas de lucha». El discurso del secretario general contuvo, en un principio, incertidumbre o «un marcado eclecticismo en cuanto a la definición» de las formas de lucha. Para García y Venegas, lo que Corvalán llamó «todos los medios a su alcance»:

es un rasgo permanente y distinguible en cada uno de los discursos, conclusiones y definiciones de las autoridades del partido durante toda la década en que se impuso la PRPM, lo cual les permitía no aparecer ante la opinión pública, la Democracia Cristiana e incluso sectores de las fuerzas Armadas como impulsores de la lucha armada⁷²¹.

El PCCh tuvo claro que la fortaleza de la dictadura y la viabilidad de su proyecto institucional era una realidad y, por ende, la dictadura no entregaría el poder. Allí estaba parte de la justificación de la radicalización de la línea y de lo ecléctico de su formulación inicial. «No está claro aún la forma concreta que revestirá el derrumbe de la dictadura fascista de Pinochet. Lo cierto es que no se desplomará por sí sola. Es el pueblo el que tendrá que echarla abajo y llevar a delante los cambios sociales»⁷²². El PCCh interpeló a la DC y a quienes se manifestaban por una salida negociada. Corvalán se remontó al pasado y aludió a las

responsabilidades morales y al rol de la DC durante la UP y en el golpe de Estado:

No pensamos de igual manera. Ello nos parece ilusorio. Sin embargo, no rechazamos a priori alguna posibilidad, si la hubiera, de una salida pacífica (...) Del mismo modo que no negamos a priori la posibilidad de una salida pacífica, ningún demócrata debería objetar por principio la violencia, tanto menos aquellos que en un momento determinado apoyaron la peor de todas –la única inaceptable– la violencia contra el pueblo⁷²³.

En una charla en Berlín, a finales de enero 1981⁷²⁴, Luis Corvalán, profundizó respecto de las formas de lucha y la relación de esta con la línea del partido.

la lucha de masas es fundamental, pero estima también que en apoyo de las luchas de masas caben y se hacen cada vez más necesarias otras formas de combate, comprendidas en acciones de violencia aguda (...) No estamos propiciando ningún camino aventurero, sino la necesidad de agudizar la lucha de clases.

Posteriormente, explicó una cuestión fundamental, la fusión o la relación entre la línea de masas y el derecho a la rebelión: «Definimos este tipo de acciones como una ayuda al desarrollo del movimiento de masas y, en definitiva, aspiramos a que las masas tomen el camino de la rebelión»⁷²⁵.

La cuestión fue sopesar el grado de apoyo. Desde el EDI, hubo optimismo y concluyeron que «estos planteamientos sobre las nuevas formas de lucha han tenido una acogida favorable en el Partido. También, en general los aprueban los partidos de la Unidad Popular en incluso amplios sectores de la Democracia Cristiana»⁷²⁶. Sin embargo, dicha apreciación fue un deseo más que una realidad, ya que las posiciones renovadas de la izquierda se afanaban, junto con la DC, por una salida negociada o en su defecto por una ruptura pactada. Según Álex Fernández: «La experiencia posterior demostrará que dicho cambio no era

ampliamente compartido y que por el contrario amplios sectores de la izquierda y de la oposición eran partidarios de la necesidad de ganar un espacio de oposición legal a la dictadura»⁷²⁷. El mismo autor apunta una cuestión clave, que influirá decisivamente en la evolución de la izquierda: «El cambio táctico de los comunistas chilenos conducirá a un progresivo aislamiento político de dicho partido»⁷²⁸.

Efectivamente, la radicalización de la línea política, influyó en el resto de la izquierda chilena en un período clave, caracterizado por la Convergencia Socialista, por los seminarios de Ariccia, por las nuevas definiciones ideológicas de los Plenos, por el abandono del leninismo y del centralismo democrático, por el influjo del eurocomunismo y la socialdemocracia. La izquierda renovada tomó distancia y observó con reticencias a los comunistas. Según Fernández: «La izquierda empieza a considerar al PC como la expresión política del modelo socialista autoritario de los «socialismos reales». Esto último da curso a una amplia discusión sobre la necesidad de la renovación teórica y política del paradigma clásico de socialismo»⁷²⁹.

En la misma línea, Andrés Benavente señala que «Con este llamado (vía insurreccional) introduce otro factor de perturbación en la izquierda, ya que de inmediato se separa del polo renovador que solo confiaba en una movilización de masas»⁷³⁰. El autor destaca la incongruencia entre la nueva estrategia del PCCh y el contexto político-económico del país.

En el momento en que la estrategia insurreccional se determina –1980– sus posibilidades de éxito en Chile son sumamente precarias. El gobierno de las FF. AA. está en la cumbre de su poder, y el proyecto de fundación liberal-conservadora desde el Estado en lo socioeconómico parece triunfar (...) La estrategia insurreccional del comunismo parece completamente impracticable y foránea⁷³¹.

Sin embargo, esta apreciación –que es realista por cierto– olvida el componente subjetivo-anímico de un sector del país que estaba resuelto a combatir a la dictadura y se resistía a otorgarle legitimidad al régimen militar y por ende rechazaba de plano adherirse a una salida negociada. La opción mayoritaria en el

PCCh, después de sendas discusiones, fue combatir a la dictadura.

5.3. El Pleno de Cottbus: el Equipo de Dirección Interior (EDI) frente a la Dirección

La discusión por incorporar el tema militar al partido, se torno a esta altura inevitable. El EDI, liderado por Gladys Marín, se inclinó abiertamente por radicalizar la lucha contra la dictadura. Consideraban que las condiciones eran favorables para iniciar una contraofensiva popular⁷³². La posibilidad de una salida negociada no tenía viabilidad alguna, no era parte, según el EDI, de la realidad objetiva. En cambio, la Dirección en el exterior, se mostró reacia a modificar la línea de masas y más aún a incorporarle un componente de carácter militar. Por tanto, rechazaban la idea de radicalizar la lucha contra la dictadura. El EDI se empeñó en explicar que ambos elementos no se contradecían y, por el contrario, eran complementarios. «No hay dicotomía entre lucha de masas y lo que se ha llamado acciones audaces. Todo es lucha de masas, la vanguardia muestra el camino, produce la experiencia, pero son las masas las que luchan por diversos medios»⁷³³. La idea fue matizar estas dos concepciones sobre la línea.

La dirección exiliada en Moscú temía que el aspecto militar llevara al partido por los «derroteros de la improvisación». Viviana Bravo señala al respecto que:

En el diseño e implementación de la PRPM hubo recelos, frenos e inquietudes por parte de un sector más moderado, que en su mayoría se encontraba en el exilio, y que temían al protagonismo que podrían adquirir las formas de lucha violenta y armada por sobre la política de alianzas y de masas tradicionales de este partido⁷³⁴.

En cambio el EDI planteaba que se corría el riesgo de llevar al partido «hacia el lado contrario, perdiendo la calidad de partido conductor del movimiento popular y arriesgándose a que la clase obrera –que decía representar– quedase

rezagada»⁷³⁵.

A estas alturas, uno de los dirigentes encargados de la política militar al interior del país (acciones audaces), Manuel Fernando Contreras, había editado un par de documentos que revalorizaban el componente militar⁷³⁶. A este ritmo las valoraciones entre el interior y el exterior eran abiertamente discrepantes, ya que el EDI desde el discurso de Luis Corvalán (1980), puso en marcha la estrategia de la Perspectiva Insurreccional de Masas (PIM) en detrimento del fracasado FA. La PIM contenía no solo una respuesta coyuntural al contexto dictatorial, sino que guardaba tras de sí, una objeción a la derrota de la UP. Esta última tenía como eje el tema del poder, que a su vez se sustentaba en el tema de lo militar. Quizás por ello, las reflexiones de Contreras causaron escozor en, lo que se ha denominado, la «vieja guardia». Álvarez repara en ello:

Ahora la «perspectiva insurreccional» si lo hacía (...) A través de esta vía, se resolvería en un solo momento histórico tres hitos para el movimiento popular y democrático avanzado: la caída de la dictadura, la recuperación de la democracia y un gobierno de «democracia avanzada». Para ello el factor militar era decisivo⁷³⁷.

Frente a esta discusión interna, se decidió realizar el III Pleno clandestino (Cottbus, RDA, 1981). Aunque, la opción de la perspectiva insurreccional llegó en minoría al Pleno, su importancia radicó en que las tesis de la Dirección fueron cuestionadas y en paralelo se exhibieron opciones alternativas a la voz de la Dirección. En Cottbus, en líneas generales, se impusieron las ideas que sostenía la Comisión Política. Es decir, se validaron los sectores defensores de la tradición histórica del PCCh, que solo veía posible –como estrategia de lucha contra la dictadura– la continuidad y potenciación de la lucha de masas. Este sector, sin embargo, cargaba en sus espaldas la derrota de 1973 y la fallida alianza del FA. Esta última reflexión es interesante, ya que, desde la desaparición de la facción reinosista⁷³⁸ en los años cincuenta, no se había organizado una «corriente de opinión» que propusiera la radicalización de las formas de lucha (PIM). Es decir, esta corriente se situó a la izquierda de la Dirección⁷³⁹.

En el Informe al Pleno, se aprecia como la Dirección logró imponer sus términos

y abortó cualquier atisbo de implementar la PIM. Simplemente la rechazaron. Sin embargo, el EDI, logró que algunas de sus tesis, como lo destaca Álvarez, fueran aceptadas. Aunque el Pleno entregó su apoyo a las «acciones audaces», al derecho a la rebelión, al uso de las más diversas formas de lucha, a la necesidad de levantar el estado de ánimo de las masas, reconoció que

por el momento su deber no es el de operar en Chile (...) por ahora, se promueven acciones simples, sencillas, con objetivos limitados, que permitan el adiestramiento de nuestros militantes, los prepare anímicamente, los haga conocer sus propias fuerzas, les lleve a descubrir sus capacidades y aprender de la experiencia⁷⁴⁰.

Además se reconoció que, a pesar de que el EDI haya valorado positivamente la tonificación del movimiento sindical, por el momento «el estado general del movimiento obrero y popular no es satisfactorio»⁷⁴¹.

Es decir, el partido respaldó a las masas para que se movilizaran y se defendieran de la violencia del régimen, pero no hizo suya la implementación directa de la lucha insurreccional como estrategia oficial del partido. El Informe al Pleno negó un cambio en la línea política. Reafirmaron, por el contrario, la necesidad de que «el timón no oscile» y a no aceptar deformaciones. «Hay compañeros que se preguntan, por ejemplo, si hay cambios en la línea y en qué medidas se contemplan y se dan. La verdad estricta es que nuestros objetivos no han variado de ninguna manera»⁷⁴². El informe ratificó la vigencia histórica de la línea de masas. «El criterio de afirmarlo todo sobre la base de la lucha de masas, que ha sido siempre una constante de la política de nuestro Partido, está hoy más vigente que nunca»⁷⁴³. Sin embargo, se valoró el concepto de la rebelión⁷⁴⁴ como un derecho, una necesidad frente a la dictadura. El partido no habló en términos genéricos, de violencia por violencia. Viviana Bravo señala al respecto que «el PC se cuidó de no hablar de violencia en abstracto y de encuadrar las acciones promovidas en un carácter y movimiento de masas»⁷⁴⁵.

Estos nuevos componentes (militar) según el partido, no eran elementos ajenos a la definición y principios de la organización, sino que en el pasado fueron minimizados. Por ello, el partido habló de «enriquecimiento» a la línea.

Cuando a la línea se le agregan nuevos planteamientos, no estimamos lo más apropiado hablar de cambios, sino de enriquecimiento y desarrollo. Se podría decir, también, que ahora le damos toda la importancia que tienen algunos componentes de nuestra línea que antes no eran de aplicación prioritaria o que habíamos subestimado⁷⁴⁶.

¿Qué surge entonces en el Pleno de 1981? Básicamente la PRPM, la cual germina como una amalgama, un consenso, entre las posturas del EDI y la Dirección del exterior.

Del fragor de las discusiones entre los representantes del interior y del exterior, surgirá como síntesis del consenso obtenido, la llamada Política de Rebelión Popular de Masas (...) pues tanto el EDI como el Exterior, cediendo en sus posiciones, llegaron a la hoy conocida fórmula⁷⁴⁷.

Según Bravo, el partido decidió que:

para enfrentar a Pinochet debía contar no solo con las herramientas históricas del PC «unidad y lucha de masas», sino que también pasaba por sumar fuerzas en el terreno de la violencia revolucionaria. El objetivo táctico fue crear una nueva dinámica política e incorporar el factor subjetivo⁷⁴⁸.

En el PCCh irrumpió, entonces, un debate que no fue solo competencia exclusiva de los dirigentes, sino del conjunto del partido. He ahí su importancia, ya que se creó una frontera entre los partidarios de continuar con la línea de masas y los que respaldaban la perspectiva insurreccional. Lo interesante es que la discusión, fomentada por estos últimos, acarreó paralelamente, un cambio en la cosmovisión del partido.

5.4. Discusión en torno a la radicalización de la línea

En los últimos años, ha despertado cierto interés averiguar las condiciones en la que se originó y aplicó la PRPM. Es un debate interesante y asertivo para la presente lectura. Existen dos cuestiones interesantes de sopesar. Una se refiere a la discusión en torno al origen de la PRPM y, en segundo lugar, si esta política significó un giro en la línea política del PCCh.

5.4.1. Origen de la PRPM

Me parece interesante partir exponiendo una incertidumbre, en cuanto a sí el origen y la posterior aplicación de la PRPM fue producto exclusivo de la Dirección («desde arriba»), realizada en forma jerarquizada sin discusión interna o, por el contrario, fue una política («desde abajo») en la que se produjo un interesante debate, influenciado por la experiencia clandestina, la represión y el exilio.

Las investigaciones de Rolando Álvarez aportan elementos decisivos para entender la evolución de los comunistas chilenos. En una primera investigación, destaca las experiencias subjetivas de los militantes que estaban en el país y cómo estas terminaron por influir en las decisiones del partido: «Sobre la base de las subjetividades de estos hombres y mujeres sometidos a los rigores de la represión y la clandestinidad se fue gestando la nueva política del PCCh»⁷⁴⁹.

Así, la nueva política no puede entenderse únicamente desde una perspectiva impositiva de la Dirección.

En una búsqueda que intenta apartarse de las visiones que solo ven una imposición vertical de las decisiones políticas por parte de la Dirección del

Partido, consideramos que las nuevas subjetividades experimentadas bajo la clandestinidad, provocaron unas condiciones necesarias para el evidente giro que hizo el PCCh en 1980⁷⁵⁰.

Sin embargo, el citado autor en un trabajo posterior matizó la idea de la subjetividad del interior, al incorporar la subjetividad militante del exterior. En el exilio se realizó una resuelta labor teórica que tuvo igual o mayor trascendencia. Con ello, el autor integra perfectamente ambas subjetividades (interior-exterior), que más allá de la relevancia de una u otra, terminó por fraguar una hipótesis global: «La subjetividad militante entre el «interior» y el «exterior» estaban dialécticamente relacionadas»⁷⁵¹.

En su segunda investigación, Álvarez termina por cifrar su posición frente a interpretaciones que, según los comunistas, están cargadas de estereotipos; al tiempo que justifica la idea de que la lucha armada fue algo propio del contexto.

Es la historia de la «rebelión de los funcionarios» en el exilio, intentado poner fin a la tesis del complot internacional, desmintiendo el supuesto dogmatismo teórico de la PRPM, develando las dudas y rechazos de la Dirección exterior hacia ella y cómo, finalmente, esta fue hija de su tiempo⁷⁵².

Por su parte, Carlos Bascuñán, de forma menos directa, se inclina por la visión impositiva de la Dirección y por la influencia de factores exógenos. Parte de la idea de que «El partido comunista siempre se ha presentado a sí mismo como el más fiel exponente de los sentimientos de la base»⁷⁵³. Y aunque hace referencia a las diferencias, el autor destaca que «se mantenía el triunfalismo, el voluntarismo y ese carácter «mesiánico», pleno de sacrificio y de esfuerzo. La forma de presentar la «nueva fase» tendía a demostrar que los deseos de rebelión y de lucha se generaban en la base y que no eran meras tácticas emanadas de la cúpula»⁷⁵⁴. Para Bascuñán, a pesar de los intentos oratorios del partido, no hubo efectivamente un debate abierto, si no sectores, en su mayoría jóvenes, que presionaron para radicalizar la lucha contra el régimen. Estos sectores, según el investigador, se vieron favorecidos por la falta de resultados prácticos del FA. Paralelamente, asigna importancia a dos factores exógenos: las críticas e influjo

del PCUS y la, hasta entonces exitosa, experiencia nicaragüense⁷⁵⁵.

Para el investigador Alfredo Riquelme, no cabe duda que la implementación de la PRPM fue una imposición de la Dirección, después de que esta sufriera una serie de cambios en el núcleo de dirigentes entre 1977-80. Al respecto concluye que: «la política que revelaba la dimensión armada o militar de la lucha contra la dictadura, más que resultado de una amplia discusión y acuerdo entre la militancia, había sido impuesta al conjunto del partido luego de hacerse hegemónica en su dirección»⁷⁵⁶.

Para el autor italiano, Carmelo Furci⁷⁵⁷, el origen de la nueva línea se encuentra determinada por dos cuestiones centrales. En primer lugar, el proceso de institucionalización de la dictadura, ya que además de perpetuar al régimen militar en el poder, cerró las expectativas de materializar una apertura política real. «Esta permanencia de la Junta Militar chilena es, tal vez, la explicación más importante del giro hacia la estrategia de la lucha armada del PCCh»⁷⁵⁸. En segundo lugar, al auge de posiciones radicalizadas. Estos sectores, según el autor, terminaron por imponer una línea de acción más extrema en la lucha contra la dictadura. Furci especifica que los sectores que criticaron la línea continuista y que realizaron objeciones al proyecto de la «vía chilena al socialismo» (que desatendió la cuestión militar) fueron determinantes. Por ello señala que: «consideramos que, precisamente, fue la constatación de la derrota de la vía pacífica, una de las razones que llevaron a dicho cambio»⁷⁵⁹.

En el último capítulo de su libro, Furci toma partido frente al proceso de la rebelión popular, al señalar sus posibilidades y alcances.

La única estrategia que puede forzar a los militares a dejar el poder será una oposición masiva y agresiva, con momentos de confrontación armada. El PCCh, aunque arriesga el aislamiento de un gobierno de transición moderado, por primera vez en su historia ha adoptado una estrategia de lucha armada que parece probable de tener éxito⁷⁶⁰.

El autor, en sus comentarios, se equivoca al predecir el posible éxito de la rebelión popular, pero acierta cuando señala que dicha estrategia puede llevar al PCCh a un aislamiento en un futuro gobierno de transición. La experiencia

posterior testifica esta última predicción.

También se ha planteado que el rechazo de la DC a las propuestas del PCCh –entiéndase FA y el «paso táctico»– permitió que prevalecieron, en el seno de los comunistas, sectores que propugnaban una línea más radical. Para Genaro Arriagada, estos sectores corresponden a grupos afincados en el exilio europeo (Leipzig). Según este autor, fueron dos los elementos que fomentaron una estrategia radical en el PCCh: la inviabilidad de un acuerdo entre la izquierda y la DC (fracaso del FA); y la quiebra del PSCh (su aliado histórico). «Ambos hechos agravaron las tensiones al interior del comunismo, fortaleciendo la posición de su extrema izquierda»⁷⁶¹.

Otro interesante y complejo análisis lo hace Augusto Varas. El autor parte de la base de que la evolución del PCCh ha estado determinada por una constante oscilación «entre su plena inclusión en la política local y su total exclusión de la misma». Señala que frente a la exclusión del sistema político, el PCCh tiende a refugiarse en un atributo: la ideología. Por ello, dice el autor, los límites de la política de alianzas los ha impuesto la ideología y no su política⁷⁶². Según Varas, para entender el origen de la nueva política, es necesario comprender cómo el PCCh se enfrentó, a inicios de los años ochenta, a un «triple sistema de exclusiones»:

a nivel político nacional. La obvia exclusión impuesta por la institucionalidad y los contantes rechazos demócratacristianos;

en el plano teórico-político. La renovación ideológica en boga, terminó por marginar y aislarlos del resto de la izquierda; y

por el cambio en las bases «tradicionales de apoyo de la acción política, reclutamiento y movilización del PC»⁷⁶³.

Para Varas la PRPM estuvo determinada, por tanto, por elementos internos como por cuestiones propias del contexto dictatorial, restando, por cierto, importancia cardinal a los elementos externos (influencia del PCUS).

También se ha planteado que el origen de la PRPM estuvo determinado por la afanosa determinación de Cuba. Además, se destaca el papel de la RDA como centro teórico. Esta hipótesis –fuertemente criticada en su tiempo por los comunistas chilenos– se basa en la investigación periodística desarrollada por Javier Ortega⁷⁶⁴. Frente a esta elucidación, Augusto Samaniego (antiguo miembro de la Dirección y cercano al Equipo Berlín) realiza algunos alcances. Según Samaniego, la intención de Castro de introducir lo militar en la política del partido, no tuvo por objeto resolver el tema del «asalto al poder» en la coyuntura dictatorial. Según Samaniego:

Fidel Castro si se interesó. Pero estimó que la búsqueda de alianzas políticas amplias y en especial con el «freismo» era esencial; y que la conveniencia de que el PCCh contase con técnicos militares tenía que ver con la defensa de conquistas políticas populares en un futuro no previsible; claramente, no pretendía imponer un «modelo» de asalto al poder en Chile⁷⁶⁵.

Al mismo tiempo, niega que la PRPM haya sido definida por un carácter eminentemente ortodoxo (con influencia del MCI).

«Lo militar en el empeño por elaborar una nueva estrategia antidictatorial y reponer una alternativa democrático-revolucionaria, no se explica en el plano ideal de las «ortodoxias» teóricas consagradas en el MCI. Insisto, el PCUS no estuvo interesado en el cambio de línea del PC»⁷⁶⁶. Al contrario, Samaniego reivindica un proceso interno heterodoxo, en el cual la dinámica interna jugó un papel trascendental. «La praxis por incorporar “lo militar” a la línea del PCCh imponía de hecho, una posibilidad de pensar heterodoxamente sobre el socialismo, el sistema político para una democracia avanzada en el país, y la vida interna del mismo PCCh»⁷⁶⁷.

En definitiva, para la mayoría de los autores citados, el elemento central que influyó en la aplicación de la PRPM, dice relación con el rol e influencia que desempeñaron diversos sectores al interior del partido, quienes demandaban una

radicalización de la línea política. En este sentido, la posición del EDI y los equipos de reflexión fueron determinantes. Aunque los factores externos sean menos trascendentales que los internos, es menester reconocer su influencia. La crítica del PCUS a la Dirección de los comunistas chilenos en tierras soviéticas golpeó su moral. Por otra parte, la participación de cuadros militares en los movimientos de liberación nacional en Nicaragua y El Salvador no fue menor. Allí se fogueó un grueso de los cuadros del FPMR.

Por lo tanto, de acuerdo a lo que hemos analizado –tanto en el capítulo anterior como este– podemos concluir que el origen de la PRPM tiene dos componentes principales. Un elemento teórico, emanado básicamente de los grupos de reflexión afincados en la ex RDA (Berlín y Leipzig) y de los cuestionamientos del EDI. A ello hay que sumarle las críticas del PCUS a la Dirección del PCCh por su rol equívoco en la UP. Y también un componente práctico, definido por las experiencias y subjetividades de los militantes al interior del país y por la constitución de cuadros de oficiales en Cuba.

5.4.2. ¿Cambio o enriquecimiento de la línea?

El otro elemento de discusión –repito íntimamente relacionado con lo anterior– se refiere a sí la formulación de la PRPM fue un cambio de línea política o, por el contrario, fue un cambio en la propia línea. «¿Se trata de un viraje radical que introduciría una absoluta discontinuidad (...) o de un cambio que se realiza en un marco de continuidad?»⁷⁶⁸.

Autores como Arrate y Rojas se inclinan por la primera opción. Para ellos, la decisión del PCCh significó un cambio drástico en la histórica línea Frente Populista que los definió desde la década de los treinta. Según estos autores, como consecuencia de lo anterior un sector importante de la izquierda y de la sociedad cambió su percepción del partido. «En las poblaciones las “milicias rodriguistas” cambiarán la imagen y la práctica de un PC que en toda su historia fue acendradamente civilista. La sublevación nacional de la que habla ahora el PC es expresión cabal del cambio de línea»⁷⁶⁹.

Para Carlos Bascuñán, el cambio de táctica aplicado por el PCCh, también

significó un cambio de la línea política. En términos más exactos, este autor, habla de una nueva línea política. «Se veía claro que el PC había tenido un cambio respecto a los planteamientos tácticos que sostenía con anterioridad a esa fecha (...) a partir de 1980 se propició la nueva línea política de Rebelión Popular de Masas, ratificada en el Pleno de 1985»⁷⁷⁰. Añade que esta nueva línea, no marginó sus intenciones aliancistas con el centro, imprimiéndole a su estrategia, un alto grado de flexibilidad. «A partir de septiembre de 1980 el Partido Comunista varía su táctica, aunque mantiene su flexibilidad para constituir alianzas con otros sectores políticos sociales»⁷⁷¹. Dicha flexibilidad, ha sido destacada⁷⁷² y otras veces criticada, ya que ha permitido a los comunistas chilenos, según sus detractores, desplegar una doble estrategia, con intenciones dispersas, que solo tiene por objeto cumplir con el fin establecido.

El investigador Luis Corvalán Márquez, inicia su análisis con una interesante reflexión. Según él, el PCCh había sobrellevado, durante décadas, una tensión entre la teoría marxista-leninista y su estrategia gradualista (la política de alianzas) es decir, la vía institucional para la toma del poder. Esta tensión, según el autor, se profundizó a favor de la PRPM⁷⁷³. Señala que el partido recuperó la ortodoxia por el discurso partidario y el intento por definir desde allí su práctica. Especifica que en el Pleno de 1977, el partido se desligó de tres ideas del pasado: que la revolución no puede otorgarle libertad al enemigo; que no era posible un segundo modelo de socialismo; y dejó de concebir a las mayorías sociales y políticas como requisito para el cambio social. Ahora, para el PCCh, lo importante era una «correlación de fuerzas favorables», lo que implicaba no ser necesariamente mayoría, ya que estas «no bastan por sí solas»⁷⁷⁴.

Para Corvalán Márquez, la aprobación de estas ideas significó «un viraje radical hacia la ortodoxia y una descalificación desde esta de la propia práctica histórica partidaria»⁷⁷⁵. Por ello, califica a la PRPM como un cambio de línea radical – entendida como involución– que marcó el inicio del aislamiento político.

Se completó así un viraje orientado a armonizar la práctica partidaria con la teoría ortodoxa (...) Tal desenlace, a mi juicio, constituyó el remate de un proceso de involución hacia formas preliminares del pensamiento revolucionario siendo, a la par, uno de los tantos factores de la crisis del PC verificada en los ochenta y de las tendencias al aislamiento que desde entonces lo afectaron⁷⁷⁶.

El investigador Alfredo Riquelme tiene una visión similar. Según él, el PCCh posterior al golpe de Estado quedó atrapado en un debate sobre las lecciones de la UP. «En el contexto de creciente confrontación ideológica entre comunistas soviéticos y eurocomunistas, la tensión en el comunismo chileno entre la adhesión a la ideología soviética y el compromiso con una política democrática, tendió a irse resolviendo hacia una mayor ortodoxia»⁷⁷⁷. Para Riquelme, el alineamiento del PCCh con la ortodoxia quedó sellado con la tesis del «vacío histórico», la cual «constituye una ruptura no solo política, sino también ideológica». Por ello, concluye que «el giro estratégico se apoyó en la ortodoxia»⁷⁷⁸.

Para comprender la visión de Rolando Álvarez es necesario analizar sus dos investigaciones recientes, ya que existe una matización de ideas, o mejor dicho una evolución de las mismas. Estas fueron señaladas por el propio autor en su última entrega. En su primera investigación, señala que existió un «evidente giro», forjado por las subjetividades de los militantes del interior: «el cambio de la línea política en aquel año fue un hecho que marcó un profundo cambio y un verdadero quiebre en la historia del Partido Comunista de Chile»⁷⁷⁹. Sin embargo, matiza esta idea con otros elementos igualmente pertinentes. En este sentido el autor destaca el carácter de masas que incubó desde un comienzo la PRPM. Asumir este matiz, según el autor, permite decantarse, más bien, por un enriquecimiento de la histórica línea, más que un rechazo o abandono.

El carácter de masas de la «Política de Rebelión Popular de Masas» ratifica que si bien la tesis insurreccional de los ochenta significó una fuerte discontinuidad histórica de la línea política del Partido Comunista, en ningún caso significó el abandono completo del acervo político de los comunistas⁷⁸⁰.

En una segunda investigación –donde analiza la subjetividad y el análisis teórico de los exiliados en la ex RDA– el autor se reafirma en la anterior matización: «la PRPM fue una línea que amalgamó la vieja tradición «recabarrenista» del PC, caracterizada por la primacía del trabajo de masas (no desviación militarista como decían los opositores internos a ella) con una explosión de creatividad

teórica inédita en la historia del PC»⁷⁸¹. Por lo tanto, concibe la nueva línea del partido a partir de una fusión entre la línea histórica de masas y la incorporación definitiva de la rebelión popular. Más allá del grado de complementariedad que se pueda destacar, significó, como bien señala él, una discontinuidad histórica.

Para César Quiroz, la adopción de la PRPM no propició en modo alguno un cambio de línea. Para este autor, a partir del reconocimiento que hizo el Pleno de 1977 del «vacío histórico» se saldó un problema estratégico. Por tanto, la admisión de la rebelión popular representa, según Quiroz, más que un giro radical un cambio en la propia línea⁷⁸². Para el presidente del partido y antiguo dirigente del EDI, Guillermo Teillier, «no había cambio en la línea. Profundización de la línea, sí. Adquisición de elementos nuevos para el desarrollo de la política»⁷⁸³.

Para los investigadores Patricio García y Hernán Venegas la línea argumental que definió a la «vía pacífica» estuvo precisada por «planteamientos eclécticos permanentes», los cuales estarían determinados por las condiciones objetivas nacionales⁷⁸⁴. Por ello, la PRPM responde, según García y Venegas, a una manifestación evidente del realismo político de los comunistas chilenos, quienes, basándose en los escritos de Lenin sopesaban a cabalidad la correlación de fuerzas en un momento determinado. Por tanto, para estos autores, la PRPM

No se trata de una revisión profunda de los fundamentos políticos-ideológicos que definen la línea del partido sino una manifestación palmaria del uso del marxismo leninismo como herramienta de construcción de línea política en consonancia con los elementos constitutivos del momento histórico determinado en que se quiere operar⁷⁸⁵.

Por lo tanto, para García y Venegas, no existió un cambio fundamental en la línea política. Sin embargo, si es posible, señalan, observar cambios en su práctica política.

Por su parte, los autores Tomás Moulián e Isabel Torres, en un destacado ensayo, plantearon que la línea del PCCh desde el X Congreso hasta 1973 estuvo dentro de un modelo marxista «de análisis de las formas de lucha». Es decir, que la elección de los medios dependía de las condiciones históricas particulares. Por lo

tanto, las formas de lucha en una «dictadura abierta» son muy distintas a las que se generan bajo un régimen democrático⁷⁸⁶. Dicho contexto, según Moulián y Torres, generó un cambio en el discurso estratégico, pero no hubo un cambio en los objetivos, ni una depreciación de la lucha de masas. «Si se hubieran cambiado los objetivos de la etapa y la importancia asignada a la lucha de masas, para priorizar una línea militar y un objetivo inmediatamente socialista, podría hablarse de un cambio de línea y no de un cambio en la línea»⁷⁸⁷. De ahí que los autores concuerden en que la línea del partido sufrió un reacomodo. «Ese “reacomodo” es mostrado como una adecuación a las nuevas situaciones, al conjunto de cambios objetivos y subjetivos que cristalizan en 1980. En ese contexto o, más bien, en esa representación del contexto es que el partido comunista formula la tesis de la rebelión popular⁷⁸⁸.

No existe un consenso en cuanto a si la PRPM significó un cambio de o en la propia línea. Lo que si podemos concluir, es que la decisión del partido causó diversas y profundas reacciones al interior de la supuesta monolítica organización. Generó un debate inédito en las bases y ventiló las percepciones críticas de los militantes en plena dictadura. Además, el fracaso de la perspectiva insurreccional, terminó por consolidar a las posturas renovadas de la izquierda. Por ello, la PRPM generó con el tiempo, un paulatino aislamiento político que derivó negativamente a finales de la década de los ochenta.

5.5. La praxis de la política militar

Dos fueron las reuniones que terminaron por potenciar la PRPM. Una fue la Conferencia del PCCh en la ex RDA en 1979, en donde el Equipo de Berlín defendió sus tesis frente a la Dirección. La segunda reunión fue en la capital de la URSS, entre la CP y parte del Equipo de Berlín, en donde se planteó que la estrategia frentista estaba liquidada⁷⁸⁹. En tercer término habría que añadir el Pleno de Cottbus de 1981, en donde se logró poner en marcha la PRPM, como instancia, por así decirlo, intermedia entre la PIM y la línea de masas.

En septiembre 1980, se dio inicio a las llamadas «acciones audaces». Los análisis del Equipo de Berlín concluyeron que la subjetividad militante estaba moralmente en un punto crítico (por la experiencia de la derrota, el efecto

represor de la dictadura y la inmovilidad de la izquierda). Por ello, fue importante demostrar, a través de acciones prácticas, incluidas las violentas, que el partido no estaba abatido, y estaba dispuesto a enfrentar la dictadura.

Sin embargo, la Dirección aún no asumía que la PRPM era una cuestión de carácter político y que implicaba un cambio en la línea. Como dice Álvarez, la PRPM se asumió desde una perspectiva «técnica», ya que no existía

una elaboración teórica asumida por la dirección del PC sobre las implicancias que un paso aparentemente «técnico» tendría sobre la política del partido (...) Para unos, como Contreras, estas eran expresión de la política del partido, que por lo tanto la modificaba profundamente; para otros, los opositores a la PRPM, lo militar era solo un «aditivo» que se sumaba a la línea histórica⁷⁹⁰.

La praxis de la famosa frase de Corvalán «todas las formas de lucha», se reflejó a los pocos meses con la creación del llamado Frente 0 y las «acciones audaces». Paralelamente el partido se abocó a perfeccionar el marco de su Política Militar. Según Luis Martínez, esta se dividió en tres componentes⁷⁹¹:

Trabajo Militar de Masas (TMM). Este tuvo un carácter paramilitar y fue desplegado en poblaciones urbanas, organizaciones estudiantiles, sindicatos, etcétera. Orgánicamente se desarrolló bajo las Milicias Rodriguistas (MR) y los Comités de Autodefensa de Masas (CAM). Sus objetivos fueron la autodefensa y la acción de pequeños actos de sabotaje a nivel local.

la Fuerza Militar Propia, compuesto por diversos aparatos armados subordinados a la Dirección. Hubo estructuras como Unidades de Combate (UC) y los Grupos Operativos (GO) que desempeñaron «acciones audaces». El Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR) fue la estructura militar de mayor operatividad (fuerza de élite), ya que entre sus filas contaba con oficiales y militares preparados en las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba;

el Trabajo hacia las FF. AA. Trabajo político-ideológico que tuvo por objeto «ganar un sector de las FF. AA.» para neutralizar a los sectores proclives a la dictadura. El objetivo central fue aislar al sector más reaccionario. Este trabajo denominado Frente Clarín se desarrolló a través de la «Brigada Operación Victoria» que tuvo por objeto promover e incentivar la caída político-moral al interior de las FF. AA.

Al parecer las condiciones para impulsar la parte más radical de la PRPM estaban en su momento más idóneo hacia 1983. Su debut, considerada la fecha fundacional, lo realizó el 14 de diciembre de ese año, con un apagón (de electricidad) a nivel nacional. Después de tres años de elaboración teórica y práctica, se inauguró la organización más característica de la controvertida PRPM: el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR).

Las consecuencias políticas que significó la puesta en marcha de esta nueva estrategia en el PCCh será materia de análisis en el capítulo siguiente. Ya adelanto que esta última etapa significó el aislamiento de los comunistas chilenos del ámbito político y social. ¿Sus causas y consecuencias? Ya las veremos. Manuel Loyola, desde una parte del debate, algo nos adelanta al respecto:

La apertura, desde fines de los años 70, hacia una cierta «racionalidad combatiente», la misma que desde una noción de «violencia aguda», favorecerá una versión militarizada de su nueva línea política redundó, a fin de cuentas, en un creciente deterioro orgánico e ideo-político (intelectual) del Partido⁷⁹².

⁵²⁵ [MOYANO, Cristina \(2006\). Op. cit. Pág. 154.](#)

⁵²⁶ [WALKER, Ignacio \(1990\). Op. cit. Pág. 207.](#)

⁵²⁷ [BENAVENTE, Andrés \(1985\). Op. cit. Pág. 172.](#)

⁵²⁸ Ibid.

⁵²⁹ Estos eventos –seguidos muy de cerca por el PC italiano– se realizaron bajo el impulso de Lelio Basso y la organización de Raúl Ampuero. El intelectual comunista italiano, estuvo particularmente interesado en la evolución de la izquierda chilena bajo la dictadura. Basso es considerado uno de los promotores del eurocomunismo. Raúl Ampuero, antiguo Senador, exsecretario general del PSCh y líder de la facción socialista USOPO, condujo posterior a los seminarios un comité que otorgó vigencia y legitimidad a los encuentros, primero bajo el Comité de Iniciativa y posteriormente en el Comité de Enlace.

⁵³⁰ Comunicado de prensa del Seminario de Ariccia, Roma, marzo 1979. Colección de Documentos para la historia de la Oposición Política al Estado Autoritario en Chile (1973-1981). Tomo III. Microfichas Inter Documentation Company. Switzerland. 1984. Pág. 1.

⁵³¹ AMPUERO, Raúl (1979), Informe Introductivo (I) al seminario de Ariccia, Roma. Colección de Documentos para la historia de la Oposición Política al Estado Autoritario en Chile (1973-1981). Tomo III. Microfichas Inter Documentation Company. Switzerland. 1984. Pág. 4.

⁵³² Cfr. AMPUERO, Raúl (1979). Op. cit. Págs. 1 y 2.

⁵³³ Más claro lo expresó el propio Ampuero: «Para darle un mínimo de coherencia a nuestro encuentro se ha evitado caer en una concepción excesivamente ambigua y genérica, que en algunos momentos de la historia chilena permitió llamarse «socialistas» a muchos filántropos y a no pocos acróbatas del lenguaje», En: AMPUERO, Raúl (1979). Op. cit. Págs. 1 y 3. La decisión de excluir a los comunistas, estuvo reforzada también por un matiz práctico evidente, circunscrito a la PRPM que contravenía definitivamente los intereses del redefinido y renovado campo socialista.

⁵³⁴ AMPUERO, Raúl (1980), Informe Introductivo (II). Roma. Colección de Documentos para la historia de la Oposición Política al Estado Autoritario en Chile (1973-1981). Tomo III. Microfichas Inter Documentation Company. Switzerland. 1984. Págs. 1 y 3.

⁵³⁵ FERNÁNDEZ, Alex (1985). Op. cit. Pág. 405.

⁵³⁶ Op. cit. Pág. 406.

537 Comunicado de prensa del Seminario de Ariccia. Op. cit. Pág. 2.

538 Ibid.

539 Ibid.

540 Ibid.

541 AMPUERO, Raúl (1980). Op. cit. Pág. 3.

542 AMPUERO, Raúl (1979). Op. cit. Pág. 1

543 Cfr. AMPUERO, Raúl (1980). Op. cit. Pág. 3.

544 Comunicado de prensa del Seminario de Ariccia. Op. cit. Pág. 2.

545 AMPUERO, Raúl (1980). Op. cit. Pág. 6.

546 Acta de Ariccia, Roma, 13 enero 1980. Pág. 1.

547 Ibid.

548 Ibid.

549 Ibid.

550 Acta de Ariccia. Op. cit. Pág. 2.

551 Ibid.

552 Boletín Venceremos, febrero 1979. FDERT. Pág. 3.

553 GONZÁLEZ, Rodrigo (1979), *Un nuevo proyecto democrático para Chile. Colección de Documentos para la historia de la Oposición Política al Estado Autoritario en Chile (1973-1981)*. Tomo III. Microfichas Inter Documentation Company. Switzerland. 1984. Pág. 2.

554 Ibid.

555 GONZÁLEZ, Rodrigo (1979). Op. cit. Pág. 5.

[556 GARRETÓN, Oscar. G, Sobre la propuesta de Convergencia Socialista para el movimiento popular, Citado En: MOYANO, Cristina \(2004\). Op. cit. Pág. 64.](#)

[557 GONZÁLEZ, Rodrigo \(1979\). Op. cit. Pág. 5.](#)

[558 Op. cit. Pág. 13.](#)

[559 Cfr. MOYANO, Cristina \(2004\). Op. cit. Pág. 65.](#)

[560 Cfr. GONZÁLEZ, Rodrigo \(1979\). Op. cit. Pág. 11.](#)

[561 Op. cit. Pág. 21.](#)

[562 Ibid.](#)

[563 Cfr. MOYANO, Cristina \(2004\). Op. cit. Pág. 65.](#)

[564 GONZÁLEZ, Rodrigo \(1979\). Op. cit. Págs. 24 y 25.](#)

[565 Informe al partido sobre las resoluciones del Pleno, marzo 1980. FDERT. Pág. 5.](#)

[566 Op. cit. Pág. 1.](#)

[567 Op. cit. Pág. 2.](#)

[568 Op. cit. Pág. 11.](#)

[569 Op. cit. Pág. 2.](#)

[570 Op. cit. Pág. 3.](#)

[571 Op. cit. Pág. 4.](#)

[572 Op. cit. Pág. 7.](#)

[573 Op. cit. Pág. 5.](#)

[574 Cfr. BASCUÑÁN, Carlos \(1990\). Op. cit. Pág. 130.](#)

[575 Cfr. Boletín Izquierda Cristiana de Chile. Secretariado Europa, N° 5 y 6,](#)

marzo-junio 1980. FDERT. Pág. 1.

⁵⁷⁶ Documento del II Pleno del Comité Central de la IC (1980), A impulsar la lucha por el derrocamiento de la dictadura, En: Boletín Izquierda Cristiana de Chile. Secretariado Europa, N° 5 y 6. marzo-junio 1980. FDERT. Pág. 5.

⁵⁷⁷ Boletín Izquierda Cristiana de Chile. Secretariado Europa, N° 5 y 6. Op. cit. Pág. 1.

⁵⁷⁸ Documento del II Pleno del Comité Central de la IC (1980). Op. cit. Pág. 11.

⁵⁷⁹ Op. cit. Pág. 10.

⁵⁸⁰ Ibid.

⁵⁸¹ Declaración conjunta del MAPU-OC, Izquierda Cristiana y MAPU aprobada en Ciudad de México, Ciudad de México, 24 mayo 1979, En: Revista Chile-América N° 54-55, junio-julio 1979. Pág. 74. La declaración está firmada por tres importantes dirigentes: José Miguel Insulza (Encargado Exterior del MAPU-OC), Oscar G. Garretón (secretario general del MAPU) y Luis Maira (Encargado Exterior de la IC).

⁵⁸² Documento del II Pleno del Comité Central de la IC (1980). Op. cit. Págs. 11 y 12.

⁵⁸³ Boletín Izquierda Cristiana de Chile. Secretariado Europa, N° 5 y 6. Op. cit. Págs. 2 y 3.

⁵⁸⁴ MAPU-OC, Comunicado al Comité Central, Junio 1979. FDERT. Pág. 13.

⁵⁸⁵ Op. cit. Pág. 1. También Cfr. Pág. 14.

⁵⁸⁶ Op. cit. Págs. 13 y 14.

⁵⁸⁷ Cfr. Op. cit. Pág. 4.

⁵⁸⁸ Comité Central del MAPU-OC, El MAPU obrero y campesino al pueblo de Chile, agosto 1979. FDERT. Pág. 2.

⁵⁸⁹ Cfr. Op. cit. Pág. 4.

⁵⁹⁰ Cfr. Op. cit. Pág. 3; Cfr. TORREJÓN, Carolina (2000). Op. cit. Pág. 107.

⁵⁹¹ Comité Central del MAPU-OC, El MAPU obrero y campesino al pueblo de Chile. Op. cit. Pág. 2.

⁵⁹² TORREJÓN, Carolina (2000). Op. cit. Pág. 108.

⁵⁹³ El V Pleno se realizó a finales de 1979 y comienzos de 1980, paralelamente al inicio del segundo encuentro de Ariccia.

⁵⁹⁴ Entrevista con Jaime Gazmuri, 06-05-2010.

⁵⁹⁵ Cfr. Secretariado MAPU-OC, Comité Central del MAPU-OC. V Pleno. Op. cit.

⁵⁹⁶ Cfr. Op. cit. Pág. 33.

⁵⁹⁷ Ibid.

⁵⁹⁸ Op. cit. Pág. 32. El secretario general, Jaime Gazmuri, señala que en el discurso al Pleno arremetió contra el estalinismo, pero en el fondo estaba «disparando contra Lenin». Confiesa que una parte menor del partido lo criticó, ya que, según ellos, el discurso conducía «al abismo del abandono» de la organización. En cambio el sector mayoritario consideró que el discurso crítico debió ser más categórico. Según Gazmuri, optó por un camino más gradual. Entrevista con Jaime Gazmuri, 06-05-2010.

⁵⁹⁹ Secretariado MAPU-OC, Comité Central del MAPU-OC. V Pleno. Op. cit. Pág. 34.

⁶⁰⁰ Op. cit. Pág. 11.

⁶⁰¹ Entrevista con Jaime Gazmuri, 06-05-2010.

⁶⁰² BASCUÑÁN, Carlos (1990). Op. cit. Pág. 149.

⁶⁰³ La relación con el PCCh y el PCUS estuvo en sintonía hasta finales de los años setenta, gracias al rol de sus dirigentes. Por ello, el investigador Esteban Valenzuela, señala que el origen de la renovación en el MAPU-OC no se generó, especialmente en la dirigencia, sino entre los militantes, y principalmente entre

los círculos de intelectuales: «Aunque se debata el origen de la renovación, lo que es claro es que no se desarrolló desde la dirección del MAPU-OC, ya que esta se mantuvo leal a Moscú hasta el año 1979 (...) Oficialmente la dirección se mantiene impermeable al Eurocomunismo de Berlinguer y los italianos, aunque dos de sus líderes, José Antonio Viera Gallo y José Miguel Insulza, hicieran de Roma su centro de operaciones», En: VALENZUELA, Esteban (2008). Op. cit. Pág. 117.

⁶⁰⁴ VALENZUELA, Esteban (2008). Op. cit. Pág. 119.

⁶⁰⁵ CORREA, Enrique, Una situación de extremo peligro, Roma, marzo 1981, Citado En: BASCUÑÁN, Carlos (1990). Op. cit. Pág. 146 y 147.

⁶⁰⁶ BASCUÑÁN, Carlos (1990). Op. cit. Pág. 149. Según el secretario general: «El primer texto donde doy la batalla contra el leninismo es un informe escrito al Pleno del MAPU (en 1979 o 1980), pero es una batalla referida a Stalin, o al marxismo leninismo como cristalización dogmática, aunque todos sabíamos de qué se trataba. Otros lo hacían más abiertamente, en particular los intelectuales», En: GAZMURI, Jaime (2000). Op. cit. Pág. 313.

⁶⁰⁷ GAZMURI, Jaime (2000). Op. cit. Pág. 297.

⁶⁰⁸ MOYANO, Cristina (2006). Op. cit. Pág. 366.

⁶⁰⁹ Declaración conjunta del MAPU-OC, Izquierda Cristiana y MAPU aprobada en Ciudad de México. Op. cit. Pág. 73. Existe consenso entre los investigadores en considerar esta declaración como el primer documento en conjunto de lo que posteriormente se denominó la Convergencia Socialista.

⁶¹⁰ Cfr. Boletín Izquierda Cristiana de Chile. Secretariado Europa N° 7, julio-sept. 1980. FDERT. Pág. 5.

⁶¹¹ El encuentro consistió sobre todo en reuniones con carácter de seminario, desarrolladas entre finales de 1979 y principios de 1980.

⁶¹² De ahí que Jorge Arrate definiera a la CS como «un proceso de renovación y de reestructuración de una corriente socialista que tiene raíces históricas en la realidad de Chile, y que hoy día se reconstruye a través de este proceso de convergencia, reivindicando y rescatando los elementos básicos de esa historia e incorporando elementos renovados, nuevos, tanto del debate internacional sobre

el socialismo y la teoría como sobre las experiencias socialistas, sobre la propia experiencia chilena», En: Revista Chile-América N° 82-83, oct-nov-dic 1982. Pág. 40.

⁶¹³ Entrevista con Jaime Gazmuri, 06-05-2010.

⁶¹⁴ Cfr. BASCUÑÁN, Carlos (1990). Op. cit. Pág. 163; y FERNÁNDEZ, Alex (1985). Op. cit. Pág. 408.

⁶¹⁵ Convergencia Socialista: Fundamentos de una Propuesta, Santiago de Chile, agosto 1980. Pág. 1. Este texto fue fruto de una serie de sesiones, seis en total, celebradas –en mayo y junio del mismo año– entre intelectuales, universitarios, dirigentes políticos y militantes de base.

⁶¹⁶ Convergencia Socialista: Fundamentos de una Propuesta, Santiago de Chile, agosto 1980. Pág. 7.

⁶¹⁷ Cfr. Op. cit. Pág. 7.

⁶¹⁸ Entrevista con J. J. Brunner, 03-06-2010.

⁶¹⁹ Convergencia Socialista: Fundamentos de una Propuesta. Op. cit. Pág. 22.

⁶²⁰ Grupo por la Convergencia Socialista (1981), Un Horizonte democrático para Chile, En: Revista Convergencia N° 3-4, agosto-oct 1981. Pág. 55.

⁶²¹ ARRATE, Jorge, (1983). Op. cit. Pág. 93.

⁶²² Ibid.

⁶²³ Citado En: BENAVENTE, Andrés (1985). Op. cit. Pág. 180.

⁶²⁴ OMINAMI, Carlos (1982), Una metodología de construcción de la Convergencia Socialista. Dossier Convergencia Socialista y unidad democrática, En: Revista Chile-América N° 78-79 abril-mayo-jun 1982. Pág. 16.

⁶²⁵ Entrevista con Jaime Gazmuri, 06-05-2010.

⁶²⁶ AMPUERO, Raúl (1982), Convergencia Socialista: actualidad de una iniciativa, En: Revista Chile-América N° 80-81, jul-agost-sept 1982. Pág. 61.

Ampuero detalla en este mismo documento que en la Reunión de la CS en Milán, se formularon «algunas propuestas tendientes a reforzar el carácter del movimiento de la convergencia y a evitar eventuales contratiempos y fricciones. Prevaleció el convencimiento de que circunscribir a la esfera de los partidos (...) significaría dilapidar un vasto potencial de la lucha política. Repetir, en suma, procedimientos ya fracasados». Pág. 62.

⁶²⁷ Convergencia Socialista (1982), Llamamiento de Milán por la Convergencia Socialista, En: Revista Chile-América N° 80-81, jul-agost-sept 1982. Pág. 77

⁶²⁸ AMPUERO, Raúl (1982). Op. cit. Pág. 60.

⁶²⁹ OMINAMI, Carlos (1982). Op. cit. Pág. 16.

⁶³⁰ Ibid.

⁶³¹ Ibid.

⁶³² Cfr. BASCUÑÁN, Carlos (1990). Op. cit. Pág. 164.

⁶³³ Entrevista con Jaime Gazmuri, 06-05-2010.

⁶³⁴ Boletín Venceremos, agosto 1981. FDERT. Pág. D-3. Según José Viera-Gallo los militantes del MAPU-OC exiliados en Roma, se inclinaban abiertamente por la convergencia o proyectos similares, en detrimento de fortalecer la orgánica mapucista. A raíz de lo anterior fueron llamados «los derrotistas», es decir, «la gente que había cancelado la idea del MAPU-OC». Entrevista con José Viera-Gallo, 07-05-2010.

⁶³⁵ FERNÁNDEZ, Alex (1985). Op. cit. Pág. 414.

⁶³⁶ Cfr. ALTAMIRANO, Carlos (1980), 8 tesis sobre una estrategia socialista para Chile, París. AISA. Pág. 29-32.

⁶³⁷ Cfr. Boletín Venceremos, agosto 1981. FDERT. Pág. D-1.

⁶³⁸ MOYANO, Cristina (2006). Op. cit. Pág. 369. Según el dirigente mapucista, Gonzalo Ojeda, la intención del MAPU de ingresar a la CS, respondió más bien a una mera ilusión (de Garretón) de «querer dar vuelta al PS». Entrevista con Gonzalo Ojeda, 10-05.2010.

⁶³⁹ Secretariado Político de la Convergencia Socialista (1983), Proposiciones para el Socialismo Chileno, En: NÚÑEZ, Ricardo (Comp.) (1991) Socialismo: 10 Años de renovación. Tomo I: 1979-1989: De la convergencia a la unidad socialista, Santiago de Chile: Ediciones del Ornitorrinco. Págs. 126 y 127. De ahí que Ricardo Núñez señale que la CS no pretendió superar a las orgánicas tradicionales o crear una tercera fuerza, sino «reformular las fuerzas del sistema». Entrevista con Ricardo Núñez, 19-05-2010.

⁶⁴⁰ Entrevista con J. J. Brunner, 03-06-2010.

⁶⁴¹ OMINAMI, Carlos (1982). Op. cit. Pág. 16.

⁶⁴² Op. cit. Pág. 17.

⁶⁴³ Ibid.

⁶⁴⁴ Cfr. Declaración pública de la Convergencia Socialista (1983), Objetivos políticos esenciales de la Convergencia Socialista, Madrid, En: Revista Chile-América N° 84-85, ene-feb-marzo 1983. Pág. 60.

⁶⁴⁵ Cfr. BENAVENTE, Andrés (1985). Op. cit. Pág. 181.

⁶⁴⁶ Entrevista con Jaime Gazmuri, 06-05-2010.

⁶⁴⁷ MOYANO, Cristina (2006). Op. cit. Pág. 370.

⁶⁴⁸ BENAVENTE, Andrés (1985). Op. cit. Pág. 181.

⁶⁴⁹ WALKER, Ignacio (1990). Op. cit. Pág. 210.

⁶⁵⁰ El carácter excesivamente cupular que adquirió, especialmente el Secretariado, es compartido por varios entrevistados. Según Ominami con la CS «Renovamos nuestras ideas, no renovamos la forma de hacer política, las formas de hacer política terminaron siendo bastante tradicionales, cupulares». Sin embargo destaca que «cupulares y todo creo que fueron fundamentales para el entendimiento que permitió constituir la AD y posteriormente la Concertación». Entrevista con Carlos Ominami, 18-05-2010.

⁶⁵¹ Entrevista con Carlos Ominami, 18-05-2010.

⁶⁵² BENAVENTE, Andrés (1985). Op. cit. Pág. 182.

⁶⁵³ MOYANO, Cristina (2006). Op. cit. Pág. 368.

⁶⁵⁴ Cfr. FRIEDMANN, Reinhard (1988). Op. cit. Pág. 144.

⁶⁵⁵ Declaración de la unidad socialista (Resumen del Acta-Declaración de la unidad), Santiago de Chile, 19 abril 1979. Pág. 1.

⁶⁵⁶ Ibid.

⁶⁵⁷ El MAS expuso específicamente que su automarginación obedecía a que «los representantes de los movimientos ya referidos, que habían concurrido al proceso unitario, se pusieron al margen de los principios básicos que sellaron la unidad y rompieron todos sus compromisos escritos y verbales, al intentar definir al partido a favor de una de las fracciones supuestamente directivas que, desde fuera del país, pretenden dirigirlo», En: PS-MAS, Defendiendo una unidad sin compromisos, Santiago de Chile, 22 Mayo 1979. Pág. 3.

⁶⁵⁸ Cfr. BASCUÑÁN, Carlos (1990). Op. cit. Pág. 98. Según Bascuñán la convocatoria habría sido apoyada por los exsecretarios Ampuero y Rodríguez. Sin embargo, Ampuero se ausentó a través de una carta enviada a los convocantes, donde señaló que «le parecería una ligereza participar». Esta información es ratificada en la revista de la facción MAS-USP. Cfr. Revista Socialistas a luchar N° 2, sept 1980. Pág. 16.

⁶⁵⁹ La facción La Chispa aunque participó del Congreso y de otras iniciativas posteriores mantuvo una contradictoria relación con el PSCh-24° Congreso. La participación de esta facción «radical» en el Congreso de los renovados, solo se explica por el interés de hegemonizar el encuentro, más que por afinidades políticas-ideológicas. Posterior al Congreso, surgió un nuevo problema entre ambos sectores a raíz de una Conferencia de Programa. Cfr. PSCh, Subsecretaría Europa-África, Circular N° 2, Rotterdam, 8 de febrero 1982. Posteriormente la facción La Chispa fue marginada por asumir posiciones «extremas».

⁶⁶⁰ Resoluciones políticas del XXIV Congreso general del Partido Socialista de Chile, agosto 1980. Colección de Documentos para la historia de la Oposición Política al Estado Autoritario en Chile (1973-1981). Tomo II. Microfichas Inter Documentation Company. Switzerland. 1984. Págs. 15 y 16.

⁶⁶¹ CONTRERAS, Marcelo (2006), 20 años después de la convergencia socialista: La invención de la izquierda renovada, En: La Nación, 31 diciembre. Pág. 4.

⁶⁶² RODRÍGUEZ, Aniceto (1995), Entre el Miedo y la Esperanza. Historia Social de Chile, Caracas: Universidad Central de Venezuela-Ediciones de la Biblioteca. Pág. 475.

⁶⁶³ Ejemplo de lo anterior es el documento suscrito en Roma el 16 de enero de 1981 por cinco sectores: PSCh-24º Congreso, CNR, Convergencia Socialista, PSCh-Italia, MAS-USP. El acta señala que apoyarán las iniciativas acordadas por el comité de enlace surgido en Ariccia el año anterior. Cfr. Revista Socialista a luchar N° 3, ene-feb-mar 1981. Pág. 24.

⁶⁶⁴ Cfr. PSCh, Comunica acuerdo en el interior de Chile, Holanda, octubre de 1982. AISA.

⁶⁶⁵ Declaración conjunta del PSCh y del PSCh (MAS-USP-MR) a todos los militantes socialistas, Santiago de Chile, 11 de Septiembre 1982. AISA. Pág. 5.

⁶⁶⁶ Acuerdos y conclusiones para la unidad del Partido Socialista de Chile, Santiago de Chile, 19 de abril de 1983. AISA. Pág. 3

⁶⁶⁷ El documento no fue firmado por la CNR. La coordinadora se había dividido (1978-79) en dos sectores: CNR-Revolución (dirigida por Benjamín Cares, Juan Soto, Sergio Sauvalle) y CNR-Indoamérica. El primer grupo fue desarticulado por los aparatos de seguridad de la dictadura el año anterior a la firma del citado documento. Posterior a ello, el grado de influencia de la facción fue ínfimo. Cfr. SALAZAR, Manuel (2008), El triunfo de los «renovados» del PS, En: Revista Punto Final N° 672, octubre 2008.

⁶⁶⁸ BASCUÑÁN, Carlos (1990). Op. cit. Pág. 100.

⁶⁶⁹ Acuerdos y conclusiones para la unidad del Partido Socialista de Chile. Op. cit. Pág. 1.

⁶⁷⁰ Ibid.

⁶⁷¹ Coordinador del CPUS (1983), El Partido Socialista de Chile. Su proyección política y popular, 17 junio 1983, En: NÚÑEZ, Ricardo (Comp.) (1991),

Socialismo: 10 Años de renovación, Tomo I: 1979-1989: De la convergencia a la unidad socialista, Santiago de Chile: Ediciones del Ornitorrinco. Pág. 157.

⁶⁷² Ibid.

⁶⁷³ Acuerdos y conclusiones para la unidad del Partido Socialista de Chile. Op. cit. Pág. 2

⁶⁷⁴ Coordinador del CPUS (1983). Op. cit. Pág. 156.

⁶⁷⁵ Cfr. Op. cit. Pág. 158. Una de las facciones que mostró mayor interés por una concertación con la DC fue la Tendencia Humanista, que encabezaba desde Venezuela Aniceto Rodríguez. Cfr. PSCh-Dirección Exterior, Declaración de Bremen, RFA Bremen, 5 de noviembre 1983.

⁶⁷⁶ ORTIZ, Edison (2007). Op. cit. Pág. 266.

⁶⁷⁷ Cfr. Acuerdos y conclusiones para la unidad del Partido Socialista de Chile. Op. cit. Págs. 3 y 4.

⁶⁷⁸ Las facciones de la CNR y La Chispa se marginaron del acuerdo. Esta última se integrará al MDP junto a comunistas y almeydistas. Cfr. BENAVENTE, Andrés (1985). Op. cit. Pág. 187. Es necesario aclarar que la facción Convergencia 19 de abril era la antigua tendencia Dirección para el Consenso.

⁶⁷⁹ Ignacio Walker afirma que la CP designada para la ocasión estuvo compuesta por: Ricardo Núñez (PSCh-24º Congreso), Akin Soto (Almeydistas), Ricardo Lagos (Los Suizos), Alfredo Molina (Tendencia Humanista), Víctor Sergio Mena (MAS-USOPO-MR y Dirección para el Consenso). Cfr. WALKER, Ignacio (1990). Op. cit. Pág. 211. Walker señala que la información fue confirmada por Luis Alvarado (miembro del CC).

⁶⁸⁰ ORTIZ, Edison (2007). Op. cit. Pág. 267.

⁶⁸¹ Cfr. Comité Político de Unidad (1983), A todos los militantes del PSCh, Santiago de Chile, 4 Septiembre 1983. AISA.

⁶⁸² La profesora Esther de Campo señala que a pesar de la persistente fragmentación del partido, los socialistas en su conjunto «se convirtieron en una de las fuerzas de oposición más importantes, y desempeñaron un papel

protagónico en el proceso de transición a la democracia en Chile», En: DEL CAMPO, Esther (1995). Op. cit. Pág. 150.

⁶⁸³ VALENZUELA, Álvaro y CONTRERAS, Mario (2009), El exilio que acunó a Marco y renovó a los socialistas: la vida de los chilenos en París, En: La Segunda, 15 mayo. Pág. 50.

⁶⁸⁴ Cfr. Encuentro de Chantilly (1982), Actas del Encuentro. Chile-80: Movimientos, escenarios y proyectos, En: Revista Chile-América N° 82-83, oct-nov-dic. 1982. Separata: Dossier. Pág. 2.

⁶⁸⁵ Cfr. Encuentro de Chantilly (1982). Op. cit. Págs. 2 y 3.

⁶⁸⁶ Cfr. Op. cit. Pág. 3.

⁶⁸⁷ Encuentro de Chantilly (1982). Op. cit. Pág. 3.

⁶⁸⁸ Cfr. Encuentro de Chantilly (1982). Op. cit. Pág. 3.

⁶⁸⁹ Cfr. Op. cit. Pág. 4.

⁶⁹⁰ Ibid.

⁶⁹¹ Cfr. Encuentro de Chantilly (1982). Op. cit. Pág. 5.

⁶⁹² Cfr. Op. cit. Págs. 5 y 6.

⁶⁹³ Cfr. Encuentro de Chantilly (1982). Op. cit. Pág. 7.

⁶⁹⁴ Cfr. Encuentro de Chantilly (1983), Acta del encuentro de Chantilly. Los desafíos de la democratización, En: NÚÑEZ, Ricardo (Comp.) (1991), Socialismo: 10 Años de renovación. Tomo I: 1979-1989: De la convergencia a la unidad socialista, Santiago de Chile: Ediciones del Ornitorrinco. Pág. 138.

⁶⁹⁵ Op. cit. Pág. 140.

⁶⁹⁶ Cfr. Op. cit. Págs. 140 y 141.

⁶⁹⁷ Op. cit. Pág. 144.

⁶⁹⁸ Ibid.

[699 Cfr. Op. cit. Págs. 145 y 146.](#)

[700 Cfr. Op. cit. Págs. 146 y 147.](#)

[701 Cfr. Op. cit. Pág. 148.](#)

[702 Ibid.](#)

[703 Op. cit. Pág. 152.](#)

[704 Cfr. Op. cit. Págs. 152 y 154.](#)

[705 ÁLVAREZ, Rolando, \(2008\). Op. cit. Pág. 33.](#)

[706 GARCÍA, Patricio y VENEGAS, Hernán \(2003\). Op. cit. \[Fecha de consulta: 26 julio 2009\]](#)

[707 Entrevista con Guillermo Teillier, 11-05-2010.](#)

[708 Cfr. BRAVO, Viviana, \(2008\). Op. cit. Pág. 152.](#)

[709 Respecto de la política hacia las FF. AA. el Pleno señaló que: «En primer término, debía contemplar el estudio, el conocimiento de las fuerzas armadas de nuestro país y un trabajo dirigido a promover en su seno las ideas democráticas, el interés por la lucha del pueblo», En: La revolución chilena, la dictadura fascista y la lucha por derribarla y crear una nueva democracia. Op. cit. Pág. 32.](#)

[710 Este hecho significó, para una parte de la izquierda, la prueba tangencial de que la dictadura se perpetuaría en el poder.](#)

[711 Cfr. GARCÍA, Patricio y VENEGAS, Hernán \(2003\). Op. cit. \[Fecha de consulta: 26 julio 2009\]. En necesario considerar que en el Pleno de 1977 participaron algunos militantes comunistas que estaban recibiendo formación militar en el exilio. Uno de estos militantes fue Galvarino Apablaza quien posteriormente fue uno de los máximos líderes del FPMR.](#)

[712 Cfr. HERREROS, Francisco \(2005\). Op. cit.](#)

[713 El investigador Carlos Bascuñán en su libro La izquierda sin Allende considera de vital importancia la influencia que ejerció el PCUS. Esta idea es](#)

rebatida, sin embargo, por el investigador Rolando Álvarez en su libro Desde las sombras: una historia de la clandestinidad comunista: «Desde nuestra óptica, nos parece un reduccionismo y un desconocimiento de la modalidad histórica que el PCCh ha desarrollado a lo largo de la historia de Chile (especialmente a partir de la década de los años treinta) decir, como lo hace Bascuñán, que “el disciplinado acatamiento de las posiciones asumidas primero por la Internacional Comunista y luego por el PCUS” fue un hecho determinante para que el PCCh chileno optara por incluir en su línea política la violencia como una de las modalidades de resistencia a la dictadura pinochetista». El libro de Álvarez, rebate varias interpretaciones de Bascuñán. Así lo destaca también Daniel Palma en la reseña que hiciera al libro de Álvarez: «Álvarez no rehúye la polémica y, por el contrario, rectifica una serie de errores y malinterpretaciones realizadas particularmente por Carlos Bascuñán en su obra La izquierda sin Allende. Igualmente desenmascara los tendenciosos y mal informados escritos aparecidos en algunos medios periodísticos chilenos como el diario La Tercera y su suplemento «La historia inédita de los años verde olivo» redactado por Javier Ortega», En: Nuevomundo.revues.org (2005), Rolando Álvarez, Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980), Santiago, LOM Ediciones, 2003, 270 p. [en línea] Disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/index335.html> [Fecha de consulta: 4 junio 2009].

⁷¹⁴ Del informe del Comité Central del PCUS entregado al XXV Congreso por el camarada Leonid I. Brezhnev, En: Boletín del Exterior N° 16, marzo-abril 1976. Págs. 5-6.

⁷¹⁵ CORVALÁN, Luis (1980), El derecho del pueblo a la rebelión es indiscutible. Discurso pronunciado en Moscú con motivo del 10° Aniversario de la victoria de la Unidad Popular, en Moscú, 3 de Septiembre 1980. FDERT. Pág. 2.

⁷¹⁶ Op. cit. Págs. 2 y 3

⁷¹⁷ Op. cit. Pág. 3.

⁷¹⁸ CORVALÁN, Luis (1980a), Avanzar por el camino de la unidad y de la lucha dominando las más diversas formas de combate. Discurso pronunciado en Estocolmo el 16 de Noviembre 1980, En: CORVALÁN, Luis (1981), La rebelión popular se abre camino en Chile. s.i. AISA. Pág. 19.

⁷¹⁹ Op. cit. Págs. 20 y 23.

⁷²⁰ Op. cit. Págs. 25 y 26.

⁷²¹ GARCÍA, Patricio y VENEGAS, Hernán (2003). Op. cit. [Fecha de consulta: 26 julio 2009]

⁷²² CORVALÁN, Luis (1980a). Op. cit. Pág. 25.

⁷²³ Op. cit. Págs. 26 y 27.

⁷²⁴ Esta charla fue dictada por Luis Corvalán en la Escuela Superior Carlos Marx del PSUA, en Berlín, RDA, el 30 de enero de 1981, de cuya transcripción surgió el documento «Nuestras formulaciones tácticas tienen una acogida favorable».

⁷²⁵ CORVALÁN, Luis (1981), Nuestras formulaciones tácticas tienen una acogida favorable, Berlín, RDA, 30 enero 1981, En: Corvalán, Luis (1981), La rebelión popular se abre camino en Chile. s.i. AISA. Págs. 51 y 52.

⁷²⁶ CORVALÁN, Luis (1981). Op. cit. Pág. 46. Es interesante, además, observar como el PCCh considera a la UP una alianza legítima, en momentos en que dicho conglomerado no tenía relevancia.

⁷²⁷ FERNÁNDEZ, Alex (1985). Op. cit. Pág. 372.

⁷²⁸ Ibid.

⁷²⁹ Ibid.

⁷³⁰ BENAVENTE, Andrés (1985). Op. cit. Pág. 184. Sería un error desconocer que en un principio hubo sectores que apoyaron la PRPM. Por ejemplo, una facción del PR, liderada por Anselmo Sule en México, no desconoció el aporte práctico de esta. Lo mismo ocurrió con la facción socialista de Almeyda. El MIR fue el sector en donde la PRPM encontró mayor acogida, a pesar de las profundas diferencias que separaron a miristas y comunistas en tiempos de la UP.

⁷³¹ BENAVENTE, Andrés (1985). Op. cit. Pág. 185.

⁷³² Uno de los factores, barajados por el EDI, fueron las expectativas surgidas a partir de las «movilizaciones» de 1978, especialmente en el mundo urbano-sindical.

⁷³³ Lucha de masas y nuevas formas de combate. Año 1981. Pág. 8. Citado En: ÁLVAREZ, Rolando, (2008). Op. cit. Pág. 27.

⁷³⁴ BRAVO, Viviana (2008). Op. cit. Pág. 152.

⁷³⁵ Op. cit. Pág. 160.

⁷³⁶ Estos dos documentos se editaron, con carácter oficial, previo al Pleno de mayo de 1981. Según relata Rolando Álvarez, los documentos fueron: «Las nuevas condiciones de la lucha política. Cuestiones generales», más conocido como el «Libro Rojo», que proponía un nuevo estilo de lucha de masas que suplantara al tradicional estilo del partido con la incorporación del factor militar. El segundo documento, «Lo militar en la política del partido», hacía referencia al tema de las vías para la toma del poder, destacando que si bien existían y eran válidas las formas pacíficas, no se debía descuidar el factor militar. Además, por esa misma época se publicó un documento firmado por Gladys Marín, conocido como «La Pauta» que remarcó el carácter de masas de la «perspectiva insurreccional». Todos estos documentos causaron malestar en la Dirección del exilio (CP).

⁷³⁷ ÁLVAREZ, Rolando, (2008). Op. cit. Pág. 32.

⁷³⁸ En los proscritos años cincuenta, bajo el gobierno de González Videla, al interior del PCCh se afincó un grupo alrededor de Luis Reinoso que propuso la utilización de formas armadas para la conquista del poder.

⁷³⁹ Cfr. ÁLVAREZ, Rolando, (2008). Op. cit. Pág. 33.

⁷⁴⁰ PCCh, Informe al Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile, 1981, En: Hacia el XV Congreso del Partido Comunista de Chile. Documentos para el enriquecimiento del debate. s.i. 1989. Pág. 86.

⁷⁴¹ Op. cit. Pág. 75.

⁷⁴² Op. cit. Pág. 87.

⁷⁴³ Ibid.

⁷⁴⁴ Teillier señala que en un principio «A lo que se apeló fue al derecho a la rebelión (...) nadie sabía el rumbo que esta podía tomar (...) ni siquiera se

contemplaba que esta pudiera tener formas de lucha armada. No estaba planteada como una confrontación armada, una confrontación militar. Fue planteada como una confrontación de masas, de rebelión, donde las masas al estilo de levantamientos populares que habían existido en Chile. Yo eso lo encuentro razonable. Pero también encuentro razonable el hecho que después pudiéramos avanzar a que la rebelión popular pudiera tener formas de lucha armada».
Entrevista con Guillermo Teillier, 11-05-2010.

⁷⁴⁵ BRAVO, Viviana, (2008). Op. cit. Pág. 160.

⁷⁴⁶ PCCh, Informe al Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile, 1981. Op. cit. Pág. 87. En este sentido, conviene recordar las reflexiones de Tomás Moulián.

⁷⁴⁷ ÁLVAREZ, Rolando (2008). Op. cit. Pág. 35. Esta apreciación es compartida por el dirigente Teillier. Entrevista con Guillermo Teillier, 11-05-2010.

⁷⁴⁸ BRAVO, Viviana (2008). Op. cit. Pág. 159.

⁷⁴⁹ Nuevomundo.revues.org (2005). Op. cit. [Fecha de consulta: 30 Julio 2009].

⁷⁵⁰ ÁLVAREZ, Rolando (2003). Op. cit. Pág. 16. La insistencia del elemento subjetivo interno, neutraliza las visiones estereotipadas y resta trascendencia a las causas exógenas, es decir, a la influencia del PCUS o los procesos revolucionarios de la época, como factores fundamentales en el origen de la PRPM.

⁷⁵¹ ÁLVAREZ, Rolando (2006). Op. cit. Pág. 104.

⁷⁵² Op. cit. Pág. 103.

⁷⁵³ BASCUÑÁN, Carlos (1990). Op. cit. Pág. 45.

⁷⁵⁴ Op. cit. Pág. 49.

⁷⁵⁵ Cfr. Op. cit. Págs. 47-55.

⁷⁵⁶ RIQUELME, Alfredo (2009). Op. cit. Pág. 122. Riquelme señala que los cambios en el núcleo Directivo fue producto de la aniquilación de la DI; de la instalación del secretario general Luis Corvalán en Moscú; el protagonismo que

adquirieron cuadros intelectuales afincados en la RDA y de cuadros militares formados en Europa del Este y Cuba; y de los cambios en la DI, liderados por Gladys Marín.

⁷⁵⁷ FURCI, Carmelo (2008). Op. cit. Ver especialmente capítulos VII y VIII. Este libro se editó originalmente en 1984 en inglés. En 2008 fue traducido al castellano por su interesante valor y aporte.

⁷⁵⁸ FURCI, Carmelo (2008). Op. cit. Pág. 250.

⁷⁵⁹ Ibid. En este sentido, es interesante destacar que Furci, que sentía gran simpatía por la izquierda chilena, especialmente hacia el PCCh, mostró particular interés por la opción radical, aunque paralelamente realizó una positiva valoración de la «vía chilena al socialismo», y una alta evaluación del rol del partido y de la UP. En este sentido Manuel Loyola, en la reseña al libro de Furci, señaló que «no hay duda de que Furci fue parte de una tendencia de construcción de realidad que tuvo un «ancho de banda» considerable al interior de nuestra izquierda, en particular entre aquellas organizaciones o fracciones de partidos que estaban por un combate más explícito contra el régimen militar», En: Revista Izquierdas N° 2 [en línea] noviembre 2008. Disponible en: http://www.izquierdas.cl/html/numero_2/camilo%20furci.pdf [Fecha de consulta: 01 agosto 2009].

⁷⁶⁰ FURCI, Carmelo (2008). Op. cit. Pág. 251.

⁷⁶¹ ARRIAGADA, Genaro (1998), Por la razón o la fuerza. Chile bajo Pinochet, Santiago de Chile: Editorial Sudamericana. Pág. 136.

⁷⁶² Cfr. VARAS, Augusto (1987), De la violencia aguda al registro electoral: Estrategia y política de alianzas del PC, 1980-1987, Documento de Trabajo FLACSO N° 362. Pág. 2.

⁷⁶³ Op. cit. Pág. 23.

⁷⁶⁴ Cfr. ORTEGA, Javier (2001). Op. cit.

⁷⁶⁵ SAMANIEGO, Augusto (2003). Op. cit. [Fecha de consulta: 05 agosto 2009].

⁷⁶⁶ Ibid.

[767 Ibid.](#)

[768 MOULIÁN, Tomás y TORRES, Isabel \(1988\). Op. cit. Pág. 453.](#)

[769 ARRATE, Jorge y ROJAS, Eduardo \(2003\). Op. cit. Pág. 354.](#)

[770 BASCUÑÁN, Carlos \(1990\). Op. cit. Págs. 48 y 54.](#)

[771 Op. cit. Pág. 46.](#)

[772 Benavente destaca la «doble vía» que los comunistas, históricamente, han desarrollado en materia de estrategias políticas. Cfr. BENAVENTE, Andrés \(1985\). Op. cit. Págs. 184 y 186. El exdirigente comunista Luis Guastavino señala que la línea frente populista y la conspirativa han coexistido en la evolución del partido. Los años ochenta no fueron la excepción. Entrevista con Luis Guastavino, 12-05-12.](#)

[773 Cfr. CORVALÁN MÁRQUEZ, Luis \(2000\), Las tensiones entre la teoría y la práctica en el Partido Comunista en los años 60 y 70, En: LOYOLA, Manuel y ROJAS, Jorge \(Comps.\) \(2000\), Por un rojo Amanecer: hacia una historia de los comunistas chilenos, Santiago de Chile: Impresora Valus. Pág. 227.](#)

[774 Cfr. Op. cit. Págs. 239-241.](#)

[775 Op. cit. Pág. 242.](#)

[776 Op. cit. Pág. 244.](#)

[777 RIQUELME, Alfredo \(2009\). Op. cit. 115.](#)

[778 Op. cit. 117.](#)

[779 ÁLVAREZ, Rolando \(2003\). Op. cit. Pág. 16.](#)

[780 Op. cit. Pág. 254.](#)

[781 ÁLVAREZ, Rolando \(2006\). Op. cit. Pág. 103.](#)

[782 Cfr. QUIROZ, César \(2000\), La política de rebelión popular de masas, En: LOYOLA, Manuel y ROJAS, Jorge \(Comps.\) \(2000\), Por un Rojo Amanecer: hacia una historia de los comunistas chilenos, Santiago de Chile: Impresora](#)

Valus. Pág. 248.

⁷⁸³ Entrevista con Guillermo Teillier, 11-05-2010.

⁷⁸⁴ Para algunos autores este eclecticismo, no es más que la estrategia de doble vía o la dualidad comunista que Benavente, por ejemplo, destacó en su trabajo y que anteriormente acotamos.

⁷⁸⁵ GARCÍA, Patricio y VENEGAS, Hernán (2003). Op. cit. [Fecha de consulta: 27 agosto 2009]

⁷⁸⁶ En la misma tónica que García y Venegas, Moulián y Torres se detienen a analizar los enunciados del secretario general, Luis Corvalán, en las décadas pasadas. «Corvalán planteó que la “vía pacífica” era la forma más probable y no un camino excepcional (...) Pero también afirmó que no se debía contrastar la “vía pacífica” con la “vía violenta”, sino, más bien, con la “vía no armada” dado que muchas formas de violencia formaban parte del proceso (...) La “vía pacífica” solamente excluía la guerra civil y la insurrección armada, pero en ningún caso, acciones de masas», En: MOULIÁN, Tomás y TORRES, Isabel, (1988). Op. cit. Pág. 458.

⁷⁸⁷ Op. cit. 462.

⁷⁸⁸ Op. cit. 471.

⁷⁸⁹ Cfr. ÁLVAREZ, Rolando (2007). Op. cit. Págs. 308 y 309.

⁷⁹⁰ ÁLVAREZ, Rolando, (2006). Op. cit. Pág. 151.

⁷⁹¹ Cfr. MARTÍNEZ, Luis (2005), Lo militar y el FPMR en la política de Rebelión Popular de Masas: orígenes y desarrollo, En: Revista Alternativa N° 23, 2005. Págs. 68-82.

⁷⁹² LOYOLA, Manuel (2008), Coda a la Presente Edición, En: FURCI, Carmelo (2008), El partido comunista de Chile y la vía al socialismo, Santiago de Chile: Ariadna. Pág. 280. Lo escrito por Loyola es una «Coda a la Presente Edición» (2008) en la reedición, esta vez en español, del libro de Carmelo Furci.

Capítulo IV

De la incertidumbre a la consolidación de la izquierda renovada (1983-1990)

Introducción

Las ideas políticas arraigan y prosperan en la sociedad cuando existen condiciones de la realidad que las hacen verosímiles, pero si aquellas se alejan de estas, pierden su eficacia. Entonces sus promotores deben modificar el discurso si desean seguir influyendo directa o indirectamente en la toma de decisiones del poder político y si no, solo pueden disponer de pequeños grupos de fervientes seguidores o desaparecer⁷⁹³.

En esta última fase, la acción política de la renovación estuvo determinada principalmente por una estrategia de salida a la dictadura. «En ese periodo, cuando los temas centrales que articulan el discurso renovado pasan por el diseño de las estrategias de salida a la dictadura, donde la defensa del diálogo y la práctica consensual no forman solo parte del discurso, sino que también de la puesta en escena en la práctica política formal»⁷⁹⁴. Como especifica Moyano, durante esta etapa (1983-89) se pasó de una postura de análisis comprensivo a una postura normativa en donde los escritos que constituyen el proceso renovador «están orientados a reflexionar sobre el futuro político de la nación y la salida a la dictadura militar. Se privilegia en los estudios reflexivos el “deber ser” de la política y los políticos, ya que la mayoría de los temas se orientaron a la transición política deseada y posible»⁷⁹⁵.

Observaremos como el MAPU y el MAPU-OC desaparecerán progresivamente. La IC verá declinar su organización e influencia y quedará virtualmente extinguida. Los socialistas históricos –después de abrazar las políticas renovadas y la economía neoliberal– se transformaron en la organización con mayor

proyección, ya que operó como un imán. En paralelo, los socialistas darán vida al Partido por la Democracia (PPD), una organización partidista «instrumental», con fines electorales, que tomó inusitada relevancia y se transformó en un espacio legítimo para quienes quisieron profundizar la renovación. El PCCh quedó en una postura marginal sin ningún tipo de representación ni influencia. A pesar de su autocrítica y correcciones, no logrará posicionarse como alternativa.

El grueso de la izquierda abandonó el leninismo, se acercó sin complejos, a la economía de libre mercado, optó por una salida negociada-institucional y se alineó con el centro político. El país experimentó una apertura considerable. Las organizaciones y partidos, a pesar de estar proscritos, fueron delineando sus estrategias en medio de la creciente efervescencia social. En general, asistimos a una mayor presencia y dinámica en todos los planos de la sociedad chilena.

La coexistencia entre los espacios democráticos y los autoritarios hacían prever un posible conflicto latente o manifiesto, enfocado todos ellos hacia una transición a la democracia⁷⁹⁶. Desde 1987 en adelante los partidos entraron en escena y desplegaron sus mejores herramientas para salir victoriosos de los objetivos planteados: plebiscito (1988) y elecciones presidenciales y parlamentarias (1989). Se consolidaron, por tanto, las alianzas partidistas. La Concertación, formada, básicamente, por la DC y los partidos renovados de la izquierda chilena, fue sin duda el conglomerado cuantitativamente más numeroso y de mayor proyección, ya que en su seno albergó la pluralidad y la convergencia como pilares de su acción.

Finalmente, para analizar esta última etapa seguiremos el mismo hilo analítico que la precedente. Examinaremos los diversos eventos e hitos más importantes de los partidos de la izquierda chilena y sus alcances en el proceso renovador.

1. El Bloque Socialista (BS): la otra convergencia fallida

Agotados los intentos por reanimar la CS, en septiembre de 1983 se creó el Bloque Socialista (BS), integrado básicamente por el Secretariado por la Convergencia (PSCh-24º Congreso, MAPU-OC, MAPU e IC), el Grupo por la Convergencia (grupo de intelectuales) y la Convergencia Socialista Universitaria. Este nuevo referente intentó esencialmente reagrupar a las diversas corrientes del socialismo chileno:

El Bloque Socialista (BS) pasará a ser en el marco de la constitución de las alianzas políticas, el espacio antecesor de una futura unidad del área socialista. Era el camino intermedio entre las estructuras orgánicas de los partidos y un nuevo partido socialista que fuera capaz de convocar en una sola fuerza a las distintas subjetividades y experiencias socialistas⁷⁹⁷.

Una primera característica del Bloque (frente a la desaparecida CS) fue su carácter eminentemente orgánico. El BS señaló los siguientes objetivos⁷⁹⁸:

articular las diversas expresiones políticas, sociales y culturales del socialismo histórico y de las nuevas vertientes (MAPUs, IC, MIR-renovados, etcétera.);

sintetizar y desarrollar los valores del socialismo histórico chileno y los principios de la renovación socialista;

constituirse en actor clave en la unificación orgánica de todas las vertientes del

socialismo chileno; y

convertirse en eje y referente del movimiento popular en la consecución de la democracia política.

Aunque el BS en su Comunicado Público decidió adherir a la AD⁷⁹⁹, su intención posterior fue transformarse en alternativa a esta y al MDP, desde una perspectiva de izquierda renovada y autónoma. En este sentido, fue el MAPU nuevamente el partido más interesado en legitimar al Bloque⁸⁰⁰. La idea según el partido fue conformar «un amplio bloque por los cambios, que deje atrás la vieja concepción estrecha que concibe el proceso democrático y transformador como producto del eje socialista-comunista y que termine con la división histórica que concepciones sectarias introdujeron en el seno del movimiento popular»⁸⁰¹.

El BS se concibió como una alianza de carácter estratégico, que iba más allá de las alianzas tácticas. Es decir, con una proyección histórica. El PSCh así lo entendió: «El partido ha hecho surgir una alianza de carácter estratégico que mira e interpreta el presente sobre la base de un proyecto socialista que debe concursar en el Chile democráticamente reconstruido»⁸⁰². Para el líder del BS, Ricardo Núñez, existían ideas de fondo, ideológicas, tras el Bloque:

Lo que nos une son cuestiones de contenido fundamental como, por ejemplo, una revisión crítica de nuestro pasado, de lo que ha sido la presencia de determinados esquemas ortodoxos al interior de la izquierda, de lo que ha sido la manera de entender el agrupamiento de las fuerzas populares en Chile y el rol de los partidos políticos en el interior del movimiento social, en definitiva, una visión crítica, que nos ha permitido conformar un conjunto de ideas-fuerzas que hablan de un socialismo renovado⁸⁰³.

El BS se inscribió en una postura ideológica antileninista. Prescribió de una vanguardia política dirigente que condujera al movimiento social. Paralelamente, fue contraria a la confrontación militar como forma de lucha contra la dictadura.

Por el contrario, apoyó decididamente la lucha política como herramienta para conquistar la democracia. Otro aspecto que imperó al interior del BS fue la idea de reconstruir la democracia chilena a partir de la superación de los tres tercios del sistema de partidos. Según Núñez: «(había que) reconstruir la democracia sobre bases auténticamente renovadas, rompiendo el anquilosado esquema de los tres tercios “históricos” que no es otra cosa que una verdadera camisa de fuerza»⁸⁰⁴.

El BS se basó, según sus dirigentes, en una serie de factores identitarios comunes como⁸⁰⁵:

socialismo y democracia;

la relación entre sociedad civil y Estado;

la autonomía de los movimientos sociales;

una sociedad participativa y no burocrática;

un marxismo enriquecido y no dogmático;

una visión crítica de los socialismos reales; y

la valorización de la historia, la ideología y la participación política del PSCh.

Sin embargo, a pesar de los intentos por concretar esta alianza estratégica –como tercera fuerza– no tuvo mayor trascendencia política. Según el profesor Bascuñán la materialización de una nueva «fuerza socialista» encerraba dos desafíos o problemas fundamentales, y de ahí su inviabilidad. En primer lugar, concertar las dos culturas del movimiento popular chileno: el marxismo en su expresión humanista y el patrimonio del cristianismo popular. Un segundo problema, se refiere a la integración de las tres corrientes socialistas: PSCh (con una vocación democrática, de raíz nacional y latinoamericanista); la segunda corriente se refiere a las organizaciones surgidas en los años sesenta (como el MAPU); y en tercer lugar, los sectores emergidos durante la dictadura⁸⁰⁶.

Este problema, también fue percibido por el PSCh. «Existe también un fuerte prejuicio (o casi un complejo) que nos lleva a pensar que podemos ser “instrumentalizados” por nuestros socios del BS»⁸⁰⁷. Existió una reticencia por el origen social y político de los dirigentes provenientes de las demás vertientes socialistas (especialmente de los MAPUs):

El problema que legítimamente preocupa a muchos militantes del Partido en torno al BS: el del origen político de los socialistas de las nuevas vertientes; el origen social de muchos de sus dirigentes y de las supuestas distintas racionalizaciones de las opciones o proyectos (...). Si su esfuerzo y su lucha apuntan a la defensa de los intereses populares y en especial el de los trabajadores, no tiene ninguna importancia el origen social de sus dirigentes. En cuanto a las opciones y/o proyectos socialistas para Chile, eventualmente racionalizados de manera distinta, puede ser una valiosa contribución para el surgimiento de una combinación dialéctica, que aporte elementos de renovación⁸⁰⁸.

Otro de los elementos que imposibilitaron la concreción de este tipo de alianzas estuvo dado por la coyuntura y los intereses políticos personales. Es decir, muchos líderes aún deambulaban entre acuerdos efímeros, cupulares, que debilitaban los consensos. Uno de ellos, y que condicionó la posterior quiebra del BS, fue la activa participación de sectores del PSCh en la Alianza Democrática (AD)⁸⁰⁹. En general, en el BS existió una dicotomía, y a veces una indefinición frente a las alianzas. La pregunta recurrente fue ¿dónde comienza el espacio del oportunismo político?

Otro episodio coyuntural que marcó la defunción del BS fue la decisión del MAPU-OC de ingresar al PSCh. Es decir, se privilegió la fusión orgánica en detrimento de la idea convergente de superar a los partidos tradicionales. El coordinador del Bloque, Ricardo Núñez, reflexionó sobre las dificultades de este para transformarse en una alianza estratégica:

Mientras se mantengan los intereses de nuestros partidos y nuestras particulares camisetas por sobre los intereses del socialismo y del pueblo chileno, no podremos crear un socialismo fuerte y autónomo, con mucho mayor capacidad de actuar en la realidad concreta de la que tenemos hoy, y con posibilidades de fundar un proyecto estratégico⁸¹⁰.

La coyuntura de la época estuvo invadida de propuestas convergentes, aliancistas e intentos de reunificaciones. Lo anterior convirtió a la arena política chilena en un excéntrico panorama de inclusiones y exclusiones, que en la práctica solo hizo más estéril el proceso de oposición al régimen.

El nivel de efectividad de esta «alianza estratégica»(BS) se vio debilitado por el problema que surgió como consecuencia de la exclusión del partido comunista de la AD y luego por la integración de algunos miembros del Bloque al MDP y la no alineación del MAPU, IC y sectores independientes de izquierda a ningún referente⁸¹¹.

En la misma línea, Walker apela a esta interpretación y corrobora la causa de disgregación del BS:

La razón estuvo nuevamente constituida por la política de alianzas. En efecto, mientras que la mitad de sus miembros (PS-24° Congreso, MOC y Grupo por la Convergencia) estuvieron por permanecer en la AD, la otra mitad (IC, MAPU y Movimiento de Convergencia Universitaria) estuvieron por no hacerlo, considerando que el BS debía constituirse en una alternativa a la AD y el MDP⁸¹².

Finalmente, en una Asamblea Nacional se decidió «superar positivamente» al BS. Un documento del MAPU comunicaba tal decisión:

Pensamos que el Bloque, como antes la Convergencia, habiendo sido pasos orgánicos positivos como portadores de un socialismo renovado y autónomo y como gestores de un espacio socialista hoy reconocido, han sido insuficientes, en contenidos y amplitud (...) Estamos, por ello, por superar positivamente el BS⁸¹³.

La investigadora Moyano señala que más allá de su fracaso, el BS ayudó, entre otras cosas, a clarificar el discurso-fundamento del MAPU:

el Bloque Socialista permitió definir una intencionalidad política novedosa, más allá de su propio fracaso. Ese intento clarifica discursivamente el fundamento del MAPU, en tanto generación política, pero también marca el destino del mismo, cuyos miembros ya en el año 83 anunciaban su propia defunción⁸¹⁴.

Así, el BS se difuminó y dio término a un proyecto que esperó vanamente dar el «paso cualitativo» (como lo llamó Núñez) para fundamentar estratégicamente la

opción del socialismo renovado chileno. Sin embargo, el mismo líder reflexionó en una cuestión capital:

Nuestro paso por la AD ha tenido muchas dificultades pero ha tenido una virtud, la virtud que de que por primera vez en 30 años en Chile, un PS decidió dar un paso concreto para entenderse con el centro político de este país, para romper el círculo vicioso de la política chilena de la división de los tres tercios, pero sin abdicar de nuestro proyecto estratégico⁸¹⁵.

Sin duda, la reflexión de Núñez, describe una cuestión clave y decisiva para los partidos políticos de la izquierda chilena, para el sistema de partidos y para la recuperación de la democracia en Chile.

2. El inicio de la «reunificación» en el PSCh

En un capítulo anterior, decíamos que en torno a septiembre-octubre de 1983 – una vez concertada la disolución del CPUS– se llevó a cabo la elección de un CC y una CP con participación de todas las tendencias convocadas⁸¹⁶. Con objeto de ratificar la unidad y los respectivos órganos de Dirección se realizó un Pleno clandestino (abril 1984) ocasión en la cual se votarían cargos unipersonales (secretario general). A pesar de algunas reticencias iniciales y de posteriores marginaciones faccionales –protagonizadas por los líderes Manuel Mandujano, Juan Gutiérrez y Víctor Sergio Mena– el proceso de reunificación siguió su curso.

La principal característica que definió a las diversas facciones a converger –de forma autónoma y con dirección propia– fue su nueva posición ideológica que orbitaba, en líneas generales, en torno a la renovación (PSCh-Briones). Otro de los aspectos que ayudó a la reunificación de los socialistas históricos fue el liderazgo indiscutido de Ricardo Núñez (altamiranista). Este dirigente se consolidó como interlocutor del socialismo renovado y como intermediario entre los históricos y los emergentes. Su rol al servicio de la reunificación fue decisivo.

A continuación verificaremos estos dos aspectos: las primeras definiciones políticas del PSCh-Briones (renovados) y el trascendental rol de Ricardo Núñez. Ambos aspectos ponderaron a favor de la reunificación del PSCh.

2.1. El PSCh-Briones: definiendo su campo de acción política

Como decíamos, en abril de 1984, a través del IV Pleno clandestino, el reagrupado PSCh eligió cargos unipersonales. A raíz de ello, Carlos Briones fue elegido secretario general⁸¹⁷. Una de las primeras cuestiones fue definir la participación del PSCh-Briones en las coaliciones. Es decir, delimitar su campo

de acción política en la difuminada oposición a la dictadura. El partido decidió mantener una reciprocidad entre la AD y en el BS. Sin embargo, esta decisión, más que clarificar posturas, a veces provocó más de alguna discusión e indefinición.

Los socialistas, en uno de sus Plenos, justificaron su plena participación en la centrista AD. Según el PSCh-Briones no tenía una motivación estratégica, sino política-coyuntural, es decir, táctica. Al respecto, en el documento al IV Pleno subrayaron que «precisamos el carácter táctico de la Alianza Democrática»⁸¹⁸. Lo anterior emanaba, según la Dirección, de la exigencia por resolver la contradicción dictadura-democracia. El partido expresó que las prioridades de la coyuntura delimitaban, en gran medida, la política de alianzas.

Si el reagrupamiento de las fuerzas de izquierda y no la recuperación y consolidación de la democracia fuera el objetivo fundamental del período, sería quizás razonablemente aceptable el discutir las formas que den paso al abandono del PS de la AD y al reagrupamiento mencionado, así sea, para reponer en el escenario político el viejo y tradicional esquema de izquierda, centro y derecha. También, si la principal contradicción del período fuera entre dictadura y socialismo y no como se ha estimado en nuestro diseño que es entre dictadura y democracia, sería lógico y atendible proceder al reagrupamiento y acumulación de fuerzas revolucionarias, desechando entonces el entendimiento con sectores del centro y la derecha democrática⁸¹⁹.

Para el investigador Edison Ortiz, el hecho que una parte de la Dirección, especialmente la facción PSCh-24° Congreso, priorizaran acuerdos con la AD en desmedro del BS –sumado a la creciente desmovilización social de los socialistas– generó la necesidad de clarificar la línea del partido. Ricardo Núñez, fue el encargado de manifestar la posición del partido frente a las alianzas, en el sentido de diferenciar entre «alianzas políticas» y «estratégicas».

Nosotros estamos con los pies en la Alianza (AD) y con nuestro corazón y esperanza en el Bloque Socialista (...) Consideramos que el MDP y la AD no son de la misma naturaleza que el Bloque. La Alianza y el Movimiento son

«Alianzas Políticas» destinadas a enfrentar la coyuntura histórica que vive hoy el país. El Bloque sostuvo la necesidad de tener un sentido de «futuro estratégico» que es algo más que alianzas, con otra proyección histórica⁸²⁰.

Núñez intentó explicitar que el socialismo renovado debía trabajar conjuntamente en la proyección de nuevas coaliciones que superasen no solo las viejas alianzas, sino también las corrientes (los tres tercios) del sistema de partidos. A partir de esta decisión, la estrategia del PSCh-Briones –en conjunto con el BS– se encaminó hacia el centro político, en desmedro del tradicional eje de izquierda (comunista-socialista). En definitiva, intentaron exhibir un nuevo rol dentro de la política chilena.

Ricardo Núñez, dejará de manifiesto el complejo crucigrama que se derivaba por asumir posiciones políticas nuevas, como ocurría con su alianza estratégica con el PDC, o su intento por sobrevivir y luchar por un espacio al interior del socialismo que, tradicionalmente, no se había llevado bien con el centro político, esto es, con el que se había vivido casi en permanente pugna. Por ello, son entendibles, y explicables, esas verdaderas y elípticas piruetas declarativas que ponían énfasis en el papel que desempeñarían en la caída del régimen, tanto la negociación, como la movilización⁸²¹.

En líneas generales, predominó cierta ambigüedad estratégica debido a este nuevo rol dentro de la arena política nacional. El objetivo del PSCh-Briones no solo fue hacerse con un espacio al interior de la oposición –cuestión que no era del todo difícil– sino un espacio legítimo en la «nueva izquierda». Es decir, posicionarse cerca del centro político, pero sin perder su identidad. No querían transformarse en un partido servicial a los intereses del centro, sino forjar su propia zona de intereses.

Las críticas más ácidas frente a este nuevo rol, catalogado como «partido bisagra» o como «centro geométrico de la oposición» fueron expuestas, especialmente, por los socialistas agrupados en la facción PS-Salvador Allende⁸²².

El PSCh-Briones tuvo que profundizar su discurso movilizador contra la dictadura para no perder su impronta de izquierda. Pero por otro lado se mostró, a través de la AD, flexible para negociar con la dictadura. Aunque Núñez, que ya aparecía como líder indiscutible, intentó aupar a los militantes con un discurso más agudo, en la práctica estaban condicionados por las posiciones moderadas de sus socios demócratacristianos, proclives a la salida negociada y al aislamiento del PCCh.

En este sentido, la posición del PSCh-Briones coincidió con los planteamientos de la Dirección del MAPU que proponía impulsar la movilización popular como herramienta paralela, como medio de presión, a la negociación con las FF. AA. La idea, según los renovados, no fue negociar sin condiciones. Por ello, la movilización tendría ese rol central⁸²³. Es decir, el terreno de lucha debía enmarcarse necesariamente en la arena política.

El Partido Socialista de Chile está convencido que derrotar a la dictadura es una tarea esencialmente política (...) La mayoría del pueblo chileno privilegia una «salida política» que junto con terminar con la dictadura, se restituyan formas democrática de convivencia⁸²⁴.

Sin embargo, si observamos, a la luz de los hechos, el PSCh-Briones, decidió apostar por una salida negociada (sin presión). No exigieron condiciones trascendentales a la dictadura militar. Aceptaron a Pinochet como actor fundamental de la transición y consintieron el cronograma de la dictadura. Es decir, legitimaron el proceso de institucionalización del régimen.

Junto con definir su política de alianzas y su estrategia frente a la dictadura, en 1985 ocurrieron dos hechos que ayudaron a consolidar orgánica e ideológicamente al PSCh-Briones.

En primer lugar, en junio de ese año, se hizo pública la incorporación del Grupo por la Convergencia⁸²⁵. El Grupo, con todo su andamiaje y discurso teórico, robusteció al partido a partir de una nueva lectura de la realidad chilena. Este sector trajo consigo la base teórica que justificaba el nuevo rol del partido, que en conjunto con la DC (entendidos como «agentes responsables») debían garantizar la estabilidad democrática tras un sólido bloque político-social de

sustentación⁸²⁶.

El Grupo propuso romper con la cultura política tradicional de izquierda. En la carta de incorporación especificó que:

(este desafío) exige una triple ruptura con el pasado de la izquierda chilena, y por lo tanto, con nuestra propia cultura política. En primer término, romper con la ambigüedad respecto de la democracia política, a la que se adhirió, en la que se participó, pero a la que se dotaba de un valor casi puramente instrumental (...) en segundo término, romper con la tradición ideologizante de la izquierda chilena que la ha llevado muchas veces a vivir de espaldas a la realidad (...) en tercer término, romper con política de izquierda que pone el centro en su propio mundo y no en la Nación, que hace política para la izquierda y no para Chile⁸²⁷.

No solo se unieron intelectuales afines al socialismo de origen cristiano, sino que también exmilitantes de sectores como del MIR. Ello ayudó a promover un partido renovado en lo ideológico, heterogéneo en cuanto a corrientes de pensamiento e inclusivo culturalmente. El Grupo señaló que, respetando su legado histórico, aspiraban a un «PS en el que su unidad se encuentra no en una verdad teórica o en una homogeneidad social, sino en una visión programática surgida de diversas corrientes culturales»⁸²⁸. Esta inclusividad le permitió avanzar en la captación de diversas corrientes y tendencias de la diseminada izquierda.

El segundo hecho que consolidó al PSCh-Briones fue la incorporación oficial del MAPU-OC. Recordemos que este último partido realizó, en su V Pleno, un giro radical de su línea política, que los llevó a rechazar las tesis leninistas y a asumir como prioridad la renovación. Fue sugerente que un importante sector de la izquierda chilena, no tanto en cantidad, pero sí en cuanto a influencia (de intelectuales y a su trabajo en el frente cultural) se uniera a los socialistas de Briones. Ello fue significativo, ya que el MAPU-OC representó, durante toda la década de los setenta, un aliado natural al PCCh⁸²⁹.

Una de las características del PSCh-Briones es que se esforzó por reunir a las diversas facciones socialistas. Tendió puentes hacia quienes reivindicaban los orígenes de la colectividad (definidos por el programa del año 47); se acercó sin

complejos a los nuevos socialdemócratas, pero también retomó conversaciones con los más ortodoxos, fieles a las resoluciones de su último Congreso en 1971 (cerca de Almeyda). En otras palabras, el PSCh-Briones quiso materializar los anhelos convergentes discutidos en los seminarios de Ariccia y Chantilly.

El PSCh-Briones, en agosto de 1984, ante las dudas del proceso unitario editó un documento denominado «Carta a los socialistas acerca de la Unidad e Integración del Socialismo chileno». En él especificaron básicamente que⁸³⁰:

el partido no está en refundación, sino en reconstrucción;

la democracia interna es el eje de reconstrucción;

la necesidad de integrar a las demás tendencias socialistas no históricas;

el rechazo al faccionalismo; y

resaltaron su autonomía internacional y su vocación latinoamericanista.

Una de las preocupaciones fue la forma de integrar a las otras vertientes socialistas surgidas en las dos últimas décadas. A priori se les reconocía su importancia para la evolución del partido y para la restauración democrática.

Se trata de entender y asumir que el socialismo chileno se compone hoy de manera compleja (...) Esta propuesta amplia e integrativa que se dirige a todos los socialistas, tanto los que provienen auténticamente del partido histórico como

a quienes provienen de otras vertientes, se fundan sobre todo en la convicción de que en Chile es y será imprescindible la existencia de una gran fuerza socialista para otorgar estabilidad democrática al sistema político que surgirá después de la dictadura⁸³¹.

Sin embargo, algunos sectores socialistas históricos temieron que la Dirección de Briones iniciara, más que una reconstrucción partidista, una refundación de la misma. Al respecto la directiva señaló que

definimos que no es nuestra pretensión restaurarlo, en el sentido de repararlo mediante una operación «cosmética», dejando bajo la superficie los gérmenes de su futura descomposición. Tampoco es nuestra intención refundarlo, en el sentido de darle nuevas formas y contenidos ideológicos, políticos y orgánicos (...) Por eso hablamos de reconstrucción del partido⁸³².

Según Mireya Dávila, lo interesante de este documento es que Briones relacionó directamente el proceso de la renovación con el de unificación⁸³³. Es decir, ambos elementos fueron considerados condición necesaria y suficiente.

A pesar de este ambiente de «unidad», el proceso sufrió secesiones al poco tiempo. Según el documento citado, en torno al IV Pleno hubo sectores que se marginaron del proceso⁸³⁴. Básicamente nos referimos a los sectores identificados con los líderes Manuel Mandujano, Juan Gutiérrez y Víctor Sergio Mena, quienes reivindicaban, todos ellos, un socialismo histórico. Se puede apreciar, según los documentos internos, que las diferencias entre las facciones fueron una mixtura entre reyertas eminentemente personales y disidencias en torno a decisiones orgánico-políticas.

Entre estas últimas, se señaló que las proposiciones del Pleno de elegir cargos unipersonales como la modificación del CC (aumentar los miembros a un número impar) con objeto de destrabar los empates, fueron rechazadas por las facciones históricas (Convergencia 19 de Abril, MAS-USP-MR y Humanistas⁸³⁵). Además estos sectores rechazaron la propuesta de los renovados (PSCh-24º Congreso, exalmeydistas y Los Suizos) de realizar una Conferencia

de Programa con participación de miembros del BS, es decir, con socialistas no históricos⁸³⁶. Se señaló que tanto la proposición de que Carlos Altamirano integrara el CC como la designación de Carlos Briones como secretario general fueron factores que motivaron la deserción de los sectores socialistas históricos del Pleno⁸³⁷.

A pesar de lo anterior, el PSCh-Briones quedó mejor posicionado que las facciones «disidentes» y, por lo tanto, no lograron paralizar el proceso unitario. Además, la DC legitimó al PSCh-Briones como interlocutor válido del socialismo histórico en desmedro de las otras facciones⁸³⁸. Este último elemento fue clave.

Por lo demás, en los meses posteriores a las disputas, el PSCh-Briones retomó de forma efectiva las relaciones con los grupos automarginados a excepción de la facción Convergencia 19 de abril. Un documento de una reunión plenaria de los Comités Regionales da cuenta de este hecho.

Se puso especial énfasis en tratar al grupo del sector «humanista» (...) pues se le considera portadores de una legítima tradición partidaria. Un tratamiento similar se propuso para los miembros del sector «Mas» (...) Los asistentes al V Pleno expresaron de manera unánime su disposición a rechazar todo intento de atraer al grupo fraccional «consenso» o «19 de abril» (...) en cuanto a no aceptar ninguna posibilidad de reincorporación (...) Se constató así mismo que destacados compañeros que llegaron al proceso unitario en representación de los grupos Humanista, Usopo y MR se encuentran trabajando en el partido⁸³⁹.

Es decir, que pasadas las reyertas caudillistas y orgánicas, los sectores históricos marginados fueron reintegrándose al PSCh-Briones en los meses posteriores.

La idea de celebrar un Congreso de Unidad, con objeto de saldar la dispersión, fue descartada por la Dirección, ya que temieron que el encuentro sirviera como herramienta legal para fomentar una diáspora. «En tales condiciones la eventual realización de un Congreso como se postula en esos llamados, no sería un Congreso de Unidad sino de división. Y por último, adolecen del defecto de dejar fuera a organizaciones que legítimamente ostentan el carácter de entidades socialistas»⁸⁴⁰.

Como observamos, la unidad del PSCh, paradójicamente, estaba resultando más efectiva a través de la incorporación de otras vertientes socialistas no históricas, debido a la inserción de ex MAPUs, miristas o comunistas desencantados. A raíz de lo anterior, la Dirección del partido redobló sus esfuerzos unitarios con las demás facciones del PSCh. Según Ortiz: «Será en esos años, 1985-1986, que se producirá la máxima dispersión del socialismo criollo, pero es también en torno a esas fechas que se inicia el lento proceso de reunificación, en particular, alrededor de las dos grandes fracciones que provocaron el quiebre de 79»⁸⁴¹. Es solo a partir de 1987 que el PSCh –bajo el influjo de diversas variables, principalmente internas, y al fracaso de la vía insurreccional del PCCh– comenzó efectivamente a aunar posiciones más sólidas y a consolidar su ansiada «pax socialista».

2.2. El trascendental rol de Ricardo Núñez

Uno de los motivos que explica la unidad de los renovados fue la ascensión de Ricardo Núñez a la Secretaría General en junio de 1986 (en reemplazo de Briones). Su ingreso a Chile fue definido por el propio Altamirano como una maniobra política para implantar el socialismo renovado en las bases socialistas, las cuales estaban muy próximas a la DI y a Clodomiro Almeyda.

El trabajo de Núñez fue ampliamente reconocido y exitoso: impulsó la CS; lideró las reuniones con los socialistas no históricos; promovió diversos seminarios y centros de investigación cercanos a la renovación; lideró el Bloque Socialista; impulsó la reunificación con otras facciones históricas, especialmente con el almeydismo. Los intentos de Núñez por reagrupar al partido generaron a la par el desmantelamiento del BS como proyecto superior. Es decir, el BS demostró su incapacidad como alianza aglutinadora (y estratégica). Debido a ello, aparecieron las primeras críticas al proceso de la renovación y su incapacidad para forjar la unidad del campo socialista⁸⁴².

Para Núñez el problema radicaba en que no existía una conexión entre los dirigentes, que elucubran la renovación, y el «pueblo socialista». Un alto dirigente de la IC, Roberto Celedón, consideró que el fallo del proceso renovador, hasta ese momento, se había generado por el carácter restrictivo

«socialista». «Sostiene que el proceso debería haber interpelado activamente a todo el mundo popular, todo el mundo de la izquierda chilena y no encasillarlo exclusivamente en las fuerzas socialistas»⁸⁴³. Por su parte, Tomás Moulián señaló que uno de los fallos del proceso renovador es que no lograba «fundarse en su memoria histórica». «La llamada renovación enfatiza demasiado los aspectos de cambio del discurso, dejando de lado los aspectos de continuidad. No se toma en cuenta que en la construcción de identidades políticas juega un papel básico la memoria histórica»⁸⁴⁴.

Por ello, Núñez desplegó sus influencias para capitalizar la unidad del partido, la que incluía, a pesar de las diferencias, al sector de Almeyda o La Chispa (ambos cercanos al PCCh)⁸⁴⁵.

La actitud unitaria de Ricardo Núñez tendrá ocasión de evidenciarse permanentemente, ya sea visitando a Almeyda en su relegación a Chile Chico; sea integrando el proceso de unidad a los exsecretarios generales históricos, proponiendo la creación de un foro socialista (...) y enviándole a Almeyda permanentemente las resoluciones de sus eventos partidistas, o incluso, enfrentándose al interior de su propia fracción con aquellos que no la querían⁸⁴⁶.

La intención de Núñez por integrar a los exsecretarios fue una forma de avalar y legitimar la causa. Especial énfasis puso en la persona de Almeyda, tanto por ser esta la facción mejor organizada y porque el excanciller de Allende, estaba recluido en el sur de Chile, debido a una causa judicial interpuesta por la dictadura. Existe constancia de que Núñez envió a Almeyda la mayoría de las resoluciones partidistas (principalmente Plenos) con el objeto de mantener comunicación directa. Este trabajo, durante los tres años que dirigió el partido, fue muy importante, ya que logró afianzar no solo el diálogo, sino que también el respeto por las diferencias.

Otro hito destacado bajo la dirección de Núñez fue el acuerdo de unidad con la mayoría de la facción PSCh-Mandujano. Es necesario señalar, que al interior de esta facción, se produjo, en torno a 1985-86, una diáspora interna: se escindió, a finales de 1985, el sector que lideraba Juan Gutiérrez (antiguo líder de la facción Consenso) que dio vida al PS-Histórico. A pesar de ello, las conversaciones entre

el sector Mandujano y Núñez comenzaron inmediatamente después de que este último asumiera la Dirección del partido en 1986.

El acuerdo final ocurrió en marzo de 1987 cuando la CP y el CC de la facción PSCh-Mandujano aprobaron por mayoría el acuerdo de integración, a pesar que el propio líder (Manuel Mandujano) se ausentó de los acuerdos⁸⁴⁷. En dicha oportunidad se redactó el «Acta de Unidad del Socialismo chileno», donde señalaron la completa afinidad en los «principios ideológicos, estratégicos y tácticos». «Se constituye una sola dirección de ambas orgánicas, bajo la Secretaría General del Compañero Ricardo Núñez y conformándose los demás organismos direccionales según criterios convenidos conjuntamente»⁸⁴⁸.

En la misiva del PSCh-Mandujano se resaltó que la labor de Núñez fue un aval para la reunificación. Destacaron, además, la reciente integración de Comités Regionales, del Departamento Nacional Sindical y de destacados dirigentes juveniles entre septiembre y diciembre de 1986»⁸⁴⁹. Como dice Ortiz:

la decisión de Núñez de frenar la diáspora socialista e iniciar una política destinada a cambiar el curso de las cosas (...) fue tremendamente significativa para que aquel esfuerzo alcanzase el éxito que tuvo y que comenzó a expresarse desde mediados de julio de 1989, cuando almeydistas y Renovados, ahora Arratistas, en el ámbito juvenil, dieron partida al reencuentro, constituyendo la Unión de Jóvenes Socialistas⁸⁵⁰.

El citado documento –«Carta informativa a los Regionales»– entregó, además, las nuevas concepciones ideológicas del partido. En dicho documento, se destacó el interés por rescatar los principios fundacionales de los años treinta y su rechazo a las tesis ortodoxas. Paso a destacar los puntos más interesantes⁸⁵¹:

se ratificaron los fundamentos teóricos esgrimidos en el Acta de Fundación de 1933 y del Programa de 1947;

consideraron al marxismo un método flexible de análisis de la realidad económico-social;

la lucha del partido es materializar la República Democrática de Trabajadores, eliminando de su línea y discurso la dictadura del proletariado⁸⁵²;

señalaron a la democracia como un valor y un principio histórico irrenunciable «y no una mera fase tránsito ni un elemento instrumental de la lucha política (...) la democracia debe ser valorada en sí misma»⁸⁵³;

se apostó por una política de no alineamiento internacional. Es nacional y no alineada; y

finalmente, se definió como un partido de carácter latinoamericanista y anti-imperialista, que está a favor de la integración económica, cultural y política de la región.

La Dirección encabezada por Núñez emitió, a fines de octubre de 1987, una programa titulado «Democracia y cambio socio económico». Jorge Arrate señala que la propuesta fue

un detenido diagnóstico de la situación creada por la dictadura, propone un plan económico para el desarrollo nacional y establece algunos principios novedosos en la cuestión de las relaciones entre Estado y mercado, tema sensible para los socialistas. El documento postula un «bloque histórico por la democracia y el cambio» y, tras valorar el espíritu de iniciativa y el talento empresarial de la economía privada, avanza en las definiciones de un Estado fuerte capaz de interactuar con la sociedad en las grandes definiciones de política⁸⁵⁴.

Las ideas políticas del PSCh-Núñez se tornaron aún más hegemónicas cuando el «año decisivo» (1986) resultó ser un rotundo fracaso para los almeydistas que apoyaban la vía insurreccional. Al interior del país, la facción PSCh-Almeyda ya no era hegemónica como en antaño. Ahora el sector renovador, aupado por la fusión de importantes sectores de la izquierda ex UP, salía reforzado. El PSCh-Núñez se robusteció al alero del cambio ideológico-orgánico, en un nuevo lenguaje, en su nueva visión de la política de alianzas y su cercanía con el centro político, en la valoración de los sujetos sociales y los movimientos populares, en la visión acabada del régimen democrático, en el interés por aunar socialismo y democracia.

A la sombra de estos cambios, la militancia socialista –cansada de la violencia política– comenzó a otorgarle legitimidad a la negociación con la dictadura. El llamado del partido en 1987 fue claro: las urnas serían el ámbito de competencia. Núñez en el discurso del 54º aniversario del partido, llamó a la inscripción en los registros electorales:

A Pinochet no lo vamos a sacar del escenario político por las armas. Lo derrotaremos en las urnas (...) Nosotros estamos convencidos de que el pueblo va a detener a Pinochet a través de las urnas. Que vamos a construir ese ejército de siete millones de ciudadanos para enfrentar las distintas alternativas del panorama político⁸⁵⁵.

A pesar de los eventos unitarios y al trascendental rol de Ricardo Núñez al frente del partido, existen aún factores que no permiten hablar de un acabado proceso de unidad del campo socialista renovado. Este se irá consolidando a raíz de otros dos elementos decisivos: la integración de los exsecretarios generales y el viraje político del PSCh-Almeyda.

3. La integración del MAPU-OC al PSCh: preludeo del éxito de la izquierda renovada

Otro de los hechos destacados en esta tercera etapa corresponde a la fusión entre el MAPU-OC y el PSCh-Briones. En la consecución de este objetivo, el MAPU-OC tuvo que sortear las divergencias internas (posteriores al V Pleno), finiquitar la UP y apostar por la CS, desvincularse del PCCh, aunar criterios ideológicos con sus socios «naturales» (MAPU e IC) y allanar el camino a su consciente desaparición.

El cuadro político en el MAPU-OC cambió radicalmente hacia 1980 –en torno al V Pleno– cuando evidenció un giro ideológico al aceptar las principales tesis de la renovación. Además, los documentos emitidos por aquella época por el secretario general, Jaime Gazmuri, o los artículos del encargado exterior, José Miguel Insulza, enriquecieron la discusión interna. Es decir, en el partido se hizo hegemónico un período de transición hacia la renovación. Según el exdiputado Esteban Valenzuela el manuscrito que inclinó al partido hacia una línea en pro de la renovación, corresponde a un documento (1980) firmado por J.M. Insulza y Jaime Gazmuri, denominado «Acercas del Partido, el carácter de sus ideas y renovación». «Se llama a construir una nación (rompe discurso obrerista), habla de partido democrático y nacional, reivindica el marxismo (no el leninismo) y se plantea una nueva concepción de la política»⁸⁵⁶. Valenzuela, citando el mencionado documento, considera que con esta opción «el MAPU-OC se acerca al basismo del MAPU: (superar) una política que privilegiaba el trabajo súper estructural»⁸⁵⁷.

La discusión, durante este período, se encuadró principalmente en torno a la línea del partido, la política de alianzas, las estrategias para enfrentar la dictadura y la posición frente a un hecho internacional (por ejemplo Afganistán o Polonia). Para el partido, el problema de las alianzas fue una de las temáticas centrales a resolver. Consideraron que la UP era una alianza atemporal, que no reflexionaba en torno al problema de la crisis de la izquierda y, por lo tanto, no era capaz de entregar respuestas idóneas. De ahí su interés por la Convergencia y el beneficio estratégico que incubaba este proyecto (virar hacia el centro político). Solo a partir de esta convergencia y alianza, decía el partido, se podía superar la crisis

de la izquierda y avanzar en la redemocratización del país.

El paso siguiente fue desvincularse del MCI y del PCCh. Las razones fueron diversas. El partido se opuso a la invasión de la URSS a Afganistán. Posteriormente, criticó la represión del gobierno polaco al Sindicato Solidaridad.

Nos demoramos bastante en exteriorizar opiniones distintas o más independientes respecto de la Unión Soviética (...) las primeras discusiones internas surgieron tras la intervención soviética en Afganistán (...) Pero cuando se produjo el golpe de Polonia hicimos pública una declaración crítica. Me impresionó mucho lo de Polonia. Y esa declaración significó (...) el quiebre político con el PCUS, que fue completamente unilateral⁸⁵⁸.

Además, la experiencia de los mapucistas, especialmente en la capital de la URSS, llevó a estos dirigentes a tomar distancia y a criticar los socialismos reales.

Rechazaron también el análisis que hizo el PCCh de la realidad nacional y criticaron la estrategia de la rebelión popular⁸⁵⁹.

A estas alturas teníamos también diferencias con los comunistas chilenos (...) En primer lugar, la visión que los comunistas tenían de la situación chilena era completamente distinta de la nuestra (...) La segunda diferencia se refería a esa idea que trasmitía la dirección del PC de que en Chile la situación de insatisfacción social era generalizada y que estaban dadas las «condiciones objetivas» para avanzar con más rapidez hacia una situación de rebelión popular⁸⁶⁰.

A raíz de lo anterior, el partido profundizó los lazos con los partidos de origen socialista-cristiano (MAPU-Garretón e IC) y con los socialistas renovados del PSCh. Esto fue evidente a partir de 1980 con los seminarios de Ariccia y la CS. Sin embargo, el partido en un comienzo, no vislumbraba que la fusión orgánica

fuera la mejor opción para superar la crisis. El ideal se basaba, más bien, en la formación de una fuerza renovada ajena a los partidos tradicionales.

No pensamos que el destino de la renovación, sea el de una mera recomposición de las estructuras políticas tradicionales que forman parte del movimiento popular ni aspirar a la simple reactualización de sus programas y plataformas políticas⁸⁶¹.

En este contexto interno, surge una pequeña facción, liderada por Fernando Ávila⁸⁶², denominada MAPU-OC-Proletario, quienes se resistían a asumir las directrices del proceso renovador. Se identificaban como un partido eminentemente «obrerista» y leninista. Se restaron de los acuerdos unitarios con los socialistas históricos y de todas aquellas instancias convergentes del área socialista. A este sector adhirieron en un principio diversos dirigentes, entre ellos Raúl Aravena, de la Confederación Sindical Unión Obrero-Campesina.

Jaime Gazmuri describe los primeros años de la década de los 80` como un período de intensa discusión interna⁸⁶³, donde se debatía el futuro mismo del partido. La Dirección viabilizó las opciones políticas y su continuidad en la arena nacional. En este marco, asomaron con fuerza quienes desde el Secretariado, propusieron superar definitivamente al partido. En palabras de Gazmuri dicho escenario fue:

una situación muy anómica, porque nosotros estábamos por la disolución del partido para construir una nueva fuerza, pero la nueva fuerza todavía no se construía, y entonces vino un largo período en que el partido ya no tenía voluntad de seguir como tal, pero no había donde irse (salvo al movimiento de la Convergencia, pero eso estaba para los individuos: nosotros éramos un Partido). El partido deseaba sumarse a un proyecto político mayor, lo que ocurrió finalmente dos años después, en 1985⁸⁶⁴.

Como el mismo dirigente indica, el partido «no tenía voluntad de seguir». Esta actitud carcomió la vida del partido en pocos años. La organización se sumió en una desorganización general. A pesar de ello, fue necesario discutir una línea política que diera conducción al partido para allanar el camino a la «autoinmolación». El Secretariado emitió un documento denominado «La política del partido en la actual situación». Se reconocen problemas de dirección política y de organización interna y, en segundo lugar, señala los problemas estratégicos de la oposición y del movimiento popular⁸⁶⁵. Todas estas inconsistencias e indefiniciones señaladas por la Dirección –y que fueron respondidas críticamente por el dirigente Augusto Varas⁸⁶⁶– fueron propias de un partido que no terminaba de dilucidar sus controversias políticas, ideológicas y

estratégicas. Más aún cuando tenía en mente «autoinmolarse» en el breve plazo.

Aun así, las reflexiones del MAPU-OC insistían en desarrollar propuestas en dos frentes: sobre la política de alianzas y una salida a la dictadura. Respecto de lo primero, optó –como señalamos recientemente– por converger al interior del campo socialista renovado y postuló oficializar una alianza estratégica con el centro (DC). Respecto de lo segundo, apostó por espolear la movilización social (desobediencia civil) como medio para derrotar al régimen militar.

Para el MAPU-OC, la forma más viable para enfrentar la dictadura era la formación de un referente que se movilizara por sobre las fronteras ideológicas excluyentes, utilizando la herramienta de la movilización social como medio de presión o como mecanismo de negociación. Junto a lo anterior, el MAPU-OC suscitó una política participativa e inclusiva. Es decir, rechazaron el dogma ideológico como antecedente para la participación política. Su estrategia fue trabajar estrechamente con los emergentes movimientos sociales, intentando relanzar el protagonismo de lo «popular». Lo anterior, vino a potenciar el giro del partido: de un carácter vanguardista, propio de los años setenta, a lo popular, en rescate del protagonismo de la sociedad civil.

Rápidamente, el partido intentó desarrollar un trabajo adyacente al sujeto popular, como centro del nuevo contexto, como eje de oposición a la dictadura. Ambos MAPUs entendieron que era una fórmula válida para entrelazar al movimiento social. Valenzuela destaca cuatro segmentos en los cuales los mapucistas acentuaron su participación notablemente⁸⁶⁷:

La Iglesia Católica; Vicarías y pastorales juveniles: un grueso de los líderes mapucistas, de la sección juvenil, tuvieron una base formativa en torno a la Iglesia Católica. Estaban vinculados a sacerdotes opositores a la dictadura o cercanos a la teología de la liberación. Sus primeros espacios de acción fueron la Pastoral Juvenil o la Universidad Católica de Santiago. Posteriormente, dichos líderes juveniles se vincularon a la Convergencia Universitaria. En tanto la Vicaría de Solidaridad –órgano de reconocida influencia en la lucha por los DD. HH.– fue otra área donde los mapucistas trabajaron afanosamente;

Los espacios culturales y comunicacionales: El MAPU-OC lanzó con éxito la revista cultural La Bicicleta y posteriormente la influyente revista política APSI (de circulación nacional). Inauguraron espacios para difundir la cultura a través de centros culturales como «La casona de San Isidro» (liderada por Pedro Gaete). Se creó un centro alternativo de producción audiovisual encabezado por Augusto Góngora y Hernán Mondaca. Lo mismo ocurrió en el campo de las letras con los aportes de Ariel Dörfman o Antonio Skármeta y el recién incorporado (proveniente del PCCh) Roberto Ampuero;

Los Centros Académicos: En primer lugar, destacar la trascendental influencia y aporte de intelectuales mapucistas en FLACSO-Chile. Lo mismo ocurrió con los centros de investigación ligados a la Academia de Humanismo Cristiano o los trabajos desarrollados por la ONG-SUR de importante influjo mapucista (Tironi, Bengoa, Rodríguez);

Las ONGs como consultoras privadas: Son extensos los aportes y la participación de los mapucistas en las ONGs: «Taller Norte» liderado por los arquitectos Víctor Basauri, José Manuel Cortínez y Juan Carlos Acorssi. En el mundo sindical se articularon bajo la red de CEDAL y sus sedes regionales a lo largo del país; en el mundo agrario destacó GEA y GIA; en educación PIIE, TIDEH y posteriormente se incorporan los ecologistas como Manuel Baquedano y el «Instituto de Ecología Política» o Francisco Vio con «El Canelo de Nos» y su red en provincias. Dirigentas como María Antonieta Saa, Adriana Sepúlveda y Pola Aguirre, lideraron los movimientos feministas desde vicarías y ONGs. Los mapucistas que retornaron de Italia, encabezados por José Antonio Viera-Gallo, crearon el CESOC; en temas de comunicación popular y participación destacaron Fernando Ossandón y Gonzalo de la Maza, que lideraron ECO; Guillermo del Valle desde el PRED y Francisco Estévez desde IDEAS fueron fundamentales en la formación ciudadana y en el trabajo de inscripción electoral para el plebiscito de 1988.

Como destaca Valenzuela, el papel de estas organizaciones logró ampliar la participación, más allá de las afinidades ideológicas, bajo una estructura

organizativa que logró superar la alicaída y, a veces, rígida estructura partidista.

En todas estas redes político-profesionales, los mapucistas van perdiendo interés en la vida orgánica: no hay células, solo reuniones ampliadas, secretariados de coordinación por frentes sociales, fiestas y reuniones en los comedores de las ONGs como espacios de articulación del partido⁸⁶⁸.

Bajo esta nueva forma de entender, reflexionar y vivir la política, el partido – bajo la Dirección de Gazmuri– se acercó inevitablemente a los socialistas renovados, liderados por Briones, con la idea fija de fusionar ambas orgánicas. El acuerdo definitivo entre ambas Direcciones se llevó a cabo en una reunión interna del PSCh en Punta de Tralca en 1985. En dicha reunión el MAPU-OC decidió hacer pública su integración al PSCh y poner fin oficialmente al partido. Este hecho significó un espaldarazo a los socialistas y al proceso de renovación, ya que por primera hubo acuerdos prácticos. Por esa misma fecha otros sectores de la izquierda, como sectores renovados del MIR, iniciaron encuentros con el PSCh. Aunque dicho proceso de reunificación no era radicalmente novedoso –ya que no escapaba de las orgánicas tradicionales– sí encontró un espacio de proyección en el PSCh-Briones. Por ello, aunque la fusión significó un éxito para los socialistas históricos renovados, fue a la vez un retroceso para quienes, como el MAPU-Garretón, deseaban construir una nueva fuerza que superase a los partidos.

El Pleno del PSCh-Briones de 1986 decidió nombrar al ex MAPU-OC Jorge Molina, subsecretario del partido. Además, se resolvió reservar un puesto, en el CC, al líder emblemático de los mapucistas, Jaime Gazmuri, quien por esas fechas estaba en el exilio. Esta decisión fue una forma de llevar a cabo la integración y estrechar, en la práctica, lazos de confianza.

Bajo este ambiente la facción MAPU-OC-Proletario⁸⁶⁹ que reivindicaba el leninismo y renegaba de los renovados y sus contactos con la socialdemocracia europea, decidió no participar en la fusión. Otro sector decidió ingresar al MAPU (Garretón) bajo el auspicio del III Congreso de Unidad. Sin embargo, el grueso del partido –como lo anticipó a comienzos de los años ochenta el secretario general– se decantó por la disolución de la organización a favor de la unidad e integración del socialismo renovado. En palabras de la investigadora Cristina Moyano, la integración del MAPU-OC al PSCh es la primera acción de autoinmolación de los MAPUs⁸⁷⁰. El desenlace del MAPU-OC fue propio de una crónica de una muerte anunciada, de la cual ellos mismos fueron parte y razón. ¿En razón de qué? Bajo la convicción de fusionar el socialismo emergente-cristiano con el socialismo histórico, y así potenciar los destinos del área socialista renovada como actor clave de cara a la redemocratización del país.

4. El MAPU. Allanando el camino a su autoinmolación

A continuación analizaremos la evolución que experimentó parte significativa del partido, encabezada por su Dirección, quienes habían apostado por (re)valorar al nuevo sujeto popular (aunque sujeto rebelde, no radicalizado ni violento), apoyar la CS, impulsar la desobediencia civil –aunque finalmente se inclinó por una salida negociada– y consolidar una nueva concertación de partidos por la democracia. La Dirección del MAPU –que encabezó posteriormente Víctor Barrueto– contó con la legitimidad del resto de los partidos; fue decisiva en la consolidación del proceso renovador; en la reunificación del socialismo chileno en 1989; y en la redemocratización del país.

Hago dicha advertencia, ya que en 1982 surgió la propuesta (minoritaria, no por ello menos importante) de un sector autodenominado Lautaro⁸⁷¹ que planteó, bajo el influjo de las protestas nacionales de 1983, un sujeto social con características radicalizadas, ajeno y en franca oposición a la concepción definida por la CS. En definitiva, un sujeto popular nuevo que, aunque legitimado en un principio por el propio partido, se radicalizó y terminó en oposición al mismo proceso que lo vio nacer. Por ello, los Lautaristas renegaron de la CS, del BS y de todas aquellas alianzas opositoras. Respecto a la dictadura, propusieron una lucha frontal, sin negociación, definida básicamente por la vía insurreccional.

El rechazo de la Dirección a las propuestas del Lautaro significó que este sector se automarginara (o fuese expulsado, según el punto de vista) en el V Pleno de 1983. De ahí en adelante siguió un camino propio que careció de una lectura objetiva de la realidad político-social del país, sumiéndose posteriormente en la más hosca marginalidad. Aunque el objetivo es analizar la línea política argumental que encabezó la Dirección y el grueso de los militantes de MAPU, igualmente mencionaremos, de manera somera, algunas propuestas y definiciones del Lautaro.

4.1. Valoración del sujeto popular

El MAPU, insertándose directamente en el amplio entorno de lo social decidió modificar su estrategia política. Uno de sus objetivos fue rescatar y otorgar un nuevo protagonismo al sujeto popular. En palabras de la investigadora Cristina Moyano, el sujeto social fue entendido por el MAPU como un actor diverso y múltiple

por lo que su comportamiento político dejaba de estar condicionado o regulado por las leyes económicas que articulaban el antiguo universo conceptual de las clases sociales. Este sujeto nuevo no llevaba consigo ninguna premisa a priori en su comportamiento, no tenía ningún proyecto teleológicamente determinado, y por ende, su lucha política se entendía como cotidiana, microscópica y jamás sujeta a algún tipo particular de ideología o militancia política⁸⁷².

No restringió el discurso político al aspecto clasista, reduccionista-economicista, ya que, según sus análisis, comprimía el campo de acción. De ahí que las demandas e intereses de los movimientos sociales fueron de interés del partido, aunque estas estuvieran en la periferia de la ideología. Bajo el impulso de los movimientos sociales el partido aceptó la rebeldía como un componente legítimo y necesario. La propuesta de un sujeto rebelde, impulsada principalmente por la sección juvenil, se posicionó en las poblaciones, aunque no se asumió la violencia activa como método de acción. Es decir, el MAPU no aceptó una línea insurreccional de masas, pero sí consintió el derecho a la rebeldía política. Lo combativo y lo rebelde se tornaron aspectos útiles y cotidianos. «La rebeldía era una forma de ser y de actuar, no era expresión de un proyecto, sino que una actitud que permitía desvelar al sujeto en toda su complejidad y que le permitía ejercer la acción de autonomía hasta en los aspectos más básicos y simbólicos de su propia vida»⁸⁷³. En este marco, el partido se insertó de lleno en el frente poblacional (con fuerte presencia juvenil), conjugando las políticas reivindicativas de la sociedad, con las demandas locales de los colectivos afectados⁸⁷⁴.

La Dirección, consciente de que la rebeldía podía asumir un carácter exclusivamente violento, concluyó en el III Pleno clandestino (1981) que: «el

problema principal es desarrollar en las propias masas, al menos, su capacidad y voluntad de desobedecer. Pero también es claro que las fuerzas políticas tienen que jugar un papel educador en el ejercicio de la violencia»⁸⁷⁵. La Dirección lo que intentó, a través del Pleno, fue delimitar los alcances del sujeto rebelde en gestación: legitimidad a rebelarse y desobedecer, con capacidad autónoma (idea aplicada en los frentes poblacionales), pero reconociendo que la política era lo central. Es decir, lo político debía necesariamente supeditar el componente de la «lucha directa» (violencia).

A partir de esta nueva conceptualización, el CC decidió crear el Movimiento Juvenil Lautaro (MJL)⁸⁷⁶ –que tuvo como base la Comisión Nacional Juvenil– como una instancia donde los sujetos construyeran discursos a partir de su práctica social.

Los sectores (incluso en la periferia del MAPU) que fueron proclives a un movimiento autónomo rebelde, con características de insurrección, se insertaron rápidamente en el MJL. Fue más amplio que el partido y dejaron claro que no serían la rama juvenil, ni tampoco intentarían reemplazar al partido, sino simplemente un movimiento, como expresión de lucha juvenil para lidiar contra la dictadura⁸⁷⁷.

El MJL nació así con un fuerte carácter movimientista autónomo. Sin embargo, el MJL difirió rápidamente de las directrices estratégicas e ideológicas del partido. Una de las principales diferencias radicó en los deseos de la Dirección de fundirse en la CS y autoinmolarse en beneficio del socialismo chileno y de aceptar una posible negociación con la dictadura. Las contradicciones se tornaron evidentes, sobre todo con el impulso de las protestas sociales de 1983, ya que la Dirección observó con reticencia las aspiraciones de este sujeto, el pueblo rebelde, a que aspiraba el MJL y rechazó la radicalidad de sus acciones. Por lo tanto, el pueblo rebelde, prontamente derivó en un extremo (lucha continua y directa contra la dictadura)⁸⁷⁸ que escapó al objetivo original del partido, es decir, entender a dicho movimiento como parte de una estrategia de recuperación democrática⁸⁷⁹.

Fue evidente, entonces, el desarrollo de dos MAPUs. La Dirección, en el marco del III Congreso de Unidad de 1985, ratificó y posicionó al sujeto popular-social como eje de acción de la organización, pero sin asumir como condición necesaria, el componente radicalizado. Lo anterior generó un cambio en la definición de la organización desde una raigambre ideológica, definida por la

clase, y particularmente por el obrerismo, a una de carácter programática y popular. «Popular en la medida que busca ser expresión partidaria de un bloque popular, de un sujeto popular, no solo de una clase»⁸⁸⁰.

El MJL por su parte, bajo un fuerte principio movimientista y autonomista, proyectó como actor al llamado pueblo rebelde. Este debía ser el eje de la lucha radicalizada para la consumación de un «Chile popular»⁸⁸¹. Para el MJL, este sujeto, no solo aludía a militantes del partido (lo excedía con creces), sino al sujeto popular nacional (con sus reivindicaciones, problemas y complejidades). Lo interesante es que el partido en su conjunto, y a pesar de las diferentes concepciones, revalorizó el rol del sujeto e intentó posicionarlo como eje de acción política. Sin embargo, el Lautaro lo radicalizó al extremo que terminó, con el correr de la década, marginándolo de la contingencia nacional, y lo llevó a su paroxismo, tanto como el MAPU, durante la UP y en los años setenta, lo hizo con su discurso obrerista (basista).

4.2. Superación de las identidades clásicas

Otro de los elementos que el MAPU –principalmente desde su Dirección– intentó promover en esta etapa, fue la superación de las identidades partidistas clásicas. Puede que la propuesta del MAPU sea contraproducente a su propia constitución, sin embargo, este fue uno de los aportes del partido. La nueva propuesta se enfocaba incluso a liquidar a la propia organización. La idea fue crear una nueva forma de pensar y ejercer el partido (una nueva concepción). El MAPU, en este sentido, fue pragmático, ya que evidenció las vicisitudes de la práctica política de la izquierda y reconoció que sus objetivos, como ente partidista, estaban en retirada.

Lo anterior no quería decir que los mapucistas renegaran de su acervo político y de su especificidad, pero reconocían que ella debía integrarse en un proyecto de mayor envergadura y, por sobre todo, hegemónico. En este marco, potenció a la CS como una agrupación de sectores e individuos no necesariamente militantes. Esto significó superar la vieja concepción de identidades rígidas y entenderla más bien como un movimiento político inclusivo. Sin embargo, el anhelo de convergencia se contrapuso a una de las ideas fundacionales del MAPU (de la

época de su líder, Rodrigo Ambrosio): transformar al partido en la tercera fuerza de la izquierda (entre el PSCh y el PCCh)⁸⁸².

Enrique Correa, miembro fundador del partido, fue claro en este sentido: «Lo que requerimos es construir (...) una agrupación política en la que se produzca la conjunción histórica de corrientes de diverso origen y que no obstante esa diversidad, comporten el proyecto común de un socialismo popular, nacional y democrático» y para que ello se concrete, dice Correa, se requerían dos condiciones básicas:

La primera es que no se intente reproducir el MAPU buscando infructuosamente el «tiempo perdido» (...) La segunda es que tal agrupación se conciba a sí mismo, no de nuevo como la tercera fuerza de la izquierda, como en tiempos de Ambrosio, sino como un componente, como una corriente de esa fuerza socialista amplia y nacional que es a la que aspiramos como proyecto más definitivo⁸⁸³.

Sin embargo, la CS, como señalamos anteriormente, no logró superar las viejas identidades partidistas o transformarse en un poderoso movimiento político-social. Ante la incertidumbre de la CS (y la variable del Lautaro) predominó, al interior del partido, cierta confusión. Así lo ejemplifica un documento del MAPU-OC, que en referencia al MAPU, reflexiona en torno a la unidad del socialismo chileno:

al interior de este partido se han establecido diferencias profundas de carácter estratégico entre el interior y el exterior (...) en consecuencia, los problemas de la convergencia, con la IC y el MAPU adquieren tal complejidad que exigen un análisis más riguroso de los elementos que se están contemplando para una iniciativa política de este tipo⁸⁸⁴.

Por ello el MAPU observó que la creación del BS, a fines de 1983, era una nueva oportunidad para superar los errores de la Convergencia. El MAPU se

interés en el BS por su carácter refundacional. Entendieron que a partir de ahí podían jugar un rol determinante, ya que fueron consciente de su inminente disipación como partido. Una suerte de autoflagelación, pero con la intención de reprogramar sus ideas en una nueva organización. El MAPU de aquí en adelante, junto a los socialistas históricos renovados (PSCh-Briones), continuarán proyectando la concomitancia del área socialista, entendida como oportunidad, pero sobre todo, como una necesidad histórica irrenunciable. Por ello, en las resoluciones del III Pleno clandestino, a mediados de 1981, señalaron que «Construir un nuevo partido socialista es la vocación histórica del MAPU»⁸⁸⁵. Un documento posterior del CC (1983) reafirma dicho interés convergente: «Marcharemos por un proceso de rescate de nuestra singularidad y maximización de nuestras cualidades de manera de preparar el gran salto adelante hacia la nueva fuerza socialista, momento en el cual el MAPU habrá cumplido su ciclo»⁸⁸⁶.

El documento haciendo una amalgama entre el rescate del sujeto popular y la necesidad de superar las identidades clásicas, señaló que: «Somos parte de una generación que va más allá de nuestra frontera orgánica y buscaremos desarrollar junto a ella nuestro aporte vital a estos procesos, poniendo en el centro la opción por el sujeto popular (...) Esta es la voluntad del MAPU»⁸⁸⁷.

Sin embargo, para dar este paso cualitativo, el partido entendió que debía reagruparse y a partir de ahí, emerger, bajo un nuevo proyecto dentro del sistema de partidos. A partir de 1984, el MAPU, centralizó el discurso en base a su definición histórica. Trabajó básicamente en dos objetivos:

lograr la unidad de los dos MAPUs (dividido en 1973) bajo la lupa de la renovación; y

modelar un bloque programático y construir un nuevo proyecto político⁸⁸⁸.

Por esta razón, tuvo reticencias y vio como un obstáculo la mera fusión orgánica entre el MAPU-OC y el PSCh-Briones, fundamentalmente por dos razones:

porque los mapucistas de Gazmuri hicieron caso omiso al reencuentro del partido (bajo el III Congreso de Unidad, 1985);

y por otro lado, reforzaron al PSCh (partido tradicional).

Oscar Guillermo Garretón, en un documento llamado «Propuesta para un nuevo Chile», mostró su negativa frente a la fusión. «Sería una manifiesta inconsecuencia que la nueva fuerza se generara por la fusión entre partidos. Sería otra gran inconsecuencia que no tuviera como medio donde se fragua, la lucha variada y decidida de nuestro pueblo»⁸⁸⁹. Por ello, algunos dirigentes como Enrique Correa⁸⁹⁰, Herman Mondaca, Luis Llona, el exdiputado Alejandro Bell o el mismo Garretón, decidieron, como alternativa a la fusión orgánica, legitimar al reagrupado MAPU, bajo el III Congreso de Unidad en 1985⁸⁹¹.

4.3. El III Congreso de Unidad bajo la hegemonía renovadora. Un fin anunciado y concertado

Antes de realizar el Congreso, el MAPU sufrió en su V Pleno Nacional de 1983 la marginación definitiva del Lautaro. Las diferencias fueron evidentes e insalvables. La Dirección, aunque mantuvo el componente de la movilización, se inclinó por fortalecer acuerdos mínimos para evitar la violencia y la desintegración del país. Es decir, apostaron por una salida política.

En el V Pleno, ambos sectores «expulsaron» al otro por asumir posturas ajenas a la línea política. El MAPU que apoyaba la CS, y que era mayoría en la Dirección y en el frente sindical, seguía buscando acuerdos con el área socialista, profundizando la renovación y fortaleciendo una salida (no violenta) a la dictadura. Por su parte, el Lautaro, en una senda autónoma a favor de la

estrategia del «pueblo rebelde», rechazó la CS y la salida negociada, ya que, según ellos, restringía la emancipación del sujeto popular y sometería al partido a la subordinación de la DC. El inestable desenlace del Lautaro y su fatídica descomposición (a comienzos de la democracia), escapan, sin embargo, a los intereses de este libro⁸⁹².

Posterior a la escisión del Lautaro, se dio inicio, a mediados de 1984, al Congreso de Unidad. El objetivo fue dictaminar y proyectar los nuevos influjos de la renovación. Nace así la «Propuesta Programática del MAPU para el III Congreso». El documento fue contundente y crítico respecto del rol y la acción del partido.

La incapacidad de entender la política como una tarea de agregación de fuerzas diversas más que de sucesivas depuraciones ideológicas, la dificultad para convertir en proyecto político la variedad de prácticas de las partes del partido y la tendencia a hacer de todo un problema de principios intransables (...) En definitiva se desarrolla a lo largo de nuestra historia una suerte de separación entre nuestra práctica política rica y diversa y la adhesión a marcos ideológicos que nos imponían códigos que poco tenían que ver con nuestra identidad y hechura reales⁸⁹³.

Bajo esta implacable crítica, los dirigentes decidieron reconstruir un partido de índole programático y priorizaron el pragmatismo (como base para la unidad). «El MAPU se estructura en torno a un Programa de Transformaciones para Chile. Sus militantes no se aglutinan en torno a una definición ideológica, sino alrededor del programa común»⁸⁹⁴. El CC señaló que: «debe lucharse activamente contra toda concepción que haga del partido un fin en sí mismo»⁸⁹⁵, así como aquellas prácticas «que vulneren la democracia interna, la unidad en la acción o los derechos de sus militantes»⁸⁹⁶. Los conceptos de pueblo o proletariado fueron reemplazados por sociedad civil. El partido legitimó a las mayorías reales. No habló expresamente de la clase obrera, sino del protagonismo popular como motor de engranaje que propiciaría la derrota de la dictadura.

No consideramos a la política como monopolio exclusivo de los partidos, ni como actividad restringida al ámbito de la «superestructura» de la sociedad (...) los protagonistas de esas actividades no son los partidos o las «figuras», sino sujetos colectivos que actúan en los más variados ámbitos de la sociedad y del Estado⁸⁹⁷.

El cambio en su lenguaje político fue claro. Lo interesante es que interpeló a su propia identidad histórica de izquierda. Por ello, el III Congreso del MAPU fue relevante como evento oficial de la izquierda, ya que impregnó un nuevo discurso, con nuevos conceptos. Fue considerado un aporte esquemático al campo de la renovación. El MAPU –autoidentificado como representante del socialismo emergente– entendió que la reunificación (temporal) del partido no era un objetivo en sí mismo, no era la meta final del partido, sino el dispositivo para reagrupar a las dispersas fuerzas socialistas⁸⁹⁸.

El III Congreso señaló que en el nuevo proyecto de país, debía prevalecer la democracia política, la igualdad y la autonomía de los movimientos sociales. Rechazó las vanguardias desde el Estado así como la preeminencia de los partidos⁸⁹⁹. El perfil ideológico del socialismo renovado sería «democrático, participativo, descentralizado, pluralista, independiente y con una vocación igualitaria y libertaria permanente»⁹⁰⁰. El Congreso propuso –ante el fracaso del BS– avanzar incluso en la concreción de un partido federado. «Con el objeto de remover los obstáculos que dificultan la constitución de un nuevo partido de todos los socialistas chilenos, proponemos la constitución de un Partido Federado»⁹⁰¹. La idea de los mapucistas era «posibilitar una concertación socialista (...) Allí deberemos encontrarnos todos los que queremos la democracia y el socialismo»⁹⁰².

El MAPU, a pesar de su decidida autoinmolación, se expresó en forma clara:

articular a todas las vertientes del socialismo chileno; y

la unidad de la oposición, sin exclusiones, bajo una multipartidista democrática.

Nos proponemos avanzar en la perspectiva de una Oposición Nacional Única contra la dictadura a través de una política de amplia concertación democrática, sin exclusiones (...) La fórmula política de una Multipartidaria nos parece la iniciativa más adecuada para este propósito⁹⁰³.

Estos son los primeros pasos de la futura Concertación de Partidos por la Democracia.

Respecto de la renovación y reunificación:

La renovación que proponemos se define en torno a: a) el desarrollo del protagonismo popular b) la constitución de una mayoría nacional: Bloque por los Cambios c) la constitución de una nueva fuerza socialista, como gestor del Bloque⁹⁰⁴.

Reiteradamente el MAPU se autodefinió como eje de coordinación entre la izquierda y el centro político. Bajo este rol, propuso un «Bloque por los Cambios», que tuvo entre sus aspiraciones, superar los tradicionales tres tercios del sistema de partidos. «Nos interesa terminar con la fractura histórica entre la izquierda y el centro»⁹⁰⁵. Según el MAPU, la unidad entre ambos espectros era fundamental tanto para derrotar a la dictadura como para erigir una nueva fuerza de centro-izquierda que entregara garantías de gobernabilidad. «La confrontación entre las fuerzas políticas de la izquierda y el centro fractura desde abajo la potencia transformadora de las mayorías postergadas y favorece históricamente a la derecha»⁹⁰⁶. Da la sensación que el MAPU se entendía a sí mismo como una agrupación mesiánica llamada a protagonizar la unidad de la izquierda con el centro. De allí su intención de autoinmolarse por un fin superior.

Otro eje que estableció la evolución del proceso renovador, se refiere a la estrategia para acabar con la dictadura. En el caso del MAPU, la propuesta desfiló desde la primigenia desobediencia civil hasta la triunfal salida negociada.

4.4. De la desobediencia civil a la salida negociada

El MAPU en un principio propuso como estrategia para derrotar a la dictadura la desobediencia civil.

El MAPU establece hacia 1981 que la mejor estrategia de lucha, que permite la autonomía del sujeto popular, la expresión de su propia heterogeneidad y que posibilita la construcción de una identidad social creativa y propia, es la «desobediencia civil», entendida como expresión social de descontento⁹⁰⁷.

La propuesta, en un comienzo, tuvo grados de ambigüedad, ya que debió especificar su accionar práctico. Finalmente, se descartó el componente de la lucha armada.

El MAPU concibió a la desobediencia civil como eje de su línea estrategia, ya que «permite abrir un canal de lucha donde es posible que confluyan no solo el activo politizado sino también las organizaciones sociales y populares. Esta es una perspectiva de creciente ruptura social y política con la legalidad y legitimidad del régimen». Su accionar se enfocó por la vía de las mayorías movilizadas, ya que se

evita el choque frontal más aún en el terreno que la dictadura es superior: el militar. Pero apunta a subvertir el orden, a desbordar al aparato represivo y generar ingobernabilidad a la manera que el pueblo puede hacerlo: haciendo uso de su condición de mayoría, pública y directamente⁹⁰⁸.

A partir de las numerosas protestas sociales de 1983 la desobediencia civil pareció estructurarse. Sin embargo, para el MAPU las movilizaciones no serían

una opción en sí misma, es decir, estas no serían la salida directa a la dictadura. La movilización debía de acompañarse de una estrategia política. «Se entendía que esta estrategia era solo un paso para obligar a la negociación y en ningún caso traería consigo el derrocamiento popular del gobierno militar»⁹⁰⁹. La propuesta fue movilizar a las mayorías, crear un ambiente de ingobernabilidad, que generase la base de las negociaciones y pavimentara el camino a la redemocratización. «Hay que luchar por una ruptura democrática y salida política»⁹¹⁰.

Una definición más acabada la entregó el partido en su Congreso de 1985:

El derrocamiento asumirá la forma de una derrota política (...) se asienta sobre la capacidad del movimiento opositor para acumular fuerzas y constituir mayorías activas y movilizadas (...) generando una progresiva situación de ingobernabilidad (...) En esta situación, y solo entonces, las FF. AA. se verán obligadas a quitar su apoyo a Pinochet y a entregar el poder a los civiles⁹¹¹.

El MAPU tuvo claro que «el Balance de los años precedentes nos lleva a la conclusión de que el derrocamiento asumirá la forma de una derrota política de las FF.AA»⁹¹²; por lo tanto, rechazó de plano la estrategia de la rebelión: «es ineficaz porque en vez de ensanchar el arco de las alianzas democráticas lo estrecha; en vez de incentivar la lucha social y política de las masas, la desactiva, y en vez de golpear en su aspecto más vulnerable, lo invita a luchar en el terreno que le es más favorable»⁹¹³. Tampoco fueron partidarios de pactar con la dictadura sin condiciones: «Nada podrá reemplazar a la fuerza movilizada de las mayorías para derrocar a Pinochet. Queremos hacer valer esa lógica por sobre las tendencias a militarizar la lucha o a negociar sin fuerzas ni condiciones»⁹¹⁴. Es decir, «ni militarización, ni claudicación». Sin embargo, para 1985-86 el cuadro político sufrió cambios importantes: decayeron las protestas sociales; fracasó la estrategia de la vía armada; y el régimen militar impuso su hoja de ruta para una democracia tutelada.

Por lo tanto, la estrategia de la desobediencia civil se desvaneció frente al nuevo contexto. En conclusión, el MAPU posterior al III Congreso⁹¹⁵, advirtió que la desobediencia civil debía dar paso a una salida negociada. A partir de aquí, el

componente movilizador, aunque no desapareció, perdió el protagonismo inicial. Predominó, por cierto, un pragmatismo que dejó fuera cualquier atisbo ideológico. La decisión del partido por una salida negociada implicó legitimar la institucionalidad del régimen. Su estrategia fue, por tanto, promover la vía electoral, la cual revalorizaría la práctica democrática. Pero también fue consciente que los márgenes serían escasos y prevalecerían las reglas de juego de la dictadura.

Una vez asumida la nueva estrategia, el partido quiso hegemonizar la negociación política. El MAPU fue claro: se respetaría el itinerario político establecido por la Constitución de 1980⁹¹⁶. La polémica decisión, de enfrentarse a los militares dentro de los márgenes institucionales, fue ganando terreno político. El MAPU se sintió cómodo en este contexto, ya que pudo maximizar sus intereses al interior del campo socialista renovado. Así el MAPU, al verificar que la renovación ya era hegemónica en gran parte de la izquierda, entró en una de sus últimas etapas y para ello impulsó la negociación. La participación electoral sería, según sus análisis, una estrategia útil para los objetivos partidistas, ya que ante la necesidad de una oposición unida, el partido avanzaría, en primer orden, por la unidad del área socialista renovada y, en segundo término, en la creación de un bloque concertacionista junto al centro.

4.5. La salida negociada como instrumento de posicionamiento de los MAPUs

El MAPU siempre crítico –y a veces más realista– concluyó que las propias limitaciones de la izquierda hacían imposible una derrota anticipada del régimen.

El peso de la derrota que aún arrastramos, los procesos de redefinición en curso en la izquierda socialista y comunista, el insuficiente grado de politización de las bases sociales y la poca extensión y densidad que alcanza la organización popular conspiran contra la posibilidad de que se constituya una alternativa de izquierda con la fuerza suficiente para provocar, conducir y marcar hegemónicamente el derrocamiento de la dictadura⁹¹⁷.

Desde esta perspectiva, la izquierda renovada acrecentó su intención de un acuerdo con el centro político. Dicho interés, sin embargo, sobrepasaba el objetivo inmediato de poner fin a la dictadura. Se sumó, por cierto, un interés histórico: unir el centro y la izquierda para un futuro gobierno democrático. Surgió, así, nuevamente el viejo anhelo mapucista.

En 1986, el influyente sociólogo (ex MAPU-OC), José J. Brunner, emitió un polémico documento donde reconocía el fracaso de las movilizaciones para derrocar a la dictadura; planteaba la necesidad de aislar al PCCh; y propuso una salida negociada con las FF. AA. dentro de los márgenes que establecía la Constitución de 1980⁹¹⁸. En 1987, después del fracaso del «año decisivo», se puso en marcha la estrategia de la vía electoral. De aquí en adelante los líderes del PSCh y los MAPUs desarrollaron un decisivo trabajo desde sus respectivos puestos de influencia. El contexto pareció, por fin, tomar un rumbo más homogéneo.

La izquierda renovada se agrupó para vencer en el plebiscito de octubre de 1988. Los puentes entre los socialistas, de diversas corrientes y orígenes, con el centro político, especialmente con la DC, se tornaron viables:

el itinerario aperturista que estaba plasmado en la Constitución de 1980, no sería alterado en sus tiempos. Ante ello fue ganando cada vez más adeptos la tesis de una salida política a la dictadura y dentro de esta tesis, la necesidad urgente de poder concitar al mayor número de partidos (...) La tesis de una salida política era, en el imaginario dominante, la única salida posible y por cierto, la más responsable⁹¹⁹.

Bajo este contexto, el MAPU se embarcó en un proyecto de amplias repercusiones: la creación y consolidación del Partido por la Democracia (PPD). El PPD (creado bajo fines instrumentales) nació con la idea de unificar bajo un mismo paraguas a diversos sectores de oposición. El MAPU bajo esta perspectiva validó la creación del PPD como parte de las resoluciones de su III Congreso. Según Esteban Valenzuela:

La década de los ochenta es el tiempo en que los mapucistas ya no creen en sus orgánicas, más allá de la nostalgia por los buenos tiempos que implicó la reunificación parcial del MAPU en 1985: El MOC ingresará mayoritariamente al PS renovado y en conjunto con el MAPU apostarán a la vía electoral para derrotar a Pinochet tras el fracaso de intento de derrocamiento vía desobediencia civil. Los MAPUs se suman a orgánicas mayores, la Convergencia, el Bloque Socialista, hasta extinguirse en los partidos electorales que confluirán en la Concertación: El eje PS-PPD⁹²⁰.

A pesar de su consciente defunción orgánica, el MAPU siguió desempeñando un rol activo, como eje de políticas renovadoras, de estrategias de oposición, en definitiva como partido ejecutor de propuestas viables. Entonces, ¿cuál fue la idea de realizar un Congreso de Unidad en 1985, si estaba clara su extinción a favor de una fuerza socialista mayor? El MAPU antes de inmortalizarse, como dijera Moyano, se organizó internamente, desplegó sus amplias redes sociales, académicas y políticas, renovó sus ideas, ordenó sus planteamientos de futuro, con el objeto de jugar un rol en la primera línea del nuevo referente del socialismo renovado (por ejemplo, el PPD) o para ingresar con poderío en el reunificado PSCh. A partir, de este paso, los mapucistas podían jugar un rol determinante en la transición y en el futuro gobierno democrático. Así se explica el Congreso Unitario.

En ambos casos los mapucistas fueron decisivos. En el partido pareció primar la idea de: «renovados, pero con vida». Los mapucistas –como señala Valenzuela– no creyeron en la inserción del partido en un futuro régimen democrático, pero fueron conscientes que su objetivo era empoderarse en otras instancias partidistas para influir desde allí en la contingencia política del país.

5. Factores que reforzaron la renovación en el socialismo histórico

Un importante antecedente práctico que ayudó a forjar la unidad y renovación del PSCh fue la crisis y el giro ideológico-estratégico del PSCh-Almeyda en 1987. Lo anterior generó que las posturas renovadas se hicieran hegemónicas, no solo al interior del partido, sino que en el grueso de la izquierda. De allí su trascendencia. El otro factor, se refiere al rol de los exsecretarios generales, Raúl Ampuero, Aniceto Rodríguez y Carlos Altamirano a favor de un consenso mínimo para converger en la unidad del socialismo chileno bajo la rúbrica del proceso de la renovación.

5.1. La crisis del almeydismo

Posterior a la división del PSCh en 1979, la facción que lideró Clodomiro Almeyda se abocó a superar las diferencias internas y entregar una imagen aglutinadora. La idea fue consolidar a la facción al interior de Chile y paralelamente desplegar influencias en el terreno internacional. El PSCh-Almeyda propuso renovar el socialismo chileno, pero desde una perspectiva continuista, es decir, certificando los postulados ideológicos desplegados en la UP, reparando sí en los errores políticos y en el fortalecimiento orgánico⁹²¹.

A pesar de intentar centralizar la línea de la facción, emergieron tres tendencias (no totalmente organizadas):

la primera, fue liderada por el secretario general, Clodomiro Almeyda. Se organizaron desde el exilio (principalmente desde la ex RDA) al frente del SE. Tuvieron gran injerencia al interior del país. Adhirieron al marxismo-leninismo y fueron cercanos al PCCh, aunque mantuvieron una postura ambigua respecto a la

validez de la lucha insurreccional. Su intención fue transformarse en un partido bisagra entre la izquierda marxista y la DC, con objeto de hegemonizar la oposición a la dictadura. Fueron más cercanos a las posturas de los Terceristas y no dudaron en criticar a los sectores radicalizados. Destacaron dirigentes como Camilo Escalona y Rolando Calderón.

los llamados Terceristas que, agrupados básicamente en el interior del país, propusieron la fórmula de la ruptura pactada. Fueron proclives a un acuerdo unitario con el resto de las fuerzas socialistas renovadas. Mantuvieron conversaciones a dos bandas, tanto con comunistas como con la DC y el PR. Su campo de influencia fue efectivo entre los socialistas emergentes o cristianos (MAPUs e IC). No renegaron del marxismo, pero si mantuvieron reticencias hacia el leninismo. En este grupo destacaron dirigentes como Germán Correa y Ricardo Solari.

por último, destacaron Los Comandantes⁹²² que, en contra de la ruptura pactada, propusieron fortalecer el movimiento popular y radicalizar la lucha contra la dictadura. Se declararon marxista-leninistas, pero evidenciaron sus discrepancias con el PCCh. Esta tendencia, en medio de las disputas con el SE, se aglutinó en el exterior cerca del denominado PSCh-Bruselas. Debido a las disputas que se originaron en torno al XXIV Congreso (1985), Los Comandantes se escindieron del almeydismo y formaron la facción PS-Dirección Colectiva (PS-DC)⁹²³.

Una vez esquematizado, brevemente, el panorama postruptura (1979) y verificadas las tendencias del PSCh-Almeyda, pasaremos a analizar las principales discusiones que emanaron al interior de esta facción y que explican en gran parte las causas de la crisis.

5.1.1. Visiones opuestas en torno a la lucha estratégica y a las alianzas

Aunque el fracaso, en 1986, de la línea política y estratégica del PCCh fue un factor que determinó a los almeydistas, existen otros factores internos que son necesarios de discutir. Lo primero que es preciso aclarar es que «la crisis almeydista fue, sin duda alguna, una crisis política. Pero derivada de la fórmula de salida al régimen dictatorial y del derrumbe de los llamados socialismos»⁹²⁴. Es necesario mencionar un tercer elemento que es transversal a los factores mencionados: la influencia de los Terceristas, proclives a la renovación.

En el almeydismo hubo dos visiones estratégicas para enfrentar la dictadura:

la ruptura pactada, liderada por los Terceristas⁹²⁵. Propusieron una salida política apoyada en la movilización social. El objetivo era obligar a la dictadura a negociar desde posiciones de fuerza. Propusieron aislar a los sectores radicalizados⁹²⁶;

y derrocamiento de la dictadura, que propiciaban Los Comandantes. Plantearon masificar y radicalizar a las fuerzas populares –haciendo uso de todos los medios a su alcance– para obligar a las FF. AA. a abandonar el poder.

Hubo una tercera alternativa, que giraba en torno al SE y Almeyda, quienes asumieron una posición intermedia y ambigua entre ambas estrategias. Sus propuestas fueron variando de acuerdo al contexto y a las necesidades de supervivencia de la facción. A pesar de lo anterior, la opción del almeydismo fue generar una derrota política en detrimento de la perspectiva insurreccional.

Uno de los primeros síntomas de divergencia ocurrió cuando un sector de la CP del PSCh-Almeyda (encabezados por Soto y Stuardo) suscribió el «Manifiesto Democrático»⁹²⁷. La idea de este grupo (pro-renovación) fue conseguir el reconocimiento del centro político. Según Eduardo Gutiérrez:

este análisis (el del Manifiesto Democrático) no es del todo compartido en el

Comité Central ni tampoco en la Comisión Política. En el Secretariado Exterior también existen visiones distintas. Es más, el propio Akin Soto se encarga de difundir la especie de que tras su propuesta está el aval del propio secretario general, Clodomiro Almeyda⁹²⁸.

El apoyo explícito a una salida negociada (bajo la AD) por parte de un sector de la Dirección, generó una alternativa flexible en el seno del almeydismo. Lo anterior significaba asumir la negociación, abandonar al PCCh y, por ende, aunar criterios con la DC y, de paso, legitimar la posición del PSCh-Briones.

Por ello, el almeydismo discutió la fórmula y los contenidos de un nuevo referente aliancista. La idea, por el momento, no fue sumarse a la coalición de centro.

Las diferencias al interior de nuestro Comité Central se comienzan a manifestar con el debate sobre cómo concretar un diseño alternativo al de la Alianza Democrática. Entendemos que se requiere imperiosamente la unidad de todos los demócratas. Pero también creemos que existen diferencias que ameritan la formación de una alianza alternativa que represente la izquierda histórica⁹²⁹.

Desde esta perspectiva, nació el Movimiento Democrático Popular (MDP), alianza formada esencialmente por almeydistas y el PCCh. Básicamente, esta alianza estuvo determinada –ahí la diferencia con la AD– por «cómo construir la fuerza y cómo poner término al régimen militar»⁹³⁰. En consecuencia, la constitución del MDP, significó que la facción seguía insistiendo en una ruptura pactada o derrota de las FF. AA. Aun así, las posturas pro-renovación seguían en el seno de la Dirección.

Debido a las diferencias, se acordó realizar un Pleno con objeto de aunar criterios político-estratégicos (decisión de participar en la reunificación socialista, definir la estrategia de lucha contra la dictadura y valorar los acuerdos de la oposición). Pero las diferencias se profundizaron, ya que un sector acusó directamente a Almeyda de inclinar la correlación de fuerzas al interior de la Dirección⁹³¹. Los problemas internos se agravaron aún más cuando los dirigentes

del Interior rechazaron las resoluciones del Pleno de Buenos Aires. Por lo tanto, en el almeydismo no hubo una visión centralizada sobre la línea estratégica o las alianzas tácticas. Afirmar lo contrario sería un error. El hasta entonces sólido PSCh-Almeyda comenzó a sufrir fuertes pugnas internas surgidas, en un comienzo, por la irrupción de un sector pro-renovación (Stuardo y Soto) que patrocinaba un acuerdo con el centro político y, posteriormente, por las divergencias ideológicas-estratégicas generadas entre los dirigentes del SE, Los Comandantes y el CC del interior.

Entre los almeydistas, durante el período 1983-86, existió una evidente bifurcación⁹³². Por una parte negociaban con el centro para una salida negociada (con la idea de transformarse en puente entre el centro y la izquierda), y por otra parte, decidieron forjar el MDP junto a comunistas y miristas, incluso, un sector de la facción, llegó a profundizar esta última propuesta con la creación de los Destacamentos Populares 5 de Abril (DP-5A)⁹³³. Esta maniobra del almeydismo fue constante hasta cuando se hizo evidente la inviabilidad de la lucha armada. Ortiz señala que esta bifurcación estratégica tiene una explicación:

Lo ocurrido con esta facción entre 83 y 86 fue una larga espera para asumir otra posición política. En tal sentido, es curioso que, frente a la aprobación de una resolución política destinada a implementar una fracción armada llamada Destacamentos Populares 5 de abril (DP5), el almeydismo también efectuó un guiño a la oposición sistemática, para preparar al PS, para efectuar una operación de transformación política, destinada a posibilitar las condiciones para el cambio de la táctica de alianzas, que tendrá lugar al momento de inscribirse en los registros electorales⁹³⁴.

Finalmente, la Dirección del PSCh-Almeyda ante la necesidad de reposicionarse en el nuevo escenario político, se perfiló –junto a los Terceristas– por una salida negociada (sin ruptura) impulsada por los socialistas renovados del PSCh-Núñez y el centro político. La decisión de los almeydistas de negociar dentro de los márgenes institucionales, significó un distanciamiento con el PCCh y de paso abandonar la histórica alianza de la izquierda chilena (PCCh-PSCh).

5.1.2. El XXIV Congreso del PSCh-Almeyda: camino previo al giro

En 1985 ocurrieron dos hechos que marcaron la evolución del almeydismo: la reinauguración de las Juventudes Socialistas (JS)⁹³⁵ y, en segundo término, la celebración del XXIV Congreso.

La presencia de la JS-Almeyda fue un hecho que revitalizó la política interna, ya que sus dirigentes se posicionaron en las federaciones universitarias y algunos de ellos se transformaron en voceros juveniles de proyección. Además, las juventudes socialistas, tanto del sector de Núñez como de Almeyda, fueron las que iniciaron y lideraron en 1989 la unidad del partido (volveremos más adelante sobre el particular). Nos centraremos ahora en el Congreso.

La Dirección como una forma de homogeneizar la facción, decidió en el transcurso del V Pleno y en los preparativos del XXIV Congreso (1985), la expulsión oficial del sector encabezado por Robinsón Pérez y Eduardo Gutiérrez: Los Comandantes. La decisión de separarse de las posiciones más radicalizadas fue interpretada como un triunfo de los Terceristas y como un guiño político al PSCh-Núñez. El XXIV Congreso evidenció, sin embargo, que las diferencias al interior del almeydismo continuaban. Reflejo de lo anterior fue la ardua discusión para definir la línea política. Finalmente, en las resoluciones se concluyó que la línea del partido se define por una «lucha unitaria y democrática de masas, de carácter rupturista y con perspectiva insurreccional»⁹³⁶. Una enunciación, por cierto, bastante ecléctica. Lo anterior fue reflejo de cómo las tendencias ejercieron presión a la hora de definir la línea.

La Dirección, al reconocer las diferencias y al miedo a la desintegración orgánica, optó por una definición inclusiva: incorporó la lucha democrática de masas, fórmula defendida por los sectores fieles a la línea histórica del partido; una línea de carácter rupturista (pactada) patrocinada por los Terceristas; e incorporó la perspectiva insurreccional de masas que pregonaban los más radicalizados⁹³⁷.

A pesar de lo ecléctico de su definición, lo cierto es que el PSCh-Almeyda ratificó con preeminencia la lucha de masas como eje. Un comunicado público posterior al evento así lo corrobora: «El Congreso refrendó y enriqueció la línea política del partido construida sobre la base de situar la lucha de masas como el

agente fundamental»⁹³⁸. El Congreso puso énfasis en el rol de las mayorías nacionales, como motor de cambio. Llamó a potenciar la movilización social de las masas y lo militar estaría determinado por las circunstancias políticas. Por lo tanto, no incorporó el aspecto militar como dimensión de la línea política.

Respecto de la tarea militar, el XXIV Congreso, estableció claramente dos puntos a seguir: «el desarrollo de la autodefensa de las masas y la aplicación de una política hacia las Fuerzas Armadas, orientada a debilitarlas y provocar su colapso»⁹³⁹; pero en ningún caso estipuló la aplicación de la fuerza propia como estrategia de lucha directa. Su interés, por tanto, estuvo centrado en el plano de la autodefensa de las poblaciones y en el trabajo de diferenciación al interior de las FF. AA. (esto último nunca llegó a producirse). Es decir, el almeydismo no trabajó –ni siquiera en los años más favorables– en un posible levantamiento popular (1983-84) o en una fuerza militar propia. Fue más bien una retórica afín a la época y a su pasado revolucionario. De ahí que en más de alguna ocasión la Dirección fue acusada, por los sectores más radicalizados, de utilizar la perspectiva insurreccional solo en el discurso. Quizás esta retórica y/o ambigüedad fue parte de la evolución estratégica –el giro político– que el almeydismo intentó realizar. Ortiz especifica que: «Allí se concluyó la larga espera de la que habla Gutiérrez, en el sentido que con aquella deserción se inició la transformación que culminó más tarde con esta fracción en la Concertación y como aliado estratégico de Aylwin»⁹⁴⁰.

En cuanto a la política de alianzas, el almeydismo tuvo claro que la futura coalición no se agotaba en la izquierda. Se abrió paso a una eventual alianza con el centro político. Almeyda en la convocatoria al Congreso fue explícito:

No se agota tampoco para nosotros esta empresa unitaria en los márgenes de la izquierda (...) vemos esa unidad proyectada hacia todas las otras tendencias y partidos consecuentemente antidictatoriales en especial en el ámbito demócrata cristiano, todo con la mira de converger en la más amplia y robusta coalición democrática⁹⁴¹.

Con todo, el almeydismo intentó presentarse como una opción de izquierda tradicional, definidos por el marxismo-leninismo. Al menos eso intentó reflejar.

Pero pronto sus definiciones dogmáticas –ratificadas en el Congreso⁹⁴²– se fueron desvaneciendo a raíz del fracaso del «año decisivo» (1986), a la persistencia de las disputas internas y por la evidente crisis de los socialismos reales.

Podemos advertir que el almeydismo después del XXIV Congreso, y a pesar de una breve etapa de consolidación orgánica, ingresó en una transición política. Es una etapa de confusión y desconcierto en las bases militantes, con declaraciones cruzadas y confusas. Las manifestaciones de sus dirigentes, más que aclarar posiciones, generaron más dudas. A pesar de que, con posterioridad al Congreso, la situación se fue despejando en cuanto a tendencias, lo que primó fueron las ambivalencias de sus dirigentes o de quienes decían interpretar el pensamiento de Almeyda. Es decir, se generó una dualidad en el discurso almeydista a raíz de la imprecisión en la toma de decisiones.

5.1.3. La opción de la salida negociada y la redefinición de alianzas

Con anterioridad al fracaso del «año decisivo» (1986) el almeydismo desarrolló un trabajo de diferenciación en la izquierda. Según Edgardo Boeninger, esto se hizo efectivo cuando los almeydistas asumieron la Dirección del MDP (1985):

El nuevo presidente hizo ver la disposición del Movimiento a discutir «todos» los temas (...) incluyendo el de «las formas de lucha». Así se pone en marcha la nueva política del PS-Almeyda, en el sentido de poner coto a la hegemonía del PC en el MDP y de buscar romper las inercias que impedían la unidad (...) Comenzó así el PS-Almeyda a recorrer el camino que lo llevó posteriormente a desempeñar un rol central en la formación de la Concertación⁹⁴³.

Sin duda, los años 1986-87 fueron claves, ya que los renovados lograron consolidarse: «el ala renovada empezó a recoger los primeros efectos de su plausible triunfo estratégico frente a las tesis insurreccionales de la otra fracción socialista»⁹⁴⁴. Es decir, enterrada la estrategia insurreccional, la posibilidad de

una ruptura pactada –impulsada por los Terceristas– también sufrió una modificación en su composición original, ya que la opción más realista fue la propuesta de la salida negociada. El MDP evidentemente entró en crisis⁹⁴⁵. El PSCh-Almeyda, desconcertado por el contexto, se abocó a programar una nueva política de alianzas: «se inicia un áspero diálogo del PS-Almeyda con el PC y el comienzo por parte del PS-Almeyda de una activa política de alianzas (...) con el objeto que este se ampliase a otros sectores prosocialistas y mejorase la correlación de fuerzas»⁹⁴⁶.

Los Terceristas asumieron un nuevo y decisivo rol, lo mismo que los socialistas liderados por la facción de Núñez. Los autores Arrate y Rojas dan cuenta de lo que ocurrió hacia finales de 1986: «El PS Almeyda empieza a tomar distancia del PC con motivo de las acciones del Frente y se difunde en el almeydismo la idea de que el derrocamiento de la dictadura es una estrategia inviable»⁹⁴⁷. Frente a este escenario los almeydistas consideraron necesario asumir los errores, provocar un giro interno y proyectarse.

1987 marcará el inicio de la implementación del giro en la política del PS Almeyda. Este es el momento en que la organización inicia su operación transformista que había estado esperando desde 1983, año en que su dirigencia percibe que su táctica política –la de jugar un papel de puente al interior de la oposición entre el PDC y el PC– no puede implementarse, y cambia su estrategia, asumiendo las consecuencias de su derrota política. Es decir, asumir el proyecto del conglomerado renovado⁹⁴⁸.

De aquí en adelante los dirigentes almeydistas entraron en una espiral de negociaciones. El primer acto lo realizó el propio líder, en una decisión compartida con la Dirección: Almeyda decide, en marzo de 1987, su reingreso al país y posteriormente, debido a una causa abierta en su contra por la justicia militar, se entregó a los tribunales. Si bien Almeyda con su reingreso desafió las leyes de la dictadura, la señal más evidente era que aceptaba las condiciones del régimen y su institucionalidad. Su relegación al sur de Chile, significó someterse a las reglas del juego en el propio escenario diseñado por la Constitución de Pinochet (1980).

Aunque eventos como el fracaso del «año decisivo», el fortalecimiento de las bases socialistas renovadas, la consolidación de la institucionalidad dictatorial, la crisis de los socialismos reales, fueron variables que perturbaron las filas del almeydismo, lo que más trascendencia tuvo fue el giro estratégico del líder.

La entrada proscrita del excanciller de Allende decide e influyen el cambio que tendrán las posiciones políticas de la fracción que encabeza. Su entrega a los organismos legales de la dictadura fue interpretada por los diversos sectores socialistas, y de oposición, como la aceptación, por parte de esta agrupación, de la legalidad heredada del régimen, algo de lo que habían renegado hasta entonces⁹⁴⁹.

Los socialistas de Almeyda se acercaron a los enfoques de negociación, especialmente con la DC. Dicha decisión fue trascendental, ya que incidió fuertemente en la izquierda chilena y paralelamente dejó aislado al núcleo duro del PCCh. Según Altamirano, el giro de Almeyda fue clave tanto para la izquierda como para el futuro democrático del país.

Fueron nuestras posiciones las que finalmente obligaron al almeydismo a pensar que no podían quedarse amarrado al ambiguo concepto de todas las formas de lucha, junto al MIR y al Partido Comunista. Fue entonces cuando «Cloro» comenzó a oscilar y virar, arrastrando finalmente también al resto de la izquierda.

Todos terminaron participando en el plebiscito, en la legalización de los partidos y en las elecciones parlamentarias y presidenciales, incluso los comunistas⁹⁵⁰.

Los almeydistas finiquitaron el MDP. Apostaron por un nuevo referente: Izquierda Unida⁹⁵¹. Lo anterior acarreó dos fenómenos:

el almeydismo eludió la categoría de facción satélite del PCCh y contrapuso un nuevo proyecto más plural⁹⁵²; y

se reposicionó como referente de consenso. Tuvo la tarea de aunar criterios con otros sectores socialistas, especialmente con los renovados

Al interior de IU, el PCCh tuvo que compartir el protagonismo. A raíz de ello, surgieron diversas pugnas que no nunca fueron superadas, ya que la visión de los almeydistas –también de la IC, MAPU o PSCh-Histórico– distaba del antiguo MDP y, por ende, contravenía las ideas del PCCh.

El investigador Bascuñán señala tres niveles de discusión en IU: a) la inscripción en los registros electorales y las divergencias de los comunistas con el Comité de Izquierda por las Elecciones Libres (CIEL); b) la definición del origen de la violencia y la legitimidad de «todas las formas de lucha»; c) el tipo de relación con los partidos de centro⁹⁵³.

Los comunistas no estuvieron dispuestos a claudicar, en tanto que el resto de IU optó por el consenso. Es decir, las diferencias fueron más poderosas que los viejos y frustrados deseos aliancistas. El investigador Eugenio Ortega señala que «el tema de la inscripción electoral y la participación en el plebiscito causaron problemas de inmediato en el seno de la “Izquierda Unida”. El Partido Comunista y el MIR no acogieron la idea de convocar a inscribirse»⁹⁵⁴.

Bascuñán, por su parte, señala que el punto de mayor discrepancia en IU fue la idea de «alcanzar una concertación política entre los partidos de centro y la izquierda (...) el consenso no fue fácil (...) Para unos, dicho consenso era necesario e impostergable, pues la IU se habría constituido con el fin de lograr ese objetivo; para otros, en cambio, la IU, nacía con un perfil propio»⁹⁵⁵. Las discrepancias aumentaron cuando IU –a excepción del PCCh– hizo efectiva su

inscripción en los registros electorales.

Estos cinco partidos, miembros de «Izquierda Unida» comenzaron a tener su propia coordinación y a presionar al Partido Comunista para que tomara también la actitud de llamar a inscribirse en los registros electorales. Al constituirse al interior de la «Izquierda Unida» la «coordinación de los cinco», se posibilitaron acuerdos para realizar iniciativas conjuntas⁹⁵⁶.

Como adelantamos, el siguiente paso del almeydismo fue inscribirse en los registros electorales (junio 1987). Una decisión altamente significativa para los socialistas. Pero su importancia nuevamente radica en que dicha decisión terminó por remolcar a la izquierda dubitativa. Sin duda, que el mensaje político del «viejo Cloro» fue determinante entre los socialistas y comunistas de la vieja guardia. En enero de 1988 los almeydistas llamaron públicamente a votar NO en el plebiscito. Aquella decisión zanjó un ciclo de discusiones internas. Al mes siguiente participaron en la fundación de la Concertación de Partidos por el NO, la antecesora directa de la futura Concertación de Partidos por la Democracia que gobernará el país en las próximas dos décadas.

Hacia fines de diciembre de 1987 el PS-A dio por agotado el debate con el PC en torno al tema de la inscripción (...) las relaciones entre el PS-Almeyda y la nueva dirección DC encabezada por Aylwin abrieron un nuevo capítulo (...) la voluntad mutua de trabajar juntos en función del objetivo común y superior de recuperar la democracia, marcó lo que habría de ser una relación decisiva para el futuro del país⁹⁵⁷.

El sector de los Terceristas tomó un protagonismo indiscutible como interlocutores válidos y rápidamente manifestaron su adhesión a la renovación y unidad del socialismo. Así lo reconoció, uno de sus líderes, Germán Correa en abril de 1988:

hemos hecho grandes esfuerzos y avances importantes en el sentido de renovación y de responsabilidad frente a la futura democracia (...) En el pasado en el partido hubo extraordinarios niveles de sobre-ideologización, como en el conjunto de la izquierda, que impidieron ver las posibilidades y potencialidades de desarrollo y cambio⁹⁵⁸.

Sin embargo, al interior del almeydismo aún perduraban sigilosamente las desavenencias, ya que un sector (por cierto minoritario) se negaba asumir a plenitud los cambios políticos y estratégicos que la facción aceptó como suyos en 1987.

La inquietud era ¿una vez finalizada la dictadura se avanzaría en la consolidación de un bloque por los cambios hacia la conquista del poder político y la aplicación de reformas económicas o, por el contrario, se optaría por un sistema democrático parcial (tutelado por las FF. AA.) y una economía de libre mercado, es decir, asumir la herencia de la dictadura? La suerte en este sentido ya estaba echada. ¿Qué lo definía? La salida negociada. El acuerdo entre la oposición y la dictadura objetó cualquier intento por asumir posiciones de identidad socialista en el nuevo gobierno (incluida socialdemócrata). Por lo tanto, la idea de un gobierno de transición con cierta perspectiva socialista fue descartada por los propios dirigentes de la Concertación. En lo más profundo de sus convicciones, los dirigentes fueron conscientes que aceptaban una democracia tutelada por las FF. AA.

El nuevo período que se abría con la llamada transición consistía ni más ni menos que aceptar las reglas del juego impuestas por la dictadura, un nuevo tipo de sistema político y económico lejano a un proyecto socialdemócrata y mucho, pero mucho más lejano a uno de transición al socialismo⁹⁵⁹.

Una vez reconocido el triunfo del NO, los dirigentes Terceristas, como Solari o Correa, pasaron a jugar roles significativos tanto en la conducción interna de la facción como en la toma de decisiones de la Concertación. Las tareas inmediatas de los almeydistas fueron dos: la unidad del socialismo chileno y las elecciones generales de diciembre de 1989. Los almeydistas no dudaron en estrechar lazos

con los socialistas renovados y emergentes. Es decir, la unidad del socialismo chileno, para los almeydistas, se transformaría en una necesidad y oportunidad.

El giro político definitivo de los almeydistas fue clave para el cambio en la correlación de fuerzas. Boeninger así también lo entiende (desde una perspectiva demócratacristiana): «la nítida definición del PS-Núñez distanciado tempranamente del PC y la espectacular evolución del PS-Almeyda, que dejó definitivamente aislado al extremismo PC-MIR y permitió a la Concertación por el NO convertirse en un referente político claramente mayoritario»⁹⁶⁰. Pero este giro, iniciado en 1987 es aún más trascendental porque, como hemos insistido, terminó por conducir tras de sí a un importante sector de la izquierda tradicional.

5.2. El consenso renovador de los exsecretarios generales del PSCh (Rodríguez, Ampuero y Altamirano)

Otro elemento que ayudó a forjar la renovación y la unidad del socialismo fue el consenso político-teórico que sostuvieron los tres últimos exsecretarios generales del PSCh (antes de la división del 79): Aniceto Rodríguez, Raúl Ampuero y Carlos Altamirano⁹⁶¹. El apoyo brindado por los máximos dirigentes fue un aval, un punto de apoyo significativo, que repercutió positivamente en la diáspora socialista. Representó la unidad teórica-simbólica que se venía echando en falta, el consenso político fuertemente escindido durante la dictadura.

Estos líderes no dudaron en criticar a los sectores dogmáticos que, utilizando el marxismo-leninismo, habían «desvirtuado», según ellos, la concepción histórica del socialismo chileno. Lo fundamental, es que ante la necesidad de llegar a un consenso, la renovación apareció como el vehículo legítimo para conducir esta nueva etapa del partido. En definitiva, el axioma unidad y renovación fue un consenso teórico-práctico compartido, discutido y promovido por los tres exsecretarios generales. De ahí que los conceptos de rescate y renovación – entendidos como suma y retroalimentación– se elevaron como una fórmula.

Aniceto Rodríguez, quien fuera identificado con la Tendencia Humanista, criticó, desde el exilio en Venezuela⁹⁶² las posiciones radicalizadas del partido en tiempos de la UP. Apoyó la CS, los seminarios del exilio y los procesos

orgánicos convergentes al interior del país. Bajo su liderazgo se realizó un encuentro internacional en Caracas con participación de las más diversas fuerzas opositoras a la dictadura. En la reunión se acordó: «reafirmar la concepción humanista y el contenido democrático del socialismo, rechazando como meta histórica la dictadura del proletariado»⁹⁶³.

En uno de sus textos más relevantes, «Caracterización del Partido Socialista de Chile», Rodríguez criticó a las facciones (los Elenos) que habían asumido posiciones extremas, ajenas al desarrollo histórico del partido, y que desembocaron en la mayor crisis del socialismo⁹⁶⁴. Señaló que las influencias estalinistas habían logrado penetrar en la ideología y en la conducción del partido.

Por ello era necesario rediseñar la organización. Criticó los socialismos reales y las intervenciones soviéticas en los países satélites. Ambos aspectos, según él, eran impropios al socialismo chileno, ya que siempre se definió como autónomo y latinoamericanista. Criticó también los planteamientos militaristas, considerados por él como una

versión expresiva de un voluntarismo político que proliferó después de la revolución cubana (...) se tradujo en nucleamientos alejados de las masas, ausentes de la realidad concreta y bajo la enervante consigna de la lucha larga que congela incontables combates en la vida cotidiana⁹⁶⁵.

Para este antiguo dirigente, lo plural, lo democrático, la interpretación lúcida de la realidad y, sobre todo, la originalidad en la construcción del partido, son elementos que debían rescatarse. «Dentro de estas líneas conceptuales (el partido) jamás introdujo al militante en una especie de zapato chino, rígido y estrecho, para dejarlo inmovilizado o como sujeto pasivo a la espera de que todo le viniese desde arriba»⁹⁶⁶. Para Rodríguez el problema que enfrentaba el partido –y la izquierda heredera de la UP– era la errada lectura que hizo del marxismo-leninismo, otorgándole categorías dogmáticas. A eso le llamó la «concepción estática» que, según él, fomentó los socialismos autoritarios⁹⁶⁷. Dicha interpretación condujo indisolublemente a que la organización adoptara ideas foráneas, ajenas a la interpretación nacional, desechando la propia experiencia y

su acervo histórico.

Rodríguez, siendo un partidario resuelto de la renovación ideológica, no renegó del marxismo. Aspiró a un socialismo chileno democrático y libertario, no violento, convergente y consensuado. Para él, uno de los temas principales a definir, era el tipo de sociedad que se aspiraba a construir, ya que ahí radicaba en gran parte el arquetipo de partido. «Pensamos que la cuestión sustantiva puede resolverse en una gran coincidencia si somos capaces de dar respuesta concordante a dos asuntos básicos vinculados entre sí: el primero, el carácter del partido que deseamos los socialistas reconstruir y, segundo, la sociedad que aspiramos»⁹⁶⁸.

Otro de los exsecretarios que se esmeró por materializar la renovación fue Raúl Ampuero. Su aporte más reconocido fue la organización de los seminarios de Ariccia y la iniciativa de la Convergencia. Ampuero, desde un plano secundario a las trifulcas de las facciones, se esforzó por dilucidar los errores del partido. Para el dirigente, el proceso revisionista no debía forjar la mera restauración o la refundación del partido, sino que, en lo sucesivo, debía desembocar en una reconstitución de hábitos, relaciones y formas:

Se trata de una auténtica reconstitución, luego de un paréntesis de doce años en que ha sobrevivido simbólicamente, más como mito que como entidad orgánica (...) Reconstitución, decimos, para no herir la susceptibilidad de quienes han creído encontrar en la voz «refundación» un secreto propósito de escamotear la vocación revolucionaria del viejo partido⁹⁶⁹.

Lo anterior debía tener como eje la visualización del contexto. Es decir, una reconstitución «que simultáneamente al rescate de su identidad ideológica implique una audaz adaptación al nuevo escenario»⁹⁷⁰. Por ello, Ampuero propuso el repensamiento de dos ejes: lo permanente y esencial de la tradición del socialismo chileno e integrar los cambios específicos que reclama la renovación. Es aquí donde Ampuero despliega toda su artillería contra los sectores dogmáticos: «Nunca antes el Partido se había adscrito a tal escuela, apreciada siempre como una corriente de pensamiento estrechamente ligada a las concepciones soviéticas y a las deformaciones burocráticas y autoritarias

promovidas por Stalin»⁹⁷¹.

Un aspecto que diferenció a Ampuero del resto de líderes, es que no descartó a priori el uso de la fuerza. En las condiciones actuales, en que cualquier intento de disenso es considerado como sublevación, parece razonable, dice Ampuero, repensar los métodos de acción.

Parece justo, por tanto, plantearse en nuestro caso el dilema de optar por medios pacíficos o medios violentos no como un problema metafísico, sino como un asunto de estricta ponderación política, a fin de elegir aquellos que mejor corresponden al nivel del movimiento de masas, que reduzcan el costo humano de la resistencia y debiliten material y moralmente la dictadura⁹⁷².

El punto estaba –como el mismo reconocía– en que el empleo de la violencia debía ser necesariamente una cuestión regida por la convicción ineludible y generalizada del país. Cuestión que no era el caso de Chile.

Para Ampuero, la histórica alianza socialista-comunista estaba obsoleta. Tanto las prácticas de los últimos años como las interpretaciones de los procesos sociales (nacional e internacional), habían develado una bifurcación. La vigencia de un entendimiento socialista-comunista, según el dirigente, había perdido sentido con la derrota de la UP. A raíz de lo anterior, fue ganando legitimidad, según él, la integración de un extenso campo socialista (histórico y emergente-cristiano). El investigador Sebastián Jans grafica la estrategia de Ampuero:

La idea de Ampuero era lo que él llamaba la teoría del camión, es decir, se trataba de ir subiendo a ese camión llamado «Convergencia Socialista» a todos los que estuvieran por una política de izquierda no comunista, y que, en el camino, se vería quienes llegaban hasta el final⁹⁷³.

Para Ampuero el problema a nivel orgánico –definido por la variedad de facciones– se debía al intento por monolitizar su conducción.

Es el precio de una curiosa contradicción nacida con la adopción del «marxismo-leninismo» como modelo político y organizativo. Mientras en un plano general, tal decisión tendía a darle una fuerte centralización al mando (...) los verdaderos promotores del viraje fueron diversas tendencias y corrientes que, cada una a su manera creían representar fielmente el nuevo espíritu. El resultado fue que el Partido no solo no alcanza la consistencia monolítica que se buscaba, sino que virtualmente legitimó desde entonces los grupos fraccionales.

Tras el golpe de Estado, especifica el dirigente, dicha conducta faccional se profundizó: «cada facción se sintió llamada a asumir de facto la representación total del Partido. El proceso de unidad podrá avanzar únicamente si se parte de la premisa de que no existe hasta ahora una dirección que pueda hablar en nombre de todos los socialistas»⁹⁷⁴.

En un segundo documento –encabezado por un sugerente título, «Partido de clase o qué clase de partido»– Raúl Ampuero señaló tres factores que hacían factible la unidad del socialismo⁹⁷⁵:

las convergencias de los sectores liderados por Almeyda y Arrate (Núñez);

el naufragio de las concepciones marxista-leninistas; y

la convicción de que el socialismo chileno adquiriera una expresión unitaria en el contexto de la restitución democrática.

Para Ampuero, la democracia debía ser el centro del proceso. Esta se había revalorizado a causa de la experiencia dictatorial. Hizo un llamado a «concebir la

democracia no solo como un conjunto de normas para dirimir convencionalmente ciertos conflictos políticos y sociales, sino principalmente como expresión orgánica de la soberanía popular y portadora de todos los valores consagrados en los derechos humanos»⁹⁷⁶. Ampuero insistió en sintetizar la identidad histórica del partido y la renovación teórica-política.

Cuando la vida democrática se interrumpe –como ha ocurrido en Chile bajo la dictadura– se acumulan las presiones revisionistas, encaminadas a corregir los retardos y a tomar el paso de las nuevas condiciones. Entonces los partidos son apremiados y estimulados, a veces, a operar mutaciones traumáticas, que ponen a prueba su identidad histórica. Solo una equilibrada combinación de principios fundamentales y de innovaciones razonables puede preservar su presencia en el nuevo escenario⁹⁷⁷.

Esta fue la metodología que tanto Ampuero como Rodríguez propusieron, y que Arrate, en buena manera, intentó liderar: la idea de rescate y renovación⁹⁷⁸.

Por ello, Ampuero dio por liquidada la vieja idea del partido-vanguardia. El partido debía insertarse en un nuevo tipo de relación con los militantes, con las organizaciones sociales y, en general, con la sociedad. Planteó «como método, la persuasión en lugar de los golpes de mayoría». Finalmente, Raúl Ampuero remata el citado documento: «Lo que se persigue es que la reconstitución del PS y de su influencia política se realicen rindiendo tributo a los nuevos tiempos pero resguardando su perfil histórico»⁹⁷⁹.

Por último, haré referencia a Carlos Altamirano. Para este carismático líder la renovación debía ser la «viga maestra» de la reunificación del socialismo. Es decir, renovación y reunificación, estaban indisolublemente unidas y condicionadas. Advirtió que para reconstituir el partido había que abandonar las categorías de clase y vanguardia.

En el pasado, la izquierda chilena fundó sus proyectos de cambio y transformación en visiones restrictivas de clase, lo que, en cierta medida, explica su insuficiente capacidad de convocatoria y en más de alguna ocasión, la

exacerbación artificial de los conflictos sociales (...) Por lo que a nosotros nos toca, la experiencia debiera enseñarnos que no es ni será tarea de una clase ni de «vanguardias revolucionarias» la de construir la democracia en Chile⁹⁸⁰.

Para Altamirano la renovación se amparaba en tres hechos:

la derrota de 1973 puso en evidencia la inviabilidad del marxismo-leninismo;

el impacto de la dictadura. Se requiere, dice Altamirano, un nuevo proyecto de cambio social acorde a los tiempos (exigencias, necesidades e intereses); y

los cambios ocurridos a nivel planetario han ampliado las temáticas y los conceptos de análisis⁹⁸¹.

Altamirano se mostró crítico frente a quienes apostaron por un revisionismo que revalorizaba lo «original del marxismo». Este insustancial ejercicio, señala el dirigente, era inocuo, ya que pretender dejar «incólumes los fundamentos teóricos de este fracasado intento de transformar la sociedad según un diseño humano previamente concebido, me parece tan irreal como irresponsable»⁹⁸². Asumir la veracidad de los cambios, era necesario para no hacer «estériles ejercicios escolásticos». Esta perspectiva debía asumirse como idea-base para un nuevo proyecto, el cual «deberá descansar en la libre adhesión de las mayorías nacionales, en la expansión y enriquecimiento de la sociedad civil, en el desarrollo del pluralismo ideológico, en la permanente aspiración humana al perfeccionamiento moral, individual y colectivo»⁹⁸³.

Altamirano, consciente de la proliferación de facciones, planteó que la mejor opción era la elaboración un programa consensuado.

Estoy por un Partido Socialista con una vital y dinámica democracia interna. No un Partido monolítico. Si, un Partido con tendencias, pero que ellas luchan lealmente por definir y precisar sus concepciones, siempre y cuando estas sean mutuamente comprensibles y se encuentren insertas en el común marco doctrinario, en un gran consenso de principios y valores⁹⁸⁴.

Según Altamirano, una de las cuestiones fundamentales a las que debía apelar este nuevo paradigma era la inclusión de un imperativo moral y ético. Es decir, el marco ideológico no solo debía descansar en un cuerpo de conocimientos, sino que también implicaba incorporar diversos principios morales. Una de las principales falencias que se cometió, según él, fue la errada interpretación que se hizo de la democracia.

Esta, pese a nuestras buenas intenciones, continuó descansando en la idea de una transición al socialismo a través de una ruptura violenta con el capitalismo, inscrita en la lógica leninista, sin percatarnos que con ello incurriamos en una negación flagrante de nuestra profesión de fe democrática; e ignorando que por esa «vía revolucionaria», cuando más, llegaríamos a una nueva forma de totalitarismo⁹⁸⁵.

De ahí que la democracia debía considerarse como un valor en sí misma. A partir de ahí, especifica el exsecretario, el enfoque histórico del partido debía cambiar desde la concepción de la revolución social a la profundización de la democracia.

Para Altamirano la renovación en el PSCh debía ser radical. Solo así, señala, el partido podría encumbrarse como alternativa política.

Pienso que la renovación ha ido suficientemente lejos como para que el consenso se establezca en torno a la adhesión irrestricta a la democracia, a la alternancia

en el ejercicio del poder, al respeto de las minorías cualesquiera sea su presentación o su ideología, a una vía político-consensual al socialismo, a un socialismo no estatista, democrático, crítico y plural⁹⁸⁶.

En definitiva, para los militantes socialistas de las diversas tendencias –dispersos y algo renuentes– fue un aliciente que los tres exsecretarios socialistas arribaran a ciertos consensos generales. Es decir, las anuencias ideológicas de los líderes se transformaron en un aval de credibilidad para las bases socialistas. De ahí su trascendencia. Así las cosas, tanto el giro radical del almeydismo como el consenso teórico-político de los principales líderes del socialismo histórico – personificados en los últimos tres exsecretarios generales⁹⁸⁷– fueron fundamentales para la consolidación de la renovación y la unidad del partido.

6. El PPD: de partido instrumental a opción política de la izquierda renovada

Otro de los hitos importantes en la evolución del proceso de la renovación de la izquierda chilena fue la creación, en diciembre de 1987, del Partido por la Democracia (PPD). ¿Cuál fue el objetivo tras el PPD? En líneas generales, se intentó agrupar a todos los partidos opositores a la dictadura para participar en el plebiscito de 1988 y en las elecciones generales de 1989. Es decir, un partido «paraguas» para la transición a la democracia. Esteban Valenzuela señala que el PPD surge como un partido «postmaterialistas» y de «bajo perfil ideológico»: «Es un partido «paraguas» amplio, típico de las transiciones de sistemas autoritarios en que la ciudadanía quiere opciones hacia el centro como superación del reciente pasado traumático»⁹⁸⁸.

Pero paralelamente, los socialistas históricos y emergentes quisieron proyectar, a través de este partido instrumental, la renovación y reunificación del área socialista chilena. Tras este objetivo se depositaron los mayores esfuerzos. He aquí su trascendencia para nuestro libro. En resumen, dicho partido intentó zanjar tres debates coyunturales de la izquierda:

aceptar o negar del marco legal-constitucional impuesto por la dictadura;

impulsar tras su orgánica convergente una alianza contra el régimen militar (los dos primeros debates estaban ligados); y

un tercer debate que el PPD solventó, fue la reunificación del área socialista.

Básicamente, nació bajo el amparo de los socialistas renovados del PSCh-Núñez y del MAPU, quienes, ante la imposibilidad de inscribirse legalmente como partido, decidieron crear un partido instrumental. Su objetivo primario fue enfrentar el plebiscito de 1988. Es decir, aceptaron el marco institucional de la dictadura. Dicha estrategia, según el PPD, era la manera más efectiva y real de derrotar a Pinochet. Su decisión en firme generó amplias repercusiones en la izquierda y obligó, en cierta medida, a los demás partidos a definirse en el corto plazo.

Respecto del segundo debate, es decir, entender al PPD como un partido paraguas de la oposición⁹⁸⁹ –bajo una única dirección– el resultado fue dispar y parcial, ya que las adscripciones se hicieron más a título personal. «El PPD fue una gran oportunidad de haber hecho un solo partido de la oposición, pero a eso se opuso la DC»⁹⁹⁰. A pesar de no ser la «casa común» de la oposición, el PPD se transformó rápidamente en una opción política con proyección⁹⁹¹.

El tercer debate en cuestión, fue la idea, de los socialistas de Núñez, de proyectar al PPD –con Ricardo Lagos como presidente– como movimiento periférico al PSCh e instancia donde consolidar la renovación y unidad del socialismo. Este tercer debate marcará la evolución no solo del PPD, sino que de una parte importante de la izquierda chilena.

Pasaremos a detallar las posturas y críticas respecto de este último punto. Hubo básicamente dos percepciones:

por un lado, los almeydistas –y en menor medida el PR– fueron reticentes al fortalecimiento del PPD, ya que, según ellos, desvirtuaba las identidades históricas. Además, para el sector más duro del almeydismo, converger hacia el PPD significaba asumir las directrices de la socialdemocracia. Por ello, los almeydistas –aunque advertían que la renovación era un imperativo– apostaron por la reunificación en el PSCh y no fuera de él. Consumar la renovación en el PPD sería, para ellos, renunciar a su especificidad. Sin embargo, hubo un sector del almeydismo que apoyó el PPD. Es más, Almeyda no objetó la iniciativa per sé. Esta idea es corroborada en una carta de Almeyda a Núñez⁹⁹². Este último, confirma este hecho: «(Almeyda) estuvo de acuerdo con la formación del PPD (...) Almeyda siempre estuvo en que fundáramos los dos el PPD (...) Él no fue

escuchado al interior del PSCh-Almeyda»⁹⁹³;

la segunda posición, representada por el PSCh-Núñez, el MAPU y un sector de la IC ⁹⁹⁴, fue proclive a la consolidación del PPD. Para este sector, el PPD tenía que ser capaz de desdibujar las antiguas identidades históricas. Aspiraban a que la renovación y reunificación del área socialista se realizara en el PPD. El objetivo fue proyectarlo, sin límites de tiempo, en la reinaugurada democracia y hacerlo confluir (sin prisas) con el PSCh. Esta fue la idea central de su líder y presidente, Ricardo Lagos. Para Arrate y Almeyda, el PPD tenía que devenir en un «movimiento político democrático alrededor del socialismo unido, en la cual puedan accionar personas o instancias próximas al socialismo»⁹⁹⁵. La idea de este sector fue posicionarse en la Dirección del PPD y a partir de ahí constituirse en actores de la transición y del futuro gobierno democrático. Lo anterior, fue especialmente necesario para la IC y el MAPU, ya que ambos partidos fueron conscientes que su accionar, apoyo e influencia estaba en decadencia⁹⁹⁶.

En esta disputa por el sentido estratégico del PPD ¿Quiénes ejercieron mayor influencia y cómo la realizaron? Uno de estos partidos fue el MAPU. Los documentos oficiales así lo corroboran. Consideraron al PPD un partido programático, con futuro y anti-dogmático. Los MAPUs que venían trabajando – desde el Congreso de Unidad (1985)– por la caracterización de un nuevo referente, vieron la oportunidad de proyectarse en esta nueva organización. A finales de 1987, el partido resolvió, por medio de un Pleno, participar en el PPD, a través de algunos dirigentes. Esta decisión fue el primer paso táctico por consolidar al PPD, ya que paralelamente el MAPU participaba en IU. Es una época de duplicidad, de confusión, de indefinición al interior del partido. La Dirección, por su parte, no terminaba de zanjar el grado de integración (parcial o completa) en el PPD, aunque a lo largo de 1988, su secretario general, Víctor Barrueto, instó a sus militantes a inscribirse en el PPD.

Un hecho que consolidó al PPD fue la formación de la Dirección Nacional Juvenil⁹⁹⁷, la cual tuvo como tarea «realizar actividades que hagan del PPD una fuerza joven y sentar las bases para una generación democrática de instancias juveniles (...) Esta coordinadora llamó a los jóvenes a inscribirse en este nuevo período de apertura de los Registros Electorales»⁹⁹⁸. La juventud del MAPU

validó la iniciativa e integró vehementemente dicho proyecto. «El MAPU también se hace presente en el PPD juvenil (...) Los jóvenes mapucistas debemos integrarnos a las tareas del PPD y darle nuestro sello: un PPD amplio, un PPD joven, un PPD con voluntad de cambios, un PPD popular, un PPD creativo»⁹⁹⁹.

En las cercanías de las elecciones generales de 1989, la Dirección del MAPU proclamó al PPD como opción política viable:

El MAPU está en el PPD no solo por justas necesidades electorales (...) El MAPU está en el PPD, además, porque él es un escenario privilegiado del desarrollo de la unidad socialista y constituye el instrumento más eficaz para dar dirección democrática y popular verdaderamente transformadora y no simplemente contestataria (...) Nos hemos ligado muy intensamente a su existencia¹⁰⁰⁰.

El nivel de transversalidad y apoyo transformó al PPD en un trampolín de liderazgos. Por ello, no dudaron en asumir cargos medios y de dirección. Sin embargo, los mapucistas reconocían que el PPD seguía siendo un partido incipiente, que denotaba una relación débil con el mundo social. Este era uno de los puntos que los mapucistas debían empeñarse en corregir¹⁰⁰¹.

En las resoluciones del CC (abril 1989) el MAPU definió una cuestión significativa: «El MAPU señala desde ya que su participación en las elecciones parlamentarias se realizará a través el PPD (...) El PPD tiene el desafío este año de convertirse no solo en un eficaz instrumento electoral, sino que también en una poderosa fuerza dirigente de la sociedad»¹⁰⁰². La certidumbre del MAPU en la consolidación del PPD fue fundamental. Sin embargo, y a la luz de los hechos posteriores, no todas las intenciones y estrategias del MAPU estuvieron puestas en el PPD. Fue una opción importante, pero ciertamente no la única. Por esa misma fecha, tanto el Secretariado Juvenil como la Dirección del MAPU, sopesaban la unidad bajo la reconstitución del PSCh. Es decir, seguía vigente la opción de privilegiar la unidad junto al socialismo histórico (en el PSCh).

Llegado a este punto, la cuestión al interior del MAPU fue decidir si privilegiar la unidad y renovación al amparo del PSCh o bajo la iniciativa del PPD. Fue en

esta disyuntiva que el PPD sumó una nueva cuota de socialistas históricos y emergentes¹⁰⁰³, quienes se oponían a la mera reconstrucción del PSCh. Para estos dirigentes, el carácter pragmático, liberal y reformista, que sustentaba el PPD, con un fuerte acento moderno y progresista, se acomodaba mejor a sus aspiraciones: un partido de «espíritu socialista» renovado con una nueva identidad.

Los militantes del PPD que se negaron a ingresar al PS, enarbolaron un discurso sobre la configuración de una nueva identidad socialista, que fuera expresión de un socialismo renovado y que permitiera la incorporación de sectores liberales y demócratas, para hacer de esta colectividad un referente socialdemócrata, más adecuado a los requerimientos de la nueva sociedad chilena¹⁰⁰⁴.

En la IC ocurrió un proceso semejante que se ejemplificó cuando el dirigente Sergio Bitar renunció al partido para formar parte de la Dirección del PPD.

Por otro lado, los mapucistas advirtieron que su aporte sería minimizado en el reunificado PSCh. Es decir, corrían el riesgo de desempeñar un papel secundario. Por ello, optaron por consolidar al PPD, como organización moderna, en la que ellos fueran parte y razón, con el objeto de proyectarse en el nuevo gobierno democrático. Quizás, a esto se refiere Valenzuela cuando caracteriza a la generación MAPU como un partido de líderes de espíritu mesiánico.

La otra vertiente que apuntaló al PPD fue el PSCh-Núñez. Estos últimos, decidieron respaldar al PPD por varias razones prácticas:

el PPD, al conjugar distintas opciones políticas, compartía una voluntad unitaria (no ideologizada) que los renovados querían poner en práctica. El PPD había incorporado temáticas como el feminismo, la ecología o los derechos de las minorías. Es decir, ligó lo político con la base social, sin necesidad de incorporar una identificación ideológica como requisito previo de participación. Además, se alejó de la definición clásica de partido, ya que su idea fue transformarse en una organización de convergencia, que tuviera, ante todo, un objetivo

democratizador. «El PPD permite incorporar a este proyecto a personas y sectores sociales que no desean asumir un compromiso de carácter ideológico, pero que si están dispuestas a trabajar junto a los socialistas en la construcción de una sociedad más libre y más justa»¹⁰⁰⁵.

en segundo lugar, el PPD disponía de un alto grado de autonomía. Los socialistas renovados querían participar (de la transición y de la consolidación democrática) con política y fuerzas propias «sin someterse a la dirección o a la hegemonía de nadie. Ser protagonistas de la lucha democrática exigía crear un instrumento adecuado para ello»¹⁰⁰⁶; y

la razón más trascendental, es que los socialistas de Núñez consideraban al PPD como una instancia que permitiría «reunificar al socialismo en un referente más amplio, con una nueva identidad, donde predominara la renovación socialista como imaginario compartido, lo que posibilitaría una alianza política con la DC, menos restrictiva y duradera en el tiempo»¹⁰⁰⁷. La idea, como señalamos al comienzo, fue que ambas colectividades (PPD-PSCh) se retroalimentaran.

¿Cuál era la posición del PPD frente a dicho anhelo convergente? Una carta de la Dirección dirigida a las dos principales facciones del socialismo histórico, señala que: «Coincidimos con Uds. en señalar que en el futuro la relación PPD-PS debe ser aún más estrecha y explícita, a partir de un proyecto político complementario y compartido»¹⁰⁰⁸. Por lo tanto, para el PPD se debía trabajar en favor de la convergencia entre ambos partidos. Para muchos dirigentes, especialmente para su presidente Ricardo Lagos, la consumación de este hecho daría por finalizado el proceso de la renovación de la izquierda chilena.

Almeyda insistía en la trascendencia del PPD¹⁰⁰⁹. Señaló, en carta dirigida a los arratistas, que era conveniente

dejar constancia de la experiencia positiva y favorable para la causa de la democracia y de la izquierda y para el éxito de la transición de los llamados

partidos instrumentales que se constituyeron en vías privilegiadas e idóneas para encauzar la actividad política de vastos sectores sociales progresistas independientes, más allá de las fronteras partidistas¹⁰¹⁰.

Dos días después Jorge Arrate, a sazón líder de los renovados, rescataba la visión del almeydismo: «(entender el PPD como) un movimiento político democrático alrededor del socialismo unido, en el cual puedan accionar personas o instancias próximas al socialismo, pero que no deseen integrarse a él»¹⁰¹¹.

Los problemas se presentaron cuando el PPD se afianzó como opción política independiente, especialmente después de los positivos resultados en las parlamentarias de 1989. El PPD había sobrepasado la mera coyuntura instrumental. En este contexto, algunos dirigentes socialistas consideraron que el PPD había ganado («peligrosamente») terreno en el PSCh. El PPD había sobrepasado sus objetivos iniciales y le disputaba el protagonismo en el proceso de renovación y su influencia en la arena política nacional. Según Carlos Altamirano, la supervivencia del PPD se debía a dos cuestiones. La primera, se explica a partir de sus propias cualidades, ya que satisfacía las demandas de un importante sector de ciudadanos, que definidos por la transversalidad, rechazaban el peso del dogma.

El deseo de participar en la vida política del país (...) sin tener que pagar tributo a los «ideologismos» y a los aparatos dirigentes (...) Es expresión de un compromiso con las grandes opciones de la hora presente –democratización, modernización sustantiva, justicia social, defensa ecológica, paz– y por otra parte, revela una serie de desconfianza en los partidos históricos¹⁰¹².

Pero, para el histórico líder la consolidación del PPD tenía explicación en las propias decisiones del PSCh. Altamirano alertó la necesidad de radicalizar y completar la renovación del área socialista

A mi juicio, la razón de fondo de la porfiada y conflictiva supervivencia del PPD

reside, ni más ni menos, en el debilitamiento del impulso renovador del socialismo (...) Con esto estamos afirmando algo simple: la existencia del PPD es, en parte significativa, correlato de las debilidades del PS para renovarse. Es decir, para democratizarse y modernizarse¹⁰¹³.

Además comenzó a afianzarse un pequeño sentimiento de autoafirmación identitaria en el PPD, ajeno al socialismo histórico, emergente o cristiano¹⁰¹⁴. José J. Brunner, va más allá al señalar que el PPD se transformó en un «animal» absolutamente nuevo¹⁰¹⁵. Es decir, el PPD estaba adquiriendo características más allá de los designios de la renovación socialista.

Frente a la pregunta ¿qué hacer con el PPD? La respuesta insólitamente, más que zanjarse al interior del partido, se desarrolló en el PSCh (específicamente en el Congreso de Unidad en 1990) entre quienes querían autonomía frente al PPD y quienes pretendían evolucionar hacia una convergencia entre ambos. Como decíamos, dicha discusión solo se resolverá en el proceso de reunificación del PSCh, con más costos que beneficios.

7. La unidad del área socialista bajo la hegemonía del PSCh (renovado)

La reunificación oficial del PSCh (diciembre 1989) fue el corolario de la evolución práctica y teórica de la izquierda chilena. Dicha unidad se hizo bajo un código: la renovación. Acudieron básicamente el PSCh-Núñez, PSCh-Almeyda, el MAPU, sectores renovados del MIR y de la IC y diversas facciones socialistas históricas. Posteriormente, lo hará oficialmente la directiva de la IC. En esta parte del estudio, pasaremos a verificar los documentos, negociaciones e hitos más destacados entre el PSCh-Núñez y PSCh-Almeyda. También consideraremos la integración del MAPU y la IC.

7.1. La influyente propuesta de J. J. Brunner: «Notas para la discusión»

Antes de revisar los documentos resolutivos de las facciones, quisiera destacar las reflexiones de J. J. Brunner (PSCh-Núñez), quien escribió, quizás, el documento más influyente de la época. Las deliberaciones de Brunner delinearon a los socialistas renovados a constituir un nuevo espacio junto al centro. Brunner publicó un documento llamado «Notas para la Discusión», de amplia difusión en la prensa nacional¹⁰¹⁶. Básicamente, señaló el nuevo rol que le competía a la oposición –especialmente del área socialista– después del fracaso del «año decisivo» (1986). Su conclusión es que la dictadura había pasado a la ofensiva.

Para Brunner, las causas de dicha ofensiva se debían a: los límites de la capacidad movilizadora de la oposición, la cual estaba lejos de ser unificada y suficiente para desestabilizar al régimen; el descubrimiento de los arsenales y el fracaso del atentado a Pinochet; y, la presencia de una oposición que actuaba de forma separada y demostraba una extrema insuficiencia. Dicho cuadro político, señala el autor, generó que:

las fricciones internas en las FF. AA. tendieron a reducirse, reforzando el liderazgo de Pinochet y aumentando un sentimiento de cohesión;

el régimen reforzó la idea (frente al país) de que la oposición estaba subordinada a los sectores más radicalizados;

el régimen logró, en gran medida, redefinir la situación política en términos de un contexto de guerra; y

Pinochet logró reubicarse como centro de alineación de las fuerzas de derecha.¹⁰¹⁷.

Por lo tanto, Pinochet y las FF. AA. tendrían en el corto plazo «la llave de la situación política» y por ende, señala Brunner, «pueden reforzar el tipo de juego que más les convenga y mantienen, hasta el final, la posibilidad de acotar las oportunidades de intervención de la oposición»¹⁰¹⁸. Frente a este complejo escenario, Brunner planteó que la mejor opción de la oposición era abandonar la fracasada estrategia de la movilización social, ya que había sido «débil, ocasional y fragmentaria»¹⁰¹⁹, y no había logrado, ni siquiera en sus momentos de mayor auge, generar un escenario de desgobierno¹⁰²⁰. En una entrevista posterior específica: «Es un planteamiento completamente irreal. En el caso chileno, no hay ningún antecedente que me pueda llevar a pensar que sería posible obtener la meta de producir un estado de desgobierno tan completo en el país como para que el gobierno tuviera que renunciar al poder»¹⁰²¹.

Por lo tanto, la opción de una salida política con las FF. AA. debía, según el autor, alejarse de la «oposición armada y radicalizada» y, en segundo lugar, proyectar su propia perspectiva encaminada hacia una salida negociada, en el marco de la Constitución de 1980, sin perspectiva de derrota de las FF. AA.

(idéntico planteamiento propuso Boeninger al interior de la DC).

Brunner propuso recrear una nueva forma de hacer oposición: aceptar las reglas del juego del régimen. Para el sociólogo, concretar una oposición unida, centrada en el plebiscito, era la clave, ya que

De insistir en una estrategia que tenga como meta producir esa situación (desgobierno), lo más probable es que se llegue a 1989 con una división y dispersión nacional tan profunda que podría ser previsible la continuidad absoluta del régimen actual (...) Hoy día el problema está puesto en sí la oposición tiene la capacidad de reunir todas sus fuerzas, todos sus recursos y orientar una nueva política que la lleve a enfrentar en 1989 la elección o plebiscito, con una capacidad real de ofrecerle al país –y por lo tanto también a las Fuerzas Armadas– una solución política que tenga un muy amplio consenso¹⁰²².

La propuesta de Brunner –considerada por algunos de «entreguista»– la podemos condensar en cinco puntos¹⁰²³:

explícita afirmación de que se pretende un acuerdo (salida negociada) con las FF. AA. y que dicho convenio no pretende la derrota política de estas;

la negociación no puede desarrollarse fuera de los marcos y condiciones estipuladas por la Constitución de 1980;

se utilizará la instancia de expresión de la soberanía popular (para proponer al país un candidato propio, programa de gobierno y mecanismo que hagan posible modificar la Constitución);

en un plazo próximo presentar al país claramente los puntos establecidos anteriormente; y

la exigencia de apertura de los registros electorales y la aprobación de una ley de partidos políticos.

La propuesta de J. J. Brunner es interesante por su realismo, ya que este fue el camino que prevaleció en la oposición y marcó el tránsito de la transición a la democracia.

El grueso de los planteamientos de Brunner (...) fue importante puesto que se revelan aspectos de lo que más tarde será la historia política de Chile y nuestro proceso de transición, que visto en perspectiva histórica calza perfectamente con el cuadro pronunciado por él en 1986¹⁰²⁴.

Aunque dichas ideas causaron en un principio, escozor en las filas del almeydismo, poco a poco las reflexiones de Brunner, fueron aceptándose como propias. Quizás los almeydistas no comulgaron con la negociación, pero aceptaron a esta como la versión más realista y eficaz. A partir de estas conclusiones, la unidad del socialismo chileno asumió una dinámica más práctica. Los posteriores Plenos y reuniones, de ambas facciones (Almeyda y Núñez) se transformaron en un espacio resolutivo que cobró legitimidad.

7.2. La discusión sobre la inscripción en los registros electorales y la unidad del socialismo

La discusión de los socialistas (y la izquierda), en torno a 1987, estuvo determinada por:

la inscripción en los registros electorales y el plebiscito (1988);

cómo y dónde se realizaría la unidad socialista, es decir, si la reunificación se efectuaría al amparo de la izquierda o se prescindiría de ella¹⁰²⁵.

Verifiquemos el primer punto. El almeydismo se batía entre apoyar la inscripción en los registros electorales (y exigir elecciones libres) o desobedecer la institucionalidad militar e insistir en la estrategia de la movilización popular (con perspectiva rupturista). En este marco, las autocríticas en el almeydismo asomaron en torno al III Pleno clandestino (finales de 1986), ocasión en que se reconoció: el débil desempeño del MDP; la necesidad de una alianza de mayor dimensión política; y se reconoció que las movilizaciones (1983-86) no posibilitaron la perspectiva rupturista.

Frente al nuevo contexto, los almeydistas decidieron apoyar la inscripción en los registros oficiales y una posible participación en el plebiscito (1988). La revista *Unidad y Lucha* destacó «la meditada decisión del Comité Central del Partido Socialista de promover la inscripción de los chilenos en los Registros Electorales. Lograr que se inscriban siete millones de ciudadanos o más significará poner en serio peligro la estrategia de la legitimación de la dictadura»¹⁰²⁶. La Dirección llamó a «incentivar sin complejos la inscripción en los Registros Electorales, buscando y forzando por todas esas vías el gran acuerdo opositor para derrotar a Pinochet»¹⁰²⁷. Dicha decisión generó polémica con los comunistas.

Resulta por tanto inexplicable que partidos que han señalado que el tema de los registros electorales es de carácter «secundario», se planteen en contra o se definan neutrales frente a la inscripción, con lo cual no hacen sino

trascendentalizar dicho tema, dándole facilidades inesperadas a la política exclusionista de la centro-derecha¹⁰²⁸.

Por tanto, la decisión del PSCh-Almeyda, al igual que los nuñistas, significó – haciéndose eco de los análisis de J. J. Brunner– aceptar la institucionalidad castrense y abrir paso a una salida política negociada.

Por su parte, la IC, en una perspectiva similar, reconoció que la situación política había cambiado y la estrategia de la desobediencia civil había perdido fuerza frente a la consolidación del régimen. Por ello, la IC apuntó a trabajar en un escenario institucional. «Nuestro trabajo obligadamente tiene que tomar en cuenta el escenario institucional que hoy enfrentamos y cuya vigencia es consecuencia de la incapacidad de la oposición de haber obtenido el derrocamiento de la dictadura, entre los años 83 y 86»¹⁰²⁹. La CP de la IC decidió, al igual que los socialistas históricos, apoyar la inscripción en los registros electorales; demandó elecciones libres; y previó la participación en el plebiscito de 1988¹⁰³⁰.

El MAPU, en la misma senda, se decantó por la inscripción masiva en los registros electorales. Convocó a una campaña denominada «Plan popular de acción democrática», para demostrar a las FF. AA. la necesidad de elecciones libres. Sin embargo, ante la improbabilidad de esto último, señaló que «si ello no se alcanzara a lograr, (había que) orientar los mismos recursos y organización desarrollada, hacia la derrota de Pinochet en el Plebiscito»¹⁰³¹. Por lo tanto, la totalidad de la oposición, a excepción del PCCh, decidió apoyar la inscripción en los registros electorales. Las dudas aún persistían respecto al plebiscito de 1988. Sin embargo, esta última opción era innegable, tanto por la inminencia del evento como por la fortaleza institucional de la dictadura.

La segunda discusión trascendental, se refiere a la unidad del socialismo. Hubo dos posibilidades: forjar la unidad entre las facciones históricas en torno al PSCh y, en segundo lugar, reunificar a la totalidad del área socialista.

Una de las primeras decisiones que ayudó a forjar la unidad, ocurrió cuando el PSCh-Núñez –bajo el impulso del VI Pleno, en diciembre 1986– decidió abandonar la AD¹⁰³². Sin embargo, la medida no estuvo fundamentada en un giro «a la izquierda» de los nuñistas. «Lo grave es que se saquen conclusiones

erradas. Que el PC crea que vamos a reeditar la UP (...) Salirse de la Alianza significa también poner como orden del día la reconstitución del socialismo, pero renovado, democrático y contrario a la militarización de la política»¹⁰³³. La idea fue potenciar la autonomía de la identidad socialista renovada. Lagos señaló que «producido el retiro de la Alianza, se abren las condiciones para reorganizar el mundo socialista y eso implica un manejo autónomo de la política»¹⁰³⁴.

Los nuñistas dieron a entender al centro político (DC) que no contarían con un PSCh autocomplaciente. La idea fue, entonces, ir en busca de un espacio propio, ya que, como se señaló en la revista *Qué Pasa*, «no les conviene seguir disputándose el espacio con la DC porque pierden. Entonces la idea sería buscar un perfil propio»¹⁰³⁵. Sin embargo, la DC siguió siendo el aliado político estratégico preferente para los renovados¹⁰³⁶. En busca de este espacio político, el PSCh-Núñez se abocó a depurar la unidad a través de sus Plenos en 1987. Pero, esta vez, bajo su hegemonía. Por lo tanto, la unidad no se realizaría al interior de la izquierda. «Creemos que es necesario avanzar hacia la materialización de una coordinación de los partidos del área socialista (...) Tenemos la voluntad de recorrer un camino de entendimiento mayor, privilegiando la unidad socialista por sobre la unidad de la izquierda»¹⁰³⁷.

El PSCh-Núñez, aunque participó en el «Conclave de la Izquierda» no fue partidario de firmar acuerdos que reflataran alianzas como la UP. Según advirtió Núñez: «su concurrencia a esos encuentros no pretende consagrar la creación de un «referente de izquierda» que, a su juicio, solo rigidizaría aún más el actual cuadro político»¹⁰³⁸. Para los Nuñistas «el reencuentro socialista no pasa por terceros»¹⁰³⁹. En voz de su exsubsecretario, Hernán Vodanovic, señalaron que reflatar una coordinadora de izquierda significaba no asumir los errores del pasado y abortar el desarrollo de una izquierda democrática¹⁰⁴⁰.

En detrimento de la recién formada IU, los nuñistas optaron por mantenerse cercanos a la DC. Su objetivo era fomentar una nueva alianza estratégica con el centro y forjar, así, un cambio en la composición de la izquierda ex UP y un reordenamiento del sistema de partidos. Lo anterior, transformaría a la centro-izquierda en un (nuevo) actor clave en el proceso de redemocratización del país. «La renovación es un factor fundamental para la reflexión práctica y teórica de todos los socialistas. Si después de ella construimos una sola gran fuerza socialista, habremos contribuido también, a renovar a la izquierda chilena»¹⁰⁴¹.

En el segundo semestre de 1987, en el marco de un Pleno, los nuñistas

plantearon explícitamente las temáticas a resolver al conjunto del área: «estrategia de lucha contra la dictadura y programa socialista, sus fundamentos y concepción de partido (...) Los invitados a este proceso son: PS-Almeyda, PS-Histórico, PS-Mandujano, Mapu, Izquierda Cristiana e independientes»¹⁰⁴².

Por su parte, el PSCh-Almeyda decidió ingresar a la efímera IU, con el objeto de que la unidad fuera en el marco de la izquierda. «No estaremos nunca en un proceso de unidad socialista que no tenga en el centro, y como tarea fundamental hoy día, la unidad de la izquierda»¹⁰⁴³. La juventud almeydista, también entregó indicios hacia esa dirección. En su I Pleno declaró que: «En el marco de la unidad de la izquierda, con quienes participan activamente en este proceso estamos dispuestos a dar pasos decididos en la unidad socialista»¹⁰⁴⁴.

A pesar de estas diferencias, la unidad era un imperativo. Un socialismo dividido en diversas facciones y tendencias significaba una capitulación (a favor del centro) de cara a la transición democrática. Por ello, Almeyda entregó una nueva señal a sus socios renovados y a la oposición. Señaló que, aunque era deseable la unidad socialista en la izquierda, era igualmente necesario y decisivo un acuerdo con la DC: «Creo que la unidad orgánica del socialismo como expresión de consensos políticos básicos (...) es un elemento clave para unir y potenciar a la izquierda y para facilitar un acuerdo de esta con el centro político»¹⁰⁴⁵.

Las juventudes socialistas crearon el Comité de Trabajo Unitario que le otorgó legitimidad al proceso. Según Jaime Pérez de Arce: «El desafío de la unidad es no solo poner fin a la dispersión orgánica, sino fundamentalmente a la dispersión de políticas que hace ineficaz la enorme fuerza potencial del socialismo chileno»¹⁰⁴⁶. El presidente de la JS-Almeyda envió además un mensaje a quienes, desde la propia facción, alimentaban posiciones radicales y no eran capaces de vislumbrar, según él, los objetivos. «No se es más revolucionario por ser más “puntudo” ni por tener el discurso más encendido, sino por ser capaces de diseñar una política conductora de millones de seres tras la conquista de sus objetitos»¹⁰⁴⁷.

Es una época en que, a pesar de los intentos unitarios, el lenguaje entre ambas facciones (y al interior de las mismas) subió de tono, ya que se acusaron mutuamente de proyectar la unidad de manera demagógica. Determinar la unidad del socialismo dentro o fuera de la izquierda significaba en el fondo

hegemonizar el proceso mismo. He ahí el punto en discusión. La postura del PSCh-Núñez pareció mejor posicionada que sus socios. Las desavenencias al interior de IU¹⁰⁴⁸ fueron un factor clave a favor de los nuñistas. Otro factor decisivo, fue el rol de la DC, en cuanto a reafirmar su total legitimidad al PSCh-Núñez. Además la DC inició fructíferas negociaciones con los dirigentes Terceristas del almeydismo. Todo lo anterior fue determinante para que la unidad del socialismo se realizara, finalmente, fuera de los contornos de la izquierda.

7.3. Los compromisos políticos en torno al plebiscito de 1988

Una vez superada la discusión a favor de la inscripción, el PSCh-Almeyda se pronunció respecto a la viabilidad del plebiscito y de paso envió un mensaje al PCCh.

La IU no ha logrado consenso pleno sobre la materia. En paralelo, se ha abierto paso a una mayoritaria convergencia por el NO. Antes de que se culmine el verano las fuerzas políticas deberán estar alineadas. El que no lo haga verá reducida su capacidad de incidir en la conducta de los demás¹⁰⁴⁹.

En los Plenos del PSCh-Almeyda se habló de batalla, pero de una batalla plebiscitaria y se consideró al voto un arma de lucha. En definitiva, delimitaron que la derrota de Pinochet sería a través de un plebiscito. «El plebiscito ya se ha convertido en una perspectiva cierta (...) La batalla plebiscitaria y el voto también son armas de lucha que ahora debemos utilizar (...) La derrota de Pinochet en el plebiscito es posible»¹⁰⁵⁰. Por lo tanto, los almeydistas asumieron que la derrota sería política y respetarían el itinerario institucional. Paralelamente, continuaron criticando la ambigua postura de los comunistas frente al plebiscito.

La dirección del PC es pródiga en adjetivos para descalificar la línea del NO, considerándola «capituladora», «conciliadora», generadora de «peligrosas ilusiones» y que en su esencia legitima la «institucionalidad fascista». Es necesario dejar registradas estas opiniones, para que el tiempo diga y cada cual se haga responsable de sus dichos¹⁰⁵¹.

El siguiente paso hacia a la unidad, se produjo, en febrero de 1988, cuando nuñistas y almeydistas adhirieron a la Concertación de Partidos por el NO junto al MAPU, a la IC, al PPD, al PR, al Partido Humanista y a los demócratacristianos¹⁰⁵². Esta decisión zanjó dos cuestiones: la determinación del área socialista de participar en el plebiscito; y los almeydistas privilegiaban un acuerdo con las fuerzas renovadas y del centro. El mensaje a sus socios comunista fue claro. El PSCh-Núñez, a través de un Pleno, en febrero del mismo año, especificó las razones de su participación en el plebiscito y ratificó su interés por la unidad con las demás tendencias. Los almeydistas, por su parte, crearon el Comando Socialista por el NO (COSONO) con el objeto de impulsar la inscripción y la movilización electoral. El acuerdo fue ratificado con la firma del «Manifiesto de las Fuerzas Socialistas por el NO»¹⁰⁵³.

Finalmente, el triunfo en el plebiscito (5 octubre de 1988) permitió, bajo un ascendente espíritu de reciprocidad, una mayor convergencia entre las facciones socialistas históricas. El triunfo del «No a Pinochet» permitió verificar a la oposición, y en especial a los socialistas, que tras la consecución de un objetivo práctico (el plebiscito) la unidad era menos costosa. El dirigente Gonzalo Martner destacó que la estrategia política iniciada en 1988, con el triunfo del NO, debía ser maximizada en las elecciones generales de 1989 y en el posterior gobierno de transición democrática¹⁰⁵⁴.

En paralelo, al interior del PSCh-Almeyda se hicieron hegemónicos los sectores que auguraban un revisionismo en un marco de superación, rescate y renovación. Es decir, los sectores (antes minoritarios) comenzaron a posicionarse al frente de la facción. Bajo este impulso, los Terceristas se instalaron en buena medida en la Dirección. Lo paradójico, es que posterior al plebiscito, el interés por la unidad del partido se transformó para el almeydismo en una necesidad, inclusive, más substancial que para los renovados.

En este marco, los dirigentes almeydistas hicieron pública una serie de

autocríticas políticas-ideológicas y verificaron la necesidad de asumir como propio el proceso de la renovación. Conocidas fueron, por ejemplo, las opiniones críticas de Pérez de Arce y Germán Correa. El primero reflexionó sobre la visión del poder y planteó la necesidad de profundizar y ejercitar la democracia. «Una izquierda conductora de millones y no solo de miles, que no solo haga testimonio de su vocación de poder sino que cuente con una estrategia de profundización democrática efectiva que le permita conquistar y ejercer ese poder». Respecto de la vigencia del proceso renovador de la izquierda chilena, señaló: «A la luz de estos desafíos resulta claro que la Izquierda que necesitamos esta distante de la que hoy tenemos y que el solo desarrollo lineal de lo que existe no es suficiente. Se requiere un gran salto cualitativo y el medio para alcanzarlo es el proceso de la renovación»¹⁰⁵⁵.

Pérez de Arce consideró que ese salto cualitativo estaba determinado por el fortalecimiento de una democracia avanzada y al reconocimiento de los adelantos del capitalismo (más allá de sus fallos). Señaló, además, que se debía renovar los estilos de trabajo, la práctica política, así como la relación con las masas. Subrayó que se debía cambiar el «discurso estrategista» de objetivos generales, por la consumación de objetivos parciales, delineados por la coyuntura, ya que, según él, eran más asimilables a la sociedad¹⁰⁵⁶. En este sentido, Germán Correa enunció que el almeydismo había desarrollado un «internismo» que había desvirtuado la relación con la sociedad, fomentando un partido desalineado con la ciudadanía. El «internismo», recalcó el dirigente Tercerista, generó un mal diagnóstico, ya que se realizó a partir de unas masas proclives al partido (minoritaria) desconociendo el sentir mayoritario. Este tipo de relación y lectura, sentencia Correa, indujo a que el partido se dictaminara a sí mismo¹⁰⁵⁷.

El PSCh-Almeyda, a comienzos de 1989, como gesto de acercamiento al Nuñismo, declaró, que el ideologismo de antaño, había sido un error fundamental. Reconocieron que la izquierda chilena estaba en un punto de aislamiento que podía rematar su futuro. Por ello, fueron proclives a maximizar los acuerdos con el resto de la oposición, especialmente con el centro político. Bajo esta afinidad y convergencia, el PSCh-Almeyda en su VII Pleno, a comienzos de 1989, definió su «voluntad expresa de unidad»¹⁰⁵⁸. «El Pleno Nacional, con el mandato del conjunto del partido, ratificó la resuelta decisión de jugarse a fondo por la Unidad del Socialismo Chileno (...) El Pleno aprobó por unanimidad la cuenta presentada por la Comisión Política sobre las gestiones encaminadas a concretar tal iniciativa»¹⁰⁵⁹. Es importante destacar que más allá

de los acuerdos entre dirigentes de ambas facciones –sumado a las reuniones con el MAPU y la IC– el proceso de unidad y renovación, tuvo un impulso, y quizás de forma más directa, a partir de las organizaciones intermedias de los partidos.

7.4. Los acuerdos internos previo a la reunificación de 1989

Los pasos concretos a favor de la unidad que desempeñaron las juventudes de ambas facciones (JS-Almeyda, FJS-Núñez y posteriormente el MAPU-Juvenil), las Mujeres por el Socialismo, los dirigentes de los Regionales (especialmente el Regional Concepción) o las bases, fueron decisivos. El dirigente Rolando Calderón destacó este hecho:

En la base se ha empezado a trabajar en conjunto y hay coordinaciones de frentes, hay coordinaciones en regiones. Aquí en Santiago el Regional Sur de nuestro partido con el de Núñez están trabajando juntos (...) Es muy importante lo que se hace desde las Direcciones, pero más fundamental y decisivo es lo que se hace desde la base¹⁰⁶⁰.

La celebración del 56º aniversario del PSCh sirvió de preámbulo para la unidad, ya que ambas facciones decidieron celebrarlo en conjunto. Según la revista *Unidad y Lucha*, el ejemplo fue seguido por otros treinta Regionales. Se subrayó que en la ciudad de Concepción ambas facciones desarrollaron un Pleno Regional en conjunto¹⁰⁶¹.

Otra vía de unidad concreta la encabezaron las Mujeres Socialistas de ambas facciones.

Pese a nuestras diferencias, en estos 15 años las mujeres socialistas nos hemos encontrado en la construcción cotidiana de un quehacer y una práctica social y

política de las mujeres en nuestro país.

Llamamos a todas las mujeres socialistas a reforzar este camino (...) como contribución de la mujer a la unidad socialista¹⁰⁶².

Ambos órganos redactaron un documento denominado «Mujeres, fuerza de unidad» en el que abogaban por la construcción de un solo partido¹⁰⁶³.

Otra acción concreta y decisiva provino de las direcciones juveniles. La JS-Almeyda, en la XXII Conferencia, declaró como objetivo inmediato la unidad de todas tendencias juveniles. En el cierre de la Conferencia, Luis Sierra, secretario del FJS-Núñez (invitado al evento), realizó un «vehemente llamado a la unidad socialista», recalcando que las juventudes de los partidos y las facciones se habían transformado en el cauce efectivo y legítimo. A este llamado se sumaron las juventudes del MAPU y la IC¹⁰⁶⁴. Específicamente, el Secretariado Juvenil del MAPU planteó que: «La unidad socialista no se reduce a las orgánicas históricas (...) deben desarrollarse iniciativas para que sectores socialistas nuevos –como el MAPU– den su aporte para que efectivamente surja una nueva fuerza socialista y no solo la reconstitución del antiguo PS¹⁰⁶⁵.

Como primer paso, nuñistas y almeydistas, crearon la Unión de Jóvenes Socialista (UJS). Aunque seguían manteniendo grados de autonomía fue un espacio de responsabilidad común. El objetivo fue conformar tres comisiones: de programa juvenil, una electoral y una tercera que abarcó los aspectos doctrinarios. Para ello, se creó un Comité Ejecutivo de 10 miembros (5 por cada sector) que operó con carácter oficial. El Comité definió «la necesidad de un candidato común opositor, un pacto parlamentario y un programa común de gobierno»¹⁰⁶⁶. La fusión orgánica juvenil fue una realidad. Para Germán Correa el evento significó que «los jóvenes socialistas rescataron al partido de las cenizas». Jorge Arrate, por su parte, reconoció que dicho acto «debe ser semilla de un partido unido, de un partido en que se mezclen sueño y realismo, sentido de nación y cotidianeidad, memoria y futuro, historia y renovación»¹⁰⁶⁷.

Como observamos, el marco de convergencia fue amplio y coherente. Sin embargo, persistían (como en 1988) cuestiones teóricas-políticas a definir. La solución más acertada fue la creación de un «marco teórico e ideológico»

mínimo: «será un mínimo que, para servir a la unidad, deberá más bien abrir curso a un desarrollo de los debates y definiciones y nunca un catalogo de impedimentos (...) La voluntad política será el factor más decisivo»¹⁰⁶⁸. El dirigente Raúl Ampuero, señaló que las diferencias teóricas «se pueden ir resolviendo mediante una actitud pragmática, dejando la resolución de algunas cuestiones ideológicas o abstractas para cuando el Partido Socialista esté unificado»¹⁰⁶⁹.

La anterior propuesta emergía de una cuestión evidente: las diferencias teóricas y políticas de 1989 no se correspondían con las discrepancias de hace diez años atrás (1979, año de la crisis). Según los dirigentes, durante estos últimos 10 años hubo una autocrítica radical y positiva, una experiencia política personal, un trabajo de base no menor que permitía levantar una postura consensuada. Hubo anuencia para que las diferencias que aún persistían se resolvieran en el transcurso del proceso unitario. Estas, posteriormente, serían depuradas en un Congreso Unitario, ya que si no, señalaron los dirigentes, estarían frente a la postergación indefinida de la unidad.

Otro paso en la consolidación unitaria, se logró gracias al «Acuerdo Socialista». Lo anterior selló un trascendental compromiso de apoyo mutuo para las elecciones al parlamento de 1989.

Los socialistas chilenos han concordado un conjunto de acciones comunes para la próxima elección presidencial y parlamentaria (...) los acuerdos que aquí se consagran constituyen un paso más en la dirección de lograr, con un método responsable y serio, la formación de un Partido Socialista de Chile unido sobre la base de sólidos acuerdos doctrinarios, políticos y programáticos¹⁰⁷⁰.

Hernán del Canto, en el discurso del Acuerdo, graficó el alto consenso: «Por eso dijimos también que queríamos candidato único presidencial. Y lo tenemos. Por eso dijimos que queríamos bases programáticas comunes. Y las tenemos. Por eso abogamos por un acuerdo electoral global. Y lo tenemos»¹⁰⁷¹. En la misma dirección, el nuevo secretario general de los socialistas renovados, Jorge Arrate, concluyó que el Acuerdo suscrito «es la continuidad de una tarea de reencuentro (...) es el prolegómeno de pasos decisivos en la constitución de un gran Partido

Socialista de Chile, fuerza moderna y renovadora de la izquierda, pleno participante de la democracia chilena»¹⁰⁷².

Por su parte, el MAPU, a través de su CP, ratificó la intención de integrarse al PSCh unificado. Además de su estratégica incursión en el PPD, el MAPU –bajo ese mismo espíritu visionario y mesiánico– manifestó

su disposición a mantener una política activa en esta materia a todos los niveles y reafirmó la Comisión para la Unidad conformado por los compañeros Víctor Barrueto, Carlos Montes, Oscar Guillermo Garretón y Francisco Estévez (...) Valoramos en ella los conceptos sobre la unidad y los puntos de concordancia históricos y actuales. Nos parece que sobre dicha base podemos construir una voluntad común¹⁰⁷³.

Finalmente, el PSCh-Almeyda celebró su VIII Pleno Nacional. Como demostración de confianza, el Pleno contó con la presencia del secretario general de los renovados, Jorge Arrate. La primera resolución del Pleno fue:

Ratificar la política de unidad socialista llevada a cabo por el Partido (...) y reafirmar su voluntad de que tal proceso culmine en el curso de este año (...) Para tal efecto el Pleno Nacional aprobó por unanimidad la propuesta de itinerario y mecanismo de unidad socialista acordada con el PS dirigido por el compañero Jorge Arrate¹⁰⁷⁴.

Bajo este ambiente unitario, los socialistas de las diversas tendencias se abocaron en el transcurso de 1989, a consensuar las «bases políticas y doctrinarias» del partido. Este fue considerado el último escollo a superar, ya que aún existían, en ambos sectores, pequeños grupos reticentes a trazar sus ideales políticos.

7.5. El XXV Congreso del PSCh-Núñez

El camino unitario descrito anteriormente tuvo que lidiar, sin embargo, con una resolución del IX Pleno¹⁰⁷⁵ del nuñismo (abril 1989) que dictaminó realizar un Congreso como paso previo a la reunificación. Esta decisión generó críticas en el almeydismo, ya que, según ellos, postergaría innecesariamente la unidad. El propio Almeyda señaló que (el Congreso previo)

conspirará necesariamente contra la reunificación, al menos retardándola, sino impidiéndola por un largo tiempo. Por ello –enfatisa Almeyda– le insistimos una vez más que, en aras de facilitar y acelerar el imprescindible proceso unificador, realicen un gesto de generosidad frente a la necesidad de la unidad socialista y suspenda la realización de dicho Congreso¹⁰⁷⁶.

A pesar de las advertencias, se ratificó para junio de 1989 la realización del XXV Congreso¹⁰⁷⁷. Dicha actividad interna no tuvo otro objetivo que definir y alinear política e ideológicamente a la facción como paso previo a la reunificación. La intención de los renovados fue potenciar y proyectar sus concepciones políticas frente a los almeydistas. Y a la luz de los hechos, fue una decisión efectiva. Las resoluciones del Congreso –del ahora PSCh-Arrate– señalaron que

cinco son las rupturas claves con respecto a las políticas consagradas en los congresos precedentes efectuados en Chile: el abandono doctrinario del marxismo-leninismo, el entierro del llamado «centralismo democrático», el fin del privilegio de la alianza socialista-comunista a favor de una mayor amplitud de un «bloque por los cambios» que incluya al centro, la adscripción a la Internacional Socialista y, en fin, el reemplazo de la convocatoria a hacer «la revolución» y a «transitar al socialismo» por un llamado más pragmático a alcanzar la democracia y a avanzar hacia la modernidad¹⁰⁷⁸.

El Congreso declaró su adhesión inquebrantable a la democracia representativa y a sus instituciones formales. Walker rescata este hecho:

En el XXV Congreso el PSCh declara su adhesión, desde la propia perspectiva socialista, a las instituciones de la democracia representativa. Lo anterior, en clara oposición a las definiciones adoptadas en los congresos de Linares (1965), Chillán (1967) y La Serena (1971), los que adoptaron una postura de cuestionamientos y rechazo de la llamada democracia «formal» o «burguesa»¹⁰⁷⁹.

En relación a su organización interna el Congreso señaló que: «excluye de sus formas de organización el centralismo, el verticalismo y el burocratismo y busca, en cambio, organizarse en torno a principios de democracia interna (...) a través del voto libre e informado de los militantes, por plazos determinados y sujetas a permanente control»¹⁰⁸⁰.

Según el PSCh-Arrate, las definiciones doctrinarias del nuevo socialismo debían enriquecerse a partir del permanente desarrollo del devenir social. «Es cierto que al hacerlo incorporamos una dosis de relatividad a nuestro pensamiento, pero también es cierto que ella es la única que nos permite conocer creativamente el mundo real dentro del cual nos movemos»¹⁰⁸¹. Los socialistas de Arrate, desestimaron el leninismo por albergar una «visión ortodoxa, totalitaria y reduccionista del socialismo», aspectos que no se condicen, según ellos, con los ideales democráticos. «Hemos recusado toda forma de dogmatismo y en particular las visiones leninistas», ya que «Aspiramos al socialismo como profundización de la democracia. En los marcos de la institucionalidad democrática permanente y compartida por todos»¹⁰⁸².

El XXV Congreso, además de redefinir los espacios ideológicos, precisó que su práctica política estaría definida por la democracia política.

Respetamos el pluralismo ideológico y la alternancia en el poder; los derechos humanos y civiles de mayorías y minorías; la independencia y equilibrio entre poderes del Estado. Impulsamos la participación y control de los ciudadanos sobre el ejercicio del poder, fomentando el establecimiento de nuevas relaciones

de las organizaciones sociales entre sí y con el Estado (...) Nuestro modelo de socialismo rechaza el estatismo y la centralización», ya que «generan nuevas formas de desigualdad¹⁰⁸³.

Otras de las resoluciones adoptadas fueron: apoyar la consolidación del PPD, desechar una alianza con el PCCh e ingresar a la Internacional Socialista (tendencia del socialismo democrático).

El voto político del Congreso fue enfático frente a la experiencia del pasado reciente. A partir de ello concluyeron que:

Nuestras ideas y propuestas responden, en suma, a un profundo y amplio proceso de renovación del socialismo en Chile, que nos ha llevado, como a ninguna otra fuerza política, a una revisión crítica de nuestra historia, de aprendizaje de nuestras propias experiencias, un reconocimiento de errores y limitaciones, de desviaciones incluso de nuestra propia tradición que por un momento significaron asumir posiciones dogmáticas y alejadas de la realidad (...) Retomar la tradición partidaria significa desechar el leninismo por considerarlo una construcción dogmática, autoritaria y reduccionista¹⁰⁸⁴.

Aunque, la realización del Congreso no significó abolir o retrasar la unidad socialista, sí es efectivo que dicho evento reafirmó sus bases ideológicas y políticas. Lo anterior permitió que los renovados llegasen al proceso unitario alineados bajo la conducción de una nueva Dirección hegemónica (encabezada por Jorge Arrate). Posterior al Congreso, los socialistas en conjunto se abocaron, a desarrollar las bases doctrinarias y políticas, entendidas como una guía infalible para la consolidación del partido de cara a la década de los noventa.

7.6. Bases Doctrinarias y Políticas

El documento «Bases Doctrinarias y Políticas» estableció un conjunto de principios sobre el carácter del partido:

para nosotros el socialismo es la máxima expresión de la democracia, al hacer de esta una opción radical e integral, que no se visualiza como una mera forma de administración del orden social existente, sino como una vía para su transformación (...) es decir, una democracia que es al mismo tiempo instrumento y finalidad superior¹⁰⁸⁵.

Las Bases Doctrinarias hicieron hincapié en la relación recíproca entre democracia y socialismo. Especificaron que la democracia, como sistema político, asegura la convivencia entre los componentes de la sociedad. «De allí que el PSCh proclama su ineludible voluntad de contribuir al constante perfeccionamiento de la democracia (...) Los socialistas de Chile basamos nuestra concepción ideológica que une socialismo y democracia»¹⁰⁸⁶. El partido, dice el documento, es revolucionario de una cultura crítica de la sociedad capitalista, inspirado en tres componentes históricos: «desde el pensamiento marxista enriquecido y rectificado por todos los aportes del devenir científico y social, desde el desarrollo de las mejores tradiciones humanistas y desde la contribución creativa de los valores solidarios y liberadores del mensaje cristiano»¹⁰⁸⁷.

El carácter «revolucionario» tuvo una nueva impronta semántica, definido por el valor de la democracia formal: «El carácter revolucionario de los ideales socialistas se define por la transformación democrática profunda que persigue y no por los medios que se empleen para lograrlos»¹⁰⁸⁸. El partido rechazó la mirada vanguardista o aquella que se autoasignaba la representación de la soberanía popular. Es decir, concibió a las mayorías como engranaje de cambios:

solo se concibe la posibilidad histórica de la transformación económica, política, social y cultural, en tanto el proyecto transformador sea encarnado por una amplia mayoría nacional y no como la imposición de un grupo iluminado que se autoarroga la potestad y la representación de la soberanía popular¹⁰⁸⁹.

El PSCh asumió los conceptos de diversidad, pluralidad, consenso, democracia interna y tolerancia. Reconoció la amplitud de corrientes y la legitimidad de las mismas. El debate y la participación, en contraposición al centralismo democrático, serían en este sentido la clave en la toma de decisiones.

Aspiramos a forjar un partido que debe tolerar y bien venir la diversidad de corrientes de pensamiento y de culturas que conforman el vasto acervo del socialismo chileno, esforzándose por la máxima amalgama y síntesis ideológica posible y por la más sólida construcción de consensos que hagan posible una conducción coherente¹⁰⁹⁰.

El documento criticó con vehemencia la relación deforme que había establecido el partido con las masas, ya que fueron manipuladas tras objetivos ideológicos. «(esta) es una de las áreas donde se han producido, por décadas, las mayores limitaciones y deformaciones en la izquierda chilena», en donde, «el discurso verbal que realza el protagonismo de las masas es flagrantemente contradicho, de manera no poco frecuente, por prácticas burocráticas, controladoras de las organizaciones sociales»¹⁰⁹¹. En este sentido, las Bases Doctrinarias consideraron que el partido no era el custodio exclusivo de los cambios, ya que: «Hoy no solo comparte protagonismo con otros agentes e instrumentos de la transformación del sistema, sino que está obligado a asumir las banderas y contenidos de lucha de aquellos»¹⁰⁹².

El documento calificó positivamente que la renovación de la izquierda haya generado un nuevo escenario en términos de alianzas políticas.

se abre la posibilidad histórica de recomponer las alianzas que tradicionalmente se dieron entre ellas. Esto, con el propósito de su transformación en un gran bloque social y político mayoritario que impulse, a través de la extensión y profundización crecientes de la democracia, cambios estructurales en nuestra sociedad (...) basada en un sólido entendimiento entre un centro político de clara vocación progresista y una izquierda profundamente renovada en sus

planteamientos, propuestas y formas de acción¹⁰⁹³.

Respecto de la relación del partido con el ámbito internacional, se rescató su vocación internacionalista, pero se resaltó paralelamente su grado de autonomía frente a los conflictos. Se destacó su ideario humanista, su vocación por la paz, vocación democrática y su especificidad latinoamericanista¹⁰⁹⁴.

En relación a las Bases Políticas, el PSCh apostó, en primer lugar, por un diseño que permitiera la formación de mayorías nacionales. La creación de una alianza –como la Concertación de Partidos por la Democracia– sustentada por consensos amplios,

que supere los viejos esquemas aliancistas y la fatal división en tres tercios del espectro político partidista (...) Los socialistas perseveraremos en el esfuerzo por superar los límites que demarcó nuestra herencia histórica predominante en las relaciones con el centro político y simultáneamente en el propósito de contribuir decisivamente a la actualización y renovación del conjunto de las fuerzas de izquierda¹⁰⁹⁵.

Como recuerda Arrate, la aprobación de este documento, perfiló al partido como una organización democrática y de mayorías, que se comprometía en el nuevo gobierno Concertacionista, para democratizar la institucionalidad y el país, asegurar el desarrollo nacional, reforzar las organizaciones y defender los DD. HH.¹⁰⁹⁶

Antes de terminar quisiera destacar los aspectos más significativos de las Bases Doctrinarias y Políticas del PSCh¹⁰⁹⁷:

rechazo a la violencia como medio impositivo para establecer un proyecto político, así como toda forma de totalitarismo;

incorporación de la Declaración Universal de Derechos Humanos;

revalorar la tolerancia y el libre juego de las ideas en la sociedad;

necesidad de una amplia mayoría nacional para realizar transformaciones;

luchar por la libertad y la igualdad,

el carácter revolucionario del partido se define por la transformación democrática y no por los medios que se utilicen;

se valoran las distintas vertientes contemporáneas desde el pensamiento marxista, las tradiciones humanistas y los valores del mensaje cristiano;

conformar un bloque social y político mayoritario;

instaurar una estructura democrática al interior del partido;

respetar la autonomía de las organizaciones sociales;

profundizar el internacionalismo, el Humanismo, la vocación por la paz, la

vocación democrática y latinoamericanista;

rechazar el estalinismo de matriz dictatorial y dogmática;

favorecer los vínculos internacionales, especialmente el latinoamericano;

compromiso con la democracia, velando por sus reglas formales y la participación ciudadana;

respeto pleno al Estado de Derecho; y

conciliar el crecimiento económico con la justicia y el bienestar social.

7.7. Reunificación oficial del PSCh

Después del triunfo de la Concertación en las elecciones generales (14 diciembre 1989), la reunificación del PSCh apareció como el evento político más trascendental. En este marco de unidad y renovación, diversos sectores de la izquierda se sumaron al encuentro por el consenso alcanzado y por su sentido práctico. De ahí que la reunificación del socialismo chileno tuvo también una alta cuota de pragmatismo o realismo político.

Como acontecimiento previo, se oficializó la Unión de Jóvenes Socialista (UJS). La JS-Almeyda, la FJS-Arrate y el MAPU-Juvenil sellaron la integración de sus respectivas direcciones nacionales tras una única Dirección¹⁰⁹⁸. El nuevo secretario general, Ernesto Águila, en un autocrítico discurso recalcó los

evidentes fracasos de la izquierda:

Se ha puesto muy en evidencia la incapacidad de las izquierdas (...) Las ideas-fuerzas o los esquemas en torno a los cuales se ordenaban las fuerzas socialistas no están vigentes o en gran parte no sirven. Por todo eso expresé en mi discurso que no creía exagerado decir que todo está puesto en discusión dentro del socialismo¹⁰⁹⁹.

Dos semanas más tarde se oficializó la reunificación del PSCh (29 diciembre 1989)¹¹⁰⁰. En el acto tanto Arrate como Almeyda resaltaron que la reunificación era trascendental para la reconstrucción de la democracia. En representación del MAPU, pronunció un discurso el histórico dirigente Oscar Guillermo Garretón. En el acto unitario¹¹⁰¹, Almeyda realizó una fuerte autocrítica a su facción:

Lejos pues de nosotros los sectarismos, las rigideces y las exclusiones (...) nos encontramos inmersos ahora en un proceso de reflexión crítica y autocrítica no solo en relación a nuestro pasado, sino también alrededor de las experiencias vividas por otros pueblos, experiencias aleccionadoras unas veces, pero dolorosas otras, teñidas por las negras notas del dogmatismo¹¹⁰².

El líder señaló que una de las cuestiones más trascendentales, es que la reinauguración de la democracia había generado un realineamiento de las tendencias tradicionales del sistema de partidos, ya que la Concertación había promovido un desplazamiento de la izquierda hacia el centro. El almeydismo ratificó su intención de abolir los tres tercios del sistema partidista¹¹⁰³.

Oscar G. Garretón, por su parte, señaló que la incorporación del socialismo emergente era fruto de la nueva diversidad del socialismo.

Así haremos del socialismo una casa grande y abierta a todo el ancho mundo

socialista, que supere con creces a nuestras orgánicas (...) El MAPU es la única fuerza del socialismo no histórico (...) Esta diversidad de fuentes no me asusta, más bien me llena de optimismo (...) Por lo demás la historia del pasado nos enseñó que definiciones ideológicas abstractas no eran garantía alguna de unidad¹¹⁰⁴.

Garretón subrayó que el MAPU emprendió, tempranamente, el rumbo de la renovación política-teórica sin complejos. Destaca la autocrítica de los BAN, la participaron en Ariccia y Chantilly, la apuesta por la CS y el BS y posteriormente en la reunificación del socialismo¹¹⁰⁵. En este sentido, fue el MAPU, dice Garretón, quien forjó y trazó el camino de la renovación. «Lo sorprendente es que haya sobrevivido (MAPU), que haya tomado antes que muchos en la izquierda el camino de la renovación, de la derrota política de la dictadura, de su contribución a la unidad de todos los socialistas chilenos»¹¹⁰⁶.

El MAPU, finalmente, desapareció como partido y con ello cumplió su esperado ciclo político. Las anteriores palabras de Garretón (y las resoluciones del III Congreso) son reflejo de ello. El supuesto mesianismo del MAPU se proyectó, definitivamente, en la autoinmolación, pero para proyectarse como generación – como cuadros de intelectuales y políticos– en otras organizaciones políticas (PPD-PSCh) ajenas al ideologismo dogmático de antaño y, en algunos casos, como fieros defensores de las políticas de mercado.

Otro espaldarazo vino de un sector de la IC. El dirigente Sergio Bitar (que ya participaba en el PPD), manifestó la decisión, de un grupo significativo de cristianos progresistas, de incorporarse a la unidad socialista:

Para nosotros se puede ser socialista sin ser marxista (...) Propiciamos un socialismo secularizado, con autonomía intelectual e ideológica, replantearse históricamente a medida que las condiciones lo exijan. Esto es un socialismo que no pretenda interpretar ni dictar leyes finales, ni escribir la historia por adelantado¹¹⁰⁷.

El tema que aún no se zanjaba era el PPD. Aunque los renovados dejaron

paralizada, por el momento, la reunificación del socialismo al interior de este, continuarán asimilándolo como instancia para depurar la renovación¹¹⁰⁸. El apoyo de Almeyda al PPD hacía presumir que ambos partidos terminarían convergiendo en una nueva organización completamente renovada.

En términos generales, los socialistas renovados salieron reforzados de la reunificación,

ya que en efecto las Bases Doctrinarias y Políticas fundamento del nuevo Partido Socialista de Chile (...) no hacen sino recoger prácticamente todas y cada una de las tesis de la izquierda renovada, en casi perfecta consonancia con el voto político aprobado por el PS-Arrate en su XXV Congreso de 1989¹¹⁰⁹.

En definitiva como señalaron los nuñistas en su Congreso:

El proceso de unidad del socialismo chileno debe definirse –a lo menos– en torno a dos conceptos básicos: el rescate de las constantes históricas del socialismo y su necesaria renovación a la luz de los fenómenos políticos y socioeconómicos que ocurren en Chile y el mundo¹¹¹⁰.

De ahí que, como señala Dávila: «El Partido Socialista asumió la renovación socialista como la base ideológica de sustentación partidaria»¹¹¹¹.

¿Qué factores precipitaron la unidad en un breve lapsus de tiempo? Como hemos analizado en subcapítulos anteriores, hubo varios factores. Sin embargo, el elemento central es que el debate ideológico, que en antaño fue germen de conflicto, había sido desplazado y, en buena parte, superado. Aunque seguían generándose disputas, estas no fueron insalvables, ya que ahora existía un marco mínimo-común (unidad en la diversidad).

El debate ideológico, que un principio fue una de las fuentes más significativas de la diáspora del '79, había sido desplazada como generadora de conflicto, tanto por los acontecimientos nacionales –la derrota de la línea insurreccional–; como por los internacionales –caída del muro de Berlín y el comienzo del fin de la URSS– con el consiguiente derrumbe del Almeydismo como opción política viable y la contrapartida del éxito renovado. Por lo tanto, las diferencias que los separaron ya habían sido superadas¹¹¹².

Además, es efectivo señalar que en 1989 la variable de la contingencia y la inmediatez de los eventos políticos (elecciones, redemocratización, inauguración del gobierno de Aylwin, etcétera) precipitaron los acuerdos unitarios. Por ello, la unidad del PSCh tuvo también una alta cuota de pragmatismo o realismo político que a la luz de la experiencia y al carácter faccional del partido fue un acierto. Una vez oficializada la reunificación, quedaba pendiente un Congreso de Unidad que definiera una línea política para hacer frente a los desafíos del gobierno democrático. Además, debían elegir los cargos directivos (presidente, CC, CP, etcétera). Y en último término quedaba pendiente el tipo de relación con el PPD.

7.8. Congreso de Unidad Salvador Allende (1990)

Camino al Congreso unitario (noviembre 1990) surgieron algunas críticas. Según el investigador Edison Ortiz, un sector del almeydismo temió que la renovación desdibujara su perfil de izquierda. En definitiva, se opusieron a –lo que ellos llamaron– la ultrarenovación: «se trata que el partido no asuma esta ultrarenovación actual, que ya no es renovación, es neoliberalismo puro»¹¹¹³. Por ello, este sector fue, en un comienzo, escéptico en cuanto a una alianza con el centro político, ya que traería, según ellos, más costos que beneficios.

Estos ejercicios intelectuales –el abrirse hacia el centro– pueden conducir a que el partido se transforme en una cosa gelatinosa para «influir» en el centro. Ese es un peligro. Y el segundo peligro es que no consigamos presentarle al pueblo de

Chile un proyecto en serio, mejor que el que hay. Aquí, el punto es que el PS y la izquierda tenemos un claro problema de desperfilamiento, producto de un fenómeno político que es parte de una transición moderada, conservadora y tironeada hacia la derecha, con un continuismo que no se derrumbó¹¹¹⁴.

Por su parte, los renovados señalaron que la renovación y la unidad del área socialista se detuvieron, e incluso retrocedieron, a causa del escepticismo de algunos sectores almeydistas¹¹¹⁵. Lo anterior, tenía directa relación con el rechazo, de estos últimos, a una convergencia unitaria al interior del PPD, y especialmente, su desconfianza al liderazgo de Ricardo Lagos (presidente del PPD). A raíz de lo anterior, en vísperas del Congreso de Unidad –como evidencia concreta del consenso– un grupo de dirigentes de «diversas sensibilidades y corrientes de opinión interna» acordaron conformar una Dirección consensuada para dirigir al partido durante los dos años siguientes. Se constituyó un «vértice superior de dirección» integrado por Arrate, Almeyda y Núñez y un Consejo Superior, con capacidad resolutoria, encargado de velar por temáticas disciplinarias, control financiero y resolución de conflictos¹¹¹⁶.

En líneas generales, el Congreso se centró en el punto I y II del Temario¹¹¹⁷: dificultades de la «transición a la democracia» (relación con el PPD); y en segundo lugar, los «principios generales de organización», referido especialmente a la imbricación entre la organización y el marxismo¹¹¹⁸. Sobre el primer tema, Ricardo Núñez destacó que hubo dos debates centrales: el tipo de relación con el PPD y la integración de la IC¹¹¹⁹.

En relación al partido «instrumental» hubo discrepancias. La pregunta fue (nuevamente): ¿Qué hacer con el PPD? El Congreso aunque estableció necesario profundizar vínculos a través de la convergencia o la complementariedad, lo cierto es que abogó (y eso fue lo determinante) por el fin de la doble militancia. La relación «debe hacerse desde una perspectiva de futuro que termine positivamente con la doble militancia en un proceso de convergencia o, en su defecto, estableciendo formas de complementariedad entre ambos partidos»¹¹²⁰.

Prevaleció la necesidad de establecer los límites fronterizos entre ambos partidos¹¹²¹. Por ello, el evento dictaminó, no sin polémica, el fin de la doble militancia (fecha tope 1992). Este hecho generó, según Núñez, una «división silenciosa», ya que hubo que «optar artificialmente»¹¹²². A raíz de ello, un sector

importante de socialistas decidió consolidar el PPD y el liderazgo de Ricardo Lagos y, por lo tanto, proyectar aún más la renovación¹¹²³. El exministro Carlos Ominami señala que dicha decisión generó «una tremenda división (...) cometimos un gravísimo error, dejamos al PPD librado a su suerte, a muchos compañeros nuestros, y que aún lo reprochan»¹¹²⁴.

Aunque el vicepresidente, Ricardo Núñez, señaló que esta disyuntiva era un tema a solucionar por la vía de la convergencia¹¹²⁵, lo que prevaleció fue la necesidad de deslindar los límites de las orgánicas (lo que no impidió que ambos partidos trabajaran estrechamente en la Concertación o en las campañas electorales). Al interior del PSCh, hubo sectores, que –apoyados en la polémica decisión– quisieron privilegiar un socialismo histórico «puro» y paralelamente rechazaron el liderazgo de Ricardo Lagos¹¹²⁶. Por ello, una parte del socialismo renovado quedó insertó (hasta el día de hoy) en el PPD.

Las discrepancias en torno a este tema –en plena restauración de la democracia– se transformaron en un controvertido debate que acarreó costos políticos no menores al PSCh. Como recuerda el propio Arrate: «Al terminar 1990 el PS está unido, finalmente. Pero en los tiempos que vienen su propia creación, el PPD, impondrá un inesperado desafío»¹¹²⁷. Desafío que hasta el día de hoy es recordado con connotación negativa. Así lo recuerda Núñez al referirse a la «división silenciosa»:

Nos golpeó 10 años después, nos está golpeando y seguirá golpeando porque fue un absurdo. El PPD termina en esta división interna que está metida ahora, con un serio riesgo de producir un hecho grave que puede afectar a la Concertación. Entonces, los errores del pasado cuando son de esa magnitud terminan por repercutir por muchos, muchos años¹¹²⁸.

Para Gazmuri, el tipo de relación que se adoptó entre el PPD y el PSCh significó un fracaso y

una cierta división del socialismo democrático en Chile (...) El sector que dirige el PPD, Auth, Girardi fue una generación de la juventud socialista de los

ochenta, con Carolina (Toha). Se desarrollan tanto en el PPD como en el PSCh tendencias que se hacen hegemónicas contra lo que era el curso natural de la política, que era que esas dos fuerzas concluyeran en una sola. Ahí sí que creo que hubo un fracaso. Y estamos pagando en parte¹¹²⁹.

La otra cuestión debatida en el Congreso –sobre fortalecimiento y desarrollo del partido– fue la decisión de incorporar a la IC¹¹³⁰. La Dirección de la IC, encabezada por su secretario general, Luis Maira, en conjunto con los dos parlamentarios elegidos, Sergio Aguiló y Jaime Naranjo, hicieron una petición formal a la Mesa Directiva de los socialistas, para incorporarse en el contexto del Congreso¹¹³¹. Tras el I Pleno, el presidente del PSCh, Jorge Arrate:

calificó como muy importante la integración de la IC a su colectividad porque legítima, válida y confirma la convocatoria que ha justificado todo este proceso de unidad socialista y que estuvo fundada en las bases doctrinarias aprobadas el 29 de diciembre pasado y en las cuales se estableció un gran principio renovador: la posibilidad de que personas que se identifican con la corriente cultural marxista crítica, que se identifican con la corriente ideológica original de cristianismo de opción popular y quienes están por el humanismo laico y racionalista participen con iguales derechos al PS¹¹³².

El exmapucista, José A. Viera-Gallo, señaló que la integración de la IC al PSCh fue la demostración práctica de que el socialismo chileno no se regiría por una definición doctrinaria, sino por un programa, elaborado a partir de los desafíos de la realidad contemporánea como por los ideales de diversas corrientes de pensamiento.

El proceso de renovación política que ha llevado a cabo el socialismo chileno implica importantes cambios en su posición frente a la religión y en particular, al cristianismo (...) En la actualidad se puede expresar con mayor facilidad el pluralismo dentro del PS: en sus filas participan creyentes y no creyentes, católicos y evangélicos. Lo hacen con igual derecho (...) la integración de la

Izquierda Cristiana (IC) marca en este sentido un nuevo y significativo hito¹¹³³.

El otro punto destacado del Congreso fue la discusión en torno a los principios generales de organización; en particular, las fuentes ideológicas. Se asumió la concepción del socialismo humanista y democrático. Sin embargo se incluyó al «pensamiento marxista enriquecido y rectificado por todos los aportes del devenir científico y social», junto a las tradiciones humanistas y la contribución de los valores solidarios del cristianismo de avanzada. Lo anterior, fue concebido como señal de pluralidad e inclusividad política¹¹³⁴. Por ende, la pluralidad ideológica se consideró un elemento de identidad¹¹³⁵. Con ello, se admitió la legítima presencia de antiguas y nuevas tendencias y facciones. La pluralidad ideológica, que antaño fue calificada como una deficiencia grave, se consideró un aporte a la construcción partidista. Sin embargo, dicha inclusividad engendraba también una dosis de efectismo para proyectar al partido en el reinicio de la democracia. A rasgos generales, hubo consenso y un alto grado de aceptación de las bases doctrinarias y políticas definidas el año anterior. Se puso especial énfasis en el tema del poder social y régimen político. El partido señaló la necesidad de definirse desde una óptica programática con inclusión de factores tan propios como ajenos al desarrollo histórico del partido¹¹³⁶.

Por otra parte, el Congreso tuvo un amplio consenso respecto al grado de apoyo al gobierno y a la Concertación. El vicepresidente de la colectividad, Ricardo Núñez, señaló que el hecho de que no se debatiera en profundidad este tema

debe entenderse como el resultado de un amplio consenso del partido en cuanto a su política de pertenencia y compromiso con el gobierno de la transición a la democracia encabezado por el presidente Aylwin, y en cuanto a su línea de lealtad y mantenimiento de la Concertación¹¹³⁷.

El dirigente puntualizó que: «Ciertamente alrededor de estas dos últimas materias existen en el PS énfasis y matices, pero no alternativas. Esto constituye en sí una prueba contundente del predominio de la política concertacionista en el seno del socialismo»¹¹³⁸.

Respecto de la votación interna del Congreso los resultados ejemplificaron quizás el estado de ánimo de la militancia: dos tercios de la votación para los sectores que, de una u otra forma, se identificaban con la renovación y su continua profundización. El otro tercio, lo obtuvo el sector que encabezó Camilo Escalona que, no desconociendo la necesidad de la renovación, fue partidario de realizar algunos «altos» para, según ellos, «no desperfilar la identidad del partido»¹¹³⁹. Respecto de los resultados, es pertinente advertir que las tendencias tendieron a mezclarse. Fue clara la presencia de una nueva mixtura al interior del partido. El ejemplo más evidente fue el sector que encabezó Isabel Allende que agrupó indistintamente a renovados como a exalmeystas. En general, no se puede hacer un balance completamente nítido en cuanto a tendencias. Más allá de los resultados, lo trascendental es que la mixtura y el sincretismo fue un hecho práctico. Es decir, las categorías exclusivamente faccionales de antaño no fueron capaces de explicar por sí solas los resultados.

La presentación de listas, como la que encabezó Isabel Allende, logró mixturas entre dirigentes provenientes de ambos mundos, fue el mejor reflejo del proceso de sincretismo que empezó a vivir el socialismo criollo (...) Demuestra también que el partido ha aprendido a tolerar y resolver democráticamente sus conflictos¹¹⁴⁰.

Con posterioridad al Congreso, en plena década de los noventa, las diferencias entre uno u otro sector no obedecieron a diferencias insalvables de alto costo ideológico o estratégico (como en los años setenta y ochenta), sino más bien programáticas, de agenda, temáticas, propias de un partido históricamente tendencial. Como señalamos anteriormente, el debate ideológico (eje de la quiebra de 1979) fue desplazado como generador de conflicto. Aunque los problemas fueron evidentes «estas dificultades eran consustanciales a la reunificación misma»¹¹⁴¹. Por ello, las facciones definidas a partir de la ruptura de 1979 no tuvieron fundamento en el nuevo escenario post-dictatorial. Me parece más válido realizar una diferencia entre quienes quisieron profundizar la renovación y quienes fueron críticos de la «ultrarenovación». Es decir, la discusión estuvo en los límites del proceso y no en la legitimidad del mismo.

Mucho se puede decir de la evolución del PSCh en la década de los noventa –de

sus altibajos con el gobierno, la complicada relación con el PPD, las eternas disputas faccionales, el estancamiento en la edad de sus militantes— sin embargo, todas ellas son problemáticas propias de un partido en reconstrucción. Lo interesante es que su consolidación fue un hecho concreto y un aporte al proceso democrático. Su repercusión inmediata fue visible en el mapa partidista nacional. El PSCh concurreó con inusitada fuerza y decisión al proyecto de la Concertación. Su nuevo rol, como eje de centro-izquierda, significó abandonar el histórico tercio del sistema de partido, generando a la par un nuevo e inédito, y por lo demás férreo, acuerdo político con el centro político junto a radicales y democratacristianos. Lo anterior dio por resultado inmediato la formación de dos grandes polos: uno de derecha y otro de centro-izquierda. ¿Y la izquierda? Quedó en la más absoluta marginalidad del sistema, manteniendo como única figura «visible» al PCCh, y a pequeños grupos radicalizados, ya que las distintas vertientes del socialismo chileno dieron por liquidada las bases ideológicas marxistas de antaño, la histórica alianza PSCh-PCCh y el proyecto político.

8. Del fracaso del «año decisivo» (1986) a la crisis de 1990. Discusión, renovación y aislamiento del PCCh

«Pobre de aquel partido que no conozca la sociedad en que actúa, estará condenado al fracaso, no sabrá lo que pasa y, por tanto, actuará equivocado»¹¹⁴².

La decisión estratégica del PCCh desechó la negociación política y apostó decididamente por la perspectiva insurreccional de masas. A pesar del fracaso los comunistas insistieron, posterior a 1986, en la vigencia de la PRPM. A raíz de ello, debieron lidiar con una contradicción entre su línea política (desfasada) y la inmediatez de la contingencia definida por una salida política. Lo anterior generó una inédita discusión y crisis al interior del PCCh. De ahí la necesidad de estudiar la línea política del partido (y las respectivas disidencias) como causa directa del posterior (y retrasado) proceso de renovación.

8.1. La Conferencia de 1984 y la vigencia de la PRPM

Las masivas y radicalizadas protestas de 1983-84 definieron el contexto nacional e influyeron en la toma de decisión del partido. El PCCh comenzó a discutir la idea de radicalizar la línea política y la posibilidad de inaugurar la fuerza militar propia. La opción de la Perspectiva Insurreccional de Masas (PIM) pareció entonces legitimarse en razón de la contingencia. Sin embargo, la discusión fue más profunda. La tensión, principalmente entre el EDI y la Dirección Exterior durante esta etapa fue extrema¹¹⁴³.

Después de muchas y duras reuniones, el partido decidió el ingreso de los oficiales al país. Nació así el FPMR, considerado un cuerpo de élite, parte integrante de lo que la Política Militar (PM) llamó el «desarrollo de la fuerza propia». Aunque el PCCh se esforzó por mantener en pie su histórica línea de masas –insistiendo en la unidad política amplia– la PM cobró sentido y ocupó un espacio destacado en las declaraciones y en la práctica diaria. Es decir, la

aplicación de la perspectiva insurreccional era, para muchos, solo cuestión de tiempo. Bajo estas circunstancias, se realizó como alternativa al fallido Congreso una Conferencia Nacional con objeto de esclarecer los límites de la rebelión popular. El informe de la convocatoria (marzo 1984) no hizo alusión directa a la perspectiva insurreccional. Fue extremadamente sutil. Reivindicó la lucha de masas como línea general del partido que se desplegaría dentro de los márgenes de la PRPM. O sea, la línea por el momento no se cambia. Según el evento, la PRPM «recoge y sistematiza la experiencia de las masas, incorpora nuevos métodos de lucha sin desechar los que venían aplicándose. Estimula lo original. Es una política profundamente renovadora y, por ello, ha abierto nuevos cauces y perspectivas»¹¹⁴⁴.

Por lo tanto, la Conferencia prefirió la ecléctica fórmula de las «diversas formas de lucha».

La lucha contra la tiranía se desarrolla por todas partes y en las más variadas formas, de acuerdo con las circunstancias y con las posibilidades, la capacidad y la voluntad de los diversos sectores sociales y políticos (...) El movimiento popular seguirá desarrollándose a través de una rica gama de acciones tanto pacíficas como violentas¹¹⁴⁵.

Su objetivo, por tanto, fue mantener un discurso único, pero a la vez algo impreciso frente a las diversas presiones internas. Sin embargo, la Conferencia admitió que la radicalización había encontrado eco en el campo poblacional (zonas populares periféricas), alcanzando, incluso, niveles de sublevación¹¹⁴⁶. A partir de lo anterior, el partido reconoció un cambio en la base social de apoyo, es decir, el histórico mundo sindical, eje de la lucha política del PCCh, fue reemplazado por el incipiente y enérgico mundo poblacional. Por ello, el PCCh se aferró a este sector social para potenciar posteriormente su idea de la sublevación nacional (SN). Tema no menor a la hora de concluir las causas del aislamiento y al escaso apoyo que sufrió el partido a finales de la década.

Paralelamente, el PCCh fue acusado por la izquierda renovada y la DC de «hacerle el juego a la dictadura», ya que su actitud confrontacional no hacía más

que perpetuar al régimen en el poder. Frente a ello, el PCCh, respondió:

Hay partidos de oposición que solo propugnan métodos pacíficos. La práctica indica que los métodos pacíficos y no pacíficos no se contraponen sino que son complementos de una misma lucha y que en definitiva la forma principal del combate depende de una serie de factores objetivos y de la voluntad del pueblo cuyo derecho a la rebelión es cada día más incuestionable¹¹⁴⁷.

La Dirección, en septiembre de 1984, constatando la radicalización de las protestas, envió un mensaje (alentador) a quienes propugnaban la PIM:

no renunciamos a la insurrección armada, pero decimos claramente que lo que está hoy a la orden del día no es precisamente eso, sino el ejercicio del derecho a la rebelión por parte del pueblo chileno, empleando todos los medios que estén a su alcance. Esta es la política que hemos venido planteando¹¹⁴⁸.

Es decir, El PCCh, aun ratificando la PRPM en la Conferencia no descartaba que la PIM, al calor de las protestas nacionales y a la radicalización de un Paro Nacional¹¹⁴⁹, pudiera asumir el protagonismo.

8.2. Auge y caída de la PIM. El fracaso de la Sublevación Nacional

Las protestas aumentaron y las acciones del FPMR se tornaron efectivas. Quizás dicha efectividad relanzó la subjetividad política de este sector carente de resultados y criticado por sus pares de la URSS. El PCCh, por estas fechas, apostó por la radicalización del Paro Nacional, entendido este, como medio y estrategia para desestabilizar al régimen militar. Bajo este ambiente político, el PCCh celebró un nuevo y decisivo Pleno (diciembre 1984) el cual determinó, a

diferencia de la Conferencia, que la opción más realista para derrocar a la dictadura, de acuerdo a la nueva realidad del país, sería a través de la sublevación nacional (SN).

Por ende, la postergada PIM logró penetrar en la Dirección. Si en el Pleno de Cotbuss (1981) la PIM fue contenida por su inviabilidad y por contener definiciones ajenas a la línea de masas en el III Pleno clandestino estas cobraron legitimidad. Según el evento, la agudización del conflicto social hacia posible la aplicación de una perspectiva insurreccional en el curso del año entrante. El informe destacó la necesidad de prepararse para el «enfrentamiento decisivo» y habló de realzar los métodos y la calidad del «combate» para una «lucha resuelta». Se destacó, en términos del contexto, la presencia de una «etapa superior de lucha» como justificación política para asumir la radicalidad de la línea: «madura rápidamente una situación revolucionaria»¹¹⁵⁰. El PCCh llamó a «elevar en cantidad y calidad la fuerza propia, el dominio de las diversas formas de lucha y empleo de medios de combate en mayor cantidad y cada vez más efectivos, podemos y debemos prepararnos para el enfrentamiento decisivo»¹¹⁵¹. Desde esta óptica el Pleno del CC acordó que: «se hace indispensable que la Dirección del Partido elabore un plan realista dirigido a ponerlo en práctica en el momento adecuado, en medio de un levantamiento o sublevación general del pueblo»¹¹⁵².

¿Era posible materializar la tesis insurreccional o estaban en un error garrafal? Quizás fue posible, lo que no implica señalar a priori que el resultado fuese positivo. Sin embargo, su aplicación tuvo factores que son importantes de sopesar. Uno de ellos se refiere a la temporalidad. Es decir, la descoordinación entre la toma de decisiones y el contexto objetivo para aplicarla. Según relata Álvarez:

el PC se planteó como objetivo la salida insurreccional cuando el mejor momento de las movilizaciones había pasado (...) en donde el PC creyó ver el inicio de algo, tal como se dieron las situaciones posteriormente, en realidad había finalizado lo que Moulián denominó «el acoso» contra la dictadura¹¹⁵³.

Otro factor, de carácter interno, se refiere a la significativa conmutación de la

base de movilización social del PCCh, que varió desde el campo sindical al emergente mundo poblacional. Frente a este cambio, el partido no realizó un trabajo teórico y/o práctico capaz de responder acertadamente al segmento poblacional. No existió un trabajo que permitiera generar empatía, reconocimiento y fidelidad.

Paralelamente, hubo dos hechos posteriores que lapidaron la estrategia del PCCh:

en agosto de 1986 el régimen descubrió la internación de arsenales de armas en el norte del país. Un duro golpe logístico y moral que cuestionó al FPMR; y

el fallido atentado a Pinochet. Un resonado fracaso que generó una crisis en (y entre) el FPMR y el PCCh.

Por lo tanto, el famoso «año decisivo» (1986) terminó en un fracaso absoluto¹¹⁵⁴. De ahí que se cuestionó, no sin razón, la radicalización de la PRMP; los costos que significó modificar la línea del partido; la legitimidad de la Dirección; la inserción del partido en las masas radicalizadas; los costos políticos de cara al plebiscito y a las elecciones generales; y el nivel de preparación del FPMR como fuerza de élite.

El fallo en la aplicación de la línea y el consiguiente aislamiento político, promovió una incipiente crisis interna. Según Alfredo Riquelme: «la perspectiva de la Sublevación Nacional, no solo distanciaría al PC del resto de las organizaciones políticas opositoras (...) sino que abriría un debate público limitado pero sin precedentes en el seno del propio PC»¹¹⁵⁵. Pero, esta discusión, como señala el profesor Riquelme, engendraba un debate más profundo y trascendental: «tras esa discusión acerca de las alianzas y las formas de lucha, subyacía otra más propiamente ideológica en torno a las concepciones de poder, revolución, socialismo y democracia»¹¹⁵⁶.

Además del fracaso estratégico, hubo otros factores que profundizaron la crisis

del partido. Enunciaremos, someramente, algunos de estos como causa directa (de la evolución) del conflicto:

La Dirección, a través de un Pleno en octubre de 1986, ratificó la perspectiva insurreccional¹¹⁵⁷. Es decir, continuó con una lectura errada de la realidad nacional. A raíz de ello, el sector más conservador (la vieja guardia) realizó una fuerte crítica que posteriormente se hará masiva y pública¹¹⁵⁸;

el PCCh se negó tajantemente a apoyar el diálogo-negociación con la dictadura. Lo anterior provocó un aislamiento político que se agudizó en torno al plebiscito;

el debate aumentó entre la CP y el EDI. Renació una antigua disputa de poder (exterior-interior). El sector de la vieja guardia¹¹⁵⁹ (y sectores del interior opositores) criticaron al EDI por la línea asumida;

el PCCh vio declinar, a partir de 1987, su apoyo político. Su campo de acción decreció en sectores tradicionales como el sindical, el cultural y el intelectual;

la pérdida de hegemonía en el MDP. Los almeydistas fueron progresivamente abandonando el histórico eje PCCh-PSCh;

la quiebra del FPMR¹¹⁶⁰. Además de las diferencias político-estratégicas, emergió un fuerte sentimiento de identidad: el Rodriguismo. Pero la quiebra dejaba un problema de fondo: la tensión constante entre lo político y lo militar. «Lo difícil, lo que queda como un problema, insisto, qué capacidad va a tener la dirección del PC de administrar esta tensión y este equilibrio entre el

protagonismo de los técnicos-militares y la dirección política propiamente tal del partido»¹¹⁶¹;

otro factor que posibilitó la crisis, fue el evidente atraso en la toma de decisiones de la Dirección. El partido asumió una actitud ambigua frente a la inscripción en los registros electorales (1987) y el plebiscito (1988). El profesor Samaniego señala que la causa de estas indecisiones fue la tensión entre lo militar y la Dirección del partido. «(El PCCh) temía que el partido se quebrara por la izquierda»¹¹⁶².

De todos los factores anteriormente señalados, pasaremos a analizar, por su trascendencia, el primero y último (errada lectura de la realidad nacional y atrasos en la toma de decisiones), ya que ellos desencadenaron una serie de controversias políticas e ideológicas determinantes en la evolución del PCCh.

8.3. Antecedentes de la crisis interna y la marginación política

El PCCh celebró un nuevo Pleno en octubre 1986. La Dirección lejos de rectificar la línea señaló que el camino para derrocar a la dictadura «es y sigue siendo la rebelión popular de masas que desemboque en una u otra forma de sublevación nacional, esto es, el camino del enfrentamiento y no el de la conciliación»¹¹⁶³. La justificación para mantener en firme dicha línea (con perspectiva insurreccional) se basaba en la «firmeza» y la «flexibilidad» de la misma. «En ocasiones suele hacerse ostentación del primero con resultados que no siempre son positivos. El segundo de estos rasgos, la flexibilidad, exige tener especialmente en cuenta cada momento político, la situación concreta y general, en sus variados aspectos»¹¹⁶⁴.

La Dirección seguía sosteniendo que el contexto determinaba la línea del partido y, por ende, no vio la necesidad de modificarla (incluso radicalizarla más). En definitiva, el PCCh determinó que insistir en la perspectiva insurreccional era

viable. Pero ¿era correcta la lectura del PCCh?

El Pleno de octubre de 1986 previendo que la ratificación de su línea acarrearía más costos que beneficios, y adelantándose al retraimiento político, señaló que: «Tenemos que evitar por todos los medios que nos aíslen»¹¹⁶⁵. El partido reconoció que su credibilidad estaba en tela de juicio. «Hay también ciertas dudas, temores y preocupaciones sobre nuestra política (...) algunos dicen que ha disminuido la credibilidad (...) tenemos que esforzarnos por esclarecer más nuestra política, ya que existe, en este sentido, un gran déficit»¹¹⁶⁶. El PCCh reconocía que su posición política era poco clara o en su defecto era advertida de manera confusa.

El Pleno al ratificar la PRPM, rechazó la legitimidad de una salida negociada. Para el partido las negociaciones de la oposición eran «vergonzosamente claudicantes»¹¹⁶⁷. Señaló que el diálogo y la conciliación no eran más que falsas expectativas de las cuales no serían cómplices: «los fiascos de la conciliación son otros tantos argumentos para echar adelante (la PRPM)»¹¹⁶⁸. Aunque en 1987 el PCCh planteó una «salida política», esta tuvo una inspiración muy distinta a la del resto de la oposición, ya que no estipulaba legitimar los plazos establecidos por la Constitución. Es decir, no reconocía la viabilidad del plebiscito. «Aquellos que, sin más ni más, decidan insertarse en el sistema fascista se harían cómplices de un burdo engaño y quedarían atrapados en los planes antidemocráticos de la dictadura»¹¹⁶⁹.

Mantener la PRPM era, según las voces disidentes, un error de lectura ya que estaba completamente agotada y desfasada. Los llamados de los disidentes a la renovación y a una rectificación política-estratégica se hicieron notar¹¹⁷⁰. Las opiniones críticas aunque no estuvieron organizadas fueron conocidas por la CP. Sin embargo, esta decidió bajarle el perfil y optó por soterrar las inquietudes. Conocidas fueron, a posteriori, las cartas que envió el dirigente y miembro del CC, Luis Guastavino, a la CP. Guastavino propuso realizar un «viraje táctico» frente al tema de la inscripción, ya «que hay un cambio objetivo de la situación política de la que esa posición nuestra queda hoy desfasada». Advirtió «que el partido oportunamente tendría que llamar a las inscripciones electorales». Reconoció crudamente que «el partido prácticamente pasa a tener la alianza más estrecha de los últimos 36 años: solo coincidimos con el MIR». Concluye –casi adelantándose a los hechos– que «si no realizamos el viraje táctico seríamos remisos de una actitud de autoexclusión innecesaria y peligrosa»¹¹⁷¹.

La disociación del PCCh frente al contexto fue evidente. Solo en octubre de 1987, cuando la totalidad de los partidos estaban trabajando a favor de la inscripción, el CC decidió apoyar la inscripción de los ciudadanos en los registros. La misma situación se repitió en torno al plebiscito de 1988. Si en enero de ese año, el PSCh-Almeyda llamaba a votar por el NO y un mes después se conformaba la Concertación por el NO, el PCCh se restaba de los acuerdos e insistía en la viabilidad de la PRPM. La directiva mantenía sus discrepancias frente al plebiscito. La errada lectura estaba generando vacilaciones (y atrasos) en la toma de decisiones. La idea del núcleo dirigente fue acercarse a una vía electoralista, pero mantenido la perspectiva insurreccional. El investigador Alfredo Riquelme destaca este hecho: «(el partido) continuaba intentando aproximarse a la estrategia electoral sin renunciar a una perspectiva insurreccional a la cual, a su vez, trataba de identificar con la movilización social»¹¹⁷².

Frente a esta indefinición, el PCCh perdió la hegemonía frente a los almeydistas en la agonizante IU. La pérdida de influencia «no era más que el reflejo de la propia debilidad de su partido, producto de su progresivo aislamiento y la crisis interna que había sobrevenido tras el fracaso del proyecto —o más bien espejismo ideológico-insurreccional»¹¹⁷³. Finalmente, el PCCh a escasos tres meses del plebiscito llamó a votar por el NO. Para la Dirección el «NO comunista» tenía un carácter rupturista, es decir, no se acotaba en el plebiscito. Era un «No hasta vencer». Dicha actitud generó un costo externo que los condicionó en el futuro gobierno democrático. «Se sostenía el rechazo a cualquier diálogo o negociación con las autoridades (...) La inflexibilidad en este punto, implicó que el PC quedara fuera del diseño de la transición pactada que ya estaba en curso»¹¹⁷⁴.

Con el triunfo del NO (octubre 1988) la perspectiva insurreccional llegó a su fin. El objetivo político inmediato del PCCh (terminar con la dictadura) fue sobrepasado por la salida negociada. En este plano la imagen del PCCh quedó definida por la intransigencia y la violencia como método de lucha política (poder) y asomó frente al electorado en un continuo desfase.

La insistencia comunista de no integrarse en la salida pactada de la dictadura, puede considerarse el punta pie inicial de una nueva predisposición del PC ante el sistema político, basada en la preeminencia de la consigna testimonial (...) si hasta 1973 el PC amalgamó la lucha legal con la ilegal en su estrategia de «vía

no armada» ahora se negaba a reconocer que esta misma estrategia le podía permitir sumar más voluntades¹¹⁷⁵.

En conclusión, el PCCh, una vez ganado el plebiscito, cumplió un ciclo caracterizado por dos errores: una equívoca lectura de la realidad nacional; y un atraso en la toma de decisiones.

Según Teillier «a todos nos faltó vislumbrar que se había producido un cambio sustancial en la mayoría del pueblo de Chile. Nosotros no supimos constatarlo bien. Por ejemplo que nosotros nos hayamos demorado en llamar a inscribirse en los registros electorales, para llamar posteriormente a votar por el No»¹¹⁷⁶.

Ambos factores incidieron en los magros resultados en las parlamentarias de 1989. Para los disidentes dichos errores fueron los responsables del aislamiento y la marginación del PCCh en democracia¹¹⁷⁷. De aquí en adelante se abrió un período de discusión inédita en la historia de los comunistas chilenos. «Es un momento de auge de la autocrítica pública, inédito hasta entonces, aunque se discutirá por años si esa experiencia de autocrítica se transformará en método permanente de democracia interna»¹¹⁷⁸.

¿Qué explicaría a estas alturas la persistencia de la Dirección en mantener la PRPM? El EDI se negó a reformular la línea política, porque ello significaba asumir los errores de la PRPM. Los costos internos, humanos, políticos y monetarios, eran muy elevados. La Dirección no quiso asumir la derrota frente al sector de la vieja guardia, ferviente opositor de la lucha armada. Estos antecedentes generales ayudan a explicar el germen de los desacuerdos en el PCCh. Bajo este ambiente, el escenario natural fue la proliferación de tendencias, corrientes de opinión y declaraciones críticas a la conducción partidista.

8.4. La catarsis del XV Congreso del PCCh

El XV Congreso fue una instancia que tuvo necesariamente un sesgo

retrospectivo¹¹⁷⁹. Además, se transformó en un ajuste de cuentas entre las concepciones reformistas y «estalinistas»¹¹⁸⁰; pero a la vez fue la génesis de la crisis desatada en 1990. Lo primero que debemos nuevamente resaltar es que, para una parte del debate, la PRPM, a pesar de radicalizar la línea, fue una política que paralelamente forjó la renovación en el partido, ya que impregnó con sus reflexiones y prácticas un ambiente altamente crítico que revalorizó la democracia, desatendió los lineamientos del MCI, forjó un pensamiento crítico del marxismo y desacralizó a la Dirección como fuente única de reflexión¹¹⁸¹.

El ex EDI –apoyados en un grupo de intelectuales¹¹⁸² pro renovación– se plantó en el Congreso como la opción con mejor perspectiva, a pesar de ser cuestionados por la vieja guardia y los sectores moderados. Los objetivos del ex EDI de cara al Congreso fueron:

defender la PRPM;

ser ratificados en la Dirección; y

promover la renovación en el partido.

Rolando Álvarez señala que el núcleo más riguroso de los renovados (aliados al ex EDI) apostaron por la transformación definitiva (sin regresión) del partido: «los «renovadores» pensaron que era el momento de la segunda transformación (...) un nuevo Partido Comunista para Chile, secularizado y democrático en sus formas internas y con un proyecto de sociedad igualmente laico y propio, no dependiente de ningún centro ideológico»¹¹⁸³. De ahí que sus objetivos fueron básicamente:

redefinir la concepción de partido; y

forjar un nuevo socialismo secularizado a partir de la realidad chilena.

Los moderados, por su parte, (Luis Guastavino, Patricio Hales, Fanny Pollarolo o Antonio Leal) también apostaron por la renovación, pero desde una óptica más próxima a la socialdemocracia, cercana a las pretensiones del área socialista. Su principal crítica se refiere a la legitimidad otorgada a la PRPM, considerada, por ellos, un anacronismo grave. Entendieron a la PRPM como desviaciones militaristas o puro aventurerismo.

La aplicación militarista de la PRPM arrastró al PC a una constante ambigüedad no casual. Correspondía a concepciones contradictorias no resueltas en la Comisión Política (...) el término «violencia», como otros, fue elevado a verdadera categoría política. No podíamos firmar un documento que no la sustentivara como forma de lucha¹¹⁸⁴.

Es decir, los moderados nunca comulgaron con la premisa de lo militar en la política del partido.

Instaron a desarrollar amplias alianzas con el centro y la izquierda renovada y adherir sin complejos a la Concertación y al gobierno de Patricio Aylwin. Acusaron a la Dirección por la falta de realismo y oportunismo político. Para los moderados, los errores-atrasos del ex EDI en los años previos al plebiscito, fueron irreversibles, ya que aisló al partido y explica la exclusión ejercida por la Concertación. También criticaron la falta de democracia interna y los escasos instrumentos que tenían las bases para discutir la línea política. A partir de estas críticas, propusieron reformular la estructura interna de la organización y los mecanismos de discusión. La vigencia y eficacia del centralismo democrático comenzó a ponerse en tela de juicio. Aunque, la visión de los moderados y de los renovados coincidía en diversos aspectos la mayor diferencia entre ambos sectores estribó en la legitimidad de la PRPM y en los atrasos incurridos por el

ex EDI (inscripción y plebiscito).

La Convocatoria del Congreso (diciembre 1988) zanjó temas en favor del ex EDI:

la derrota de 1973 se debió a una insuficiencia teórica en torno al tema del poder y a la escasa capacidad de insertar lo político-militar en el partido¹¹⁸⁵;

hubo dos errores de la Dirección (del exterior): a) equívoca definición sobre el carácter de la dictadura b) y las lecturas que de ellas se hicieron (se exacerbaba lo economicista); y

por último, la Convocatoria señaló que los errores de la PRPM se debieron a los atrasos en que incurrió la Dirección desde el exterior (la vieja guardia)¹¹⁸⁶.

Es decir, la Convocatoria criticó férreamente a la Dirección del exilio y, por otra parte, consideró positivas (con observaciones) las directrices del ex EDI. Por ello, fueron renovados los que impusieron el pulso de la discusión. Destacamos las ideas que concitaron mayor discusión:

Se convino que el partido estaba en crisis (en método, en materia ideológica, conceptual, de dirección). Se planteó abandonar la creencia de que la Dirección debía controlar y «saberlo todo». «Esto que había discurrido como una atención a nivel de la Dirección del Partido, hoy día se transforma, en crisis al interior de la Dirección». Había que abandonar la idea de «un partido obsecuente, seguidista, con esta idea de que la Dirección lo sabe todo»¹¹⁸⁷;

hubo una defensa cerrada a la PRPM:

el mérito fundamental de esta política ha sido precisamente poner en cuestión al Partido (...) La Perestroika en el PC no es un acto de liturgia, no es algo impulsado por un grupo de intelectuales, sino un proceso asumido colectivamente (y) lo que ha desempeñado el papel desbrozador, el estremecimiento principal, ha sido la concepción de la Rebelión Popular¹¹⁸⁸;

asomó una crítica a la sustentación ideológica del PCCh. Samaniego llamó a «revolucionar al partido»:

No hay cambios sin crisis (...) Golpea de lleno los dogmatismos, las mil formas de los reduccionismos economicistas, voluntaristas-ideologistas (...) Sin crítica potente no se fortalece la identidad ni podrá surgir un proyecto de cambio democrático y socialista¹¹⁸⁹.

Es aquí donde se produce la amalgama entre la PRPM y el antidogma: «Reivindicábamos la PRPM que había ayudado mucho a sintetizar «lo nuevo» (...) precisamente en la perspectiva de pensar siempre con cabeza propia y profundizar el anti dogma, la anti «ortodoxia»¹¹⁹⁰;

los renovados apostaron por dinamizar en una sola idea dos conceptos: democracia y socialismo «con el fin de realizar el cambio social (...) Es decir, una postura intelectual, política, de crítica dialéctica de las utopías, del economicismo, de las concepciones mecánicas y, también, mesiánicas»¹¹⁹¹;

crítica a la concepción de partido. M.F. Contreras llamó a rechazar la idea de un partido que

se asume asimismo como representante exclusivo y excluyente de las masas y de la clase obrera (...) una suerte de ministro –aparentemente colectivo– (...) poseedor a través de la «doctrina marxista-leninista» de esa suerte de caja negra

que contiene todas las respuestas y que domina y determina los procesos históricos¹¹⁹²;

6) enlazado con lo anterior, plantearon terminar con el obrerismo. Oriol Viciani al respecto fue categórico:

dar por definitivamente superados los tiempos en que la exclusividad de la representación de la clase obrera y la autocalificación de vanguardia se convirtieron, desde la partida, en hechos positivos por la sola razón de estipularlo así en algún artículo de los estatutos partidarios o en cierto párrafo del programa¹¹⁹³;

7) la necesidad de democratizar el partido. Gladys Marín comenzó su intervención reconociendo «la falta de una mayor democracia en el Partido». Especificó que: «ha existido un método, un sistema al interior nuestro, de discusión formal, de temores, de administrar la vida partidaria, de resolver unos pocos»¹¹⁹⁴. Marín fue enfática:

Determinados compañeros gustaron ponerse el título de ideólogos, pretendían pensar por los otros, y se permitían calificar, poner notas a los demás. ¡Qué suficiencia! Han sido los creadores del temor, los que escriben sobre todos los temas, apoderándose en muchos casos de ideas ajenas¹¹⁹⁵.

Las críticas afloraron desde distintos ángulos, desde las intervenciones de los delegados en el Congreso, pasando por la Dirección hasta las visiones del CISPO e ICAL. Pero hay un aspecto no menor, y es que en el Congreso, no hubo autocríticas a la PRPM. Tampoco asomaron críticas profundas a los atrasos en que incurrió el ex EDI (inscripción y plebiscito) y los costos políticos que acarreo para las parlamentarias de 1989, es decir, las críticas de los «moderados» no se hicieron presentes en el Congreso. Sin embargo, en las bases y en los

comités locales si se discutió la pertinencia de la PRPM e incluso fue férreamente criticada.

La cantinela: «Todas las formas de lucha son válidas y legítimas», al margen de ser doctrinaristas y sectarias, es inútil y está fuera de lugar y tiempo (...) Nos acoplamos a última hora al plebiscito y a la campaña del No; ambigüedad ante la inscripción electoral, lo cual nos tiene marginados; no se trabajó con la masa descuidando y hasta abandonando esta tarea por privilegiar las unidades de combate (...) se incorporó al lumpen al trabajo militar (...) se implementó la política de rebelión bajo pautas erradas, centrándolas en todas las formas de lucha y la legitimación moral de la violencia¹¹⁹⁶.

El Congreso enfatizó la necesidad de ganar las elecciones de diciembre de 1989. Aunque el partido se volcó al trabajo electoral, paralelamente llamó a no abandonar la PRPM. Bajo esta dualidad, el PCCh entró en una etapa difusa, entre un discurso revolucionario, que no descartaba la aplicación de «todas las formas de lucha» y el trabajo institucional político electoral¹¹⁹⁷.

8.5. La persistencia de la crítica (renovadora) post Congreso

El núcleo duro de los renovados (que aún se mantenían cercanos a la Dirección) y los llamados moderados¹¹⁹⁸ llamaron a desarrollar una «revolución (de la renovación) permanente». Esta revolución consistía en profundizar (sin un esquema fijo) las ideas críticas discutidas en el Congreso. Álvaro Palacios criticó, por ejemplo, la «religiosidad» inserta en el partido. Esta, según él, generó un método antidialéctico, de escasa crítica y ajena a la realidad. Esta antítesis, para Palacios, fue salvaguardada erróneamente por el partido.

Nacerá la creencia ingenua de que la dirección política sabe todo aquello que es

necesario saber (...) La crítica no será entendida como confrontación del pensamiento y la acción y deberá ser antecedida, so pena de invalidarse, por la «autocrítica», la más de las veces personal, en una patética imitación del hábito religioso¹¹⁹⁹.

Lo anterior, según Palacios, conducía a la aplicación de un marxismo metafísico: «Es un marxismo abstracto sin vinculación con la política (...) rompe su vinculación con el movimiento histórico total (...) (y) al romper su vinculación con la política y la historia se desnaturaliza, pues se enajena respecto de la actividad histórica del sujeto humano»¹²⁰⁰.

Orel Viciani planteó la necesidad de renovar el socialismo desde una perspectiva radical: modificar los contenidos básicos del marxismo en lo económico, político y teórico, pero «asumirlas de una vez por todas, con cabeza propia y desde nuestra propia perspectiva» bajo «una nueva mentalidad política»¹²⁰¹. Viciani interrogó celosamente la necesidad de «dar el salto»: superar las concepciones idealísticas que son ajenas a las necesidades humanas. La «orientación socialista» «se ha tornado definitivamente incompatible con el salto cualitativo que está siendo operado por la humanidad entera en este momento de desarrollo»¹²⁰².

Los renovados quisieron evitar que el proceso crítico-renovador en curso se transformara en una renovación opaca que deviniera en un nuevo dogmatismo. Contreras advertía:

tenemos que evitar el transformar lo nuevo en un nuevo dogma, con mitos de Lenin en la tierra, con gente que anda con la plantilla en la mano, probando quienes se equivocan y quienes no se equivocan. Ese sacerdotismo de las «correctas posiciones» del Partido que tanto daño ha hecho a nuestro partido¹²⁰³.

La propuesta de los renovados –que encabezaba Samaniego, Palacios, Contreras o Viciani– especificó que no se era necesario volver a los clásicos, sino que el propósito era trasladarlos a los nuevos tiempos.

Hoy muchos plantean que el único modo de resolver esta crisis teórica es retornando a Marx (...) Es un predicamento que puede parecer retrogrado si es que es tomado como propósito de volver, al pie de la letra, a formulaciones teóricas expresadas de un modo determinado en contextos históricos pasados¹²⁰⁴.

Incluso Gladys Marín, retratando la «nueva» visión de la Dirección señaló:

Ya no necesitamos declararnos vanguardia (...) Somos un partido que está decididamente por la renovación, renovación no restringida al Partido, sino a la sociedad, a conceptos, a métodos nuevos de hacer política (...) En cuanto a la renovación partidaria la iniciamos hace varios años (...) Ellas expresaban la necesaria confrontación de ideas, expresaban el choque con viejas concepciones políticas ideológicas y con estilos de hacer la vida del Partido (...) Ella debe abarcar más y más a la ideología, la política, las visiones del mundo y del hombre¹²⁰⁵.

Para los renovados era necesario proseguir las discusiones emanadas en el Congreso –un partido y un socialismo de otro tipo– con objeto de insertar al partido en la democracia que se inauguraba, con un rol acreditado e influyente en la coyuntura. Es decir, revertir el perfil aislacionista que adquirió en los últimos años. Sin embargo, la Dirección puso límites que traerían consecuencias. Salió al paso frente a las sistemáticas críticas del núcleo renovador y de los moderados. Marín, en el marco del VIII Congreso de las JJ. CC. señaló que «es un momento difícil, donde pudieran desdibujarse los objetivos del partido», por lo tanto «la renovación –acá para nosotros– significa tener un partido revolucionario de masas que dirija a las masas y que sea capaz de asumir el momento político, cualquiera sea su forma de lucha»¹²⁰⁶. Según Alfredo Riquelme: «El mensaje que Gladys Marín entrega al Congreso se estructura en torno a la rebelión popular como escuela de un comunismo cuya renovación ha sido y debe seguir siendo más bien un perfeccionamiento de su identidad permanente»¹²⁰⁷.

Llegado a este punto, la reacción de la Dirección frente a la «renovación permanente» fue, lo que Contreras llamó, la imposición del neoconsevadurismo. Las voces disonantes fueron vigiladas, ya que ponían en cuestión la compacta estabilidad del partido. Al respecto Riquelme recuerda que «Gladys Marín advertía también sobre la necesidad de elevar la vigilancia interna en contra de los disidentes, es decir, aquellos que no habían acatado los acuerdos del congreso y rechazaban la continuidad de la política de rebelión popular»¹²⁰⁸. Por lo tanto,

los renovados se toparon frente a sus antiguos aliados (ex EDI) que estaban ahora al frente de la Dirección (encabezados por Volodia Teitelboim y Gladys Marín). El núcleo duro de la Dirección, ante la radicalidad de las emergentes posturas renovadoras y a la catarsis interna post Congreso, comenzó a frenar a las voces divergentes. Se inició así un corto, pero interesante período que Rolando Álvarez denominó los límites de la renovación comunista. A estas alturas la discusión sobre la necesidad de renovar la vida partidista, tanto en su corpus operandi como en los aspectos teóricos-políticos, eran hegemónicos¹²⁰⁹. Pero, insisto, desde perspectivas diversas. Para una de estas perspectivas (la Dirección) había llegado el tiempo de poner límites al proceso.

8.6. Crisis y límites de la renovación

El Partido Comunista, al igual que el resto de la izquierda, está viviendo una crisis de profunda reflexión (...) un sentimiento contradictorio (...) creíamos que al final de la dictadura caminaríamos sobre una enorme alfombra roja (...) La izquierda hoy no juega el rol de ser la fuerza determinante que defina el carácter de la transición¹²¹⁰.

A estas alturas, emergieron diversas aproximaciones o modelos de pensamiento al interior del PCCh. Estos, aunque no estuvieron estructurados en corrientes definidas o facciones, permiten identificar las disidencias internas. Detallaremos brevemente una suerte de tipología reseñada por M. F. Contreras y que el investigador Rolando Álvarez, en gran medida, comparte:

existía un modelo de pensamiento caracterizado como «conservador», que consideraba a la PRPM un error, un momento «herético», que rompía con la tradición y con la línea masas del PCCh. En cuanto a la concepción de partido: «Mantienen una visión que mezcla el estalinismo con el paternalismo (...) ya que se trata de precaver a la masa partidaria del disenso de su propia

Dirección»¹²¹¹. Este sector estaba muy cerca de la vieja guardia afincada en Moscú durante la dictadura;

se identificó un modelo de pensamiento denominado «neoconservadurismo», que si bien intentó superar las viejas concepciones de los conservadores terminó apelando a cierto dogmatismo. No supo entender que la PRPM tuvo su propio período de «transformación y superación». Posterior al «año decisivo» no fueron capaces de adecuarse ni «en el modo de hacer política como en la forma de concebir el partido». Esta inadaptación llevó al partido a quedar marginados de la transición. «Este neoconservadurismo (...) indujo a una concepción moral limitada que cerró la mirada a importantes cambios y nos llevó a una inadecuación entre nuestra política y la realidad. Esto explica nuestras fallas en estos últimos tres años»¹²¹². Este sector estuvo representado por el ex EDI, que desbancó a la vieja guardia de la Dirección en el XV Congreso;

un tercer tipo de pensamiento fueron los «renovados». Estos aunque emergieron paralelamente con los neoconservadores y propiciaron la PRPM (además fueron el soporte intelectual de los neoconservadores en el XV Congreso) plantearon que esta política, aunque tuvo la virtud de cuestionar las viejas concepciones estratégicas e ideológicas «resultó signada por un aspecto táctico de ella, cual fue la Sublevación Nacional; y ello nos impidió recrearla a las nuevas condiciones generadas a partir de 1986»¹²¹³. Abogaron por profundizar, sin límites a priori, el proceso de la renovación;

un cuarto modelo de pensamiento, lo representaron los «moderados». Estos, según Contreras, fueron expresión de un enfoque residual y a la postre irrelevante, ya que si bien realizaron acertadas críticas, terminaron por renunciar al partido y a su historia. Fueron contrarios a la PRPM y criticaron «los procedimientos estalinistas de la Dirección» emanada del XV Congreso. Para Contreras los moderados «no fueron capaces de avanzar en la construcción de un pensamiento alternativo (y) terminaron en un rezongo metafísico, construyendo una visión melancólica más que una alternativa política para intervenir en el debate ideológico»¹²¹⁴.

Hacia finales de 1989 ocurrieron dos hechos que profundizaron la crisis del PCCh:

a nivel internacional, cae el muro de Berlín y la URSS vive momentos complicados; y

a nivel nacional, los magros resultados electorales del PCCh no permitieron elegir parlamentario alguno. Los comunistas lograron algo más del 4%¹²¹⁵.

La Dirección persistió en la vigencia de la PRPM aun cuando la democracia era un hecho. Para el PCCh, la democracia que se reinauguraba no era plena, ya que las fuerzas militares permanecerían con un poder paralelo al gobierno (democracia vulnerable). Ese estado de latencia explicaba la justificación de la PRPM¹²¹⁶. Sin embargo, para los disidentes en su conjunto, la vigencia de la PRPM era la principal causa de aislamiento.

Uno de los aspectos más relevantes de la crisis del PC es la ausencia de un reconocimiento, por parte del grupo dirigente, del fracaso de su política, de su responsabilidad en la marginalidad del partido en el proceso de transición y en su profundo aislamiento político (...) los objetivos que se propuso la política de Rebelión Popular, y por ende la política del PC, fracasaron¹²¹⁷.

Para los disidentes hubo una clara disonancia entre los objetivos del partido y los intereses de las masas. «Dejamos a la deriva importantes sectores sociales que terminaron siendo influidos (...) nuestros retrasos e incomprensiones dejaron el espacio libre a otras conducciones políticas, y así se explica el fortalecimiento del centro»¹²¹⁸. Además, se señaló otra cuestión crucial: «los profundos cambios

producidos en el país han dado paso a una suerte de revolución burguesa que ha generado una capa pobre moderna que se siente expresada en la derecha»¹²¹⁹.

A estas alturas, germinó un ecléctico consenso entre el ala moderada representada por Guastavino y Pollarolo, y los renovados (Contreras, Palacios, Viciani, Samaniego, etcétera), junto a los investigadores del CISPO e ICAL. Todos en conjunto, pero de diversas formas, apostaron por profundizar la renovación¹²²⁰. Para el núcleo directivo, fue hora de contener el proceso crítico, ya que estaba cruzando los límites de la renovación. Es decir, para la directiva comenzó a estar en juego la identidad y el futuro del partido.

Los sectores disidentes propusieron, en razón de las continuas divergencias, realizar un Congreso. Sin embargo, la Dirección rechazó la iniciativa, ya que, según ellos, se pondría en cuestión el XV Congreso. La directiva como alternativa aprobó una Conferencia Nacional la cual tiene una diferencia fundamental: un Congreso tiene la facultad para transformar la línea del partido, la Conferencia no. En la Conferencia asomaron los desacuerdos. Frente a este escenario complejo, la Dirección decidió zanjar los impulsos de la renovación, aunque ello significase retroceder lo avanzado:

La Conferencia no había sido el punto de inicio de un cambio estructural dentro del PC, sino, por el contrario, el punto final del proceso renovador tal como se había planteado en el XV Congreso. «Termidor» versus «revolución permanente», estabilidad y continuidad de tradiciones teóricas y políticas versus cambios estructurales, cambios de paradigma¹²²¹.

La Conferencia ratificó los acuerdos asumidos en el XV Congreso y cerró filas con el núcleo dirigente en cuanto a la PRPM, a la identidad ideológica, a la defensa del marxismo, criticó, no sin razón, la democracia de los acuerdos de la Concertación y al sistema económico continuista. Para la Dirección, el partido no estaba en refundación. Para el núcleo directivo no era momento de repensar la identidad, ni la estratégica o realizar cambios de línea política, debido a la crisis del socialismo mundial. Volodia Teitelboim señaló que había que preservar el carácter revolucionario y defenderse de las intenciones reformistas. Por ello advirtió, la presencia de ciertos sectores que «sugieren y defienden una llamada

refundación del partido, una transformación que lo conduzca a su disolución en un frente u organismo de izquierda heterogéneo, sin mantener su propia identidad revolucionaria»¹²²².

Dicho contexto generó que los renovados y los moderados aunaran aún más sus críticas y, por ende, comenzó a gestarse un consenso entre los diversos grupos disidentes a la Dirección elegida en el XV Congreso¹²²³. La Conferencia fue acusada de antidemocrática. Para los disidentes fue un evento meramente cupular, con «mecanismos estalinistas de autoreproducción del poder». A raíz de ello, se produjeron importantes renunciaciones al máximo órgano del partido. Las más controvertidas fueron las de M. F. Contreras y Augusto Samaniego, quienes en el pasado habían sido el soporte ideológico del ex EDI y de la PRPM; posteriormente lo hará Fany Pollarolo; se produjo también la renuncia masiva del CC de las JJ. CC.¹²²⁴; se formaron centros de estudios u organizaciones políticas alternativas a la Dirección; se realizaron actividades privadas para expresar las diferencias con el partido¹²²⁵; la Dirección decidió expulsar y sancionar a diversos militantes y dirigentes: Luis Guastavino y Alejandro Valenzuela (dirigente de Valparaíso) fueron expulsados y Antonio Leal suspendido de la comisión de RR.II., Leonardo Navarro también sería removido de su cargo; se acusó a Luis Abraham Corvalán de intentar dividir el ICAL, etcétera.

Para la Dirección existía claramente una facción disidente¹²²⁶, organizada y con objetivos liquidacionistas (la llamó «fracción antipartido de carácter liquidacionista»). La Directiva se encerró en su neoconservadurismo de antaño, explicando el origen de la disidencia en clave conspirativa. Frente a ello, la Dirección nuevamente apeló al carácter identitario: «Ha llegado el momento de tomar medidas, porque está en juego la existencia misma del partido revolucionario»¹²²⁷. Para el núcleo dirigente, este era el quid del asunto, más que valorar y sopesar el alcance real de la renovación política e ideológica. Riquelme asegura que, frente a los cuestionamientos de los disidentes: «la dirección del PCCh reaccionó de un modo defensivo, afirmando la vigencia de la mayor parte de las certezas que formaban parte de su identidad ideológica histórica»¹²²⁸.

Antonio Leal al finalizar el año lanzó quizás una de las reflexiones más duras, pero también más realista. Leal puso de relieve una antigua discusión interna respecto de los objetivos conjuntos del partido en dictadura:

el PC trabajó, en términos completamente subjetivos, conjuntamente la caída de la dictadura, la conquista de la democracia y la toma del poder. En esto reside el verdadero cambio de línea del PC del 80 en adelante (...) En el hecho, formulando –en medio de la lucha antidictatorial– el objetivo del poder, debilitó el objetivo democrático, renunció a darle un espacio autónomo a la revolución democrática (...) La ausencia de una elaboración teórica sobre el problema de la democracia era y es la gran debilidad política de la línea táctica y estratégica del PC y ello marca también hoy sus actuales ambigüedades¹²²⁹.

A estas alturas ¿qué impidió que las ideas de los disidentes se tornaran hegemónicas? Básicamente, no existió una posición única frente a la Dirección y, por otra parte, no fueron capaces de presentar un proyecto viable (que superase al PCCh). La disidencia criticó desde diversos sectores. No tuvo una organización mínima desde donde forjar una tendencia de opinión instituida, que se opusiera, en los mismos términos, a la aún monolítica Dirección (la facción legal). En definitiva, toda la disidencia comunista, después de intentar algunos proyectos orgánicos como la Asamblea de Renovación Comunista (ARCO) o el Partido Democrático de Izquierda (PDI), terminó en una diáspora. Algunos recalaron en partidos de la Concertación (PPD o el PSCh) o simplemente abandonaron la política, sumiéndose en la derrota profunda.

A pesar de la diáspora de los renovados-disidentes, los planteamientos originales que propusieron en el XV Congreso, en torno a la Conferencia o los escritos del ICAL o de CISPO no se esfumaron. Por el contrario, pasados unos años, dichas reflexiones críticas penetraron al interior del partido:

Se repetía así en el comunismo chileno una constante de la historia de los virajes políticos, tácticos, estratégicos o ideológicos en el movimiento comunista a nivel mundial: quienes se habían adelantado a estos eran excluidos por el desacato que su nuevo enfoque representaba para la fidelidad hacia los organismos dirigentes. Cuando estos, generalmente sobre la base de los mismos antecedentes, asumían el giro, este podía o más bien debía ser sostenido por los militantes del partido, entre los cuales ya no se encontraban sus primeros defensores¹²³⁰.

Es decir, la Dirección con posterioridad, en plena década de los noventa, asumió algunos planteamientos de los renovados como suyos, como una necesidad intrínseca para la supervivencia del partido. Por lo tanto, podemos decir, que el núcleo duro de los renovados fue funcional al ex EDI (en su disputa con la vieja guardia en el XV Congreso).

Por ello, es correcto decir que, en la catarsis del PCCh de 1989-90, no estuvo en cuestión la necesidad de renovar políticamente al partido, sino el ritmo y profundización de la misma y también en los límites.

El problema de los comunistas no radicó en una supuesta ortodoxia y dogmatismo inveterado, sino que en los ritmos y carácter de los cambios. En efecto, la caracterización de la renovación comunista gatilló la crisis de 1990, pero lo que no estaba en debate era la necesidad de su implementación¹²³¹.

Sin embargo, la imposición de aquellos límites generó una imagen ortodoxa, ya que de una manera poco democrática se puso freno a la evolución crítica.

Para terminar, quisiera reiterar que los magros resultados electorales también fueron decisivos y reflejo de la crisis interna. El PCCh pasaba de un destacado 16,2 % de apoyo parlamentario en marzo de 1973, con 25 Diputados en la cámara baja, a un escaso 4,3%¹²³² de apoyo electoral en 1989 y sin representación en el Congreso. Aunque es cierto que el (desproporcional) sistema binominal fue determinante para que los resultados fueran aún peores para el PCCh, el número total de votos representó una debacle de acuerdo a sus propias proyecciones y deseos electorales. Los dos únicos Diputados electos bajo la alianza en la que participaban (Unidad para la Democracia), a los pocos meses emigraron a la Concertación junto al centro político.

El recién electo presidente de la República, el demócratacristiano, Patricio Aylwin, también prescindió de cualquier dirigente comunista para cargos de confianza, ministeriales o diplomáticos. La marginalidad política fue un hecho lapidario para el PCCh a inicios de los noventa. Debido a lo anteriormente expuesto (crisis orgánica, ideológica, política y electoral), el PCCh de cara a la transición y al nuevo siglo debió reconfigurar, en gran parte, su organización y su sustentación política. A lo largo de la década de los noventa el PCCh, sin

abandonar su identidad histórica, sin renunciar –idea matriz– a la superación del capitalismo, debió, sin embargo, abandonar: la idea de partido vanguardia, que en base a sus conocimientos avanzados lideraría a las masas; los comunistas chilenos renunciaron al marxismo-leninismo, axioma acuñado por el PCUS como ideología ecuménica; desistieron de ser el partido representante y defensor de la clase obrera, del obrerismo comunista, para ampliar su horizonte de clase; y abandonaron la opción de mantener o desarrollar un aparato militar adjunto al partido.

Así, el PCCh se fue adaptando y reconfigurando en la década de los noventa. Poco a poco fue adoptando una nueva concepción teórica que le permitió recobrar un cierto protagonismo y salir así del oscurantismo y el aislamiento. Inclusive, aunque su reconfiguración teórica, no haya sido tan radical como la de sus pares socialistas, su estrategia electoral fue evolucionando –aunque de manera excesivamente lenta– hacia la concertación con otras fuerzas políticas de peso parlamentario. Ello ha permitido al partido, después de más veinte años, retomar el diálogo con la centro-izquierda y con la DC, es decir, con la Nueva Mayoría con el objeto de reposicionarse políticamente y lograr un principio de convergencia. Este, aunque sea algo insípido e inestable ha significado conseguir seis importantes escaños en el Congreso y con ello romper dos décadas de severa exclusión política.

⁷⁹³ [LAIZ, Consuelo \(1993\), La izquierda radical en España durante la transición a la democracia. Tesis \(Tesis doctoral\). Madrid. Universidad Complutense de Madrid. Pág. 1.](#)

⁷⁹⁴ [MOYANO, Cristina \(2006\). Op. cit. Pág. 155.](#)

⁷⁹⁵ [Op. cit. Pág. 194.](#)

⁷⁹⁶ [Cfr. HUNEEUS, Carlos \(1985\), La política de la apertura y sus implicancias para la inauguración de la democracia en Chile, En: Revista de Ciencia Política Vol. VII, N° 1.](#)

⁷⁹⁷ [MOYANO, Cristina \(2006\). Op. cit. Pág. 372.](#)

⁷⁹⁸ [Cfr. Bloque Socialista \(1983\), Constitución del Bloque Socialista, Santiago de Chile, En: Revista Chile-América N° 88-89, julio-oct 1983. Pág. 42.](#)

⁷⁹⁹ La relación del BS con la AD tuvo una alta cuota de ambigüedad. «Es necesario reponer al Bloque Socialista una capacidad propia y efectiva de realizar política popular y autónoma (...) Sin embargo, esto último hace necesario superar la presencia de un sector del Bloque Socialista en la Alianza Democrática» En: Propuesta Programática MAPU. III Congreso Nacional, Santiago de Chile, 11 Septiembre 1984. FDERT. Págs. 33 y 34.

⁸⁰⁰ Cfr. Por una fuerza autónoma y popular, Santiago de Chile, 1 octubre 1984; Cfr. Propuesta Programática MAPU. III Congreso Nacional, Santiago de Chile, 11 Septiembre 1984. FDERT. Pág. 15.

⁸⁰¹ Por una fuerza autónoma y popular. Op. cit. s.n.

⁸⁰² PSCh, Informes y Proposiciones de los Plenos IV y V, Santiago de Chile, Junio 1984. Pág.14.

⁸⁰³ Revista Análisis, N° 79, abril 1984. Pág. 29.

⁸⁰⁴ Ibid.

⁸⁰⁵ Cfr. PSCh, Informes y proposiciones de los Plenos IV y V. Op. cit. Pág. 18.

⁸⁰⁶ Cfr. BASCUÑÁN, Carlos (1990). Op. cit. Pág.169.

⁸⁰⁷ PSCh, Informes y proposiciones de los Plenos IV y V. Op. cit. Pág. 14.

⁸⁰⁸ Op. cit. Pág. 16.

⁸⁰⁹ Dicha incorporación fue considerada, por el resto de los sectores del BS, como un impedimento para reagrupar a la izquierda, ya que la AD tenía claras enemistades con los comunistas, lo que se traducía, para sus críticos, en una alianza excluyente.

⁸¹⁰ Revista A la Moneda N° 1, marzo 1985. FDERT. Pág. 10.

⁸¹¹ BASCUÑÁN, Carlos (1990). Op. cit. Pág. 170.

⁸¹² WALKER, Ignacio (1990). Op. cit. Pág. 210.

⁸¹³ Secretario general del MAPU, Víctor Barrueto, Comunicado de Prensa.

Santiago de Chile, 5 diciembre 1985. FDERT. Pág. 2.

⁸¹⁴ MOYANO, Cristina (2006). Op. cit. Pág. 373.

⁸¹⁵ Revista A la Moneda N° 1. Op. cit. Pág. 17.

⁸¹⁶ Las facciones que acudieron al llamado fueron básicamente las mismas que venían trabajando desde el CEP y el CPUS: el PSCh-24° Congreso (altamiranistas), un sector del PSCh-Almeyda (encabezados por Akin Soto y Julio Stuardo), Los Suizos (liderados por Ricardo Lagos), Tendencia Humanista (ligados al sector de Manuel Mandujano y A. Rodríguez), la Convergencia 19 de Abril (encabezados por Juan Gutiérrez), y un último grupo liderado por Víctor Sergio Mena que representaba a su vez a tres facciones de antigua trayectoria: MAS, USOPO y MR. Ignacio Walker señala que esta puede calificarse como la fecha de (re) constitución del PSCh. Cfr. WALKER, Ignacio (1990). Op. cit. Pág. 211

⁸¹⁷ El cargo de subsecretario recayó en Hernán Vodánovic, uno de los personeros más proclives a la renovación, con una clara tendencia socialdemócrata. La CP quedó conformada por: Ricardo Lagos, Heraldito Muñoz, Eduardo Trabuccho, Akin Soto, Augusto Jiménez, Ricardo Núñez y Alfredo Molina. La idea en principio fue que las seis principales facciones estuviesen representadas en la CP.

⁸¹⁸ PSCh, Documento aprobado en el IV Pleno del comité central, Santiago de Chile, Junio 1984. Pág. 10.

⁸¹⁹ PSCh, Informes y Proposiciones de los Plenos IV y V. Op. cit. Pág. 18.

⁸²⁰ Revista Análisis N° 79. Op. cit. Págs. 28 y 29.

⁸²¹ ORTIZ, Edison (2007). Op. cit. Pág. 272.

⁸²² Cfr. Informe político a la Conferencia del PS en el exterior, En: RUZ, Gustavo (1983), Una salida creadora para la crisis del Partido Socialista. Historia documental del socialismo chileno. Págs. 11 y 47. Las críticas del PS-Salvador Allende (facción afincada principalmente en Bruselas) fueron dirigidas en líneas generales al proceso de reunificación encabezado por los renovados. Sin embargo, fueron igualmente virulentos a la hora de criticar el rol del PSCh-Almeyda. La facción PS-SA, que en un principio fue cercana Almeyda, derivó hacia 1983 en una posición «a la izquierda» de los almeydistas. Rechazaron el

acuerdo de algunos dirigentes (Soto y Stuardo) en el Manifiesto Democrático, se opusieron a las negociaciones entre Almeyda (exterior) y Julio Stuardo (interior) en orden a establecer las bases de la unificación del partido, de perfilar la «ruptura pactada» y criticaron el progresivo distanciamiento de los socialistas con el PCCh. Se mostraron abiertamente convencidos de una salida de corte insurreccional. Cfr. Frente Interno-CC Exterior PSCh, Notas aclaratorias del documento: Dos facetas de la reunificación socialista, octubre 1983. Finalmente, esta tendencia, encabezada por Robinson Pérez, Jaime Durán y Gustavo Ruz, fue expulsada del PSCh-Almeyda en torno a un Pleno celebrado en Buenos Aires (1985) por actividad faccional. Cfr. GUTIÉRREZ, Eduardo (2003). Op. cit. Pág. 136.

⁸²³ Cfr. PSCh, Documento aprobado en el IV Pleno del comité central. Op. cit. Págs. 29-33.

⁸²⁴ Op. cit. Págs. 29 y 31.

⁸²⁵ Destacaban figuras como Manuel Antonio Garretón, Ángel Flisfisch, Eugenio Tironi, Álvaro García, José Bengoa y Carlos Portales.

⁸²⁶ Cfr. Grupo por la Convergencia Socialista (1985), Respuesta a la carta de unidad e integración del socialismo, En: NÚÑEZ, Ricardo (Comp.) (1991), Socialismo: 10 Años de renovación. Tomo I: 1979-1989: De la convergencia a la unidad socialista, Santiago de Chile: Ediciones del Ornitorrinco. Pág. 191.

⁸²⁷ Op. cit. Págs. 188 y 189. Un importante sector del Grupo mantuvo relación con los MAPUs. Por ello, se considera que esta primitiva integración al PSCh fue la primera oleada mapucista al tronco socialista histórico.

⁸²⁸ Op. cit. Pág. 194.

⁸²⁹ Sobre la incorporación del MAPU-OC al PSCh volveremos más adelante en detalle.

⁸³⁰ Cfr. Carlos Briones secretario general (1984), Carta a los socialistas acerca de la Unidad e Integración del Socialismo chileno, Santiago de Chile, agosto 1984.

⁸³¹ Op. cit. Pág. 5.

⁸³² Op. cit. Pág. 3.

⁸³³ Cfr. DÁVILA, Mireya (1994). Op. cit. Pág. 66.

⁸³⁴ Las discrepancias internas en dicho Pleno respondían más bien a una cuestión de carácter personal. Benavente, desde su óptica crítica, ejemplifica este ambiente caudillista: «La circunstancia de que estos grupos socialistas sean caracterizados por el nombre de sus dirigentes: Carlos Briones y Manuel Mandujano, grafica muy bien una de las causas importantes del fraccionalismo socialista: el caudillismo personalista», En: BENAVENTE, Andrés (1985). Op. cit. Pág. 188. También Cfr. JANS, Sebastián (1984). Op. Cit; Cfr. DÁVILA, Mireya (1994). Op. cit. Pág. 66.

⁸³⁵ Según el PSCh-Briones en el Pleno hubo unanimidad «a pesar de pequeños matices» en torno a cuatro criterios: una nueva estructura y forma de dirección para romper con los empates; distribución de responsabilidades y funciones precisas en la Dirección; designación de autoridades unipersonales; libre juego de mayorías y minorías. Cfr. Boletín Informativo, PSCh Segmento Europa-África, junio 1984. Págs. 13 y 14.

⁸³⁶ Cfr. LUN, 5 mayo 1984, En: Boletín Informativo, PSCh Segmento Europa-África, junio 1984. Pág. 23.

⁸³⁷ Según el PSCh-Briones a los pocos días del Pleno se intentó llegar a un «acuerdo racional», pero fracasó debido a que los «históricos» hicieron una proposición inaceptable. «Según ellos, la situación debía retrotraerse a las condiciones en que cada grupo de los 6 componentes del proceso unitario debía administrar un “corral” de sus 6 votos». Es decir, según los renovados, se quiso desconocer la votación del Pleno (que les había dado una ajustada mayoría) y, por lo tanto, rechazar los cambios en el CC y los cargos unipersonales. Para mayor detalle del conflicto interno, Cfr. Boletín Informativo, PSCh Segmento Europa-África, junio 1984. Pág. 10-30. También puede recurrirse directamente a las notas de prensa que dieron cobertura al hecho, Cfr. La Segunda, 3 mayo 1984; La Segunda, 4 mayo 1984; LUN, 5 mayo 1984.

⁸³⁸ A raíz de la deserción de estos sectores ligados a Mandujano y Gutiérrez, se formaron dos facciones: el PS-Histórico, liderada por Gutiérrez; y el PSCh-Mandujano. En esta última facción participaron también los socialistas ligados a Víctor Sergio Mena (MAS-USP).

⁸³⁹ Boletín Informativo, PSCh Segmento Europa-África, agosto 1984. Pág. 4.

⁸⁴⁰ Carlos Briones secretario general (1984). Op. cit. Pág. 6.

⁸⁴¹ ORTIZ, Edison (2007). Op. cit. Pág. 343. El autor señala, citando a la revista Análisis la existencia de 18 organizaciones surgidas del tronco socialista, las cuales reclamaban, todas ellas, el legado histórico del socialismo chileno.

⁸⁴² Para saldar estas críticas se realizó en Mendoza, Argentina, un seminario que se abocó a debatir las principales falencias y obstáculos del proceso.

⁸⁴³ ARRATE, Jorge y ROJAS, Eduardo (2003). Op. cit. Pág. 374.

⁸⁴⁴ Ibid. Estas críticas fueron quizás un llamado de atención a los dirigentes que pretendían, a través de una ruptura, abandonar, de un plumazo, su pasado ideológico tras un nuevo discurso renovador. Tanto Arrate como Moulián insistirán en que el camino más corto no siempre es el más correcto, ya que las identidades y la memoria histórica de los socialistas chilenos tenían una tradición y un peso político que había logrado arraigarse entre los militantes. Según los autores, es a partir de esta tradición e identidad que se debía reformular el socialismo chileno. Según Arrate, alrededor de 1986 se terminó una etapa de la renovación. De ahí en adelante comenzó un período en que los acuerdos orgánicos, más que las discusiones teóricas, tuvieron la palabra.

⁸⁴⁵ Cfr. RUIZ MOSCATELLI, Rafael (1984), Carta desde la cárcel por la unidad socialista, Santiago de Chile, marzo 1984.

⁸⁴⁶ ORTIZ, Edison (2007). Op. cit. Págs. 345 y 346.

⁸⁴⁷ En una carta suscrita por los máximos dirigentes de la facción –dirigida a su propio líder Manuel Mandujano– señalaron los graves problemas orgánicos que enfrentaban: desorganización interna y ausencia en la toma de decisiones. «La orgánica que usted encabeza (Mandujano) ha venido sufriendo un permanente proceso de involución. Este se ha manifestado en diferentes escisiones que, más que ayudar al proceso de integración del socialismo han contribuido seriamente a agudizar aún más la atomización, ha sido el caso de la formación del PS-Histórico y el Comité Coordinar Santiago para la Unidad del Socialismo y lo que es más grave, es que paralelamente, han ido desapareciendo paulatinamente los distintos organismos regulares de base que tanto sacrificio costó levantar». Carta (1987), En: Partido Socialista de Chile: Carta informativa a los regionales, Santiago de Chile, marzo 1987. Págs. 5 y 6.

⁸⁴⁸ PSCh (1987), Partido Socialista de Chile: Carta informativa a los regionales, Santiago de Chile, marzo 1987. Pág. 5. El Acta fue firmada por Ricardo Núñez, Heraldito Muñoz, Jorge Molina, Ricardo Lagos y por la facción Mandujano lo hicieron Manuel Dinamarca, Iván Rojas, Sergio Navarrete y Edmundo Sepúlveda.

⁸⁴⁹ Op. cit. Pág. 2.

⁸⁵⁰ ORTIZ, Edison (2007), Op. cit. Pág. 347.

⁸⁵¹ Cfr. PSCh (1987). Op. cit. Págs. 2, 3 y 4.

⁸⁵² En este sentido es interesante resaltar el comentario emitido por el investigador socialista Oscar Waiss: «Cuando los socialistas chilenos hablamos de una “República Democrática de Trabajadores” no ignoramos que ella deberá reprimir los intentos de involución propiciados por los grupos privilegiados, pero evitamos proponer una “dictadura” en cuanto al enunciarla estaríamos provocando reacciones negativas y creando anticuerpos propagandísticos en el propio bloque sustitutivo al cual estamos», En: WAISS, Oscar (1982), Socialismo y hegemonía, En: Revista Nueva Sociedad N° 62, sept-oct 1982. Pág. 100. En pleno proceso de renovación ideológica –de la que Waiss fue parte en los años ochenta– sus declaraciones generaron, según Andrés Benavente, cierto grado de escepticismo en el proceso.

⁸⁵³ PSCh, (1987). Op. cit. Pág. 3.

⁸⁵⁴ ARRATE, Jorge y ROJAS, Eduardo (2003). Op. cit. Pág. 398.

⁸⁵⁵ Citado En: ARRATE, Jorge y ROJAS, Eduardo (2003). Op. cit. Pág. 393.

⁸⁵⁶ VALENZUELA, Esteban (2008). Op. cit. Pág. 119.

⁸⁵⁷ GAZMURI, Jaime y CORREA, Enrique, Acerca del Partido, el carácter de sus ideas y organización, mimeo (sin fecha). Pág. 3. Citado En: VALENZUELA, Esteban (2008). Op. cit. Pág. 119.

⁸⁵⁸ GAZMURI, Jaime (2000). Op. cit. Págs. 274 y 275.

⁸⁵⁹ Dicha crítica fue evidente a pesar que el MAPU-OC había decidido, con apoyo del PCCh, preparar un centenar de cuadros militares, denominados «los

salmones», en los países de la órbita socialista (en Cuba y la URSS), a mediados de los años setenta.

⁸⁶⁰ GAZMURI, Jaime (2000). Op. cit. Pág. 275.

⁸⁶¹ Boletín Venceremos, agosto 1981. FDERT. Pág. D-12.

⁸⁶² Este dirigente fue uno de los líderes juveniles que fundó en 1969 el MAPU.

⁸⁶³ La investigadora Cristian Moyano se refiere a este momento como un «desgarro interno del MAPU-OC».

⁸⁶⁴ GAZMURI, Jaime (2000). Op. cit. Págs. 340 y 341.

⁸⁶⁵ Cfr. Secretariado del Comité Central, La política del partido en la actual situación, Santiago de Chile, junio 1981. FDERT.

⁸⁶⁶ Cfr. VARAS, Augusto (1981), La política del partido en la actual situación: una crisis de orientación y de política. FDERT.

⁸⁶⁷ Cfr. VALENZUELA, Esteban (2008). Op. cit. Pág. 129

⁸⁶⁸ VALENZUELA, Esteban (2008). Op. cit. Pág. 132.

⁸⁶⁹ Esta facción tampoco adhirió a los intentos de reunificación del MAPU-Garretón. Decidieron mantener vida propia, pero sin ninguna relevancia. Con el inicio de la democracia continuaron bajo el alero de la DC. Toda una paradoja. Al día de hoy reivindican el «timbre» MAPU-OC. Su continuidad es toda una peculiaridad, casi como una bocanada de nostalgia mapucista.

⁸⁷⁰ Cfr. MOYANO, Cristina (2006). Op. cit. Pág. 337.

⁸⁷¹ El Lautaro se definió como una organización marxista leninista mapucista lautarino. Según la investigadora, Eyleen Bascur, el desarrollo ideológico del Lautaro recogió conceptos básicos del leninismo (la lucha de clases, la dialéctica, aspiración al socialismo, el carácter leninista de la guerra). Sin embargo, no comulgó con el marxismo soviético y fue más próximo a la experiencia cubana. Además, sumó una definición propia del maoísmo: la Guerra Popular Prolongada, así como diversas influencias, que iban desde Gramsci hasta el Che Guevara, Sandino o Mariátegui. El Lautaro, desde el punto

de vista orgánico, englobó una confusa organización que abarcó diversas instancias políticas, y por ello se autodefinió como un «Complejo Partidario». Tuvo una organización interna de carácter leninista (CP, CC y direcciones intermedias). Al interior de este complejo existieron estructuras como el propio partido MAPU-Lautaro, dedicado al trabajo político, y por otro lado, el Movimiento Juvenil Lautaro (MJL), considerado el frente de masas (con preparación política y militar). Posteriormente, al alero del MJL surgió una nueva estructura denominada Fuerzas Rebeldes y Populares Lautaro (FRPL), encargada de acciones armadas de envergadura. Por lo tanto, lo que se llamó Lautaro no fue puramente un movimiento político amplio y rebelde, sino que también tuvo características de un partido clásico. Una amalgama, en cierto modo extraña, pero propio del contexto político. Cfr. BASCUR, Eyleen (2006), Los locos del poder. Aproximación histórica a la experiencia del Movimiento Juvenil Lautaro (1982-1997). Tesis (Tesis Licenciatura). Santiago de Chile. Universidad de Chile. Ver especialmente los sub-capítulos: La matriz mapucista lautarina y Estructura y organización del liderazgo al interior de Lautaro.

⁸⁷² MOYANO, Cristina (2006). Op. cit. Pág. 386.

⁸⁷³ Op. cit. Pág. 400.

⁸⁷⁴ Cfr. Boletín Venceremos, agosto 1981. FDERT. Sección B.

⁸⁷⁵ Op. cit. C-8. El III Pleno definió dos cuestiones fundamentales: la táctica del partido y decidió el ingreso a la CS. Aunque el Pleno abordó que era necesario asumir una perspectiva insurreccional y decidió, además, la creación de una Comisión Militar (liderada por Guillermo Ossandón, de efímera duración), dicha resolución fue, según el investigador Nicolás Acevedo una concesión que hizo la Dirección a los sectores más radicalizados a cambio del ingreso del partido a la CS. Cfr. ACEVEDO, Nicolás (2006), El MAPU-Lautaro en las protestas populares (1978-1985). Tesis (Tesis Licenciatura). Santiago de Chile. ARCIS. Pág. 50. El sector que lideró Guillermo Ossandón (a la postre líder de los Lautaristas) comenzó a perfilarse en torno al III y IV Pleno (1981 y 1982).

⁸⁷⁶ Según el documento «Voto sobre el Movimiento Juvenil Lautaro», el CC del MAPU acordó: «1) Aprobar el Movimiento Juvenil Lautaro como propuesta política del Partido para el trabajo juvenil popular 2) la propuesta del MJL se asume dentro de la definición de movimientos políticos de masas, ubicándose en un nivel intermedio entre los sectores organizados en partidos políticos y el

amplio sector juvenil popular, comprendiendo en su interior a militantes e independientes 3) no significa que busquemos que el movimiento Lautaro pertenezca al Partido o a la Convergencia Socialista, queremos que conserve su carácter de movimiento político amplio 4) El MJL debe convertirse en un instrumento y palanca fundamental de una política de masas para la juventud (...) que recoja las reivindicaciones juveniles más sentida (trabajo, estudio, recreación, convivencia, etcétera) 5) que definiéndose el MJL como una fuerza política juvenil, reconoce un espacio propio para la acción política, pero que dicha acción debe apuntar permanentemente a profundizar elementos de una línea de masas para la juventud», En: Boletín Venceremos N° 2, 1982. FDERT. Págs. 13 y 15.

⁸⁷⁷ Cfr. Movimiento Juvenil Lautaro, Manifiesto a la juventud y al pueblo de Chile, Santiago de Chile, diciembre 1982.

⁸⁷⁸ Cfr. Movimiento Juvenil Lautaro, Somos los hijos del Lautaro, Santiago de Chile, diciembre 1984.

⁸⁷⁹ Cfr. MOYANO, Cristina (2006). Op. cit. 405.

⁸⁸⁰ VALENZUELA, Esteban (ed.) (1987). Op. cit. Pág. 35.

⁸⁸¹ La propuesta del «Chile Popular» no restringía el campo de acción a la «mera restauración democrática de Chile», sino a la construcción del socialismo (una de las diferencias con la CS), Cfr. Comisión Política MAPU (Lautaro), Quinto Pleno nacional. Resoluciones políticas, Santiago de Chile, agosto 1983. FDERT. Pág. 4. Sobre los objetivos y proyecciones del «Chile Popular», Cfr. ACEVEDO, Nicolás (2006). Op. cit. Pág. 75.

⁸⁸² Estas dos concepciones, al interior del partido, también estuvieron presentes en el transcurso de la dictadura, sin embargo, la idea del líder carismático, Rodrigo Ambrosio, se fue desvaneciendo de la mano del proceso de reunificación del área socialista, en los últimos años de la década de los ochenta. Sobre la tensión entre movimiento y partido en los años fundacionales y durante la UP, Cfr. MOYANO, Cristina (2009), MAPU o la seducción del poder y la juventud: los años fundacionales del partido-mito de nuestra transición (1969-1973), Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

⁸⁸³ Revista A la Moneda N° 1. Op. cit. Pág. 6.

⁸⁸⁴ MAPU-OC, Carta del V Pleno del Comité Central del MOC a la Comisión Exterior del partido, Junio 1981. FDERT. Pág. 3.

⁸⁸⁵ Boletín Venceremos, agosto 1981. FDERT. Pág. D-12. Aquí radica otra de las divergencias que suscitó la formación del Lautaro, ya que estos últimos, aunque no compartían un origen común con los MAPUs de la era fundacional, intentaron rescatar, en un principio, el ideario fundacional y al líder carismático Rodrigo Ambrosio, rechazando la convergencia con otras organizaciones de izquierdas. Posteriormente, el intento por enlazar y vincular un origen común entre el Lautaro y el MAPU será abandonado, por los primeros, a favor de, lo que se llamó, la «cultura del Lautaro».

⁸⁸⁶ Un camino de movilización popular y unidad democrática. Conclusiones y proposiciones de nuestro encuentro MAPU, Santiago de Chile, 19 mayo 1983. FDERT. Pág. 9.

⁸⁸⁷ Op. cit. Pág. 9.

⁸⁸⁸ Cfr. MOYANO, Cristina (2006). Op. cit. Pág. 375.

⁸⁸⁹ VALENZUELA, Esteban (ed.) (1987). Op. cit. Pág. 49.

⁸⁹⁰ El investigador Valenzuela –citando una entrevista al mapucista Saúl Bravo– señala que Enrique Correa, que ya había abandonado las tesis leninistas y retomado sus vínculos con la Iglesia Católica; «prefiere este paso de unidad mapucista, aspirando a un «partido popular cristiano, uniendo el MAPU y la Izquierda Cristiana, para crear una fuerza socialista autónoma tanto de los leninistas como de los socialdemócratas», En: VALENZUELA, Esteban (2008). Op. cit. Pág. 144.

⁸⁹¹ Acudieron al III Congreso de Unidad del MAPU una pequeña corriente unitaria del MAPU-OC, sectores de la Convergencia Socialista Universitaria y pequeños grupos socialistas de origen cristiano desperdigados.

⁸⁹² Investigaciones sobre el MAPU-Lautaro y el MJL, Cfr. BASCUR, Eyleen, (2006). Op. Cit; ACEVEDO, Nicolás (2006). Op. Cit; ORDENEZ, Héctor (2007), Jóvenes, rebeldes y armados. Teoría, identidad y praxis del MAPU-Lautaro. Tesis (Tesis Licenciatura). Santiago de Chile. Universidad de Chile; ITALIA, Julie (2008), El Movimiento Juvenil Lautaro (MJL). Política y terrorismo en un contexto social. Seminario de investigación. Estocolmo.

Universidad de Estocolmo.

⁸⁹³ Propuesta Programática MAPU. III Congreso Nacional. Op. cit. Pág. 40.

⁸⁹⁴ Resoluciones políticas del III Congreso de Unidad del MAPU, mayo 1985. FDERT. Pág. 4.

⁸⁹⁵ VALENZUELA, Esteban (ed.) (1987). Op. cit. Pág. 36

⁸⁹⁶ Ibid. Estas ideas están contenidas en los nuevos Estatutos aprobados en el Congreso de 1985.

⁸⁹⁷ VALENZUELA, Esteban (ed.) (1987). Op. cit. Pág. 42.

⁸⁹⁸ Cfr. Resoluciones políticas del III Congreso de Unidad del MAPU. Op. cit. Pág. 5.

⁸⁹⁹ Cfr. VALENZUELA, Esteban (ed.) (1987). Op. cit. Pág. 53.

⁹⁰⁰ Op. cit. Págs. 53 y 54.

⁹⁰¹ Resoluciones políticas del III Congreso de Unidad del MAPU. Op. cit. Pág. 16. El mismo documento detalla la forma de estructurar dicha orgánica y apuesta por su materialización dentro de un plazo razonable.

⁹⁰² Comité Central del MAPU, Comunicado Público, Santiago de Chile, 22 julio 1985. FDERT. Pág. 1.

⁹⁰³ Resoluciones políticas del III Congreso de Unidad del MAPU. Op. cit. Pág. 11.

⁹⁰⁴ VALENZUELA, Esteban (ed.) (1987). Op. cit. Pág. 41.

⁹⁰⁵ Propuesta Programática MAPU. III Congreso Nacional. Op. cit. Pág. 25.

⁹⁰⁶ Op. cit. Pág. 26.

⁹⁰⁷ MOYANO, Cristina (2006). Op. cit. Pág. 382.

⁹⁰⁸ Un camino de movilización popular y unidad democrática. Conclusiones y proposiciones de nuestro encuentro MAPU. Op. cit. Págs. 6 y 7.

⁹⁰⁹ MOYANO, Cristina (2006). Op. cit. Pág. 389.

⁹¹⁰ Secretario general del MAPU, Víctor Barrueto, Comunicado de Prensa. Op. cit. Pág. 1.

⁹¹¹ Resoluciones políticas del III Congreso de Unidad del MAPU. Op. cit. Pág. 6.

⁹¹² Ibid.

⁹¹³ VALENZUELA, Esteban (ed.) (1987). Op. cit. Pág. 79.

⁹¹⁴ Resoluciones políticas del III Congreso de Unidad del MAPU. Op. cit. Pág. 6.

⁹¹⁵ En esa ocasión fue elegido secretario general, el joven militante, Víctor Barrueto. La Comisión Política quedó integrada por: Enrique Correa, Alejandro Bell, Oscar Guillermo Garretón, Carlos Montes, Guillermo del Valle, Eduardo Arrieta, Rodrigo González y Jaime Cataldo.

⁹¹⁶ Solo se alteraría dicho itinerario si ocurría una movilización social de grandes proporciones que tumbara a la dictadura. El cálculo político decía que si las grandes protestas de 1983 y 1984 no fueron capaces de derribar a la dictadura, menos lo harían las movilizaciones sociales de 1985. A ello, se sumó el fracaso de la estrategia de la Sublevación Nacional del PCCh hacia finales de 1986.

⁹¹⁷ Propuesta Programática MAPU. III Congreso Nacional. Op. cit. Pág. 9.

⁹¹⁸ Cfr. ARRATE, Jorge y ROJAS, Eduardo (2003). Op. cit. Pág. 386. Más adelante explicaremos en detalle las trascendentales propuestas de J. J. Brunner.

⁹¹⁹ MOYANO, Cristina (2004). Op. cit. Pág. 393.

⁹²⁰ VALENZUELA, Esteban (2008). Op. cit. Pág. 134.

⁹²¹ Los almeydistas trabajaron por solucionar tres deficiencias: el caudillismo. Para ello, fortalecieron el centralismo democrático; el problema de los dineros (origen, financiación, usos); y la concepción del partido en disputa: socialdemócrata o revolucionario, definición que por cierto derivaba en otra cuestión fundamental: la política de alianzas (DC o el PC), Cfr. ORTIZ, Edison (2007). Op. cit. Pág. 248.

⁹²² Este sector, posterior a la quiebra de 1979, se alineó en un comienzo con los altamiranistas. Al poco tiempo se escindieron de ellos bajo el contexto del XXIV Congreso (1980), debido a las profundas diferencias ideológicas-estratégicas que emanaron en dicho evento.

⁹²³ El PS-DC sufrió una escisión posterior al V Pleno clandestino (1987). El sector «unitario» de la facción planteó una línea de «síntesis parciales» para reunificarse con el PSCh-Almeyda. En este esfuerzo le siguió un sector de la facción PS-Salvador Allende. Ambos grupos deciden crear el Partido Socialista por la Reunificación (PSR), órgano de carácter transitorio que tuvo como meta reinsertarse en el almeydismo. Finalmente, en septiembre de 1987, el PSR se incorpora al PSCh-Almeyda. Cfr. FRIEDMANN, Reinhard (1998). Op. cit. Págs. 147, 151 y 152.

⁹²⁴ GUTIÉRREZ, Eduardo (2003). Op. cit. Pág. 129.

⁹²⁵ Este grupo posteriormente trascendió incluso fuera de las fronteras del partido y adquirió peso político en la Concertación. Los Terceristas fueron especialmente decisivos a la hora de escoger el candidato presidencial en 1989 (el demócratacristiano Patricio Aylwin).

⁹²⁶ Esta estrategia es similar a la propuesta de la desobediencia civil del MAPU.

⁹²⁷ Para una descripción y análisis de la evolución de este proyecto aliancista, Cfr. VÁSQUEZ, David (2005), Algunas notas acerca del origen de la Concertación de Partidos por la Democracia, Santiago de Chile: DEPESEX/Serie Informes N° 144.

⁹²⁸ GUTIÉRREZ, Eduardo (2003). Op. cit. Pág. 134.

⁹²⁹ Ibid.

⁹³⁰ GUTIÉRREZ, Eduardo (2003). Op. cit. Pág. 135.

⁹³¹ El problema surgió, según Eduardo Gutiérrez, cuando Almeyda, adelantándose a la crisis, convocó a un Pleno en Buenos Aires entre el SE y el CC del interior. A la cita concurrió la mayoría del exterior, pero desde el interior hubo escasa convocatoria. Ello permitió a Almeyda variar la correlación de fuerzas a su favor tanto en el CC como en la CP. Ambos órganos internos fueron utilizados, según Gutiérrez, por el propio líder para sancionar, meses después, al

grupo Los Comandantes por actividad faccional. Un relato completo del propio autor, en su libro, Ciudades en la sombras (especialmente el capítulo XVI).

⁹³² Durante este período surgen al alero del almeydismo el PS-Dirección Colectiva (PS-DC), los Destacamentos Populares 5 de Abril (DP-5A), el PS-Salvador Allende (PS-SA), el sector Tercerista, por nombrar algunos.

⁹³³ Este destacamento de carácter armado, nunca llegó a operar.

⁹³⁴ ORTIZ, Edison (2007). Op. cit. Pág. 324.

⁹³⁵ Recordar que la creación de la Unión de Jóvenes Democráticos, al interior del MAPU-OC, en los años setenta, también marcó la evolución del partido.

⁹³⁶ PSCh-Almeyda, Resolución Política General XXIV Congreso, agosto 1985. Pág. 11. Agradezco a Georgina Caniffrú, encargada de la biblioteca del PSCh, por las facilidades prestadas para acceder a una serie de documentos.

⁹³⁷ Considero que la variante insurrecta, se incluyó, como señalamos anteriormente, como un guiño al PCCh, que por aquella época discutía la aplicación de la Sublevación Nacional.

⁹³⁸ Comisión Política del PSCh (Almeyda), Comunicado Público, Santiago de Chile, 26 de agosto 1985. Pág. 2.

⁹³⁹ PSCh-Almeyda, Resolución Política General XXIV Congreso, agosto 1985. Pág. 13.

⁹⁴⁰ ORTIZ, Edison (2007). Op. cit. Pág. 328.

⁹⁴¹ PEREDA, Guaraní (Comp.) (1992), Clodomiro Almeyda, Obras Escogidas 1947-1992, Santiago de Chile: Fundación Clodomiro Almeyda -Ediciones Tierra Mía. AISA. Pág. 88.

⁹⁴² El XXIV Congreso ratificó la mayoría de sus definiciones político-ideológicas a pesar que muchas de ellas ya eran severamente cuestionadas. Se niegan, por el momento, a negociar con la dictadura o a pactar fórmulas de democracia restringida; su política de alianzas descansó en principios de clase; la vanguardia o los sectores sociales más avanzados fueron los llamados a liderar el proceso; reivindicaron la lucha de la clase obrera; entendieron los procesos

sociales de la época como recomposiciones ideológicas a favor del proletariado; reivindicaron la unidad socialista-comunista (partidos obreros y populares de inspiración marxista) como base de la lucha dictatorial; vincularon la lucha de la democracia con la conquista del socialismo. Los principales puntos anotados se pueden consultar principalmente en la Introducción y en el capítulo denominado «Política de alianzas», contenidos en las Resoluciones Generales del XXIV Congreso.

⁹⁴³ BOENINGER, Edgardo (1998), Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad, Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello. Pág. 334.

⁹⁴⁴ ORTIZ, Edison (2007). Op. cit. Pág. 347.

⁹⁴⁵ Por su parte el MIR, el otro integrante del MDP, sufrió la división de su organización (que por ese entonces estaba en franca decadencia) después de los fracasos político-militares en el sur del país. Un interesante análisis de la evolución del MIR en los años ochenta y el fracaso de su proyecto, Cfr. PINTO, Julio y LEIVA, Sebastián (2008), Punto de quiebre: El MIR en los ochenta En: VALDIVIA, Verónica (2008), Su revolución contra nuestra revolución: La pugna marxista-gremialista en los ochenta, Santiago de Chile: LOM Ediciones.

⁹⁴⁶ BOENINGER, Edgardo (1998). Op. cit. Pág. 335.

⁹⁴⁷ ARRATE, Jorge y ROJAS, Eduardo (2003). Op. cit. Pág. 382.

⁹⁴⁸ ORTIZ, Edison (2007). Op. cit. Pág. 330.

⁹⁴⁹ Op. cit. Pág. 348.

⁹⁵⁰ POLITZER, Patricia (1990). Op. cit. Pág. 156.

⁹⁵¹ El documento fundacional, de junio de 1987, fue suscrito por el PSCh-Almeyda, PSCh-Histórico, el MAPU, la IC, el Partido Radical (facción Luengo), el PCCh y el MIR-Político. IU fue para muchos el último intento por refloatar una alianza de partidos de izquierda, la última apuesta por reconstruir el histórico eje comunista-socialista y por rescatar la derrotada UP.

⁹⁵² Esto llevó a que el propio Almeyda, junto a Luis Corvalán (PCCh) y Luis Maira (IC) firmaran una propuesta de «Diálogo para la Concertación» en la que, según Bascuñán, «señalaba la necesidad de encontrar una salida política,

descartándose la derrota militar del régimen», En: BASCUÑÁN, Carlos (1990). Op. cit. Pág. 177. El autor señala que, por lo menos, en apariencia (o a cierta flexibilidad por el fracaso de 1986), el PCCh se mostró a favor de una concertación política que propiciara una salida política. Especifica que la IC, el año anterior –octubre de 1986– redactó un documento, «Carta abierta al pueblo de Chile» en la que «rechazaba la violencia como forma de lucha contra la dictadura».

⁹⁵³ Cfr. BASCUÑÁN, Carlos (1990). Op. cit. Págs. 178 y 179. El autor señala que en el primer «Conclave de Izquierda» (Diciembre 1986) quedó de manifiesto la dispersión política y orgánica. En su segunda versión, al año siguiente, las diferencias fueron aún mayores, al punto que el PSCh-Núñez decidió marginarse de cualquier posible acuerdo. Además, dice el autor, el MAPU y el PR-Luengo tuvieron reticencias a la conformación de un frente exclusivamente de izquierda.

⁹⁵⁴ ORTEGA, Eugenio (1992), Historia de una alianza política. El PSCh y el PDC. 1973-1988, Santiago de Chile: CED-CESOC. Pág. 348.

⁹⁵⁵ BASCUÑÁN, Carlos (1990). Op. cit. Pág. 179.

⁹⁵⁶ ORTEGA, Eugenio (1992). Op. cit. Pág. 349.

⁹⁵⁷ BOENINGER, Edgardo (1998). Op. cit. Pág. 336.

⁹⁵⁸ La Época, 17 abril 1988. Pág. 12.

⁹⁵⁹ GUTIÉRREZ, Eduardo (2003). Op. cit. Pág. 140.

⁹⁶⁰ BOENINGER, Edgardo (1998). Op. cit. Pág. 338.

⁹⁶¹ Existe un precedente que es necesario rescatar. Tanto Ampuero como Rodríguez, fueron contrarios, ya en la década del sesenta y en el período de la UP a los dogmatismos ideológicos y a la opción del uso de la violencia para la toma del poder. Por ello, nunca aceptaron como propia la dictadura del proletariado, la existencia del partido único, el uso instrumental de la democracia o la dependencia del partido frente a las Internacionales.

⁹⁶² Este importante aspecto lo recuerda Jaime Gazmuri: «Venezuela fue un punto importante porque ahí se produjo muy tempranamente un contacto y un cierto

trabajo conjunto entre la izquierda y la Democracia Cristiana, debido a la presencia de Aniceto Rodríguez (...) Constituyeron el «Grupo de Caracas», En: GAZMURI, Jaime (2000). Op. cit. Pág. 304.

⁹⁶³ RODRÍGUEZ, Aniceto (1995). Op. cit. Pág. 476.

⁹⁶⁴ Para Rodríguez la crisis del partido se produjo básicamente por dos motivos: «la explicable ausencia de una dirección de la resistencia en Chile» y «el otro factor fue la crisis que sufre el llamado secretariado exterior. El secretariado exterior instalado en Berlín trató siempre de imponer por «arriba» las directivas al exilio socialista ubicado en diversos países. Fue el llamado sistema de cooptación», En: RODRÍGUEZ, Aniceto (1995). Op. cit. Pág. 476.

⁹⁶⁵ RODRÍGUEZ, Aniceto (1993), Caracterización del Partido Socialista de Chile, En: Archivo Salvador Allende N° 18. Historia Documental del PSCh 1933-1993. Signos de Identidad, Concepción: IELCO-Chile. Págs. 98 y 99.

⁹⁶⁶ Op. cit. Pág. 99.

⁹⁶⁷ Cfr. RODRÍGUEZ, Aniceto (1995). Op. cit. Pág. 502.

⁹⁶⁸ Op. cit. Págs. 501 y 502.

⁹⁶⁹ AMPUERO, Raúl (1993), El socialismo entre Ayer y Mañana, En: Archivo Salvador Allende N° 18. Historia Documental del PSCh 1933-1993. Signos de Identidad, Concepción: IELCO-Chile. Pág. 114.

⁹⁷⁰ Ibid.

⁹⁷¹ AMPUERO, Raúl (1993). Op. cit. Pág. 116. Ampuero, en el mismo documento, señala que en la definición global del socialismo chileno existen tres momentos principales: la Declaración de Principios del acto fundacional (19 de abril de 1933); el Programa del Partido Socialista Popular de 1947; y las resoluciones sobre Principios Orgánicos aprobadas en la Conferencia de Organización de 1967. En la controvertida Conferencia del 67´ –que, según Ampuero, se utilizó para adoptar decisiones ideológicas, que de paso alteraron las tesis del perfil histórico del socialismo chileno– se asumió como principio el marxismo-leninismo. Ampuero es categórico al respecto: «Desde su fundación el PSCH había rechazado esta tendencia, hasta que la insólita Conferencia del 67 lo liga forzosamente a una escuela política extraña a su tradición y lo sumerge en

un universo intelectual que no agrega nada a la comprensión de los acontecimientos contemporáneos».

⁹⁷² Op. cit. Pág. 118.

⁹⁷³ JANS, Sebastián (2003), La insurgencia social contra Pinochet, Santiago de Chile: s.i.

⁹⁷⁴ AMPUERO, Raúl (1993). Op. cit. Págs. 122 y 123.

⁹⁷⁵ Cfr. AMPUERO, Raúl (1993a), Partido de clase o qué clase de partido, En: Archivo Salvador Allende N° 20. Historia Documental del PSCh 1933-1993. Forjadores-Signos de Renovación. Concepción: IELCO-Chile. Pág. 286.

⁹⁷⁶ AMPUERO, Raúl (1993a). Op. cit. Pág. 288.

⁹⁷⁷ Op. cit. Págs. 286 y 287.

⁹⁷⁸ Cfr. ARRATE, Jorge (1983). Op. cit.

⁹⁷⁹ AMPUERO, Raúl (1993a). Op. cit. Págs. 289 y 290.

⁹⁸⁰ ALTAMIRANO, Carlos (1993), Carta a los socialistas, En: Archivo Salvador Allende N° 20. Historia Documental del PSCh 1933-1993. Forjadores-Signos de Renovación, Concepción: IELCO-Chile. Pág. 272

⁹⁸¹ Cfr. ALTAMIRANO, Carlos (1993). Op. cit. Pág. 279.

⁹⁸² Ibid.

⁹⁸³ Ibid.

⁹⁸⁴ ALTAMIRANO, Carlos (1993). Op. cit. Págs. 282 y 283.

⁹⁸⁵ Op. cit. Pág. 282. Para Altamirano existió un divorcio evidente entre teoría y práctica política, en cuanto a que el partido, por un parte, apostó abiertamente por el marxismo-leninismo y la aplicación de variadas formas de lucha, y por otra, participaba entusiastamente en un sistema político burgués con Parlamento y elecciones libres, cuestión que en la práctica fue incongruente y confundió, por su inconsistencia, al movimiento popular.

⁹⁸⁶ Op. cit. Pág. 283.

⁹⁸⁷ Es claro que entre los tres dirigentes socialistas citados existieron diferencias. Altamirano por ejemplo difirió de Ampuero, ya que este último consideraba que la aplicación del centralismo democrático no perdía vigencia en la construcción del nuevo referente orgánico. Consideró que si se aplicaba en su sentido original, alejado de las interpretaciones caudillistas que justificaban la aplicación de un autoritarismo partidista, no tenía porque descartarse. Altamirano, rechazó de plano la aplicación del centralismo democrático.

⁹⁸⁸ VALENZUELA, Esteban (2008). Op. cit. Pág. 150.

⁹⁸⁹ Entrevista con Ricardo Núñez, 19-05-2010.

⁹⁹⁰ Entrevista con José Viera-Gallo, 07-05-2010. La DC, después de una polémica no menor, rechazó la propuesta, ya que decidieron inscribir su partido en los registros oficiales. Para una mayor y mejor explicación de la postura DC frente al PPD, Cfr. BOENINGER, Edgardo, (1998). Op. cit. Pág. 339. El PR también se decantó por la inscripción legal de su partido en 1987. Sin embargo, algunos líderes radicales posteriormente adhirieron al partido «instrumental».

⁹⁹¹ En las postrimerías del plebiscito (1988) otros dirigentes se sumaron al PPD: por el centrista PR adhirieron los dirigentes Jorge Schaulson y Víctor Manuel Rebolledo, por el MAPU ingresó Guillermo del Valle, por el PSCh Eric Schnacke y la joven militante Carolina Tohá, e incluso la dirigente comunista María Maluenda.

⁹⁹² Cfr. ALMEYDA, Clodomiro, Carta dirigida al PS-Arrate, Santiago de Chile, 7 Noviembre 1989, En: NÚÑEZ, Ricardo (Comp.) (1991), Socialismo: 10 Años de renovación. Tomo I: 1979-1989: De la convergencia a la unidad socialista, Santiago de Chile: Ediciones del Ornitorninco. Pág. 327.

⁹⁹³ Entrevista con Ricardo Núñez, 19-05-2010. El dirigente y exministro José Viera-Gallo, también corrobora el interés de Almeyda por el PPD «Incluso Almeyda estuvo de acuerdo con el PPD». Entrevista con José Viera-Gallo, 07-05-2010.

⁹⁹⁴ Cfr. Fortín Mapocho, 3 noviembre 1988. Este sector fue encabezado por los dirigentes Sergio Bitar y Luis Felipe Ramírez.

⁹⁹⁵ ALMEYDA, Clodomiro, Carta dirigida al PS-Arrate. Op. cit. Pág. 327.

⁹⁹⁶ Cfr. MOYANO, Cristina (2006). Op. cit. Págs. 432 y 433. La autora señala que el MAPU en esta época, al igual que en su período fundacional, realizó una estrategia de inserción política. Consciente de que no podían competir con identidades tradicionales de experiencia, –y por ende su capacidad de posicionar un proyecto histórico era inviable– su aporte específico consistió en cuadros calificados de relevancia. A la postre en esa debilidad, según Moyano, residió su fortaleza.

⁹⁹⁷ La Dirección juvenil quedó compuesta por: Oscar Santelices como coordinador, Daniel Farcas, Guido Girardi, Carlos Estévez y Esteban Valenzuela. Como podemos apreciar la presencia juvenil mapucista es notoria.

⁹⁹⁸ Revista Fragua (Boletín MAPU), mayo 1989. Pág. 13

⁹⁹⁹ Op. cit. Pág. 14

¹⁰⁰⁰ Op. cit. Pág. 15.

¹⁰⁰¹ Cfr. Op. cit. Pág. 16.

¹⁰⁰² Resoluciones políticas del Comité Central del MAPU, abril 1989. En: Revista Fragua (Boletín MAPU), mayo 1989. Pág. 20.

¹⁰⁰³ Dirigentes mapucistas como Víctor Barrueto, Rodrigo González, Guillermo del Valle, María Antonieta Saa, Adriana Muñoz o Esteban Valenzuela decidieron privilegiar la opción que encabezaba Ricardo Lagos.

¹⁰⁰⁴ MOYANO, Cristina (2006). Op. cit. Pág. 448.

¹⁰⁰⁵ Revista Fragua, enero 1990. Pág. 5

¹⁰⁰⁶ PSCh-Núñez, Cuenta del secretario general. XXV Congreso General del Partido Socialista de Chile, Santiago de Chile, 29 junio 1989. s.n.

¹⁰⁰⁷ MOYANO, Cristina (2006). Op. cit. Pág. 431.

¹⁰⁰⁸ Revista Fragua, enero 1990. Pág. 5. La carta corresponde a un saludo de la CP del PPD a los máximos dirigentes del PSCh reunificado.

¹⁰⁰⁹ Ricardo Núñez, asegura, que Almeyda le entregó (en la cárcel) una carta firmada donde explicitaba formalmente su apoyo al PPD (carta que nunca ha podido recuperar).

¹⁰¹⁰ ALMEYDA, Clodomiro, Carta dirigida al PS-Arrate. Op. cit. Pág. 327.

¹⁰¹¹ ARRATE, Jorge, Carta dirigida al PS-Almeyda, Santiago de Chile, 9 Noviembre 1989, En: NÚÑEZ, Ricardo (Comp.) (1991), Socialismo: 10 Años de renovación. Tomo I: 1979-1989: De la convergencia a la unidad socialista, Santiago de Chile: Ediciones del Ornitorrinco. Pág. 329.

¹⁰¹² ALTAMIRANO, Carlos, Carta a los socialistas. Op. cit. Pág. 283

¹⁰¹³ Ibid.

¹⁰¹⁴ Entrevista con Jaime Gazmuri, 06-05-2010.

¹⁰¹⁵ Entrevista con J. J. Brunner, 03-06-2010. Según Brunner, el PPD engendró una impronta liberal en lo valórico, con un fuerte sentido pragmático y de un marcado carácter reformista en lo político.

¹⁰¹⁶ El documento de Brunner fue publicado en los periódicos La Segunda, LUN, El Mercurio y en la revista Alternativa. «En la misma noche del 26 no había dirigente de izquierda, centro o derecha (disidente y oficialista) que no hubiera leído La Segunda para adentrarse en esta verdadera papa», En: Revista Unidad y Lucha N° 97, octubre 1986. FDERT. Pág. 6.

¹⁰¹⁷ Cfr. BRUNNER, José Joaquín (1986), Notas para la discusión, Santiago de Chile: s.i. Pág. 2. Agradezco al autor por concederme una copia del documento original. Brunner señala que la estrategia pinochetista, consciente de la cercanía del proceso plebiscitario, apuntó a: conformar un soporte social con presencia popular del pinochetismo; estructurarse cerca de una «nueva derecha política» como «generación del régimen proyectado en el tiempo»; restringir el espacio de acción de la derecha tradicional; contar en la sociedad civil con aparatos ideológicos que asumieran la promoción y defensa del régimen; cristalizar progresivamente a las FF. AA.(especialmente al Ejército) como un instrumento político-burocrático-ideológico.

¹⁰¹⁸ Op. cit. Pág. 3.

¹⁰¹⁹ Op. cit. Pág. 4. Brunner señaló que dicha estrategia suponía además la unidad de los frentes opositores (a lo menos en el terreno social), acuerdos políticos de movilización y voluntad para que se multiplicaran las actividades de desorden social. Sin embargo, dichos «requisitos» no fueron hegemónicos en la oposición. He aquí, para el sociólogo, otra de las razones para sopesar la inviabilidad de la estratégica movilizadora.

¹⁰²⁰ Cfr. Ibid.

¹⁰²¹ Revista Cosas N° 264, 13 noviembre 1986. Pág. 16.

¹⁰²² Ibid.

¹⁰²³ Cfr. BRUNNER, José Joaquín (1986). Op. cit. Págs. 5 y 6. Además, estableció cuatro puntos añadidos: constituir un movimiento por elecciones libres; participar conjuntamente en las elecciones próximas; emplazar al PCCh a abandonar su estrategia de insurrección civil y de acciones armadas; crear una comisión que diseñe un conjunto de medidas para salvaguardar los derechos humanos básicos.

¹⁰²⁴ ORTIZ, Edison (2007). Op. cit. Pág. 283.

¹⁰²⁵ Efectuar la unidad fuera de la izquierda significaba asumir como referente unitario al centro político y desechar, como prioridad, el histórico eje socialista-comunista. Por el contrario, realizar la unidad del socialismo al interior de la izquierda significaba repotenciar a esta última como referente legítimo y autónomo de la oposición.

¹⁰²⁶ Revista Unidad y Lucha N° 105, agosto 1987. FDERT. Pág. 2.

¹⁰²⁷ Op. cit. Pág. 3. En la edición N° 106 el PSCh-Almeyda estableció seis razones para llamar a inscribirse en los registros electorales. Cfr. Revista Unidad y Lucha N° 106, sept 1987. FDERT. Págs. 4 y 5.

¹⁰²⁸ Revista Unidad y Lucha N° 106, sept 1987. FDERT. Pág. 4.

¹⁰²⁹ Declaración Pública de la Comisión Política de la IC (1987), Los principios que deben fundar nuestra acción, En: GEISSE, Francisco y GUMUCIO, Rafael (Comps.) (1987), Elecciones libres y plebiscito. El desafío democrático, Santiago de Chile: Ediciones Chile y América-CESOC. Pág. 296.

¹⁰³⁰ Cfr. Op. cit. Págs. 296-299.

¹⁰³¹ MAPU, Plan popular de acción democrática, junio 1987, En: GEISSE, Francisco y GUMUCIO, Rafael (Comps.) (1987), Elecciones libres y plebiscito. El desafío democrático, Santiago de Chile: Ediciones Chile y América-CESOC. Pág. 292.

¹⁰³² Dicha decisión se enmarcó en el tercer objetivo político que fijó el PSCh-Núñez para esta etapa: «fortalecer nuestra propia capacidad de acción política». En: PSCh-Núñez, Cuenta del secretario general. XXV Congreso General del Partido Socialista de Chile. Op. cit. s.n.

¹⁰³³ Revista Qué Pasa N° 823, enero 1987. Pág. 9.

¹⁰³⁴ Ibid.

¹⁰³⁵ Revista Qué Pasa N° 823. Op. cit. Pág. 9. El sector más proclive a la renovación –entre los que se encontraban Vodanovic, Brunner o Flisfisch– tampoco opuso resistencia a la decisión del Pleno, a pesar de sus los lazos con la DC. En la misma revista se señala que: «La Alianza había tenido varios problemas en los últimos años, su presión política parecía demodé, por tanto no estábamos en condiciones tampoco de librar una batalla defensora de la permanencia en la AD».

¹⁰³⁶ Al respecto Ricardo Yoclevsky señala que el PSCh-Núñez permanentemente se subordinó a la estrategia hegemónica (y excluyente) de la DC. Una vez que los renovados se salieron de la AD, «la subordinación del PS-Núñez a la DC se renovó en un nuevo pacto, el Comité por Elecciones Libres». En general, la línea estrategia de la DC, para Yoclevsky, se tornó hegemónica en el proceso y determinó en gran medida la reconstrucción del sistema de partidos: «los límites insalvables de la estrategia democratacristiana era la necesidad de aislar a los comunistas (y la consecuente atracción y subordinación de los socialistas a su estrategia) y la exclusión de la lucha armada», En: YOCELEVSKY, Ricardo (2002). Op. cit. Págs. 219 y 250.

¹⁰³⁷ Resoluciones políticas del Comité Central del PSCh-Núñez. Inédito (Santiago de Chile, 30 marzo 1987), Citado En: ORTIZ, Edison (2007). Op. cit. Pág. 287.

¹⁰³⁸ La Época, 17 de abril 1987. Pág. 9.

¹⁰³⁹ Ibid.

¹⁰⁴⁰ Cfr. El Mercurio, 12 de mayo 1987. Pág. C8.

¹⁰⁴¹ La Época, 17 de abril 1988. Pág. 13

¹⁰⁴² La Época, 23 de agosto 1987. Pág. 9. El PSCh-Núñez consideró que era necesario tomar distancia con el PCCh, no solo por las diferencias estratégicas e ideológicas, sino porque los comunistas habían influido negativamente en el PSCh. «Sostener que la unidad de la izquierda y la izquierda en sí se agota entre socialistas y comunistas significa caer en una actitud ahistórica. La relación con el PC dificultó la unidad socialista (...) El tema del PC generó grietas muy profundas, que dañaron la identidad socialista», En: Revista Convergencia N° 12, diciembre 1987. Pág. 6.

¹⁰⁴³ Revista Unidad y Lucha N° 103, mayo 1987. FDERT. Págs. 5 y 6.

¹⁰⁴⁴ Revista Unidad y Lucha N° 100, ene-feb 1987. FDERT. Pág. 8.

¹⁰⁴⁵ Revista Convergencia N° 12, diciembre 1987. Pág. 4.

¹⁰⁴⁶ Revista Unidad y Lucha N° 108, nov-dic 1987. FDERT. Pág. 4.

¹⁰⁴⁷ Ibid.

¹⁰⁴⁸ La discusión sobre la inscripción y el plebiscito causó profundas divergencias en IU, específicamente entre el PCCh y el resto de los partidos. «Hacia fines del año 1987, la izquierda aceptó la inscripción como un deber. El 22 de octubre los partidos que más tarde constituirían el Comando Socialista por el NO emplazaron al Partido Comunista a que se definiera frente al tema de las inscripciones. En: ARRIAGADA, Genaro (1998). Op. cit. Pág. 233.

¹⁰⁴⁹ Revista Unidad y Lucha N° 09, enero 1988. FDERT. Pág. 3.

¹⁰⁵⁰ Op. cit. Pág. 6. La cita pertenece a un documento, titulado «A derrotar a Pinochet en la batalla plebiscitaria», que sirvió de análisis para la realización de un Pleno en los primeros meses de 1988.

¹⁰⁵¹ Revista Unidad y Lucha N° 110, febrero 1988. FDERT. Pág. 3.

¹⁰⁵² La creación del Comando por el No –con participación de 17 partidos– significó «el momento en que la oposición abandonó la demanda de elecciones libres y aceptó limitarse a votar NO en el plebiscito», En: ARRIAGADA, Genaro (1998). Op. cit. Pág. 242.

¹⁰⁵³ El Manifiesto señaló que «debemos derrotar al régimen también en el Plebiscito, impidiendo su perpetuación en el poder. Así, el Plebiscito se ha convertido en un terreno de confrontación política entre la democracia y la dictadura», En: Revista Unidad y Lucha N° 111, febrero 1988. FDERT. Pág. 10.

¹⁰⁵⁴ Cfr. Revista Unidad y Lucha N° 121, enero 1989. FDERT. Pág. 5.

¹⁰⁵⁵ Revista Unidad y Lucha N° 120, diciembre 1988. FDERT. Pág. 5.

¹⁰⁵⁶ Cfr. Ibid.

¹⁰⁵⁷ Cfr. CORREA, Germán (1989), Renovación del partido y de la izquierda: algunos temas, En: Revista Unidad y Lucha N° 121, enero 1989. FDERT. Pág. 6.

¹⁰⁵⁸ Ejemplo de lo anterior fue el titular en portada de su revista oficial: «Unidad del Socialismo ¡AHORA!». Por su parte, el N° 121 de Unidad y Lucha (enero 1989), fue dedicado casi en exclusivo a describir el proceso unitario del partido.

¹⁰⁵⁹ Revista Unidad y Lucha N° 121, enero 1989. FDERT. Pág. 1.

¹⁰⁶⁰ Revista Unidad y Lucha N° 122, feb-mar 1989. FDERT. Pág. 7.

¹⁰⁶¹ A la ceremonia asistieron diversos dirigentes de raigambre socialista: IC, del MIR y exdirigentes comunistas.

¹⁰⁶² Revista Unidad y Lucha N° 122, feb-mar 1989. FDERT. Pág. 12.

¹⁰⁶³ El Documento fue firmado por las dirigentes Adriana Muñoz y Nelda Panicucci. Cfr. Revista Unidad y Lucha N° 128, oct-nov 1989. FDERT. Pág. 4. Un documento similar, bajo la rúbrica de las mismas dirigentes, Cfr. Revista Unidad y Lucha N° 122, feb-mar 1989. FDERT. Pág. 12.

¹⁰⁶⁴ En marzo de 1989 se celebró un seminario juvenil en la que participaron la juventud de la IC, JS, FJS y el Secretariado Juvenil MAPU. La revista Fragua destacó la intervención de los dirigentes de la JS (Almeyda) por «hacer suyo

muchos de los planteamientos de la renovación y la necesaria autocrítica de la izquierda». En: Revista Fragua (Boletín MAPU) mayo 1989. Pág. 12.

¹⁰⁶⁵ Revista Fragua (Boletín MAPU), mayo 1989. Pág. 13.

¹⁰⁶⁶ Revista Unidad y Lucha N° 126, jul-agosto 1989. FDERT. Pág. 12.

¹⁰⁶⁷ Revista Unidad y Lucha N° 127, sept 1989. FDERT. Pág. 3.

¹⁰⁶⁸ Revista Unidad y Lucha N° 123, abril 1989. FDERT. Pág. 5.

¹⁰⁶⁹ Revista Unidad y Lucha N° 124, mayo 1989. FDERT. Pág. 3.

¹⁰⁷⁰ Revista Unidad y Lucha N° 126, jul-agosto 1989. FDERT. Pág. 4.

¹⁰⁷¹ Ibid.

¹⁰⁷² Revista Unidad y Lucha N° 126 jul-agosto 1989. FDERT. Pág. 5.

¹⁰⁷³ Revista Fragua (Boletín MAPU), mayo 1989. Págs. 24 y 25.

¹⁰⁷⁴ Revista Unidad y Lucha N° 128, oct-nov 1989. FDERT. Pág. 2.

¹⁰⁷⁵ El IX Pleno especificó los puntos a discutir con el PSCh-Almeyda: «Continuar impulsando las actuales relaciones con el PS dirigido por Almeyda, sobre la base de apurar y definir entre ambos un consenso sobre el marco teórico e ideológico para el desarrollo orgánico y político del PS unificado, y de acercar sus posiciones políticas en la actual coyuntura, particularmente a lo referido al programa común de gobierno, a la participación de los socialistas en el gobierno de transición, al candidato único y al pacto electoral parlamentario», En: Partido Socialista de Chile (Núñez); Resoluciones IX Pleno Nacional, 8-9 de abril de 1989. Pág. 2. Citado en: ORTIZ, Edison (2007). Op. cit. Pág. 297.

¹⁰⁷⁶ Revista Unidad y Lucha N° 123, abril 1989. FDERT. Pág. 4.

¹⁰⁷⁷ En la ocasión fue elegido secretario general, Jorge Arrate. Se presentaron además otras dos listas encabezadas por Erick Schnake, apoyado por sectores históricos, que, como recuerda el propio Arrate, era «renuente aunque no contrario a la búsqueda de la unidad con el PS Almeyda». La tercera lista que encabezó Heraldo Muñoz (que contó con el apoyo del presidente del PPD

Ricardo Lagos) solo llevó candidato a subsecretario. Cfr. ARRATE, Jorge y ROJAS, Eduardo (2003). Op. cit. Pág. 419.

¹⁰⁷⁸ Revista APSI N° 312. Pág. 14.

¹⁰⁷⁹ WALKER, Ignacio (1990). Op. cit. Pág. 213.

¹⁰⁸⁰ Voto político del XXV Congreso del Partido Socialista de Chile (Sector Núñez), En: NÚÑEZ, Ricardo (Comp.) (1991), Socialismo: 10 Años de renovación, Tomo I: 1979-1989: De la convergencia a la unidad socialista, Santiago de Chile: Ediciones del Ornitorrinco. Pág. 292.

¹⁰⁸¹ PSCh-Núñez, Cuenta del secretario general. XXV Congreso General del Partido Socialista de Chile. Op. cit. s.n.

¹⁰⁸² Op. cit. s.n.

¹⁰⁸³ Op. cit. s.n.

¹⁰⁸⁴ Voto político del XXV Congreso del Partido Socialista de Chile (Sector Núñez). Op. cit. Pág. 292.

¹⁰⁸⁵ Bases doctrinarias y políticas del PSCh, En: Revista Unidad y Lucha N° 129, diciembre 1989. FDERT. Pág. 9. Las bases doctrinarias y políticas del PSCh pueden ser consultadas también En: Revista Fragua, enero 1990; Revista Convergencia N° 17.

¹⁰⁸⁶ Ibid. Según Mireya Dávila, el documento fue redactado por una comisión conjunta encabezada por Jaime Pérez de Arce (PSCh-Almeyda) y Luis Alvarado (PSCh-Núñez).

¹⁰⁸⁷ Bases doctrinarias y políticas del PSCh. Op. cit. Pág. 10.

¹⁰⁸⁸ Op. cit. Pág. 9.

¹⁰⁸⁹ Ibid.

¹⁰⁹⁰ Ibid.

¹⁰⁹¹ Ibid.

¹⁰⁹² Ibid.

¹⁰⁹³ Bases doctrinarias y políticas del PSCh. Op. cit. Pág. 10.

¹⁰⁹⁴ Cfr. Op. cit. Págs. 10 y 11

¹⁰⁹⁵ Op. cit. Pág. 13.

¹⁰⁹⁶ Cfr. ARRATE, Jorge y ROJAS, Eduardo (2003). Op. cit. Pág. 429.

¹⁰⁹⁷ Cfr. WALKER, Ignacio (1990). Op. cit. Pág. 217.

¹⁰⁹⁸ La UJS quedó conformada por un CC de 116 miembros (la suma de los tres comités centrales anteriores), una CP de 34 integrantes y un Comité Ejecutivo, más funcional, de 16 dirigentes.

¹⁰⁹⁹ Revista Unidad y Lucha N° 129, diciembre 1989. FDERT. Pág. 14.

¹¹⁰⁰ Jorge Arrate asumió como secretario general y Clodomiro Almeyda como presidente (ambos de manera provisoria hasta el Congreso de Unidad de noviembre de 1990). El acuerdo fue elaborado por una comisión ad hoc integrada por Germán Correa, Ricardo Solari y el propio Almeyda. Por los renovados participaron Jorge Arrate, Luis Jerez y Luis Alvarado. Cfr. ARRATE, Jorge y ROJAS, Eduardo (2003). Op. cit. Pág. 429.

¹¹⁰¹ Al acto (Hotel Tupahue) asistieron los Diputados y Senadores recientemente elegidos.

¹¹⁰² Revista Fragua, enero 1990. Pág. 8.

¹¹⁰³ Cfr. Op. cit. Pág. 8.

¹¹⁰⁴ Op. cit. Pág. 12.

¹¹⁰⁵ Los sectores históricos dejaron entrever cierta desconfianza frente a los socialistas emergentes. La discusión cobró protagonismo, posteriormente, cuando exmapucistas, adquirieron influyentes cargos en el partido y en los gobiernos de la Concertación. «Lentamente la orgánica se va mezclando, si bien por muchos años la matriz originaria, denominada «histórica», exhibirá algún recelo hacia los que tienen otras proveniencias». En: ARRATE, Jorge y ROJAS,

Eduardo (2003). Op. cit. Pág. 431.

¹¹⁰⁶ Revista Fragua, enero 1990. Pág. 14.

¹¹⁰⁷ BITAR, Sergio (1989), Cristianos y unidad socialista, En: NÚÑEZ, Ricardo (Comp.) (1991), Socialismo: 10 Años de renovación. Tomo I: 1979-1989: De la convergencia a la unidad socialista, Santiago de Chile: Ediciones del Ornitorrinco. Pág. 330. La integración definitiva de la IC al PSCh se realizará posteriormente bajo el Congreso de Unidad en noviembre de 1990.

¹¹⁰⁸ Los renovados ad porta del Congreso de Unidad de 1990 comenzaron a definir un voto político que consistía en tres consideraciones: asumir que «la reunificación con el almeydismo implicó una desaceleración del proceso de renovación del socialismo y ahora es necesario completarlo; trabajar para convertir al partido en una opción de gobierno; y producir un reaceramiento hacia el PPD y, en especial, hacia Lagos», Cfr. Revista Hoy N° 677, julio 1990. Pág. 14.

¹¹⁰⁹ WALKER, Ignacio (1990). Op. cit. Pág. 216. La revista Hoy destaca este hecho: «Los renovados salieron –aparentemente– fortalecidos con la reunificación. Se han casi mimetizado con los exmapucistas, están sumando a los terceristas del almeydismo –Germán Correa, Ricardo Solari, Eduardo Loyola, Alejandro Goic, etcétera.– y logrando acercamientos con el almeydismo químicamente puro», En: Revista Hoy N° 677, julio 1990. Pág. 14.

¹¹¹⁰ Voto político del XXV Congreso del Partido Socialista de Chile (Sector Núñez). Op. cit. Pág. 294.

¹¹¹¹ DÁVILA, Mireya (1994). Op. cit. Pág. 92.

¹¹¹² ORTIZ, Edison, (2007). Op. cit. Pág 365. El autor señala paralelamente dos factores más: la petición expresa del presidente Aylwin para que los socialistas ingresarán a su gobierno bajo una misma organización y, en segundo lugar, los renovados habían ganado la interlocución con la DC. «El Almeydismo no tuvo otra opción que sumarse a lo que ya estaba determinado, y aun así, no fue una elección desacertada».

¹¹¹³ Revista Hoy N° 682, agosto 1990. Pág. 12.

¹¹¹⁴ Op. cit. Pág. 10.

¹¹¹⁵ Cfr. ORTIZ, Edison (2007). Op. cit. Pág. 372.

¹¹¹⁶ El compromiso sobre el vértice direccional fue el siguiente: Jorge Arrate, presidente del PSCh durante un año a partir del Congreso de Unidad y vicepresidente al año siguiente. Ricardo Núñez, vicepresidente del PSCh durante el primer año –a partir del Congreso de Unidad– y presidente al año siguiente. Clodomiro Almeyda (presidente honorario) como presidente del Consejo Superior. Cfr. Revista Convergencia N° 19-20, feb-mar 1991. Pág. 10.

¹¹¹⁷ Cfr. PSCh, Propuesta de temario para el Congreso de Unidad Salvador Allende Gossens. Historia Documental del Socialismo Chileno.

¹¹¹⁸ Cfr. ORTIZ, Edison (2007). Op. cit. Pág. 381.

¹¹¹⁹ Cfr. NÚÑEZ, Ricardo (1991), Congreso del PS: Balance y perspectivas, En: Revista Convergencia, N° 19-20, feb-marzo 1991. Pág. 9.

¹¹²⁰ Revista Convergencia N° 19-20. Op. cit. Pág. 35.

¹¹²¹ El evento estableció una serie de incompatibilidades en relación al PPD. La mayoría de estas se refirieron a la imposibilidad de ejercer cargos directivos en ambas colectividades, Cfr. Revista Convergencia N° 19-20. Op. cit. Pág. 35. Según la investigadora Esther del Campo casi un 80% de los líderes del PPD eran a su vez miembros del PSCh, Cfr. DEL CAMPO, Esther (1995). Op. cit. Pág. 151.

¹¹²² Entrevista con Ricardo Núñez, 19-05-2010.

¹¹²³ Importantes dirigentes como Sergio Bitar, Víctor Barrueto, Guillermo del Valle, María Antonieta Saa, Eric Schnake o Carolina Toha optarán por afianzar al PPD.

¹¹²⁴ Entrevista con Carlos Ominami, 18-05-2010.

¹¹²⁵ Cfr. NÚÑEZ, Ricardo (1991). Op. cit. Pág. 9.

¹¹²⁶ Entrevista con Ricardo Núñez, 19-05-2010.

¹¹²⁷ ARRATE, Jorge y ROJAS, Eduardo (2003). Op. cit. Pág. 436. Un Pleno del PSCh (enero 1991) da cuenta de este problema: «estos ámbitos de colaboración

entre PS y el PPD (...) solo será fructífero si sus dos actores deponen toda pretensión hegemónica a priori y de doblegar al otro», En: Revista Convergencia N° 19-20. Op. cit. Pág. 41.

1128 Entrevista con Ricardo Núñez, 19-05-2010.

1129 Entrevista con Jaime Gazmuri, 06-05-2010.

1130 Cfr. PSCh, Voto político sobre la incorporación de la Izquierda Cristiana al PSCh, Valparaíso, noviembre 1990.

1131 En los primeros días de diciembre de 1990, el PSCh aprobó la nómina presentada por la IC para que se integrasen siete de sus dirigentes al CC del reunificado PSCh. Un Pleno confirmó a los dirigentes Juan Enrique Miquel, Carlos Cano, Hernán Cárdenas, Nidia Palma, Juan Cavada, Mahmut Aleuy y Luis Maira, Cfr. Revista Convergencia N° 19-20. Op. cit. Pág. 13.

1132 Revista Convergencia N° 19-20. Op. cit. Pág. 13.

1133 VIERA-GALLO, José (1991), Socialismo y Cristianismo, En: Revista Convergencia N° 19-20, feb-marzo 1991. Pág. 28.

1134 Raúl Ampuero se mostró crítico (y sarcástico) respecto a dicha inclusividad: «Con este rumbo el partido derivaría fatalmente en un Club de Debates en un ente benéfico, a mitad de camino entre la Sociedad Fabiana y el Ejército de Salvación», En: Revista Encuentro XXI N° 9, primavera 1997. Pág. 146.

1135 Cfr. PSCh, Convocatoria al Congreso de Unidad Salvador Allende, Editado por la Comisión Organizadora del Congreso de Unidad Socialista, noviembre 1990. Pág. 9.

1136 Op. cit. Págs. 5 y 6.

1137 NÚÑEZ, Ricardo (1991). Op. cit. Pág. 9.

1138 Ibid.

1139 Edison Ortiz señala que otra de las razones que explica la votación del sector de Escalona fue el rechazo de las bases socialistas a las decisiones excesivamente cupulares: «detrás del voto a Escalona, hubo un rechazo al

manejo «desde arriba» de la dirección de consenso saliente, que evidenció una notable distancia, como lo dijo alguien, «entre la mesa y las bases». En: ORTIZ, Edison (2007). Op. cit. Pág. 378.

¹¹⁴⁰ ORTIZ, Edison (2007). Op. cit. Pág. 379.

¹¹⁴¹ Op. cit. Pág. 375.

¹¹⁴² El Siglo, N° 7682, junio 1989. Pág. 19. Palabras del secretario general del PCCh, Volodia Teitelboim, posterior al XV Congreso de 1989.

¹¹⁴³ En 1983 se propuso realizar un Congreso con objeto de zanjar las diferencias. Sin embargo, desde el Exterior se rechazó la propuesta. «Toda la primera parte fue una acción del interior. Con gran discusión afuera. Con rechazo afuera. Tanto así, que íbamos a hacer un Congreso del Partido en el año 83 y se suspende por las diferencias con el interior. ¡Mira que absurdo! El Congreso era más necesario todavía para discutir las diferencias», En: MARÍN, Gladys (2004), Gladys Marín. Conversaciones con Claudia Korol, Buenos Aires: Ediciones América Libre. Pág. 84.

¹¹⁴⁴ Comité Central del PCCh (1984), Conferencia Nacional del Partido Comunista de Chile-1984, Santiago de Chile, marzo 1984, En: «Hacia el XV Congreso del Partido Comunista de Chile. Documentos para el enriquecimiento del debate», s.i. 1989. Pág. 93.

¹¹⁴⁵ Op. cit. Págs. 92 y 93.

¹¹⁴⁶ Cfr. Op. cit. Pág. 92.

¹¹⁴⁷ PCCh, Intervención de Luis Corvalán, secretario general del Partido Comunista de Chile, 10 de septiembre de 1984. FDERT. Pág. 3. En otro documento el partido deslizó similar reflexión: «Acaso lo más probable sea que la derrota de la dictadura se logre por una combinación muy rica de métodos de lucha, y no solo por métodos pacíficos o solo por métodos violentos», Comité Central del PCCh, A los presidentes o secretarios generales de los partidos de oposición al régimen militar. Santiago de Chile, septiembre de 1984. FDERT. Pág. 4.

¹¹⁴⁸ Comité Central del PCCh, A los presidentes o secretarios generales de los partidos de oposición al régimen militar. Op. cit. Pág. 3.

¹¹⁴⁹ Las protestas nacionales de marzo de 1984 fueron consideradas por el PCCh como la antesala de una futura «movilización superior», la cual debía expresarse en un «Paro-Protesta Nacional». Cfr. Boletín de prensa El Siglo N° 22, semana del 17 al 23 marzo 1984. FDERT. Pág. 3.

¹¹⁵⁰ Informe al Pleno del Comité Central del Partido Comunista (1985), Para voltear a Pinochet el único camino es el enfrentamiento continuo y ascendente, enero de 1985. FDERT. Pág. 18.

¹¹⁵¹ Op. cit. Pág. 19.

¹¹⁵² Ibid. La forma cómo el PCCh previó la Sublevación Nacional puede ser consultado en esta misma página.

¹¹⁵³ ÁLVAREZ, Rolando, (2008). Op. cit. Pág. 46.

¹¹⁵⁴ La línea interna opositora a la PRPM, consideró que dicha política fue «aventurera y criminal». Entrevista con Luis Guastavino, 12-05-2010.

¹¹⁵⁵ RIQUELME, Alfredo (2009). Op. cit. Pág. 315.

¹¹⁵⁶ Op. cit. Pág. 316.

¹¹⁵⁷ Teillier señala que la salida negociada, no hubiese sido posible sin la PRPM. Por ello, la Dirección decidió ratificarla, aunque era evidente su fracaso. Según Teillier ambas estrategias –aunque diferentes– eran parte de una misma solución. «Nosotros llegamos a la conclusión de que si nosotros no desarrollábamos nuestra política, ninguna de las dos salidas era posible». Entrevista con Guillermo Teillier, 11-05-2010.

¹¹⁵⁸ Las críticas al núcleo dirigente fueron realizadas por los exparlamentarios María Maluenda y Alejandro Toro. Estas representaron las primeras críticas públicas que recibía el partido en su larga historia. Recordada es la polémica frase de Alejandro Toro: «el pueblo no está para seguir a grupos aventureros con fines mesiánicos. Nuestro pueblo es sabio: se cruza de brazos y los mira por la ventana; pero no los sigue en la aventura», En: Revista APSI N° 201, 18 al 24 mayo 1987. Pág. 7.

¹¹⁵⁹ Este término, utilizado para identificar al sector más tradicionalista del partido lo utilizan Arrate/Rojas y Rolando Álvarez en sus respectivas

investigaciones. La vieja guardia estuvo representada en la CP exiliada en Moscú. Nunca fue partidaria de modificar la línea de masas y, por ende, fue contraria a la PRPM.

¹¹⁶⁰ La Dirección del PCCh decidió remover puestos de poder tanto en la Comisión Militar con en la propia Dirección Nacional del FPMR. A raíz de ello, el FPMR, encabezado por sus máximos dirigentes, decidió romper lazos con el PCCh. Bajo esta decisión nace el FPMR-A (Autónomo). Para tener una mayor y mejor comprensión de la crisis, Cfr. VIDAL, Hernán (1995), FPMR, El Tabú del Conflicto Armado en Chile, Santiago de Chile: Ediciones Mosquito; PALMA, Ricardo (2001), Una Larga Cola de Acero (Historia del FPMR 1984-1988), Santiago de Chile: Ediciones LOM; MARTÍNEZ, Luis (2004), El Frente Patriótico Manuel Rodríguez 1980-1987, Santiago de Chile. Tesis (Tesis Licenciatura). Universidad de Santiago de Chile; ÁLVAREZ, Rolando (2009), Los «hermanos Rodriguistas». La división del Frente Patriótico Manuel Rodríguez y el nacimiento de una nueva cultura política en la izquierda chilena, 1975-1987, En: Revista Izquierdas N° 3, 2009.

¹¹⁶¹ Entrevista con Augusto Samaniego, 20-05-2010.

¹¹⁶² Entrevista con Augusto Samaniego, 20-05-2010.

¹¹⁶³ Informe al Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile-1986, En: Hacia el XV Congreso del Partido Comunista de Chile. Documentos para el enriquecimiento del debate, s.i. 1989. Pág. 134.

¹¹⁶⁴ Op. cit. Pág. 128. Sin embargo, en el informe se reconoció un progresivo debilitamiento de las protestas.

¹¹⁶⁵ Op. cit. Pág. 131.

¹¹⁶⁶ Ibid.

¹¹⁶⁷ Op. cit. Pág. 130.

¹¹⁶⁸ Op. cit. Pág. 133.

¹¹⁶⁹ Comisión Política del PCCh, Propuesta del Partido Comunista de Chile para una salida política, Santiago de Chile, febrero de 1987. FDERT. Pág. 2.

¹¹⁷⁰ Este grupo de dirigentes disidentes se conocerán como los «moderados». Dirigentes como María Maluenda y Luis Guastavino criticaron públicamente el accionar del FPMR, participaron en el Movimiento por Elecciones Libres, apoyaron la inscripción en los registros electorales y el plebiscito de 1988. Todas ellas actividades vedadas por el PCCh.

¹¹⁷¹ GUASTAVINO, Luis (1990), Caen las Catedrales, Santiago de Chile: Editorial Hachette. Págs. 26, 27 y 30. Estas citas corresponden a la primera carta enviada a la CP (septiembre 1987).

¹¹⁷² RIQUELME, Alfredo (2009). Op. cit. Págs. 161.

¹¹⁷³ Op. cit. Pág. 160.

¹¹⁷⁴ ÁLVAREZ, Rolando, (2008). Op. cit. Pág. 67.

¹¹⁷⁵ Op. cit. Pág. 78.

¹¹⁷⁶ Entrevista con Guillermo Teillier, 11-05-2010.

¹¹⁷⁷ Hay que agregar un dato relevante en esta materia. Me refiero, a la constante estrategia de exclusión que practicó la DC contra el PCCh. Dicha estrategia se radicalizó posterior a 1986, en el marco de la salida negociada. Directamente la DC decidió marginar al PCCh (independientes de si estos quisieran o no sumarse a la negociación con la dictadura) de cualquier negociación porque serían un obstáculo para el retorno de la democracia e incompatibles con un futuro gobierno de transición. Luis Corvalán, en sus memorias, recuerda las palabras de Boeninger (considerado uno de los ideólogos de la democracia tutelada): «Aunque renunciara explícita y formalmente a esas posiciones –decía Boeninger textualmente– al Partido Comunista no se le puede dar cabida en los acuerdos políticos de sustentación democrática o de gobierno futuro ni en la mesa de negociaciones con las Fuerzas Armadas. Su presencia es absolutamente inaceptable para estas, lo que constituye un factor decisivo en la política chilena actual. La credibilidad de la alternativa democrática entre los sectores militares no continuistas y el grueso sector de orden y pasivo de la ciudadanía, está directamente vinculada a la nítida separación entre las fuerzas democráticas y el Partido Comunista», En: CORVALÁN, Luis (1997). Op. cit. Pág. 303. La carta citada por Corvalán corresponde a un informe de Boeninger a la Mesa Directiva de la DC, la cual fue filtrada al PCCh.

¹¹⁷⁸ ARRATE, Jorge y ROJAS, Eduardo (2003). Op. cit. Pág. 417.

¹¹⁷⁹ El PCCh no realizaba un Congreso desde 1969. En esos 20 años ocurrió la derrota de la UP, el golpe de Estado, la aplicación de la PRPM, la formulación de una política militar, el inicio de la Perestroika en la URSS, etcétera. Por, lo tanto, había que zanjar diversas materias de orden orgánico, ideológico y político.

¹¹⁸⁰ He puesto dicha palabra entre comillas, ya que las diversas tendencias de pensamiento que afloraron en aquella época (renovados, conservadores, neoconservadores o moderados) se acusaron mutuamente de estalinistas.

¹¹⁸¹ Entrevista con Augusto Samaniego, 20-05-2010. El entrevistado señala que en el fondo «Hubo un proceso muy lento de transformación cultural».

¹¹⁸² Estos grupos intelectuales estaban insertos en el Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz (ICAL) y en el Centro de Investigaciones Políticas (CISPO). Ambos muy cercanos y financiados por el PCCh.

¹¹⁸³ ÁLVAREZ, Rolando (2007). Op. cit. Pág. 428.

¹¹⁸⁴ GUASTAVINO, Luis (1990). Op. cit. Pág. 208.

¹¹⁸⁵ El dirigente Sergio Muñoz, citado en el libro de Alfredo Riquelme, criticó la Convocatoria. «La Unidad Popular no logró evitar el aislamiento de la clase obrera ni atraer a la mayoría de la población (...) Eso decidió la victoria de la contrarrevolución en la disputa por el poder. Eso significa que, más que una derrota militar, fuimos vencidos políticamente». Según señala el dirigente «A partir de la interpretación que hace la Convocatoria (...) es que se ha tratado de dar fundamento a la estrategia de los últimos años, la cual –hay que decirlo– no ha pasado la prueba de la práctica», En: RIQUELME, Alfredo (2009). Op. cit. Pág. 172.

¹¹⁸⁶ Cfr. PCCh, Para conquistar y profundizar la democracia, unidad y lucha del pueblo hasta vencer, Convocatoria al Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile, diciembre 1988. FDERT. Págs. 7, 11, 12 y 13. El profesor Alfredo Riquelme destaca la escasa autocrítica que hizo la Convocatoria respecto de los errores (temporal y de lectura). «En vez de hacerse cargo del fracaso de todo este artificio ideológico, los redactores de la convocatoria insinuaban más bien que la frustración de las expectativas revolucionarias de 1986 se debió al desacuerdo en la dirección del PC respecto de si la coyuntura por la que atravesaba Chile podía

caracterizarse como situación revolucionaria», En: RIQUELME, Alfredo (2009). Op. cit. Pág. 168.

¹¹⁸⁷ Intervenciones de delegados al XV Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile realizado en mayo de 1989, Ediciones El Siglo S.A. enero 1990. Pág. 61. Intervención de «Ernesto» (Manuel Fernando Contreras).

¹¹⁸⁸ SAMANIEGO, Augusto y PALACIOS, Álvaro (1989), Pensando una «Perestroika» para la izquierda chilena, En: VV. AA. (1989), Crítica y socialismo. Una reflexión desde Chile, Santiago de Chile: Ediciones CISPO. Págs. 208 y 209. Sin embargo, para el núcleo de los renovados –que se desligará de la Dirección posterior al Congreso– el aspecto de la fuerza militar propia, había perdido sentido con el advenimiento de la democracia: «los del CISPO centramos nuestra actitud dentro del PC, en que debíamos realizar un giro político estratégico en función de continuar con «las masas» la participación comunista en la consolidación democrática, dando por cerrada la etapa de acciones armadas y el uso de otras formas de violencia planificada», En: SAMANIEGO, Augusto (2003). Op. cit. [Fecha de consulta: 06 septiembre 2009].

¹¹⁸⁹ SAMANIEGO, Augusto y PALACIOS, Álvaro (1989). Op. cit. Págs. 196 y 197.

¹¹⁹⁰ SAMANIEGO, Augusto (2003). Op. cit. [Fecha de consulta: 06 septiembre 2009].

¹¹⁹¹ SAMANIEGO, Augusto y PALACIOS, Álvaro (1989). Op. cit. Págs. 200 y 201.

¹¹⁹² CONTRERAS, Manuel (1989), Grados de universalidad de la crisis del socialismo, En: Cuadernos del ICAL N° 8, junio 1989. Pág. 14. Agradezco al encargado del Área de Memoria, Archivo y Biblioteca del ICAL, Lautaro Pizarro, por permitirme revisar diversos documentos de la biblioteca cuando esta estaba en restauración.

¹¹⁹³ VICIANI, Orel (1989), Necesidad de la renovación en el socialismo existente y su grado de universalidad, En: VV. AA. (1989), Crítica y socialismo. Una reflexión desde Chile, Santiago de Chile: Ediciones CISPO. Pág. 23. Sobre este punto Contreras señaló –en sus intervenciones en los seminarios de la época– que el partido había «asegurado» en la Dirección a cuadros obreros como una

manera absurda de legitimar el sentido de clase.

¹¹⁹⁴ Intervenciones de delegados al XV Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile realizado en mayo de 1989. Op. cit. Págs. 3 y 4.

¹¹⁹⁵ Op. cit. Pág. 4.

¹¹⁹⁶ La Época, 4 marzo 1989. Pág. 11.

¹¹⁹⁷ La Dirección del PCCh mantuvo en firme la PRPM a pesar del proceso electoral democrático venidero, con la justificación de que los poderes militares se podían negar a reconocer la voluntad popular. La Concertación, especialmente la DC, criticó la continuidad de la PRPM. «Es muy grave la insistencia en la política de la rebelión popular (...) es una demostración que el PC no ha dado el paso que la opinión pública esperaba con la vía violenta (...) ha llegado atrasado a todas las definiciones políticas. El se ha automarginado siempre del resto de la oposición», En: La Época, 25 mayo 1989. Pág. 8.

¹¹⁹⁸ Un grupo de este sector formó el Instituto para el Diálogo (INDI) como instancia de discusión paralelo al partido. Aunque no logró trascender, ejemplificó uno de los primeros síntomas de la inédita disidencia comunista. En el INDI participaron dirigentes como Antonio Ostornol, Eduardo Sabrovsky, Sergio Muñoz y Patricio Hales.

¹¹⁹⁹ PALACIOS, Álvaro (1989), Problemas del marxismo en el Chile de los 80, En: VV. AA. (1989), Crítica y socialismo. Una reflexión desde Chile, Santiago de Chile: Ediciones CISPO. Pág. 39.

¹²⁰⁰ PALACIOS, Álvaro (1989). Op. cit. Págs. 39-42.

¹²⁰¹ VICIANI, Orel (1989). Op. cit. Págs. 11 y 13. Viciani señaló que la frase de Gorbachov «nueva mentalidad política» «se basa en la idea de que el mundo de hoy es mucho más interdependiente y hasta cierto punto más íntegro que ayer, y que en no pocos aspectos los valores humanos generales o universales han alcanzado una cierta prioridad por encima de los valores de clase», En: VICIANI, Orel (1989a), Renovación: respuesta a una crisis profunda, En: Cuadernos del ICAL N° 8, junio 1989. Pág. 20.

¹²⁰² VICIANI, Orel (1989). Op. cit. Pág. 15.

¹²⁰³ Intervenciones de delegados al XV Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile realizado en mayo de 1989. Op. cit. Pág. 62. Intervención de «Ernesto» (Manuel Fernando Contreras).

¹²⁰⁴ VICIANI, Orel (1989). Op. cit. Pág. 21

¹²⁰⁵ MARIN, Gladys (2004). Op. cit. Págs. 146 y 147. Frente a este discurso «renovador» de la Dirección, el profesor Riquelme tiene una visión crítica. Lo considera una simple retórica: «Su autocrítica quedaba limitada al plano retórico, al tomar distancia de la palabra sin referirse al concepto del poder y del cambio social involucrado en ella, el cual el XV congreso, los plenos del Comité Central, las intervenciones de los dirigentes del PC y destacadamente de la propia Gladys Marín no hacían más que reiterar. Más aún, como hemos visto, se hacía de esa concepción del poder y de la revolución lo distintivo del PC y de los auténticos comunistas frente a los disidentes», En: RIQUELME, Alfredo (2009). Op. cit. Pág. 207.

¹²⁰⁶ MARÍN, Gladys, XV Congreso y el partido, En: El Siglo N° 7688, 30 octubre al 12 noviembre, 1989. Separata. Pág. VI.

¹²⁰⁷ RIQUELME, Alfredo (2009). Op. cit. Pág. 189.

¹²⁰⁸ Op. cit. Pág. 191.

¹²⁰⁹ M. F. Contreras señaló que la adopción positiva de las reflexiones renovadas por parte de los militantes (que para él eran hegemónicas) se debían, entre otras cosas, a que «la militancia comunista a diferencia del 73, se ha ido educando en ideas tremendamente importantes. Primero, en la idea de que el partido no es invulnerable ni sus dirigentes infalibles. Segundo, la cultura de la polémica que se instala con posterioridad al Congreso, y por último, la militancia comunista se ha educado también en la idea de que la realidad del socialismo no es idílica», En: Revista Página Abierta N° 6, enero 1990. Pág. 2.

¹²¹⁰ Revista Página Abierta N° 6, enero 1990. Pág. 2.

¹²¹¹ Op. cit. Pág. 3.

¹²¹² Ibid.

¹²¹³ Ibid.

¹²¹⁴ Ibid.

¹²¹⁵ Aunque la compleja ley electoral (binominal) fue un obstáculo, los resultados se relacionaban con los fenómenos de los últimos 16 años, Cfr. Revista Página Abierta N° 6, enero 1990. Pág. 2.

¹²¹⁶ Cfr. El Siglo N° 7694, 8 al 21 enero 1990.

¹²¹⁷ LEAL, Antonio (1990), Reformulación democrática del PC, En: La Época, 25 octubre 1990. Pág. 10.

¹²¹⁸ Revista Página Abierta N° 6, enero 1990. Pág. 4.

¹²¹⁹ Ibid.

¹²²⁰ En febrero de 1990 surge el Grupo Manifiesto. Este grupo, que encabezaron entre otros, el exsenador Alejandro Toro, el escritor Antonio Ostornol, el periodista Luis Alberto Mansilla y el exdirigente estudiantil Alberto Ríos, firmaron un documento llamado «Manifiesto por la democracia y la renovación del socialismo». El grupo compartía la visión de los socialistas renovados y del PPD y valoraba los acuerdos de los partidos en torno a la Concertación. Posteriormente, un sector del grupo adhirió al reunificado PSCh.

¹²²¹ ÁLVAREZ, Rolando (2007). Op. cit. Pág. 462. La Conferencia, como señala Álvarez, «cerró administrativamente el debate». La Dirección criticó las declaraciones de los disidentes y los acusó de actividad faccional y de esconder objetivos liquidacionistas.

¹²²² El Siglo N° 7709, 3 al 9 junio 1990. Separata. Pág. VIII.

¹²²³ Un sector, ligado a los moderados, propuso crear un nuevo referente. Un documento-propuesta redactado por Palacios en el CISPO, previo a la Conferencia Nacional, fue considerado como un pre-proyecto de carácter refundacional. Cfr. PALACIOS, Álvaro, Apuntes para la discusión sobre el Programa del Partido Comunista de Chile, Documento de Trabajo CISPO. Hasta el momento solo he podido encontrar algunas referencias al documento o breves citas del mismo en otras investigaciones.

¹²²⁴ Alrededor del 40% de los miembros del comité renunció a su cargo por la falta de democracia interna.

¹²²⁵ Recordada fue la cena, en agosto de 1990, de un grupo importante de disidentes a la Dirección. La cena llevo por nombre «Provocación Democrática». A ella asistieron Antonio Leal, Luis Guastavino, M.F. Contreras, Augusto Samaniego, Patricio Hales, etcétera. La prensa chilena catalogó el acto como el primer evento público de la disidencia comunista.

¹²²⁶ Cfr. «Profundizar la renovación revolucionaria para la superación de la crisis. Texto completo del informe al XI Pleno del CC del Partido Comunista de Chile», En: El Siglo N° 7719, 12 al 18 agosto 1990. Separata. Pág. III.

¹²²⁷ Ibid.

¹²²⁸ RIQUELME, Alfredo (2009). Op. cit. Pág. 203.

¹²²⁹ LEAL, Antonio (1990). Op. cit. Pág. 10.

¹²³⁰ RIQUELME, Alfredo (2009). Op. cit. Pág. 155.

¹²³¹ ÁLVAREZ, Rolando (2007). Op. cit. Pág. 475.

¹²³² Inclusive este porcentaje es menor, ya que esta cifra corresponde al resultado del partido instrumental PAIS (Partido Amplio de Izquierda Socialista) en el que iba circunscrito el PCCh junto a otras pequeñas facciones y dirigentes del almeydismo. Específicamente, el PAIS obtuvo 297.897 votos en la elección a Diputados (4,38%). En el caso de Senadores obtuvo algo más de 280.000 votos (4,24%). Datos obtenidos del sitio histórico electoral, dependiente del Ministerio del Interior.

Capítulo V

Reflexiones finales

Desde la perspectiva de la acción política, podemos concluir en primer lugar que los partidos analizados a pesar del adverso contexto dictatorial, definido básicamente por la represión y la clandestinidad, nunca dejaron de funcionar y, por el contrario, desarrollaron una inusitada actividad partidista, principalmente, introspectiva. Por ello, es incorrecto señalar –como se ha dicho en otras investigaciones– que la izquierda chilena durante el período 1973-79 se caracterizó por una escasa discusión ideológica. Se asume a priori que, a razón del contexto dictatorial, los partidos de izquierda no evolucionaron. Lejos de soterrar la discusión, la izquierda apostó, como hemos visto, por dinamizar la autocrítica teórica-política y poner en cuestión el proyecto de la «vía chilena al socialismo». Aquí radica lo primordial. Este proceso reflexivo se desarrolló tanto al interior del país como en los diversos puntos del exilio. Esta prolija discusión, no se limitó –a pesar de algunos intentos por centralizar las opiniones– a las decisiones de las directivas, sino que se trasladó, y en algunos casos fecundó, desde los militantes de base. Este fue el caso, por ejemplo, del MAPU y los Balances de Autocrítica Nacional (BAN). A un año de la derrota, el MAPU puso en discusión no solo los errores de la UP, sino el proyecto histórico de la izquierda.

Los mapucistas concluyeron que cualquier proyecto impuesto desde las cúpulas fracasaría sin una transformación del acervo cultural de la izquierda. Llegaron a la convicción de que la ciudadanía tenía que visualizarlo como propio y legítimo, ya que de lo contrario dicho proyecto se enfrentarían (nuevamente) con las fuerzas opositoras a dicha transformación (el centro y la derecha política, los grupos de poder nacional y extranjero). A raíz de ello, surgió una valoración al sujeto autónomo, heterogéneo y complejo, ajeno a la (antigua y errónea) relación irrestricta que promovieron los partidos sobre los individuos o los movimientos sociales. Este sujeto fue definido como el eje, el vehículo práctico, de la oposición para enfrentar la dictadura. A mediados de los años setenta –y a raíz de los BAN– al interior del MAPU recobró protagonismo el concepto de hegemonía como herramienta de construcción de mayorías (reales) para la ejecución de proyectos de transformación. Por ello, es importante destacar el

trabajo de ambos MAPUs –especialmente durante la primera parte de la resistencia a la dictadura– en el trabajo de educación y discusión política (crítica), agitación-propaganda y de reflexión ideológica.

En líneas generales, el exilio chileno jugó un rol decisivo en la discusión reformista. La decepcionante experiencia de los exiliados en los países socialistas, el influjo del eurocomunismo o el financiamiento de la socialdemocracia europea, fueron determinantes a la hora de discutir la pertinencia de la renovación. Sin duda, la temprana edición del texto de Enrico Berlinguer titulado Reflexiones a propósito de los acontecimientos de Chile y la propuesta del compromiso histórico fue fundamental para el conjunto de la izquierda chilena.

La realidad del «partido escindido», es decir, el tipo de relación entre el interior y el exilio, fue una constante en todos los partidos estudiados. Dicha relación representó en ocasiones un impedimento a la conducción partidista, generando incluso la formación de facciones (MAPU y el PSCh). Pero al mismo tiempo significó el engranaje desde donde evolucionó la crítica (como puede ser el caso del PCCh). El MAPU-OC y la IC pudieron sortear la escisión partidista de mejor manera por: a) menor tañamo orgánico; b) decidieron de que sus directivas operaban básicamente en Chile. Lo interesante es que esta realidad escindida generó no pocas visiones contrapuestas sobre temáticas ideológicas, de alianzas o sobre la conducción orgánica. La realidad del partido escindido no fue una cuestión provocada por los grupos críticos para invocar cambios en la línea política, sino una situación generada por la propia realidad de la izquierda y del país.

En los primeros años de la dictadura hubo dos discusiones fundamentales al interior de los partidos: el análisis sobre el fracaso/derrota de la UP y la inviabilidad de la izquierda por sustituir a la dictadura por un sistema democrático. La izquierda concluyó que el golpe de Estado fue una derrota política del proyecto de la UP. Lo anterior implicó reconocer que la acción de las FF. AA. no representaba un mero revés táctico, sino un problema estratégico, de carácter más estructural del proyecto de la UP. Lo anterior implicó además descartar una respuesta de tipo militar. En definitiva, se reconocieron las falencias políticas de «la vía chilena al socialismo». Aquí radica lo fundamental de la discusión. De ahí la necesidad que supuso superar la UP. A partir de este análisis, se fue forjando una inesperada y generalizada crisis en el bloque de la izquierda marxista chilena.

Los sectores a favor de la renovación (especialmente los MAPUs) coincidieron en que las categorías de análisis de tipo clasista y reduccionista no eran pertinentes, debido al impacto que estaban generando las transformaciones principalmente económicas de la dictadura. Además, visualizaron el carácter refundacional –incluso cultural– que Pinochet pretendía imponer en el país. Asimismo, la base de apoyo político-social de la izquierda sufrió una trasmutación radical. Esto lo pudo constatar principalmente el PCCh a finales de los setenta: el histórico y desmembrado mundo sindical fue reemplazado por el emergente sector poblacional (con altas cuotas de marginalidad y con escasa preparación política). Por ello los partidos de la izquierda trabajaron en recomponer el tejido social, potenciar al sujeto popular, modificar la relación partido-masas, respetar la autonomía del movimiento social y renovar la concepción de partido. De lo contrario quedarían marginados y sus propuestas responderían a los anhelos de un pequeño grupo de seguidores.

La consolidación de la dictadura y la inviabilidad de la oposición por configurar un espacio legal, hizo aún más visible la crisis de la izquierda. Es decir, la otrora UP no era capaz de levantar alternativa alguna. A partir de lo anterior, los partidos trabajaron en sustituir el paradigma clásico, en el cual se había fundamentado su proyecto desde la época del Frente Popular en los años treinta. Lo anterior significó que paralelamente, se discutiera la eficacia y legitimidad del marxismo como garante de un proceso democrático.

En relación a las diferencias entre los dos MAPUs, podemos concluir que el MAPU-OC se organizó en torno a una cúpula más centralizada, asesorada por un influyente cuerpo de intelectuales, que con el tiempo hegemonizó la crítica. La creación de la Unión de Jóvenes Democráticos (UJD) fue determinante para ampliar los límites ideológicos, desechar la UP, rechazar el centralismo democrático y para recrear los frentes (privilegiar el frente cultural y universitario por sobre el obrero o sindical). Esto último fue determinante. Por su parte, el MAPU (Garretón) desde un comienzo desarrolló un punzante trabajo autocrítico y reflexivo desde las bases (los BAN o el Marco Político de Conducción). De allí su comentada «vocación «basista». Lo anterior generó un juicio examinador que desechó el proyecto revolucionario y determinó su adscripción a favor de la convergencia y renovación del área socialista. Esto último, fue decisivo para iniciar, a finales de los años setenta, la «convergencia de a tres» (MAPU, MAPU-OC e IC). Aunque el MAPU-OC tardó más tiempo en asimilar las desventajas de la ortodoxia leninista y en desvincularse del PCUS (esto tuvo también una variable de tipo económica, ya que el partido recibía

financiamiento de la URSS) descubrieron tempranamente la necesidad de modificar la política de alianza a favor de un acuerdo con la DC como consecuencia directa de la derrota de la UP.

La causa de la división del PSCh, en 1979, se debió, principalmente, al componente ideológico y no a meras disputas personales por el poder. Aunque fueron determinantes aspectos como el caudillismo o el faccionalismo, las desavenencias ideológicas –entre renovados y ortodoxos– ponderaron como la principal causa de la ruptura, ya que estaba en juego la concepción de partido. Los llamados renovados o altamiranistas, reconocen que el quiebre del partido en 1979 fue forzada, en gran parte, por ellos, tras el objetivo de salvaguardar el patrimonio político e ideológico de la organización, la cual en las últimas décadas se había desperfilado, según ellos, a favor de una radicalización ideológica (leninización). Para los renovados fue necesario promover esta disputa contra los almeydistas y los creadores del famoso Documento de Marzo (los Elenos) para impedir el desperfilamiento de la tradición ideológica del PSCh, cercana a un socialismo autónomo, democrático y latinoamericanista. Además, para los altamiranistas fue necesario también promover esta lucha ideológica para que el resto de la izquierda chilena no quedara adherida, exclusivamente, a los sectores más dogmáticos ligados al almeydismo de fuerte presencia al interior de Chile.

Aunque el carácter faccional de los socialistas ha sido una constante histórica, no hay duda que se potenció posterior a 1973. No solo reaparecieron antiguas facciones, sino que se crearon nuevos grupos al calor de la crítica ideológica y al espíritu mesiánico que afloró en algunos líderes. La evolución del PSCh a lo largo de la dictadura tuvo consecuencias dramáticas no solo para la propia supervivencia del partido, sino que para la izquierda en general. En este sentido, el PCCh fue el sector que mayor costo enfrentó, ya que su aliado histórico evolucionó bajo diversas facciones y posturas, muchas de ellas opuestas a revivir alianzas con los comunistas. La decisión de exsecretario general, Carlos Altamirano, de promover la ruptura partidista, fue a la postre –y con mirada retrospectiva– una buena decisión para los renovados, ya que lograron posteriormente (en la década de los ochenta) conducir la discusión política al interior del partido. En este sentido, el rol de Ricardo Núñez (altamiranista) –una vez que ingresó a Chile con las resoluciones del XXIV Congreso de París (1980)– fue decisivo para: restar protagonismo a los almeydistas y consolidar el influjo de la renovación en las bases; apoyar la Convergencia con los MAPUs y la IC; liderar el Bloque Socialista; y patrocinar una salida negociada y el

consiguiente acuerdo con el centro político para una futura coalición de gobierno. En este contexto, el rol (inclusivo o exclusivo) desempeñado por la DC a favor de los renovados fue determinante.

Desde una perspectiva global, podemos decir que el faccionalismo en el PSCh fue una constante durante la dictadura y jugó un rol más bien negativo, ya que más que sumar posiciones diversas bajo una misma directiva y un mismo objetivo, potenció arduas disputas por el control interno, lo que se tradujo en un impedimento para jugar un rol aún más determinante en la oposición. Sin embargo, el faccionalismo permitió que la discusión a favor de la renovación encontrara un cauce formal desde donde emerger y posteriormente legitimarse. Para nuestro estudio, esto último fue fundamental.

Respecto del PCCh, es necesario precisar que, posterior al golpe de Estado, no se refugió expresa y exclusivamente en la ortodoxia para explicar la derrota de 1973 o para implementar una política militar. Este último elemento, siempre estuvo presente y nunca se descartó la posibilidad de adoptar una línea más radical. Lo que sí es correcto afirmar, es que se había descartado su implementación (decisión adoptada en los Congresos anteriores) para privilegiar los cauces institucionales. Es decir, el PCCh priorizó formar parte de los frentes populares (FRAP o UP) y participar en las elecciones generales. Estrategias como el Frente Antifascista o el «paso táctico», manifestadas durante la primera etapa de la dictadura (1973-79), demuestran el interés del PCCh por mantener un tipo de alianzas frente populista y reinsistir en su línea de masas. Pero sus propuestas fueron rechazadas persistentemente por la DC. Esto último también fue una variable que influyó para que el PCCh decidiera radicalizar su línea, ya que, en cierta manera, fueron forzados al aislamiento.

El origen de la PRPM se forjó, principalmente, desde el Equipo de Dirección Interior (EDI) y desde los equipos de reflexión afincados en la ex RDA, especialmente el Equipo de Berlín. No fue, como se ha señalado en investigaciones pasadas, una directriz que emanó desde la directiva exiliada en Moscú y supedita al MCI. Por el contrario, respondió al contexto autoritario y a la subjetividad de los militantes del interior que decidieron luchar contra la dictadura. Es decir, el EDI no intentó obtener a través de la sublevación nacional la toma del poder y desarrollar un proyecto de corte socialista. Reiteramos, la PRPM no emanó, ni fue obra directa de la Dirección. Incluso, al contrario, un sector de la Dirección –especialmente de la Comisión Política– se opuso a ella. Por lo tanto, la Política de Rebelión Popular de Masas –más allá de si fue un

cambio de o en la línea– significó un cambio radical de su práctica política (al implementar lo militar), pero no fue un cambio novedoso de su ideología a favor de la ortodoxia. En concreto, el germen renovador del PCCh se produjo paradójicamente por la misma práctica política (la PRPM).

Los promotores de la PRPM fueron críticos del MCI, de la influencia del PCUS, de los socialismos reales y del hermetismo y censura de la «vieja guardia». Básicamente, criticaron la escasa discusión interna (democracia) a la hora de definir la línea del partido. Por ello, la PRPM se vincula directamente con lo que se denominó la «laicización del partido», que engendraba en el fondo un proceso de democratización en todas sus formas. De ahí que es necesario rescatar su componente eminentemente heterogéneo. La PRPM, aunque radicalizó la línea, forjó una crisis interna que recapacitó sobre la teoría, la estrategia y el tipo de socialismo a construir. En estricto rigor el desafío fue conjugar democracia como método permanente. De ahí que considere que esta política –a pesar de su inviabilidad para derrotar a Pinochet– fue el germen del revisionismo en el PCCh a finales de los años ochenta.

El aporte de la IC al proceso renovador se puede apreciar en cierto pragmatismo y realismo político y su interés constante por afianzar alianzas amplias para renovar y superar viejos esquemas (la UP). En este sentido, destacó su esfuerzo por institucionalizar la política de acciones comunes (PAC) entre la izquierda-UP y la DC. Sin embargo, su trabajo más visible se abocó hacia la convergencia con los MAPUs. Además, rechazó tempranamente el modelo soviético de cambio y revolución por autoritario e ineficiente para el caso chileno y por el contrario avaló la transformación política a través de mayorías democráticas. Aunque un sector del partido, no descartó la legitimidad de la violencia, sus esfuerzos se enfocaron a consolidar una oposición unida. Básicamente, apostaron por fortalecer el área socialista –a través de la CS y el BS– y tender puentes hacia el centro, debido a sus contactos con el sector más progresista de la DC.

Es en torno a 1980 cuando la incipiente renovación logra permear en los partidos. Dicho proceso se profundizó a partir de tres eventos claves: los Plenos clandestinos (especialmente del MAPU, MAPU-OC e IC) que apostaron por reformular el arquetipo ideológico (en perfecta consonancia con los seminarios del exilio); la participación de sus líderes y dirigentes en los seminarios de Ariccia; y la activa contribución a favor de la Convergencia Socialista. Los seminarios de Ariccia (1979-80) fueron particularmente incisivos en determinar que el criterio clasista de análisis había perdido centralidad frente a la

diversidad, complejidad y subjetividad de la nueva estructura social del país y frente al emergente sujeto no alineado ideológicamente. También fueron determinantes para reconocer que en el seno de la izquierda chilena existía una bifurcación histórica. Con ello se reforzaron los contornos de una tendencia exclusivamente socialista, más autónoma, nacional y democrática (y con ello quisieron diferenciarse de una segunda concepción ligada al PCCh). Lo anterior produjo que los socialistas renovados reconocieran que la estrategia del movimiento popular había fracasado, ya que este no siempre coincidió con el «ideario socialista». En Ariccia se produce una nueva alineación que comenzó a buscar, a través de un nuevo referente, la cristalización entre democracia y socialismo. Dicha articulación, es decir, la Convergencia Socialista, fue una propuesta que –además de romper con la UP– estableció la superación de alianzas tradicionales a través de la incorporación de sujetos no militantes.

La Convergencia Socialista, y todas aquellas instancias que giraron en torno suyo –la Convergencia Universitaria o el Secretariado por la Convergencia– si bien no trascendieron como partido o movimiento, fueron a la postre experiencias que delinearon la evolución de la izquierda. Por ello, no deben entenderse como fracasos, sino como eslabones de la izquierda, con objeto de reformular su ideología y buscar de un nuevo proyecto. En este sentido, el objetivo de su promotor, Raúl Ampuero, de diferenciarse de los comunistas, fue determinante para: integrar criterios unitarios del sector; forjar una nueva organización o en su defecto reagrupar al PSCh; para promover la renovación; y adherir, sin complejos, hacia el centro político junto a la DC. El Bloque Socialista también debe entenderse en esta misma perspectiva, ya que si bien no prosperó como instancia de reunificación del área socialista (objetivo trazado en su fundación) fue determinante en el sentido estratégico, es decir, en la política de alianzas, ya que su paso por la centrista Alianza Democrática (AD) tuvo la virtud de que los socialistas, después de tres décadas, decidieran confluir con el centro, con el objeto –como recalcará su coordinador Ricardo Núñez– de romper con los tres tercios del sistema de partidos.

La reagrupación de los socialistas renovados, por medio del PSCh-Briones (posteriormente PSCh-Núñez), fue efectiva y logró hegemonizar a un importante sector de la izquierda chilena (de origen cristiano, del MIR, intelectuales, etcétera.), ya que utilizó una estrategia inclusiva. Es decir, promovió un partido renovado en lo ideológico, heterogéneo en cuanto a corrientes de pensamiento e inclusivo culturalmente. La incorporación y el rol del Grupo por la Convergencia (intelectuales ligados al socialismo) en el PSCh-Briones fue un aval al proceso y

entregó los contenidos que sustentaron la ruptura con la cultura política clásica de la izquierda. Por ello, el Grupo definió la unidad del PSCh a partir de una visión programática que emergía de las diversas corrientes culturales y no necesariamente de una homogeneidad ideológica o social. Esta inclusividad permitió a los renovados captar, con los años, a numerosas tendencias y grupos diseminados.

La llamada autoinmolación del MAPU-OC, es decir, la decisión de fusionarse con el PSCh en 1985 –más allá de lo meramente cuantitativo– fue un hecho político simbólico que si bien logró fomentar la convergencia y legitimar la renovación hizo fracasar, por otra parte, la idea de superar a los partidos tradicionales. Sin embargo, la convicción de fusionar el socialismo emergente-cristiano con el socialismo histórico –inclusive en un partido tradicional– evidenció que sí era posible la común-uniión entre distintas corrientes bajo una misma dirección política; y por lo demás, potenció al área renovada como actor clave de cara a la redemocratización del país. Esta fusión fue un referente a seguir ante la falta de resultados prácticos a favor de la unidad. He aquí su trascendencia. Por su parte el MAPU (Garretón) una vez distanciado del radicalizado MAPU-Lautaro (1983), logró decantarse a favor de la CS y reimpulsó al sujeto social al centro de la lucha democrática. Paralelamente, generó un cambio en su definición partidista desde una raigambre ideológica, definida por la clase –particularmente por el obrerismo– a una de carácter programática y popular, con objeto de ser expresión de un bloque social amplio (no solo de una clase). Una vez que el MAPU concluyó, posterior al III Congreso en 1985, que había fracasado en sus objetivos y que estaba agotado (ideológicamente) como partido, decidió, como una «necesidad irrenunciable», potenciar la unidad del área socialista (denominada por ellos el gran el paso cualitativo). De ahí su afán en la CS y posteriormente en el BS. Lo anterior significó liquidar uno sus objetivos estratégicos fundacionales (impulsado por su líder Rodrigo Ambrosio): transformar al partido en la tercera fuerza de la izquierda chilena (entre el PCCh y el PSCh).

En los ochenta, el MAPU se definió como una generación que iba más allá de una frontera orgánica y decidieron que su voluntad y especificidad sería potenciar una nueva organización política. El Congreso Unitario (1985) abordó un objetivo estratégico ulterior: generar la unidad entre la izquierda renovada y el centro (bloque por los cambios), ya que dicha división había retrasado las transformaciones sociales. El MAPU se entendió a sí mismo como eje de ese encuentro programático; y para la consumación de ese objetivo no había más que

auto-sacrificar al partido a favor de la unidad del bloque opositor a la dictadura. De allí su intención de «autoinmolarse» por un fin superior. La mejor opción – entendida como vocación histórica– era integrarse al PSCh y desde allí lograr la hegemonía y proyectarse en estratégicos puestos de poder en la Concertación de Partidos por la Democracia. La otra opción de los mapucistas fue consolidar al naciente PPD, aún con escasa identificación ideológica, y con un fuerte acento programático. Aunque el PPD no fue la proyección del MAPU, representó la instancia ideal para que estos continuaran participando en la arena política nacional. En ambos casos los MAPUs fueron decisivos. En el partido pareció primar la idea de: «renovados, pero con vida».

Independiente de lo anterior, los mapucistas en esta última etapa de la dictadura, desarrollaron un cuidadoso trabajo de ingeniería política, caracterizado por la inserción de destacados cuadros en la toma de decisiones. Desde una mirada retrospectiva, dicha estrategia, fue todo un éxito, ya que sus dirigentes fueron los actores centrales de la transición y consolidación de la democracia. El MAPU, finalmente, desapareció como orgánica y con ello cumplió su esperado ciclo. Su mesianismo se reveló en la «autoinmolación», pero no para desaparecer, sino para proyectarse como generación en otras organizaciones políticas (PPD-PSCh).

Aunque se ha destacado la sólida afinidad política-ideológica del PSCh-Almeyda, durante la década de los ochenta, podemos verificar que en el seno del almeydismo no hubo una visión única y centralizada. Al contrario. Entre los almeydistas, durante el período 1983-86, existió una evidente bifurcación. Hubo fuertes pugnas internas surgidas en un comienzo por la irrupción de un sector pro-renovación a favor de una salida negociada y que patrocinaba un acuerdo con el centro político. Posteriormente, sumó fisuras por las divergencias ideológicas-estratégicas generadas entre los dirigentes del SE, los sectores radicalizados (Los Comandantes) y el Comité Central del interior. Desconocer estos hechos es un error.

Aunque el XXIV congreso (1985) de los almeydistas ayudó a reorganizar la facción –en cuanto a tendencias– a través de una definición bastante inclusiva (y ecléctica) de su línea política, no logró resolver el problema de fondo. Básicamente, la política de alianzas y la estrategia para acabar con la dictadura, marcaron las disputas. Sin duda que el fracaso del «año decisivo» (1986) determinó el giro de la facción y, por ende, un rápido acuerdo con los nuñistas, lo que implicó asumir íntegramente las directrices del proceso renovador en

curso. La trascendencia de la crisis y el posterior giro de los almeydistas en 1987 –encabezado el propio líder y el sector de los Terceristas– fueron significativos no solo para reforzar la renovación y la unidad del PSCh, sino para el conjunto de la izquierda, ya que influyó poderosamente en los sectores reticentes a los lineamientos reformistas. Además, consolidó una alianza con la DC, abriendo paso a una coalición que en la práctica intentaría desdibujar o reordenar el sistema de partidos. Otro factor que ayudó a reforzar la renovación y la unidad del socialismo histórico fue el apoyo brindado por los tres últimos secretarios generales del PSCh (Ampuero, Rodríguez y Altamirano), ya que se transformó, en cierta manera, en una garantía que repercutió eficazmente en la diáspora. El consenso de estos tres líderes a favor de la renovación, representó la unidad simbólica que se requería en plena dictadura. Estos dirigentes no vacilaron en criticar a los sectores dogmáticos que, utilizando el marxismo-leninismo, habían adulterado, según ellos, la concepción del socialismo chileno. Lo primordial, es que ante la necesidad de llegar a un consenso, la renovación apareció –para estos líderes– como el recurso legítimo para conducir a la organización.

En relación al PPD, aunque el objetivo inicial de esta organización fue convertirse en un partido instrumental para enfrentar la dictadura en el plebiscito de 1988, finalmente se transformó –apoyado por mapucistas, nuñistas, sectores almeydistas y dirigentes de la IC– en un movimiento periférico al PSCh (específicamente para quienes no deseaban integrarse a un partido tradicional) e instancia donde consolidar la renovación y unidad del área socialista. El objetivo fue fomentar, sin presiones ni disputas ideológicas, la concomitancia entre ambos partidos y en un tiempo no lejano reunificar a ambas organizaciones. Sin embargo, a raíz de la definición netamente programática, a su carácter moderno y pragmático, y liberal en lo valórico, un importante sector de la izquierda (incluso comunistas), que no deseaban ingresar al reunificado PSCh y que querían profundizar la renovación, decidieron afianzar al PPD y otorgarle mayores grados de autonomía. La consolidación del PPD como instancia cada vez más soberana frente al PSCh, fue considerada un revés estratégico y la prueba tangible de que el proceso teórico-político de la renovación había quedado, en este ámbito, inconcluso. Por ello, el PPD traerá en el transcurso de los años noventa, importantes costos al PSCh.

Respecto de la unidad del conjunto del área socialista (emergentes-cristianos, históricos, laicos, excomunistas, independientes, etcétera.) podemos concluir que se realizó, hacia finales de los años ochenta, bajo la preeminencia indiscutible del PSCh renovado (pero insistimos sin descuidar la concomitancia con el PPD).

Uno de los factores que ayudó a consolidar la unidad y la renovación del área, fue el influyente documento del exmapucista José J. Brunner quien planteó asumir definitivamente una salida negociada con las FF. AA.; aislar al PCCh; forjar una alianza con la DC; y reconstituir el área socialista bajo los principios de la socialdemocracia, y si era posible dentro de los contornos programáticos del PPD. La discusión sobre dónde se realizaría la unidad del socialismo chileno, es decir, al interior de la izquierda o en los contornos de ella, se zanjó finalmente a favor de esta última. Dicha discusión fue trascendental, ya que abogar por la unidad al interior de la otrora izquierda significaba legitimar a la efímera Izquierda Unida y desdeñar al PPD. Y por otra parte, representaba postergar un proyecto con la Democracia Cristiana. En este sentido, hubo un claro triunfo de las posiciones del PSCh-Núñez. Otro factor determinante, fueron los compromisos políticos asumidos en torno al plebiscito de 1988. Lo anterior involucró que las diversas fuerzas de izquierda decidieran inscribirse en los registros electorales y participar en el plebiscito, es decir, aceptar la institucionalidad del régimen y competir dentro de los márgenes constitucionales. Insistimos en que la decisión de los almeydistas a favor de esta estrategia fue primordial en toda la izquierda. Por otra parte, la izquierda renovada al aceptar el itinerario del régimen (salida política) se alineó con la DC y abandonó la estrategia (perspectiva insurreccional) del PCCh. Lo mismo ocurrió con las elecciones generales de 1989, en donde los diversos sectores llegaron a importantes acuerdos: las juventudes de las facciones y partidos (JS-Almeyda, FJS-Núñez, MAPU-Juvenil y dirigentes juveniles de la IC) formaron una sola directiva; las Mujeres por el Socialismo firmaron acuerdos unitarios; los Regionales del PSCh celebraron Plenos en conjunto; y las bases realizaron tareas electorales en común acuerdo. Esto último se refrendó con el «Acuerdo Socialista» que logró un compromiso de apoyo recíproco para las elecciones al Congreso de 1989.

Desde el punto de vista ideológico, fue fundamental que se acordara un «marco teórico mínimo» para diseñar las bases doctrinarias y políticas del PSCh. Aunque persistieron las discrepancias, la conclusión más evidente es que estas no eran insalvables, es decir, no correspondían a las divergencias que ocasionaron la ruptura del PSCh en 1979 o a las diferencias surgidas entre los mapucistas en los años setenta. En este sentido, la celebración del XXV Congreso del PSCh-Núñez-Arrate, meses antes de la reunificación oficial, permitió a este sector, hegemonizar el encuentro bajo una directiva más compacta, encabezada por Jorge Arrate, y fuertemente respaldada por la DC. Por lo tanto, se perfilaron como el sector más uniforme frente a los demás

convocantes. Reflejo de lo anterior, es que las bases doctrinarias y políticas – definidas como fundamento para la unidad– recogieron cada una de las tesis aprobadas en el Congreso de los nuñistas-arratistas. El Congreso unitario del PSCh de 1990 se legitimó a partir de una idea básica: unidad en la diversidad y la pluralidad ideológica como elemento de identidad. Por ello, se estructuró un «vértice de conducción partidista» consensuado que dirigió al partido los dos primeros años. Este vértice fue sin duda un aval para la unidad y permitió despejar las disputas internas en cuanto a los cargos unipersonales de dirección.

Respecto al PPD finalmente prevaleció la necesidad de definir los límites fronterizos entre ambos partidos (fin de la doble militancia y la imposibilidad de ejercer cargos directivos en ambas organizaciones). La decisión del Congreso del PSCh generó una «división silenciosa» en el conjunto del área socialista, ya que un sector importante –sobre todo aquella generación de jóvenes socialistas y mapucistas que se forjaron al calor de la dictadura y la crítica ideológica– decidió consolidar el PPD y el liderazgo de Ricardo Lagos. A raíz de lo anterior, cundió cierta frustración (principalmente en los nuñistas), ya que fracasó el objetivo político de los renovados: hacer del PPD el denominador común del área socialista, la organización donde convergieran diversas tendencias y que en común-uniión con el PSCh hicieran, en los años venideros y bajo un proceso de convergencia o en su defecto de complementariedad, una poderosa organización bajo el signo inequívoco de la renovación. La razón de este fracaso se explica, en gran medida, por un tema de identidad. Los socialistas históricos del PSCh quisieron resguardar la especificidad del partido; y por otro lado al interior del PPD se afianzó un sentimiento muy similar, que se vio reforzado por los resultados electorales. Sin embargo, y a la luz de los hechos, ambos partidos continuaron trabajando estrechamente tanto a nivel programático, parlamentario y gubernamental, reconociendo que sus intereses en la etapa de la transición democrática se perfilaban tras los mismos objetivos.

Es menester resaltar nuevamente que las diferencias en el Congreso del PSCh (1990) entre uno y otro sector (principalmente entre antiguos almeydistas y altamiranistas) no obedecieron a diferencias insuperables de alto costo ideológico o estratégico, sino más bien programáticas, de agenda, temáticas, propias de un partido históricamente tendencial y en reconstrucción. Por lo tanto, el debate ideológico fue desplazado como generador de conflicto. Esto es fundamental. La votación interna del Congreso evidenció las mixturas que se generaron entre las viejas facciones (ex almeydistas iban en una misma lista con renovados, exmapucistas o antiguos miristas). En este sentido, las diferencias se

dieron entre quienes quisieron profundizar la renovación y quienes fueron críticos de lo que se llamó la «ultrarenovación». Es decir, la discusión estuvo en los límites del proceso y no en su vigencia y necesidad.

La unidad del área socialista (MAPU-OC, MAPU, IC almeydistas y renovados) se realizó sobre los principios políticos que los renovados definieron en los años ochenta, es decir, bajo el axioma «rescate y renovación»: rescate de un socialismo democrático, humanista, latinoamericano, no dogmático y ajeno a los centros de poder ideológicos; pero rechazando todas aquellas definiciones, principios y transformaciones asumidas en la década del sesenta a favor del marxismo leninismo (Congreso de Linares (1965), Conferencia de 1966, Congreso de Chillán (1967) y de La Serena (1971). Dentro de este marco de rescate del ideario socialista, se aceptó el principio del pluralismo ideológico como rasgo de identidad. Es decir, la diversidad de fuentes ideológicas, que antaño fue calificada como una deficiencia grave, se consideró un aporte a la construcción partidista. En este sentido, hubo quienes criticaron esta inclusividad ideológica, ya que temían que con el tiempo reflataran antiguas disputas o el partido se transformara en una organización amorfa en cuanto a la definición de su línea política. El PSCh se estructuró en torno a un tronco ideológico socialdemócrata que abogaba, según sus principios de 1990, por el consenso y el reformismo. Pero la reunificación del socialismo chileno tuvo también una alta cuota de realismo político que a la luz de la experiencia y al carácter faccional de la organización resultó un acierto. Por ende, la variable de la contingencia y la inmediatez de los eventos políticos (elecciones, redemocratización, inauguración del gobierno de Aylwin, etcétera.) también ayudaron a precipitar los acuerdos unitarios de la izquierda. Finalmente, quisiera destacar que más allá de ciertas variables políticas coyunturales, la reunificación del área socialista asumió, con todos sus defectos y limitaciones, a la renovación como base ideológica de sustentación partidista. Allí radica su importancia.

En cuanto al PCCh en la última etapa, concluimos lo siguiente. El fracaso de la PRPM, en su expresión más radical, es decir, la sublevación nacional, abrió un debate interno sin precedente en el partido. Lo interesante es que, más allá de los cuestionamientos sobre la legitimidad de la línea aplicada, se sumó un debate ideológico que abarcó la concepción de socialismo y democracia. A partir de este hecho, hubo otros factores que precipitaron la discusión: el rechazo a la salida negociada; renacieron antiguas disputas por el poder (interior-exterior); el declive del apoyo popular; el quiebre del FPMP; o la pérdida de hegemonía en la coalición del MDP. Sin embargo, fueron dos los factores determinantes: la errada

lectura de la realidad nacional (insistir en la PRPM) y los atrasos en la toma de decisiones (inscripción en los registros electorales y el plebiscito). Insistir en la legitimidad de la PRPM fue un craso error, ya que de acuerdo al contexto nacional y al propio fracaso de la vía insurreccional, la línea política aparecía agotada y desfasada. Mientras la oposición reconocía la institucionalidad del régimen y aceptaba las reglas del juego (1987), el PCCh aún apostaba por la derrota de la dictadura, quedando signado por una imagen radical, intransigente y ajena a los intereses de la sociedad, agotada de violencia y ansiosa de espacios democráticos. La misma situación ocurrió con el plebiscito de 1988: el partido se sumó en las postrimerías de la consulta.

La Dirección de los comunistas, elegida en el XV Congreso de 1990 (dominada por el ex EDI), aunque desbancó a la «vieja guardia» y por ende desacralizó en parte la ortodoxia del partido, reivindicó la PRPM. Lo anterior generó diversas críticas de los sectores disidentes, incluidos quienes, paradójicamente, habían forjado la PRPM. El núcleo duro de los renovados llamó a revolucionar al partido desde la óptica crítica y a abandonar la PRPM. Por ello, se enfrentó a la nueva directiva, la cual puso límites a la discusión, ya que temió que la identidad del partido se esfumara en la sistematización crítica. Es decir, la Dirección se refugió en un neoconservadurismo y definió a la disidencia en conjunto como una facción con propósitos «liquidacionistas». Por su parte, los disidentes (posterior al Congreso) continuaron discutiendo la necesidad de un nuevo partido y un socialismo de otro tipo, con objeto de insertar al partido en la democracia que recién se inauguraba, con un rol legítimo y con cierta influencia en la coyuntura. Es decir, revertir el perfil aislacionista que adquirió la organización con la PRPM. En líneas generales, el otrora poderoso PCCh, hacia finales de la década de los ochenta, estaba definido por un cúmulo de errores políticos internos. A la enorme crisis de los socialismos reales a nivel planetario, su evolución en las últimas décadas estuvo determinada por una serie de derrotas y fracasos: la crisis de 1973; el fracaso del FA; la derrota de la perspectiva insurreccional; y la marginación política en la transición negociada (1988).

Lo que nos interesa resaltar nuevamente, es que la PRPM, así como radicalizó su práctica política, fue al mismo tiempo el medio que desató un proceso autocrítico de inédita discusión partidista, que puso en cuestión a la vieja e indiscutible voz de la Dirección; la legitimidad de los socialismos reales; los fundamentos teóricos del marxismo-leninismo; y la necesidad de una mayor democracia interna. Por ello, es correcto decir que no estuvo en cuestión la necesidad de renovar políticamente al partido, sino el ritmo y profundización del

mismo. En este sentido, lo que hizo la Dirección del PCCh, al regreso de la democracia, fue preservar cierta identidad política, pero no estuvo en duda la necesidad de proseguir con el proceso renovador en curso. Por ello, una vez pasada la catarsis de 1990, el partido comenzó a abandonar las categorías dogmáticas de antaño, partiendo por renunciar al axioma del marxismo-leninismo y de partido vanguardia. Es decir, lo que el núcleo renovador impuso como una necesidad y la directiva lo rechazó en 1990, posteriormente el partido lo admitió para su supervivencia. Dicha estrategia ha permitido que esta tradicional organización partidista se mantenga presente en la política nacional. Aún conserva un pequeño, pero duro núcleo de militantes y electores y unos hábiles dirigentes, que han sabido negociar, mediante pactos electorales (algunos de omisión y otros pactos literales) cupos parlamentarios, de alcaldes y concejales. Desde el punto de vista ideológico, se han despojado (aunque no del todo) de las viejas nomenclaturas y concepciones leninistas, dando paso a un partido programático, abierto a coaliciones estratégicas con el centro político (DC) a favor de reformas graduales y sin ningún afán de construir un modelo político y de sociedad absoluto.

Desde un punto de vista general, la izquierda en conjunto, al calor del revisionismo político, tuvo que replantearse su reubicación en el conjunto del sistema. Dicha problemática, implicó resolver, también, un tema de identidad. Para la izquierda chilena fue cada vez más visible la presencia autónoma de una corriente socialista y otra comunista. Para los primeros, la diferenciación se hizo condición necesaria. Para el área socialista –independientemente si el PCCh perfeccionaba su proceso renovador– fue preciso remarcar los contornos históricos y culturales. Los renovados plantearon que, a partir de la matriz clásica, se hizo evidente –aún más durante la dictadura– una bifurcación tanto en la base social como a nivel ideológico-cultural. La fórmula fue la siguiente: por un lado, estaba el elemento clásico marxista que se identificó directamente con el PCCh y, por otro lado, estaba el componente de la renovación, liderado por el área socialista. Esta bifurcación fue especialmente alentada por estos últimos, con el objeto de desmarcarse de la otrora ortodoxia marxista. Sin embargo, esta distinción, en cierta medida peyorativa, desconocía el proceso renovador que germinaba en el PCCh y, por otro lado, el PSCh perjuraba de su reciente pasado ortodoxo. Así, la diferenciación frente a los comunistas se transformó también casi en una estrategia.

En este marco, asomó la bifurcación de dos importantes características de la otrora izquierda: el elemento simbólico-expresivo (épico) y el institucional

(instrumental). En pleno régimen militar ambas expresiones se independizaron al ser requeridas por los sectores de la izquierda chilena. La renovación tomó para sí, de manera más pragmática, el elemento institucional o como señaló Manuel Garretón la moderación y la negociación como instrumentos políticos. Otro sector más minoritario (y radicalizado) se vinculó con lo simbólico-épico, más cercano al marginado movimiento social de la época. La renovación en ocasiones se vio envuelta en esta tensión e intentó vagamente fusionar ambas características. Pero la discusión también exigía evaluar la interrelación de la(s) izquierda(s) con el sistema de partidos. Al habitual polo de derecha y de centro, se le sumaron entonces dos «sectores» de izquierda. El objetivo fue reubicarse en el sistema. El grueso de la izquierda optó por la construcción de un amplio campo renovado. Ni a la derecha ni a la izquierda de la matriz clásica, sino en una posición distinta y, por sobre todo, flexible. El objetivo, principal de la izquierda renovada –en su mayoría bajo el eje PSCh-PDD– fue posibilitar un acuerdo estratégico con el centro político y de paso reordenar el sistema de partidos. Lo anterior no impedía per se que los comunistas se sumaran al nuevo bloque. Podían adherir, pero bajo la hegemonía socialista-DC. Con ello se abandonó la idea de la unidad de la izquierda como un imperativo. Es decir, dicha unidad ya no era un requisito para la formación de un bloque. El conjunto de la izquierda comprendió que era un actor importante, pero no el único ni exclusivo. Se asumió que la unidad de la izquierda era solo una posibilidad y que la composición del Bloque o Concertación podía ser integrada por ambas izquierdas o por una parte de ella. Además, la izquierda, en el transcurso de la dictadura, había concluido que nunca había sido mayoría (por sí sola) en Chile, por lo tanto, no constituía una fuerza capaz de instaurar un gobierno transitorio. Tampoco lo deseaba. Además, verificaron un cambio en la base de apoyo en la que históricamente se habían estructurado. La izquierda, concluyó además que para transformarse en opción, debía reconocer que ha sido y es pluripartidista y que su convocatoria apela a diversos sectores no identificados con ella. Lo anterior exigió un cambio radical.

El grueso de la izquierda chilena renovada (heredera de la UP) terminó aliándose estratégicamente con el centro, junto a la DC y al Partido Radical, constituyendo un nuevo espacio político: el centro-izquierda. Para la renovación, construir una alianza amplia que traspasara sus fronteras ideológicas y culturales, constituía –según sus propias palabras– una responsabilidad histórica. Por lo tanto, la evolución revisionista generó, a su vez, un reordenamiento de los tradicionales tres tercios del sistema de partidos. Digo reordenamiento y no precisamente un nuevo cleavage (dictadura/democracia) en su sentido estricto. Es decir, no se

afectó estructuralmente las tendencias históricas (derecha-centro-izquierda). Es evidente que a causa del proceso revisionista y a los acuerdos estratégicos para dar curso a la transición, hubo una reprogramación partidista, pero los tradicionales sectores del sistema de partidos continuaron a grandes rasgos bajo la misma estructura. Esta discusión sigue abierta entre los entendidos.

Por ello, podemos concluir –con el análisis documental– que el principal factor que determinó la evolución de los partidos de la izquierda durante el régimen autoritario de Pinochet fue el proceso de la renovación teórica-política. Este fue el eje desde donde reemergió, se desarrolló, aprendió, discutió y finalmente triunfó (recuperación de la democracia) la otrora izquierda marxista chilena en los años noventa. El proceso revisionista de la izquierda no solo permitió reformular y actualizar su bagaje político, sino que permitió derrotar, por medio de negociaciones, plebiscitos y elecciones a la dictadura de Pinochet y de paso recuperar la democracia política del país. El costo de dicha estrategia negociada (traicionada para algunos actores) ha generado, sin embargo, no pocos impedimentos para consolidar la democracia.

El proceso renovador –que cruzó a todas las tendencias ideológicas y partidos– no fue un mero cambio de perspectiva o una herramienta para exculpar los «pecados del pasado» para procurar rescatar la vigencia de los postulados clásicos. Es decir, el proceso renovador fue más que una simple mudanza de ideas (como ocurrió con este mismo proceso en otras latitudes). Fue un cambio cultural que no se conformó con la mera coyuntura. La renovación fue acuciosa y pertinente, ya que incidió directamente en la cosmovisión de la otrora izquierda-UP. Aunque existieron otros factores importantes como la represión política, la violación a los DD. HH., el influjo del exilio, la crisis de los socialismos reales o el rol (inclusivo/exclusivo) de los demócratacristianos, la variable del proceso revisionista emerge como el principal factor (no el único, ni el más positivo).

Con ello, no quiero zanjar el valor positivo o negativo que involucró la renovación en la cultura política de la izquierda, sino más bien lo determinante de su evolución durante el autoritarismo y sus consecuencias para los futuros gobiernos democráticos. En definitiva, el proceso renovador posibilitó transformaciones que permitieron superar el derrotado proyecto de la UP, legitimó la vinculación entre democracia y socialismo y fomentó una «exitosa» alianza estratégica entre la izquierda renovada y los demócratacristianos, que ha permitido a Chile transitar, no sin problemas, por la consumación de

transformaciones sociales bajo el amparo de la democracia. Aún así, para muchos sectores políticos y sociales de la izquierda chilena, dichas transformaciones han quedado indiscutiblemente postergadas y, por el contrario, se ha decidido consolidar el modelo impuesto por la dictadura. Es decir, para estos sectores críticos, hemos asistido en estos largos años de democracia (en la medida de lo posible) a la autotraición de la cultura de izquierda.

Sin embargo, para quienes defienden la democracia de los acuerdos, señalan que esta fue una de las principales lecciones a las que arribó el proceso revisionista, es decir, negociar y pactar acuerdos globales con la oposición y sumar mayorías políticas y sociales para legitimar los cambios que se anhelan. Por lo tanto, perpetuar parte del legado dictatorial durante las primeras décadas, es para los renovados, parte del desarrollo político y económico del país. Un mal necesario que progresivamente se eliminará de nuestro sistema institucional. La pregunta que irremediamente asecha es ¿cuándo la izquierda chilena propondrá un proyecto novedoso, ajeno a aquel pasado tormentoso? Quizás, dicho sector, necesitará –como señala la teoría del conflicto– un brusco cambio generacional que abra paso a nuevos dirigentes e ideas modernas y que ajenos a los miedos, utopías gastadas y sueños mermados, levanten una propuesta más acorde al Chile del siglo XXI.

Bibliografía y documentos

ACEVEDO, Nicolás (2006), El MAPU-Lautaro en las protestas populares (1978-1985). Tesis (Tesis Licenciatura). Santiago de Chile. ARCIS.

ALCÁNTARA, Manuel (1995), Fragmentación y partidos políticos en América Latina, En: LÓPEZ NIETO, Lourdes (1995), Política faccional y democratización, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.

ALCÁNTARA, Manuel y RUIZ-RODRÍGUEZ, Leticia (Eds.) (2006), Chile: política y modernización democrática, Barcelona: Ediciones Bellaterra.

ALTAMIRANO, Carlos (1971), El Partido Socialista y la revolución chilena, En: Revista Punto Final N° 121, enero 1971.

ALTAMIRANO, Carlos (1974), Reflexiones críticas sobre el proceso revolucionario chileno, En: Boletín Informativo N° 4, sept-oct 1974. AISA.

ALTAMIRANO, Carlos (1977), Dialéctica de una derrota, México D.F: Siglo XXI Editores.

ALTAMIRANO, Carlos (1993), Carta a los socialistas, En: Archivo Salvador Allende N° 20. Historia Documental del PSCh 1933-1993. Forjadores-Signos de Renovación, Concepción: IELCO-Chile.

ÁLVAREZ, Rolando (2003), Desde las sombras: una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980), Santiago de Chile: LOM Ediciones.

ÁLVAREZ, Rolando, (2006), ¿La noche del exilio? Los orígenes de la rebelión popular en el Partido Comunista de Chile, En: VALDIVIA, Verónica, Su revolución contra nuestra revolución: izquierdas y derechas en el Chile de Pinochet (1973-1981). Santiago de Chile: LOM Ediciones.

ÁLVAREZ, Rolando (2007), La tarea de las tareas: luchar, unir, vencer. Tradición y renovación en el Partido Comunista de Chile (1965-1990). Tesis (Tesis doctoral). Santiago de Chile. Universidad de Chile.

ÁLVAREZ, Rolando, (2008), Aún tenemos patria, ciudadanos. El Partido Comunista de Chile y la salida no pactada de la dictadura (1980-1988), En: VALDIVIA, Verónica, Su revolución contra nuestra revolución. Vol. II: La pugna marxista-gremialista en los ochenta. Santiago de Chile: LOM Ediciones.

ÁLVAREZ, Rolando (2009), Los «hermanos Rodriguistas». La división del Frente Patriótico Manuel Rodríguez y el nacimiento de una nueva cultura política en la izquierda chilena. 1975-1987, En: Revista Izquierdas N° 3, 2009.

AMPUERO, Raúl (1982), Convergencia Socialista: actualidad de una iniciativa, En: Revista Chile-América N° 80-81, jul-agost-sept 1982.

AMPUERO, Raúl (1993), El socialismo entre Ayer y Mañana, En: Archivo Salvador Allende N° 18. Historia Documental del PSCh 1933-1993. Signos de

Identidad, Concepción: IELCO-Chile.

AMPUERO, Raúl (1993a), Partido de clase o qué clase de partido, En: Archivo Salvador Allende N° 20. Historia Documental del PSCh 1933-1993. Forjadores-Signos de Renovación. Concepción: IELCO-Chile.

ARRATE, Jorge, (1983), El socialismo chileno: Rescate y renovación, Barcelona: Ediciones del Instituto para el Nuevo Chile.

ARRATE, Jorge e HIDALGO, Paulo (1989), Pasión y razón del socialismo chileno, Santiago de Chile: Ediciones del Ornitorrinco.

ARRATE, Jorge y ROJAS, Eduardo (2003), Memoria de la izquierda chilena. Tomo II (1970-2000), Santiago de Chile: Ediciones B.

ARRIAGADA, Genaro (1998), Por la razón o la fuerza. Chile bajo Pinochet, Santiago de Chile: Editorial Sudamericana.

BASCUÑÁN, Carlos (198-a), Estrategias políticas de los grupos de izquierda, Santiago de Chile: ICHEH.

BASCUÑÁN, Carlos (198-b), Los partidos de izquierda en Chile (1973-1980), Santiago de Chile: ICHEH.

BASCUÑÁN, Carlos (1990), La izquierda sin Allende, Santiago de Chile:

Editorial Planeta.

BASCUR, Eyleen, (2006), Los locos del poder. Aproximación histórica a la experiencia del Movimiento Juvenil Lautaro (1982-1997). Tesis (Tesis Licenciatura). Santiago de Chile. Universidad de Chile

BELLONI, Frank y BELLER, David (Eds.) (1978), Faction politics: Political parties and factionalism in comparative perspective, Santa Bárbara: ABC-Clio.

BENAVENTE, Andrés (1985), Panorama de la izquierda chilena (1973-1984), En: Estudios Públicos N° 18, CEP, Santiago de Chile.

BITAR, Sergio (1978), Homenaje a la memoria de Allende, En: Revista Chile-América N° 46-47, sept-oct 1978.

BITAR, Sergio (1989), Cristianos y unidad socialista, En: NUÑEZ, Ricardo (Comp.) (1991), Socialismo: 10 Años de renovación. Tomo I: 1979-1989: De la convergencia a la unidad socialista, Santiago de Chile: Ediciones del Ornitorrinco.

BOENINGER, Edgardo (1998), Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad, Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.

BRAVO, Viviana (2007), Moscú-La Habana-Berlín: Los caminos de la Rebelión Popular. El caso del Partido Comunista de Chile 1973-1986, En: CONCHEIRO, Elvira (coord.), El Comunismo: Otras miradas desde América Latina, Ciudad de

México: UNAM-CIICH.

BRAVO, Viviana (2008), El tiempo de los audaces: La Política de Rebelión Popular de Masas y el debate que sacudió al Partido Comunista, En: ALVAREZ, SAMANIEGO y VENEGAS (eds.) (2008), Fragmentos de una historia, El Partido Comunista de Chile en el siglo XX. Democratización, clandestinidad y rebelión (1912-1994), Santiago de Chile: Ediciones ICAL.

BRUNNER, José Joaquín (1986), Notas para la discusión, Santiago de Chile: s.i.

CONTRERAS, Manuel (1989), Grados de universalidad de la crisis del socialismo, En: Cuadernos del ICAL N° 8, junio 1989.

CONTRERAS, Marcelo (2006), 20 años después de la convergencia socialista: La invención de la izquierda renovada, En: La Nación, 31 diciembre.

CORREA, Germán (1989), Renovación del partido y de la izquierda: algunos temas, En: Revista Unidad y Lucha N° 121, enero 1989. FDERT.

CORVALÁN MÁRQUEZ, Luis (1990), Algunos aspectos históricos, teóricos y políticos de la renovación socialista, En: VV. AA. (1990), Crisis y renovación, Santiago de Chile: Ediciones Medusa-ICAL.

CORVALÁN MÁRQUEZ, Luis (2000), Las tensiones entre la teoría y la práctica en el Partido Comunista en los años 60 y 70, En: LOYOLA, Manuel y ROJAS, Jorge (Comps.) (2000), Por un rojo Amanecer: hacia una historia de los

comunistas chilenos, Santiago de Chile: Impresora Valus.

CORVALÁN MÁRQUEZ, Luis (2001), Del anticapitalismo al neoliberalismo en Chile, Santiago de Chile: Editorial Sudamericana.

CORVALÁN, Luis (1997), De lo vivido y lo peleado. Memorias, Santiago de Chile: LOM Ediciones.

COTARELO, Ramón (1985), Los partidos políticos, Madrid: Editorial Sistema.

DÁVILA, Mireya (1994), Historia de las ideas de la renovación socialista. Tesis (Tesis Licenciatura). Santiago de Chile. Universidad Católica de Chile.

DEL CAMPO, Esther (1991), Unas notas sobre el sistema de partidos en Chile y Argentina en tiempos de crisis, En: Revista Estudios Políticos N° 74, CEC, Madrid.

DEL CAMPO, Esther (1995), El Partido Socialista chileno: Una larga historia de faccionalismo, En: LÓPEZ NIETO, Lourdes (1995), Política faccional y democratización, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.

DÍAZ, Eugenio (1977), ¿Qué ha pasado con la política de acciones comunes?, En: Revista Chile-América N° 28-29-30, feb-mar-abril 1977.

DURÁN, Carlos (2004), Notas breves sobre la crisis y renovación de la

izquierda chilena, Santiago de Chile: Apuntes del programa de Teorías Críticas del Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad ARCIS.

FERNÁNDEZ, Alex (1985), Dictadura militar y oposición política en Chile: 1973-1981, Ámsterdam: CEDLA.

FRIEDMANN, Reinhard (1988), 1964-1988 La política chilena de la A a la Z, Santiago de Chile: Melquiades Editorial.

FURCI, Carmelo (2008), El partido comunista de Chile y la vía al socialismo, Santiago de Chile: Ariadna.

GARRETÓN, Manuel Antonio (1985), Partido y sociedad en un proyecto socialista, Santiago de Chile: Documento de Trabajo FLACSO N° 266.

GARRETÓN, Manuel Antonio (1987), Las ideas de la renovación socialista. Síntesis y balance, Santiago de Chile: Material de Discusión FLACSO N° 93.

GARRETÓN, Manuel Antonio (1991), Socialismo renovado y democracia. En: NÚÑEZ, Ricardo (Comp.) (1991), Socialismo: 10 años de renovación. Tomo II: 1979-1989: El adiós al marxismo-leninismo, Santiago de Chile: Ediciones del Ornitorrinco.

GARRETÓN, Manuel Antonio (2005), Reflexiones en torno de la(s) izquierda(s) chilena(s) y el proyecto de país, En: Revista Nueva Sociedad N° 197, mayo-junio 2005.

GAZMURI, Jaime (1974), Aprender las lecciones del pasado para construir el futuro, Santiago de Chile: Editorial Nueva Democracia. FDERT.

GAZMURI, Jaime (2000), El sol y la bruma, Santiago de Chile: Ediciones B.

GONZÁLEZ, Camilo (1982), Lo militar en la política del partido, En: Revista Principios N° 22, enero-feb 1982.

GUASTAVINO, Luis (1990), Caen las Catedrales, Santiago de Chile: Editorial Hachette.

GUTIÉRREZ, Eduardo (2003), Ciudades en las Sombras. (Una historia no oficial del Partido Socialista de Chile), Santiago de Chile: LOM Ediciones.

HERREROS, Francisco (2003), Del gobierno del pueblo a la Rebelión Popular. Historia del Partido Comunista 1970-1990, Santiago de Chile: Editorial Siglo XXI.

HERREROS, Francisco (2005), Algunas consideraciones acerca de la política de Rebelión Popular, En: Revista Alternativa N° 23, 2005.

HUNEEUS, Carlos (1985), La política de la apertura y sus implicancias para la inauguración de la democracia en Chile, En: Revista de Ciencia Política Vol. VII, N° 1.

INSULZA, J.M. (1979), Crisis y perspectivas de la Unidad Popular, En: Revista Chile-América N° 52-53, marzo-abril-mayo 1979.

ISERN, Pedro (2004), Las dos renovaciones de la izquierda chilena, Santiago de Chile: CADAL.

ITALIA, Julie (2008), El Movimiento Juvenil Lautaro (MJL). Política y terrorismo en un contexto social. Seminario de investigación. Estocolmo. Universidad de Estocolmo.

JANS, Sebastián (2003), La insurgencia social contra Pinochet, Santiago de Chile: s.i.

JOBET, Julio César (1987), Historia del PSCh, Santiago de Chile: Ediciones Documentas.

LAIZ, Consuelo (1993), La izquierda radical en España durante la transición a la democracia. Tesis (Tesis doctoral). Madrid. Universidad Complutense de Madrid.

LEAL, Antonio (1990), Reformulación democrática del PC, En: La Época, 25 octubre 1990.

LECHNER, Norbert (1988), Los patios interiores de la democracia: subjetividad y política, Santiago de Chile: FLACSO.

LOYOLA, Manuel (2008), Coda a la Presente Edición, En: FURCI, Carmelo (2008), El partido comunista de Chile y la vía al socialismo, Santiago de Chile: Ariadna.

MAINWARING, Scott y SCULLY, Timothy (1995), La construcción de instituciones democráticas. Sistemas de partidos en América Latina, Santiago de Chile: CIEPLAN.

MAINWARING, Scott y TORCAL, Mariano (2005), Party System Institutionalization and Party System Theory After the Third Wave of Democratization, Kellogg Working Papers Collection, South Bend.

MARÍN, Gladys (2004), Gladys Marín. Conversaciones con Claudia Korol, Buenos Aires: Ediciones América Libre.

MARÍN, Gladys, XV Congreso y el partido, En: El Siglo N° 7688, 30 octubre al 12 Noviembre, 1989. Separata.

MARTÍNEZ, Luis (2004), El Frente Patriótico Manuel Rodríguez 1980-1987, Santiago de Chile. Tesis (Tesis Licenciatura). Universidad de Santiago de Chile.

MARTÍNEZ, Luis (2005), Lo militar y el FPMR en la política de Rebelión Popular de Masas: orígenes y desarrollo, En: Revista Alternativa N° 23, 2005.

MOULIÁN, Tomás (1981), Por un marxismo secularizado, En: Revista Chile-

América, N° 72-73, julio-agosto-sept 1981.

MOULIÁN, Tomás (1983), Democracia y Socialismo en Chile, Santiago de Chile: FLACSO.

MOULIÁN, Tomás (1991), Sobre la teoría de la renovación, En: NÚÑEZ, Ricardo (Comp.) (1991), Socialismo: 10 años de renovación. Tomo II: 1979-1989: El adiós al marxismo-leninismo, Santiago de Chile: Ediciones del Ornitorrinco.

MOULIÁN, Tomás y TORRES, Isabel (1988), ¿Continuidad y cambio en la línea política del Partido Comunista de Chile?, En: VARAS, Augusto (Comp.) (1988), Estudio Multidisciplinario: El Partido Comunista en Chile, Santiago de Chile: CESOC-FLACSO.

MOYANO, Cristina (2004), Proceso germinal de la renovación socialista en el MAPU: Desde el golpe de Estado al Seminario de Ariccia (1973-1979). Trabajo de Investigación. Santiago de Chile. Universidad de Chile.

MOYANO, Cristina (2006), Microhistoria de la renovación socialista en el MAPU. Un partido, unos sujetos, nuestra transición a la democracia 1973-1989. Tesis (Tesis doctoral). Santiago de Chile. Universidad de Chile.

MOYANO, Cristina (2009), MAPU o la seducción del poder y la juventud: los años fundacionales del partido-mito de nuestra transición (1969-1973), Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

NÚÑEZ, Ricardo (1984), La realidad escindida. El partido del Interior y del Exilio, En: Revista Nueva Sociedad N° 74, sep-oct 1984.

NÚÑEZ, Ricardo (1991), Congreso del PS: Balance y perspectivas, En: Revista Convergencia, N° 19-20, feb-marzo 1991.

NÚÑEZ, Ricardo (Comp.) (1991), Socialismo: 10 Años de renovación. Tomo I: 1979-1989: De la convergencia a la unidad socialista, Santiago de Chile: Ediciones del Ornitorrinco.

NÚÑEZ, Ricardo (Comp.) (1991), Socialismo: 10 años de renovación. Tomo II: 1979-1989: El adiós al marxismo-leninismo, Santiago de Chile: Ediciones del Ornitorrinco.

OMINAMI, Carlos (1982), Una metodología de construcción de la Convergencia Socialista. Dossier Convergencia Socialista y unidad democrática, En: Revista Chile-América N° 78-79 abril-mayo-jun 1982.

ÓRDENEZ, Héctor (2007), Jóvenes, rebeldes y armados. Teoría, identidad y praxis del MAPU-Lautaro. Tesis (Tesis Licenciatura). Santiago de Chile. Universidad de Chile.

ORTEGA, Eugenio (1992), Historia de una alianza política. El PSCh y el PDC. 1973-1988, Santiago de Chile: CED-CESOC.

ORTEGA, Javier (2001), La historia inédita de los años verde olivo, En: La

Tercera, marzo 2001.

ORTIZ, Edison (2007), El socialismo chileno: de Allende a Bachelet (1973-2005), Santiago de Chile: ICHEH.

PALACIOS, Álvaro (1989), Problemas del marxismo en el Chile de los 80, En: VV. AA. (1989), Crítica y socialismo. Una reflexión desde Chile, Santiago de Chile: Ediciones CISPO.

PALMA, Patricio (1979), Una doctrina militar democrática, En: Revista Principios N° 13, noviembre 1979. FDERT.

PALMA, Ricardo (2001), Una Larga Cola de Acero (Historia del FPMR 1984-1988), Santiago de Chile: Ediciones LOM.

PAYNE, Mark (et al) (2006), La política importa: Democracia y desarrollo en América Latina, Washington DC: Banco Interamericano de Desarrollo y el Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral.

PEREDA, Guaraní (Comp.) (1992), Clodomiro Almeyda, Obras Escogidas 1947-1992, Santiago de Chile: Fundación Clodomiro Almeyda-Ediciones Tierra Mía. AISA.

PINTO, Julio y LEIVA, Sebastián (2008), Punto de quiebre: El MIR en los ochenta En: VALDIVIA, Verónica (2008), Su revolución contra nuestra revolución: La pugna marxista-gremialista en los ochenta, Santiago de Chile:

LOM Ediciones.

POLITZER, Patricia (1990), Altamirano, Santiago de Chile: Ediciones B.

POLLACK, Benny y RONSENKRANZ, Hernán (1978), Una ideología latinoamericanista: Apuntes sobre el Partido Socialista Chileno, En: Revista Nueva Sociedad N° 37.

QUIROZ, César (2000), La política de rebelión popular de masas, En: LOYOLA, Manuel y ROJAS, Jorge (Comps.) (2000), Por un Rojo Amanecer: hacia una historia de los comunistas chilenos, Santiago de Chile: Impresora Valus.

RAMÍREZ, Hernán (2007), Obras Escogidas. Vol II, Santiago de Chile: LOM Ediciones

RAMOS, Sergio (1972), Chile ¿Una economía de transición?, Santiago de Chile: CESO-PLA

RIQUELME, Alfredo (2009), Rojo Atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia, Santiago de Chile: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

ROBERTS, Kenneth (1994), Renovation in the revolution?: dictatorship, democracy, and political change in the Chilean left, Working Paper 203. Helen Kellogg Institute for International Studies.

RODRÍGUEZ, Aniceto (1993), Caracterización del Partido Socialista de Chile, En: Archivo Salvador Allende N° 18. Historia Documental del PSCh 1933-1993. Signos de Identidad, Concepción: IELCO-Chile.

RODRÍGUEZ, Aniceto (1995), Entre el Miedo y la Esperanza. Historia Social de Chile, Caracas: Universidad Central de Venezuela-Ediciones de la Biblioteca.

RODRÍGUEZ, José (1995), Crisis y renovación de las izquierdas, Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.

SALAZAR, Manuel (2008), El triunfo de los «renovados» del PS, En: Revista Punto Final N° 672, octubre 2008.

SAMANIEGO, Augusto y PALACIOS, Álvaro (1989), Pensando una «Perestroika» para la izquierda chilena, En: VV. AA. (1989), Crítica y socialismo. Una reflexión desde Chile, Santiago de Chile: Ediciones CISPO.

SARTORI, Giovanni (1980), Partidos y sistemas de partidos, Madrid: Alianza Editorial.

SCULLY, Timothy (1992), Los partidos de centro y la evolución política chilena, Santiago de Chile: CIEPLAN-Notre Dame.

SILVA SOLAR, Julio (1976), Notas sobre un proyecto político para Chile, En: Revista Chile-América N° 25-26-27, nov-dic 1976-enero 1977.

SILVA SOLAR, Julio (1977), La vía institucional y la caída del gobierno de la Unidad Popular, En: Revista Chile-América N° 35-36, sept-oct 1977 SILVERT, Kalman (1965), Chile: yesterday and today, Editorial New York, Holt, Rinehart and Winston.

TIRONI, Eugenio (1984), La torre de babel. Ensayos de crítica y renovación política, Santiago de Chile: Ediciones SUR.

TORREJÓN, Carolina (2000), Brumas: el MAPU-OC bajo el autoritarismo y en clandestinidad. Del Golpe Militar a la extinción de la Unidad Popular (1973-1979). Tesis (Tesis de licenciatura). Santiago de Chile. PUC.

TÚPPER, Patricio (ed.) (1987), 89/90 Opciones políticas en Chile, Santiago de Chile: Ediciones Colchagua.

VALENZUELA, Álvaro y CONTRERAS, Mario (2009), El exilio que acunó a Marco y renovó a los socialistas: la vida de los chilenos en París, En: La Segunda, 15 mayo 2009.

VALENZUELA, Arturo (1985), Orígenes y características del sistema de partidos en Chile: Proposición para un gobierno parlamentario, Santiago de Chile: Centro de Estudios Públicos.

VALENZUELA, Esteban (2008), El MAPU en la izquierda chilena: Cristianismo, revolución y renovación, 1969-1989. Trabajo de Investigación. Valencia, España. Universidad de Valencia.

VALENZUELA, Esteban (2011), Cristianismo, revolución y renovación en Chile: El Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) 1969-1989. Tesis (Tesis doctoral). Valencia, España. Universidad de Valencia.

VALENZUELA, Esteban (ed.) (1987), MAPU: Fuerza Socialista, Santiago de Chile. s.i.

VALENZUELA, Samuel y SCULLY, Timothy (1993), De la democracia a la democracia: Continuidad y variaciones en las preferencias del electorado y en el sistema de partidos en Chile, Santiago de Chile. Centro de Estudios Públicos.

VALENZUELA, Samuel y VALENZUELA, Arturo (1983), Los orígenes de la democracia. Reflexiones teóricas para el caso de Chile, Santiago de Chile: Centro de Estudios Públicos.

VARAS, Augusto (1987), De la violencia aguda al registro electoral: Estrategia y política de alianzas del PC, 1980-1987, Documento de Trabajo FLACSO N° 362.

VARAS, Augusto (Comp.) (1988), Estudio Multidisciplinario: El Partido Comunista en Chile, Santiago de Chile: CESOC-FLACSO.

VARGAS, María y DÍAZ, Lucila (2007), Del golpe a la división: Historia del partido socialista 1973-1978. Seminario de investigación. Santiago de Chile. Universidad ARCIS.

VÁSQUEZ, David (2005), Algunas notas acerca del origen de la Concertación de Partidos por la Democracia, Santiago de Chile: DEPESEX/Serie Informes N° 144.

VICIANI, Orel (1989), Necesidad de la renovación en el socialismo existente y su grado de universalidad, En: VV. AA. (1989), Crítica y socialismo. Una reflexión desde Chile, Santiago de Chile: Ediciones CISPO.

VICIANI, Orel (1989a), Renovación: respuesta a una crisis profunda, En: Cuadernos del ICAL N° 8, junio 1989.

VIDAL, Hernán (1995), FPMR, El Tabú del Conflicto Armado en Chile, Santiago de Chile: Ediciones Mosquito.

VIERA-GALLO, José (1976), Reflexiones para la formulación de un proyecto democrático para Chile, En: VIERA-GALLO, José (1989), Chile: Un nuevo Camino, Santiago de Chile: CESOC.

VIERA-GALLO, José (1991), Socialismo y Cristianismo, En: Revista Convergencia N° 19-20, feb-marzo 1991.

VODÁNOVIC, Hernán (1988), Un socialismo renovado para Chile, Santiago de Chile: Editorial Andante.

VV. AA. (1987), La renovación socialista: Balance y perspectiva de un proceso

vigente, Santiago de Chile: Ediciones Valentín Letelier.

VV. AA. (2000), Nuevo gobierno: Desafíos de la reconciliación Chile 1999-2000, Santiago de Chile: FLACSO.

WAISS, Oscar (1982), Socialismo y hegemonía, En: Revista Nueva Sociedad N° 62, sept-oct 1982.

WALKER, Ignacio (1990), Socialismo y democracia: Chile y Europa en perspectiva comparada, Santiago de Chile: Ediciones Cieplan-Hachette.

YOCELEVSKY, Ricardo (1986), El partido socialista de Chile bajo la dictadura militar, En: Revista Foro Internacional N° 105, julio-sept. 1986.

YOCELEVSKY, Ricardo (2002), Chile: Partidos políticos, democracia y dictadura 1970-1990, Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.

Documentos internos de los partidos

A medio año del golpe de Estado en Chile: La resistencia revolucionaria del pueblo se fortalece para vencer. Declaración pública del partido MAPU. Santiago de Chile, marzo 1974.

Acta de Ariccia, Roma, 13 enero 1980.

Acuerdos y conclusiones para la unidad del Partido Socialista de Chile, Santiago de Chile, 19 de abril de 1983. AISA.

ALMEYDA, Clodomiro, Carta dirigida al PS-Arrate, Santiago de Chile, 7 Noviembre 1989, En: NÚÑEZ, Ricardo (Comp.) (1991), Socialismo: 10 Años de renovación. Tomo I: 1979-1989: De la convergencia a la unidad socialista, Santiago de Chile: Ediciones del Ornitorrinco.

ALTAMIRANO, Carlos (1980), 8 tesis sobre una estrategia socialista para Chile, París. AISA.

ALTAMIRANO, Carlos, Compañeros del Partido Socialistas de Chile, 28 de marzo de 1979. AISA.

AMPUERO, Raúl (1979), Informe Introductivo (I) al seminario de Ariccia, Roma. Colección de Documentos para la historia de la Oposición Política al

Estado Autoritario en Chile (1973-1981). Tomo III. Microfichas Inter Documentation Company. Switzerland. 1984.

AMPUERO, Raúl (1980), Informe Introductivo (II). Roma. Colección de Documentos para la historia de la Oposición Política al Estado Autoritario en Chile (1973-1981). Tomo III. Microfichas Inter Documentation Company. Switzerland. 1984.

ARRATE, Jorge, Carta dirigida al PS-Almeyda, Santiago de Chile, 9 Noviembre 1989, En: NÚÑEZ, Ricardo (Comp.) (1991), Socialismo: 10 Años de renovación. Tomo I: 1979-1989: De la convergencia a la unidad socialista, Santiago de Chile: Ediciones del Ornitorrinco.

Bases doctrinarias y políticas del PSCh, En: Revista Unidad y Lucha N° 129, diciembre 1989. FDERT.

Bloque Socialista (1983), Constitución del Bloque Socialista, Santiago de Chile, En: Revista Chile-América N° 88-89, julio-oct 1983.

Carlos Briones secretario general (1984), Carta a los socialistas acerca de la Unidad e Integración del Socialismo chileno, Santiago de Chile, agosto 1984.

Carta (1987), En: Partido Socialista de Chile: Carta informativa a los regionales, Santiago de Chile, marzo 1987.

Carta de Almeyda a la Dirección Interior, abril 1979. AISA.

Carta del secretario general del MAPU, Oscar Guillermo Garretón, al secretario coordinador de los Partidos de la UP en el exterior, Jorge Arrate, Berlín, 28 de febrero 1976. FDERT

Circular del Secretariado Exterior PSCh, Berlín, 16 abril 1977. AISA

Circular del secretario general del PSCh Carlos Altamirano, Berlín, sept. 1976.

CNR, Documento de Abril, 1975. AISA.

Comisión Política del PCCh, Declaración pública del PCCh, Santiago de Chile, mayo 1987. FDERT.

Comisión Política del PCCh, Propuesta del Partido Comunista de Chile para una salida política, Santiago de Chile, febrero de 1987. FDERT.

Comisión Política del PSCh (Almeyda), Comunicado Público, Santiago de Chile, 26 de agosto 1985.

Comisión Política MAPU (Lautaro), Quinto Pleno nacional. Resoluciones políticas, Santiago de Chile, agosto 1983. FDERT

Comisión Unidad, Declaración de la Comisión de Unidad del Partido Socialista

y del Socialismo Chileno, sept. 1979.

Comité Central del MAPU, Comunicado Público, Santiago de Chile, 22 julio 1985. FDERT.

Comité Central del MAPU-OC, El MAPU obrero y campesino al pueblo de Chile, agosto 1979. FDERT.

Comité Central del PCCh (1984), Conferencia Nacional del Partido Comunista de Chile-1984, Santiago de Chile, marzo 1984, En: «Hacia el XV Congreso del Partido Comunista de Chile. Documentos para el enriquecimiento del debate», s.i., 1989.

Comité Central del PCCh, A los presidentes o secretarios generales de los partidos de oposición al régimen militar, Santiago de Chile, septiembre de 1984. FDERT.

Comité Central del PSCh, A los dirigentes del Partido Socialista, Santiago de Chile, noviembre 1973.

Comité Central del PSCh, Al calor de la lucha contra el fascismo, construir la fuerza dirigente del pueblo para asegurar la victoria, Santiago de Chile, marzo 1974. AISA.

Comité Político de Unidad (1983), A todos los militantes del PSCh, Santiago de Chile, 4 Septiembre 1983. AISA.

Comunicado al Comité Central, Secretariado del C.C. MAPU-OC, enero 1979. FDERT.

Comunicado al Comité Central. Secretariado del C.C MAPU-OC, junio 1979. FDERT.

Comunicado de prensa del Seminario de Ariccia, Roma, marzo 1979. Colección de Documentos para la historia de la Oposición Política al Estado Autoritario en Chile (1973-1981). Tomo III. Microfichas Inter Documentation Company. Switzerland. 1984.

Convergencia Socialista (1982), Llamamiento de Milán por la Convergencia Socialista, En: Revista Chile-América N° 80-81, jul-agost-sept 1982.

Convergencia Socialista: Fundamentos de una Propuesta, Santiago de Chile, agosto 1980.

Coordinador del CPUS, (1983), El Partido Socialista de Chile. Su proyección política y popular, 17 junio 1983, En: NUÑEZ, Ricardo (Comp.) (1991), Socialismo: 10 Años de renovación, Tomo I: 1979-1989: De la convergencia a la unidad socialista, Santiago de Chile: Ediciones del Ornitorrinco.

CORVALÁN, Luis (1980), El derecho del pueblo a la rebelión es indiscutible. Discurso pronunciado en Moscú con motivo del 10° Aniversario de la victoria de la Unidad Popular, en Moscú, 3 de Septiembre 1980. FDERT.

CORVALÁN, Luis (1980a), Avanzar por el camino de la unidad y de la lucha dominando las más diversas formas de combate. Discurso pronunciado en Estocolmo el 16 de Noviembre 1980, En: CORVALÁN, Luis (1981), La rebelión popular se abre camino en Chile. s.i. AISA.

CORVALÁN, Luis (1981), Nuestras formulaciones tácticas tienen una acogida favorable, Berlín, RDA, 30 enero 1981, En: Corvalán, Luis (1981) La rebelión popular se abre camino en Chile. s.i. AISA.

Declaración conjunta del MAPU-OC, Izquierda Cristiana y MAPU aprobada en Ciudad de México, Ciudad de México, 24 mayo 1979, En: Revista Chile-América N° 54-55, junio-julio 1979

Declaración conjunta del PSCh y del PSCh (MAS-USP-MR) a todos los militantes socialistas, Santiago de Chile, 11 de Septiembre 1982. AISA.

Declaración de 87 dirigentes del PS de Chile en el interior, Santiago de Chile, 11 de mayo 1979.

Declaración de la unidad socialista (Resumen del Acta-Declaración de la unidad), Santiago de Chile, 19 abril 1979.

Declaración de Principios del PSCh, En: Revista Consigna N° 1. AISA.

Declaración del PCCh, El ultraizquierdismo, caballo de Troya del imperialismo,

Santiago de Chile, noviembre 1975.

Declaración Pública de la Comisión Política de la IC (1987), Los principios que deben fundar nuestra acción, En: GEISSE, Francisco y GUMUCIO, Rafael (Comps.) (1987), Elecciones libres y plebiscito. El desafío democrático, Santiago de Chile: Ediciones Chile y América-CESOC.

Declaración pública de la Convergencia Socialista (1983), Objetivos políticos esenciales de la Convergencia Socialista, Madrid, En: Revista Chile-América N° 84-85, ene-feb-marzo 1983.

De la Unidad Popular hacia un Bloque por el Socialismo, En: Cuadernos de Orientación Socialista N° 2, junio 1980.

Del informe del Comité Central del PCUS entregado al XXV Congreso por el camarada Leonid I. Brezhnev, En: Boletín del Exterior N° 16, marzo-abril 1976.

Dirección Exterior-MAPU, A los partidos hermanos de la izquierda chilena, París, octubre 1975 o 1978. FDERT.

Discurso de Carlos Altamirano, secretario general del Partido Socialista de Chile, México, 14 mayo 1978. AISA.

Documento de Trabajo Interno de los ND N° 4, MAPU, diciembre 1974. FDERT.

Documento del II Pleno del Comité Central de la IC (1980), A impulsar la lucha por el derrocamiento de la dictadura, En: Boletín Izquierda Cristiana de Chile. Secretariado Europa, N° 5 y 6, marzo-junio 1980.

El Comité Ejecutivo del Secretariado Exterior a la militancia del partido, abril 1979. AISA.

El pensamiento del MAPU. Documento publicado por la Comisión Política del MAPU. Santiago de Chile, junio 1974.

Encuentro de Chantilly (1982), Actas del Encuentro. Chile-80: Movimientos, escenarios y proyectos, En: Revista Chile-América N° 82-83, oct-nov-dic. 1982. Separata: Dossier.

Encuentro de Chantilly (1983), Acta del encuentro de Chantilly. Los desafíos de la democratización, En: NUÑEZ, Ricardo (Comp.) (1991), Socialismo: 10 Años de renovación. Tomo I: 1979-1989: De la convergencia a la unidad socialista, Santiago de Chile: Ediciones del Ornitorrinco.

Frente Interno-CC Exterior PSCh, Notas aclaratorias del documento: Dos facetas de la reunificación socialista, octubre 1983.

Fundamentos ideológicos de la Izquierda Cristiana. Santiago de Chile, octubre 1971. AISA.

GONZÁLEZ, Rodrigo (1979), Un nuevo proyecto democrático para Chile.

Colección de Documentos para la historia de la Oposición Política al Estado Autoritario en Chile (1973-1981). Tomo III. Microfichas Inter Documentation Company. Switzerland. 1984.

Grupo por la Convergencia Socialista (1981), Un Horizonte democrático para Chile, En: Revista Convergencia N° 3-4, agosto-oct 1981.

Grupo por la Convergencia Socialista (1985), Respuesta a la carta de unidad e integración del socialismo, En: NÚÑEZ, Ricardo (Comp.) (1991), Socialismo: 10 Años de renovación. Tomo I: 1979-1989: De la convergencia a la unidad socialista, Santiago de Chile: Ediciones del Ornitorrinco.

I Congreso Nacional, Documento Final, Comité Central IC, septiembre 1978.

Informe al partido sobre las resoluciones del Pleno, marzo 1980. FDERT.

Informe al Pleno del Comité Central del Partido Comunista (1985), Para voltear a Pinochet el único camino es el enfrentamiento continuo y ascendente, enero de 1985. FDERT.

Informe al Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile-1986, En: Hacia el XV Congreso del Partido Comunista de Chile. Documentos para el enriquecimiento del debate, s.i. 1989.

Informe al Pleno Extraordinario del Comité Central del Partido Socialista de Chile, marzo 1978. AISA.

Informe de visita a Chile, enero 1975. FDERT.

Informe político a la Conferencia del PS en el exterior, En: RUZ, Gustavo (1983), Una salida creadora para la crisis del Partido Socialista. Historia documental del socialismo chileno.

Intervenciones de delegados al XV Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile realizado en mayo de 1989, Ediciones El Siglo S.A. enero 1990.

La revolución chilena, la dictadura fascista y la lucha por derribarla y crear una nueva democracia, Informe al Pleno del Comité Central del PCCh, agosto 1977.

Las Tareas del Pueblo en la Hora Presente, Comité Central del MAPU-OC, Santiago de Chile, febrero 1974.

Los Socialistas en la lucha por la democracia: Resoluciones del II Pleno clandestino del PSCh. Santiago de Chile, agosto 1977. AISA.

Manifiesto del Partido Comunista de Chile, Santiago de Chile, mayo 1979. FDERT.

Manifiesto Democrático, Santiago de Chile, 14 de Marzo 1983. AISA.

MAPU, Documento de resolución del primero Congreso Nacional del MAPU, Santiago de Chile, noviembre 1970.

MAPU, Plan popular de acción democrática, junio 1987, En: GEISSE, Francisco y GUMUCIO, Rafael (Comps.) (1987), Elecciones libres y plebiscito. El desafío democrático, Santiago de Chile: Ediciones Chile y América-CESOC.

MAPU, Programa del MAPU. Segundo Congreso Nacional, Santiago de Chile, diciembre 1972.

MAPU-Comité Central (MAPU-CC), La resistencia proletaria y revolucionaria, Santiago de Chile, junio 1975.

MAPU-OC, Carta del V Pleno del Comité Central del MOC a la Comisión Exterior del partido, Junio 1981. FDERT.

MAPU-OC, Comunicado al Comité Central, Junio 1979. FDERT.

Minuta sobre problemas de dirección interior y cuestiones del partido, Documento interno del partido, julio 1976. AISA.

Movimiento Juvenil Lautaro, Manifiesto a la juventud y al pueblo de Chile, Santiago de Chile, diciembre 1982.

Movimiento Juvenil Lautaro, Somos los hijos del Lautaro, Santiago de Chile,

diciembre 1984.

Partido Socialista de Chile, Algunas ideas sobre la revolución chilena, febrero 1974.

PCCh (1940), Estatutos del Partido Comunista de Chile, Santiago de Chile: Antares Editorial.

PCCh (1976), Desde Chile hablan los comunistas, Santiago de Chile: Ediciones Colo-Colo.

PCCh, Al partido y al pueblo de Chile, diciembre 1974.

PCCh, Informe al Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile. 1981, En: Hacia el XV Congreso del Partido Comunista de Chile. Documentos para el enriquecimiento del debate. s.i. 1989.

PCCh, Informe al Pleno del Comité Central del PCCh-1979. FDERT.

PCCh, Informe XV Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile 1989, Editado por la Comisión Educación Nacional del PCCh.

PCCh, Intervención de Luis Corvalán, secretario general del Partido Comunista de Chile, 10 de Septiembre de 1984. FDERT.

PCCh, Llamamiento al pueblo a la lucha por la libertad y la democracia, 31 diciembre 1973.

PCCh, Manifiesto al pueblo de Chile, Santiago de Chile, agosto 1975. FDERT

PCCh, Nuestro proyecto democrático, 5 julio 1979. FDERT.

PCCh, Para conquistar y profundizar la democracia, unidad y lucha del pueblo hasta vencer, Convocatoria al Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile, diciembre 1988. FDERT.

PCCh, Patriotas: solo unidos derrotaremos el fascismo, Sept. 1976. FDERT.

Por una fuerza autónoma y popular, Santiago de Chile, 1 octubre 1984.

Profundizar la renovación revolucionaria para la superación de la crisis. Texto completo del informe al XI Pleno del CC del Partido Comunista de Chile, En: El Siglo N° 7719, 12 al 18 agosto 1990. Separata.

Propuesta Programática MAPU. III Congreso Nacional, Santiago de Chile, 11 Septiembre 1984. FDERT.

PSCh (1976), Una clarificación necesaria, En: Boletín Orientación N° 13, junio

1976.

PSCh (1987), Partido Socialista de Chile: Carta informativa a los regionales, Santiago de Chile, marzo 1987.

PSCh (Secretariado Exterior-Comité Central), Resoluciones del Pleno del Comité Central, abril 1979.

PSCh, Carta del Comité Central del P.S. de Chile, a los militantes socialistas en el exilio, Santiago de Chile, noviembre 1978.

PSCh, Comunica acuerdo en el interior de Chile, Holanda, octubre de 1982. AISA.

PSCh, Convocatoria al Congreso de Unidad Salvador Allende, Editado por la Comisión Organizadora del Congreso de Unidad Socialista, noviembre 1990.

PSCh, Documento aprobado en el IV Pleno del comité central, Santiago de Chile, Junio 1984.

PSCh, Informes y Proposiciones de los Plenos IV y V, Santiago de Chile, Junio 1984.

PSCh, Oficio-Circular N° 151, Berlín 26 de octubre 1976. AISA.

PSCh, Pleno de la Habana, 1975, mayo 1975. AISA.

PSCh, Propuesta de temario para el Congreso de Unidad Salvador Allende Gossens. Historia Documental del Socialismo Chileno.

PSCh, Resolución política Congreso de La Serena, La Serena, enero 1971.

PSCh, Resoluciones del I Pleno clandestino, Santiago de Chile, sept. 1976.
AISA.

PSCh, Voto político sobre la incorporación de la Izquierda Cristiana al PSCh, Valparaíso, noviembre 1990.

PSCh, Voto político sobre la relación partido-gobierno democrático. Historia Documental del Socialismo Chileno.

PSCh. Subsecretaría Europa-África, Circular N° 2, Rotterdam, 8 de febrero 1982.

PSCh-Almeyda, Resolución Política General XXIV Congreso, agosto 1985.

PSCh-Dirección Exterior, Declaración de Bremen, RFA Bremen, 5 de noviembre 1983.

PSCh-Núñez, Cuenta del secretario general. XXV Congreso General del Partido Socialista de Chile, Santiago de Chile, 29 junio 1989.

PS-MAS, Defendiendo una unidad sin compromisos, Santiago de Chile, 22 Mayo 1979.

Resoluciones políticas del Comité Central del MAPU, abril 1989. En: Revista Fragua. Boletín MAPU, mayo 1989.

Resoluciones políticas del III Congreso de Unidad del MAPU, mayo 1985. FDERT.

Resoluciones políticas del XXIV Congreso general del Partido Socialista de Chile, agosto 1980. Colección de Documentos para la historia de la Oposición Política al Estado Autoritario en Chile (1973-1981). Tomo II. Microfichas Inter Documentation Company. Switzerland. 1984.

Respuesta de la Comisión Política de la Coordinadora Nacional de Regionales (CNR). Documento Interno del PSCh, Santiago de Chile, diciembre 1976. AISA.

RUIZ MOSCATELLI, Rafael (1984), Carta desde la cárcel por la unidad socialista, Santiago de Chile, marzo 1984.

Saludo al P.C.U.S. en el 60 aniversario de la revolución, Secretariado del Comité Central MAPU-OC, octubre 1977. FDERT.

Secretariado de la Convergencia Socialista (1982), Nuestra Propuesta: Unidad y solidaridad frente a la crisis nacional, Santiago de Chile, 1 de Mayo 1982. Colección de Documentos para la historia de la Oposición Política al Estado Autoritario en Chile (1973-1981). Tomo III. Microfichas Inter Documentation Company. Switzerland. 1984.

Secretariado del Comité Central, La política del partido en la actual situación, Santiago de Chile, junio 1981. FDERT.

Secretariado MAPU-OC, Comité Central del MAPU-OC. V Pleno, Santiago de Chile, junio 1980. FDERT.

Secretariado Político de la Convergencia Socialista (1983), Propositiones para el Socialismo Chileno, En: NUÑEZ, Ricardo (Comp.) (1991) Socialismo: 10 Años de renovación. Tomo I: 1979-1989: De la convergencia a la unidad socialista, Santiago de Chile: Ediciones del Ornitorrinco.

secretario general del MAPU, Víctor Barrueto, Comunicado de Prensa. Santiago de Chile, 5 diciembre 1985. FDERT.

Sobre el carácter democrático de nuestra revolución, MAPU-OC, noviembre 1973. FDERT.

Tercer Pleno del Partido Socialista de Chile en la clandestinidad, febrero 1979. Colección de Documentos para la historia de la Oposición Política al Estado Autoritario en Chile (1973-1981). Tomo II. Microfichas Inter Documentation

Company. Switzerland. 1984.

Un camino de movilización popular y unidad democrática. Conclusiones y proposiciones de nuestro encuentro MAPU, Santiago de Chile, 19 mayo 1983. FDERT.

VARAS, Augusto (1981), La política del partido en la actual situación: una crisis de orientación y de política. FDERT.

Voto político del XXV Congreso del Partido Socialista de Chile (Sector Núñez), En: NUÑEZ, Ricardo (Comp.) (1991), Socialismo: 10 Años de renovación, Tomo I: 1979-1989: De la convergencia a la unidad socialista, Santiago de Chile: Ediciones del Ornitorrinco.

Revistas y Boletines de los partidos

Boletín Venceremos, 1977. FDERT.

Boletín Venceremos, febrero 1979. FDERT.

Boletín Venceremos, agosto 1981. FDERT.

Boletín Venceremos N° 2, 1982. FDERT.

Boletín De Frente N° 23, mayo 1978. FDERT.

Boletín De Frente N° 24, agosto 1978. FDERT.

Boletín Informativo, PSCh Segmento Europa-África, junio 1984.

Boletín Informativo, PSCh Segmento Europa-África, agosto 1984.

Boletín Izquierda Cristiana de Chile. Secretariado Europa N° 5 y 6, mar-jun 1980. FDERT.

Boletín Izquierda Cristiana de Chile. Secretariado Europa N° 7, julio-sept. 1980. FDERT.

Boletín Informativo N° 4, sept-oct 1974. AISA.

Boletín Informativo N° 2, Comité Central del MAPU-OC, octubre 1979. FDERT.

Boletín El Socialista N° 2 (Publicación de los socialistas exiliados en Europa).

Boletín Orientación N° 13, junio 1976.

Boletín de Prensa El Siglo N° 22, semana del 17 al 23 marzo 1984. FDERT.

Revista A la Moneda N° 1, marzo 1985. FDERT.

Revista Álzate Chile N° 1 (Año 2), sept-oct 1982.

Revista Combatiente N° 1, octubre 1975. CEME.

Revista Combatiente N° 8, diciembre 1976-enero 1977. FDERT.

Revista Combatiente N° 13, octubre 1977. FDERT.

Revista Combatiente N° 14, enero 1978. FDERT.

Revista Convergencia N° 1, feb-abril 1981.

Revista Convergencia N° 12, diciembre 1987.

Revista Convergencia N° 13, julio 1988.

Revista Convergencia N° 17, ene-marzo 1990.

Revista Convergencia N° 19-20, feb-marzo 1991.

Revista Chile-América N° 28-29-30, feb-mar-abril 1977.

Revista Chile-América N° 39-40, diciembre 1977.

Revista Chile-América N° 82-83, oct-nov-dic 1982.

Revista Fragua (Boletín MAPU), mayo 1989.

Revista Fragua, enero 1990.

Revista Liberación N° 14, 1979. FDERT.

Revista Liberación Especial Aniversario, octubre 1980. FDERT.

Revista Punto Final N° 46, enero 1968. Sección Documentos.

Revista Socialistas a luchar N° 2, sept 1980.

Revista Socialistas a luchar N° 3, ene-feb-mar 1981.

Revista Unidad y Lucha N° 91, marzo-abril 1986. FDERT.

Revista Unidad y Lucha N° 97, octubre 1986. FDERT.

Revista Unidad y Lucha N° 100, enero-feb 1987. FDERT.

Revista Unidad y Lucha N° 103, mayo 1987. FDERT.

Revista Unidad y Lucha N° 105, agosto 1987. FDERT.

Revista Unidad y Lucha N° 106, sept 1987. FDERT.

Revista Unidad y Lucha N° 108, nov-dic 1987. FDERT.

Revista Unidad y Lucha N° 109, enero 1988. FDERT.

Revista Unidad y Lucha N° 110, febrero 1988. FDERT.

Revista Unidad y Lucha N° 111, febrero 1988. FDERT.

Revista Unidad y Lucha N° 120, diciembre 1988. FDERT.

Revista Unidad y Lucha N° 121, enero 1989. FDERT

Revista Unidad y Lucha N° 122, feb-mar 1989. FDERT.

Revista Unidad y Lucha N° 123, abril 1989. FDERT.

Revista Unidad y Lucha N° 124, mayo 1989. FDERT.

Revista Unidad y Lucha N° 126, jul-agosto 1989. FDERT.

Revista Unidad y Lucha N° 127, sept 1989. FDERT.

Revista Unidad y Lucha N° 128, oct-nov 1989. FDERT.

Revista Unidad y Lucha N° 129, diciembre 1989. FDERT.

Revista Resistencia Chilena N° 15, marzo-abril 1978. FDERT.

Revista Araucaria de Chile N° 23, 1983. Madrid: Ediciones Michay.

Revistas y Periódicos de contingencia

El Mercurio, 12 de mayo 1987.

El Mercurio, 5 de diciembre de 1987.

El Siglo N° 7682, Junio 1989.

El Siglo N° 7694, 8 al 21 enero 1990.

El Siglo N° 7709, 3 al 9 junio 1990. Separata.

Fortín Mapocho, 3 noviembre 1988.

La Época, 17 abril 1987.

La Época, 17 abril 1988.

La Época, 21 junio 1990.

La Época, 23 agosto 1987.

La Época, 25 mayo 1989.

La Época, 4 marzo 1989.

La Segunda, 3 mayo 1984.

La Segunda, 4 mayo 1984.

LUN, 5 mayo 1984.

Revista Análisis N° 79, abril 1984.

Revista APSI N° 201, 18 al 24 mayo 1987.

Revista APSI N° 312.

Revista Cosas N° 264, 13 noviembre 1986.

Revista Encuentro XXI N° 9, primavera 1997.

Revista Hoy N° 677, julio 1990.

Revista Hoy N° 682, agosto 1990.

Revista Página Abierta N° 6, enero 1990.

Revista Qué Pasa N° 823, enero 1987.

Recursos electrónicos

Chile.exilio.free.fr (1973), Exilio chileno y cultura, cultura y solidaridad internacional: Revista a las revistas del exilio [online] Disponible en:
<http://chile.exilio.free.fr/chap03e.htm>

GARCÍA, Patricio y VENEGAS, Hernán (2003), Continuidades y rupturas en la estrategia del Partido Comunista de Chile. 1973-1986, En: Revista Palimpsesto N° 1 [en línea] diciembre 2003. Disponible en:
<http://www.palimpsestousach.cl/numero1/artic05.htm>

JANS, Sebastián (1984), El desarrollo de las ideas socialistas en Chile, En: CEME [en línea]. Disponible en:
http://www.archivochile.com/Historia_de_Chile/trab_gen/HCHtrabgen0016.pdf

MOYANO, Cristina (2006a), Redefiniendo historiográficamente la Renovación Socialista... algunas pistas para comprender la formación de elites políticas en la transición, En: Revista Palimpsesto N° 5 [en línea] abril 2006. Disponible en:
<http://www.palimpsestousach.cl/numero5/int0.htm>

Nuevomundo.revues.org (2005), Rolando Álvarez, Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980), Santiago, LOM Ediciones, 2003, 270 p. [en línea] Disponible en:
<http://nuevomundo.revues.org/index335.html>

Piensachile.com (2012), La muerte de nuestro amigo y compañero Pedro Gaete Soto ha cerrado el ciclo de su vida [en línea] Disponible en:
<http://www.piensachile.com/secciones/historia-memoria/9832-la-muerte-de-nuestro-amigo-y-companero-pedro-gaete-soto-ha-cerrado-el-ciclo-de-su-vida>

SAMANIEGO, Augusto (2003), Lo militar en la política: lecturas sobre el cambio estratégico en el PC. Chile 1973-1983, En: Revista Palimpsesto N° 1 [en línea] diciembre 2003. Disponible en:
<http://www.palimpsestousach.cl/numero1/d3.htm>

TORREJÓN, Carolina (2003), El MAPU-Obrero Campesino bajo el autoritarismo y en clandestinidad, En: Revista Palimpsesto N° 1 [en línea] diciembre 2003. Disponible en:
http://www.palimpsestousach.cl/numero1/int_art.htm

Revista Izquierdas N° 2 [en línea] noviembre 2008. Disponible en:
http://www.izquierdas.cl/html/numero_2/camilo%20furci.pdf



Mauricio Rojas Casimiro

Valparaíso, Chile, 1978

Periodista y licenciado en Comunicación por la Universidad de Playa Ancha de Valparaíso. Magíster en RRII y Periodismo, y doctor en Ciencias Políticas por la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente, es corresponsal de ADN Radio en Alemania, colabora en revistas-we del Grupo PRISA-España y en el Mercurio de Valparaíso. Realiza, además, Interkultureller Trainer en München. Columnista ocasional en América Economía, Agenda Latina, red Mi Voz y en la cadena televisiva rusa RT. Es autor del paper «La evolución del PSCH durante la primera parte de la dictadura 1973-1979» (Revista Divergencia ISSN: 0719-2398). En la actualidad, su línea de investigación continúa orientada al estudio de los partidos, facciones y movimientos de la izquierda chilena durante la dictadura militar.

Este libro analiza y describe el desarrollo teórico-político de los partidos de la izquierda chilena durante la dictadura militar a partir de una extensa recopilación documental (en su mayoría clandestina e inédita). El texto examina en profundidad el proceso revisionista político que experimentó, una vez fracasado su proyecto histórico (1973), el grueso de la izquierda chilena durante los 17 años de dictadura. Se analizan, básicamente, cuatro organizaciones: Partido Socialista de Chile (PSCh), Partido Comunista de Chile (PCCh), el Movimiento Acción Popular Unitaria (MAPU) y la Izquierda Cristiana (IC), más un conjunto de movimientos, convergencias y grupos a favor de la renovación. El estudio está dividido en tres etapas: «Bajo el contexto de la represión, la autocrítica y las (re)definiciones (1973-1979)»; «Entre nuevas convergencia y divergencia. Trazando el camino de la renovación (1979-1983)»; «De la incertidumbre a la consolidación de la izquierda renovada (1983-1990)». ¿Qué ocurrió con los partidos de la izquierda posterior a la derrota de la UP en 1973 y cómo fue su evolución hasta el regreso de la democracia (1990)? El presente libro intenta explicar, justamente, paso a paso, su evolución política, definida, sin duda alguna, por el indiscutible y categórico proceso revisionista que sacudió poderosamente a la izquierda chilena, la cual convergió (el grueso de ella) años más tarde en la Concertación de Partidos por la Democracia.



PISO DIEZ
EDICIONES

Índice

[Siglas y abreviaturas](#)

[Presentación](#)

[Capítulo I Antecedentes del sistema de partidos chilenos previo al golpe de estado de 1973](#)

[Capítulo II Bajo el contexto de la represión, la autocrítica y las \(re\)definiciones \(1973-1979\)](#)

[Capítulo III Entre nuevas convergencias y divergencias. trazando el camino de la renovación \(1979-1983\)](#)

[Capítulo IV De la incertidumbre a la consolidación de la izquierda renovada \(1983-1990\)](#)

[Capítulo V Reflexiones finales](#)